

DIA 1.º DE SEPTIEMBRE

S A N G I L

ANACORETA Y ABAD († 721?)

SERIAS dificultades presenta el localizar exactamente la época en que vivió San Gil. A juicio de algunos hagiógrafos, vino al mundo en la primera mitad del siglo VI. En cambio, son más los que, apoyándose en los términos con que se expresan sus *Actas* —de las cuales afirma Mabillón que tienen muy poco de auténticas— y en el Comentario que acerca de las mismas escribió el P. Stilting, creen haber sido este Santo contemporáneo de Carlos Martel, lo cual induce a creer que vivió San Gil por los siglos VII y VIII. Aceptaremos esta cronología por parecernos más verídica.

Gil o Egidio —que con ambos nombres se le conoce— vió la luz en Atenas, y afirman sus más antiguos historiadores que descendía de linaje real. Se desconoce la provincia griega que, en tiempos anteriores, gobernaran sus antepasados, puesto que en los días del nacimiento de Gil estaba ya Grecia desde hacía varios siglos bajo el yugo romano. Fueron sus padres Teodoro y Pelagia, espejo de todas las virtudes cristianas para su hijo, al que educaron en la más sólida piedad.

Nuestro Santo estaba dotado de las más bellas cualidades de cuerpo y

alma, fruto de la brillante educación que recibiera. Se llegó a atribuirle la fundación de uno de los centros de cultura más importantes en Oriente. Compuso Gil notables obras poéticas y de medicina. Pero, ¡tantos hombres había ya visto Atenas eminentes en las ciencias humanas y que, a pesar de ello, no lo eran en virtud!...

Precisamente iba a sobrepasar a todos ellos Gil, por el atractivo especial que sentía hacia las cosas divinas. Este su gran anhelo le impulsó al estudio de la santidad de la perfección evangélica, a meditar con gran provecho la Sagrada Escritura y a progresar más y más cada día en la virtud.

No tardó mucho en ser recompensado por Dios con el don de milagros. Frecuentaba Gil la iglesia. Cierto día se encontró con un mendigo enfermo y medio desnudo, que imploraba su piedad, esperando la apetecida limosna. Compadecido nuestro generoso estudiante, le regaló su rica y hermosa túnica. Ponérsela el mendigo y hallarse perfectamente sano, fué lo mismo. Por este milagro entendió Gil cuán agradable es a Dios la limosna; y cuando, por la muerte de sus padres, acaecida pocos años después, fué dueño de rica herencia, apresuróse a repartirla entre los indigentes y reservó únicamente para sí la pobreza voluntaria, los padecimientos y las humillaciones, a fin de seguir así más perfectamente a Jesucristo.

Otros dos milagros por él realizados llamaron poderosamente la atención de sus compatriotas. Habiendo una serpiente picado a cierto hombre que veía por momentos hincharse sus miembros por efecto de la mortal ponzoña, oró por él San Gil y quedó el paciente repentinamente curado. Cierto domingo, un desgraciado poseso alborotaba el templo con sus dolorosos ayes. Gil, que se hallaba entre los fieles, obligó al maligno espíritu a salir de su víctima. Desde entonces rodeó al nuevo exorcista una gran aureola de pública veneración. Apiñábase a su paso la muchedumbre, al tiempo que le presentaba los enfermos para que les devolviese la salud. Pronto, en vista de tales manifestaciones, quedó Gil sobrecogido de espanto, y, como su humildad no le permitiera seguir en aquel ambiente de glorias y honores, huyó de Atenas en el primer barco que salió con rumbo a Occidente.

SAN GIL Y SAN VEREDEMO

CONFIADO y seguro navegaba por el Mediterráneo, surcado en otro tiempo por San Pablo y por los apóstoles de las Galias San Lázaro y sus compañeros, cuando les sobrevino deshecha tempestad que amenazaba hundir el navío. No le asustaba a Gil la muerte; pero, conmovido ante los desesperados gritos de los pasajeros, elevó desde el fondo de su corazón una fervorosa plegaria, que al instante amansó las encrespadas olas.

vido

Arribó la embarcación felizmente a Marsella, y el joven ateniense encaminó sus pasos a la ciudad de Arlés. Recibió generosa hospitalidad en casa de una noble matrona llamada Teócrita. Mientras la caritativa señora disponía la comida, llegaron a los oídos de San Gil gemidos de enfermo, procedentes de una habitación interior. «¡Ah, señor —exclamó afligidísima Teócrita—, es mi hija! Hace ya tres años que la atormenta la fiebre y han sido inútiles los enormes caudales que llevo gastados en médicos y medicinas».

Imposible le fué resistir el dolor de la apenada madre, que tan bondadosa se mostraba con él. Oró, pues, a Dios, y la enferma recobró al momento la salud. En cuanto al santo huésped, no quiso que Teócrita agradeciese el favor a nadie más que al Señor de quien lo había recibido, y fuése a sepultar en los profundos desfiladeros del torrente Gardón, tributario del río Gard.

¿Ignoraba Gil, acaso, que aquellos solitarios lugares habían ya sido hollados por uno de sus compatriotas? Si así era, no cabe duda que debió sorprenderle agradablemente la inesperada presencia de otro ermitaño, San Veredemo, futuro obispo de Aviñón. Veredemo, de nacionalidad griega también, moraba en una caverna que dominaba la margen izquierda del Gardón, cercano a Collías.

Por muy feliz se tuvo el fugitivo ateniense al poder colocarse bajo la sabia dirección de Veredemo, cuya eminente santidad se manifestó a las primeras palabras que entre ambos se cruzaron.

Con tal maestro, ascendió Gil rápidamente por el camino de la oración y unión con Dios. Sin embargo, de los lugares circunvecinos afluían a la gruta, de cuando en cuando, caravanas de aldeanos en busca del consejo y ayuda espiritual de los dos santos ermitaños, así como también de la curación y alivio en sus dolencias corporales. Pocas veces veía esta pobre gente fallidas sus esperanzas. Los frecuentes milagros con que Dios recompensaba las fervorosas oraciones de sus siervos eran atribuídas por San Gil a la santidad de su maestro. Tal sucedió con ocasión de una gran sequía que asolaba los campos, y que fué vencida gracias a sus oraciones.

A causa de tales portentos, su profunda humildad se veía rodeada de los mismos peligros que había intentado evitar con su huída de Atenas. Cierto día que se hallaba solo en la gruta le fué presentado un enfermo. A pesar de las protestas y explicaciones de Gil para disuadir a los que le presentaban al doliente, excusándose con sus enormes pecados y recomendándoles que volviesen en ocasión de que Veredemo estuviese en la caverna, no accedieron a sus ruegos, al contrario, manifestáronle su determinación de no volverse a sus hogares sin haber logrado la curación del paciente. Cediendo, pues, Gil a sus insistentes súplicas, oró a Dios desde el fondo de su corazón para que se dignase recompensar la fe de aquellos fervorosos labriegos: Realizóse el milagro, pero él, sin vacilar un momento, se despidió de su queri-

dísimo maestro en cuanto éste hubo regresado, y sin dar a nadie la menor idea del lugar que escogía por nuevo retiro, alejóse en dirección del Ródano, a unos 40 kilómetros del lugar donde tenía su residencia San Veredemo, y fijó la propia en una hondonada, cercada de matorrales y próxima a dicho río, conocida con el nombre de «Valle Flaviano».

EN EL VALLE FLAVIANO

HABÍA Gil iniciado su formación religiosa con San Veredemo, director espiritual que la Divina Providencia le deparara. Terminada esta especie de noviciado, estaba ya en disposición de seguir con paso seguro y firme el camino de la santidad, y con fuerza suficiente para guardarse de las astucias y redes que el demonio le pudiese tender. Llegado al Valle Flaviano, descubrió en él otra cueva y, a pocos pasos, una fuentecilla. Dió efusivas gracias a Dios por tan precioso hallazgo e instaló su nueva morada con mayor alegría que si estuviese en lujosísimo palacio.

Ya desprendido de todo lo terreno y entregado por completo a Dios, principió su vida de sostenido fervor y extraordinaria austeridad. Días y noches transcurrían veloces e inadvertidos para Gil, sumido siempre en íntimos coloquios con su Hacedor o abstraído en la contemplación de las verdades eternas. Con sus frecuentes éxtasis parecía vivir más en el cielo que en el áspero valle que había elegido por morada. Tan espantosas fueron sus penitencias que siglos más tarde se ha creído encontrar en sus huesos indelebles huellas de tanta aspereza. Todos los días eran para él de riguroso ayuno. La tibia leche de una mansa cierva enviada por la Divina Providencia, junto con el agua de la fuentecilla, constituían todo su alimento. Tres años pasó en este género de vida el fervoroso anacoreta, ignorado del mundo, siendo causa de bendición para los hombres, sobre los que Dios derramaba abundantes gracias por intercesión de su siervo.

En este tiempo —escribe Julio Kerval, en su *Vida de San Gil*— establecidos los visigodos en España, eran dueños de una parte del territorio meridional de las Galias. Estaban regidos por Wamba, rey que se gloriaba de contar entre sus antepasados al emperador Vespasiano, del que sin duda tomó el sobrenombre de Flavio. En 673 el conde Halderico, gobernador de Nimes, se rebeló contra él y expulsó de su diócesis al obispo Aregio que había permanecido fiel al soberano. Flavio Wamba, enterado de lo acaecido, se dirigió a la ciudad, la sitió y la obligó a rendirse. Permaneció unos días más en la comarca hasta dejarla completamente apaciguada. En aquellos días organizó una cacería y, acompañado de su comitiva, se internó en el bosque. La jauría descubrió y persiguió a la cierva que alimentaba a San



SAN *Gil toma por maestro de espiritualidad al solitario Veredemo, griego de nación. En su gruta, que aun subsiste con las tres cruces grabadas en la roca que recuerdan el misterio de la Santísima Trinidad, nuestro Santo alcanza muy elevados grados de piedad y de unión con Dios.*

Gil, hasta que, extenuada aquélla por la fatiga y a punto de caer en poder de los cazadores, llegó cerca de la gruta como implorando la protección del Santo con sus angustiosos gemidos. San Gil salió de la cueva y oyó claramente los ladridos de los perros y el griterío de los cazadores. Conmovióse por el dolor su corazón ante el peligro en que veía al inocente animal. Alzó al cielo los ojos bañados en lágrimas suplicando a Dios que le conservase la vida. No cesaba, sin embargo, el ladrido y avance de los perros hacia la gruta. Un cazador disparó el arco a través de las malezas con el fin de obligar a la cierva a salir de su escondrijo y la flecha fué a enclavarse en la mano de San Gil. Apoderóse al mismo tiempo del rey un secreto terror que, junto con el miedo a la noche que estaba encima, le obligó a retirarse y desistir de su empresa.

Acompañado por el obispo de Nimes volvió al día siguiente muy de mañana y ordenó desbrozar la entrada de la caverna. A sus ojos apareció entonces el Santo cubierto de sangre y la cierva guarecida a su lado. La aureola de santidad que rodeaba al siervo de Dios y su majestad y dulzura obligaron al rey a postrarse de hinojos y pedirle perdón. Intentó, al mismo tiempo, restañar la sangre de la herida; mas el Santo, recordando las palabras de San Pablo: «En los sufrimientos se perfecciona la virtud», no consintió en ello; antes bien, suplicó a Dios que jamás le sanase de aquella herida, sino que le probase con mayores dolores. Esta encantadora escena, impregnada de inefable poesía, quedó entre nuestros mayores como el más popular episodio de la vida de San Gil. En él vieron un símbolo de la beneficencia que la Iglesia ha ejercido y ejerce en la incesante defensa del débil contra el fuerte y del inocente contra el opresor.

LA ABADÍA. — ESTANCIA EN ESPAÑA

ASPIRABA el humilde anacoreta a terminar su carrera en aquella apacible y callada soledad, desconocido de los hombres, por lo cual fué para él enorme contratiempo que le produjo vivísimo dolor el verse de este modo descubierto; pero se resignó enteramente con la voluntad divina. Aprovechando el rey de su corta estancia en aquella región, visitaba frecuentemente al siervo de Dios, cuya santidad le tenía tan admirado y cuyas conversaciones eran de grandísimo provecho para su alma. A menudo le ofrecía los más variados regalos, que nunca logró fuesen aceptados por el Santo. En cierta ocasión, como el príncipe insistía con el mayor empeño para que los aceptase, le replicó San Gil: «Si deseáis, señor, demostrar vuestra generosidad con alguna buena obra, fundad un monasterio y traed a él fervorosísimos religiosos que día y noche sirvan a Dios y rueguen por vos al mismo

tiempo». Muy complacido por la propuesta, respondió Wamba: «Lo haré a condición de que seáis el primer superior de la abadía y director espiritual de cuantos vengan a consagrarse en ella a Dios». Tal respuesta fué desconcertante para el Santo, que tal vez estaba en aquel momento planeando el buscar nuevo retiro; mas, ante la insistente súplica del rey, no tuvo más remedio que aceptar, temeroso por otra parte de impedir con su obstinada negativa obra tan provechosa para la gloria de Dios y salvación de las almas. Aceptó, pues, la propuesta.

Gozoso Wamba, ordenó la inmediata construcción de dos iglesias, cuya situación y dimensiones le fueron indicadas por el ermitaño. Dedicóse la primera a San Pedro y a los santos Apóstoles, y la segunda fué erigida en honor de San Privado, obispo y mártir. Construyóse ésta junto a la gruta, única celda que quiso admitir el Santo, y erigióse la abadía cabe la iglesia de San Pedro. Antes de volver a España, el rey Wamba dotó a la abadía de cuantiosas sumas para su construcción, y de gran extensión de terreno en un radio de 15 millas que abarcaba todo el Valle Flaviano.

Un sinnúmero de discípulos, deseosos de entregarse a Dios por completo, poblaron en poco tiempo el monasterio. San Gil, ordenado de sacerdote y puesto a la cabeza de tan numerosa familia religiosa, dirigía a sus hijos con celosa y paternal vigilancia, firmeza y amabilidad incomparable, sin que nadie le aventajase en la oración, ayunos y vigilias.

Para afianzar y consolidar cuanto fuese posible la obra, quiso ponerla bajo la protección del Sumo Pontífice; con tal motivo se dirigió en peregrinación a Roma, postróse de hinojos ante los sepulcros de San Pedro y San Pablo para venerar las reliquias de los mártires, y se presentó a San Benedicto II, quien le acogió con paternal bondad. Expidió éste una Bula con fecha del 26 de abril de 685, por la que ponía bajo la inmediata dependencia de la Santa Sede el Monasterio del Valle Flaviano, San Gil regresó a su abadía colmado de bendiciones y regalos.

Se dice que poco después de este viaje estuvo Gil en España.

Existe en Cataluña una antiquísima tradición que parece confirmarlo así. A estar con lo afirmado por dicha tradición, debió de ser poco años después de su viaje a Roma. Al ver perfectamente consolidada la abadía del Valle Flaviano, sintió de nuevo irresistibles ansias de soledad que le impulsaron a buscarla fuera de las Galias. En los montes de Nuria, término de la villa de Caralps y en los confines de la diócesis de Urgel, existe una profunda gruta. Atestigua un antiquísimo manuscrito que San Gil pasó parte de su vida en los citados montes, donde esculpió una estatua de la Virgen que hoy allí se venera, y que al marcharse escondiera en una caverna, donde fué milagrosamente descubierta en 1079. Más tarde regresó a Francia, debido, según se cree, a las persecuciones movidas por Witiza contra los católicos.

CON CARLOS MARTEL. — ÚLTIMOS DÍAS DEL SANTO

CONQUISTADA la mayor parte de España, pasaron los musulmanes en 719 los Pirineos y apoderáronse del sur de Francia. San Gil halló refugio junto a Carlos Martel, duque de Austrasia. Con alegría inmensa fué recibido por Carlos, que ya en distintas ocasiones había oído encomiásticas alabanzas de sus virtudes. Cuentan las crónicas que era el duque de Austrasia valiente y activo, pero que muy a menudo se dejaba dominar por sus pasiones. En cierta ocasión había pecado gravemente y ni siquiera a San Gil se atrevió a confesar su culpa; no obstante, recomendaba al Santo que en todas sus oraciones le tuviese presente. Cierto día, durante la Misa y mientras San Gil oraba por el duque, recibió de un ángel un papel en el que estaba escrito el pecado de Carlos junto con el perdón prometido a su arrepentimiento. Acabada la Misa, enseñóle el siervo de Dios el papel. A su vista cayó anonadado Carlos y confesó con dolor el pecado, del que fué absuelto. En memoria de este milagro se invoca a San Gil antes de la confesión contra la vergüenza que induce a callar algún pecado.

Por fin, en 721, después de la derrota de los sarracenos junto a las murallas de Tolosa de Francia por el duque Eudes de Aquitania, logró Gil, ayudado por sus religiosos, reconstruir el monasterio del Valle Flaviano para reanudar sus ejercicios piadosos en comunidad. En él acabó su peregrinación terrenal. Tenía a la sazón ochenta y cuatro años.

SU CULTO. — LA ABADÍA Y LA CIUDAD

LAS nuevas invasiones musulmanas no impidieron la afluencia al Valle Flaviano de gran número de monjes. Los numerosos milagros obrados en el sepulcro del Santo extendieron su culto por todo el Occidente. La ciudad, en ruinas desde hacía muchos años, fué surgiendo de sus escombros en derredor de la abadía y convirtióse, debido a la ciencia de los monjes, en asiento de una célebre escuela de la Edad Media. Para honrar al Santo acudíase en romería de todos los puntos de la cristiandad, en tal forma que, la ciudad de San Gil, después de un continuo crecimiento durante los siglos XI, XII y XIII, llegó a contar más de cien mil almas, según se cree.

En 1095 el Beato Urbano II, papa, llegó a Francia con objeto de promover las Cruzadas y se detuvo en San Gil, donde consagró el altar mayor de una magnífica cripta sobre la cual, al poco tiempo, se erigió una hermosa basílica de estilo románico-bizantino.

Habiendo enfermado, una vez conquistada Nicea (1096), Raimundo IV, conde de Tolosa y uno de los más valerosos caudillos de la primera Cruzada —que por devoción al Santo había tomado su nombre, llamándose Raimundo de San Gil—, agravóse su mal de un modo alarmante y cundió rápidamente el desaliento por entre las filas. De improviso se presentó un caballero sajón en la tienda del enfermo y le dijo: «Vuestro patrón San Gil se me apareció a dos jornadas de aquí: Preséntate —me dijo— a mi siervo Raimundo de San Gil, y dile de mi parte que no pierda ánimos, pues no morirá de esta enfermedad. Dios me ha concedido esta gracia y seguiré protegiéndole». La enfermedad, sin embargo, seguía empeorando sin esperanza de curación, y Guillermo, obispo de Orange, que le había dado la Extremaunción, comenzó las oraciones de recomendación del alma juntamente con Ademaro, obispo de Puy y legado de la Santa Sede; pero Dios sólo había llevado a tal extremo la gravedad de Raimundo para que brillase más su poder, al devolverle de repente la salud.

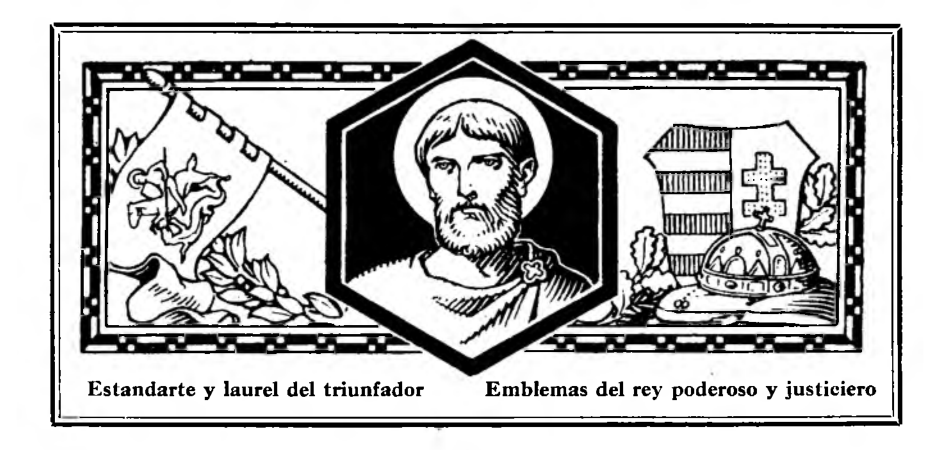
España, Francia, Bélgica, Inglaterra, Escocia y Polonia edificaron en la Edad Media iglesias y capillas en honor y gloria del santo abad.

La ciudad de San Gil decayó más adelante de su primer esplendor, debido al dominio de los albigenses y, además, porque los mismos monjes pidieron, en 1538, la secularización. Posteriormente los protestantes la saquearon, profanaron las reliquias y, de la hermosa basílica, sólo quedó en pie el pórtico. La Revolución de 1789 terminó la desastrosa obra protestante con nuevos estragos. El 29 de agosto de 1865, gracias a algunos documentos, se pudo encontrar la tumba del Santo. Posteriormente, fué restaurada la cripta del siglo XI y embellecida la iglesia parroquial.

Se invoca a San Gil contra el espanto, la epilepsia y los incendios.

SANTORAL

Santos **Gil o Egidio, abad;** ***Josué, jefe de los israelitas; Gedeón, juez de Israel;*** Prisco, discípulo de Nuestro Señor, consagrado obispo de Capua por San Pedro; Secundino y Prisco, obispos en África; Lupo, arzobispo de Sens; Sixto, consagrado obispo de Reims por el apóstol San Pedro y mártir, en tiempo de Nerón; Terenciano, obispo y mártir en tiempo de Adriano; Constancio, obispo de Aquino, y Victorio, de Mans; Gil de Casayo, abad cisterciense en Astorga; Amón, diácono y mártir en Heraclea; Vicente y Leto, mártires en España; Régulo, mártir en Toscana; *los doce hermanos mártires, hijos de San Bonifacio y Santa Tecla* (véase en día 30 de agosto); Plácido, acólito; Bosiano y Ambrosiniano, confesores. Beato Juan Carvalho y compañeros, mártires jesuítas. Santas *Ana la Profetisa;* Rustícula y Verena, vírgenes; cuarenta Santas Vírgenes martirizadas al tiempo que San Amón. Beata Juliana, abadesa.



Estandarte y laurel del triunfador — Emblemas del rey poderoso y justiciero

DÍA 2 DE SEPTIEMBRE

SAN ESTEBAN I

PRIMER REY Y APÓSTOL DE LOS HÚNGAROS (977?-1038)

EN el siglo IX, los húngaros —procedentes de Asia, y de la misma raza que los temibles hunos que al mando de Átila habían recorrido y devastado siglos antes casi toda Europa— se apoderaron de Panonia y Dacia, dos provincias del Imperio Romano que desde aquella fecha tomaron el nombre de Hungría.

Desde el año 972 hasta el 997, gobernó a los húngaros un duque llamado Geisa. Habíale deparado la Providencia una esposa excepcional, a quien Geisa conoció durante su estancia en la corte de Giula, duque de Transilvania. Llamábase Sarolta, era hija del duque Giula y unía a los encantos de la belleza corporal los atractivos de su clarísima inteligencia y firme voluntad, realzados por las virtudes de un alma profundamente cristiana. Tal conjunto de perfecciones rindieron el corazón de Geisa y lo ganaron para Cristo. Hízose instruir en las verdades de la fe cristiana y recibió el bautismo. Siguieron su ejemplo tantos nobles caballeros, que el obispo Pelegrín notificó al papa Benedicto haber admitido en la milicia de Cristo, por la administración del bautismo, a 5.000 nobles húngaros. Pero la conversión de Geisa no fué completa. Tal vez aconsejado por la política de transacción,

quizá por error de juicio, al abrazar la fe cristiana no abandonó totalmente el culto de los ídolos.

Presidía a la sazón la Iglesia de Praga el santo prelado Adalberto, elevado a aquella dignidad a los veintisiete años. Tales dificultades y contratiempos halló el joven obispo en el ejercicio de su ministerio entre aquellos rudos guerreros checos, que, desfalleciendo en su ánimo, logró del Papa autorización para retirarse a un monasterio de Roma. Mas por obediencia regresó a su diócesis hacia el 994. Nuevas persecuciones le obligaron a salir de su diócesis con unos cuantos religiosos, y acogerse a Hungría donde el duque Geisa los recibió con grandísima benevolencia.

La princesa Sarolta, hallándose en Estrigonia, y tal vez por los años 977 ó 979, dió a luz un niño al que llamó Esteban. Sobre él tenía el Señor especialísimos y grandes designios. Quizá le bautizaron provisionalmente a poco de nacer, pero el bautismo solemne lo recibió de manos de San Adalberto a la edad de dieciocho años, cuando el santo prelado fué acogido en Hungría al huir de la persecución de los checos.

De su ayo, el piadoso Teodato, conde de Italia, aprendió Esteban, ante todo, el amor a la religión y a la piedad. Ese principio fundamental de toda buena educación, los conocimientos con que ilustró su inteligencia y las virtudes que adornaron su alma, hicieron de Esteban el príncipe más cabal y perfecto de su siglo, de modo que ya próximo a los veinte años y augurando con su gobierno días felices para Hungría, reunió el duque a los nobles, presentóles al príncipe su hijo e hizo reconocerle por heredero y sucesor.

ADVENIMIENTO DE SAN ESTEBAN

EN el año 997 murió el duque Geisa. En cuanto se vió Esteban al frente de su pueblo, tomó las providencias necesarias para concertar la paz con todos los estados vecinos y, conseguida ésta, dedicóse con infatigable celo a establecer sólidamente la religión de Jesucristo en todos sus dominios. Unos cuantos señores, tenazmente adictos a las creencias de sus mayores, las defendieron con las armas, se sublevaron contra su señor, saquearon varias ciudades y llegaron a poner sitio a Veszprem, que a la sazón era la ciudad más importante después de Estrigonia.

Imploró Esteban la protección de lo Alto por el ayuno y la oración, eligió por patronos y capitanes a San Martín de Tours, oriundo de Panonia, y a San Jorge; mandó grabar sus imágenes en los estandartes y marchó resuelto al encuentro de sus vasallos rebeldes a quienes desbarató, no obstante la superioridad numérica de las tropas que le enfrentaban. En el lugar de la batalla y como prenda de gratitud, mandó levantar un monasterio dedicado a

San Martín. Aquella victoria dióle nuevos alientos para continuar la ev gelización de sus estados. Fundó monasterios, levantó iglesias y llevó sac dotes y religiosos que adoctrinaron y civilizaron a su pueblo. Algunos esos apóstoles lograron como término de sus afanes la corona del martirio.

La idolatría desapareció por completo de Hungría. El territorio qu dividido en obispados dependientes del arzobispado metropolitano de Estri nia. Hombres eminentes por la ciencia y la virtud ocuparon aquellas sed y la religión católica floreció maravillosamente en todo el ducado.

CORONACIÓN DE SAN ESTEBAN

FALTABALE a San Esteban el reconocimiento de su autoridad por Santa Sede. Al efecto envió a Roma al obispo de Kalocsa, Astric, c la misión de presentar al Papa el nuevo estado cristiano, impetrar él su apostólica bendición, obtener la aprobación de las diócesis creadas y as y confirmación de los obispos en sus sedes respectivas, y recabar para su berano la dignidad o insignias de la realeza, a fin de enaltecer su autoridad garantizar así más cumplidamente sus grandes y nobles propósitos.

Por aquellos mismos días Micceslao, duque de Polonia, convertido ta bién al cristianismo, solicitaba del Pontífice el reconocimiento de análo título. El Papa había mandado preparar una corona magnífica de oro, ad nada de riquísimos esmaltes, para obsequiar al duque de Polonia, pero Señor, por medio de un ángel, le manifestó que aquella corona no debía para Micceslao, sino para Esteban, príncipe de Hungría, merecedor de preferencia por sus grandes virtudes y por el ardor demostrado en la eva gelización de su pueblo.

No tardó, en efecto, en presentarse el obispo Astric ante Silvestre II, cual oyó de sus labios las maravillas de conversión obradas en Hungría p el apostólico celo de su santo duque. Complacido y edificado el Sumo Po tífice de tan grandes nuevas, dióle plenos poderes para la fundación Iglesias y nombramiento de los prelados que las rigiesen, reconocióle con rey de Hungría y le entregó no sólo la preciosa corona que el mismo Dios había destinado, sino también una hermosa cruz que debía preceder al nue rey como señal de su apostolado, «porque —decía el Papa— yo soy el *Apo tólicus*, pero él merece llevar el nombre de apóstol, puesto que ha gana tan gran pueblo para Jesucristo».

Aun existe la corona regalada por Silvestre II a San Esteban, pero en la forma primitiva, porque Geisa I le hizo añadir la diadema de oro co que el emperador de Bizancio, Miguel Ducas, le había honrado. Tiene p remate una cruz algo inclinada, expresamente mantenida en esa posició

como recuerdo del accidente que lo motivó. Esa corona se ha conservado a través de los siglos como el más preciado tesoro nacional del pueblo húngaro.

Acerca de la autenticidad de una carta escrita por el papa Silvestre II a San Esteban con tal motivo, suscitóse una controversia.

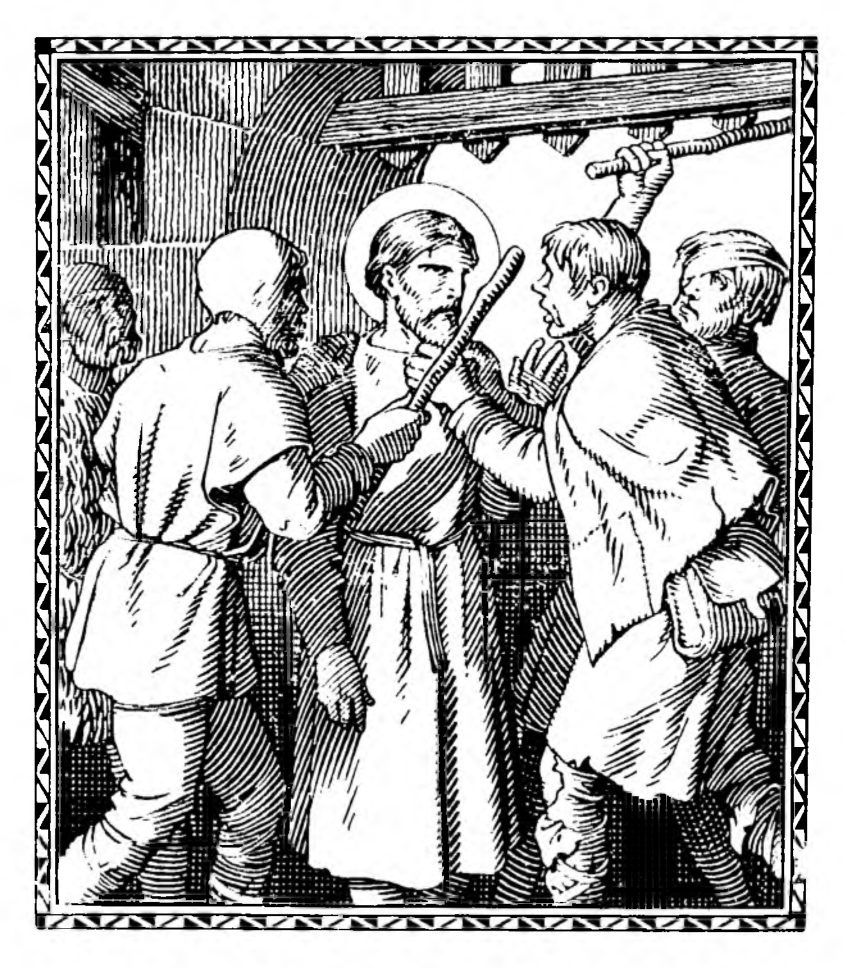
«Los mensajeros de Vuestra Nobleza —le dice—, y principalmente nuestro muy amado hermano Astric, obispo de Kalocsa, trajeron a nuestro corazón tanto mayor regocijo, y cumplieron su cometido con tanta mayor felicidad, cuanto que Nos mismo, ya advertido por el cielo, esperábamos ardientemente su llegada desde esa nación que nos era desconocida... Por eso, ante todas las cosas damos gracias a Dios Padre y a Nuestro Señor Jesucristo por haber suscitado en nuestros días un David, hijo de Geisa, un hombre según su corazón, al que, habiéndole iluminado con luz del cielo, le ha constituído pastor de su pueblo de Israel en la nación escogida de los húngaros. Además, alabamos vuestra piedad para con Dios y vuestro respeto para con la Cátedra de San Pedro, donde presidimos por la misericordia de Dios y sin mérito alguno de nuestra parte.

»Por eso, glorioso hijo, cuanto habéis pedido a Nos y a la Silla Apostólica, es a saber, la diadema, la dignidad real y los obispados, con la autoridad de Dios Todopoderoso y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y por habérnoslo advertido y ordenado el mismo Dios, os lo concedemos con magnánimo corazón, os enviamos la bendición apostólica y recibimos a la nación húngara bajo la protección de la Santa Iglesia Romana.»

Al regresar Astric de su misión en Roma, juntáronse los prelados, los señores, el clero y el pueblo, y en su presencia el duque Esteban fué proclamado rey, consagrado y coronado solemnemente en el año 1000. En seguida el nuevo rey hizo coronar como reina a su esposa Gisela, hermana del emperador de Alemania Enrique II el Santo.

LIBERALIDAD DE SAN ESTEBAN CON LAS IGLESIAS

SIRVIÓSE Esteban del poder concedido por Silvestre II para la institución de nuevos obispados con tacto verdaderamente exquisito. En torno al arzobispado de Estrigonia surgieron diez obispados, regiamente dotados con las rentas necesarias para su decorosa existencia. No solamente las catedrales, sino las más humildes iglesias, quedaron servidas de vasos sagrados, ornamentos litúrgicos y recursos suficientes para el sostenimiento del culto y de sus ministros. Pero el celo apostólico de San Esteban no cabía en el reino de Hungría. Desbordábase de sus fronteras, y así fundó un monasterio en Jerusalén y le dotó de rentas en tierras y viñas; estableció en Roma una Colegiata de doce canónigos, y casas de hospedaje para los hún-



SALE *una noche el rey San Esteban sin acompañamiento con una bolsa llena de dinero para repartirla a los pobres, y ellos, por no conocerle o porque no les daba lo que querían, le mesan las barbas y le atropellan. El Santo, entonces de hinojos en el suelo, da gracias a Dios por lo acaecido.*

garos que acudían en peregrinación al sepulcro de los Santos Apóstoles; e hizo construir una magnífica iglesia en Constantinopla.

Preocupado de la cultura intelectual y de la educación moral de su pueblo, cuya alta importancia comprendía, encomendó Esteban tan noble misión a los únicos educadores que entonces había, que eran los monjes. Cuantos religiosos ofreciesen garantías de vida verdaderamente cristiana y fuesen estudiosos, hallaban en el reino de Esteban la más cordial y jubilosa acogida. Y no solamente gozaba de plena libertad para el ejercicio de su ministerio, sino que el mismo rey mandaba construir conventos y dotarlos de las rentas necesarias para su subsistencia. A él se debió el convento de Pecsvar, fundado en 998 y destinado a los benedictinos, y algo más tarde la célebre abadía de Pannonhalma.

Sin género de duda, la gran devoción de San Esteban fué la que siempre tuvo a la Madre de Dios, a la que consagró con voto particular su persona y su reino, que él llamaba con verdadero placer «la familia de Santa María». Y tal es el respeto que los húngaros tienen a la Virgen, que al hablar de ella la denominan siempre «la Señora» o «Nuestra Señora», e inclinan la cabeza al propio tiempo y aun a veces doblan la rodilla.

En honor de tan celestial Señora y como prenda del amor de su pueblo a tan excelsa Patrona, mandó San Esteban edificar una magnífica iglesia en Szekes-Fehervar, la embelleció con pinturas y esculturas de los mejores artistas e hizo colocar en ella varios altares enriquecidos con pedrerías.

SU CARIDAD PARA CON LOS POBRES

LA caridad del santo rey con los pobres, las viudas y los huérfanos era superior a toda ponderación. No era raro que repartiese limosnas generales por todo el reino, particularmente si quería impetrar del Señor el feliz resultado en algún asunto trascendental. Acudió al remedio de las familias necesitadas, con liberalidad y prudencia, y con tal orden y discreción que parecía como que no había pobres en Hungría.

Para satisfacer sus ansias de socorrer a los necesitados, quiso cierto día hacerlo por sí mismo, y al efecto, provisto de una bolsa bien repleta, y convenientemente disfrazado para no ser conocido, salió gozoso a cumplir su deseo. Pero en cuanto dió con los primeros pobres y vieron éstos las blancas monedas que llenaban la bolsa, estimulados por la codicia, se arrojaron sobre él violentamente, le derribaron al suelo, le molieron a golpes, le mesaron la barba y cabellos y, apoderándose de la bolsa, huyeron. El paciente rey se dejó ultrajar sin proferir una queja. Levantóse cubierto de lodo y sangre y, dirigiéndose a la Santísima Virgen, su dulcísima y querida

Madre, la tomó por testigo de aquella afrenta y se la ofreció agradecido a su amor y al de Jesucristo. La venganza de Esteban fué de las que estilan los santos; prometió no negar jamás la limosna a ningún pobre y ser en adelante más generoso en su caridad.

¡Cuánto se equivocarían quienes atribuyesen a pusilanimidad el hecho que acabamos de referir! Tenía el santo rey un carácter admirablemente equilibrado, de modo que ni su bondad ni su inagotable generosidad degeneraron jamás ni en debilidad ni en despilfarro. A aquel pueblo nuevo y apenas establecido en la tierra que había conquistado, era preciso hacerle comprender la necesidad del orden y del respeto a las leyes. De ahí que a veces se viese precisado a ejercer la justicia con severidad. Habíanse refugiado en Hungría después de la muerte de su jefe Kean, unos sesenta pechenecos, los cuales fueron asaltados y despojados por caballeros magiares. Llevado el asunto ante el tribunal del rey y cuidadosamente estudiada la causa, los caballeros fueron condenados a muerte y ejecutados, sin que pesaran en la decisión otros motivos que los de la más estricta justicia.

TRIUNFA SOBRE SUS ENEMIGOS

EL emperador San Enrique, cuñado e íntimo amigo de Esteban, acababa de morir, y su sucesor Conrado II, deseoso de apoderarse de Hungría, envió contra ella un poderoso ejército. Preparóse Esteban a la resistencia con todas las fuerzas de que disponía, pero convencido de que sin la ayuda del cielo nada valen los ejércitos más aguerridos, acudió a su Reina y Señora para obtener por su mediación el socorro que necesitaba, y lleno de confianza en su valimiento se puso denodado a la cabeza de sus tropas.

Bratislao, duque de Moravia y aliado del emperador, invadió a Hungría por el norte, penetrando por el valle del Vag; pero su propio padre, amigo de Esteban, invadió los estados de su hijo para obligarle a renunciar a su proyecto, con lo que Bratislao tuvo que volver a sus tierras. Avanzaba entretanto el ejército del emperador, y Esteban le dejó penetrar en su territorio sin presentarle batalla. Desconocedor del terreno, metióse el enemigo en lugares casi desiertos y cubiertos de lagunas, donde, falto de víveres y atacado por las fiebres, quedó desorganizado y deshecho. sin que
víveres y atacado por las fiebres, quedó desorganizado y deshecho sin que
las tropas húngaras tuviesen más intervención que la de perseguir al emperador fugitivo y diezmar aquellas tropas que volvían desbandadas en busca de sus fronteras. El emperador tuvo que firmar un tratado de paz ventajoso para Hungría.

En 1002, Giula, duque de Transilvania y tío de Esteban, hostilizó en

varias ocasiones las fronteras de Hungría. Esteban marchó contra él, le venció, le hizo prisionero con toda su familia e incorporó sus estados al reino de Hungría. Venció igualmente a Kean, duque de los pechenecos, y a los besos, fronterizos suyos en territorio de Bulgaria.

ENFERMEDADES. — MUERTE Y CULTO

QUISO Dios probar la virtud de su siervo con grandes aflicciones. Vióse atormentado por agudos dolores que le duraron tres años y arrebatóle la muerte varios de sus hijos. Halló algún consuelo en el que le quedaba, llamado Imro o Emerico, nacido en 1007 en Szekes-Fehervar. Crióle con el mayor esmero y confió su educación a San Gerardo, abad del convento de San Jorge de Venecia y más tarde obispo de Csanad y mártir. El amor de padre le hizo componer para su hijo un admirable tratado de política y legislación cristiana titulado *Admonitiones o Monita* —Advertencias para el duque Emerico—, verdadero testamento de Esteban en diez breves capítulos, destinados no solamente a su hijo, sino también a sus sucesores.

Tal provecho sacó el joven príncipe de la educación recibida que alcanzó piedad eminente y prometió a Dios permanecer virgen, aunque mantuvo secreta esa promesa, hasta que obligado a contraer matrimonio con la hija del rey de Polonia, Miecislao II, se lo declaró a su esposa, que se mostró digna de tan castísimo esposo.

Y cuando Emerico empezaba a compartir con su padre el peso del gobierno, tuvo el santo rey la pena de verle morir sin descendencia en 1031. El reino entero quedó consternado al saber tan dolorosa nueva, pero el rey, aunque afligido, besó la mano del Señor y no desmayó en su fe ni en su piedad. Enterró a Emerico en Szekes-Fehervar, y en su sepulcro obró el Señor varios milagros. La Iglesia le honra como santo el 4 de noviembre.

Sintiéndose Esteban ya casi agotado y sin heredero directo, nombró como sucesor a su sobrino Pedro, hijo de una hermana.

Poco después, mientras yacía en el lecho postrado por una fiebre lenta y en extremo debilitado por ella, tuvo la inmensa amargura de ver que cuatro cortesanos atentaban contra su vida, molestados por la rectitud con que hacía justicia sin acepción de personas. Uno de los conjurados entró de noche en el aposento del rey para ejecutar su malvado proyecto. Llevaba oculta bajo el manto la espada con que iba a atravesarle, pero Dios, que velaba por su siervo, permitió que el asesino dejara caer la espada, y, despertando Esteban al ruido, se dio cuenta de lo que aquél pretendía. El miserable se arrojó a los pies del Santo y obtuvo fácilmente perdón.

Esteban vió en ello un aviso de que su fin se acercaba, aunque sólo tenía sesenta años; llamó a los obispos y señores de su corte, les recomendó eficazmente que conservasen siempre la religión católica en Hungría, recibió con gran fervor el Viático y la Extremaunción y su alma santa voló al cielo, el día de la Asunción de la Santísima Virgen del año 1038. Le enterraron junto a su hijo Emerico, y sobre su tumba se obraron muchos milagros.

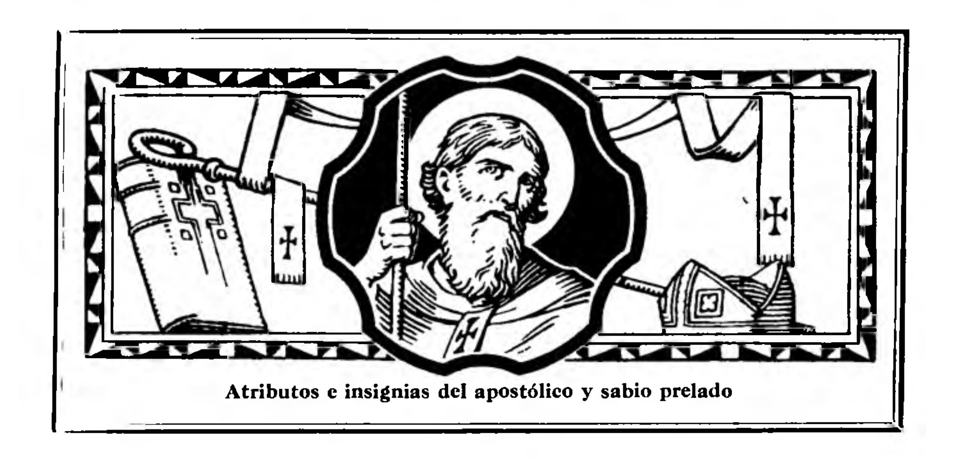
El cardenal Lambertini —que fué Papa con el nombre de Benedicto XIV— refiere, en su *Tratado de Beatificaciones y Canonizaciones,* que cuarenta y cinco años después de la muerte de San Esteban, o sea en el año 1083, el rey de Hungría San Ladislao pidió al papa Gregorio VII permiso para «enaltecer los cuerpos» de los personajes que habían convertido a Panonia, es decir, permiso para honrarlos con culto público. No existe documento de esa concesión; pero debió revestir forma solemnísima, equivalente no sólo a una beatificación, sino a una canonización, puesto que con tal motivo fué enviado a Hungría un legado pontificio.

Atendiendo a las instancias del emperador Fernando, en 1631, el papa Urbano VIII hizo inscribir en el Martirologio la conmemoración de San Esteban I. Y, a petición del emperador Leopoldo, rey de Hungría, el papa Inocencio IX, con fecha de 28 de noviembre de 1686, ordenó que en adelante se celebrase su fiesta el 2 de septiembre en toda la iglesia universal con rito semidoble. En otro decreto del 19 de abril de 1687 quedó aprobado el texto del oficio.

Según se ha visto murió San Esteban el 15 de agosto. Su nombre fué inscrito en el Martirologio el 20 del mismo mes, correspondiente a la fecha de la exaltación de sus reliquias. La elección del 2 de septiembre se hizo en recuerdo de la gran victoria obtenida en la citada fecha por el emperador Leopoldo sobre los turcos que sitiaban a Buda.

SANTORAL

Santos Esteban, rey de Hungría, confesor; *Antolín* o *Antonino, presbítero y mártir;* Agrícola, obispo de Aviñón; Justo y Elpidio, obispos de Lyón; Justiniano, obispo de Estrasburgo, y Justo, de Clermont; Guillermo, obispo de Roschild, en Dinamarca; *Zenón* y sus hijos *Concordio y Teodoro, mártires en Nicomedia; Ansano, mártir en Roma;* Nonoso y Elpidio, abades, en Italia, Maws, monje irlandés Landelino, solitario Diomedes, Julián, Felipe, Eutiquiano, Esiquio, Leónides, Filadelfo, Menalipo y Pantágapas, márfires en Roma; Facundino, Juventino y Peregrino, mártires en Rimini; Evodio y Hermógenes, hermanos, mártires. Santas *Máxima, mártir en Roma,* y Felicidad, en Rímini; Calixta, mártir juntamente con sus hermanos los santos Evodio y Hermógenes. Beata Margarita, virgen.


Atributos e insignias del apostólico y sabio prelado

DÍA 3 DE SEPTIEMBRE

SAN MANSUETO

OBISPO Y CONFESOR (siglo I o IV)

ESTE San Mansueto, a quien no debe confundirse con el obispo San Mansueto de Tréveris, es considerado, desde tiempo inmemorial, en el este de Francia y en Canadá, como uno de los evangelizadores de las Galias y el primer obispo de Toul en Lorena. Su vida fué de intenso apostolado, y obró Dios maravillosos prodigios por su intercesión en el lapso de más de cuarenta años que gobernó aquella Iglesia.

El Martirologio romano dice escuetamente el 3 de septiembre: «En Toul de las Galias, San Mansueto, obispo y confesor».

Sin datos concretos en que apoyarse, los hagiógrafos del Santo no han sabido precisar la época, pese a las minuciosas indagaciones que para esclarecer ese punto han llevado a cabo.

Existen, sobre este asunto, dos tesis igualmente respetables. Sostienen los mantenedores de la primera que San Mansueto fué enviado personalmente por San Pedro a la Galia Bélgica con los santos Materno, Eucario y Valero de Tréveris, Clemente de Metz y demás Padres apostólicos de las Galias. Los partidarios de la segunda, y debido a las considerables lagunas que se observan en las listas episcopales de los primeros siglos,

afirman, aunque sin aducir pruebas decisivas, que San Mansueto no evangelizó a los leucos —*leuci*— antes del siglo tercero y aun quizá del cuarto, esta tesis es la mantenida por los Benedictinos e historiógrafos religiosos más modernos.

En cuanto a las fuentes históricas utilizables, dice Calmet en su notable *Historia de Lorena:*

«En la abadía benedictina de San Mansueto, sita en el arrabal de Toul, existe un manuscrito del siglo once que contiene dos Vidas de San Mansueto.»

La primera sirve de prolegómeno a la Vida de los Obispos de Toul; la segunda, de mayor extensión, fué escrita por Adsón o Asón, abad del monasterio benedictino de Montier del Der, que la dedicó al obispo de Toul, San Gerardo, muerto el año 994.

En una de ellas se lee —y así observa Adsón, que lo supo por testimonio de los antiguos monjes— que Mansueto pertenecía a una noble familia de Escocia —escoto de Irlanda, según otros autores—; que desterrado de su patria se encaminó a Roma, donde abrazó la religión cristiana después de oír la predicación del apóstol San Pedro, el cual le consagró obispo y le envió a las Galias en compañía de otros varones apostólicos.

En la presente biografía nos atendremos a este segundo estudio.

ACTIVIDAD APOSTÓLICA

NUESTRO Santo escogió como centro de sus actividades el Tulesado, poblado por los leucos y cuya capital era la estratégica ciudad de Toul, famosa entonces por su activo comercio, considerable riqueza y nutrida población. Junto a las murallas y al norte de la ciudad edificó una humilde choza que recubrió de follaje; a ella solía retirarse para instruir en la fe cristiana a cuantos acudían a visitarle.

Dirigía a la sazón los destinos de la plaza un gobernador —a quien el autor da equivocadamente el título de «rey»— llamado León, hombre bárbaro e idólatra. Su esposa, que por las conversaciones de sus criadas tuvo noticia de la presencia del siervo de Dios, entró en deseos de conocerle y escuchar sus palabras. Explicóle el Santo la doctrina de Cristo con tanta suavidad e interés, que la noble matrona no sólo cobró afición a las nuevas enseñanzas, sino que, aprovechándose de ellas, se convirtió a la fe; y hubiese recibido entonces mismo las regeneradoras aguas del bautismo de no impedírselo el temor a su marido.

No desmayó por ello el humilde misionero, sino que puesta la confianza en Dios y esperando ganar para Cristo nuevos adeptos, se retiraba a menudo en la choza que había edificado y pasaba largas horas del día

y de la noche en la meditación, oración y penitencia, para renovar el fervor de su alma y consolarse con Dios; allí reñía encarnizada lucha con Satanás para arrebatarle las almas y prepararse a nuevos combates.

EL NIÑO RESUCITADO

ESTANDO de fiesta la ciudad de Toul ocurrió un sensible accidente que llenó de consternación a todos sus moradores. El hijo único del gobernador, que jugaba en lo más alto de la muralla, vino a caer al fondo del río que por allí junto pasaba, y desapareció rápidamente bajo las aguas, muy profundas en aquel lugar.

Cuantos esfuerzos hicieron por salvar a la infeliz criatura, resultaron inútiles; ni siquiera pudieron dar con el cadáver. En vano el desventurado padre imploró el auxilio de sus falsos dioses.

La noche siguiente, su esposa, que había llorado amargamente la pérdida de su hijo, se durmió rendida por la fatiga y el dolor. En el reposo parecióle ver al Predicador de las cristianos, tan vilipendado en Toul, que, grave y majestuoso, prometía devolverle vivo al niño si estaba dispuesta a creer en el único Dios verdadero. Despertó ansiosa y corrió a contar a su marido el sueño que había hecho brillar, en su apenado corazón, un destello de esperanza.

Impresionado el gobernador, mandó llamar a Mansueto, que acudió al momento.

—¡Ah! —exclamó el infortunado padre cuando le tuvo delante—; si con el poder de tu Dios me entregas al menos el cuerpo exánime de mi hijo para que le abrace por última vez y le dé tierra solemnemente, prometo recibir el bautismo que predicas.

Oídas estas palabras, pónese en camino nuestro Santo acompañado por el afligido padre, y, llegado que hubo al lugar del suceso, se arrodilla a la vera del río y suplica fervorosamente al Señor que manifieste su omnipotencia.

Apenas terminada la oración, y ante el general asombro de los muchos curiosos que allí habían acudido, aparece flotando el cuerpo del niño. Sácanlo del agua y lo depositan ante el magistrado, que no acierta a salir de su asombro. Levántase entonces el obispo y dice al gobernador:

—Ahí tienes el cuerpo de tu hijo; pero debo decirte que, si eres fiel a la promesa que en tu casa me hiciste, mayor beneficio todavía recibirás de Dios.

—¡Si mi pobre hijo resucita —dijo el gobernador con voz entrecortada por la emoción—, juro renunciar a los dioses y abrazar la religión cristiana!

Ante declaración tan explícita, se arrodilla de nuevo el prelado a implorar la protección de lo Alto; le acompañan en su plegaria los primeros y escasos

adeptos logrados en la ciudad, y otra vez es atendido su ruego, porque el cadáver, hasta entonces rígido, se agita suavemente y comienza a respirar; luego, y a una orden del Siervo de Dios, se levanta el niño y abraza a sus bienhadados padres, en tanto que los presentes prorrumpen, con desbordante entusiasmo, en atronadores vítores al Dios de los cristianos, el solo Verdadero, el Todopoderoso, el único Señor de la vida y de la muerte.

El gobernador cumplió su palabra; instruído en la nueva religión, recibió con grandes muestras de contento el santo bautismo; lo propio hizo toda su familia y gran parte de la población, arrastrada por su ejemplo.

NUEVOS ADEPTOS

LAS predicaciones de Mansueto y el celo desplegado por los recién convertidos, ocasionaron la casi total extinción del paganismo en la ciudad. Consecuencia de ello fué la construcción de dos iglesias, una dedicada a la Santísima Virgen y a San Esteban, protomártir; y la otra, cerca de la choza del santo varón, al apóstol San Pedro.

Sin embargo, su radio de acción no se limitaba al recinto amurallado de la ciudad; alcanzaba su animoso celo las ciudades y pueblos de los alrededores, que recorría intrépido en todas direcciones sin reparar en trabajos y fatigas. Para que su apostolado fuese más fecundo, ayudábase en sus ministerios de varios sacerdotes y diáconos que ordenó al efecto.

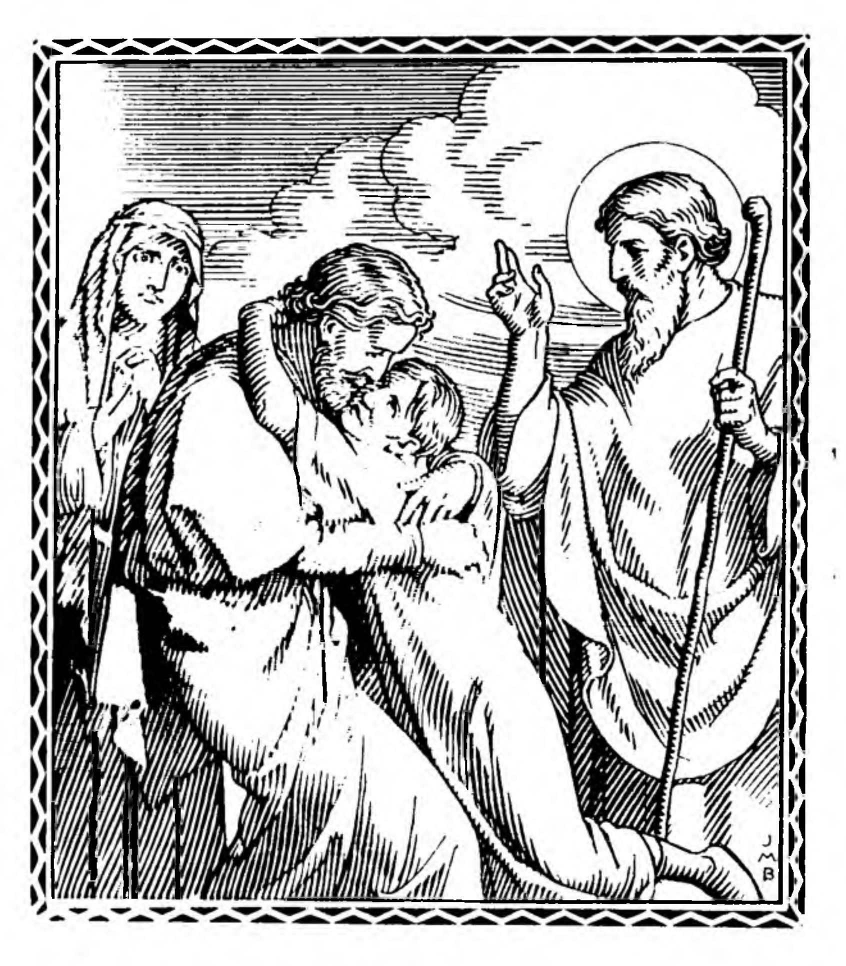
Dios recompensó con creces su trabajosa labor, porque las conversiones, difíciles y escasas en los comienzos, fueron luego abundantísimas y tuvo que determinarse a construir más iglesias en diversas localidades.

Una de ellas fué la de San Juan Bautista, situada al sur de la de San Esteban, cuyo baptisterio era probablemente, y por cuya razón se la llamó de San Juan de las Fuentes.

Calmet da cuenta de la fábrica de otro templo con estas palabras: «Noticioso de la muerte y martirio de San Pedro, su maestro, Mansueto levantó en aquel lugar —abadía de San Mansueto— un magnífico templo, en el que depositó el *don* que al partir de Roma le hiciera el Príncipe de los Apóstoles».

El autor no especifica el «don» a que alude, pero en la vida de San Gaucelino —uno de sus sucesores— se dice que era el «báculo de San Pedro», báculo que San Gaucelino regaló a Teodorico, obispo de Metz, en testimonio de gratitud, por la cesión hecha a su favor de los terrenos de Bouxieres de las Damas, cerca de Nancy, donde estaba emplazada la abadía del mismo nombre.

Los hagiógrafos que ponen a San Mansueto en el siglo IV, interpretan los términos de esta manera: «enviado y entregado por el Papa, sucesor de



Aquí tienes al hijo resucitado —dice San Mansueto al gobernador de la ciudad—. Conmovido el padre abraza al niño y [illegible] de besos glorificando al mismo tiempo al Dios de los cristianos, Senor de la vida y de la muerte. El pueblo todo imita el ejemplo del gobernador

San Pedro», pues sabido es que el Romano Pontífice entregaba el báculo pastoral a todo obispo misionero, a la manera que en nuestros tiempos regala frecuentemente una cruz pectoral a ciertos obispos recién electos.

SU MUERTE. — ALGUNOS MILAGROS

MANSUETO murió en su ermita de Toul tras más de cuarenta años de episcopado, consagrados a extender el reino de Dios. Se fija su tránsito de este mundo en el 3 de septiembre. Sus restos mortales se depositaron en la iglesia de San Pedro, por él construída, y confiada más tarde a los benedictinos de la abadía de San Mansueto.

Su tumba fué célebre a través de los tiempos, no sólo en la ciudad de Toul, sino también en su inmensa diócesis. Al lado fueron enterrados los cuerpos de varios de sus sucesores, muertos todos ellos en olor de santidad. Posteriormente, en el siglo XVI, el obispo Hugo de los Hazards mandó poner sobre la sepultura una magnífica estela con la efigie de su primer predecesor, de tamaño mayor del natural, obra que puede admirarse todavía en la sepultura que domina el antiguo sarcófago denominado «Túmulo de San Mansueto».

A fines de la pasada centuria se construyó, en el barrio de San Mansueto, una capilla que es muy visitada por los habitantes del país.

Muchos milagros ha obrado Dios, por intercesión de su siervo, en el transcurso de los años.

El gran San Martín de Tours, que en sus viajes a Tréveris, adonde le llamaban diversos asuntos de la corte imperial, no dejaba de visitar la tumba del taumaturgo tulense y encomendarse a su protección, obtuvo señalados favores.

San Gerardo, uno de los principales obispos de Toul, aquejado de una grave enfermedad, recobró la salud tan pronto como se la pidió a su santo predecesor.

El piadoso Adsón, abad del Monasterio de Montier del Der, y otros cronistas del siglo XI y XII relatan los principales milagros debidos al favor de San Mansueto. Citaremos algunos de ellos:

Una mujer vecina de Walón, y ciega desde hacía siete años, recobró la vista cabe la tumba del apóstol misionero la víspera de su fiesta.

Un muchacho, arrebatado de cólera, desobedeció a su madre con descarada insolencia, al tiempo que la injuriaba vilmente. No pasó la falta sin su merecido castigo, porque al nstante se hinchó la lengua del desnaturalizado hijo ocasionándole agudísinos dolores que se le propagaron a la cara. Reconoció ser ello justo castigo de Dios, por lo que, arrepentido, prometió

entrar al servicio de la iglesia y monasterio de San Mansueto si curaba. Fuese, pues, a la iglesia, en plan de realizar el proyecto concebido, y al extender el mantel del altar sobre su cabeza, conforme al ceremonial seguido en esa especie de consagración, salió de la lengua del enfermo un borbotón de sangre corrompida y quedó completamente libre de su dolencia.

Un hombre llamado Bruno sufría una triple enfermedad: era tartamudo, cojeaba de la pierna izquierda y tenía seca la mano derecha. De los tres males quedó libre orando ante la tumba del Santo.

El abad del monasterio de San Mansueto registró en los archivos el milagro siguiente, prodigio de mayor resonancia que los anteriores. Era el tres de septiembre, fiesta del Santo. Mientras los habitantes de la comarca acudían solícitos a los templos para honrar a su glorioso patrón, una pobre mujer de Rogeville lloraba desolada junto a la cuna de su hijito que yacía cadáver. La pobre madre acudió al celeste protector suplicándole, más con afectos que con palabras, y con una fe igual a su dolor, que le devolviera vivo al hijo de sus entrañas. Pronto experimentó los efectos del maravilloso poder del Santo, porque acabada la plegaria, el niño se movió, abrió los ojos y sonrió placentero a su madre. La feliz aldeana, cobrando fuerzas de su alegría, salió de su casa, recorrió resueltamente la distancia de varias leguas que la separaban de Toul y fuése a presentar el niño resucitado a la iglesia de San Mansueto.

Cuentan que otra vez en que los vecinos de Grondeville celebraban la fiesta de San Mansueto, que era fiesta de guardar, acertaron a pasar por el pueblo unos campesinos del ducado de Bar conduciendo sendos carromatos cargados de sal. Los gondrevileses reconvinieron con buenas palabras a los forasteros, a quienes instaron a respetar la santidad del día consagrado a tan gran Santo; pero ellos, lejos de aprovecharse de este prudente consejo, prosiguieron su camino, no sin burlarse antes descaradamente. Poco duró, sin embargo, su insolencia, pues a punto estuvieron de perecer arrastrados con sus caballerías y cargamento al vadear el río Mosela. Y sin duda pagaran caro el desprecio al Santo, a no haber reconocido humildemente a tiempo que Dios estaba contra ellos. Por lo que arrepentidos de su atrevimiento, encomendaron sus vidas al celestial protector y prometieron guardar la fiesta desde aquel momento. Al instante las bestias, dóciles a las voces de sus amos, salieron sin dificultad del apurado trance, y libráronse todos así del inminente peligro que los amenazaba.

Simlebardo, conde de Toul, sentía atroces dolores en una mano y los médicos no hallaban otra solución al mal que acudir a la amputación del miembro. Ante la triste perspectiva, el conde invocó confiadamente al santo patrono de la ciudad, y su mano, aunque ya casi completamente seca, quedóle cual si nunca la tuviera enferma.

Más prodigios pudiéramos referir, pues están escritos en los anales de la abadía; pero bastan los transcritos para poner de manifiesto el valimiento que el obispo misionero goza ante Dios.

Los numerosísimos devotos que aun tiene hoy en día, son, por otra parte, testimonio elocuentísimo de su gran poder.

TRASLADO DE LAS RELIQUIAS

EL primer traslado de las sagradas reliquias lo verificó Pibón, obispo de Toul, el 14 de junio de 1104, con la asistencia del duque de Lorena. Se transportaron a un «prado» llamado aún «de San Mansueto»; allí se celebraban antiguamente las ferias anuales de San Clodoaldo en abril, y de San Mansueto en septiembre; luego, devuelto el precioso relicario a la iglesia, fué colocado en sitio digno.

En 1441, siendo obispo de Toul Luis de Haracourt, por iniciativa de su sufragáneo Enrique de Vaucouleurs, se verificó una nueva traslación de las reliquias. En 1500 fueron «reconocidas» por Hugo de los Hazards, quien separó la cabeza del resto del cuerpo para depositarla en un precioso busto-relicario de plata. Dicho busto fué transferido en 1629 a la catedral de Toul y puesto en sitio preferente.

Parécenos oportuno recordar aquí la famosa procesión llamada «del Gobernador»; el día de la Ascensión, los restos del Santo eran llevados procesionalmente por los Benedictinos —de acuerdo con los magistrados— por las calles de la ciudad. Mientras duraba la ceremonia, una de estas autoridades quedaba en rehenes en el monasterio.

El cuerpo del santo obispo se guardó en su relicario, en la abadía, extramuros de la ciudad, hasta la Revolución francesa.

Suprimido el monasterio, el obispo constitucional de la Meurthe, llamado Lalanda, transfirió, el 6 de agosto de 1792, todas las reliquias de San Mansueto a la catedral de Toul. Muchas se perdieron o fueron destruídas en esta nefanda época; otras se dispersaron por varias iglesias de la diócesis donde se las venera aún en el día de hoy, como, por ejemplo, en el tesoro de la basílica de San Nicolás de Puerto, reliquias procedentes de la abadía de Bouxieres de las Damas.

En la catedral de Toul y en el primer altar que se encuentra entrando a mano derecha, se conserva con horor la cabeza de San Mansueto, encerrada en precioso relicario, junto a las reliquias de San Gerardo y Santa Apronia, hermana del obispo San Apro.

Ya hemos dicho que la sepultura del obispo con su magnífica lápida efigiada existe en los vestigios de la importante abadía de San Mansueto.

CULTO DE SAN MANSUETO

LOS leucos —la *gens óptima* de Julio César—, con Toul como principal ciudad, tenían por vecinos a los verodunenses y a los mediomatrices que dieron su nombre a Verdún y Metz, respectivamente. Las diócesis de Toul, Metz y Verdún, fundadas por los santos Mansueto, Clemente y Santino, fueron reconocidas en la Historia con el nombre de «los Tres Obispados». Incorporadas a la corona de Francia por Enrique II (1552), dejaron el ducado de Lorena sin obispado, con una simple iglesia primacial honorífica en Nancy, hasta poco hasta de la Revolución (1777).

Diecinueve sucesores de San Mansueto son venerados como Santos, de los cuales, ocho reciben culto público reconocido por Roma, y son los santos Amón, Alcás, Auspicio, Apro, Bodón, Jacob, Gaucelino y Bruno de Dabo (el papa San León IX). El último obispo de Toul murió en 1801.

El obispo de Nancy lleva también el título de obispo de Toul, restablecido por León XII el 29 de febrero de 1824. En 1919, Monseñor Ruch al dejar la sede episcopal de Nancy para trasladarse a la de Estrasburgo, ofició de pontifical en su segunda catedral, la de Toul, ceremonia que no se había celebrado allí desde muy remotos tiempos.

Un indulto de la Sagrada Congregación de Ritos fechado el 27 de agosto de 1919 y valedero por diez años, fijó para la diócesis la fiesta de San Mansueto en el domingo siguiente al 3 de septiembre.

SANTORAL

Santos **Mansueto, obispo y confesor;** Ambrosio, obispo de Sens, y Ausano, de Milán; Remaclo, obispo de Maestricht (Holanda), y Macnisio, de Connor, en Irlanda; Godegrando y Emiliano, obispos y mártires, en Francia; Manio y Martiniano, obispos y confesores, en Italia; Aristeo, obispo de Capua, y Antonino, niño, mártires; *Sandalio, mártir en Córdoba;* Simeón Estilita el Joven, presbítero; *Aigulfo, abad y otros monjes del monasterio de Lerins, mártires;* Frongencio, mártir, compañero de Aigulfo; Zenón y Caritón, mártires. Beatos Antonio Ixida, de la Compañía de Jesús, y cinco compañeros —tres agustinos y dos franciscanos— mártires en el Japón; Andrés Dotti, servita; Bartolomé Gutiérrez, mártir en el Japón; ciento noventa y un mártires de la Revolución francesa, en septiembre de 1792. Santas *Basilisa, virgen, mártir en Nicomedia; Serapia, virgen,* y **Sabina, viuda, mártires** (véase en 29 de agosto), Febe, diaconisa en tiempos de San Pablo; Eufemia y Dorotea, hermanas, y sus primas Tecla y Erasma, mártires en Aquileya; y Prócula, virgen y mártir.



Rosalía, florido nombre evocador de rosas y lirios

DÍA 4 DE SEPTIEMBRE

SANTA ROSALIA DE PALERMO

VIRGEN Y SOLITARIA (1130?-1160)

ROSA y lirio, dos flores simbólicas que parecen haberse entrelazado y aun compenetrado como en mística simbiosis, para formar el nombre característico y significativo de la santa Patrona de Palermo. Fuego y candor, amor e inocencia, belleza y aromas de rosas y lirios: júntese a ellas el perfume delicado de la escondida violeta y se habrá formado el ramillete de agradable olor que, por quererlo para Sí, cortó el Señor antes del mediodía y lo puso en rutilante búcaro de honor en su palacio de la gloria.

Esa flor, llamada Rosalía, abrió sus pétalos a la luz de este mundo hacia el año 1130 en el palacio de Roger II, rey de Sicilia. Fué su padre Sinibaldo, conde de los Marsos y descendiente de Carlomagno, a quien el mismo Roger llamó a su corte y dió por esposa a una de sus más próximas parientes. Nació y creció Rosalía, por lo tanto, entre grandezas y esplendores terrenos que no cautivaron su corazón, antes fueron para ella objeto de desdén y menosprecio. A los catorce años resplandecía con todos los encantos de la belleza, de modo que el mundo presagiaba para ella el más brillante porvenir. Pero el mundo ignoraba que aquella flor tan fresca, tan

lozana, tan hermosa, la tenía Dios reservada para Sí; no sabía que Jesús la había regado con la lluvia copiosa de sus gracias y que la Virgen velaba para que sus pétalos purísimos no sufriesen menoscabo ni aun por la mirada de aquel mundo que no merecía poseerla. Una noche se le apareció la Reina del cielo para mandarle que huyese de la casa paterna.

HUYE A LA SOLEDAD

CORTA, pero admirable vida, llena de encantos y dulzuras difíciles de comprender para la mayor parte de los hombres, aun de los cristianos. Ya declaró el Señor que «no todos pueden comprenderla». La tierna doncella da de mano a todas las esperanzas, triunfa sobre los sentimientos de la naturaleza por la docilidad a la gracia, y abandona decidida su hogar para seguir la voz divina que ha resonado en su alma. A la puerta del palacio de su padre están los mensajeros de la Reina del cielo: son dos ángeles; arrogante caballero el uno, con reluciente espada al cinto; humilde peregrino el otro, con báculo, conchas y calabaza. Precédele el primero y camina tras ella el segundo, amparados en aquella misteriosa huída por las sombras de la noche.

Así, guardada por los celestiales guías, atraviesa Rosalía las silenciosas calles de Palermo; sin otro bagaje que sus instrumentos de penitencia, el crucifijo y algunos libros, sale de la ciudad sin el menor percance, se encamina a la sierra de Quisquina, distante algunas leguas de Palermo, y allí se sepulta en una gruta ignorada, escondida bajo las nieves que casi de continuo cubren la cima de la montaña. Allí no tiene la delicada virgen otras relaciones que las del cielo, ni otro alimento que el de las raíces que recoge en las cercanías de su retiro. Vive en familiar comunicación con los ángeles y en continua oración y unión con Dios, anticipándose ya a la eterna ocupación de la bienaventuranza. Los trabajos manuales que le imponía la necesidad de remediar su desnudez y atender a su subsistencia, y el grabar en la roca la inscripción que todavía se lee, fueron sus distracciones en aquella vida de ángel. La inscripción dice así:

Ego Rosalia, Sinibaldi Quisquine et Rosarum Domini filia, amore Domini mei Jesu Christi ini (in) hoc antro hac habitare decrevi. **— Yo, Rosalía, hija de Sinibaldo, señor de Quisquina y de Rosa, por el amor de mi Señor Jesucristo, he resuelto habitar esta caverna.**

Vense también en la cueva, una concavidad que labró para recoger el agua que se filtraba por las paredes de la gruta, un altarcito y un trozo de mármol que le servía de lecho, un asiento tallado en la roca y una viña que, según la tradición, plantara la virgen solitaria.

Entretanto, buscábanla sus afligidos familiares por toda Sicilia; la voz del pregonero prometió grandes recompensas al que descubriese su retiro, y Rosalía recibió de los ángeles el aviso de que no tardaría en ser conocido su refugio, y debía, por tanto, buscar otro más seguro. Ellos mismos guiaron a su protegida por oculta senda al monte Pellegrino, cuyas alturas escaló y en cuya cima casi inaccesible halló una gruta incómoda, de angosta abertura, de bajo techo, oscura, y en cuyo suelo apenas había lugar para descansar sin estar sobre el lodo. En aquella caverna, impropia para servir de guarida a las fieras y alimañas, pasó la solitaria los últimos años de su vida. Alimentábase, como en Quisquina, de raíces y bellotas, pero fué aquí infinitamente más afortunada, porque los celestes guardianes que la Virgen le diera le llevaban con frecuencia la Santa Eucaristía.

SU MUERTE

DIECISÉIS años llevaba Rosalía en aquella vida extraterrena y aun no había alcanzado los treinta de su edad, cuando el Señor le dió a conocer que sus anhelos del cielo iban a verse plenamente cumplidos. Acostóse entonces Rosalía dentro de la gruta que iba a servirle de sepulcro, descansó la cabeza en su mano derecha, apretó con la izquierda el crucifijo contra su corazón, colocó sobre el pecho su crucecita de plata, y en esa postura se durmió en el Señor el 4 de septiembre de 1160.

A aquel cuerpo que tan maravillosamente había vivido, reservaba el Señor un sepulcro no menos maravilloso. Sobre aquellos virginales despojos fué cayendo gota a gota el agua de modo que en poco tiempo la cubrió con una envoltura calcárea encerrándola en sepulcro de alabastro. ¿Hubiera acertado su opulenta familia a dedicarle tan precioso mausoleo?

No tardó en conocerse por doquier la santidad de la virgen de Palermo, ya por medio de apariciones, ya por los repetidos milagros, y su culto se esparció con rapidez por Sicilia, por toda Italia y a través de Europa, llegando a ser su nombre popularísimo.

Todas las pesquisas hechas para hallar su cuerpo fueron inútiles. Registráronse minuciosamente las dos cavernas en que vivió la solitaria, tan célebres ya desde entonces y tan visitadas, pero la Providencia no permitió que se descubriese su secreto. El bloque alabastrino que encerraba el cuerpo de la Santa quedó enterrado en los escombros que extrajeron de la gruta tan cuidadosa como infructuosamente explorada. Dios quería reservar para otros tiempos el beneficio de hallar tan preciado tesoro, y poco a poco fué esparciéndose por toda Sicilia la creencia de que sólo lo hallarían el día en que la ciudad de Palermo se viese en extrema necesidad.

DESCÚBRESE LA TUMBA

ASÍ transcurrieron cinco siglos. Cierto día, un anciano que solícito y confiado andaba buscando el escondido tesoro, oyó estas palabras: «Aun no ha llegado el tiempo; hay que esperar a que Palermo se arranque los cabellos de desesperación». Por aquella misma época, era en 1625, durante las fiestas de Pentecostés, un tal Amodeo, vecino de Palermo, que visitaba a los ermitaños establecidos en torno a la gruta del monte Pellegrino, discurría con ellos sobre los medios de dar con el cuerpo de la Santa y deploraba la inutilidad de los trabajos llevados a cabo con tal fin, cuando se les acercó una mujer de Trapani llamada Jerónima del Gatto, y les dijo: «Hallábame enferma en el hospital de Palermo y a punto de expirar, cuando vi junto a mi cama una hermosísima joven que me dijo con voz suavísima: «No temas, curarás si haces voto de ir en peregrinación al monte Pellegrino y de visitar mi tumba». He venido y, allí una voz misteriosa me ha dicho: «Aquí está oculto mi cuerpo. Busca y te daré pruebas de mayor certeza».

Ni Amodeo ni los ermitaños dieron gran crédito a las manifestaciones de aquella mujer; pero, por complacerla, decidieron seguirla a la gruta para ver el lugar que, según decía, le había sido indicado. Resolviéronse a intentar nuevas exploraciones y fijaron para iniciar los trabajos, el 29 de mayo. En ese mismo día llegaba a Trapani un navío procedente de África e infestado por la peste. Extendióse el azote rápidamente por toda Sicilia sin que sirviesen a contenerlo cuantos medios puso en juego el virrey, Filiberto de Saboya, y la ciudad de Palermo vióse castigada espantosamente. Su arzobispo, el cardenal Juan Doria, que se hallaba en los baños de Términi, acudió presuroso a compartir los peligros de su amado rebaño.

Adelantaban entretanto, aunque lentamente, las excavaciones que se hacían en la gruta del monte Pellegrino, y sólo a los dos meses, es decir, el 15 de julio descubrieron por fin una piedra de alabastro de seis palmos de larga por dos de ancha, que al removerla se hendió por mitad y con gran sorpresa de los presentes dejó al descubierto huesos de un esqueleto humano de los que se desprendía un perfume delicioso.

Al instante llegó a Palermo la noticia de tan feliz hallazgo. El mismo día acudieron a la gruta los comisionados del Arzobispo y del Senado para comprobar la verdad de los hechos. Renació en el pueblo la confianza y todos decían: «Por intercesión de Santa Rosalía nos salvará el Señor».

Pero no cesaba la plaga. En los meses de julio, agosto y septiembre hubo una mortandad atroz. Llegó el 4 de septiembre, fiesta de la Santa. El Arzobispo y el Senado pusieron la ciudad bajo la protección de la Virgen



DOS *ángeles del Señor, vestido uno con una cota de guerrero y con esclavina de piadoso peregrino el otro, guían a Santa Rosalía desde la casa paterna hasta un monte desierto y abrupto situado a trece leguas de Palermo, en donde la Santa establece su residencia sin temor a las fieras.*

Inmaculada y de Santa Rosalía. Inmediatamente comenzó a decrecer la fuerza del mal, que sólo debía desaparecer por completo el día en que la comisión de teólogos, médicos y sabios reconociera solemnemente la autenticidad de los preciosos restos. El examen se prolongó hasta el mes de febrero del siguiente año y la peste no desaparecía.

RECONOCIMIENTO DE LAS RELIQUIAS

CON esa prudente lentitud que la Iglesia emplea siempre en las cosas referentes a la fe, esperaba el cardenal Doria que las decisiones de la Comisión quedasen confirmadas por alguna manifestación de lo Alto. El hecho siguiente dió la seguridad que el prelado deseaba. Un apestado de Trapani, apellidado Bonelli, pidió que le asistiera en su última hora un sacerdote llamado Pedro del Mónaco. Después de la confesión, el moribundo le habló así: «No hace mucho tiempo, el domingo de Carnaval, tuve el dolor de perder a mi esposa, arrebatada por la peste en breves horas. Sentí una pena profunda y para distraerme de ella resolví entregarme a la caza. Con ese fin me dirigí al monte Pellegrino. Al llegar al punto denominado Scala, vi ante mí a una joven con hábito de eremita.

«—¿A dónde vas? —me preguntó.

—Voy de caza —respondí temblando.

—Ven conmigo —añadió— y te mostraré mi celda de ermitaña.

Trepé tras ella por el monte y me mostró la gruta.

—He aquí —me dijo— el lugar donde descansa mi cuerpo. ¿No me conoces? —añadió con dulzura.

—No, señora.

—Pues soy Rosalía.

Sólo mi turbación fué causa de que no la reconociese hasta entonces. Me arrojé a sus plantas y me atreví a decirle:

—¡Oh Santa Rosalía! ¿Cómo dejáis perecer a vuestro desgraciado país? ¡Morimos a millares y yo mismo he perdido a mi esposa!

—Hay que someterse a la voluntad de Dios, y este azote convertirá a muchos. Demasiado han estado discutiendo en lo referente a mi cuerpo. Si lo llevan en procesión por la ciudad, la plaga cesará. Te recomiendo que vayas a ver al cardenal o le envíes algún fiel mensajero. En cuanto a ti, confiésate y comulga, pues como prueba de que lo que te digo es verdad, enfermarás de la peste y a los cuatro días morirás. Tu confesor quedará encargado de manifestar lo que te he dicho».

No pudo abandonar don Pedro del Mónaco a los moribundos que imploraban su asistencia, y por lo tanto envió a uno de sus compañeros llamado

Vicente Setaiolo a cumplir el encargo de la Santa ante el cardenal Doria, quien recibió la noticia con el más vivo interés. Envío *ipso facto* a dos sacerdotes para que se entrevistasen con Bonelli, que aun vivía y que confirmó el relato. Decidióse entonces el cardenal a tomar una determinación oficial, y el 28 de febrero de 1625, después de exponer las reliquias de la Santa a la pública veneración, mandó llevarlas en procesión por las calles de la ciudad de Palermo.

En cuanto se cumplió aquella orden, comenzó la rápida desaparición de la peste.

CULTO Y MILAGROS

NO hubo recurso de que no echasen mano los agradecidos habitantes de Palermo para demostrar a la santa bienhechora su amor y devoción. Ofrecieron un relicario de plata para guardar sus reliquias, construyéronle una magnífica iglesia, hicieron de sus dos grutas lugares de peregrinación y ocultaron la roca santificada por sus virtudes bajo un sinnúmero de exvotos pregoneros a la vez de la protección y valimiento de la una y del agradecimiento y confianza de los otros. Tanto se extendió su culto, que, traspasando las fronteras de Sicilia, llegó a los últimos confines de Europa. En 1628, Ana de Austria pidió y obtuvo una reliquia insigne. En la misma fecha, Clemente de Bonzi, obispo de Beziers, recibió la mandíbula inferior, y en cuanto entró la reliquia en la ciudad, cesó la peste. Lo mismo sucedió en otras ciudades. El rey de España, Felipe IV, que lo era también de Sicilia con el nombre de Felipe III, recibió de su pueblo siciliano algunos huesos de la Santa. El archiduque don Juan de Austria fué especialísimamente protegido por Santa Rosalía durante el sitio de Barcelona, de la que se habían apoderado los franceses. La ciudad de Amberes, en Bélgica, se vió libre de la peste gracias a la protección de la misma Santa. y hasta Polonia conoció el valimiento que ante Dios tiene.

CURACIÓN DEL HERMANO FRANCISCO DE CASTILLA

LA curación del Hermano Francisco de Castilla, novicio de la Compañía de Jesús, en 1653, extendió el culto de Santa Rosalía a las Indias Orientales. Reducido al último extremo por una enfermedad del corazón, de tal modo que después de administrarle los últimos sacramentos había dispuesto ya el superior lo necesario para su entierro; recibió en el momento en que parecía iba a expirar, la visita de Santa Rosalía y otros santos personajes, y aquélla le dijo: «Francisco, estabas a punto de

morir, pero yo he obtenido para ti la curación, si así lo quieres: servirá para la gloria de Dios. Pero has de hacer un voto en la forma que yo te indicaré». Y dócilmente repitió Francisco las palabras que iba oyendo: «Hago voto de ser devoto vuestro y extender vuestras alabanzas y vuestra gloria por todo el mundo».

«Irás a pie a mi gruta —continuó la Santa— y comulgarás en ella. —Pero —replicó el novicio—, ¿qué prueba daré de la verdad de esta aparición para que me crean? —Cuando agonizabas —díjole la Santa—, el padre Grimoldi te ha administrado la Extremaunción, y algunos de los asistentes te tomaron el pulso y dijeron que no había para ti esperanza de vida. Ahora ya estás curado». Y después de permitirle besar los pies, desapareció de la vista del novicio, que se puso a gritar: «¡Estoy curado!» Y, levantándose en el acto, contó lo que acababa de ver y oír.

El Hermano Francisco se reintegró a los ejercicios del noviciado, y tres días después, conforme a la orden recibida y a pesar de los intensos calores de agosto, subió a pie hasta la gruta de su bienhechora.

Ese milagro tuvo gran resonancia en toda Italia. Acuñáronse medallas para perpetuar su recuerdo, y la relación del mismo, traducida a todas las lenguas europeas, fomentó enormemente la universal devoción a la Santa. El Elector de Baviera envió un propio a Roma para que averiguase la exactitud del prodigio, ya reconocido por el arzobispo de Palermo tras de minucioso y maduro examen. Ordenado para entonces de sacerdote, el padre Francisco de Castilla se hallaba precisamente en Roma, adonde había llegado en demanda de la bendición del Sumo Pontífice, Alejandro VII, antes de embarcarse para las Indias Orientales, y certificó, con juramento, la verdad de las circunstancias de su curación milagrosa. Al pasar por Lisboa, llamóle el rey de Portugal, porque tenía vivos deseos de verle y oír de sus labios el relato del prodigio. Escuchóle conmovido, y tal confianza sintió en el poder de Santa Rosalía, que la eligió por patrona de su reino.

Embarcóse el padre Francisco de Castilla en Lisboa, en abril de 1666, en el mismo buque donde viajaba el virrey de las Indias y conde de San Vicente, don Juan de Nuño, que tuvo especial interés en llevarlo en su compañía por el gran afecto y veneración que le profesaba. Larga y difícil fué la travesía, porque al llegar al cabo de Buena Esperanza, se vieron envueltos en espantosa tempestad y, pasado ese peligro, les sobrevino otro no menos terrible, el de la peste. Uno de los primeros atacados fué el virrey, que no quiso ser asistido más que por su fiel amigo el padre Castilla. Como el paciente empeoraba y no había a parecer esperanzas de remedio, preparólo el sacerdote para el último trance y le administró el santo Viático. Pero al mismo tiempo le exhortó a que hiciese con confianza un voto a Santa Rosalía, si recobraba la salud. Acogió gustoso Juan de Nuño la pro-

puesta, y prometió a la Santa construir una iglesia en Goa y fundar en ella una misa a perpetuidad si obtenía la salud. Apenas formuló el voto, se sintió curado. Pero al mismo tiempo, y como el padre Castilla hubiese ofrendado su vida por la de su amigo y aceptado el Señor su sacrificio, se vio atacado por la peste y entregó su alma a Dios cuatro días después.

Juan de Nuño se apresuró a cumplir su promesa en cuanto desembarcó, y no tardó en verse a las puertas de la ciudad de Goa la magnífica iglesia levantada a expensas de tan agradecido como piadoso virrey.

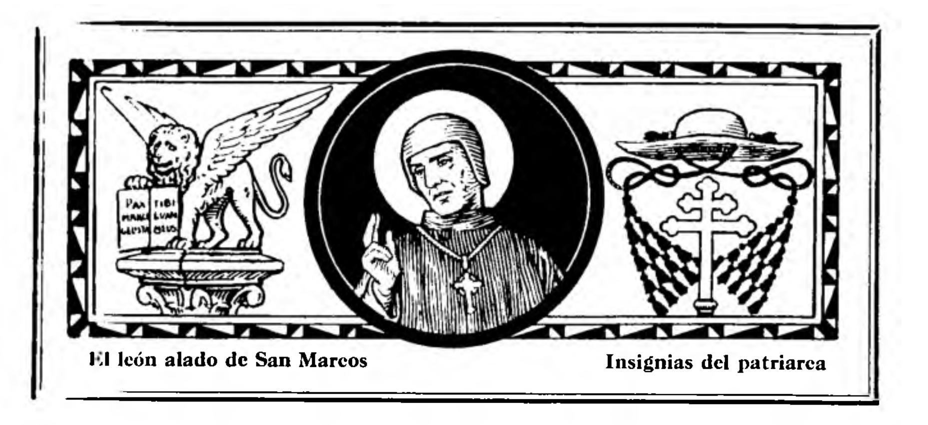
En el Martirologio romano quedó inscrita la fiesta el 4 de septiembre; pero la invención de sus reliquias, inscrita también en el Martirologio, el 15 de julio, suele celebrarse en Palermo con grandes luminarias y regocijos. Esa fiesta de la invención de las reliquias reviste en Palermo caracteres apoteóticos por el entusiasmo desbordante, la esplendidez de las iluminaciones y la duración de los festejos, que suele ser de cinco días. El primero de ellos, las reliquias de la Santa se conducen procesionalmente, y entre vítores y aclamaciones, por las principales calles de la ciudad. La voz solemne del cañón y los alegres disparos de los cohetes forman concierto con las aclamaciones de sus entusiastas paisanos. Suelen acondicionar al efecto un carro gigantesco tirado por cuatro mulas, en el que se acomodan los músicos y cuya elevada cúspide alcanza a los tejados de los más altos edificios. Esa procesión se repite los cinco días.

El tercer centenario de la invención de las reliquias de Santa Rosalía, se celebró en Palermo con inusitado esplendor, del 2 al 7 de septiembre de 1924, y con un Congreso Eucarístico, el VIII nacional italiano.

Pío XI, a petición del cardenal Lualdi, arzobispo de Palermo, decretó que la fiesta de Santa Rosalía fuese de precepto para la ciudad de Palermo.

SANTORAL

Santos *Moisés, legislador y profeta;* Ultano, obispo de Irlanda; Marcelo, obispo de Tréveris; Genebaldo y Sulpicio, obispos y confesores; *Marino, diácono;* Marcelo y Valeriano, mártires bajo Marco Aurelio; Magno, Casto y Máximo —discípulos, al parecer, del apóstol Santiago— mártires en España hacia el año 66; Rufino, Silvano y Vitálico, niños, mártires en Ancira de Galacia; Tamel, antiguo sacerdote de los ídolos, y compañeros, mártires imperando Adriano; Teodoro, Océano, Ammiano y Julián, mártires en tiempos de Maximiano. Beatos Santiago Bonnaud, Guillermo Delfaut y otros 188 compañeros jesuítas, mártires durante la infausta Revolución Francesa. Santas **Rosalía, virgen y solitaria;** *Rosa de Viterbo,* Iringrada y Cándida la Joven, vírgenes; Cándida de Nápoles —convertida a la fe por el apóstol San Pedro— e Ida, viudas; Cándida, virgen y mártir en Roma; Hermiona y Ausila, vírgenes y mártires.



El león alado de San Marcos — Insignias del patriarca

DÍA 5 DE SEPTIEMBRE

SAN LORENZO JUSTINIANO

PRIMER PATRIARCA DE VENECIA (1381-1456)

EL noble linaje de los Justinianos, descendientes de los emperadores de Bizancio, se contó durante mucho tiempo entre lo más ilustre de la sociedad de la República veneciana. Distinguíanse no sólo por las riquezas y por las gloriosas gestas militares de sus individuos, sino también por los magníficos dechados de virtud y de santidad con que honró a la Iglesia esta nobilísima familia.

El nuevo vástago de los Justinianos cuya vida vamos a bosquejar, vino al mundo el primero de julio de 1381 y en ocasión de los grandes festejos con que la República de Venecia celebraba la reconquista de la isla de Chioggia del poder de los genoveses. Al llegar a oídos de la madre —descendiente de la noble estirpe de los Quirinos, cuyo historial no era menos ilustre que el de los Justinianos— el clamoreo jubiloso de la muchedumbre con que se ensalzaba a los vencedores, impulsada por el ambiente patriótico exclamó: «Dios y Señor mío, disponed que este niño sea un día el gestor de nuestro país y el terror de sus enemigos». Concedió el Señor benignamente lo que pedía aquella madre y aun mucho más, puesto que Lorenzo Justiniano —que tal se llamó aquel infante— fué una de las mayores hum-

breras de su patria; pero granjeóle una gloria y una celebridad ante la cual palidece toda la que pudieron ganar para Venecia sus gloriosos antepasados, ya que la aureola que rodea la persona de Lorenzo Justiniano es la de la santidad, de mayor trascendencia para una familia y para una nación que todas las glorias terrenales juntas.

Es triste condición de este valle de lágrimas en que gemimos desterrados, que las breves horas de alegría y bienandanza se den la mano, casi sin solución de continuidad, con las amargas y prolongadas de tristeza y de dolor. El hogar linajudo y, al parecer, dichoso de los Justinianos comprobó muy pronto esta dolorosa verdad, pues su jefe, padre del futuro Santo, murió tempranamente dejando en el mayor desconsuelo a su esposa, de veinticuatro años a la sazón, con sus tiernos hijos, tres niños y dos niñas. La joven viuda soportó con ánimo varonil la tremenda desgracia, desechó las insinuaciones que se le hacían para que volviera a casarse, y consagró su fortuna y su vida entera a la educción de sus hijos.

No tardó mucho en sobresalir Lorenzo por su formalidad y por lo avispado de su espíritu. No hallaba gusto alguno en cuanto agradablemente entretenía a sus hermanos; él necesitaba cosas de mayor importancia en que ocuparse. Alarmaron un tanto a la cristiana madre aquellas tendencias de Lorenzo, y así, le dijo cierto día, entre severa y cariñosa: «Hijo mío, sabe que la soberbia y la ambición conducen al infierno». «No te preocupes de ello en lo más mínimo, mamá —contestó el niño—, pues sólo pretendo una cosa, que es llegar a ser un fiel siervo de Dios y un gran Santo».

VOCACIÓN RELIGIOSA

TRANSCURRIERON los risueños años de la adolescencia y la florida juventud de Lorenzo en el hogar, bajo la solícita y cariñosa vigilancia de su cristiana madre, que hizo de su casa un templo de todas las virtudes. Pero iba ya a cumplir veinte años y el mundo ostentaba ante él, con todo su esplendor, los múltiples y falaces atractivos con que a tantos seduce y pierde. «Aparecióseme entonces —lo cuenta el mismo Santo— una doncella radiante de belleza sobrenatural y me dijo así: «Oh mancebo, ¿por qué derramar tu corazón y poner tus aficiones en las cosas vanas y caducas de acá abajo? Yo poseo lo que tú anhelas; aquello tras lo cual corres desalado, yo prometo entregártelo; despósate, pues, conmigo.» «Decidme quién sois —replicó el joven.» «Soy la Sabiduría divina —contestó ella; y al punto desapareció.»

A partir de tal momento, formó Lorenzo el designio de volver las espaldas al mundo y de ejercitarse en vivir vida de mayor recogimiento y de

austeridad más estrecha. Manifestó luego el estado de espíritu a su tío materno, el virtuoso Martín Quirino, canónigo regular, quien le animó a seguir sin vacilaciones la senda de perfección evangélica a que Dios sin duda le llamaba. No tardó mucho en percatarse la madre de la evolución del espíritu de su hijo; convencióse plenamente de ello cuando, al cabo de unos días, vió en la cama de Lorenzo un apretado haz de sarmientos, cuyo uso pronto comprendió. Turbóse sobremanera ante tal descubrimiento y, aunque cristiana y piadosa, intentó disuadirle de sus propósitos.

Puso, pues, a prueba, con harta temeridad, la vocación de Lorenzo, obligándole a alternar con las más nobles doncellas de Venecia, mientras le apremiaba para que escogiese y aun le proponía ella misma como esposa a la que juzgaba como más digna de él y de su ilustre cuna. Lorenzo, empero, ayudado por la gracia divina, ponderó seriamente todo cuanto le ofrecía en bellezas y en venturas aquel mundo que le quería conquistar y, por otra parte, los sacrificios, la abnegación y las estrecheces de la vida del claustro al cual se sentía tan fuertemente atraído... «Reflexiona y piénsalo bien —se decía a sí mismo—; ¿te resignarás fácilmente a renunciar a ese cuadro de delicias y podrás conformarte con la vida monacal, llena de austeridad y sacrificio?...» No dudó ni vaciló un punto, sino que, arrojóse decididamente a los pies de un Crucifijo y exclamó con fervor encendido: «Señor, sólo Vos sois mi esperanza y mi refugio seguro.»

Y sin dar más largas al asunto, abandonó inmediatamente el hogar y a sus familiares y se dirigió al monasterio de San Jorge de Alga, para vivir recogido y seguro, junto a su piadoso tío el canónigo regular.

RELIGIOSO EJEMPLAR Y MORTIFICADO

ARRIBADA la nao de su alma al abrigado y seguro puerto de la vida religiosa, da Lorenzo rienda suelta a su fervor y entra de lleno en el sendero de la observancia regular, empezando con una declaración de guerra sin tregua ni cuartel a su cuerpo, al que somete a toda suerte de privaciones y de austeridades, con el fin de reducirlo a servidumbre e impedir que sea estorbo en sus avances a lo largo del áspero y espinoso camino de la vida espiritual, pues, según él mismo dirá más tarde: «Dar satisfacción a los sentidos y querer ser casto, es igual que pretender apagar un incendio arrojando leña en él.»

Consecuente con estos rígidos y verdaderos principios de perfección, observaba una vida muy austera y penitente; flagelaba su cuerpo con sangrientas disciplinas, comía poco y, en muchas ocasiones, apenas se sustentaba con lo necesario; nunca accedió a tomar, fuera de las comidas, algo con que

calmar la sed, ni siquiera en la época de los máximos ardores estivales; y, si se le apremiaba a tomar algún refresco, respondía con evasivas o diciendo: «¿Cómo podremos sufrir los ardores del Purgatorio si ahora no podemos soportar la pequeña molestia de la sed?»

En invierno jamás se acercó a la lumbre. Y no se crea que esta vida fuera efecto de un fervor pasajero, pues cuando anciano septuagenario y enfermo, se le verá continuar aún su vida abstinente y morigerada, a pesar de las advertencias y ruegos de los facultativos.

Era siempre el primero en llegar a media noche al coro para el Oficio de Maitines, y permanecía en pie, mientras duraba el rezo, sin apoyarse siquiera en el asiento. Concluído el ejercicio, continuaba en oración hasta la hora de Prima, privándose por espíritu de mortificación, del segundo descanso permitido por las Reglas.

Pero como la santidad verdadera debe cimentarse en la humildad, Lorenzo Justiniano puso todo su empeño en ejercitarse en la práctica de esta virtud. En cierta ocasión en que estaban los religiosos reunidos en Capítulo, uno de los presentes acusó falsamente a nuestro Santo de determinada transgresión a las Reglas; oído lo cual, Lorenzo se levanta al punto de su lugar, póstrase en medio de la Sala capitular, y en esta humilde postura dice: «Padres míos, he faltado contra Dios y contra vosotros, y estoy dispuesto a cumplir la penitencia que tuviereis a bien imponerme». Ante ejemplo semejante de virtud, el acusador arrojóse a los pies de Lorenzo y pidióle perdón con los ojos arrasados en lágrimas.

Pero mucho mejor prueba el amor que el Santo tenía a la humildad y a la modestia, el hecho de que, siendo él de noble abolengo y su familia de lo más aristocrático de Venecia y, por tanto, sobradamente conocido de sus conciudadanos, no hallase inconveniente alguno ni vacilase lo más mínimo él, noble vástago de los Justinianos aunque simple religioso, en ir a mendigar de puerta en puerta por las calles de la ciudad, el pan necesario para el sustento cotidiano de la Comunidad. Y demuéstralo más aún, lo ocurrido en cierta ocasión en que con un compañero cruzaba por una plaza de las más principales con el saco repleto ya de las limosnas obtenidas. Como el compañero insinuara al Santo —por miramiento hacia él— que acaso fuese mejor apresurar el paso e ir por otros sitios menos frecuentados, replicóle Lorenzo con vivacidad: «Muy al contrario, hermano mío; vayamos ahora más despacio. Mostremos que hemos renunciado al mundo no tanto con palabras cuanto con obras. Andemos, pues, con el saco a cuestas a modo de cruz, y ganemos en esta ocasión una bella victoria sobre el mundo». Y sin más consideraciones, cruzó plaza adelante por entre aquellas gentes, mucho más edificadas por semejante humildad que sorprendidas ante lo desusado y llamativo del espectáculo que ofrecía aquel nobilísimo y santo varón.



SAN *Lorenzo Justiniano va con un compañero mendigando de puerta en puerta el pan de la comunidad. Cuando pasan ante su casa, ordena la madre que les llenen de panes los zurrones para que no hayan de pedir más, pero el Santo acepta sólo tres panes para poder seguir pidiendo.*

EL SACERDOCIO. — ELEVACIÓN AL EPISCOPADO

NO se adquiere ni se conserva una virtud sólida sin el espíritu de piedad y el ejercicio asiduo de la vida anterior. Lorenzo era muy dado a la oración y a la contemplación. Su deseo hubiera sido pasar sus días en el templo o recogido en la silenciosa quietud de su celda; pero, como quiera que la obediencia y la caridad exigiesen su colaboración en obras de celo por la salvación de las almas, a ellas se dedicaba, aunque poniendo sumo empeño en conservarse en santo recogimiento y aprovechando todos los ratos libres para dedicarse a orar.

Ordenado ya de sacerdote, ofrecía cotidianamente el Santo Sacrificio de la misa con tan fervorosa devoción que edificaba a todos. Complacíase el Señor en su siervo, pues —según cuentan las crónicas— le otorgó entre otras mercedes la de mostrársele como un tierno Infante una Nochebuena.

No podía predicar por ser débil de pecho, pero su conversación era edificantísima por lo amable y llena de sabiduría, y obraba por este medio un bien muy grande entre sus Hermanos y en todos cuantos le consultaban. Un compañero de infancia del Santo, al saber, de regreso de un largo viaje, que su noble amigo había ingresado en un convento, decidió entrevistarse con él, a fin de disuadirle de su santa resolución. Pero sucedió todo al revés, pues el santo joven convenció a su amigo a que se consagrase a Dios del todo, como así lo hizo en efecto.

Lorenzo Justiniano fué, por dos veces, en 1413 y en 1421, promovido por sus Hermanos al cargo de Superior General de su Orden, de la cual redactó por sí mismo las Constituciones definitivas. Sus trabajos y esfuerzos en pro de la observancia regular, y lo mucho que llevó a cabo para propagarla y extenderla, valiéronle el ser considerado como un segundo fundador.

En atención a sus grandes méritos, Eugenio IV eligió a nuestro Santo para ocupar la sede episcopal de Castello, situada en la isla de Olivoto en la región veneciana, y, previniendo la resistencia que ofrecería la humildad de Lorenzo, obligóle a aceptar el cargo bajo precepto formal de santa obediencia.

Tenía el Santo cincuenta y dos años al tomar posesión de su sede. La primera noche que habitó en el palacio episcopal pasóla de rodillas y en oración, invocando con lágrimas la protección del Señor para cumplir cual convenía sus nuevos y gravísimos deberes. Quiso que el palacio ostentara el sello de la pobreza, pero que tanbién fuera ordenado y limpio. Sus habitaciones particulares en nada se diferenciaban de la celda monacal y usaba como cama un pobre jergón.

Pero, si era austero y modesto en lo concerniente a su persona, su generosidad y esplendidez no conocían límites cuando de proteger las obras o de

acudir en socorro de los menesterosos y desvalidos se trataba. Ya desde los comienzos de su pontificado mandó restaurar la catedral, reorganizó el Cabildo y aumentó notablemente el número de sacerdotes y de cantores, para dar mayor esplendor al culto litúrgico.

Favoreció también a otras muchas iglesias; restauró varios monasterios y fundó otros nuevos; proveyó de recursos a algunos conventos de religiosos que casi vivían en la indigencia, y valióse de su influencia, a la par que de su autoridad, para que las casas religiosas fueran mansiones de virtud y de paz y reinara en ellas la perfecta observancia regular. Al posesionarse de su sede, sólo existían unos veinte monasterios de religiosas en la diócesis; a la muerte del santo obispo, había treinta y cinco.

Como padre y jefe de su clerecía usó de toda su energía para que siempre estuvieran los ministros del altar a la altura de su dignidad y de sus nobilísimas funciones.

Sus familiares, sobradamente acomodados por otra parte, en nada pensaban beneficiarse con la exaltación de Lorenzo al episcopado, pues sabían perfectamente que jamás emplearía el prelado los bienes de la Iglesia en uso distinto del servicio divino o el alivio de los pobres. No vaya a creerse que no guardara afecto a su familia, pero lo posponía siempre a los deberes de su cargo y de su estado.

Siguiendo el ejemplo de la primitiva Iglesia que para el ejercicio de la caridad echaba mano de las viudas de avanzada edad y de virtud bien probada, el obispo de Castello solicitó también el concurso voluntario y abnegado de unas cuantas señoras virtuosas de su ciudad episcopal para aumentar su acción caritativa en favor de los necesitados. Encargábales especialmente la delicada misión de descubrir las miserias vergonzantes. De este modo, muchas familias que antes vivieran en la abundancia y que pasaban entonces terrible y humillante estrechez, pudieron ser socorridas ocultamente en momentos de verdadero apuro, por el caritativo y solícito prelado.

Diariamente acudía al palacio una verdadera muchedumbre. Unos, deseosos de consuelo en alguna aflicción; otros, para solicitar consejo en algún caso apurado y, los más, en busca de una limosna con que aliviar su pobreza. Recibíalos el prelado tan bondadosa y paternalmente, que todos se iban contentos. Un invierno de frío excesivo ordenó que se entregaran grandes cantidades de leña a las familias pobres que lo solicitaran. Es más; hubo ocasión en que, abundando los indigentes y no teniendo ya nada que repartir, decidió meterse en deudas, a pesar de la alarma de su mayordomo. «No te asustes —decía luego a éste el caritativo obispo—; no temas, pues sirvo a un Dueño que las pagará con creces». Efectivamente, no pasó mucho tiempo sin que el dinero necesario para atender a las nuevas necesidades viniera a poder del Santo desde las más inesperadas direcciones.

EL OBISPO Y EL DUX. — SUS ESCRITOS

POR el bien espiritual de sus ovejas, juzgó el vigilante pastor que debía alzarse, como lo efectuó por escrito, contra el lujo irritante de las señoras venecianas, al par que contra la inmoralidad de las representaciones teatrales. Como era de esperar, el documento episcopal levantó una enorme polvareda y hubo quien se quejó ante el dux de lo que se dió en llamar «ingerencias del obispo en las atribuciones del poder civil».

El primer magistrado de la República se sintió molestado y envió un propio a rogar al prelado que se sirviera personarse en el palacio presidencial. Acudió el Santo inmediatamente y tuvo que escuchar el lenguaje algo violento y destemplado del dux Foscari, de carácter un tanto impetuoso por naturaleza. Escuchóle el obispo mansamente y sin interrumpirle, y cuando concluyeron las invectivas del dux, tomó la palabra y habló con tanta calma y serenidad, al par que con sabiduría y verdad tan admirables, que, al terminar el venerable prelado su discurso, el dux, emocionadísimo, volvió el rostro a los asistentes, también hondamente conmovidos, y dijo: «No hemos escuchado a un hombre, sino a un ángel». Y vuelto al santo obispo, díjole con acento del más profundo respeto: «Id, señor, y continuad cumpliendo con vuestra obligación».

A pesar de las graves preocupaciones inherentes a su cargo, todavía encontró tiempo el santo y docto prelado para escribir numerosas obras ascéticas que le dan derecho a figurar entre los más salientes de la falange gloriosa de doctísimos escritores de aquel tiempo. Tales son: *El árbol de vida* y sus *Tratados acerca de la humildad*, la *Vida solitaria*, *Desposorios místicos del alma con el Verbo divino*, la *Eucaristía*, el *Desprecio del mundo*, etc. Casi al fin de su vida, consumo su obra *Los grados de perfección*.

PATRIARCA DE VENECIA. — DICHOSO TRÁNSITO

PARA terminar de una vez con las divergencias que de antiguo surgían entre los patriarcas de Grado y la sede sufragánea de Castello, cuyos prelados usaban el título de obispos de Venecia, el papa Eugenio IV († 1447) unió ambas diócesis, ordenando que a la muerte de uno de los dos prelados que las regentaban, el otro le sucedería en todos sus derechos y títulos. Falleció primero el patriarca Domingo Michieli, y Lorenzo Justiniano quedó investido «de jure» de la dignidad patriarcal, y administró ambas sedes unificadas con el nombre de patriarcado de Venecia (1451).

El Senado veneciano sintió al principio cierto resquemor por la importancia de los títulos y honores conferidos por el Papa al santo obispo. Celoso de sus prerrogativas y privilegios, presentó sus reparos por temor de que los derechos y la dignidad patriarcales convirtieran al prelado en una potencia peligrosa para el Senado. Mas, aconteció que mientras los ánimos se encendían y apasionaban por este motivo, el Santo se presentó ante la asamblea y ofreció resignar al momento su dignidad. Aquel acto de humildad y modestia transformó del todo los espíritus y resonaron desde entonces unánimes los aplausos al nuevo Patriarca.

El astro que tan vivos fulgores despedía, declinaba hacia el ocaso. La vida tan fecunda en obras de vida eterna, gastada por las austeridades y por los grandes trabajos del apostolado, llegaba ya a su término. El santo obispo Lorenzo Justiniano había cumplido setenta y cuatro años, y suspiraba por llegar al descanso merecido de la patria celestial.

Escuchó el Señor sus ruegos, y a poco fué presa de una fiebre altísima que en breve redujo al Santo a la última extremidad. Recibidos con angélico fervor los santos sacramentos, exclamó: «¿Por qué temer la muerte habiéndola padecido por nosotros el adorable Redentor? ¡Oh buen Jesús y buen Pastor!, acoged la oveja extraviada que a Vos vuelve. Vuestra misericordia constituye mi única esperanza».

El anuncio de su muerte inminente conmovió a toda Venecia, que se congregó al momento alrededor de la mansión donde agonizaba el santo enfermo. A poco, entregó éste su espíritu al Creador. Era el 8 de enero de 1456. El cadáver exhalaba suavísimo aroma y permaneció incorrupto durante los sesenta y siete días que se tardó en proceder a su sepelio.

Clemente VII autorizó en 1524 el culto de San Lorenzo Justiniano en la República veneciana. Canonizóle Alejandro VIII en octubre de 1690.

SANTORAL

Santos **Lorenzo Justiniano, obispo y confesor;** Avito, obispo de León Victorino, obispo de Amiterno (hoy Áquila); Anserico, obispo de Soissons, y Corentino de Tours; *Bertino, sobrino de San Audomaro (Omer)* y Altón, abades; *Rómulo, mártir en Roma;* Eudoxio, Zenón, Macario y mil ciento cuatro soldados compañeros, mártires en Armenia; Herculano, soldado, mártir en Porto; Félix y Moderato, mártires en Francia Quincio, Arconcio y Donato, mártires en Capua; Urbano, Teodoro, Menedemo y setenta y siete compañeros, martirizados por los herejes en Constantinopla; Víctor, niño mártir, honrado en Tudela. La traslación y conmemoración de San Julián, obispo de Cuenca. Santas *Obdulia* y Grimonia, vírgenes y mártires; Proba, virgen. Beatas Margarita de Sulmona, clarisa Catalina de Raconi, terciaria de Santo Domingo, virgen; Madruina, abadesa.



Medalla de Carlos VIII — Convento de Áquila

DÍA 6 DE SEPTIEMBRE

BEATO VICENTE DE AQUILA

CONVERSO DE LA ORDEN DE HERMANOS MENORES
(hacia 1430-1504)

EL Beato Vicente nació hacia el año 1430, en Áquila, ciudad que por aquel tiempo formaba parte del reino de Nápoles. Sus padres habitaban el barrio llamado Poggio o Cerro Santa María, encantador Edén coronado de verdura y refrescado por manantiales abundantes cuyas aguas se despeñan por continuadas cascadas hasta el río Aterno. Aquel maravilloso rincón, testigo de los primeros años del niño Vicente, fuélo también de sus grandes virtudes, noblemente favorecidas por el cuidado de sus padres, y estimuladas por el ambiente religioso en que se crió. Su alma, predestinada a gloriosa santidad, encontró desde el primer instante el clima necesario; clima que supo aprovechar con generoso corazón.

La casa paterna era contigua al monasterio cisterciense de Nuestra Señora del Refugio. No obstante, cuando determinó entrar en la religión, no se dirigió a los hijos de San Bernardo, sino a los de San Francisco. La extraordinaria popularidad de San Bernardino de Sena, fallecido hacía pocos años, en 20 de mayo de 1444, su tumba cada día más gloriosa, podrían explicarnos, aun prescindiendo de los llamamientos de la gracia, las preferencias de Vicente por la Orden franciscana.

El incansable predicador sienés, cuyo celo no detenían la edad ni los achaques, se había presentado, en efecto, en mayo de 1444, en el reino de Nápoles, con deseo de sembrar, también allí, la semilla evangélica. Pero al llegar a siete millas de Áquila le traicionaron las fuerzas. Lograron sus compañeros que se dejase colocar en una camilla y en esta forma le llevaron, «triste y dolorido» —dice la antigua crónica—, a la ciudad. Albergado en el monasterio de los Hermanos Menores Conventuales, pronto vió Bernardino que se le acercaba su última hora, a pesar de los solícitos cuidados de los Hermanos y de los más hábiles médicos mandados por los magistrados. Incapaz de expresarse de palabra, manifestó por señas su deseo de que se le tendiese en el suelo de su celda, y en esta humilde postura, con los brazos cruzados, los ojos elevados al cielo, el semblante risueño, entregó apaciblemente en manos de Dios su santa alma a los 20 de mayo.

Áquila no dejó escapar el tesoro que acababa de confiarle la Providencia; se quedó con el venerado cuerpo a despecho de las instancias de los diputados sieneses que secretamente habían hecho preparativos para llevarlo a su patria. Las exequias de Bernardino se celebraron con tanta solemnidad —dice un testigo— que nunca rey ni reina las tuvo semejantes. Insignes milagros se realizaron alrededor del féretro.

Vicente, que a la sazón tenía unos catorce años, conservaría de ellos un recuerdo imperecedero.

EN EL CONVENTO DE SAN JULIÁN

EL convento de San Julián en que se presentó lo había fundado en 1415 el Beato Juan de Stroncone, comisario general de los Hermanos Menores Observantes de Italia.

Edificantes recuerdos iban unidos a la fundación de este monasterio. Habíanlo levantado los religiosos con sus propias manos; ellos habían labrado las toscas mesas y bancos que constituían, casi por completo, el ajuar, buena parte del cual, en consideración a la memoria de Vicente de Áquila, se ha conservado con religioso cuidado. El convento, proyectado según el severo plan de las primeras casas de la Orden, era de condiciones sumamente modestas: lo formaban unas cabañas pegadas a la falda de la montaña, sin luz apenas y parecidas a ermitas.

Cabría preguntar cómo en refugio tan reducido pudo reunirse, en el año 1452, en tiempos de Vicente, un Capítulo general de mil quinientos Hermanos Menores, si no se supiera que estas solemnes sesiones se celebraban las más veces al aire libre o debajo de improvisadas tiendas de campaña, donde la milicia franciscana iba a organizarse para los santos combates.

MORTIFICACIÓN. — EL HERMANO LIMOSNERO

AUNQUE educado en su casa con mucho esmero —había seguido las letras, caso raro en aquellos tiempos aun entre los hijos de familia noble—, Vicente quiso por humildad permanecer Hermano lego. Sus biógrafos señalan como una de las características de su santidad el espíritu de mortificación. Tanta era su austeridad, que ni siquiera llevaba las sandalias permitidas a los descalzos. Su hábito de color pardo, que aun hoy día puede verse, era el más pesado y basto de todos; no se lo quitaba de día ni de noche. Además, llevaba cilicio y se infligía frecuentes y crueles flagelaciones. Su alimento se reducía a pan y agua con algunas hierbas crudas, y, si a veces se le obligaba por obediencia a comer como la comunidad, hallaba no obstante medio de mortificarse, tomando sólo una parte de su porción y agregándole polvo o sustancias amargas.

Prefería los trabajos humildes, ayudaba a los Hermanos en sus faenas domésticas y componía sus sandalias, pues, para ser más útil, había aprendido el oficio de zapatero. Otras veces se dedicaba a las labores del campo y en los ratos de descanso, retirábase en la fragosidad de la roca, a unos cien pasos del convento, para entregarse a la oración.

Más adelante se le encargó el oficio de limosnero, en que indudablemente hallaba Vicente múltiples ocasiones de sacrificio, dada su afición a la soledad y a la vida oculta. Su principal preocupación, en las diarias caminatas —añaden los cronistas—, fué siempre el bien de las almas.

En los demás conventos adonde más adelante fué enviado, Cittá, Sant'Angelo, Francavilla y Sulmona, continuó Vicente en el cargo de limosnero: pasó, pues, la mayor parte de su vida de una puerta a otra, pidiendo limosna para sus Hermanos, mendigando por obediencia, lo cual no fué obstáculo para que poseyera en el más alto grado la estima y confianza de los príncipes de la Casa de Aragón, soberanos de Nápoles.

PREDICCIONES VARIAS

DURANTE el período, tan revuelto para los Estados del sur de Italia, que transcurrió desde el año 1458 al 1500, varios competidores aspiraban al reino de Nápoles. La ciudad de Áquila, más que otras, sufrió las consecuencias de esas vicisitudes políticas, pasando sucesivamente al poder de la Casa de Anjou, de la de Aragón y del Papa, y mudando de dueño varias veces en el espacio de unos cuarenta años. Fray Vicente,

muy sensible a los innumerables males que aquejaban a sus paisanos, abrumados de impuestos, diezmados por la guerra, afligidos por el hambre y la peste, menudeaban las súplicas y penitencias en los momentos de crisis, y pasaba noches enteras en oración.

Parecía como que quisiera cargar sobre sí toda la responsabilidad de aquel desequilibrio social, y trataba de conquistar con el mérito de sus acciones la benevolencia y las misericordias del cielo.

A Fernando I, duque de Calabria y rey de Nápoles, que fué a consultarle antes de emprender una expedición contra las tropas pontificias, predíjole un desastre. A pesar de esta advertencia, el príncipe inició la campaña y salió, en efecto, vencido.

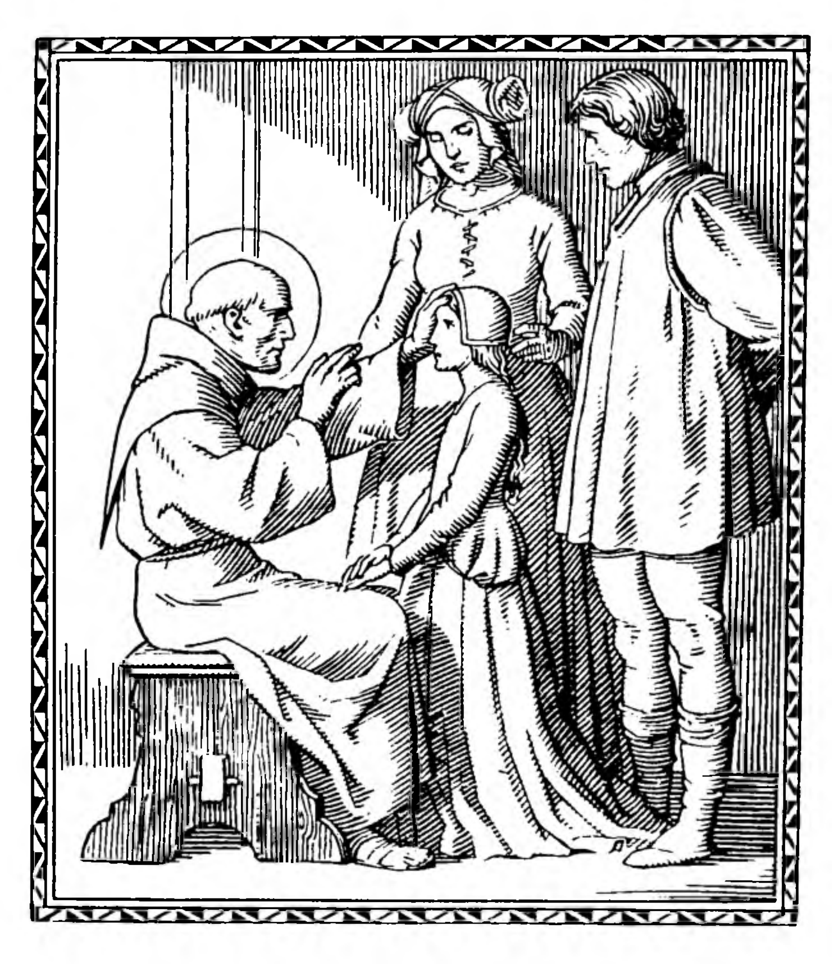
No fué ésta la única circunstancia en que el humilde lego pareció favorecido con el don de leer en el porvenir. La historia conserva el texto de una de sus predicciones. Con mucha anticipación anunció al hijo del rey de Nápoles, Alfonso, duque de Calabria, que un rey de Francia (Carlos VIII) conquistaría su reino. Señaló al mismo tiempo los males que iban a descargar sobre la Iglesia.

He aquí el texto, cuyos términos, algún tanto apocalípticos, requieren una explicación. Del conjunto se desprende una predicción bastante clara y concluyente.

Cuando oigáis mugir el buey en la Iglesia de Dios (en las armas del papa Alejandro VI, designado aquí, figuraba un buey), *entonces principiarán las desgracias. Cuando veáis tres símbolos reunidos: el buey, el águila y la serpiente* (alianza del papa Alejandro VI, del emperador de Alemania Maximiliano I, entre cuyos blasones figuraba un águila, y de Ludovico Sforza, llamado el Moro, quien por ser sucesor de los Visconti en el ducado de Milán, había dejado impresa en todas partes la serpiente de su escudo), *entonces vendrá del lado de Occidente un rey* (Carlos VIII, llamado por Ludovico Sforza y que había de invadir a Italia en 1474). *Asolará el reino* (de Nápoles), *y, recogido el botín, volverá a su país* (1475)

El destierro de César Borja y de Ludovico Sforza, vencidos por el rey Luis XII, va insinuado en las líneas siguientes:

Habrá cisma en la Iglesia de Dios, dos Pontífices, el uno elegido legítimamente, el otro cismático (alusión posible a la infame parodia que quiso hacer de Lutero un antipapa, cuando en 1527 los luteranos, con ayuda de los Imperiales, saquearon a Roma). *El verdadero Papa se verá obligado a desterrarse* (Clemente VII tuvo que huir a Orvieto). *La violencia se ensañará contra la Iglesia de Dios. Tres ejércitos muy poderosos entrarán al mismo tiempo en Italia, uno procedente del Este, otro del Oeste, el tercero del Norte, se reunirán y habrá mucha sangre derramada. Después se realizará en la Ciudad* (Eterna) *una reforma que alcanzará a los clérigos* (reforma



El *bienaventurado Vicente de Áquila favorecido por el Señor con luces extraordinarias para la dirección de las almas, declara a la que será la bienaventurada Cristina de Lúcoli cuál es la vocación especialísima de austeridad y penitencia que Nuestro Señor le ha concedido.*

de la disciplina eclesiástica preparada por el Concilio de Trento), *y los mahometanos serán detenidos en su marcha.* (Fueron, en efecto, vencidos en Lepanto, en 1571, durante el Pontificado de Pío V.)

MILAGROS. — REGRESO A ÁQUILA

EN vida, hizo Vicente varios milagros. En Áquila devolvió el habla a un mudo. En otra ciudad curó a un niño que por tener las piernas disformes no podía andar, y en Sant'Angelo le debieron la perfecta curación de parecida enfermedad tres personas. Pero el prodigio más admirable atribuído al poder de sus oraciones, fué la resurrección del obispo de Sulmona, Bartolomé della Scala, de la Orden de Predicadores.

Si hemos de dar crédito a los historiadores de Áquila, contemporáneos del siervo de Dios, el obispo, a pesar de las oraciones del clero para implorar su curación, había sucumbido de resultas de graves dolencias. Vicente, que gozaba de la estima particular del prelado y había recibido de él numerosas muestras de benevolencia, en cuanto se enteró de la noticia, pidió autorización para ir a rezar junto al cadáver. De súbito, como por inspiración de lo Alto, llamó por tres veces seguidas a su ilustre amigo, cuyos ojos se abrieron por fin, a la vez que iba entrando poco a poco la vida por todo el cuerpo. La curación no fué repentina, pero decreció el mal tan rápidamente que, a los quince días, el 29 de junio de 1491, fiesta de San Pedro, el que todos creían eliminado para siempre del mundo de los vivos, iba en persona al convento de los Franciscanos a dar gracias a su salvador.

Conviene añadir que murió, y esta vez para siempre, a los pocos días, en lo cual se fundaron algunos cronistas para decir, con razón o sin ella, que dicho prelado había necesitado un plazo de veintidós días para arrepentirse y reconciliarse con Dios antes de arrostrar el tremendo juicio. Sea lo que fuere, el milagro tuvo grande repercusión en los Abruzos, y las visitas afluyeron al convento de San Nicolás de Sulmona, residencia en aquel tiempo del taumaturgo. Le llevaban enfermos para que rogase por ellos, y alcanzaba su curación.

Esta popularidad llegó a asustar a Vicente, quien, deseoso de la soledad, solicitó de sus superiores permiso para volver a su modesto oratorio de San Julián de Áquila, en donde esperaba terminar su vida religiosa del modo que la había comenzado, en el retiro y la humildad.

Apenas de regreso, tuvo que presenciar discordias civiles y grandes disensiones políticas. Acababa de ser desterrado el obispo, Juan Bautista Galioffi. En tan graves circunstancias juzgó Vicente que era deber suyo el

dirigir a los primeros magistrados, constándole que aceptarían sus consejos, algunas palabras llenas de fe.

Lo hizo en términos que muestran su profunda piedad.

Señor Gobernador, Señores:

El cariño que profeso a vuestra ciudad me inspira estas pocas líneas. Acabáis de perder al padre de vuestras almas. Por tanto habéis de ser ahora, para vuestros súbditos, pastores a la vez espirituales y temporales.

Estáis pasando crueles pruebas y las teméis más terribles aún. Ved si no suceden por causa de vuestras culpas, y enmendaos. Dios envió a Jonás a Nínive, a la que quería aniquilar por sus pecados, y revocó la sentencia tan pronto como dicha ciudad se arrepintió. ¿No es propio de Dios el ser siempre misericordioso? Cesemos de pecar y cesarán los azotes.

En la ciudad, en Collemaggio y en otros puntos tenéis religiosos. Pedidles procesiones de penitencia; misas en honor de la Santísima Virgen y de nuestros santos patronos. Pedid oraciones a las Hijas de Santa Clara. Tengo confianza de que, por estos medios, la infinita misericordia de Dios pondrá fin a estas calamidades.

Si me postrara ante el rey para solicitar un favor y al mismo tiempo le diese disgustos con mi proceder, me echaría de su presencia. Así vosotros, por amor de Dios, dejad de blasfemar, si queréis ser escuchados. De aquí proceden todos vuestros males. Termino suplicándoos otra vez os hagáis dignos del cargo que se os ha impuesto.

Vuestro hermano en Nuestro Señor,

Fray Vicente.

El que con tanta nobleza hablaba era entonces un anciano estimado y venerado de todos, con fama de santo, adornado con el brillo de los milagros. No es de extrañar, pues, que fuera escuchada su palabra. No dependió de él el que no volviera el obispo a Áquila. El infortunado pontífice pereció asesinado por los facciosos en la misma ciudad de Roma, en casa del cardenal della Rovere (el futuro papa Julio II), el 23 de febrero de 1493.

ÚLTIMA CONQUISTA. — MUERTE DEL BEATO

UN día que andaba por la ciudad de Lúcoli pidiendo limosna, el cansancio le obligó a detenerse en una familia amiga. Allí topó con una niña, Matía Ciccarelli, que debía ser gloria de la Orden agustina. Vicente que, para la dirección de algunas almas había recibido de Dios luces extraordinarias, reconoció en esta muchachita un alma selecta, y sus consejos la encaminaron resueltamente en las vías de la santidad. Le infundió

aversión para las vanidades mundanas y gusto para las penitencias más heroicas, de las cuales daba él ejemplo. A instigación suya, Matía rezó diariamente toda la vida el Oficio de la Santísima Virgen y el de difuntos.

Después que hubo así afirmado sus primeros pasos, no cesó de sostenerla y animarla hasta conducirla al umbral del claustro.

El 7 de agosto de 1504, hacia el anochecer, Matía, que todavía no había dejado el mundo, vió, desde la ventana de la casa que seguía habitando en Lúcoli, el bosque inmediato al convento de San Julián completamente iluminado y al alma de su santo consejero subiendo al cielo acompañada por magnífica corte. Supo el día siguiente, que en aquella misma hora había exhalado el postrer aliento. Esta revelación la llenó de alegría y la confirmó en la convicción de que su guía era verdaderamente un Santo. Dócil a sus consejos, no difirió su entrada en el monasterio agustino de Santa Lucía, en Áquila, y en él tomó el velo con el nombre de Sor Cristina. En dicho monasterio se venera el 12 de febrero a la Beata Cristina de Lúcoli.

RELIQUIAS Y CULTO

LOS restos del piadoso Hermano lego se habían enterrado en la sepultura común de los Hermanos Menores. Catorce años después fueron exhumados, por circunstancia fortuita, tal vez para depositarlos en la nueva iglesia de San Julián que se inauguraba: se reparó entonces en el perfume que exhalaba el féretro de fray Vicente y la perfecta conservación de su cuerpo. Los vestidos que le cubrían se caían a pedazos y se deshacían en polvo, siendo así que la carne del siervo de Dios conservaba toda su blancura y consistencia.

Este concurso de hechos movió a sus Hermanos en religión a depositar el cuerpo de Vicente en un arca de nogal y vidrio y trasladarlo a lugar honroso. Desde entonces empezó a brillar con milagros de que dan fe donaciones e inscripciones votivas.

Después de más de un siglo, en 1634, seguía tan manifiesta como antes la conservación del cuerpo. De entonces data su colocación —o reposición— en una capilla situada a la entrada de la iglesia conventual, con esta inscripción:

«D. O. M. — En el pontificado del papa Urbano VIII, reinado del rey católico Felipe IV, y gobierno del virrey de Nápoles, Excmo. Sr. D. Manuel de Fonseca y Zúñiga, conde de Monterrey y Fuentes.

Cuerpo del Beato Vicente de Áquila, después de ciento treinta años, permanecido íntegro y sin corrupción desde mucho tiempo encerrado en un arca de vidrio y luego depositado en lugar más eminente, y desde tiempo inmemorial, objeto de la mayor veneración y devoción.

El Ilmo. y Rmo. D. Gaspar de Gayozo, obispo de Áquila y consejero real, muy adicto a la Orden seráfica, y Padre misericordiosísimo de los pobres Hermanitos reformados de este convento, cuidó, movido por piedad y devoción particular, de asegurar su conservación de modo más honroso y seguro, y, mediante piadosas y liberales limosnas, dió a la tumba y capilla un aspecto más decente y hermoso, volviéndolos así más venerables.—En el año del Señor 1634».

Más recientemente, en 1868, dos médicos fueron comisionados por la autoridad eclesiástica para reconocer la continuidad del prodigio de la conservación del cuerpo de fray Vicente.

En el lugar en que se le había depositado primitivamente, otra inscripción en italiano decía:

«En este sepulcro descansa el cuerpo del Beato Vicente de Áquila, que pasó a mejor vida el 7 de agosto de 1504».

En esta fecha del 7 de agosto hacen mención del Beato Vicente de Áquila las *Acta Sanctorum;* en cambio, los Hermanos Menores Observantes, que eran los únicos que, al fin del siglo XIX, celebraban la fiesta de este siervo de Dios, lo hacían el día 6 de septiembre.

En el convento de San Julián, generosamente devuelto a los Hermanos Menores por el duque Francisco Ribera, noble de Áquila, brillaba en aquella misma época uno de los más florecientes escolasticados de la Orden de Hermanos Menores.

En el mes de agosto de 1904, celebróse solemnemente el cuarto centenario de la muerte del Beato Vicente de Áquila. Con tal ocasión, verificóse la traslación de sus reliquias desde el convento de San Julián a la iglesia metropolitana, en la que quedó expuesto tres días a la veneración pública.

SANTORAL

Santos *Zacarías, profeta;* Petronio, obispo de Verona Ciferiano, obispo de Aleth, en Francia; Tegoneco, obispo en la Baja Bretaña; Donaciano, Presidio, Mansueto, Germán, Fúsculo y Leto, obispos en África, mártires bajo el arriano Hunerico; *Eleuterio,* Marciano, Imberto y Fausto, abades Onesíforo, discípulo de San Pablo y mártir; Fausto, presbítero, Macario, y diez compañeros, mártires en Alejandría; Cótido, diácono, Eugenio y compañeros, mártires en Capadocia; Agustín y Sanciano, mártires en Francia Beatos **Vicente de Áquila, confesor;** Tomás Tzugui, y Miguel Nacaxima, de la Compañía de Jesús, y otros dos compañeros, mártires en el Japón; Huberto de Mirabella, obispo de Valencia, en Francia, y Pedro Acotanto, confesores. Santas Beata y Eva, vírgenes y mártires; Bega, abadesa. *Beata Limbania, virgen.*


Virginal y hacendosa pastorcilla — Instrumentos y trofeos de la mártir

DÍA 7 DE SEPTIEMBRE

SANTA REINA

VIRGEN Y MÁRTIR (236-251)

LA antigua Alesia, ciudad de los mandubios, tan mencionada por Julio César en su conocida obra «De bello gállico» y tan renombrada en la Historia porque cabe sus muros se desarrolló la épica lucha del célebre caudillo de los galos Vercingétorix, es actualmente un modesto villorrio. Pero si las gestas del heroico jefe galo le granjearon la nombradía de que merecidamente goza, sube ésta de punto por ser la patria de Santa Reina o Regina, heroína de la fe católica que, a pesar de la debilidad natural de su sexo, empeñó dentro de sus murallas admirable combate contra las potencias infernales, hasta alcanzar sobre ellas una victoria de mayor trascendencia que las del general romano.

Nació Santa Reina hacia el año 236, de linaje distinguido, pues su padre, llamado Clemente, descollaba entre los más principales señores del país. Nada nos dice la Historia con respecto a su madre, salvo el detalle de haber fallecido al dar a luz a la Santa.

Confió, pues, su padre el tierno vástago a los cuidados de una nodriza, la cual —aunque lo desconocía Clemente, terco y furibundo idólatra— era cristiana fervorosa y no tardó mucho en procurar fuera administrado el santo

bautismo a aquella criatura que la Providencia había puesto en sus manos. Cuando años después llegó el hecho a oídos de Clemente, montó en cólera en grado tal que arrojó despiadadamente a la doncella del hogar paterno, y le prohibió en absoluto y para siempre regresar a él.

Acogióse entonces la joven al amparo de su cristiana nodriza y, dirigida por ésta, inicióse en el ejercicio de la virtud, y al poco tiempo andaba ya a velas desplegadas por la vía del amor de Dios. Con tales auspicios no es de maravillar que muy pronto quedara su corazón virginal prendido en las redes del amor del Esposo divino de las almas y, después de dar libelo de repudio a todas las cosas de la tierra, postróse cierto día a los pies del Divino Salvador y le consagró su virginidad.

Otra virtud brillaba esplendorosamente como no podía ser menos en esta alma de selección, y era la humildad, base y sostén de toda virtud y salvaguardia especialísima de la pureza. A pesar de su noble posición, encontraba la joven patricia todas sus delicias en ejercer el humilde oficio de pastora y llevar al campo el rebaño de su nodriza, la cual accedía buenamente a los deseos de Reina, que manifestaba hallar mayores encantos y atractivos en la plácida soledad de la campiña, que no alternando con sus amistades y relaciones de la ciudad de Alesia, por cuanto tenía mayores facilidades para conversar a solas con Dios.

Así, pues, iba deslizándose la vida de nuestra Santa en el ejercicio de la oración y en la lectura de las Actas de los Santos Mártires, cuyo magnífico heroísmo inflamaba su piadosa alma en anhelos ardientes de imitarlos. No transcurrió mucho tiempo sin que se vieran cumplidos sus deseos.

ARRESTO E INTERROGATORIO

ERA en 251. Olibrio, prefecto de las Galias, en viaje de incorporación a su destino, franqueaba con su escolta las montañas de la región de Alesia y, al llegar junto al lugar conocido hoy día con el nombre de «Los tres Olmos», quedóse como arrobado al contemplar a poca distancia del camino a una doncella de maravillosa hermosura. Era la joven Reina que, según cotidiana costumbre, había salido a apacentar el rebaño, e iba siguiéndolo en sus movimientos mientras con el espíritu elevado hacia Dios se entretenía en hilar.

Tan prendado quedó el prefecto de los encantos de la joven, que concibió al punto la idea de desposarse con ella, y, sin más preámbulos, ordenó su detención. La virgen cristiana, en tal coyuntura y ante el temor no infundado de ser objeto de algún ultraje, levantó sus bellos ojos suplicantes al cielo y dirigió esta fervorosa plegaria a su Esposo celestial:

¡Oh Salvador mío! Tú eres, como divino Esposo de las almas castas, el protector y defensor de la virginidad: ¿podrás acaso consentir que un hombre, prevaliéndose de la violencia y de la fragilidad de mi sexo y de lo débil de mi edad, te infiera la injuria de arrebatarme una joya de la que no soy sino la depositaria y guardadora? No lo permitas, Señor; otórgame la gracia de perder antes la vida que este inestimable tesoro con que enriqueciste mi alma. Esta muerte, gloriosa para mí, me granjeará la nobilísima dignidad de esposa tuya a doble título: como virgen y como mártir.

Conducida la joven ante el prefecto, preguntóle éste:

—¿De qué linaje eres?

—Soy de noble estirpe —respondió la doncella.

—¿Cómo te llamas?

—Reina.

—¿Cuáles son tus ideas religiosas?

—Adoro a la Santísima Trinidad.

—¿Perteneces, pues, a la secta de ese Galileo o Nazareno y ostentas su nombre?

—Sí —replicó la Santa—. Soy cristiana e invoco a Jesucristo para que se digne mirarme y protegerme como sierva suya.

Muy pronto se percató Olibrio de lo inútil de sus tentativas para obtener lo que se proponía, ante la solidez y el temple de las convicciones de la joven cristiana, y quiso variar de táctica y echar mano de todos los medios posibles para hacerla vacilar en su fe. Entretanto, ordenó que, debidamente custodiada, fuera puesta en prisiones, decidido a someterla a nuevo interrogatorio a vista de toda la población de Alesia. No dudaba que esta providencia la intimidaría mucho.

Al alborear del siguiente día, sentóse Olibrio en su tribunal, después de haber ofrecido un sacrificio a los ídolos ante un concurso inmenso de espectadores que habían acudido de todas partes, y ordenó que fuese traída la cristiana doncella, a la cual habló luego así:

—Joven, rinde prontamente homenaje a los dioses inmortales y ten piedad de ti misma. Si atiendes a mis indicaciones, te colmaré de riquezas y disfrutarás a mi lado de una posición tan honrosa como envidiable. Mas, si te obstinares en tu terquedad, tengo medios a mi disposición con que doblegarte y vencerte, pues no escatimaré ninguno, por doloroso que fuere, a fin de vindicar el honor de los dioses que tú menosprecias.

A lo que la magnánima virgen replicó noble y dignamente, pero con entereza:

—Cristiana soy; y sabe que antepongo este título y cualidad que recibí en el bautismo, a cuanto de noble y honroso pudiera deber al nacimiento y a la fortuna. Gloríome en ser humilde sierva de mi Señor Jesucristo, Dios

verdadero, a quien he consagrado todo mi ser, y nada será capaz de separarme de su amor. Y ten por cierto que ratificaré esta declaración y la rubricaré con mi sangre si preciso fuere, pues dispuesta estoy a sufrir tu crueldad y a morir para mantenerme fiel a mi Dios.

LA PRISIÓN. — INHUMANIDAD DE SU PROPIO PADRE

EN este punto quedó el interrogatorio, pues Olibrio no quiso continuarlo. ¿Sería acaso porque sintiera su natural fiero y cruel apaciguarse por el amor que la bellísima y casta doncella había despertado en él, o porque se lisonjeara pensando en que tal vez con el tiempo podría la joven cambiar de sentimientos?... Nada dicen las Actas a este respecto, pero lo cierto es que el prefecto se limitó a ordenar que la valerosa joven fuese puesta y guardada en prisión hasta su regreso de Germania.

Ausente Olibrio, encargóse de cumplir sus disposiciones el propio padre de nuestra Santa, y a este fin dió las órdenes pertinentes para que fuera encerrada en una de las torres de su castillo de Griñon. Mandó el bárbaro y cruel padre rodear el cuerpo de su pobre e inocente hija con un aro de hierro y una cadena cuyos extremos fueron fijados a las paredes, de tal modo que la santa prisionera se vió impedida de todo movimiento y obligada a estar en pie continuamente de día y de noche y sin socorro humano alguno, salvo un poquito de pan y agua, que la caridad de los cristianos le procuraba, aunque a escondidas y no sin peligro de la vida. Fortalecida con la ayuda divina, soportó la heroica joven aquel indecible tormento con invencible paciencia.

Por fin, regresó Olibrio y, apenas llegado, faltóle tiempo para informarse del estado de ánimo de la prisionera. ¡Cuál no fué su irritación al saber que el corazón de Reina seguía tan firme e invariablemente unido a Jesucristo, y con lazos más estrechos y sólidos que los que sujetaban su cuerpo virginal a los muros de aquella mazmorra!

NUEVO INTERROGATORIO. — TORMENTOS ATROCES

INTENTA entonces el prefecto nueva acometida a aquella constancia de la Santa, y ordena que sea conducida ante su tribunal para someterla a nuevas pruebas. Pone entonces en juego toda la ternura de palabras y todos los recursos de que es capaz un amor apasionado y píntale con vivos y sugestivos colores el cuadro de dichas y de honores a que se hará acreedora con tal que acceda siquiera a echar un grano de incienso en el pebetero que



A vista de la rara hermosura de Santa Reina, Olibrio, prefecto de las Galias, le ofrece su mano de esposo sin otra condición que la de ofrendar, aunque sea sólo por fórmula, sacrificios a los idolos paganos. La Santa rechaza, noblemente indignada, la proposición del prefecto.

está ante el altar de los dioses. Pero la virgen Reina permanece inquebrantable en su fidelidad a Jesucristo.

Al ver burladas sus esperanzas, déjase arrastrar Olibrio por su instinto sanguinario y ordena que se la someta a torturas tales que su sola lectura produce estremecimientos de espanto. Empiezan por extender y sujetar a la inocente víctima en el potro y unos verdugos la flagelaban tan cruelísimamente que las virginales carnes saltan en pedazos y la sangre corre en verdaderos arroyos por el suelo; y mientras los circunstantes, paganos en su mayoría, lloran de emoción y de espanto ante aquel espectáculo inhumano, la dulce víctima dice, con los ojos puestos en el cielo: «En Ti, Señor y Dios mío, descansan mis esperanzas y no seré confundida».

Entretanto, algunos de los presentes no cesaban de decirle con aire entre compasivo y de reconvención:

—¿Pero no ves, inconsiderada doncella, a qué te expones y de qué cosas te privas por no proferir un sencillo «sí» y ofrecer un sacrificio a los dioses? ¡Qué locura, perder la vida por sostener las teorías de un crucificado!

—Callad, callad, malaventurados e insensatos consejeros —replicaba con energía la virgen cristiana, a pesar de la crudeza de sus horribles padecimientos—; jamás ofreceré sacrificios ante vuestros mudos e insensibles ídolos de piedra. Sólo adoro y adoraré a mi Señor Jesucristo, único Dios verdadero, de quien recibo consuelo y fortaleza en medio de mis tormentos.

Exasperado el tirano ante la constancia de la santa mártir, da orden de que se le arranquen las uñas y de que, suspendiéndola en alto, se le rasgue la piel y las carnes con peines de hierro. Ejecutóse al momento el cruel mandato, y los verdugos hicieron tal carnicería y tales destrozos en el santo cuerpo, que los espectadores no pudieron contenerse y lanzaron gritos de horror y compasión, y hasta el mismo Olibrio, acostumbrado a tales escenas, no pudo contemplarlo impasible y, por no verlo, se cubrió el rostro con el extremo de tu toga.

NOCHE OSCURA DEL ALMA. — CONSUELOS CELESTIALES

LLEGADA la noche, suspendióse la tortura y Santa Reina fué encerrada en un lóbrego e inmundo calabozo hasta el día siguiente, en que el prefecto pensaba proseguir el procedimiento contra la mártir. Quiso el Señor acrisolar la virtud de su fidelísima sierva disponiendo que gustase las hieles que acibararon su Alma santísima en la Agonía del Huerto de Getsemaní. Nuestro Señor exigió de su fiel esposa este nuevo rasgo de semejanza con Él. El corazón de la Santa debía prepararse así para luego gustar más intensamente las delicias del divino Amor.

En efecto: entre la lobreguez y oscuridad del calabozo, la soledad en que se encontró sin que un alma caritativa mitigara la congoja de su espíritu, con el recuerdo de las escenas horrorosas de aquel día y la temible perspectiva de los tormentos a que la pasión decepcionada del cruel Olibrio la había de someter, todo unido al dolor acerbísimo que sus múltiples y tremendas heridas le ocasionaban, produjo en la pobre doncella una tristeza y un abatimiento difíciles de ponderar. Y, por si fuera poco, vino a sumarse y aumentar aún más su pena el hecho de no hallar el consuelo que esperaba encontrar clamando al cielo, que parecía hacerse sordo a sus ruegos, gemidos y lágrimas. No más alegrías celestiales, ni más extáticos arrobos, ni ninguna de las dulzuras divinas con que el Señor solía antes regalarla. Tristeza, aridez, oscuridad... ¡Tormentos indefinibles de la noche mística de las almas!

Ruda prueba para quien había pasado por tantos trabajos con tal de permanecer fiel a la fe y a su conciencia. Empero, resistió con valor y mantúvose firme en su anhelo de seguir a Jesucristo y amarle a pesar de todos los obstáculos.

Tan generoso y constante proceder iba pronto a recibir el justo premio. Efectivamente, cesan de pronto sus mortales congojas y desvanécese como un pesado sueño aquella tristeza y ansiedad que la oprimían, y el Señor inunda su alma de consuelos tanto mayores cuanto más dolorosas fueran las anteriores pruebas. Una alegría celestial invade todo su ser y, arrebatada en éxtasis, ve una cruz de enormes dimensiones que desde la tierra llegaba al cielo, y sobre ella al Espíritu Santo, en figura de paloma blanquísima, que le prometía en breve plazo la corona eterna.

Y para que no dudara la Santa ni un momento de la realidad de los hechos, el Señor curó instantáneamente todas sus llagas y le infundió tal fortaleza y ánimo en el espíritu, que ardía en deseos de que despuntara la aurora del nuevo día para volver a empezar la cruenta lucha y beber hasta las últimas gotas el cáliz de sufrimientos que sus verdugos le reservaban.

EL ÚLTIMO INTERROGATORIO

VENIDA la mañana, manda Olibrio que comparezca la prisionera y queda mudo de asombro y de estupor el verla sana y sin señal alguna de las heridas que le ocasionaran los tomentos a que fué sometida anteriormente. Ante hecho semejante que no sabía cómo explicarse, siente Olibrio encenderse la llama de su pasión por la doncella cristiana, y con frases ternísimas conjúrale de nuevo a que ofrezca un sacrificio a los ídolos y a que consienta en desposarse con él. Mas la casta virgen rehusa digna y valientemente entrambas proposiciones que oye con desdén, con lo cual el amor

del prefecto, una vez más decepcionado, cede de nuevo su lugar al odio y a la crueldad.

—Desprecio tus falaces promesas —decíale la santa joven—; alardeas y muestras celo por el honor de tus falsas divinidades, pero no es todo ello más que una máscara con que encubres tus criminales deseos. Ten por seguro que, pese a tus amenazas, a los tormentos y a la misma muerte, permaneceré fiel a mi Dios hasta el postrer segundo.

La noble y sincera entereza de semejante lenguaje puso al tirano fuera de sí de cólera y rabia. Nuevamente tendida la santa doncella en el caballete, manda el cruel verdugo que le sean aplicadas antorchas encendidas a ambos costados del cuerpo hasta producirle horribles quemaduras. La Santa soportó tan bárbaro suplicio con ánimo tranquilo y su rostro se iluminó pronto con la alegría que colmaba su alma.

Al percatarse Olibrio de la augusta serenidad de su víctima, ideó otro tormento para ver de turbarla. Al efecto, ordenó que la metiesen en un baño de agua helada, para que la brusca transición de temperatura causase mayores sufrimientos en aquellos torturados miembros. ¡Vana esperanza!, pues la santa mártir no perdió su celeste sonrisa ni se turbó en lo más mínimo. A mayor abundamiento, el cuerpo virginal flotaba mansamente sobre el agua y la Santa entonaba al Señor sus cánticos de alabanza: «El Señor —decía— ha mostrado su poderío, el Señor ha manifestado su gloria. ¡Oh Señor y Dueño mío, Jesús, que tantas veces me preservaste de la muerte, bendito seas por los siglos de los siglos!»

Era inútil toda porfía. Cuanto más se encarnizaba el tirano con su presa, tanto más resaltaban la fortaleza invencible de la mártir y la vergonzosa derrota del sanguinario verdugo. Porque cada nuevo suplicio parecía infundir ánimos nuevos en la santa doncella.

SU MUERTE

COMPRENDIÓ, a la postre, Olibrio, que no podía forjarse ilusiones ni podría conseguir nada de un alma de semejante temple, y quiso acabar ya de una vez, por no exponerse a nuevos fracasos y a más humillantes derrotas. En consecuencia, dictó sentencia por la que condenaba a la valerosa virgen a ser decapitada, aunque le concedía una hora de tregua para que se preparase a recibir el golpe fatal.

Trasladóse el pueblo en masa al lugar señalado para la ejecución, situado a extramuros de Alesia. En cuanto llegó allí la Santa, pidió y obtuvo permiso para dirigir unas frases a los espectadores. Verificólo con tal gracia y majestad, a la par que con tanta suavidad y valentía, que muy pronto se apoderó

de los corazones la emoción más viva y todos los ojos se arrasaron en lágrimas. Todos admiraban la tranquilidad de ánimo que irradiaba de su rostro y el valor de aquella noble e ilustre patricia que enfrentaba la muerte con el heroísmo de un veterano guerrero.

Volvió luego el bello y amable rostro a los cristianos allí presentes, que habían querido acompañar y ser testigos del triunfo de su santa hermana, y rogóles, con ahinco y en términos del más vivo afecto y de la mayor humildad, que se dignasen ofrecer a Dios sus oraciones y lágrimas, para que ella pudiera alcanzar de la misericordia divina el perdón de los pecados. ¡Sublime humildad de un alma que iba a comparecer ante el Supremo Juez revestida con el ropaje precioso de la inocencia bautismal! Exhortólos, además, a defender con toda firmeza, aun arriesgando la vida, el honor de la única religión verdadera, la religión de Jesucristo.

Inclinó luego su cabeza y presentó el cuello al verdugo. Era el 7 de septiembre del año 251.

En el mismo instante los conmovidos espectadores vieron su alma bellísima ascender al cielo, acompañada de ángeles.

Recogieron los cristianos de Alesia los restos venerandos de su santa conciudadana y los sepultaron con todo respeto al pie de la montaña contigua a la población. Más tarde, los sagrados restos fueron trasladados al monasterio de Flavigny, donde quedaron definitivamente. Dios ilustró la tumba de la gloriosa mártir obrando por su intercesión un sinnúmero de portentos.

La diócesis de Autún, donde vió la luz primera Santa Reina, le tributa culto especialísimo, y en toda la Borgoña es tenida en gran veneración. En España tiene también muchos devotos. Los falsos cronicones colocaron erróneamente en nuestra patria el lugar de su glorioso martirio.

SANTORAL

Evorcio, obispo de Orleáns, y Esteban, de Die, en Francia; Juan de Lodi, obispo de Gubbio, y Pánfilo, de Capua; Alemondo y Gilberto, obispos de Hexam, en Inglaterra; Vivencio y Augustal, obispos y confesores; Eunán, obispo de Raphoe, en Irlanda; Eustaquio, abad; *Clodoaldo, presbítero y confesor; Juan y Anastasio, mártires*; Eusiquio, mártir en Cesarea de Capadocia, cuando imperaba Adriano Nemorio, diácono, y compañeros, martirizados por Átila; Sozonte, mártir en Cilicia bajo Galerio. Beatos Mateo, obispo de Agrigento; esteban Pongracz y Melchor Grodecz, jesuítas, y Marcos Crisino, mártires en Casovia de Eslovaquia. Santas Reina o Regina y Germana, vírgenes y mártires; Medelberta —sobrina de Santa Aldegunda—, abadesa. Traslación a Oviedo de las reliquias de Santa Eulalia de Mérida, en tiempo del rey Silo.



DÍA 8 DE SEPTIEMBRE

SAN ADRIAN

MÁRTIR DE NICOMEDIA († 306?)

LAS Actas del martirio de San Adrián están escritas en griego. De ellas se hicieron varias versiones; una se intitula: *Actas de San Adrián y compañeros;* otra, *Martirio de los santos mártires Adrián y Natalia,* la tercera, mucho más compendiada: *Del santo mártir Adrián, de Natalia y compañeros.*

Era por los años de 306; la cruel persecución decretada por Diocleciano contra los discípulos de Jesús empezaba ya a extinguirse, cuando su impío sucesor Maximiano Galerio volvió a avivarla en toda el Asia.

La ciudad de Nicomedia de Bitinia estaba más expuesta que ninguna otra a la ferocidad del cruel tirano, porque en ella residía ordinariamente. Los emisarios del emperador solían recorrer los barrios y casas de la ciudad, obligaban a los habitantes a participar en los sacrificios idolátricos y detenían a quienes a ello se negaban. Prometían grandes premios a cuantos denunciasen a algún cristiano y, en cambio, proferían severísimas amenazas contra quienes los ocultasen; así que, empujados de una parte por temor de los suplicios y de otra, por la codicia de los premios, los paganos delataban aún a sus mismos deudos y vecinos que seguían la religión cristiana.

Del mismo modo, solían perseguir a los cristianos de los alrededores de la ciudad. Cierto día fueron denunciados veintitrés que se habían juntado en una cueva para cantar salmos. Pronto llegó una compañía de soldados a detenerlos; cercaron la cueva, apresaron a aquellos inocentes adoradores del verdadero Dios y llevároniós maniatados delante del emperador.

Maximiano Galerio les hizo padecer cruelísimos tormentos; finalmente, no pudiendo vencer su constancia, mandó que, cargados de cadenas, los echasen a todos en lóbrega cárcel entre tanto llegaba la hora de hacerles morir en suplicios atrocísimos que llenasen de espanto a los demás cristianos.

ADRIÁN AMBICIONA LA GLORIA DEL MARTIRIO

ENTRE los testigos de los tormentos de aquellos mártires se hallaba Adrián, mozo de veintiocho años, caballero principal y ministro del emperador. Conmovido Adrián a la vista de la constancia y fortaleza de los cristianos, no pudo por menos de dirigirse a ellos.

—Os conjuro, hermanos, en nombre de vuestro Dios —exclamó—, que me digáis la verdad. ¿Qué gloria y premio esperáis en pago de los crueles tormentos que sufrís ahora?

Los Santos le respondieron:

—Declarámoste sinceramente que los labios no aciertan a expresar, ni el entendimiento a comprender la magnífica recompensa que esperamos recibir en el cielo.

Siguieron hablando buen rato, y, al fin, transformado por la gracia, dijo Adrián a los soldados:

—Poned mi nombre en la lista de estos santos varones, que yo también soy cristiano.

Pronto llevaron los soldados aquella lista al emperador, el cual, al ver en ella el nombre de Adrián, se imaginó que dicho oficial deseaba alegar algún testimonio contra los mártires, por lo que dió esta orden:

—Escríbase inmediatamente la acusación presentada por Adrián.

Pero, habiéndole notificado el escribano que el oficial había abrazado el cristianismo, enfurecióse el tirano y, dirigiéndose al neófito, exclamó:

—Pídeme pronto perdón; declara que dijiste aquellas palabras sin caer en la cuenta de lo que decías, y borraré tu nombre de la lista de los condenados.

Adrián le respondió:

—Sólo a mi Dios pediré yo de hoy en adelante perdón de los extravíos de mi pasada vida y de los pecados que cometí.

Al oír estas palabras, Galerio mandó que le cargasen de hierros y le echasen a la cárcel.

LA ESPOSA DE UN MÁRTIR

ENTRETANTO, un criado de Adrián corrió a dar noticia de lo sucedido a Natalia, esposa del ministro imperial.

—Adrián, mi señor —le dijo—, acaba de ser detenido y encarcelado. Levantóse Natalia y rasgó sus vestidos, afligidísima con aquella noticia.

—¿Qué delito ha cometido? —preguntó.

—Yo he visto atormentar cruelmente a algunos hombres por causa del nombre de aquel que llaman Cristo —respondió el criado—; negábanse a sacrificar a los dioses; entonces mi señor dijo: «Yo también moriré de buena gana con ellos».

Llenóse de gozo Natalia al oírle estas palabras; había ella nacido de padres cristianos, y hasta entonces no se había atrevido a confesar públicamente la fe, a causa de la violenta persecución.

Mudó sus vestidos, corrió a la cárcel, echóse a los pies de su marido, besó con júbilo los grillos y cadenas, y con santas palabras le alentó a mostrarse esforzado en la pelea.

Adrián le prometió ser fiel a Jesucristo con la gracia de Dios, a pesar de todos los tormentos, y añadió:

—Amada esposa mía, vuélvete a casa, pues se acerca ya la noche. Yo te avisaré al tiempo que nos hayan de atormentar, para que te halles presente a mi martirio.

Antes de salir de la cárcel, echóse Natalia a los pies de los veintitrés compañeros de Adrián, y con entrañable devoción besó sus cadenas. Mostrándoles luego a su marido, les dijo:

—Os suplico, hermanos, que animéis y esforcéis a esta oveja de Cristo.

Pasados algunos días, entendiendo Adrián que iba ya a ser llamado ante el juez, dijo a sus compañeros:

—Permitidme, hermanos, ir a mi casa y traer conmigo a mi hermana, pues le prometí llamarla para que se hallase presente a nuestra lucha postrera.

Los mártires fueron de este parecer. Compró con dinero licencia de los guardas y salió de la cárcel en busca de su esposa.

Mas antes que llegase a su casa, Natalia tuvo noticia que Adrián andaba por la ciudad. Enterneciose sobremanera y derramó lágrimas de dolor, pareciéndole que su marido había renegado de la fe y huía del martirio. Vió luego que Adrián se acercaba a casa, y levantóse para cerrarle la puerta. No quería hablarle ya palabra y acusábale de cobarde que había vuelto las espaldas antes que se comenzase la batalla.

Adrián estaba a la puerta oyendo gozoso las palabras de su esposa y co-

brando con ellas ánimo y nuevo esfuerzo para cumplir su promesa. Finalmente, al ver a Natalia tan cruelmente afligida, le dijo desde fuera:

—Abre ya, querida esposa, que no estoy aquí por huir de la muerte como cobarde; al contrario, vengo a buscarte como te lo prometí, pues se acerca ya la hora de la pelea.

Satisfecha con lo que oía, abrió Natalia la puerta.

—¡Oh bendita esposa! —exclamó Adrián—. Tu valor sostiene el ánimo de tu marido para salvarle, tu corona será digna de la de los mártires, aunque el tirano no te haga padecer ningún tormento.

Los dos juntos se encaminaron a la cárcel. Yendo por la calle, vínole a Adrián el temor de que el emperador confiscase sus bienes y dejase a Natalia sin hacienda y desamparada. Dijo, pues, a su esposa:

—Y ahora, hermana mía, ¿qué orden piensas dar a nuestro patrimonio y hacienda?

—No quieras acordarte más de los bienes de este mundo, para que no te embaracen y cautiven el corazón; pon los ojos en los bienes perdurables y eternos que tan presto te dará el Señor. Él, que sustenta a los pajarillos del cielo, habrá disponer las cosas mejor de lo que nosotros pudiéramos idear.

Llegaron a la cárcel, y luego Natalia se postró a los pies de los santos mártires y besó sus cadenas; y, viendo que por los grillos y prisiones tenían las carnes ulceradas y tan podridas que criaban gusanos, mandó a sus criados traer de su casa lienzos preciosos y delicados, y con ellos limpió las llagas de los mártires y las vendó con admirable devoción y ternura. Siete días permaneció en la cárcel ocupándose en aquellos caritativos menesteres con los siervos de Jesucristo, sin que los soldados estorbasen su trabajo.

EN EL TRIBUNAL DEL TIRANO

LLEGÓ la orden de que todos los presos cristianos fuesen presentados delante del emperador. Sacaron, pues, de la cárcel a los veintitrés mártires y los llevaron a todos sujetos con una misma cadena y montados sobre jumentos; pues no podían sostenerse en pie, por tener el cuerpo molido y despedazado por los tormentos ya padecidos. Adrián iba tras ellos, atadas las manos a las espaldas.

Otra vez quiso el cruel Galerio que los atormentasen, pero el presidente del tribunal le hizo notar que, por estar tan debilitados, no podrían, sin morir en breve, aguantar nuevos tormentos. Llamó sólo a Adrián, juzgando que por ser mozo sano y robusto tendría fuerzas para padecer mayores penas.

Quitáronle el elegante uniforme de ministro imperial y, vestido como simple reo, se adelantó llevando él mismo sobre sus hombros el ecúleo o ca-



DICE *la admirable esposa a San Adrián: «El tormento es breve y el premio dura para siempre, acuérdate que sirviendo al rey de la tierra padeciste grandes trabajos por una paga escasa y vil, por lo cual ahora, con mayor constancia, debes sufrir cualquier pena por el reino de los cielos.»*

ballete donde iba a ser atormentado. Entretanto, su esposa y los demás mártires le alentaban con santas palabras. Fué presentado delante del emperador, el cual le preguntó:

—¿Persistes todavía en tu locura?

—Ya renuncié a mi locura; por eso estoy pronto a dar la vida para salvar mi alma.

—Sacrifica a los dioses inmortales —repuso el tirano—; adóralos como nosotros; de lo contrario, mandaré que te atormenten con tanta crueldad que ni siquiera imaginarlo puedes.

Tales amenazas no eran en boca de Galerio palabras sin sentido. Harto bien le conocían los cristianos. Pero no por ello se asustaba Adrián.

—Me da lástima tu ceguera, ¡oh emperador! —le respondió—. Te aseguro que nunca jamás reconoceré yo ser dioses unos bloques de piedra. Lo que has determinado hacer conmigo, hazlo, pues, prontamente.

Aun tuvo que soportar el mártir otras varias razones y consejos.

Viendo Galerio que no podía ablandarle con palabras, le mandó azotar. Natalia, que estaba presente, corrió a avisar a los demás mártires:

—Mi marido ha comenzado la batalla —les dijo—; rogad a Dios por él.

Todos se postraron de hinojos y suplicaron al Señor diese al mártir fortaleza y valor.

Entretanto los sayones arreciaban los golpes con palos duros y nudosos. Ya la carne del mártir caía a pedazos, cuando el tirano le gritó:

—Hombres falaces y criminales te enseñaron esas doctrinas.

—¿Cómo te atreves a llamar falaces a quienes me enseñaron el camino de la vida eterna? Puedes creer que nunca les agradeceré bastante el bien inmenso que me procuraron con la fe cristiana.

Enfurecióse el emperador al oír tales palabras, y mandó que le apaleasen más duramente.

—Doblando los tormentos aumentas mi gloria y mi premio —le dijo Adrián.

Diéronle recios golpes en el vientre, con que le rasgaron y descubrieron las entrañas. Quizá la vista de aquel cuerpo destrozado conmovió un tanto a Galerio.

—Invoca, al menos, a los dioses —le dijo con aire de compasión—, e inmediatamente mandaré llamar a los médicos para que curen tus heridas y vengas luego a vivir en mi palacio.

—En balde me prometes médicos que me curen, ni honras y dignidades, y aun habitar en tu palacio, pues has de saber que no cederé nunca ni por nada.

Vencido y confuso, dejó Galerio para más adelante la venganza. Mandó que llevasen otra vez a la cárcel a todos los mártires, y determinó un día para interrogarlos más detenidamente.

HEROÍSMO SIN PAR

AL punto obedecieron los soldados y llevaron a los mártires a la cárcel, empujando violentamente a los que aun podían sostenerse en pie, y arrastrando a los que estaban ya totalmente extenuados. Natalia iba con Adrián, sosteniéndole con sus manos, pues el santo mártir parecía más muerto que vivo.

—Bienaventurado eres, Adrián, hermano mío —le decía—, pues que has sido hallado digno de padecer por el Señor que murió por ti. Dentro de poco entrarás en la gloria de Aquel cuyos dolores compartes ahora.

Llegados a la cárcel, los demás mártires se acercaron a su heroico hermano para saludarle, y los que no podían andar, se arrastraban para ir a darle el parabién y el ósculo de paz. Natalia entre tanto limpiaba las heridas de su marido y recogía la sangre que de ellas corría.

Por su ejemplo acudieron ótras santas mujeres a la cárcel para consolar, servir y regalar a los mártires; mas, sabiéndolo el tirano, mandó cerrar la puerta y que ninguna de ellas entrase. No se espantó Natalia por este mandato, antes, cobrando más ánimo, se cortó el cabello, vistióse de hombre y entró en la cárcel a alentar a su marido. Las demás hicieron lo mismo.

Supo Galerio que a los mártires se les agotaban ya las fuerzas por los dolores que les causaban las heridas gangrenadas, y mandó llevar un yunque y romperles manos y piernas con una barra de hierro.

—Ya procuraré yo que no acaben su vida con muerte tranquila —añadió.

En breve llegaron los sayones con los instrumentos del suplicio. Temió Natalia que Adrián se turbase y desmayase viendo padecer aquel tormento tan atroz a los demás y, porque nada deseaba tanto como ver a su marido coronado con la aureola del martirio, rogó a los verdugos que comenzasen por Adrián. Hiciéronlo así para agradarle. Colocaron el yunque junto al esforzado mártir; Natalia tomó las piernas de su marido, y con heroico valor las puso sobre el fatal instrumento. Los sayones le dieron tan recios golpes, que en breve cortaron los pies y rompieron las piernas del glorioso mártir. El biógrafo del Santo añade que, no contenta Natalia con esto, dijo a su esposo:

—Suplícote, siervo de Jesucristo, que extiendas también la mano para que te la corten, y así te parezcas en todo a los que detras de ti van a padecer.

Adrián extendió su mano y la presentó a su esposa; ella la puso sobre el yunque y la tuvo hasta que el verdugo se la cortó de un golpe. Con este tormento dió su espíritu al Señor. Era el día 4 de marzo.

La misma crueldad se ejecutó con los veintitrés compañeros de San Adrián. Al tiempo que presentaban los pies al verdugo, decían:

—¡Oh, Señor Jesús!, recibe nuestro espíritu.

Galerio mandó quemar sus cuerpos; pero levantóse luego un gran torbellino y recia tempestad con terremotos y granizo, con lo que algunos paganos murieron y los demás huyeron de aquel lugar. Los cristianos recogieron entonces los cuerpos de los mártires; con suma reverencia los depositaron en un navío, y por mar los llevaron hasta Bizancio, que a poco se llamó Constantinopla, y les dieron honrosísima sepultura en aquella ciudad.

Natalia guardó como rico tesoro la mano de su marido; envolvióla en paños preciosos y púsola a la cabecera de su cama.

Cierto tribuno o maestre de campo del emperador pidió en matrimonio a la Santa, pero ella suplicó al Señor que la librase de algún modo de aquel importuno. Después de su oración se adormeció, y tuvo revelación de Dios por medio de aquellos santos mártires, que se embarcase y fuese a Bizancio donde estaban sus cuerpos. En llegando a dicha ciudad, fué a venerar las sagradas reliquias de los mártires, en particular las de su santo esposo; retiróse luego a un aposento a descansar del trabajo del camino y, estando dormida, dió su espíritu al Señor. Su fiesta se celebra el día 1.º de diciembre.

Algunos cristianos enterraron el cuerpo de Santa Natalia junto a los de los veinticuatro mártires, y ellos renunciaron al siglo; y trocando aquella casa en monasterio, permanecieron cabe las reliquias, dados de lleno a la penitencia.

CULTO DE SAN ADRIÁN

LOS griegos rutenos honran a San Adrián y Santa Natalia el 26 de agosto. El mismo día hacen también conmemoración de otro mártir, homónimo del de Nicomedia, lo que dió lugar a confusiones, llegándose a creer que ambos no eran sino una sola y misma persona.

El bienaventurado mártir San Adrián es patrono de los carniceros, cerveceros, carteros, carceleros y comerciantes en granos. Junto con los santos Roque y Sebastián, se le invoca contra las enfermedades contagiosas.

La ciudad de Walpeke de Alemania, en la diócesis de Magdeburgo, se gloriaba de poseer la espada del oficial imperial; se refiere que, viéndose el emperador San Enrique de Alemania obligado a dar batalla a sus enemigos, se encomendó a los santos mártires Adrián, Jorge y Lorenzo, y luego, durante la pelea, los vió que iban delante de su ejército, con un ángel que daba recios golpes a diestro y siniestro; la iglesia donde se guardaba la espada —sobre cuya autenticidad no nos toca resolver— fué destruída por un incendio, y la espada desapareció.

El cuerpo de este glorioso mártir se trasladó de Constantinopla a Roma, a 8 de septiembre, fecha de su fiesta principal; parte de él se venera en la iglesia de San Adrián edificada en el Foro.

Su culto se extendió sobre todo en Gramonte de Bélgica, donde la abadía de San Pedro —que después se llamó de San Adrián— recibió sus reliquias a fines del siglo XI. Además de su fiesta principal, que era el día 9 de septiembre, celébranse allí otras dos, los días 4 de marzo y 27 de mayo, aniversario este de la llegada de las reliquias al monasterio. Cada jueves se decía misa solemne con exposición de las reliquias; después de Completas, los monjes solían cantar una antífona con versículo y oración del Común de un santo mártir. Casi no pasaba día sin que llegase alguna peregrinación.

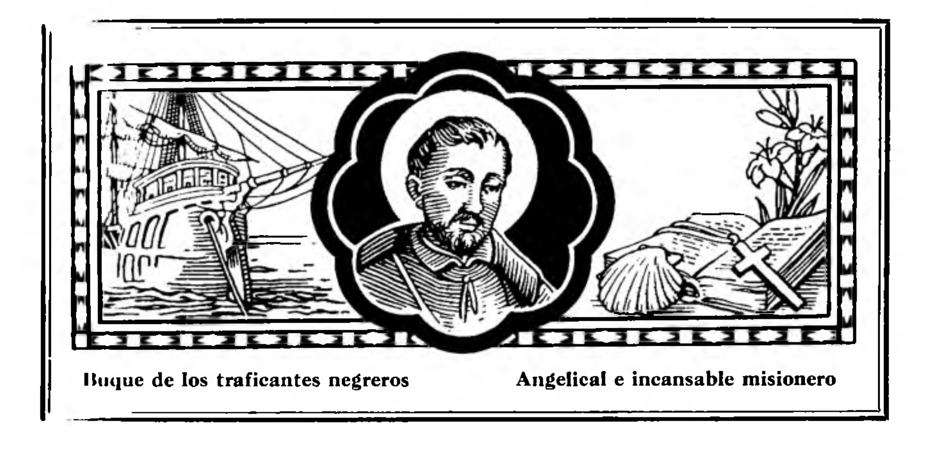
Entre los personajes que vinieron a Gramonte a implorar la protección de San Adrián cuéntanse la duquesa de Lancáster, el año 1376, y el Delfín de Francia que fué luego el rey Luis XI, en el año 1457.

El año de 1378, se fundó en dicha abadía una cofradía de Santa Natalia, que desde 1627 se llamó cofradía de San Adrián y Santa Natalia. A ella pertenecieron la princesa Isabel, el arzobispo de Malinas y la nobleza de Bélgica. Fué aprobada por el papa Urbano VIII; decayó luego, pero renació en el siglo XVIII.

El culto de San Adrián floreció en Gramonte por espacio de cinco siglos. En las guerras de los siglos XVI y XVII, fueron trasladadas las reliquias nada menos que unas doce veces para guardarlas en lugar seguro, prueba evidente de la gran veneración que tenían los fieles a este glorioso mártir. Desde el cielo premió San Adrián esta ardiente devoción con muchos y extraordinarios milagros, entre ellos algunas resurrecciones.

SANTORAL

La Natividad de la Santísima Virgen (véase en el tomo VII, «Festividades del Año Litúrgico», pág. 390). Santos **Adrián y veintitrés compañeros, mártires;** *Corbiniano, obispo en Baviera;* Disibodo, obispo regionario en su patria —Irlanda— y luego abad de Disemberg (Alemania); *Eusebio, Nestabo y Zenón, mártires en Gaza, bajo Juliano el Apóstata;* Amón, Teófilo, Neoterio y otros veintidós compañeros, mártires en Alejandría; Adrián, solitario en el Bierzo; Timoteo y Fausto, mártires en Antioquía; Sidronio, mártir en Roma bajo Aureliano, sus reliquias fueron llevadas a Flandes por Santa Adela Néstor, mártir en Gaza. Beatos *Gudila, arcediano de Toledo;* Domingo Castellet, Tomás de San Jacinto y Antonio de Santo Domingo, dominicos, Antonio de San Buenaventura y Domingo de Nagasaki, franciscanos, mártires en el Japón; Antonio de los Ríos, de Écija, mínimo. Santas Adela, hija del rey Roberto de Francia y viuda de Balduino V, conde de Flandes; Belina, virgen y mártir. Beata Contesa, virgen. Dedicación de la Iglesia de Montserrat. Festéjase en Asturias a la Virgen de Covadonga (véase en el tomo VII, «Festividades del Año Litúrgico»).



Buque de los traficantes negreros — Angelical e incansable misionero

DÍA 9 DE SEPTIEMBRE

SAN PEDRO CLAVER

JESUÍTA, APÓSTOL DE LOS NEGROS (1580-1654)

A fines del siglo XVI, vivían en Verdú de Cataluña dos cristianos, ilustres por su nobleza, y más por sus virtudes y piedad. Eran don Pedro Claver y doña Ana, su esposa. En aquel hogar reinaban la paz y la concordia; pero faltaba algo a su alegría, porque hacía ya varios años que pedían un hijo al Señor, y no se lo había concedido. En cierta ocasión dijo Ana a su esposo:

—Si consientes en ello, prometeré al Señor consagrarle el hijo que nos conceda; quizá oiga entonces nuestras súplicas...

—Querida Ana —respondió don Pedro—, si Dios nos otorga un hijo, suyo será antes que nuestro; y, si es de su divino agrado llamarle luego a su servicio, no seré yo quien se oponga a su vocación.

El nacimiento de un hijo trajo al fin dicha y felicidad al hogar cristiano. En el bautismo llamáronle Pedro. Ofrecieron a Dios aquel fruto de bendición, y educáronle en la piedad y virtud. Pedro, en cuyo corazón había derramado el cielo los raudales de su gracia, recibió y asimiló perfectamente tan cristiana educación; era bueno, humilde, cariñoso y obediente y muy amante de la oración y trato con Dios nuestro Señor.

VOCACIÓN A LA VIDA RELIGIOSA

CUANDO estuvo ya en edad de estudiar, enviáronle a la Universidad de Barcelona. Esta primera separación fué muy dolorosa para el corazón de su madre, pero la necesidad lo pedía. Huelga decir que los piadosos padres velaron con suma diligencia para poner a salvo la virtud de su hijo en la gran ciudad. Pedro obedeció dócilmente a sus avisos y consejos, evitó los malos ejemplos y fué modelo de sus condiscípulos. Los Padres Jesuítas tenían una residencia en aquella ciudad; de ellos eligió el joven estudiante director de conciencia, y en el convento gustaba de pasar los tiempos libres, en vez de perderlos en la disipación y los placeres.

Aquella vida piadosa y retirada fué preparando más y más su corazón para la santidad a que le llamaba el Señor. Desapegado de las cosas del mundo, hacia las que no sentía afición alguna, entróse cada vez con mayor gusto por las de la religión; y, si bien continuaba dado de lleno a los estudios, dedicaba largos ratos a las expansiones de su alma, tan inclinada a la piedad y al trato íntimo con Dios.

Determinóse por fin a abrazar el estado eclesiástico y recibió la tonsura de manos del obispo de Barcelona. Su talento, la estima del prelado y la protección de un tío suyo canónigo, le hubieran abierto el camino de las dignidades eclesiásticas; Claver prefirió dar de mano totalmente al siglo para pertenecer a Jesucristo sin sombra de ambición mundana. Notificó a sus padres su inquebrantable resolución de hacerse Jesuíta. Con esta noticia inesperada contristáronse muchísimo tanto su padre como su madre; querían, sí, darlo al Señor, pero pensaban que se hubiera contentado con ser sacerdote secular. Pronto, empero, venció la fe; de buena gana ofrecieron al Señor aquel sacrificio, y así, Pedro, con la bendición de sus padres, y siendo de unos veinte años de edad, partió para Tarragona, donde se hallaba el noviciado de la Compañía. En él entró a 7 de agosto de 1602.

Ya desde los primeros días entregóse el novicio sin restricción a la práctica de la Regla y a los ejercicios de vida religiosa. Admiraban todos su regularidad, modestia y amor al recogimiento y oración. Regla y sello de su conducta fueron desde entonces estas cuatro máximas: 1.ª Buscar a Dios en todo, y en todo procurar hallarle; 2.ª, hacerlo todo para mayor gloria de Dios; 3.ª, ejercitarse en tan perfecta obediencia que, por amor a Jesucristo, someta mi voluntad y juicio al superior como a Jesús cuyo lugar ocupa; 4.ª, no buscar en este mundo sino lo que Cristo buscó en él, conviene a saber, la salvación de las almas; y, para ello, arrostrar con buen ánimo y amor los padecimientos y aun la misma muerte.

ENCUENTRO DE DOS SANTOS

HABIENDO emitido los primeros votos y consagrado dos años a dar cabo a los estudios literarios, enviáronle al colegio de Mallorca para que en él asistiese a los cursos de Filosofía. Al llegar, recibióle un Hermano lego anciano que a la sazón desempeñaba el cargo de portero. Llamábase Alfonso Rodríguez. Era un santo y adivinó con sólo una mirada cuán hermosa alma tenía el religioso recién llegado; antes de hablarse, postráronse ambos de rodillas uno delante del otro. A este primer encuentro se sucedió dos siglos más tarde otro muy providencial: ambos Santos fueron inscritos en el catálogo de los Bienaventurados el mismo día 8 de enero de 1888, por la Santidad de León XIII.

Con la venia de los superiores, el santo anciano y el virtuoso joven solían juntarse cada día en una hora determinada para hablar de cosas celestiales e inflamarse mutuamente en el amor divino. En aquellas admirables conversaciones, Alfonso, veterano de la perfección religiosa, derramaba enteramente su alma en la del bisoño soldado del Señor.

Cierto día favoreció Dios al Hermano Alfonso con una visión maravillosa: el Santo vió abrirse ante sus ojos parte del cielo; levantábanse en él magníficos tronos, y sobre ellos había unos santos aureolados de gloria. Su ángel de la Guarda le señaló un trono más suntuoso que los demás, y que todavía estaba vacío. Volvióse entonces Alfonso a su bondadoso y celestial guía, y le dijo: «Este trono está seguramente aguardando a alguno; ¿para quién lo han preparado? —Para tu discípulo Pedro Claver —respondió el ángel—. Llegará a merecerlo por sus heroicas virtudes y por el prodigioso celo merced al cual ganará innumerables almas para Jesucristo en las Indias Occidentales». El humilde lego sólo refirió esta visión al director de su conciencia; pero de allí en adelante procuró despertar en el alma de su discípulo deseos ardientes de consagrarse a las misiones de América. «Querido hermano —le decía—: no acierto a expresaros el dolor que me aflige al pensar que hay tantos pueblos que no conocen todavía a Dios nuestro Señor; aquellas gentes se condenan porque nadie va a alumbrarlas con la luz de la fe... ¡Cuántos obreros inútiles donde la cosecha es escasa, y cuán pocos donde abunda la mies! ¿Acaso el amor al oro y la plata que impulsan a tantos hombres a cruzar los mares, ha de ser más fuerte que el amor a Nuestro Señor Jesucristo?... ¡Oh hermano de mi alma!, ¡cuán hermoso y dilatado campo se ofrece a vuestro celo! Si algo os importa la gloria de la casa del Señor, volad a las Indias; si amáis a Jesús, querido hermano, id a evangelizar a tantas almas que se pierden, enseñándoles a aprovecharse de la sangre que el divino Redentor derramó por ellas».

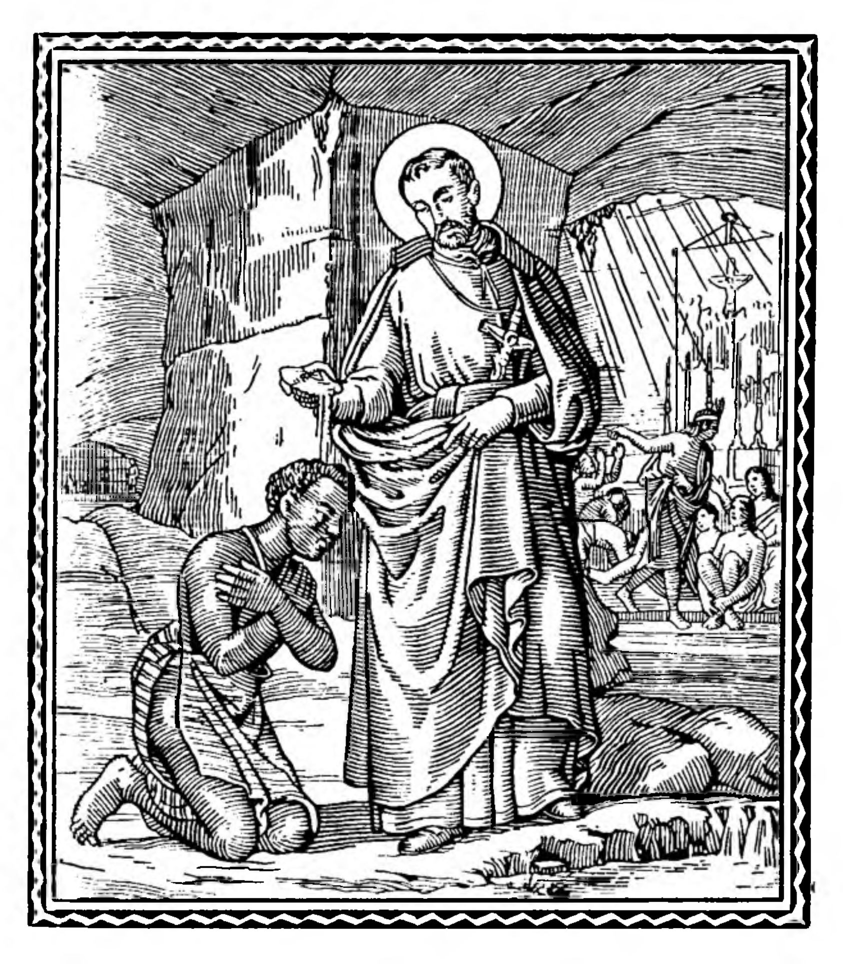
Aquellos ardientes anhelos apostólicos de Alfonso inflamaron el alma de Pedro, el cual empezó ya desde entonces a pedir a los superiores le dejasen consagrarse a las misiones de América. Contestáronle que aguardase para ello a terminar el estudio de la Teología. Enviáronle, pues, a Barcelona, donde pasó dos años aprendiendo esta sublime ciencia. Finalmente, oyó el Padre Provincial sus ruegos; Pedro partió inmediatamente para Sevilla, donde debía embarcarse. Vino a pasar en este viaje cerca de Verdú, su pueblo, y como a una legua de distancia de su casa; asaltóle el deseo muy natural de ver por última vez a sus padres. Pero, ¿a qué —se dijo— renovar su aflicción con la desgarradora despedida? ¿No habían por ventura hecho ya una vez el sacrificio? ¿No era más meritorio para él y para ellos no disminuir el valor del mismo? Y prosiguió el viaje sin volver a ver su pueblo natal.

EL MISIONERO, ESCLAVO DE LOS NEGROS

EL navío que le llevaba dejó las costas españolas en abril de 1610. La travesía duró varios meses. El joven misionero se hizo apóstol y enfermero de sus compañeros de viaje. Confeccionaba las medicinas y cuidaba a los enfermos con ternura y abnegación de madre. Congregaba a los marineros para enseñarles la doctrina, y la sesión terminaba con el rezo del rosario. El capitán obligaba a Pedro a que comiese con él, y el Santo guardaba lo mejor de la comida para los enfermos. Finalmente llegaron a las costas de América del Sur y desembarcaron en Cartagena de Colombia. Al pisar por primera vez el suelo del Nuevo Mundo, besó Pedro Claver aquella tierra que iba ya a regar con sus sudores. Enviáronle al convento de Santa Fe, para que acabase el estudio de la Teología. Eran pocos los Padres en aquella residencia, por lo que tenían hartas preocupaciones. Pedro se multiplicaba: fué sacristán, portero, enfermero, cocinero y más que nada teólogo; tras dos años, tuvo un examen brillantísimo y se ordenó de sacerdote en Cartagena.

Entre los Padres Jesuítas de Cartagena se hallaba a la sazón el admirable Padre de Sandoval, que había consagrado gran parte de su vida a la evangelización de los negros africanos vendidos en América como esclavos, y de ellos había bautizado más de treinta mil. El nuevo sacerdote pasó a ser discípulo y coadjutor de aquel santo varón.

No había cosa más lamentable que el estado de aquellas desdichadas víctimas de la codicia humana. Cada año capturaban los mercaderes de esclavos millares de negros en las costas africanas de Guinea, Angola y el Congo, y los amontonaban en el fondo de sus navíos, cargados de cadenas, sin camas y en medio de basura; dábanles poquísima comida y ningún vestido. Muchísimos enfermaban en el viaje, y casi todos ellos iban cubiertos de heridas ulceradas.



CALCÚLASE *que el número de negros bautizados por San Pedro Claver asciende o cuatrocientos mil, lo que viene a dar más de diez mil por cada año de su apostolado. Además de bautizarlos cuidábase de instruirlos, ampararlos y consolarlos para que siempre fueran buenos cristianos.*

Al abordar a un puerto de América, los negreros desembarcaban su mercancía y acorralaban aquel rebaño humano en algo así como amplios almacenes sombríos y húmedos, donde venían a comprarlos los colonos para enviarlos a trabajar al campo o a las minas. Dignos de admiración y loa fueron los esfuerzos de la Iglesia para suavizar la suerte de aquellos desdichados.

Al anchuroso puerto de Cartagena llegaba cada año multitud innumerable de esclavos negros. El Padre Claver tenía amigos encargados de avisarle de la próxima llegada de los navíos negreros. Inmediatamente empezaba entonces a recoger limosnas por la ciudad, y preparaba copia de bizcochos, dulces, tabaco, refrescos, aguardiente y mil cosas semejantes que sabía gustaban a los negros. Buscaba intérpretes que tradujesen sus palabras en el dialecto de los recién llegados; iba luego a recibirlos al puerto, los acogía con ternura paternal, hablábales con bondad, consolándolos y alentándolos, y ganaba su estima con los dulces y refrescos que les llevaba. A los niños tiernecitos los bautizaba. Atendía con predilección a los enfermos, acariciándolos uno tras otro, los lavaba, curaba sus llagas, les servía él mismo de comer, abrazábalos y los dejaba tan maravillados de aquella caridad que no esperaban, que muchos de ellos se alegraban de ser esclavos.

Cada día volvía a ejercitarse en aquellos servicios; iba por todas partes donde sabía que había negros, entraba en los almacenes donde los encerraban, y allí permanecía largo rato a pesar del fétido olor de aquellos insanos reductos. ¡Qué ardiente celo, qué ingeniosas invenciones para alumbrar aquellas pobrecitas almas y traerlas a que abrazasen nuestra fe sacrosanta! Tras rigurosas penitencias y largas y fervientes plegarias delante del Santísimo para lograr de Dios la conversión de los paganos, íbase a ellos llevando un Santo Cristo al cuello y diversos cuadros a propósito dibujados para dar a entender los misterios de la fe a aquellas inteligencias ignorantes. Iba provisto, además, de todo lo necesario para administrar a los enfermos. Era su celo tan ardiente, y caminaba con paso tan apresurado cuando iba a predicar a los negros, que apenas podían seguirle los intérpretes y el Hermano encargado de acompañarle. En cuarenta años de trabajos semejantes convirtió y bautizó innumerables esclavos. Muchos de ellos, molidos por el cansancio del viaje, las llagas y las enfermedades, morían a poco de ser bautizados; parecía que la Providencia los dejaba con vida hasta aquella hora para que tuviesen la dicha de recibir tan singular beneficio.

Seis años llevaba ya trabajando de aquella manera admirable, cuando los superiores le notificaron que estaba admitido a los votos solemnes. Fué entonces a postrarse a los pies del superior y le declaró el deseo grande que tenía de añadir a los votos ordinarios el de servir a los esclavos hasta la muerte. Otorgáronle este favor; Pedro Claver firmó de esa manera la fórmula de su profesión: «Pedro, esclavo de los negros para siempre jamás».

Ya en adelante consideró como obligación suya el servirlos con todas sus fuerzas y amarlos con todo su corazón. Los miles de negros de Cartagena eran sus hijos. Era cosa de admirar los domingos y días festivos, cómo iba a buscarlos por todas partes para juntarlos en la iglesia de los Padres, hacerles oír misa, rezar con ellos, predicarles e instruirlos. En la cuaresma, solía pasar en el confesonario desde las cuatro de la madrugada hasta mediodía, oyendo a los negros. A las dos volvía para confesar a las mujeres.

Los esclavos tenían derecho a pasar por el confesonario del Santo antes que los demás. Sucedía a menudo que gente principal de la ciudad, deseosa de hablar al varón de Dios, por la fama de Santo que empezaba a tener, se presentaban para confesarse. Pero con frecuencia rogábales el humilde religioso que aguardasen: «Señor —decía—, no le faltan a vuecencia confesores en la ciudad; yo soy confesor de los esclavos. Señora, mire mi confesonario; es demasiado angosto para sus faldas tan anchas; es el confesonario de las pobres negras». Muchos aguardaban pacientemente a que hubiesen pasado todos los negros para hablar ellos a su vez con el Santo.

Trabajo tan pesado y tan prolongado, junto con el mal olor y el calor de aquella aglomeración de negros en una región tropical, y los enjambres de mosquitos que le picaban sin que él los apartase, añadido a las demás austeridades voluntarias, le dejaba tan rendido de cansancio que muchas veces cayó desfallecido. Llegada la noche no podía ya moverse y era menester llevarle al refectorio. Su cena consistía en un pedazo de pan y unas patatas asadas. Ya en su celda se solazaba de las diarias fatigas con sangrientas disciplinas, y pasaba buena parte de la noche en oración.

MILAGROS Y VIRTUDES DEL SANTO. — SU MUERTE

LOS historiadores del Santo traen relatos admirables de milagros debidos al celo y caridad del Padre Claver. «—¿Qué tal está su esclava? —preguntó cierto día a una señora. —Padre, está muy buena —respondió. —Pues dígale que se confiese, porque hoy mismo morirá». La señora obedeció; aquel mismo día murió de repente la esclava.

Llamáronle a toda prisa a casa de don Francisco de Silva, porque una esclava negra acababa de enfermar de apoplejía. El Santo acudió a verla, pero encontróla muerta. «Padre mío —exclamó don Francisco—, no estaba bautizada; ¡qué desgracia!; pero ¿quién iba a prever el accidente? —¿Pues qué? —dijo el Santo con sosiego—, ¿acaso es el brazo del Señor menos poderoso que antaño?; tengamos un poco de fe y confianza; ¿dónde está la esclava?» Lleváronle a presencia del cadáver. Tras breve y ferviente plegaria Pedro llamó a la difunta y le pidió si deseaba que la bautizase. Ella

abrió entonces los ojos: «¡Oh, sí, Padre mío —respondió—; lo deseo con toda mi alma». El Santo la bautizó, y la esclava se levantó llena de vida.

Cuando San Pedro Claver iba por la calle, tenía por costumbre decir algunas palabras santas a cuantos encontraba, sobre todo a los negros, que eran «las ovejas de su rebaño». A los ancianos les decía: «Amigos míos, la casa está ya vieja y amenaza ruina; no os sorprenda la muerte; confesaos mientras tenéis facilidad y tiempo». Si topaba con algún pecador, solía amonestarle con estas palabras tremendas: «Dios cuenta tus pecados, hijo mío; el primero que cometas será quizá el último». Con estas y otras semejantes amonestaciones convirtió a muchísimos pecadores.

Cuidaba con especial caridad de los esclavos enfermos y moribundos. «Avisadme a cualquier hora —solía decir al portero del convento—; los que mucho trabajan, necesitan descansar; pero yo que no hago casi nada, no he menester descanso». Como se echa de ver por las anteriores palabras, la humildad del Santo corría parejas con su celo y caridad.

Un negro estuvo enfermo catorce años. El Padre Claver le cuidó todo ese tiempo. Lo tomaba en brazos, le arropaba con su manteo, le arreglaba la cama y luego le volvía a acostar en ella después de abrazarle con ternura.

No echaba en olvido a sus queridos negros después de muertos; por el descanso de sus almas ofrecía la misa, oraba y se mortificaba. Cuando los esclavos por él convertidos partían de Cartagena, afligíase el buen Padre cual si viese alejarse a sus hijos amadísimos; acompañábalos hasta el puerto, dábales saludables consejos, los abrazaba uno por uno y los encomendaba al cuidado del capitán. Aquellos pobrecitos se alejaban en medio de gemidos y lágrimas que conmovían hondamente al Santo; permanecían en el puente del navío, y le decían adiós con gritos y gestos de tan lejos como le veían. No detenía su celo y caridad a los esclavos, sino que lo extendía a los leprosos, presos y enfermos de los hospitales. Recibió del Señor gracia y talento particular para consolar, convertir y fortalecer a los ajusticiados.

El Padre Sebastián de Morillo, rector del colegio, decía: «Nunca he sabido cuándo acaba la oración el Padre Claver. A cualquier hora que entro en su celda, le hallo rezando y tan absorto en Dios, que ni advierte que estoy ni me oye». Meditaba más que nada la Pasión del Señor. Cada viernes, a media noche, salía de su celda con gran sigilo, llevando una corona de espinas en la cabeza y una cruz sobre sus hombros, y recorría los lugares menos frecuentados de la casa, haciendo tantas estaciones cuantas hizo el Divino Salvador yendo de Getsemaní al Calvario. No obstante sus muchísimas ocupaciones, confesábase cada mañana derramando lágrimas; con media hora de oración se preparaba a decir misa, y luego subía al altar con tal devoción que enajenaba a los asistentes.

Su obediencia era admirable, humilde, pronta e incansable. El cocinero

del convento no tenía criado más dócil que el buen Padre cuando iba a ayudarle. Como todos los Santos, era devotísimo de la Virgen María. Repartió durante su vida miles y miles de rosarios, principalmente a los negros; a menudo pasaba el recreo haciendo rosarios para que no le faltasen. Con frecuencia se le oía repetir en sus arrobamientos: «¡Oh, Madre bondadosa!, enséñame a amar a tu divino Hijo; te lo pido con toda mi alma. Alcánzame una chispa de su purísimo amor y préstame tu propio corazón, para que pueda yo recibirle dignamente».

El día 6 de septiembre de 1654 sobrevínole recia calentura; al día siguiente, recibió con fervor los últimos sacramentos. Pronto cundió por la ciudad la noticia de que los médicos desconfiaban ya de su curación. El llanto y sentimiento fueron generales, la muchedumbre se agolpó alrededor del convento; todos querían entrar: «Queremos ver al Santo —decían—; queremos verle antes que se muera. Es nuestro Padre; es nuestro; queremos verle». Los negros que lograron llegarse hasta él, le besaban los pies con ternura indecible, y repetían entre sollozos que todo lo perdían al perder «al bondadoso padre que se iba hacia Dios y no los llevaba consigo».

A 8 de septiembre, festividad del Nacimiento de Nuestra Señora, el alma de Pedro Claver dejó este mundo para ir a sentarse en el trono que antaño contemplara en celestial visión el bienaventurado Alfonso Rodríguez.

Apenas muerto, salió de su cuerpo celestial fragancia que llegaba al alma. Uno de sus hijos espirituales, el duque de Estrada, quiso poner una palma en la mano del difunto. La mano se abrió de por sí y apretó la palma. Todos querían guardar alguna reliquia del Santo. Fué menester el auxilio de la fuerza pública para impedir que la muchedumbre se llevase a pedazos el sagrado cuerpo. Pasó en América cuarenta y cuatro años, y bautizó más de trescientos mil negros. El año de 1657, al abrir su sepulcro, hallaron su cuerpo entero e incorrupto, a pesar de la cal viva en que estaba envuelto, y de la humedad que había carcomido el ataúd.

SANTORAL

Santos *Gorgonio y Doroteo, mártires; Sergio I, papa;* Pedro Claver, confesor; Audomaro u Omer, obispo de Teruane; Querano, abad; Gregorio, confesor (hónrasele en Alcalá del Río, junto a Sevilla); Severiano, soldado, mártir en Sebaste; Jacinto, Alejandro y Tiburcio, martirizados cerca de Roma; Rufino y Rufiniano, hermanos, mártires en Grecia; Pedro, camarero del emperador Diocleciano, mártir en Nicomedia junto con otros compañeros; Bertelino o Beccelino, Doroteo y Tucio, ermitaños; Estratón, mártir; Teófanes, confesor. Santas *Wulfida, abadesa;* Osmana, virgen. Beatas Serafina y Violante, abadesas.


Los pancecillos y la perdiz del Santo — Maravillosa estrella de gran claridad

DÍA 10 DE SEPTIEMBRE

SAN NICOLAS DE TOLENTINO

CONFESOR, ERMITAÑO DE SAN AGUSTÍN (1245-1306)

DIOS, que prepara a sus santos para la gloria eterna. sabe santificar no sólo su vejez y edad madura, sino también su nacimiento. Así obró con San Nicolás, cuyo nacimiento anunciaron los ángeles. Compañón de Guarutti, su padre, y Amada Guaidiani, su madre, vivían en el pueblo de Sant'Ángelo, en la Marca de Ancona, y lloraban, hacía mucho tiempo, la infecundidad de su matrimonio. Muy devotos al San Nicolás de Mira, esperaban, con su intercesión, ver cesar su dolor. Con este fin hicieron voto de ir a Bari, ciudad del reino de Nápoles, a venerar sus reliquias. Un ángel se les apareció entonces y les dijo: «Vuestros ruegos han sido escuchados; id a la tumba de San Nicolás y él os dirá quién nacerá de vosotros».

El gozo que les causó esta visión, despertó a los dos esposos, quienes, levantándose al instante, dieron gracias al cielo por ello. Fiados en el mensaje divino dejaron su hacienda al cuidado de sus amigos y emprendieron a pie su peregrinación.

Llegados a Bari, fueron presurosos a cumplir sus devociones. Mientras estaban al pie del altar, quedaron dormidos, vencidos por el cansancio.

Abriéronse entonces los ojos de su alma a las cosas celestiales y vieron a San Nicolás.

—Vengo —les dijo— a confirmar las palabras del ángel. Pronto tendréis un hijo. Dadle por nombre Nicolás, pues a mí me lo deberéis. Ese niño alegrará al Señor por su vida de oración y penitencia. Será sacerdote y se hará célebre con numerosos milagros. Ahora regresad en paz a vuestra casa.

Llenos de júbilo por tan halagüeña promesa, Compañón y Amada se volvieron a Sant'Ángelo, donde al cabo de nueve meses, en septiembre de 1245, la vieron cumplida con el nacimiento de un niño, a quien pusieron el nombre de Nicolás, y al que criaron en la práctica de las virtudes en que más se había distinguido su santo patrono y abogado.

MODELO DE NIÑOS. — SU VOCACIÓN

DESDE sus primeros años fué dedicado al estudio. Las mujeres inmodestas y los muchachos traviesos le causaban repulsión: huía de su compañía y se aplicaba a imitar las virtudes que brillan en los buenos cristianos. Atraía a los pobres a la casa paterna y les servía con sus propias manos. Frecuentaba las iglesias, oía misa, rezaba con mucha devoción y escuchaba la palabra divina con respeto de hombre. Su devoción profunda y su porte hicieron creer a los fieles que veía a Cristo con los ojos corporales. «Si Dios conserva la vida a este niño —decían—, será algún día un gran Santo».

Desde sus primeros años, puso especialísimo cuidado en imitar al santo de su nombre, cuya vida se aprendió de memoria para ajustar mejor sus actos a los del glorioso bienaventurado a quien había tomado por modelo; y, habiendo leído que San Nicolás, cuando aun se hallaba en la infancia, ayunaba tres veces por semana, determinó hacer lo mismo, y así lo ejecutó desde la edad de siete años hasta su muerte.

Tanto como en la virtud de la piedad sobresalía en la de la pureza, siendo tan perfecto en ella que jamás se vió turbado su espíritu por las tentaciones de la carne.

Estos felices augurios le valieron ser agraciado con una canongía en la Colegiata de Sant'Ángelo. Allí recibió la tonsura y fué ordenado de menores. Pedro, aunque muy joven aún, aspiraba a más alta perfección; buscaba un estado que pudiera levantarle a tal grado de virtud, que el mundo no fuera digno de poseerle.

Había a la sazón en el monasterio agustiniano de Sant'Ángelo, un prior cuyas palabras y vida eran la edificación del pueblo. Cierto día la multitud le escuchaba en la plaza pública: «No améis el mundo —decía—, no améis el

mundo, pues el mundo y sus placeres pasarán veloces para nosotros». Nicolás estaba entre los oyentes. Este pensamiento impresionó su alma y le hizo concebir el deseo de la vida religiosa. Acabado el sermón, se arrojó a los pies del predicador y pidióle el hábito de San Agustín.

Oyóle atentamente el buen religioso y, conociendo por la sinceridad que brotaba de las palabras de nuestro Santo que se trataba de una vocación verdadera, decidió llevarle sin dilación a casa de sus padres para que de ellos se despidiera y recibiera la bendición, pues no quería que la felicidad del hijo fuese la desesperación de los padres.

Amada y Compañón, que amaban demasiado a su hijo para oponerse al bien de su alma, separáronse de él, bendiciendo a Dios, que así empezaba a cumplir sus promesas.

El padre prior le condujo entonces al convento de su Orden, en el que fué admitido sin inconveniente alguno en vista de los informes que de él dió el religioso que en aquella ocasión le servía de padrino y fiador. Desde el momento mismo de su ingreso, entregóse Nicolás enteramente a su nueva vida y a subir los caminos de la perfección.

UN NOVICIADO FERVOROSO

MERCED a la paz y recogimiento del claustro, nuestro Santo hízose pronto modelo de virtud. «No vive —decían— como hombre, sino como ángel». Sin embargo, Nicolás se creía el último de todos. Considerándose así, obedecía a todos sus hermanos, y sentía especial inclinación hacia aquellos que le causaban alguna humillación imprevista.

Rápido se deslizó el tiempo del noviciado y Nicolás fué admitido a emitir los votos solemnes del noviciado. El joven profeso comprendió que la lealtad obliga, tanto ante Dios como ante los hombres, a guardar compromisos tan sagrados. Por ello, previendo que no podría salvaguardar su pureza sino a costa de los más rudos sacrificios, sobrepujó a todos sus hermanos en austeridad. Su oración, sus ayunos prolongados, sus crueles maceraciones le dieron la victoria. Entre los mefíticos aires de la tierra, conservó, en todo su frescor y lozanía, el lirio de la virginidad.

Preguntáronle, algunas veces, si era posible al hombre rechazar todos los asaltos de la lujuria, pero él se guardó mucho de manifestar sus triunfos acerca de este punto. «Satanás es quien insinúa esa pregunta —pensaba— para hacerme caer en pecado; él quisiera enredarme en el lazo del orgullo y de la presunción».

Nicolás fué enviado a San Ginesio para hacer los estudios de teología bajo la dirección del célebre Ruperto, y más tarde pasó a Macerata

MISA VOTIVA DE DIFUNTOS EN DOMINGO

LUEGO de haber recibido los órdenes sagrados en la colegiata de Santa María de Cíngoli de manos de San Bienvenido, obispo de Ósimo, Nicolás pasó al monasterio de Valmanente, cerca de Pisa. Henchido de radiante y constante devoción, celebró allí todos los días, contra la costumbre de aquellos tiempos, el santo sacrificio de la Misa. Estando celebrando, su rostro se inflamaba de fuego divino, y lágrimas de amor manaban de sus ojos. Los fieles acudían presurosos a oír su misa, para participar de sus oraciones.

Pero no sólo la Iglesia militante acudía a él para pedir sufragios. Cierta noche, oía gemidos y suspiros confusos: «Hermano Nicolás, siervo de Dios, apiádate de mí —repetía una voz lastimera. —¿Quién eres? —inquirió. —Soy el alma del Hermano Pelegrino de Ósimo, a quien conociste, y que hoy sufro en las llamas del purgatorio. Te lo suplico; di mañana la misa de difuntos para librarme de mis penas. —La sangre del Redentor caiga sobre ti; pero no puedo acceder a tus deseos. Mañana es domingo y no puedo cambiar el oficio del día. Además, esta semana debo presidir en el coro y cantar la misa conventual. —Ven, pues, venerable Padre, y ve si puedes rechazar tan cruelmente las súplicas de los infortunados que me envían».

Nicolás fué entonces transportado a la soledad que rodeaba su convento. Una multitud de niños, mujeres y hombres se agitaban como en un mar de dolores. «¡Piedad! ¡Piedad por los que imploran tu socorro! —exclamaron al verle—. Mañana nos librarías a casi todos de nuestras penas, si quisieras decir la misa por nosotros».

El religioso fué presa de tal compasión, que volvió en sí. Inmediatamente se postra de rodillas, dirige al Señor fervientes plegarias y vierte abundantes lágrimas por el alivio de las almas del purgatorio. A la mañana siguiente manifiesta a su superior las instancias que la Iglesia purgante le ha hecho y obtiene fácilmente ser relevado de todo cargo. De ese modo, durante toda la semana consagra sus misas, oraciones y penitencias por el rescate de los difuntos. El último día, el alma del Hermano Pelegrino vino a darle las gracias por haberle abierto el cielo, así como a un gran número de sus compañeros.

Tales fueron las primicias de su apostolado. Disponíase por la mortificación a hacerlo más fecundo en lo sucesivo. Nunca dejaba el cilicio; a menudo añadía un cinturón de hierro, cuyas aceradas puntas penetraban en sus carnes, y flagelábase todas las noches con unas disciplinas de acerados garfios, con lo que hacía brotar la sangre de su inocente cuerpo hasta



El Señor premió la virtud y la santidad de San Nicolás de Tolentino dándole poder para obrar en vida y en muerte muchos y grandes milagros. Dió vista a los ciegos, dió salud a enfermos afligidos de graves dolencias y curó a paralíticos como en el caso aquí representado.

quedar casi extenuado. Se impuso la obligación de ayunar cinco días por semana y de guardar abstinencia perpetua.

Ante tan subida santidad, los Superiores de la Orden confiáronle el importante cargo de maestro de novicios, que desempeñó durante un año y con gran satisfacción de todos, en el monasterio de San Elpidio. Posteriormente fué enviado, como predicador, a Fermo, ciudad asentada en lo alto de una colina que domina el mar Adriático. Su primo, abad de un monasterio benedictino sito no lejos de allí, quiso llevarle a su convento, pero Nicolás se fué a la iglesia y armóse con el escudo de la oración. «¡Señor! —exclamó—, ¡haz que siempre camine ante ti!» Al momento veinte jóvenes divididos en dos coros le rodearon y cantaron por tres veces: «En Tolentino, en Tolentino morirás. Persevera en tu vocación, en ella encontrarás la salvación eterna». El hombre de Dios comprendió que eran ángeles aquellos a quienes había oído. El mismo día, vuelto a Fermo, recibió la orden de trasladarse al convento de Tolentino. La mayor parte de los historiadores están acordes en señalar que la salida tuvo lugar en 1275.

AMOR A LA MORTIFICACIÓN. — LOS PANECILLOS

PARA prepararse a la muerte que creía le había de llegar pronto en Tolentino, Nicolás entró en una vía aun más estrecha: prohibióse el uso de la leche, huevos, frutas y pescados; algunas hierbas hervidas eran su único alimento. Estas nuevas privaciones hiciéronle contraer una enfermedad grave. Su confianza en el médico divino, Nuestro Señor Jesucristo, hizo que no quisiera la visita de los de la tierra. Sin embargo, sus Hermanos, a pesar suyo, hicieron que le visitaran. Los hombres de ciencia diagnosticaron que, para recuperar la salud, el enfermo debía comer carne. Aquella solución iba en contra de las promesas que el Santo había hecho a Dios. Sin embargo, por imponerlo así las circunstancias y de acuerdo con la prescripción médica, el superior se lo mandó. Nicolás «prefería tener la muerte entre los dientes antes que un trozo de carne»; no obstante, por obediencia tomó un bocado de ella.

En otra ocasión estuvo obligado a aceptar una perdiz asada. Ya el cocinero había cortado un trozo, cuando el enfermo levantando los ojos al cielo exclamó: «¡Dios mío, vos conocéis mi corazón!» Al momento —refiere uno de su contemporáneos— las dos partes de la perdiz se volvieron a juntar, cubrióse de plumas su cuerpo, y el ave, recibida la bendición del Padre, se voló del plato y de la habitación a vista de los presentes. Al mismo tiempo, cesó la enfermedad y Nicolás se encontró perfectamente sano.

Algún tiempo después de aquello, tuvo otro ataque tan violento, que se

cayó a las puertas de la muerte. El temor del juicio de Dios vino a acrecer su mal. Mas la Santísima Virgen, San Agustín y Santa Mónica, aparecióronsele y le animaron. «No temas —le dijeron—, tu Salvador te ama y nosotros intercedemos por ti ante Él. La hora de tu muerte no ha llegado aún. Envía a la granja vecina por un pan del día; remójalo en agua, cómelo y recuperarás la salud». Nicolás obedeció y se levantó lleno de fuerza y de vida, cual si nunca hubiera estado enfermo.

En memoria de este milagro, los religiosos agustinos bendicen panecillos el día de su fiesta. Los que los toman con fe, invocando el nombre de la Virgen María y el de San Nicolás, se ven a menudo libres de sus males. También se hace comer de estos panecillos a los animales para preservarlos de accidentes y epidemias.

VANAS TENTATIVAS DEL DEMONIO

NICOLÁS aprovechó el tiempo que se le daba en este mundo para subir con más ardor por el camino de la santidad y dióse con mayor ahinco a sus mortificaciones. Para apartarle de estas prácticas saludables, el demonio le sugería el pensamiento de que su género de vida ofendía a Dios. «Sólo el orgullo te mueve a ello —le decía, transformándose en ángel de luz—. Limítate a cumplir la regla común, pues de otro modo te debilitas, te haces inútil al prójimo y eres carga onerosa para tu Orden». Estas reflexiones sumieron a Nicolás en grandes sufrimientos, pues su solo deseo era conformarse con la voluntad divina. El Señor se compadeció de él, disipó sus temores y le animó a continuar sus mortificaciones.

A sus trabajos, el hombre de Dios unía oración incesante. Terminadas las Completas, la comunidad se retiraba del coro. Cuando volvía al día siguiente al romper la aurora, para el canto de Maitines, aun encontraba allí a Nicolás en oración. Después del Oficio decía Misa con aquella piedad encendida de que más arriba hemos hecho mención. Entregábase luego a obras de apostolado ya predicando, ya confesando, o ya dando consejos que hacían germinar la virtud en los corazones. Volvía en seguida a su contemplación. Empero, cierta noche, el demonio le tiró y rompió la lámpara con que se alumbraba. Sin la menor impaciencia, el hombre de Dios recogió los trozos. Éstos volvieron a soldarse tan íntimamente, que nadie hubiera creído que la malicia infernal los hubiese separado. Dos veces más el espíritu de las tinieblas renovó su fechoría y otras tantas Nicolás renovó el milagro.

Furioso Satanás, fué a colocarse en el techo de la habitación en donde el religioso oraba. Para distraerle imitaba alternativamente el ruido de las fieras más feroces; aparentaba romper las tejas, cortar las vigas y hundir el

monasterio. Pero, todo en vano; Nicolás permaneció invenciblemente unido a Díos. Lleno de rabia, el demonio se armó con una maza y abrumó a golpes al Santo, le arrastró por el claustro y le dejó cubierto de heridas.

CARIDAD Y MILAGROS DEL SANTO

NICOLÁS se levantó, pero quedó cojo. A pesar de este defecto no quiso disminuir en nada sus trabajos. Como antes, continuó visitando a los enfermos y procurándoles los socorros corporales y los espirituales; y, cuando llegaba su turno, iba humildemente, de puerta en puerta, pidiendo para el sustento de sus hermanos.

Un día una pobre mujer le dió un pan entero, diciendo: «Sólo tengo harina para hacer otro pan como ése; cuando lo hayamos comido, moriremos». Conmovido por tal caridad, suplicó al Señor renovase, para su bienhechora, el prodigio verificado por el profeta Elías en favor de la viuda de Sarepta. Fué escuchado y la generosa mujer encontró en su troj gran cantidad de harina.

Hacía también en el convento el oficio de hostelero. Recibía a los forasteros como enviados de Dios. Para honrar a Jesucristo, besaban los pies y las manos de los que iban a pedir limosna a la puerta del convento.

Los últimos años del siervo de Dios fueron señalados con milagros numerosísimos.

Una mujer de Tolentino tuvo la desgracia de que su primer hijo muriera. Fué tal la aflicción que esta pérdida le produjo, que contrajo una grave enfermedad, y durante varios años no dió a luz más que hijos muertos. En su dolor, fué a arrojarse a los pies del Santo anciano. Éste la bendijo y, en lo sucesivo, fué madre de numerosa y floreciente prole.

Otra mujer sufría desde hacía mucho tiempo de los ojos. Los remedios de los hombres no habían hecho más que agravar su mal: la habían vuelto loca y paralítica. El Santo puso la mano sobre la cabeza de esta desgraciada, rezó la oración dominical y quedó al instante curada.

La señal de la cruz era el remedio que empleaba más a menudo. Un joven tuvo la desgracia de caer en el fuego. Cuando le sacaron estaba completamente ciego. Nicolás hizo la señal de la cruz sobre sus llagas y el infortunado recobró la vista. Del mismo modo curó a un religioso de su comunidad, que por una caída contrajo una enfermedad intestinal.

Entre estas brillantes recompensas, de las que su humildad se alarmaba, experimentaba otras más íntimas y de más precio. Nuestro Señor le colmaba de consuelos espirituales. Una noche en que oyera cantar a los ángeles, exclamó repetidas veces: «Quisiera morir para vivir con Cristo».

EL TRIUNFO

NO tardaron en cumplirse sus deseos. Su mal aumentó hasta el punto de obligarle a usar muletas. Por fin, hubo de renunciar a todo movimiento y permanecer tendido en cama. Sintiendo que su fin se acercaba, hizo reunir a la comunidad.

Hermanos míos —dijo gimiendo—: mi conciencia no me reprocha nada, pero eso no quiere decir que yo sea inocente. Si he ofendido a alguno de vosotros, le pido humildemente perdón. En cuanto a Vos, Padre Prior, dignaos absolverme de mis faltas y administrarme los santos sacramentos.

Durante su agonía, pidió una reliquia de la verdadera Cruz y después dijo al enfermero: «Repítame a menudo al oído las palabras del Salmista: «Señor, porque habéis roto mis ligaduras, os ofreceré un sacrificio de alabanza»; así mi corazón podrá permanecer unido a Dios».

Quedó varias horas en éxtasis; después su rostro se iluminó con alegría sobrenatural. «Mi Señor Jesucristo, acompañado de su dulce Madre y de nuestro padre San Agustín —dijo—, me convida a entrar en el gozo de mi Dios»; y, juntando las manos, miró nuevamente a la cruz y exclamó: «Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu»; y expiró. Era el sábado 10 de septiembre de 1306.

Eugenio IV le inscribió en el Catálogo de los Santos el 1.° de febrero de 1446. Las fiestas de su canonización se celebraron con gran pompa el 5 de junio siguiente, y Sixto V le incluyó en el Martirologio en 1585.

SANTORAL

Santos **Nicolás de Tolentino, confesor;** *Hilario, papa; Teodardo, obispo de Lieja, mártir;* Pedro de Mezonzo o Mesonzo, obispo de Santiago de Compostela; Salvio, obispo de Albi, y Agapito, de Novara Finano, Finián o Winin, obispo en Irlanda; Nemesiano, Lucio, dos Félix, Liteo, Poliano, Víctor, Jaderes y Dativo, obispos, mártires en África durante la octava persecución Sóstenes y Víctor, mártires en Calcedonia; Oglero, misionero en Bélgica y Holanda junto con San Plequelmo y San Wiron; Catulo, Valentín, Paulino, Silviano, Alejandro, Euplio, Apelio, Lucas y Clemente, mártires. Beatos **Francisco de Morales** (véase en 1.° de junio), Tomás Zumárraga, Alfonso de Mena, José de San Jacinto y Jacinto Orfanel, dominicos, Apolinar Franco, Pedro de Ávila y Vicente de San José, franciscanos, Carlos Spínola y compañeros, mártires en el Japón; Sebastián de Sevilla, carmelita. Santas *Pulqueria, emperatriz bizantina;* **Edilburga,** hija de San Edilberto y esposa de San Eduíno, rey de Northumberland, en Inglaterra; Menodora, Metrodora y Ninfodora, mártires en Bitinia.



Celestial protectora y proveedora — Emblemas de su vida santa

DÍA 11 DE SEPTIEMBRE

BTO. BUENAVENTURA DE BARCELONA

REFORMADOR FRANCISCANO (1620-1684)

VINO al mundo en Riudoms, pueblecito de Cataluña, cerca de Tarragona, a 24 de noviembre del año 1620. Eran sus padres pobres labradores, pero muy temerosos de Dios. Llamáronle Miguel Bautista, nombre que mudó más adelante en el convento por el de Buenaventura. Al paso que crecía en la edad, sus piadosos padres le enseñaban las grandes verdades de nuestra fe, y excitaban en su corazón vivos sentimientos de amor a Dios, al par que una tierna y filial devoción a la Virgen María.

Frecuentó algunos años la escuela del pueblo; después, empleáronle sus padres en las penosas labores del campo. No obstante sus muchas ocupaciones, el piadoso mancebo hallaba tiempo bastante para cumplir fielmente los ejercicios devotos que se había impuesto para cada día. Antes y después de la cotidiana tarea, solía entrar en la iglesia a visitar al Señor sacramentado, y muchas veces, sobre todo en la víspera de las fiestas principales, permanecía en oración ante el Santísimo toda la noche.

Ya en su juventud hubiera deseado Miguel entregarse de todo en todo al Señor en la vida religiosa; pero tales razones alegó su virtuoso padre

para disuadirle, que el Beato se convenció de que Dios le quería todavía en el siglo. Casóse con una doncella muy virtuosa; pero el día de la boda, después de la ceremonia religiosa, se quedó en la iglesia por espacio de largas horas, de suerte que cuando fueron a buscarle, le hallaron totalmente absorto en altísima contemplación, y fué menester hacerle volver en sí.

Ambos esposos determinaron vivir como hermanos guardando virginidad perfecta, y así lo hicieron con la gracia de Dios. A los dieciséis meses de matrimonio, murió la virtuosa compañera de Miguel; antes de morir declaró formalmente a su madre, que el Señor le había otorgado la insigne merced de guardar intacta la azucena de su virginidad.

LEGO FRANCISCANO

ROTOS ya los lazos que le tenían atado al siglo, partió Miguel de casa con licencia de sus padres, y fué a llamar a las puertas del convento franciscano de San Miguel de Escornalbou. Echóse a los pies del Padre provincial y suplicóle con lágrimas que le admitiese como fraile converso. Negóse a ello el buen Padre, alegando falta de salud y estudios. Díjole entonces el Beato: «Razón tenéis de despedirme; pero al fin y al cabo menester será cumplir lo que el Señor ha determinado». Viendo el Superior la constancia de Miguel, admitióle en el convento, donde tomó el hábito el día 14 de julio, fiesta de San Buenaventura, cuyo nombre quiso llevar para merecer la protección del seráfico Doctor franciscano.

Recién entrado en la religión, dió muestras del celo con que se proponía observar la pobreza de la Orden. Al hallar en el bolsillo cierta moneda que guardaba sin advertirlo, la tiró por la ventana tan lejos como pudo, exclamando: «Maldígame Dios si en los días que me quedan de vida llego a apropiarme semejante moneda».

El fervor de los principios no se desmintió en todo el tiempo de su noviciado. Tanto sus compañeros como los religiosos antiguos le miraban como a modelo. Al año exacto de probación, profesó con los votos religiosos.

CELO APOSTÓLICO. — PERSECUCIONES DEL DIABLO

LOS superiores eligieron a fray Buenaventura para que, en compañía de otros religiosos fuese a fundar en Mora un convento de la Reforma franciscana. En esta nueva residencia llevó el Beato vida todavía más devota y mortificada, a pesar del mucho trabajo que suele acarrear una nueva fundación. Por sus cargos de limosnero y cocinero, tenía trato continuo con el mundo, pero sabía enderezarlo todo a la mayor gloria de Dios.

Lo que más le afligía era ver que la lepra del libertinaje se cebaba en poblaciones fieles hasta entonces a su fe y de sanas costumbres. Llegábales el contagio de los ejércitos franceses que ocuparon a Cataluña en el último período de la guerra de los Treinta Años.

Aunque mero fraile converso, llevado de celo ardiente, presentábase sin temor en medio de los mundanos concursos y saraos, y con sus palabras traía al sendero del bien a los extraviados y trocaba en Magdalenas a las mayores pecadoras.

Casi todos los soldados franceses eran calvinistas. Fray Buenaventura intentó convertirlos, y tuvo la dicha de traer a muchos de ellos al gremio de la Iglesia Católica. Notable fué la conversión de uno de los principales jefes de aquel ejército. Cierto día se llegó a él fray Buenaventura en ademán de pedirle limosna. El oficial mandó a su ordenanza que le diese algo.

—No es esa limosna la que te pido —exclamó el siervo de Dios.

—¿Pues qué quieres? —preguntó el hereje.

—La limosna que deseo no es para el convento —repuso el fraile—, sino para la salvación de tu alma.

No se enojó el oficial con las palabras del Beato; antes, habiendo hasta entonces mostrádose rebelde a todas las exhortaciones, ahora oyó los consejos de fray Buenaventura con docilidad y mansedumbre y, movido de la gracia, abjuró la herejía al poco tiempo.

Con malos ojos veía el demonio escapársele tantas almas que creía poseer para siempre. Para vengarse del santo fraile, empezó a aparecérsele de noche en figuras espantosas, amenazándole, persiguiéndole y dándole recios golpes y toda suerte de malos tratos. Pero Buenaventura, confiando en el Señor y escudándose en su fe, menospreciaba la violencia del infierno embravecido. «Nada podrás contra mí, maligno espíritu, porque Dios me ampara y defiende», solía decirle al demonio. Con hacer entonces la señal de la santa Cruz e invocar los sagrados nombres de Jesús y María, ahuyentaba al punto a los espíritus infernales.

ÉXTASIS Y MILAGROS

De aquellas violentas persecuciones del infierno, solía consolar el Señor a Buenaventura con mercedes y dones realmente admirables.

Yendo un día de camino, paróse a hablar con algunos amigos y, en la conversación, vinieron a tratar de las glorias de la Virgen María. De repente apareció el Beato cercado de extraordinario resplandor; alzóse en el aire y recorrió unos cien pasos gritando con toda su fuerza:

—¡Virgen Santísima! ¡Virgen Santísima! ¡Viva la Virgen Santísima!

Un hecho más maravilloso todavía ocurrió un día de fiesta en la iglesia del convento, donde por mandato del superior explicaba la doctrina a los niños. Mientras hablaba con fervor de los misterios de nuestra fe, miró un instante a un cuadro de la Inmaculada colocado en el altar mayor. Lo mismo fué verlo que lanzarse disparado como una flecha por el aire hasta besar con sus labios el purísimo rostro de la Virgen. Los niños empezaron a gritar asustados: acudieron los frailes y muchísimas personas vecinas de la iglesia, y todos contemplaron admirados aquel éxtasis maravilloso, hasta que el Padre Superior, para acabar con aquel tumulto y alboroto de la gente, mandó al Beato que bajase. Al punto obedeció Buenaventura; pero extrañado y corrido a vista de la muchedumbre, se retiró a su celda para no oír las voces del pueblo, que le aclamaba ya como a santo.

Favorecióle asimismo el Señor con el don de milagros. Siendo cocinero, dejó un día la comida en el fogón, y se fué a la iglesia a hacer una visita corta. Pero, estando allí, quedó arrobado en éxtasis, y se olvidó totalmente de las ollas y del fogón. Entretanto, la comida de la comunidad quedó del todo quemada y echada a perder.

—¿Qué hacéis, fray Buenaventura? —díjole el hermano compañero, antes de tocar a comer—; la comida está totalmente quemada, y así tendrán que contentarse hoy los frailes con pan y agua.

—No tema, hermano —repuso humildemente el siervo de Dios—, todo se arreglará. Toque a comer como de costumbre, y el Señor proveerá al sustento de sus siervos.

Fué a tocar el compañero, riéndose para sus adentros de la ingenuidad de fray Buenaventura. Pero, ¡cosa maravillosa!, llevaron al comedor aquellos alimentos carbonizados, y los frailes los hallaron tan exquisitos y en su punto, que declararon no haberlos comido nunca tan sabrosos.

Otro día, recibió el Beato dos hermosos peces para la comida de los frailes. Ausentóse unos instantes, y al volver no halló sino las espinas. Habían sido los culpables los gatitos del convento. Buenaventura los llamó a todos sin enfadarse y, tomando mansamente en sus rodillas al más viejo, le echó un sermoncillo de encantadora sencillez: «¡Ah goloso! —le dijo—; tú que eres el más viejo y deberías dar buen ejemplo a los gatitos, tus compañeros, les enseñas a robar y comerse el pescado de los pobres franciscanos. Mira, no tengo más remedio que castigarte delante de todos tus compañeros para que escarmienten.» Diciendo esto, dióle unos golpecitos con la mano, pero con tanta suavidad, que más parecían caricias. Hallábase entonces en la cocina un tal Salmerón; al ver aquella escena, no pudo menos de reírse a carcajada limpia. Pero aquella risa se trocó en admiración, cuando al mirar al plato, vió, en lugar de las raspas, otros dos peces tan grandes y hermosos como los de antes.



CON *mano pródiga y con ilimitada confianza en la Providencia, el Beato Buenaventura de Barcelona reparte a los necesitados el pan preparado para la refección de la comunidad. «Señor dice—, yo proveo a las necesidades de los pobres, proveed Vos a las de los religiosos.»*

Una señora, llamada Isabel Vila, criaba gusanos de seda; pero llegó a faltarle hoja de morera, con lo que temió perder el fruto de su labor. Acudió a fray Buenaventura, y el Beato fué con ella a ver de qué se trataba. Ante aquellos gusanillos muertos de hambre que levantaban sus cabecitas como pidiendo el sustento de que habían menester, dijo a la señora:

—No os aflijáis, doña Isabel; estos minúsculos hermanitos nuestros están ahora alabando al Señor.

Y, mirando a los gusanitos, les dijo:

—Vaya, hermanos gusanos, puesto que ya no hay hojas que comer, haced vuestros capullos.

No en balde les dijo el Beato estas palabras; porque la misma noche hicieron capullos tan grandes y de tan excelente calidad, que la señora logró beneficio mayor que si la hoja no hubiera faltado.

Salió cierto día a pedir limosna, y advirtió de pronto que el Ebro arrastraba a una mujer con su borriquillo. Ya estaban a punto de perecer ahogados, cuando Buenaventura se fué a ellos andando sobre las aguas, y los trajo a la orilla.

—¡Prodigio, prodigio! —empezaron a gritar los transeúntes.

—¿A esto llamáis prodigio? —les dijo el Beato; y cándidamente añadió—: La prueba de que no es un milagro, es que todos podéis hacer lo mismo *si tenéis fe*

EN EL CONVENTO DE TARRASA

PARECIÓLE nada al humildísimo Buenaventura cuanto hasta entonces había hecho en la religión. Pensó reformar su vida, y para ello no vió mejor camino que fundar un convento donde se observase rigurosamente la primitiva regla de San Francisco. Un día estaba el Beato suplicando a la Virgen María que le diese a conocer cuál era la voluntad divina. Aparecióse le entonces la Reina del cielo y le dijo:

—Buscas, hijo, cómo fundar un convento de la perfecta observancia. Yo te lo diré. Parte para Roma. Allí quiere Dios fundar por tu medio un Instituto más austero.

Aquel mismo día se le apareció Nuestro Señor, y le volvió a decir que partiese para Roma, donde podría llevar a efecto la reforma.

Manifestó Buenaventura a sus Superiores la orden celestial y, como era modelo de obediencia, aguardó con ánimo sosegado que le llegase licencia de embarcarse para Italia. Mucho costó al padre Provincial darle el permiso; porque no quería perder un fraile tan virtuoso; y así, en vez de dejarle ir a Roma, envióle como limosnero al convento de Tarrasa.

Aquí tuvo ocasión de desplegar todo su celo. Llegóse cierto día hasta el puerto de la cercana ciudad de Barcelona. Entró en una galera y, al ver a los cautivos moros que hacían de remeros, movióse a compasión. Empezó a hablarles, y lo hizo con tanta mansedumbre y caridad, que todos ellos, movidos y persuadidos con las palabras de Buenaventura, acabaron pidiendo el bautismo.

Finalmente, diéronle licencia para embarcarse. Pronto cundió la noticia por Tarrasa y sus alrededores, con lo que se afligieron sobremanera todas aquellas gentes. Llegó el día del embarco, y entonces se vió claramente cuanto apreciaban todos al humilde fraile limosnero; porque al llegar al puerto, fué tal la aglomeración de gente que cercó a fray Buenaventura, que no podía dar un paso. Esta demostración popular le conmovió vivamente. «Hermanos míos —les dijo al fin—, si no fuera porque así lo quiere el Señor, nunca me separaría de vosotros. Ofrezcámosle todos el sacrificio de nuestra propia voluntad». Diciendo esto, se levantó en el aire, donde permaneció suspendido una hora entera a vista de la gente.

Entendieron con este prodigio que no debían oponerse más tiempo a que se embarcase el siervo de Dios y, en cuanto hubo bajado al suelo, se apartaron y le dejaron libre el paso. En medio de las lágrimas y gemidos de los presentes, entró Buenaventura en un navío que se hacía a la vela con rumbo a Italia.

REFORMADOR Y APÓSTOL. — SU MUERTE

A punto estuvo el navío de caer en manos de los holandeses, enemigos entonces de España. El Beato lo salvó milagrosamente, porque con el Santo Cristo en la mano gritó a los perseguidores que se acercaban: Deteneos, enemigos de nuestra fe, y no os acerquéis más.

Al punto se levantó un viento huracanado que barrió lejos los cuatro grandes veleros holandeses, y empujó al navío español hacia las costas italianas. También sosegó una furiosa tempestad con sólo una palabra.

Desembarcó en Génova, y prosiguió a pie hasta Roma, pasando por Loreto y Asís. Hospedóse primero en el convento de *Ara Cœli,* donde permaneció dos meses. De allí pasó al de San Mauricio, con el cargo de limosnero. Pero, a poco de llegar, se ganó de tal manera el aprecio de las gentes, que en tropel acudían a verle al convento, lo que determinó a los Superiores a enviarle a Capránica. Aquí premió el Señor la obediencia de su siervo, permitiendo que la sagrada Hostia volase de los dedos del sacerdote a los labios del Beato después del *Dómine non sum dignus.*

La noticia de este milagro llegó hasta Roma. Los cardenales Facchinetti

y Francisco Barberini —este último protector de la Orden—, con intento de asegurarse del hecho y estudiar de cerca el espíritu del Beato, le hicieron ir al convento de San Isidoro, del que fué cocinero. Los dos príncipes de la Iglesia acudieron a verle, hablaron con él largo rato y quedaron convencidos de la eminente santidad del humilde lego franciscano. A menudo iban a verle o le llamaban a palacio. Estas amistades fueron de gran provecho a Buenaventura para llevar a efecto la anhelada Reforma.

Merced a la intervención de tan poderosos protectores, tuvo el humilde fraile una larga entrevista con el Sumo Pontífice Alejandro VII, el cual, maravillado de que un hermano lego le hablase con elocuencia tan extraordinaria, encargó al cardenal Barberini que apresurase la ejecución de aquella empresa.

El cardenal llamó a Buenaventura. Díjole que redactase una súplica a la Congregación de Obispos y Regulares, y el mismo prelado la presentó a los Padres, los cuales la aprobaron a una voz. La fundación de la Reforma la sancionó Alejandro VII a 8 de marzo de 1662, y el Capítulo provincial franciscano celebrado en Roma aquel mismo año, cedió al Beato y a sus compañeros el convento de Santa María de las Gracias, sito en Ponticelli.

Quince religiosos, entre Padres y Hermanos legos, acudieron al primer llamamiento de fray Buenaventura. Su vida fué copia de la del santo Fundador: ni almacenaban provisiones, ni aceptaban estipendios por la predicación, misas u otros ejercicios del santo ministerio, y contentábanse con lo que la Providencia les enviaba por mano de los bienhechores.

Buenaventura no aceptó el cargo de Superior, sino por imposición del cardenal Barberini; y por cierto que lo ejerció con vigilancia, prudencia y caridad tales, que todos se hacían lenguas ensalzando las virtudes de su amado Guardián.

—¿Dónde habéis estudiado, fray Buenaventura? —preguntóle cierto día un Hermano.

—En las llagas de Jesucristo —le contestó el Beato.

Tanto prosperó la Reforma, que fué menester fundar otros conventos para recibir a los muchos que deseaban entrar en ella. El más famoso fué el de Roma, en el Palatino, llamado Convento de San Buenaventura, fundado el 8 de diciembre de 1677 con veinticinco frailes.

Durante su estancia en Roma fué este santo y humilde religioso otro San Felipe Neri. Solía enviar a los Padres a dar misiones en todas las iglesias de la ciudad y parroquias vecinas. Enseñaba la doctrina a los niños en el portal del Convento; visitaba a los enfermos en los hospitales, y a muchos los curaba milagrosamente con sólo rezar por ellos. Por eso, cuando alguien caía enfermo, solían decir: «Llamemos a fray Buenaventura», y también «Llevémosle a fray Buenaventura».

Agradábale sobremanera el dar limosna a los pobres. Quería que cada semana se les repartiese abundante sopa; cuando los mendigos eran más numerosos, las provisiones se multiplicaban milagrosamente en las manos del Beato. Cierto día que volvía al convento llevando a cuestas el pan de la comunidad, vióse cercado de tantos pobres que se le llevaron todo el pan.

Señor —dijo entonces fray Buenaventura—, así como yo atiendo a las necesidades de vuestros pobres. Vos proveeréis a las de mis frailes.

Y así fué; porque al llegar al convento, el cesto se halló lleno de tanto y mejor pan que antes.

Al conde Tomás Barberini, le predijo que tendría pronto un heredero, como así sucedió el mismo año; y al cardenal Francisco Barberini le libró de gravísimo peligro, porque a pesar de cierta prohibición, entró el Beato en el aposento del prelado y, para despedirse, acompañóle el cardenal hasta la puerta de palacio; y no bien habían salido del aposento, derrumbóse el techo del mismo estrepitosamente.

Llegó el Beato a la edad de sesenta y cuatro años. Previendo ya su próximo fin, solía repetir amorosamente: «¡Paraíso, paraíso!» A 15 de agosto de 1684, sobrevínole recia calentura. Los médicos esperaban vencerla, pero Buenaventura aseguraba que no sanaría. El día 11 de septiembre recibió los santos Sacramentos con admirable devoción, bendijo a los Frailes, y fué arrebatado al éxtasis eterno de la vida perdurable.

El Sumo Pontífice Pío X beatificó a fray Buenaventura de Barcelona, a 10 de junio del año 1906.

SANTORAL

Proto y Jacinto, mártires; Paciente, arzobispo de Lyón, y Marcelo, de Puy; *Emiliano, obispo de Vercelli, en Italia,* Pafnucio el Grande, obispo de la Tebaida; Bodón, hermano de Santa Salaberga, y obispo de Toul Adelfo, nieto de San Romarico, abad; Diodoro, Diomedes y Dídimo, mártires en Laodicea; Vicente, abad en el Franco Condado, martirizado por los arrianos; Martín de Aguirre de la Ascensión, mártir en el Japón; Almiro, solitario. Beatos Buenaventura de Barcelona, confesor; Ambrosio Fernández, jesuíta, mártir. Santas *María de la Cabeza, esposa de San Isidro labrador;* Teodora Alejandrina, penitente. Venerable Juana María Chezard, fundadora de la Congregación del Verbo Encarnado. La traslación de San Segundo, obispo de Ávila.



Madre y protectora de los pobres — Medalla de Clemente VIII

DÍA 12 DE SEPTIEMBRE

BTA. M.ª VICTORIA FORNARI

VIUDA. FUNDADORA DE LAS ANUNCIADAS CELESTES (1562-1617)

LA ciudad de Génova vió nacer en el siglo XV a Santa Catalina, que fué verdadero prodigio de amor divino. En el siglo XVI, y precisamente cuando el protestantismo llevaba por toda Europa con furor sus estragos, nació en la misma ciudad otra sierva de Dios, no menos ilustre, cuyos despojos mortales se conservan intactos, como los de su gloriosa paisana.

Los padres de Victoria, Jerónimo Fornari y Bárbara Venerosa, ricos en bienes temporales, eran más recomendables por sus virtudes que por su nobleza, y legaron a sus hijos rica herencia de fe y de piedad; empero, Victoria se distinguió entre todos. Su tierna devoción, su natural apacible y tranquilo, y una muy señalada inclinación a las obras de caridad, le granjearon pronto el amor de todos.

Desde temprana edad mostró Victoria la confianza que tenía en la oración. Fué durante toda su juventud modelo de oración, de virtud y de obediencia a sus padres. Frisaba en los diecisiete años, cuando, por obedecer a su padre y a su madre, se casó con un noble genovés, Ángel Strata, de carácter bondadoso y pacífico, que era en un todo semejante al suyo.

Pronto vieron ambos esposos alegrarse su hogar con numerosos hijos; jamás hubo familia más feliz; al llegar al mundo, el recién nacido era ofrecido a Dios y a la Santísima Virgen por su piadosa madre. A Ángel Strata le sonreía el porvenir lleno de esperanzas. En cuanto a Victoria, no conocía en este mundo más que a Dios, a su marido, a sus hijos y a los pobres. Aun en medio de los trabajos y contratiempos inherentes a su estado, sentíase cada vez más y más en posesión del amor divino que se los hacía soportar con valentía. Dicha tan pura no había de prolongarse.

MUERTE DE SU ESPOSO

EL treinta de noviembre de 1587, falleció Ángel Strata de súbita enfermedad. Murió como un santo. Victoria sintió vivamente la muerte de su esposo. Contaba entonces veinticinco años, y llevaba ocho de casada en completa felicidad, era madre de cinco niños y estaba a punto de dar a luz el sexto. Después de haber rehusado todo consuelo humano, Victoria acudió a la que ya le había concedido tantas gracias: a María, consoladora de los afligidos. Postrada de hinojos ante un cuadro de la Madre de Dios que tenía en su habitación, conjuró con lágrimas a la gloriosa Virgen que la amparase a ella y a sus hijos. ¡Cuál no fué su alegría —como ella misma escribió más tarde— al ver animarse repentinamente la imagen!; tendióle María los brazos y le dirigió estas consoladoras palabras: «Victoria, hija mía, ten buen ánimo y no temas, pues es mi voluntad recibiros a ti y a tus hijos bajo mi protección. Vive feliz y sin cuidado alguno. No quiero de ti más que una cosa: que, confiando en mí en todo, no perdones medio alguno en lo sucesivo para amar a Dios sobre todas las cosas.»

VIDA MORTIFICADA. — LA MADRE DE LOS POBRES

ESTA maravilla inesperada y extraordinaria transformó a Victoria; la resignación sucedió a la tristeza. Hizo entonces el voto de castidad perpetua al que añadió el de no llevar en sus vestidos ni oro, ni seda, ni telas preciosas, y rompió con el mundo y sus exigencias.

Por esta época fué presentada Victoria por piadosas amigas de su madre a un santo religioso que residía en Génova y gozaba de gran reputación de santidad: el Padre Bernardino Zanoni, jesuíta, que fué para la joven viuda un director bondadoso, prudente e ilustrado.

Victoria le confió dos deseos muy secretos que tenía: que sus hijos obtuviesen la dicha de ser religiosos, y que ella misma fundase una Orden

para religiosas. El Padre Zanoni, dejando al porvenir el cuidado de justificar estos presentimientos, sólo se ocupó, y con motivo, del momento presente. Victoria entre tanto se mortificaba más y más, luchaba consigo misma, se humillaba y se desprendía de todo: los ayunos, las vigilias, las penitencias y disciplinas le eran familiares; en cambio, las tentaciones interiores y exteriores y las astucias del demonio se estrellaban ante su determinación de amar a Dios y servirle.

Los pobres y desgraciados hallaban en ella un apoyo poderoso, y su caridad se multiplicaba con la generosidad propia de su gran corazón. Vióse a esta noble dama ir, pobremente vestida, a los más ricos palacios de Génova a pedir limosna para los más necesitados, y soportar con alegría infinitos desaires. Recogió en su propia casa enfermos abandonados que ella misma cuidaba, consolaba y ayudaba a bien morir; no escatimaba ni gastos ni diligencia alguna para sacar del vicio a los desgraciados que en él se hallaban anegados; hasta a los esclavos turcos que deambulaban por las calles de Génova vendiendo baratijas les insinuaba e incitaba blandamente a que se bautizaran.

Así preparaba Dios a la futura fundadora.

FUNDACIÓN DE LAS ANUNCIADAS CELESTES

DIECISÉIS años hacía que Victoria llevaba en su viudedad vida de santa: cuatro de sus hijos habían abrazado la vida religiosa y el quinto no había de tardar en seguir a sus hermanos mayores. El último nacido, Alejandro, había muerto a los diez años, favorecido en su lecho de muerte con apariciones celestiales. En medio de atroces tormentos, el angelito había dado muestras de heroica resignación; sin que jamás se le oyera exhalar la menor queja y sin que nunca desapareciera de sus labios una admirable sonrisa que a todos encantaba y conmovía. Pero había ido cubriéndose de úlceras y el desenlace no podía tardar. Cuando llegó, quiso el niño recibir por vez postrera la Divina Eucaristía y vió cómo acompañando al Señor, multitud de ángeles vinieron a visitarle. Transfiguróse su semblante, iluminóse su frente y con voz suavísima dijo a su madre:

–Mira cómo viene a verme la Reina del Cielo, la Virgen Santísima que tantas veces me has dado por protectora. Aquí está con infinidad de ángeles que me van a llevar al paraíso.

Y al decirlo cruzó los brazos sobre el pecho y emprendió el vuelo a la gloria.

Sólo faltaba a Victoria para realizar su proyecto, fundar un monasterio de religiosas en honor del misterio de la Anunciación de la Santísima Virgen.

El Padre Zanoni animó a su penitente y se ofreció a ayudarla con todo su poder. A pesar de la primera negativa del arzobispo de Génova, Monseñor Horacio Spínola, no se desalentó Victoria; y poco después, tras nuevas instancias, obtuvo el consentimiento del prelado. Tres penitentes del Padre Zanoni, formadas en una vida de fervorosa piedad por su santo director, determinaron seguir a Victoria en su retiro. Todavía les envió la Providencia una postulanta de alto valor en la persona de Vicenta Lamellini que, de común acuerdo con su marido Esteban Centuriani, dejaba el mundo por el claustro, y llevaba a la naciente Orden una virtud a toda prueba y cuantiosa fortuna. La entrevista de Victoria y Vicenta fué de las más conmovedoras, y la fundadora no pudo menos de admirar cómo Dios le aseguraba su protección.

El Padre Zanoni fué el encargado de redactar las Constituciones de las Anunciadas; las sometió al examen detenido del arzobispo de Génova, quien las aprobó. Finalmente, la sanción del Sumo Pontífice llevó a su colmo tantos favores. El 15 de marzo de 1604, el papa Clemente VIII autorizó la erección del nuevo monasterio bajo el título de la Anunciada y según la Regla de San Agustín. El 19 de junio de 1604, Victoria y sus compañeras tomaron posesión del convento, situado en la colina del castillo, y el 5 de agosto del mismo año, el arzobispo les dió el santo hábito y nombró a Victoria Superiora de la nueva Orden.

No tardó la Santísima Virgen en dar a sus humildes siervas una señal manifiesta de su protección. Los principios de esta Orden, con tantas penas fundada, fueron bendecidos visiblemente por Dios. Pronto, sin embargo, fué amenazada su existencia por el que hasta entonces había sido su insigne bienhechor. Después de la muerte de su digna esposa, a la que había permitido hacerse religiosa de las Anunciadas, Esteban Centuriani persuadió a las nuevas monjas que no tendrían seguridad en el porvenir si no se unían con una Orden antigua de probado vigor: con las Carmelitas, por ejemplo. La mayor parte de las Anunciadas, inconscientemente por cierto, aviniéronse a este querer y redactaron una carta que, providencialmente, cayó en manos de la Superiora, ignorante hasta entonces del asunto.

Esta noticia fué terrible. María Victoria comprendió en seguida todo su alcance. Sin vacilar un momento, aunque transida de dolor y con lágrimas en los ojos, fué a la sala donde se habían dado las firmas y, allí mismo, postróse de hinojos ante un cuadro de la Sagrada Familia y contó a la Santísima Virgen todas sus angustias. De repente se llenó su alma de aliento y de consuelo; vió cómo la Madre de Dios dirigía sus miradas benditas sobre ella y oyó distintamente estas palabras: «¿Qué temes, Victoria? ¿Por qué te quejas tan amargamente? Este monasterio es mío; yo lo he formado y yo lo guardaré. No lo dudes, todo irá bien. Soy y seré madre de todas las



ESTANDO *un hijo de la Beata María Victoria para exhalar el último suspiro, se le aparece la Santísima Virgen y, con los brazos abiertos, le llama, cariñosa, como dándole a entender que ha de morir sin cuidado ni temor ninguno, porque Ella misma quiere llevarle a la gloria eterna.*

religiosas de esta casa y protectora de toda la Orden para que mi Hijo sea en ella perfectamente honrado.»

María Victoria se levantó grandemente consolada. Sus hijas, que no supieron sino más tarde la revelación con que había sido favorecida, se apresuraron a pedirle perdón y, con ellas, lo solicitó también Esteban Centuriani. Aquel día, 16 de junio, dejó memoria en la Orden y se celebra cada año con un fiesta intitulada «Protección de la Santísima Virgen». Desde entonces, gracias señaladas y numerosas han recompensado siempre la fe de cuantos se han postrado ante el cuadro milagroso, del cual posee cada Convento una copia fiel.

Una vez pasada la prueba, la pequeña y fervorosa comunidad reanudó la vida religiosa con nuevo ardor. El número de novicias y profesas aumentó rápidamente y la virtuosa fundadora tuvo la dicha de comprobar los progresos que hacía la obra de Dios, de la que había sido humilde instrumento.

La imagen venerada ante la cual nuestra Beata había obtenido tantas gracias y favores, ha concedido innumerables gracias a cuantos se han encomendado a su poder y patrocinio. Recordaremos solamente la curación de una epiléptica. Había en un convento una hermana lega que sufría en tal forma que, cuando le venían los ataques, ni entre cinco monjas la podían sujetar y dominar. La Fundadora y todas las religiosas rogaban incesantemente para obtener su curación sin que sus oraciones la consiguieran, pero un día la Beata se postró ante la estatua venerada y, con lágrimas en los ojos, dijo a la Santísima Virgen: «¡Oh Virgen compasiva!, ¿hasta cuándo habré de esperar para que me atiendas?» Entonces mismo oyó una voz que muy claramente le decía que su oración había sido ya atendida; en efecto, desde aquel momento la hermana lega no volvió a tener ningún ataque.

FAVORES SOBRENATURALES. — CARIDAD Y HUMILDAD

EN el oficio compuesto más tarde en honor de María Victoria al ser reconocida oficialmente su santidad por la Iglesia, se lee lo siguiente: Brilló entre todas sus Hermanas, por su fortaleza, por su paciencia, por la caridad y esplendor de todas las virtudes. Domeñaba su cuerpo con ayunos, cilicios y austeridades de todo género. Vióse la a menudo arrobada en éxtasis y circundada de una luz extraordinaria. Fué favorecida con el don de profecía y descubrió el secreto de los corazones con penetración admirable. Dios, que es el señor de sus dones, concedía a María Victoria gracias en abundancia, y se cuentan varios milagros debidos a su santidad y a su fe. Su caridad no conocía límites: desempeñaba alternativamente los oficios de médico, de criada y de cocinera; siempre estaba dispuesta a

servir a los enfermos y a dejar cualquier cosa más cómoda para ella; interrumpía sus comidas, el sueño o la tranquilidad de las vigilias por la más pequeña necesidad de sus hijas enfermas. Afirma el Padre Spínola a este propósito, que sin perturbar por la noche el descanso de las demás Hermanas, hacía ir a su celda, cuando era posible, a las Hermanas achacosas o enfermas para cuidarlas con mayor esmero y poder tener con ellas todo género de bondades.

Los seis años últimos de su vida vivió como simple religiosa —tal era la Regla de la Orden—. La priora que la sustituyó no le tuvo siempre las atenciones que merecía. Fué humillada muy a menudo. Nuestro Señor era entonces todo su consuelo. «Si se contemplase debidamente la Pasión de Cristo —decía ella—, moriría uno de dolor y de amor al instante mismo».

Su amor no era igualado más que por el ansia que sentía de comulgar. Veíasela en medio de sus achaques, desdeñar todos los sufrimientos para acercarse a la Sagrada Mesa, y su semblante, tan pálido de ordinario, encendíasele entonces. Mortificábase aun más por amor de Jesús Sacramentado; a sus alimentos frugalísimos ponía ajenjo y, durante los últimos años de su vida, no comió carne. Se privaba no sólo de oler las flores, sino hasta de mirarlas. Al profesar hizo el voto de no volver a ver más a sus hijos; los amaba, no obstante, con ternura, pero el placer demasiado vivo que hubiese experimentado al verlos y abrazarlos, fué uno de los mayores y más hermosos sacrificios que ofreció al Señor. Así correspondía al amor del que todo lo sacrificó por los hombres.

MUERTE DE LA BEATA

A pesar de tantas pruebas y sacrificios, María Victoria tuvo el consuelo de ver desarrollarse y extenderse su Orden de un modo admirable. Había conventos de las Anunciadas en Italia y en Francia. La muerte de la fundadora debía ser la señal de una extensión todavía más rápida. Ella, por su parte, deseaba esta muerte con ardor. Habiéndole revelado Nuestro Señor que no moriría hasta ver llegar a cuarenta el número de religiosas de su casa, límite fijado por las Constituciones, anunció claramente su muerte cuando se admitió a la cuadragésima postulante.

El 3 de diciembre de 1617, día para ella muy señalado por su devoción a San Francisco Javier, comulgó por última vez estando levantada. Al volver a su aposento, tuvo un violento acceso de fiebre con un gran dolor de costado; ella misma declaró que moriría al día décimocuarto de su enfermedad. Y como vinieran varios médicos a cuidarla, decía: «Van a tener consulta sobre mi enfermedad, pero la sentencia en última instancia está

pronunciada en el cielo y por ella debo morir». El día duodécimo fué tan grande la postración, que los médicos la dieron por perdida. Recibió entonces los últimos sacramentos con grandísima devoción; pidió perdón a sus hijas por el mal ejemplo que les hubiera podido dar por sus defectos, y las exhortó a la exacta observancia de su Regla. Hizo colocar a sus lados una imagen de Jesús crucificado y otra de la Santísima Virgen, para que de cualquier lado que mirase tuviese ante su vista las llagas de Nuestro Señor o el corazón de la Dolorosa.

El décimocuarto día de su enfermedad no se la podía casi oír una palabra y, no obstante, continuaba moviendo siempre los labios. Habiéndole preguntado la priora qué decía, respondió: «Los *Padrenuestros* del Oficio», queriendo decir que habiéndole conmutado el rezo del Oficio por un cierto número de Padrenuestros, desde su enfermedad, procuraba rezarlos. El confesor que la asistía le preguntó si no era importunada por alguna tentación, y respondió con un signo negativo de cabeza. Insistió el Padre, incitándola para el caso de que viniera alguna, a protestar de corazón de no querer jamás ofender a Dios gravemente, y ella, recogiendo su espíritu y aunando todas sus fuerzas, contestó: «¡Oh Padre!, ni siquiera venialmente, gracias a Él». En fin, teniendo a Dios en su corazón y en los labios los dulces nombres de Jesús y de María, aunque con voz medio apagada, lanzó tres suspiros y con el último entregó su hermosa alma al divino Esposo. Esto sucedía el viernes 15 de diciembre de 1617, hacia las cuatro de la tarde. María Victoria contaba entonces cincuenta años de edad.

MILAGROS. — BEATIFICACIÓN

CURACIONES de todas clases recompensaron la fe de cuantos acudieron a la sierva de Dios. Prelados, religiosos y seglares encontraron remedio a sus males al aplicárseles el manto o velo de la santa fundadora o con el simple socorro pedido a su intercesión. Sería demasiado largo enumerar aquí los insignes favores recibidos de María Victoria; muchas personas dignas de fe han dado testimonio y han proclamado su poder y el crédito de que goza en el cielo.

Tras una difusión maravillosa de la Orden, recibió ésta su coronamiento con la beatificación solemne de la santa fundadora. La ceremonia tuvo lugar en San Pedro, en el Pontificado de León XII, el 21 de septiembre de 1828. La incorruptibilidad del cuerpo de la Beata ha sido reconocida de un modo auténtico repetidas veces. Los peregrinos, a su paso por Génova, han podido verlo en perfecto estado de conservación, si no es la boca, algo desfigurada por un accidente que sufrió cuando la exhumación.

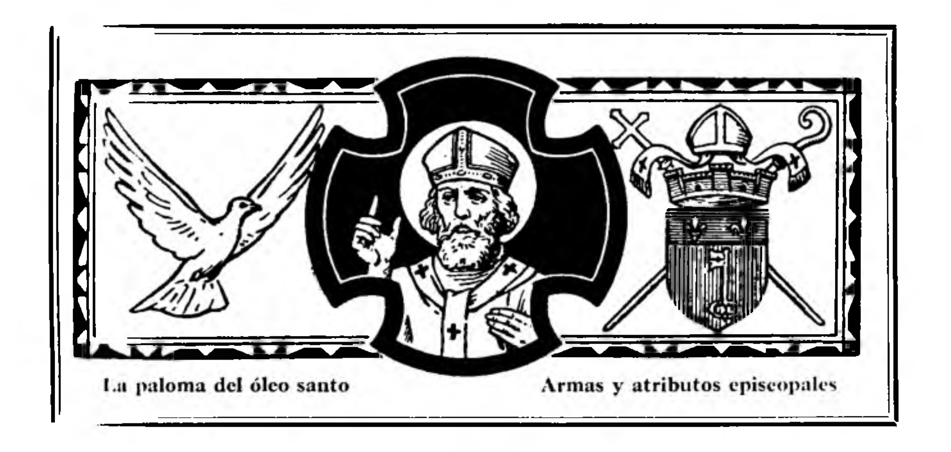
ESPÍRITU DE LA ORDEN. — ESTADO ACTUAL

EL espíritu de las Anunciadas celestes es de agradecimiento para con Dios y de celo ardiente para con el prójimo. Su fin esencial es dar gracias a Dios por el beneficio inmenso de la Encarnación y amar con ardor a la Santísima Virgen, que cooperó de una manera tan íntima a este misterio inefable. Es orden mariana por excelencia, hasta en el vestido mismo que es el que según una tradición llevaba la Santísima Virgen en Nazaret. Las Hermanas de coro llevan hábito blanco, escapulario azul, con cinturón y manto del mismo color. En Italia se las llama «las Celestes».

Después de haber tenido un magnífico desarrollo en Italia y Francia, la Orden de las Anunciadas celestes, como tantas otras Órdenes, tuvo que sufrir cruelmente los estragos de la Revolución. Actualmente sólo cuenta cinco monasterios. El de Roma fué fundado en 1670 en el monte Esquilino, cerca de la basílica de Santa María la Mayor, por la munificencia de doña Camila Orsini, viuda del príncipe Marco Antonio Borghese; esta generosa bienhechora entró luego en la Orden con el nombre de María Victoria, por devoción a la santa fundadora; sus virtudes la han hecho acreedora al título de Venerable. Después de los acontecimientos de 1870, el convento fué confiscado por el gobierno italiano y las religiosas tuvieron que buscar un asilo cerca del Santuario de San Juan ante la Puerta Latina. Aquí, en unión con las Hermanas de los monasterios aun existentes, se celebraron en diciembre de 1917 las fiestas del tercer centenario de la muerte de la Beata María Victoria Fornari.

SANTORAL

11 Dulcísimo Nombre de María (ver en el tomo VII, «Festividades del Año Litúrgico», pág. 410). Santos Albeo, compañero de San Patricio y arzobispo de Múnster; Autónomo, obispo de Bitinia, sacrificado, en tiempos de Diocleciano, mientras decía la santa Misa, Curonoto, obispo de Iconio, mártir; Silvino, obispo de Verona; los dos Tobías, padre e hijo; Guido, llamado «El pobre de Anderlecht» *Macedonio, Teódulo* y *Taciano, mártires;* Hierónides, Leoncio, Serapión, Salesio, Valeriano y Estratón, mártires en Alejandría bajo el emperador Maximiano; Reverencio, presbítero y confesor. *Beato Mirón, monje en San Juan de las Abadesas.* Santas *Buena, virgen;* Eanswida y Perpetua, vírgenes y abadesas. Beatas **María Victoria Fornari, fundadora;** María, cisterciense, honrada en Arroyo.


La paloma del óleo santo — Armas y atributos episcopales

DÍA 13 DE SEPTIEMBRE

SAN MAURILIO

OBISPO Y CONFESOR (336?-427)

DESCENDIENTE de una familia senatorial, nació Maurilio en Milán (Italia), hacia el año 336. Su padre, en posesión de grandes riquezas, era gobernador de la Galia Cisalpina. Su madre, mujer de rara prudencia, le crió en el santo temor de Dios, apartándole con solícito cuidado, de los escollos que hacen naufragar la virtud de tantos jóvenes.

Para que la naciente flor abriera sus pétalos a los bienhechores rayos de la gracia, sólo precisaban el rocío de los santos ejemplos y fraternales consejos. Y esos ejemplos y esas enseñanzas los recibió con providencial oportunidad de San Martín.

Mero exorcista de la Iglesia de Poitiers, el futuro taumaturgo de las Galias había pasado a Italia para impugnar la herejía de Arrio, que causaba en aquel país horribles estragos. Fundó un monasterio cerca de Milán, en el que numerosos jóvenes se formaban en la práctica de la virtud y en el estudio de las Sagradas Escrituras. Maurilio, que ansiaba poder entregarse por entero a Dios, acudió también a ponerse bajo la dirección del sabio maestro y seguir sus enseñanzas. Contaba a la sazón veinte años.

EL CLÉRIGO

DOS años más tarde, expulsado de Milán por el odio de Auxena, obispo arriano, Martín se volvió a Poitiers. Quedó Maurilio en espera de otro experimentado maestro, y dióselo muy pronto Dios en la persona de San Ambrosio, que lo llevó a su Iglesia y le ordenó de lector.

Poco después el joven clérigo perdía a su padre. Determinado a seguir los consejos evangélicos, renunció a sus cuantiosos bienes, y desoyendo los ruegos de su madre y aun las promesas del gran obispo de Milán, se fué en busca de San Martín, que ya entonces ocupaba la silla metropolitana de Tours, con grande honor y gloria de la Iglesia.

Varios años pasó al servicio de aquella iglesia en calidad de cantor de la iglesia episcopal; tales fueron su aprovechamiento espiritual y la edificación del prójimo, que San Martín, queriendo retenerle a su lado y constituirle su coadjutor en el gobierno de su diócesis, le confirió órdenes sagrados, hasta elevarle a la dignidad sacerdotal, no obstante la resistencia que a ello opuso su profundísima humildad.

Pero los intentos de San Martín fallaron, porque, entendiendo Maurilio que el cielo le tenía destinado a desenvolver sus actividades en otros países espiritualmente más necesitados, descubrió los proyectos que abrigaba a su santo maestro. Costóle algún trabajo convencerle; mas logrólo al fin, y, después de obtenida su bendición y abrazarse ambos en un mar de lágrimas, se separaron, yendo el discípulo a donde Dios le llamaba.

LA LUCHA CON EL PAGANISMO

EL Apóstol dirigió en seguida sus pasos hacia la provincia de Anjou. A pesar de los trabajos apostólicos de San Fermín y San Apotemo, casi toda la comarca habitada por los andegavos —tribu de las Galias, que tenía por capital *Juliomagnus,* hoy Angers, situada a orillas del Loira— estaba todavía infestada del paganismo. El culto druídico se había enseñoreado en las márgenes del Loira, y el impenetrable cantón de los Manges, tierra de retamas y aulagas, poblada de seculares encinas y no sojuzgada por las legiones de César, era como el santuario de los druidas. Cada año, en esa comarca en que el druidismo ha dejado vestigios hasta el día de hoy, llegada la estación propicia, los sacerdotes druídicos recogían con sendas hoces de oro abundante muérdago sagrado, símbolo para ellos de la inmortalidad del alma, creencia fundamental de su religión. Otras

aldeas y poblaciones y sobre todo en Chalonnes del Loira eran también otros tantos focos de superstición cuando San Maurilio llegó a Aujou.

En las ciudades y villas más importantes que habían recibido la influencia de los romanos, no adoraban a los dioses galos, tales como el fuego y las encinas, sino a las divinidades imperiales.

Compleja era, como se ve, la situación, puesto que tres religiones se disputaban la supremacía. Al nuevo sacerdote milanés y glorioso discípulo de San Martín —también éste había vencido en Turena análoga dificultad— estaba reservada la gloria de apagar los focos de esas supersticiones en la tierra de los andegavos y edificar sobre sus cenizas, altares y fundaciones, centros de santidad que han subsistido hasta nuestros días.

SOBRE LAS RUINAS DEL DRUIDISMO

El druidismo había sentado sus reales en el famoso colegio druídico de Chalonnes, a orillas del Loira. Por espacio de doce años dirigió San Maurilio sus ataques contra aquella ciudadela del mal, hasta que, por fin, cual nuevo Elías, y siguiendo las huellas de San Martín —de quien Sulpicio Severo cuenta parecido milagro—, obtuvo que fuego misterioso bajara del cielo y redujera a pavesas uno de los templos consagrados al culto de los falsos dioses. A vista de tan señalado prodigio, los gentiles de aquellos lugares convirtiéronse a la fe verdadera y formaron una grey, de cuya formación espiritual se encargó nuestro bienaventurado, y en aquel mismo lugar, ocupado actualmente por la iglesia de San Maurilio de Chalonnes, edificó el primer templo al verdadero Dios.

Numerosos cristianos poblaron en breve los alrededores del edificio, por lo que el apóstol creyó que un monasterio sería en aquel paraje de gran utilidad. Construyólo en efecto y sirvióse de él como de residencia y cuartel general de las operaciones contra Satanás. Allí se recogía para entregarse a la oración, y preparar en la quietud y soledad sus planes de apostolado.

No lejos de Chalonnes, en los confines parroquiales de San Maurilio y de Chaudefonds, muéstrase una roca llamada «Piedra de San Maurilio», desde la cual el santo misionero distribuyó muchas veces el pan de la divina palabra a la multitudes que acudían a oírle.

Rápidos eran los progresos de la fe en aquellos contornos y, no obstante, en la cumbre de una próxima colina se erguía, como perenne desafío al poder de Cristo, un templo pagano, más famoso que el ya destruído. Animado de apostólico celo y revestido de celestial fortaleza, concibió Maurilio el propósito de acabar con él. Un día, tomando una antorcha encendida, subió por ella apresuradamente la colina, se llegó al umbral de aquel templo, y

llada muchedumbre: «¡Viva Maurilio, el electo del Señor! ¡En verdad es digno de ser nuestro Pastor!» La simbólica paloma no remontó su vuelo hasta que se acercó el prelado con el óleo sagrado a ungir la frente del nuevo pontífice.

Este episodio está representado en una miniatura de un manuscrito que se conserva en la biblioteca de Tours.

MILAGROS

A partir de este momento y por espacio de más de treinta años, obró tantos prodigios que diríase que los prodigaba con las bendiciones. San Magnobodo —primer biógrafo de Maurilio— expresa fielmente este pensamiento al afirmar que por el número y magnitud de milagros que obró obró siendo obispo, sus contemporáneos no temían compararle con los Apóstoles.

En la iglesia de San Pedro dió un día la vista a un ciego de nacimiento. Éste, reconocido a tal merced, hizo voto de pasar el resto de su vida al servicio de aquel templo.

Un labriego que no tuvo reparo en profanar el domingo, notó de improviso que tenía la mano pegada a la herramienta que manejaba. Cinco meses soportó la dura prueba, hasta que se vió libre de ella con sólo postrarse a los pies del Santo.

En Savenieres, villa importante de la diócesis de Angers, obró otro milagro que, por las circunstancias que le rodean, rememora el de la resurrección del hijo de la viuda de Naím. Un forastero, de paso por la localidad, acababa de fallecer víctima de la peste. Colocado el muerto en el ataúd, iba presto a ser sacado de casa. Los llorones contratados para el caso, habían dado comienzo ya a sus dolientes y lastimeros gritos a usanza oriental, cuando Maurilio, compadecido, se acerca al féretro y reza por el difunto; de pronto el cadáver toma vida, se levanta y el obispo lo reintegra a su familia.

LA LEYENDA DE LAS LLAVES. — SAN RENATO

AL relatar la siguiente historia no pretendemos hacer obra de crítica, sino simplemente referir a título puramente documental una leyenda antiquísima. Los *Pequeños Bolandistas,* que la resumen muy someramente, advierten que es de dudosa autenticidad.

Una mujer, estéril desde mucho tiempo, obtuvo de Dios, por las oraciones de Maurilio, un hijo, que, a poco, cayó enfermo con grave peligro de muerte. Su madre se apresuró a llevarle a la iglesia de San Pedro para

que el obispo le administrase el sacramento de la confirmación; pero éste, aunque informado de la gravedad del caso, como quiera que celebraba misa solemne, juzgó no ser oportuno interrumpir la augusta ceremonia para atender al ruego de la pobre mujer. En aquel entretanto murió la criatura.

No se puede creer fácilmente el dolor que sintió nuestro Santo al conocer la triste nueva. Juzgaba que, por culpa suya, había muerto el niño sin recibir la confirmación. Fué tanto su sentimiento que no se podía consolar, por lo cual determinó de darse a mayores ayunos, asperezas y penitencias, para así pagar la culpa que a su parecer había cometido. Para esto se salió secretamente de la ciudad en la primera ocasión que se le ofreció para ello; y, encaminándose al puerto de mar más cercano, embarcóse en un navío pronto a zarpar para Inglaterra; mas, antes de arribar a sus costas, advirtió que llevaba consigo las llaves de las arcas en que se hallaban encerradas las reliquias de varios bienaventurados, depositadas en su iglesia.

Pensando estaba, con las llaves en la mano, cómo las enviaría a la catedral de Angers, cuando una fuerte oleada conmovió el barco que le conducía, y sin poderlo evitar se le escaparon las llaves de las manos, yendo a parar en lo profundo del mar.

—En verdad —exclamó entonces nuestro Santo, lleno de desconsuelo—; que no volveré a la tierra que dejé hasta que esas llaves parezcan.

Así que desembarcó en Inglaterra, vistióse pobremente y, para más encubrir quién era, .concertóse con un caballero por hortelano para tener cuidado de su huerta, y con aquella humildad y trabajó afligir su cuerpo y borrar el pecado que tanto le acongojaba.

Grande fué la desolación de clero y pueblo al verse privados de su amadísimo pastor, y mucho más después que el cielo les reveló de varios modos que grandes males afligirían pronto al país si no se daban prisa en buscar al fugitivo. Trataron de común acuerdo lo que procedía hacer, y convinieron que cuatro delegados le buscaran sin darse punto de reposo hasta encontrarle. Siete años anduvieron recorriendo el continente europeo sin dar con el paradero del obispo, hasta que, llegados a un puerto bretón, dispuestos a saltar a Inglaterra y proseguir sus pesquisas, hallaron en la playa una piedra en la que vieron escritas estas palabras: «Por aquí pasó Maurilio, obispo de Angers», y poco más abajo la fecha de su embarque.

Esperanzados con tan prodigioso descubrimiento se embarcaron para Inglaterra, única nación de Europa que les quedaba por visitar. A los pocos días de navegación saltó a la nave un pez grande, cuya vista les admiró por lo inopinado y extraño del caso; pero aun se maravillaron más cuando, al abrirle el vientre, vieron en él las llaves del relicario de la catedral de Angers.

Tan pronto como les fué posible, desembarcaron, y guiados por luz

llada muchedumbre: «¡Viva Maurilio, el electo del Señor! ¡En verdad es digno de ser nuestro Pastor!» La simbólica paloma no remontó su vuelo hasta que se acercó el prelado con el óleo sagrado a ungir la frente del nuevo pontífice.

Este episodio está representado en una miniatura de un manuscrito que se conserva en la biblioteca de Tours.

MILAGROS

A partir de este momento y por espacio de más de treinta años, obró tantos prodigios que diríase que los prodigaba con las bendiciones. San Magnobodo —primer biógrafo de Maurilio— expresa fielmente esto pensamiento al afirmar que por el número y magnitud de milagros que obró siendo obispo, sus contemporáneos no temían compararle con los Apóstoles.

obró

En la iglesia de San Pedro dió un día la vista a un ciego de nacimiento. Éste, reconocido a tal merced, hizo voto de pasar el resto de su vida al servicio de aquel templo.

Un labriego que no tuvo reparo en profanar el domingo, notó de improviso que tenía la mano pegada a la herramienta que manejaba. Cinco meses soportó la dura prueba, hasta que se vió libre de ella con sólo postrarse a los pies del Santo.

En Savenieres, villa importante de la diócesis de Angers, obró otro milagro que, por las circunstancias que le rodean, rememora el de la resurrección del hijo de la viuda de Naím. Un forastero, de paso por la localidad, acababa de fallecer víctima de la peste. Colocado el muerto en el ataúd, iba presto a ser sacado de casa. Los llorones contratados para el caso, habían dado comienzo ya a sus dolientes y lastimeros gritos a usanza oriental, cuando Maurilio, compadecido, se acerca al féretro y reza por el difunto; de pronto el cadáver toma vida, se levanta y el obispo lo reintegra a su familia.

LA LEYENDA DE LAS LLAVES. — SAN RENATO

AL relatar la siguiente historia no pretendemos hacer obra de crítica, sino simplemente referir a título puramente documental una leyenda antiquísima. Los *Pequeños Bolandistas,* que la resumen muy someramente, advierten que es de dudosa autenticidad.

Una mujer, estéril desde mucho tiempo, obtuvo de Dios, por las oraciones de Maurilio, un hijo, que, a poco, cayó enfermo con grave peligro de muerte. Su madre se apresuró a llevarle a la iglesia de San Pedro para

que el obispo le administrase el sacramento de la confirmación; pero éste, aunque informado de la gravedad del caso, como quiera que celebraba misa solemne, juzgó no ser oportuno interrumpir la augusta ceremonia para atender al ruego de la pobre mujer. En aquel entretanto murió la criatura.

No se puede creer fácilmente el dolor que sintió nuestro Santo al conocer la triste nueva. Juzgaba que, por culpa suya, había muerto el niño sin recibir la confirmación. Fué tanto su sentimiento que no se podía consolar, por lo cual determinó de darse a mayores ayunos, asperezas y penitencias, para así pagar la culpa que a su parecer había cometido. Para esto se salió secretamente de la ciudad en la primera ocasión que se le ofreció para ello; y, encaminándose al puerto de mar más cercano, embarcóse en un navío pronto a zarpar para Inglaterra; mas, antes de arribar a sus costas, advirtió que llevaba consigo las llaves de las arcas en que se hallaban encerradas las reliquias de varios bienaventurados, depositadas en su iglesia.

Pensando estaba, con las llaves en la mano, cómo las enviaría a la catedral de Angers, cuando una fuerte oleada conmovió el barco que le conducía, y sin poderlo evitar se le escaparon las llaves de las manos, yendo a parar en lo profundo del mar.

—En verdad —exclamó entonces nuestro Santo, lleno de desconsuelo—; que no volveré a la tierra que dejé hasta que esas llaves parezcan.

Así que desembarcó en Inglaterra, vistióse pobremente y, para más encubrir quién era, .concertóse con un caballero por hortelano para tener cuidado de su huerta, y con aquella humildad y trabajó afligir su cuerpo y borrar el pecado que tanto le acongojaba.

Grande fué la desolación de clero y pueblo al verse privados de su amadísimo pastor, y mucho más después que el cielo les reveló de varios modos que grandes males afligirían pronto al país si no se daban prisa en buscar al fugitivo. Trataron de común acuerdo lo que procedía hacer, y convinieron que cuatro delegados le buscaran sin darse punto de reposo hasta encontrarle. Siete años anduvieron recorriendo el continente europeo sin dar con el paradero del obispo, hasta que, llegados a un puerto bretón, dispuestos a saltar a Inglaterra y proseguir sus pesquisas, hallaron en la playa una piedra en la que vieron escritas estas palabras: «Por aquí pasó Maurilio, obispo de Angers», y poco más abajo la fecha de su embarque.

Esperanzados con tan prodigioso descubrimiento se embarcaron para Inglaterra, única nación de Europa que les quedaba por visitar. A los pocos días de navegación saltó a la nave un pez grande, cuya vista les admiró por lo inopinado y extraño del caso; pero aun se maravillaron más cuando, al abrirle el vientre, vieron en él las llaves del relicario de la catedral de Angers.

Tan pronto como les fué posible, desembarcaron, y guiados por luz

celestial, se fueron directamente a la casa del señor de quien Maurilio se había hecho jardinero; y, habiendo reconocido al Santo, se echaron a sus pies y le suplicaron que se fuese con ellos para bien y consuelo de las ovejas que Dios le había confiado. Negábase el prelado resueltamente, alegando el juramento que tenía hecho. Entonces los emisarios le mostraron las llaves y contaron cómo habían dado con ellas.

Resistirse más tiempo a volver a su Sede, después del prodigio tan patente que envolvía el hallazgo de las llaves del relicario de su iglesia, era oponerse a la voluntad de Dios, y así lo comprendió nuestro Santo, cuya obediencia a los mandatos del Altísimo se sobrepuso al deseo de vivir ignorado en la condición humilde que había escogido. La noche anterior al día fijado para la partida, recibió la visita de un ángel que le dijo: «Levántate, Maurilio, y vuelve luego a tu iglesia. Por tus oraciones, Dios ha conservado tus ovejas y te restituirá el niño que tanto has llorado».

Efectivamente, en cuanto llegó a la ciudad de Angers, el primer cuidado de Maurilio fué irse adonde el niño estaba enterrado; mandó abrir la sepultura en tanto que él hacía oración; terminada la cual el muerto resucitó y recibió allí mismo el sacramento de la confirmación. Llamóle Renato, como dos veces nacido; tuvo de él en lo sucesivo particularísimo cuidado y le destinó al culto de la iglesia; le formó en la práctica de las virtudes y mereció, por su santa vida, suceder a San Maurilio en la sede episcopal.

Esta es la tradición seguida de muy antiguo en las Iglesias de Angers y Sorrento (Italia), de las que fué obispo San Renato. Se apoya en una relación atribuída sucesivamente, y desde luego con manifiesto error, a San Fortunato de Poitiers y a San Gregorio Turonense.

MUERTE DE SAN MAURILIO

LAS *Actas* de San Maurilio, tan explícitas en lo relativo a sus milagros, son breves al tratar de sus virtudes. Dan a entender, sin embargo, que su vida no fué sino una cadena de beneficios derramados con profusión en favor de los pobres, de los enfermos y de los apestados. Dicen también que, no obstante la avanzada edad de noventa años a que llegó, le sobrevino la muerte, en opinión de cuantos le conocieron, conservando probablemente la inocencia bautismal. Cumplidor del compromiso contraído a los pies de San Martín, fué siempre fiel amigo de la humilde pobreza; y hasta los últimos instantes de su vida trató su cuerpo con espantoso rigor; su comida, si tal nombre se le podía dar, se reducía muy a menudo a un pedazo de pan de cebada que tomaba con sal y agua tibia. La mortificación y las penitencias parecían habérsele hecho connaturales.

Sucedió que un domingo quiso celebrar de pontifical y, terminada la ceremonia, se presentó ante todos sus clérigos reunidos y les habló de su muerte, la cual presentó como muy cercana. Declaróles que por ser aquella la última vez que los había de ver y hablar juntos, les encarecía con toda su alma y todo su afecto a vivir estrechamente unidos y amarse con tierna y cordial afección. Dióles, además, paternales consejos y recomendaciones concernientes a la práctica de la castidad, de la obediencia y demás virtudes a que obligan los consejos evangélicos.

Cuando el pueblo supo la despedida que había hecho a sus clérigos, invadió apesadumbrado la morada episcopal, y muchos lograron penetrar hasta el lecho del anciano para recibir por vez postrera su bendición y llorar la pérdida de su santo pastor.

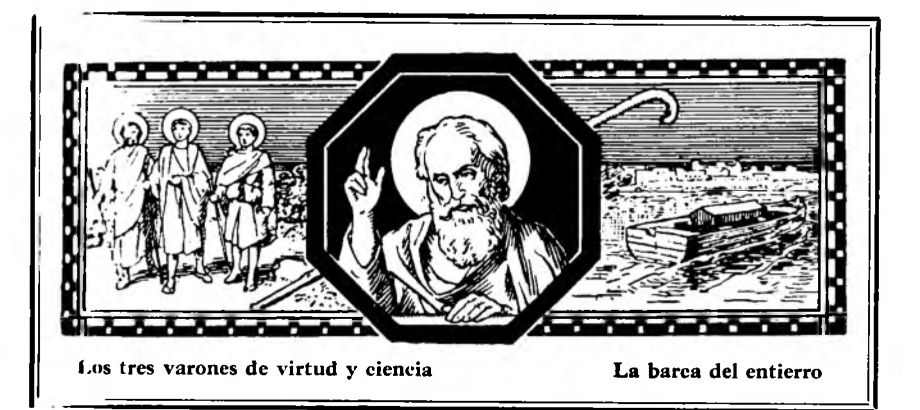
Dió su bendita alma al Criador el 13 de septiembre, con toda probabilidad en el año 427. Su cadáver fué enterrado en una cripta que en vida mandó hacerse en la iglesia de San Pedro de Angers. Durante la revolución francesa fueron sacrílegamente desparramadas las santas reliquias; consérvanse apenas algunas partículas insignificantes en Chalonnes.

SU CULTO

SAN Maurilio goza en Aujou de gran popularidad. Elegido, desde luego, como uno de los patronos principales de la diócesis, se instituyeron en la Edad Media varias fiestas en su honor para conmemorar diversos traslados de sus reliquias. Muchas iglesias y altares le están dedicados; y si desde fines del siglo XVII ha perdido, con su discípulo San Renato, el título de patrono principal, sigue siendo, no obstante, patrono secundario de la diócesis de Angers, en la que se le tiene en muy grande veneración.

SANTORAL

Santos Maurilio, obispo y confesor; Eulogio, patriarca de Alejandría; *Amado, obispo de Sión, en Valais;* Lidorio, obispo de Tours, y Nectario, de Autún; Antonino, obispo de Carpentrás, y Amado, de Remimeront; Sacerdote, obispo de Lyón; Israel y Teobaldo, canónigos de Limoges; Venerio, presbítero y solitario; Federico, presbítero *Felipe, marido de Santa Claudia y padre de la virgen Santa Eugenia, mártir en Alejandría;* Ligorio, solitario y mártir; Macrobio, Julián, Gordiano, Luciano, Valeriano y Selencio, mártires. Beato Pedro, cisterciense de Moreruela. *Santa Lucía, princesa de Escocia, virgen.*


Los tres varones de virtud y ciencia — La barca del entierro

DÍA 14 DE SEPTIEMBRE

SAN MATERNO

OBISPO Y APÓSTOL DE ALSACIA (siglo I)

BELLÍSIMA es la página de la historia religiosa de Alsacia que relata el apostolado de San Materno, obispo que fué de aquellos lugares. Una tradición muy respetable nos dice que San Materno fué discípulo del apóstol San Pedro, de quien recibió la misión de evangelizar, en compañía de San Eucario y de San Valerio, las comarcas entonces conocidas con la denominación de primera y segunda Germania.

No coinciden en esta opinión todos los autores. Hay quienes fijan los principios de la Iglesia de las Galias en el siglo III, en cuyo caso, el San Materno que el Martirologio romano nos presenta como discípulo de San Pedro, no sería el sabio obispo de Colonia, de este nombre, que vivió en el siglo IV, y que fué, por cierto, doctísimo varón, íntimo confidente del emperador Constantino y muy considerado en su tiempo por su brillante actuación en los concilios de Roma y de Arlés (313-314). Otros muy notables eruditos se han declarado en sentido opuesto.

En esta breve historia nos atendremos a la antigua tradición que ha perdurado trece siglos y que distingue a San Materno, primer apóstol de la Galia Bélgica, de su homónimo el de Colonia.

PATRIA DE SAN MATERNO

SEGÚN algunos cronistas, sería este Materno aquel hijo único de la viuda de Naím que resucitó el Señor; no parece muy fundada esta afirmación. Opinan otros haber sido oriundo de Lombardía, pero confunden, sin duda, a San Materno de Tréveris con otro Materno hijo del conde Papías, que vivió en el siglo III. Hemos de convenir en que no están todavía aclarados los orígenes de nuestro Santo, pero tales pormenores no son de gran trascendencia para nuestro propósito. «Su más preciado título de nobleza y nuestra mayor gloria —dice el historiador Fisen— es el haber sido escogido por el apóstol San Pedro para ilustrar a nuestros mayores con la esplendorosa luz de la verdadera fe».

«En aquel tiempo —leemos en la vida de los santos Eucario, Valerio y Materno— habló el Espíritu Santo a Pedro, y el apóstol resolvió llevar la luz de la fe cristiana a las Galias y a Germania». Sabido es que en el año 47 el emperador Claudio expulsó a los judíos de Roma; la religión cristiana, pura superstición judaica para los romanos, quedó comprendida en la proscripción. No es inverosímil que, en estas circunstancias, saliera Pedro de Roma para predicar el Evangelio en diversas comarcas occidentales. Un autor siríaco del siglo VI, un biógrafo del siglo VII y San Beda el Venerable afirman en sus escritos que el glorioso apóstol evangelizó la Gran Bretaña.

Y quizá en Roma, ya de vuelta —año 52 de nuestra era—, debió San Pedro, con el fin de acabar su obra, escoger a «tres doctos y virtuosos varones»: San Eucario, a quien confió el episcopado; a su diácono San Valerio y a Materno, joven clérigo de unos veinte años.

VOCACIÓN APOSTÓLICA

POR entonces las relaciones entre la Galia Bélgica —campo de apostolado que San Pedro asignó a Materno— y la metrópoli, eran muy frecuentes. A esto contribuyó no poco el haber concedido Augusto a sus habitantes el derecho de ciudadanía romana, y Claudio el acceso a las dignidades y a los empleos, en las ciudades y en el Senado.

Numerosas y amplias vías de comunicación que cruzaban el país en todas direcciones, facilitaban la movilidad de las legiones e, indirectamente, la apostólica labor del misionero.

Es muy verosímil que nuestros Santos aprovecharan esas magníficas vías con que Roma había dotado al país y hasta que acompañaran a las legiones

[illegible] en las que, a buen seguro, se contarían algunos cristianos fervorosos que, con el ejemplo de su vida y el ejercicio de la caridad, disponían los ánimos para la inmediata acción del misionero. A las fatigas del viaje añadían la constante predicación. Atravesaron los Alpes, llegaron a Alsacia y se detuvieron en Helvetus, villa situada en la ribera derecha del río Ill, y a dos millas próximamente de la población de Benfeld, conocida con el nombre de Ehl.

En ella, según creencia popular, fué acometido de una fiebre maligna que rápidamente lo llevó al sepulcro. Eucario y Valerio dieron sepultura a su compañero e inmediatamente se dirigieron a Roma para informar a San Pedro de la irreparable pérdida que acababa de experimentar la naciente misión. De este episodio arranca la interesante leyenda siguiente.

EL BÁCULO DE SAN PEDRO

CUÉNTASE que el Príncipe de los Apóstoles, para consolar a los viajeros, les entregó su báculo pastoral, indicándoles que lo pusieran sobre el difunto y le dijesen las siguientes palabras: «Materno, el apóstol Pedro te ordena, en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que vuelvas a la vida y termines la misión que te confió su Vicario en la tierra».

Muy gozosos acogieron los dos Santos el encargo del que sólo con su sombra curaba a los enfermos y, llenos de confianza en Dios, llegaron al sepulcro de Materno; colocaron el cayado sobre el cuerpo del difunto y, al pronunciar las palabras encomendadas, Materno abrió los ojos, miró fijamente a Eucario, ofrecióle la mano y, ante el asombro de la inmensa multitud que presenciaba el milagro, se levantó vigoroso no obstante llevar más de cuarenta días encerrado en el sepulcro. Muchísimos paganos se convirtieron a la fe cristiana por tan extraordinario prodigio.

Este precioso báculo se ha conservado con gran veneración hasta nuestros días en las ciudades de Tréveris y de Colonia, que dirimieron la contienda de su posesión guardando cada una la mitad.

Diversos martirologios y escritos de los siglos IX y X recogen esta piadosa tradición que sigue manteniéndose hasta nuestros días.

Algunos autores creen que se funda en este hecho milagroso la tradicional costumbre de los Papas de no usar báculo en las ceremonias y actos litúrgicos.

Inocencio III (1198-1216), en un pasaje que inserta en la obra *Corpus juris eclesiástici,* da la razón siguiente: «El bienaventurado apóstol Pedro envió su cayado pastoral a San Eucario, que por primera vez aplicó su maravillosa virtud».

Y Santo Tomás de Aquino agrega que «el Papa llevaba el báculo solamente al visitar la diócesis de Tréveris». Existe además, en opinión del mismo Santo, una razón mística que abona tal costumbre: «El ser la curvatura del cayado símbolo de jurisdicción limitada y no convenir de ningún modo a quien posee la soberanía más perfecta y universal».

LABOR APOSTÓLICA DE SAN EUCARIO Y DE SAN VALERIO

MATERNO y sus dos compañeros prosiguieron su fructuoso ministerio y lograron en tierras de Alsacia gran número de conversiones. En verdad que la palabra de un resucitado debía ejercer influencia decisiva en los corazones de los oyentes, y muy obstinado había de ser quien resistiera a la poderosa elocuencia apoyada en milagro tan estupendo.

El radio de acción de nuestros misioneros iba extendiéndose cada vez más. Se hallaban a las puertas de Tréveris. La conquista para Jesucristo de esta gran urbe constituía sus más vivos anhelos. Era Tréveris en aquellos tiempos la primera ciudad de Germania; opulenta, poderosa, de gran renombre y, según expresión del mismo César, la más valerosa de todas. Tenía, como Roma, grandioso Capitolio, Senado, teatros y termas. Cien ídolos recibían culto público, y coronaban sus estatuas una de las colinas de Tréveris. Nada faltaba en ella de cuanto podía exigir entonces la grandeza de un pueblo.

Lástima que tal grandeza fuera sólo material.

Insuperables obstáculos tuvieron que vencer para la conquista espiritual de esta importante ciudad; los sacerdotes de los ídolos rugieron de ira al contemplar cómo el pueblo abandonaba a los dioses que a ellos les sustentaban, y pusieron en juego todas las artes diabólicas para desacreditar y echar de la ciudad a los misioneros.

Allí hubieran perecido apedreados nuestros Santos si el cielo no hubiese paralizado los brazos de la enfurecida plebe. No desmayaron sus ánimos por estos contratiempos; esperaban que la Divina Providencia les depararía un momento más propicio para dar rienda suelta a su apostólico celo.

Mientras tanto, Dios confirmaba con numerosos prodigios la santidad de sus siervos. San Eucario resucitó a la hija de Albana, noble matrona, viuda de un senador muy influyente. Tuvo el milagro enorme resonancia entre los paganos y contribuyó eficazmente a su conversión.

Albana recibió el bautismo, así como toda su familia, y fué en adelante su casa el oratorio y centro apostólico de reunión. Los paganos y bárbaros se convertían en masa ante la clarividencia de las pruebas en pro de la doctrina cristiana. Por tres días consecutivos sirvió un riachuelo que riega a Tréveris de bautisterio a innumerables neófitos.



LLENOS *de confianza en la virtud del báculo de San Pedro, los misioneros hacen abrir la sepultura de San Materno, que está enterrado desde hace cuarenta y cinco días, y ven admirados cómo al tocar con la reliquia su cuerpo el apóstol difunto torna a la vida y se reincorpora.*

A la muerte de San Eucario, acaecida veinticuatro años después de su consagración episcopal, sucedióle en aquella diócesis San Valerio. Por una piedad ardiente, ejemplarísima vida y la persuasión de su palabra, durante quince años de duros trabajos, logró extender la semilla cristiana por los alrededores de Tréveris de tal modo que, a su muerte —según afirma un antiguo cronista—, el número de cristianos era superior al de paganos.

Tal vez el entusiasmo del autor exagera algo la nota optimista. Dado el arraigo de las costumbres paganas y el halago de su doctrina, no es fácil se consiguieran en tan corto tiempo éxitos tan lisonjeros; sea como fuere, lo cierto es que a la muerte de San Valerio (80 ó 90), aun quedaba amplio campo de apostolado para el sucesor.

EPISCOPADO DE SAN MATERNO

ELEVADO a la dignidad episcopal, desplegó Materno sus alas al celo que ardía en su corazón y le impulsaba a regiones muy apartadas de su sede episcopal.

Entretenida Roma en la defensa del Rin, dejó por entonces en paz a los discípulos de Cristo de la Galia Bélgica y de Germania, los cuales pudieron vivir y desarrollarse sin graves contratiempos, entre pueblos que ansiaban sacudir el yugo romano. Peor suerte cupo a los del sur, donde sufrieron persecución dura y tenaz. Esta circunstancia fué aprovechada por Materno para llevar la buena semilla a las ciudades y pueblos enclavados entre los ríos Mosela y Rin.

En cada aglomeración, procuraba lograr de preferencia la conversión de los jefes, ya que, ganada la cabeza, fácilmente se atraen los demás miembros. Su caridad y amable trato conquistáronle en seguida los corazones.

Encaminóse otra vez a Alsacia, donde, según tradición respetable, fundó varios oratorios públicos. En el pueblecito de Ehl, cuna del cristianismo en esta región, fué donde el antiguo resucitado conquistó mayores triunfos para la causa de Cristo.

Estrasburgo, Worms y Maguncia fueron sucesivamente teatros de sus apostólicos trabajos. Conservóse muy vivo a través de los siglos, en estas cristianas ciudades, el recuerdo de las virtudes y milagros que obró a la faz de sus gloriosos antepasados.

Si damos crédito al cronista Bertio, en la ciudad de Bonn logró con su gran elocuencia apartar al pueblo del culto a Mercurio, que se hallaba a la sazón muy pujante en la ciudad. El mismo gobernador, que a la vez era centurión de las legiones romanas, fué ganado para Cristo por la santidad de su siervo, y con el consentimiento del nuevo e ilustre convertido, abrió

culto cristiano una iglesia que se ha conservado hasta nuestros días, y es hoy en importancia la segunda parroquia de dicha ciudad.

APÓSTOL DE COLONIA Y DE TONGRES

MATERNO soñaba también con ganar para Cristo la ciudad de Colonia. El acceso a ella era difícil para un cristiano. Delante de una de sus puertas, dedicada a la diosa Papia, se mantenía siempre encendido el fuego sagrado, y exigíase a todos los transeúntes la ofrenda del incienso en honor a la falsa divinidad. Materno, muy deseoso de entrar, permaneció durante diecisiete días a la expectativa, hasta que, por una feliz casualidad, pudo franquear los umbrales sin cumplir la imposición idolátrica. Una vez en la ciudad, entregóse con indomable entusiasmo a la predicación, sin que cediera nunca su ánimo frente a las dificultades; y si bien los comienzos fueron ásperos y poco halagüeños; pronto le compensó el Señor, pues los frutos de salvación logrados fueron opimos y abundantes.

A este episodio de la vida del santo obispo se refiere una antiquísima devoción: las plegarias solemnes que, durante diecisiete días consecutivos, —desde el 13 de septiembre hasta la fiesta de San Miguel—, aun en nuestros días, se hacen en las iglesias de Colonia, en honra de San Materno.

Evangelizó también «la floreciente y noble ciudad de Tongres» —son palabras del cronista—. Cupo a esta ciudad la singular gloria de haber sido la primera de la Galia Bélgica que levantó un templo en honor de la Virgen María.

Concurrían en Tongres tres vías romanas de importancia: una procedía de Colonia, otra de Nimega y la tercera costeaba la ribera selvática del Mosa y seguía la dirección de Bavai. Por esta última debió dirigir los pasos Materno en los comienzos del siglo II. Numerosos milagros confirmaron la verdad de su doctrina: ciegos que recobraban la vista, demonios obligados a salir de sus posesos, cinco hijos del gobernador de Ciney enterrados vivos entre los escombros de una casa que se desplomó, sacados sanos y salvos por el Santo, etc. A decir de su antiguo biógrafo, no había enfermedad corporal o espiritual que no experimentara alivio por la virtud milagrosa de Materno.

En todas partes edificó altares a Cristo y a la Virgen. Solamente en Tongres, enumera setenta el cronista Gil de Orval. Aun suponiendo algo de exageración piadosa en tal afirmación, no cabe dudar que Materno, obispo del inmenso territorio comprendido por la primera y segunda Germania, estableció en Tongres y en Colonia cristiandades sólidamente organizadas, dotadas de templos suficientes y de abnegados sacerdotes que conservaron y desarrollaron el fruto de sus trabajos en la numerosa y ferviente grey cristiana.

VIRTUDES DEL SANTO

HERÍGERO pondera el gran celo por la salvación de las almas, la humildad y sencillez de nuestro Santo. Según otro biógrafo, tres virtudes aquilataron su santísima vida con extraordinarios fulgores: la mansedumbre, la bondad y la austeridad; virtudes características del verdadero apóstol. Porque, ¿cómo lograría un misionero conmover los corazones sin perfumar su palabra y sus actos con el suave aroma de la mansedumbre? Éste es el único medio de atraerse las voluntades, el respeto y la veneración de sus semejantes. El apóstol se hace todo para todos; olvídase de sí mismo para concentrar sus energías y desvelos sólo en la gloria de Dios y en la salvación de las almas, y busca con preferencia las más desgraciadas y miserables.

Materno consolaba a los afligidos y socorría a los menesterosos cuidando de las necesidades del cuerpo, para así introducirse mejor en las almas.

Como todos los santos, fué benigno y compasivo con los demás y muy severo consigo mismo; imponíase duro régimen de privaciones y continuos ayunos; daba al sueño breves horas; velaba para orar y, apenas apuntaba la aurora, empezaba sus apostólicas correrías. Su gran celo quería abarcarlo todo, y multiplicábase para atender solícito a las iglesias de su predilección.

Refiérese haber concedido Dios a su siervo el favor que en otros tiempos otorgara a Habacuc, colmando sus anhelos de ver simultáneamente a sus amados fieles en ocasiones especialísimas de ser reclamada al mismo tiempo su presencia. Así, el día de la Resurrección del Señor pudo celebrar de pontifical a la vez en las iglesias de Tongres, Tréveris y Colonia.

No se juzgue imposible este hecho de la *bilocación,* pues, aunque extraordinario, se ha dado muchas veces en las vidas de los Santos, especialmente en los primeros siglos del Cristianismo, en que por la suma escasez de pastores era casi de absoluta necesidad, so pena de quedar privados numerosos fieles de los divinos misterios.

MUERTE DEL SANTO

A los cuarenta años de glorioso y fructífero pontificado, ejercido en el ocaso de la vida, llamó Dios a su siervo a bien ganada recompensa. Según un autor anónimo, entregó su alma en la ciudad de Colonia, siendo casi centenario. Cierta noche en que como de costumbre estaba en oración, sorprendióle el sueño y tuvo una visión celestial: Eucario y Valerio, compañeros suyos de apostolado, se le aparecieron con la frente orlada de

magnífica corona. «Dentro de tres días —le dijeron—, se acabará para ti el destierro y vendrás a gozar las delicias de la gloria eterna». Dicho esto, mostráronle la corona que le estaba reservada y remontáronse al cielo.

Entretanto una voz íntima confirmóle la verdad de esta visión y dió a su espíritu la dulce esperanza de su próxima partida. Fuera de esto, el agotamiento de sus fuerzas y la fiebre que le consumía desde algún tiempo, eran indicios claros de que el alma trataba de romper las ligaduras que la sujetaban al cuerpo. Reunió, pues, a sus amados discípulos, para expresarles su última voluntad, y pasó los días siguientes en santos coloquios como padre amante que prodiga sabios consejos con palabras iluminadas de eternidad.

Al tercer día, conforme se le dijera en la visión, después de recibir el santo Viático, exhaló plácidamente el último suspiro.

Disputáronse la posesión de sus venerandas reliquias las tres iglesias ya mencionadas. Según una poética leyenda, la Providencia se encargó de resolver el litigio. Fueron colocados los restos mortales del Santo en una embarcación que abandonaron a merced de la corriente de río, conviniendo en que correspondería a Colonia si la embarcación volvía nuevamente a dicha ciudad, a Tongres si proseguía la corriente hasta ella, y por fin a Tréveris si se dirigía hacia las fuentes del río.

Contra toda previsión humana y sin que mediara piloto alguno, la embarcación navegó contra corriente, en dirección a Tréveris. Los afortunados habitantes de esta ciudad, que ya poseían los restos mortales de San Valerio y de San Eucario, depositaron las santas reliquias junto a las de aquéllos.

De este modo los que habían vivido unidos en la caridad de Cristo y en comunidad de apostolado, descansaron en la paz del Señor en la misma morada, para volar juntos a la gloria con sus cuerpos ya glorificados el día de la resurrección de la carne.

SANTORAL

14. Exaltación de la Santa Cruz (véase en el tomo VII, «Festividades del Año Litúrgico», pág. 420). Santos **Materno,** *Eucario* y *Valerio,* **obispos de Tréveris;** Odilardo, amigo y consejero de Carlomagno y obispo de Nantes; *Cormac, obispo de Cashel y rey de Múnster, en Irlanda; Crescencio, niño mártir;* Austrulfo, abad de Fontenelle; Cereal, soldado, mártir en Roma Crescenciano, Víctor y General, mártires en África. Santas *Noitburga, virgen;* Rósula, mártir en África; Salustia, esposa de San Cereal, mártir. Beatas Columba, Materna y Periña, vírgenes y mártires. Conmemórase hoy la traslación del cuerpo de San Juan Crisóstomo a Constantinopla; imperaba entonces Teodosio II el Joven.



DÍA 15 DE SEPTIEMBRE

STA. CATALINA DE GENOVA

VIUDA Y HOSPITALARIA (1447-1510)

NACIÓ Catalina en Génova el año 1447. Su padre, Santiago Fieschi, era virrey de Nápoles. Esta preclara familia, fecunda en hombres ilustres, dió a la Iglesia dos papas, Inocencio IV y Adriano V; ocho o nueve cardenales y dos obispos; y a la patria muchos magistrados y aguerridos capitanes.

Los padres de Catalina, a fuer de fervientes católicos, la educaron en el santo temor de Dios. Correspondió la niña tan satisfactoriamente a sus deseos que, ya desde los ocho años, empezó a practicar las más rudas penitencias, aunque poniendo gran cuidado en ocultar sus rigores. Tenía por cama un mal jergón y servíale de almohada un duro leño; y esto, en su propia casa, donde tantas comodidades podía disfrutar. Siendo aún de pocos años, alcanzó un alto grado de oración. A los pies de un cuadro del Descendimiento, que presidía su alcoba, deshacíase en lágrimas cuando lo contemplaba.

A los doce años intensificó aún más su fervor y ya gozaba de los inefables ardores del amor divino, especialmente al meditar la Pasión del Salvador. Renunció enteramente a su propia voluntad y se consagró a las cosas espirituales con tan fervoroso ahinco que las terrenales le causaban hastío y

le parecían en todo desabridas. Queriendo darse más de lleno al Señor, anheló encarecidamente acogerse al abrigo del claustro. Mostraba preferencia por la contemplación, y así, sus ansias se dirigían al convento de Nuestra Señora de las Gracias, que seguía la Regla de San Agustín. Comunicó esta decisión a su director espiritual, y rogóle que procurara activar su ingreso en dicho monasterio, si lo juzgaba conveniente para su alma. Probó por algún tiempo el discreto sacerdote, la vocación de su hija espiritual y, al ver que su decisión era inquebrantable, elevó la oportuna súplica a la superiora del convento. Pero Catalina no tenía más que trece años, y la Regla no autorizaba la admisión a tan tierna edad. A pesar de que las monjas estaban bien informadas de los dones singulares con que Dios favorecía a la postulante, prefirieron renunciar a la posesión de tan preciado tesoro antes de quebrantar la Regla en punto tan explícito.

MATRIMONIO DE CATALINA

MUCHO contrarió a Catalina esta denegación; mas, sobreponiéndose enérgicamente a la primera depresión de ánimo, exclamó: «De Dios me viene esta prueba; a Él entrego mi persona para que me guíe por la senda que su infinita sabiduría juzgue más provechosa». Esta senda debía ser dolorosa en extremo. Ya a los dieciséis años, entró en la calle de la Amargura experimentando los primeros golpes de dolor, al perder a su amadísimo padre y quedar en su orfandad bajo la tutela de su hermano mayor.

Era a la sazón Génova teatro de sangrientas guerras fratricidas entre güelfos y gibelinos. El duque de Milán aprovechó este estado anárquico para apoderarse de la ciudad, con lo que renacieron la paz y la tranquilidad. Los enconos entre las familias rivales fueron calmándose. Las de Fieschi y las de Adorno hicieron las paces y, como prenda de reconciliación, concertaron el matrimonio de Julián Adorno con Catalina Fieschi. Acostumbrada a ver la mano divina en todos los acontecimientos humanos, fué al altar y contrajo la unión que sólo hubiera deseado contraer con el Divino Esposo (1463).

Quizá pueda sorprender tan ciega conformidad de voluntad a situaciones tan dispares; mas el iniciado en los estudios ascéticos y místicos, sabe muy bien que la absoluta conformidad a la voluntad divina es pauta segurísima de perfección cuando aquélla se conoce debidamente. Para Catalina fué base de gran santidad y fuente inagotable de mérito. En sus *Diálogos*, dice el Espíritu a la Humanidad: «Nunca consideres quién te llama ni para qué; jamás obres por propio gusto y somete en todo tu voluntad a la ajena». El matrimonio de Catalina no parece sino una aplicación de esta regla.

Julio Adorno era un joven agraciado, rico, de ilustre prosapia; pero a

estas bellas condiciones contraponía las de ser iracundo, voluptuoso y jugador empedernido. No es difícil comprender cuánto debió sufrir Catalina con tal marido. Despreciada a poco de casarse, recluyóse en su propia casa, dedicándose de día y de noche a la oración. Hieles más amargas le esperaban todavía. A este desamparo humano iba a añadirse el aparente abandono del Señor, durante cinco años. Por efecto de esta espantosa aflicción física y moral se redujeron a tal punto las energías de su organismo, que quedó desconocida. Alarmados los parientes al ver el triste y demacrado semblante de Catalina, acudieron a todos los medios humanos para disuadirla de su obstinado retraimiento, creyendo que las auras del mundo la vigorizarían.

Cedió por fin a tan premiosos ruegos, reanudó las relaciones sociales con las señoras de su categoría y usó con moderación de las diversiones y placeres que, aunque permitidos, hasta entonces había tenido tan alejados. Pero muy pronto notó Catalina que, lejos de saciar al corazón, estas pequeñas concesiones provocaban nuevo ardor abriendo en su alma un espantoso vacío.

Oprimido su corazón por tan horrible angustia, entró el día de San Benito del año 1474 en la iglesia erigida bajo su advocación, postróse en tierra y con súplica de quien pugna por salir de una situación desesperada, exclamó ahogada por amargo llanto: «Glorioso San Benito, rogad a Dios que me dé tres meses de enfermedad». Esta oración no fué oída, pero marcó definitivamente la ruptura violenta de las ataduras terrenales para elevarse en raudo vuelo a las regiones de la más alta espiritualidad.

VISITA DE JESÚS

PRESA de indecibles tormentos abrió su corazón a su hermana Limbania, religiosa en Nuestra Señora de Gracia, y por su consejo se dispuso con resolución a limpiar su alma de los defectos y faltas con una sincera y general confesión, y seguir siempre los consejos de su confesor.

«Apenas se puso de rodillas para empezar la confesión —dice el Padre Ribadeneira— cuando el Señor se dignó alumbrar su mente con un rayo tan claro y penetrante de su divina luz, y de encender en su corazón una llama tan ardiente de su divino amor, que vió en un momento y conoció con mucha claridad de una parte cuán grande sea la bondad de Dios que merece su infinito amor, y por otra cuán grande sea la bondad de Dios que merece tiene el pecado y cualquier ofensa de Dios, aun la que parece ligera y venial; a la vista de estas dos cosas sintió excitarse en su corazón una contrición viva de sus pecados, y un amor tan grande a Dios, que quedó como fuera de sí. Absorta en este amoroso éxtasis no sabía repetir más que esta exclamación: «¡Amor mío, nunca jamás ofenderte!»

Volvióse a casa, encerróse en su habitación, arrojó de sí con vehemente desdén los vanos adornos femeniles para no volver a mirarlos, y entre sollozos y suspiros no cesaba de exclamar: «Oh amor mío, ¿cómo es posible, Señor, que a mí, pecadora, me favorezcais de tal modo con vuestra bondad, y que en un instante me hayáis dado a conocer tantas cosas que a mi lengua le es imposible expresar?»

Diciendo estaba estas palabras cuando se le apareció el Señor cargado con la cruz, llagado de pies a cabeza y manando de sus heridas tanta sangre, que parecía inundar la habitación. «Mira, hija mía —le dijo el Señor—, la sangre que derramé en el Calvario por tu amor y como expiación de tus culpas». La vista de tal exceso de amor, provocó en su alma un odio inextinguible a las propias culpas. «Oh amor mío —exclamó—, no más pecar. Dispuesta estoy a confesar públicamente mis culpas, si así lo queréis».

Tres días después de esta aparición, hizo confesión general de sus pecados mientras derramaba copiosas lágrimas de arrepentimiento, después de lo cual sintió su alma totalmente trocada y ardiendo en deseos de unirse a Dios por medio de la Sagrada Comunión. Obtuvo el singular favor —grande de verdad en aquel tiempo— de comulgar todos los días. Este celestial manjar fué, durante veintitrés años, el único sostén de su cuerpo y, sobre todo, de su espíritu. Sólo bebía diariamente un vaso de agua mezclada con sal y vinagre para apagar el ardor que abrasaba su pecho, y que no era sino efecto del amor divino que la consumía. Tan extremado rigor, lejos de perjudicar su salud, la vigorizó notablemente.

VIDA AUSTERÍSIMA. — SUS «DIÁLOGOS»

POR testimonio de su confesor sabemos que nunca manchó su alma el pecado mortal; sin embargo, constantemente tenía sus faltas ante su vista, para llorarlas amargamente. Apartó de su lengua toda palabra inútil y, para castigar pretendidos abusos de su vida pasada, la frotaba en el suelo hasta sacar sangre. Redujo aún más las horas de sueño, y colocaba en su lecho zarzas y clavos para privarse del placer de un sueño tranquilo. Mas, como ella misma nos refiere, «la bondad de Dios torcía de tal forma sus propósitos, que era sueño más apacible que si durmiera sobre mullido colchón». Diariamente dedicaba a la oración, hecha de rodillas, de siete a ocho horas.

Mayor todavía fué su mortificación interna. Ella misma nos dice en sus escritos que las «maceraciones aplicadas al cuerpo son del todo ineficaces cuando no están acompañadas de abnegación y sacrificio personal». Llevando al terreno de la práctica esta sentencia ascética, analizó cuidadosamente



SANTA *Catalina de Génova asiste a los pobres en sus casas particulares y se ejercita en los servicios más repugnantes y fastidiosos, con gran edificación de toda la ciudad, admirada de ver a una dama de tan alta posición humillarse y servir de día y de noche por amor a Jesucristo.*

las manifestaciones de su propia voluntad, para acometer las luchas con valor y decisión, y pronto logró tal dominio sobre sí, que automáticamente refrenaba todo deseo que no se dirigiera a Dios.

Un alma de piedad común no puede sentir arranques por los que se crea capaz de imponerse un ideal de perfección tan contrario a las exigencias de la naturaleza. Ciertamente, no es dado a todos encauzarse por tal vía; y sería notoria imprudencia darse a tan noble empresa sin oír el llamamiento interior y sin el previo consejo de un director experimentado y prudente. Aclaremos brevemente este punto trascendental: A Catalina, como a todos los santos y como a todos los cristianos de honda vida interior, se ofrece el difícil problema de la valoración de los bienes naturales en orden a la salvación. ¿Pueden ser medios para elevarnos a Dios o por el contrario son obstáculos que hemos de soslayar o vencer en la marcha hacia la unión con Él?

Muchas veces se da una solución que responde al temperamento propio, a la simpatía y hasta al propio egoísmo. Muchos adoptan, como aspiración más ideal en este mundo, una solución ecléctica que quisiera armonizar ambos extremos; es decir, un punto medio en la piedad. La que abraza Catalina no es de términos medios. Franca y resueltamente va en dirección a Dios, hollando todo lo humano; sin ruindades ni atemperaciones; rechazando todo lo que no sea de Dios o para Dios, y llegando hasta el sacrificio total del egoísmo, aun del que se disfraza con cierto matiz espiritual.

En los *Diálogos* que escribió por consejo de su director espiritual, y que son reflejo exacto de su vida íntima, muestra, con gran sencillez y verdad, las etapas de la vida purgativa y el ascenso a la cumbre de la perfección. La Santa pone en escena al Alma, al Cuerpo y al Amor propio, y escribe:

—¡Oh alma!, para que puedas servirte del cuerpo es necesario que atiendas a sus necesidades; de otro modo, morirás. En cambio, si fueres generosa con él, también él te dejará tranquila...

Responde el Alma a sus dos compañeros:

—Muy contrariada y afligida estoy de verme en la precisión de condescender con vosotros en tantas cosas y temo, al daros satisfacción en lo que pedís so pretexto de necesidad, compartir yo vuestros placeres; pues bien sé que, al saborear los bienes terrenales, piérdese el gusto de los espirituales...

Arremete nuevamente el cuerpo con razones de justicia carnal.

—...Ya comprenderás, oh alma mía, que Dios no hubiera creado las cosas, si perjudicasen al alma. Yo tengo exigencias que satisfacer, necesito vestirme, comer, dormir y hasta expansionarme un tanto, para que así atienda mejor a lo que es de tu incumbencia.

No son nuevos estos argumentos de la carne; la humanidad entera oye sus argucias en todos los tiempos, y marcan bien los pasos de la caída que con tan sublime encanto nos describe la Santa. Finalmente, dice que «¡no

quedaba al alma sino *un leve remordimiento* del que hacía poco caso!» Después de ponderar en su justo valor las proposiciones del cuerpo, replica el alma con decisión:

—Ahora me propongo obrar contigo como con enemigo mortal... Sólo te otorgaré lo estrictamente necesario.

»Más tarde tendrás todo lo que apeteces; te daré una felicidad para ti insospechada. Déjame hacer lo que quiero; así hallarás tú también la verdadera dicha, dicha tan grande que, ya te digo, ni soñarla puedes.

La decisión es dura, pero las consecuencias que se siguen son altamente beneficiosas. Hasta este mundo viene a ser un anticipo del cielo.

CON LOS ENFERMOS. — CONVERSIÓN DE SU MARIDO

EXISTÍA por entonces en Génova una Sociedad llamada de la Misericordia, compuesta por los más distinguidos caballeros y por ocho damas escogidas entre lo más noble y rico de la ciudad. Esta Sociedad cuidaba de atender a las necesidades de los pobres y a la administración de las limosnas que se recogían para tal fin. Ingresó Catalina en la caritativa asociación e inmediatamente empezó a ejercer su ministerio.

Mostraba preferencia por los leprosos o llagados de úlceras gangrenosas, procurábales habitaciones sanas, camas, ropa blanca, alimentos, medicinas; en una palabra, todo lo necesario; y quedaba en sus casas para asistirlos y desempeñar los humildes oficios de criada y enfermera.

Mucho hubo de luchar para alcanzar aquel grado heroico de caridad, pues sentía horror instintivo a todas esas hediondas calamidades. Revolvíasele el estómago a la vista de una úlcera purulenta, pero contestaba a esa protesta de la naturaleza aplicando sus labios a las llagas. La repetición de estos actos heroicos le dió completo triunfo sobre sus nativas repugnancias.

Habíase propuesto tres reglas principales de perfección. La primera: «No decir nunca: *Quiero* o *No quiero,* ni *tuyo* ni *mío;* sino solamente: *Haz esto, no hagas eso, «nuestro libro, nuestro hábito...»* La segunda: «No excusar sus faltas y estar siempre dispuesta a acusarse». La tercera: «Tomar por norma de toda su vida esta petición del Padrenuestro: *Hágase tu voluntad*».

Entretanto, su esposo, Julián Adorno, seguía llevando vida de desorden y despilfarro, por lo que el desenfreno de sus malos hábitos le trajo pronto la ruina de su salud; mas, por la misericordia de Dios y las oraciones y paciencia de su esposa, dió paso atrás en el mal camino, logró acabar con sus extravíos, pidió perdón de la reprobable conducta anterior, compartió las obras de caridad de Catalina e ingresó en la Orden Tercera de San Francisco.

Sin embargo, no basta muchas veces un generoso acto de voluntad para

romper de golpe con tantos lazos como aprisionan la naturaleza del vicioso. Hacia fines del año 1497 le acometió una grave enfermedad, a la que los médicos no pudieron hallar remedio. Los arrebatos de ira se recrudecieron con inusitada violencia.

En todo este tiempo Catalina no se apartaba del lecho de su esposo; prodigábale amorosa los más solícitos cuidados, y procuraba calmar su irritabilidad con el bálsamo de sus oraciones, mansedumbre y dulzura; mas nada ponía remedio a aquella exasperación. Inquieta Catalina de que pudiera llegar el temido desenlace en ese triste estado, retiróse a su habitación y, postrada de hinojos, con férvida súplica, pidió a Dios que no se perdiera aquella alma. «¡Señor, tuya es —le dijo—; no consientas que se pierda; concédemela! ¡Tú lo puedes hacer!» Al volver a la alcoba del enfermo, lo halló perfectamente tranquilo y resignado. Julián oyó con gran conformidad las recomendaciones de su esposa y expiró plácidamente entre sus brazos.

De este modo compensaba Dios nuestro Señor a su fidelísima sierva.

CATALINA, GERENTE DEL HOSPITAL. — SANTA MUERTE

AL volver del entierro de su marido, había solicitado ya la dirección de los enfermos. Ocioso será decir que cumplió su cometido con admirable celo y con edificación de cuantos la habían conocido. Entre los actos heroicos realizados por la Santa refiérennos sus contemporáneos el siguiente: Había en el hospital cierta enferma, terciaria franciscana, aquejada de pestilente fiebre. Visitábala Catalina con frecuencia y la animaba a invocar el nombre de Jesús. Imposible era a la enferma el más leve sonido, pero por la expresión de su mirada y el movimiento de sus labios, mostraba claramente que su alma estaba encendida de amor divino, y que pugnaba por brotar de sus labios el nombre de Jesús. «Entonces —dice uno de sus biógrafos—, no pudiendo contenerse Catalina, arrebatada, besó los labios de la moribunda para recoger en los suyos el adorable nombre de su Amado; pero al mismo tiempo tomó el virus de la peste, que la redujo al último grado de extenuación». Contra toda esperanza, por un verdadero milagro, recobró la salud y pudo seguir aún en sus caritativas funciones.

Como el Rey Profeta y el Pobrecito de Asís, Catalina invitaba a la nanaturaleza toda a alabar al Señor. Al contemplar la floresta amena de su hermoso jardín, decía a las florecillas: «Amiguitas mías, amad al Señor y bendecidle a vuestro modo».

El fuego del divino amor la consumía hasta hacerla perder el habla. En medio de esos arrobamientos se le oía decir a veces, como en secreto: «Basta, Señor, mi alma se escapa, veo que me deshago».

Particularmente al hablar del Purgatorio su rostro parecíase a un serafín. Su director espiritual la obligó a describir algunos de esos sublimes sentimientos, y, debido a esa piadosa imposición, poseemos el hermoso *Tratado del Purgatorio* y sus *Diálogos*.

Los diez últimos años fueron un continuado martirio. Tomaba las medicinas que prescribían los facultativos, pero era para mayor tormento. Tan terrible debía ser el efecto, que alguna vez se le oyó decir que al ingerirlas le parecía «como si la colocaran entre las ruedas de un molino y la trituraran alma y cuerpo». Los únicos consuelos que experimentaba eran los espirituales y los que la Divina Bondad le enviaba por medio de sus ángeles.

El 25 de octubre de 1510, después de un largo desvanecimiento, suplicó abrieran la ventana para contemplar el cielo y cantó el *Veni Creátor Spíritus*, después de lo cual quedó en un arrobamiento estático que le duró más de hora y media. «¡Vamos! —decía—. ¡No más tierra!»

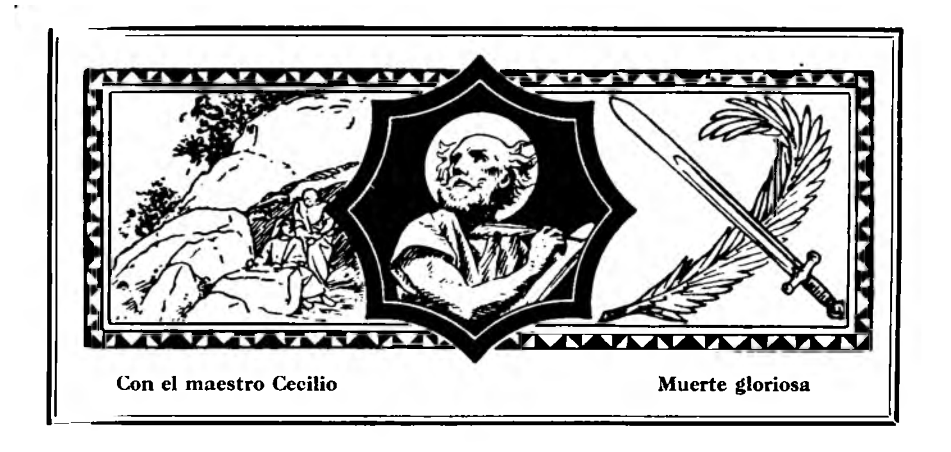
El 14 de septiembre pareció que se reanimaba, mas no era sino la alegría de la partida que se dibujaba en su rostro. Se le preguntó si deseaba recibir a Jesús en la comunión y señaló con su dedo el cielo, como diciendo que allí lo recibiría para no dejarlo jamás. Tomó su semblante incomparable expresión de hermosura y con voz llena de celestial suavidad pronunció las últimas palabras de Nuestro Señor en la Cruz: «Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu», y, diciendo esto, entregó su alma a Dios.

Dieciocho meses después de su muerte fué colocada entre los Beatos por el papa Julio II. La canonización se decretó el 30 de abril de 1737 por el papa Clemente XII y la solemnidad se fijó para el 16 de junio siguiente.

Su fiesta se vino celebrando el 22 de marzo, hasta que en 1922 se trasladó al 15 de septiembre.

SANTORAL

Los Siete Dolores de la Santísima Virgen. Santos *Nicomedes, presbítero y mártir;* Albino, obispo de Lyón; Leobino o Lubino, obispo de Chartres; Apro, abogado y, después —según algunos autores—, obispo; *Emilas* o *Emiliano y Jeremías, mártires en Córdoba;* Porfirio, cómico y mártir, cuya conversión y tormento, similares a los de San Ginés —25 de agosto—, sucedieron en Andrinópolis bajo Juliano el Apóstata; Aicardo y Riberto, abades; Juan de Dwarb, llamado «El enano», solitario en los desiertos de Escitia Nicetas, godo, martirizado por el rey Atanarico; Valeriano, mártir en Chalons; Máximo, Teodoro y Asclepiodoto, mártires en Andrinópolis en los primeros años del siglo IV Santas **Catalina de Génova** y Eutropia, viudas; *Edita* y Apronia, vírgenes; Melitina, mártir en Tracia, cuando imperaba Antonino Pío.



Con el maestro Cecilio — Muerte gloriosa

DÍA 16 DE SEPTIEMBRE

SAN CIPRIANO

OBISPO DE CARTAGO Y MÁRTIR (210?-258)

SAN Cipriano es una de las figuras más excelsas de la floreciente Iglesia africana del siglo II de nuestra era. Siendo aún pagano, enseñó retórica. Fué de temperamento fogoso y entero, por lo que tendía a cierta intransigencia en la propagación de sus ideas. En el ardor de la lucha contra el cismático Novaciano y en las discusiones doctrinales con el Pontífice de Roma, arrastrado por su natural impetuoso, rozó un tanto los límites de la pura ortodoxia, pero la aureola del martirio que coronó su activísima carrera es prueba elocuente de la rectitud de intención que en todo le guió y de su sincera voluntad de permanecer siempre fiel a Jesús y a la doctrina de su santa Iglesia.

Así nos lo dice en forma delicadísima y bajo los velos de la metáfora el gran doctor de la gracia San Agustín, africano como él e ilustre lumbrera de la Iglesia universal.

Si alguna nube se levantó en el hermoso cielo de su alma, fué disipada por el glorioso resplandor de su sangre derramada por Cristo, pues los que poseen mayor caridad pueden tener, no obstante, algún retoño silvestre que el divino Jardinero arrancará tarde o temprano.

CONVERSIÓN DE CIPRIANO

NACIÓ Cipriano en Cartago (África) por los años 200 a 210, de familia ilustre. Tascio Cipriano —el futuro Santo— distinguióse especialmente en las letras y sentó cátedra de elocuencia ya desde joven. Rico e instruído, y de gusto depurado y fino, pronto aborreció las doctrinas y prácticas paganas, ya que, lejos de satisfacer las nobles ansias de su alma, le abrían un vacío inmenso. En este estado, buscó un amigo en quien desahogarse; tuvo la buena fortuna de hallarlo inmejorable en la persona del sacerdote Cecilio, quien supo pintar tan magistralmente las excelencias de la religión de Cristo, que ganó para él su nobilísimo corazón.

Sumido en las lobregueces de una noche oscura —nos dice él mismo— y a merced del borrascoso mar del mundo, vagaba a la deriva sin saber cómo orientar la nave de mi existencia; la luz de la verdad aun no había iluminado mis ojos. La bondad divina me decía que, para salvarme, debía renacer a nueva vida por las aguas santificadoras del bautismo; y que en ellas, sin cambiar de cuerpo, mi espíritu y corazón habían de purificarse. ¡Misterio insondable para mí, y espantoso dique que detenía la apacible corriente de mis halagadores vicios! Habituado a los refinados placeres de la mesa, ¿cómo podría ahora abrazarme a una severa austeridad? Hecho al lujo y ostentación en el vestir y a ver brillar el oro y la majestad de la púrpura en todas partes, ¿cómo deshechar la fastuosidad de la vida, para cubrirme con vestidos humildes y sencillos? ¿Acaso puede el magistrado resignarse a la oscuridad, habiéndose visto siempre rodeado del honor, de fasces y lictores?

Lo que el hombre no puede, lo puede la gracia de Dios. A un pagano ese cambio le parecerá locura; mas, considerado a la luz de la verdad cristiana, será lo más noble, lo más recto y lo más cuerdo.

Cecilio le presentaba el admirable ejemplo de tantas vírgenes, viudas y varones de toda edad y condición, que Cristo ha trocado por entero en verdaderos santos. Cipriano oyó admirado su elocuente relato y vió cómo desaparecían sus dudas cual se esfuma la niebla herida por los rayos del sol. Maduro examen precedió a su firme resolución; mas, una vez emprendida la marcha, no retrocedió jamás. Vendió sus bienes, puso el producto a disposición de la comunidad cristiana, según los principios de asistencia colectiva de los primeros tiempos de la Iglesia; hizo voto de continencia perpetua, y se dió a Jesucristo sin reservas de ninguna especie. Dice San Jerónimo —uno de sus biógrafos, refiriéndose a nuestro Santo— que «no es corriente cosechar tan pronto como se ha sembrado... pero en Cipriano todo corre veloz hacia la plena madurez. La espiga precedió a la siembra...»

Recibió el bautismo, para el que estaba bien preparado, en el año 245 o 246, y quiso que fuera para él, según enérgica expresión suya, «muerte de los vicios y resurgimiento de las virtudes». Desde este instante puso al servicio del Cristianismo su privilegiado talento y su inagotable entusiasmo. Alimentó su espíritu con el estudio y la meditación de la Sagrada Escritura y de los escritores eclesiásticos, singularmente de Tertuliano, su compatriota. «Traedme al Maestro» —decía más tarde, hablando de los libros de éste. No es de admirar esa identificación con el gran apologista cristiano, pues eran muy afines su psicología, dotes intelectuales, temperamento y carácter.

En esta época compuso su *Tratado de la vanidad de los idolos* y el *Libro de los testimonios,* en el cual prueba que la ley judaica terminó su misión con la venida del Salvador al mundo.

OBISPO DE CARTAGO. — LOS «LAPSI»

SIENDO neófito, fué elevado Cipriano al sacerdocio en atención a su gran saber y virtud. No había transcurrido un año desde su conversión cuando, sobreviniendo la muerte de Donato, obispo de la ciudad, el voto unánime de clero y pueblo lo llevó a ocupar la silla vacante. Mucho se resistió su humildad, mas hubo de acceder ante el clamor general.

Gozaba entonces la Iglesia africana de no acostumbrada tranquilidad, circunstancia que aprovechó el celoso pastor para reavivar la disciplina eclesiástica, un tanto relajada. Mas, como no bastaran sus exhortaciones para sacar a los cristianos del triste estado de abandono y relajación de costumbres —parcial efecto de la paz y bienestar que por largo tiempo disfrutaron—. Dios los sacudió terriblemente con el azote de la persecución (250), siendo el cruel Decio el instrumento de su venganza.

Llevaba un año de gobierno en su diócesis cuando estalló la deshecha tempestad. Creyendo ser más útil a su pueblo, y aconsejado por los que le rodeaban, huyó de la furia de sus enemigos, y refugióse en un lugar seguro, no lejos de Cartago, mientras el alborotado oleaje del populacho reclamaba a gritos que Cipriano fuera presa de los leones.

Desde aquel retiro mantúvose en comunicación constante con sus fieles y sobre todo con el clero que había podido quedarse con ellos, invitando a la penitencia a quienes habían claudicado, alentando a los débiles y enviando palabras de consuelo a los que yacían en las mazmorras de la prisión.

Mucho tuvo que sufrir también Cipriano de sus enemigos personales, cuya rebeldía se manifestó ya desde su elevación a la silla episcopal y que ahora arreció notablemente con la defección de los apóstatas que como vil escoria dejó tras sí la hoguera de la persecución. Respecto a los últimos *lapsi,*

Cipriano decidió ser exigente con aquellos que, a la primera insinuación, habían corrido a ofrecer el sacrificio impío, pero menos severo con quienes habían claudicado después de una larga resistencia, e indulgente con los que, sin sacrificar, habían obtenido un certificado de sacrificio; atenuaba asimismo las penas en caso de peligro de muerte y absolvía a los que, teniendo posteriormente ocasión de sufrir por Cristo, lo hicieron con valor. Tuvo que combatir, asimismo, el pretendido derecho de algunos vanidosos cristianos que, habiendo salido victoriosos de la prueba, se creían con facultad de expedir certificados de rehabilitación a los apóstatas.

Las decisiones de San Cipriano, aunque prudentes y moderadas, suscitaron larga controversia y sus ecos llegaron hasta Roma, en el pontificado de San Cornelio. Un Concilio, reunido en aquella capital, condenó el rigorismo de Novaciano, jefe de la secta y aliado de los enemigos de Cipriano.

Saciada ya de sangre la fiera de la persecución, volvió Cipriano a su iglesia y recogió las ovejas descarriadas y amedrentadas. Señalóse su gobierno por la prudencia, firmeza y paternal amor con que procuró atraer a la verdadera fe a los que andaban apartados del redil.

REDENTOR DE CAUTIVOS. — LOS REBAUTIZADOS

POR entonces, los bárbaros irrumpieron con ímpetu en las fronteras más débiles del Imperio; varias ciudades de Numidia fueron saqueadas y numerosos cristianos cayeron prisioneros de los invasores. En este trance, dirigiéronse ocho obispos a Cipriano solicitando socorros para la redención de los cautivos. Vivamente impresionado por los relatos de los martirios que sufrían, Cipriano habló amorosamente de ello a sus fieles y logró con su elocuencia cuantiosas limosnas con las que pudo atender plenamente la súplica de sus colegas en el episcopado.

Por la misma época suscitóse entre el papa San Esteban y Cipriano la delicada controversia de los *rebautizados*. Sin duda alguna para protestar contra el proceder de Novaciano que exigía el bautismo a los católicos que pasaban a su secta, Cipriano imponía lo propio a los extraviados que volvían a la verdadera fe, por creer que el bautismo de los herejes era nulo. En el mismo error habían incurrido algunos obispos africanos.

Tal cuestión era no sólo disciplinaria como pensaba Cipriano, sino dogmática; pero a buen seguro que sus adherentes no alcanzaron a ver toda la amplitud e importancia que en este aspecto tenía.

Algún indicio de esta equivocada doctrina se hallaba ya en germen en el famoso tratado *De la Unidad de la Iglesia* (251), debido a la pluma de Cipriano, y escrito con estilo vigoroso y vehemente, como obra de polémica



LLEGADO *al lugar del suplicio, San Cipriano se quita el manteo y la dalmática, manda dar veinticinco piezas de oro al verdugo, se tapa los ojos con un pañuelo y, de rodillas, recibe el golpe fatal. Los fieles, conmovidos, recogen con lienzos que traen preparados la sangre santa y veneranda.*

viva contra el hereje Novaciano. Asestaba rudos golpes al adversario; pero en el empeño de reducirlo, extremó el alcance de ciertos argumentos, sin caer en la cuenta de que con ello dañaba a la caridad.

En 255 y 256 congregó dos Sínodos o Concilios en los que se resolvió mantenerse en las decisiones anteriores sobre los *rebautizados*. Las conclusiones fueron rechazadas por el Papa en los siguientes términos:

—Si alguno viene a vosotros de la herejía, no debéis innovar nada contrario a la tradición; solamente le impondréis las manos para la penitencia.

La decisión del Romano Pontífice era clara, terminante e inapelable. Debía cerrar ya toda discusión; mas Cipriano, demasiado aferrado a su propio parecer, no cedió, y en un nuevo Concilio (257) se ratificó en sus anteriores ideas, lo que obligó al papa Esteban I a lanzar la amenaza de excomunión sobre él y los obispos que le seguían en el punto debatido. La controversia siguió en el mismo estado de tirantez hasta el sucesor del papa Esteban, Sixto II, «hombre bondadoso y pacífico», según expresión de los mismos obispos africanos. Una mayor comprensión por parte de éstos y menos rigor, no en la doctrina, sino en los procedimientos, por parte del Romano Pontífice, logró establecer la armonía entre las partes litigantes.

ARRESTO DE CIPRIANO. — SU DESTIERRO

NUEVAS pruebas amargaron el corazón del buen pastor. El emperador Valeriano, que al principio de su gobierno se había mostrado «blando y bueno con los siervos de Dios», no tardó en seguir las huellas sangrientas de sus predecesores. Movido tal vez por la codicia de las fabulosas riquezas que erróneamente atribuía la voz pública a los cristianos, ordenó nueva y cruel persecución. En este doloroso trance todas las miradas se dirigieron a nuestro Santo. Fortunato, en nombre de los obispos, solicitó un plan de conducta para la lucha que acababa de desatarse. Desde el destierro de Curubis, escribió Cipriano, en respuesta, el opúsculo sublime *De la Exhortación al Martirio* (septiembre 257). Es una compilación de sentencias de la Sagrada Escritura, distribuída en doce capítulos. Sólo agregaba algún breve comentario, dejando amplio margen a las iniciativas de Fortunato y demás obispos, para una explicación adecuada a las necesidades de cada comunidad de fieles.

«He enviado —dice ingeniosamente— lana purpurada con la sangre del Cordero que nos ha salvado y vivificado; a vosotros os toca ahora tejer la túnica apropiada a vuestras necesidades.»

Los cristianos de África estaban bien dispuestos para la lucha entablada. Cipriano no sólo los confortó de palabra, sino que les enseñó con el ejemplo.

El 30 de octubre del año 257 fué llamado por Paterno, procónsul de África a cuya autoridad molestaba la fama y crédito del Santo.

Los augustos emperadores Valeriano y Galieno —dijo el procónsul— se han dignado dirigirme una carta en la que me ordenan exija la práctica de las ceremonias del culto a nuestros dioses.

Yo soy cristiano y obispo —contestó el Santo—. A Dios servimos nosotros, y a Él dirigimos nuestras plegarias día y noche por todos nuestros hermanos, por nuestros enemigos, y especialmente, por los emperadores.

—¿Persistes en tu resolución?

—Resolución inspirada por Dios no puede variarse.

Disponte, pues, para ir al destierro de Curubis.

Allá iré —respondió el Santo.

—Las órdenes recibidas son no sólo para ti, sino para los colaboradores tuyos en esta ciudad; ¿quiénes son ellos?

—Como vuestras leyes proscriben la delación, me niego a responder.

—No me importa; yo los sabré buscar. Los emperadores —añadió el procónsul— han prohibido toda reunión, incluso en vuestros cementerios. Cualquier resistencia a esta soberana disposición será castigada con la muerte.

La antigua Curubis —actualmente Kurba—, lugar del destierro, estaba situada en la costa, cerca del cabo Bon; aunque es lugar apartado y solitario, no deja de ser ameno y de apacible estancia. En atención a los méritos y al renombre de que gozaba Cipriano aun entre los mismos paganos, concediéronle autorización para que pudiera entrevistarse con el clero y fieles de su diócesis. En Curubis, como en Cartago, Cipriano fué el alma de su pueblo, que le honraba como a padre, ora promoviendo el celo de unos, ora dando normas a su clero, o exhortando a todos a permanecer fieles a Cristo. Al saber como sacerdotes y obispos venerables habían sido sepultados en las minas, en donde morían en agonía lenta y espantosa, les dirigió profundamente conmovido una alocución, en la que les decía:

«No me admira que los vasos de oro y plata hayan sido enviados donde esos metales se guardan; por lo visto las minas han cambiado de condición y en vez de darnos metales preciosos, han determinado ahora recibirlos. Vuestros pies están encadenados; vuestros cuerpos, templos del Espíritu Santo, están sujetos por serviles ataduras; pero dan a vuestro espíritu más libertad para volar al cielo. ¿Acaso el contacto del hierro ha enmohecido vuestro oro? ¡Lejos del cristiano las cadenas que deshonran! Con las vuestras formaréis la corona de vuestra victoria. ¡Oh pies gloriosamente atados!, el Señor los desatará. Pies encadenados ahora, para quedar libres por toda la eternidad; pies que ahora no pueden andar, pero que pronto emprenderán la gloriosa carrera hacia el Redentor. Desnuda tierra recibe vuestros cuerpos molidos por el trabajo y el dolor; pero, ¡qué descanso será recostaros con

Cristo en la gloria! No abunda el pan, es cierto; pero el hombre no vive sólo de pan, sino también de la palabra de Dios. Carecéis de vestidos para protegeros del frío que os hiela; pero uno se halla bastante cubierto y ricamente engalanado cuando está revestido de Cristo. Han colocado la ignominia sobre vuestra cabeza medio afeitada; pero, puesto que Cristo es la cabeza del hombre, cualquiera que sea ese ultraje, todo sienta bien en una cabeza ennoblecida por la confesión del nombre cristiano... Pedid —añadía al fin de su hermosa carta—, pedid al Señor que me lleve también hacia Él, que me saque de las tinieblas de este mundo para que nuestros corazones unidos por los lazos de la caridad y de la paz, después de haber luchado de consuno, se regocijen juntos en el cielo.»

DESPEDIDA A SUS FIELES. — EL MARTIRIO

PODRÍA creerse que el día de su martirio estaba aún lejos, ya que por entonces estaba en lugar seguro, y poco después le fué concedida una garantía mayor, al ser trasladado a un carmen situado cerca de Cartago. Desde este nuevo asilo siguió atendiendo a los asuntos de su ministerio y dando a los pobres los pocos bienes que aún le quedaban.

Circulaban con insistencia rumores alarmantes sobre la marcha de la persecución; tanto en Roma como en otras partes del inmenso Imperio, se aseguraba que las víctimas se contaban por millares. Inquieto por tales augurios, Cipriano envió una embajada a Roma para enterarse de la exactitud o falsedad de dichos rumores. Los informes que trajeron los emisarios fueron por demás desconsoladores. Un edicto de Valeriano ordenaba «dar muerte inmediata a los obispos, sacerdotes y diáconos». Trescientos cristianos —la célebre *Masa cándida*— perecieron en Útica en una sola noche, unos al filo de la espada y otros sepultados en una fosa de cal viva.

Ante estas terribles noticias, muchos cristianos recomendaron a su santo Pastor que huyera de las furias de sus perseguidores. «De ningún modo —dijo Cipriano—; quiero dar mi vida por Cristo. Ha llegado para mí el momento de pensar antes en la inmortalidad que en la muerte». Sin embargo, obligado por sus amigos, al saber que el procónsul le buscaba, se escondió en la misma ciudad de Cartago. Acaecía esto a principios de septiembre del año 258. En su ocultamiento preparábase al martirio. Al saber que persistentemente se le perseguía y que los esbirros policíacos habían dado con su morada, nuevamente le apremiaban los amigos para que huyese, pero obedeciendo a un fuerte impulso que le llevaba a morir por Cristo, desoyó los ruegos, juzgando que a la prudencia humana se le había ya concedido lo que en justicia reclamaba.

Salió decidido a los jardines y dos oficiales del procónsul asieron al Santo, el cual, gozoso y con risueño semblante, subió al coche que le debía conducir al campo de Sixto, donde el procónsul, entonces convaleciente, tenía una quinta de recreo. Este magistrado, impuesto de la captura del Santo, fijó el juicio para el siguiente día y ordenó que fuera llevado al barrio de Saturno.

La relación del martirio dice que el «pueblo de Dios» pasó toda la noche en vela mientras duró la pasión del santo mártir. Al día siguiente inmensa multitud de fieles le rodeó en el momento de ser llevado al pretorio.

Llega el procónsul y le dice:

«—¿Eres tú Cipriano?

—Sí.

—Los santísimos emperadores han ordenado que sacrifiques.

—No lo haré.

—Reflexiona.

—Haz tú lo que se te ha ordenado —contestó el santo mártir».

El procónsul, consultado su consejo, condenóle a ser decapitado.

La multitud siguió hasta la llanura de Sixto. Habiendo llegado Cipriano al lugar de la ejecución se desprendió de su manto, y púsose en oración con el rostro en tierra. Luego se quitó la vestidura, que era una túnica a la usanza dálmata, y se la entregó a los diáconos. Vestido de una túnica de lino, esperó al verdugo. A su llegada, ordenó el obispo que entregasen veinticinco piezas de oro a aquel infeliz. Durante estos preparativos, los fieles extendían lienzos y toallas alrededor del mártir para recoger su sangre.

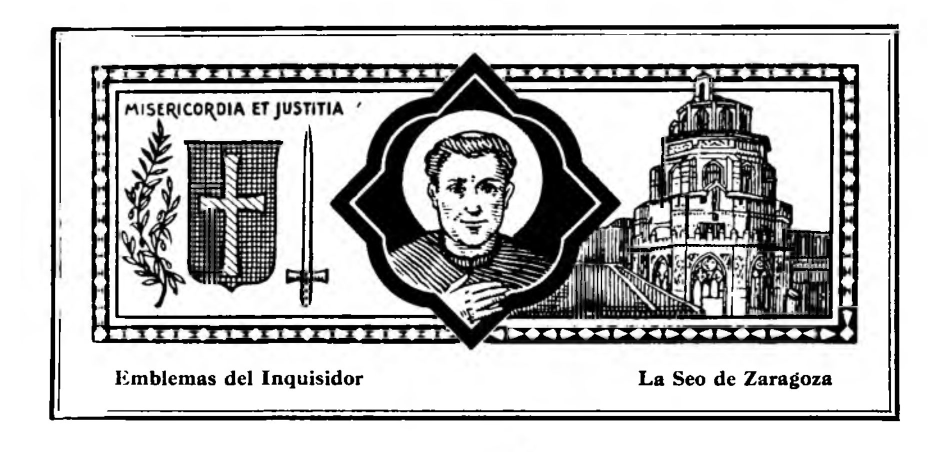
Cipriano se vendó por sí mismo los ojos; el presbítero Julián y un subdiácono le ataron las manos; en esta actitud recibió la muerte.

Por la tarde, fueron en procesión a recoger el cuerpo del santo mártir para colocarlo en el mausoleo del procurador Macrobio Cándido.

El Sacramentario Gregoriano fijó su fiesta el día 16 de septiembre.

SANTORAL

Santos *Cornelio, papa y mártir;* Cipriano, obispo y mártir; Niniano, príncipe bretón y obispo; Martín, abad cisterciense y obispo de Sigüenza; *Rogelio y Servodeo, mártires;* Abundio, presbítero; Abundancio, Marciano, Juan y Geminiano, mártires en Roma. Beatos Juan Macías y Juan Mariar, confesores. Santas Dulcísima, *Eufemia de Calcedonia* y Eumelia —hermana de Santa Librada (18 de enero)—, vírgenes y mártires; Sebastiana, convertida a la fe por el apóstol San Pablo y mártir en Heraclea; Lucía, viuda, mártir en Roma; Rosvinda, virgen, venerada en Alsacia; Eugenia, Gundelinda y Eimbilda, abadesas en Alemania; Ludmila, duquesa de Bohemia, mártir.



Emblemas del Inquisidor — La Seo de Zaragoza

DÍA 17 DE SEPTIEMBRE

SAN PEDRO DE ARBUES

CANÓNIGO REGULAR, MÁRTIR (1441-1485)

LA catolicidad de España, realidad histórica y actual que el mundo paganizante lleva clavada en su costado, ha sido origen de campañas violentísimas por parte del infierno y con la complicidad de cuantos riñen las batallas del vicio y del error. Gracias a Dios, nunca nos ha faltado la prueba, yunque de la fe, crisol de virtudes y garantía para la unidad religiosa y nacional.

Una de las más poderosas máquinas alzadas por el mal frente a nosotros, ha sido la llamada «leyenda negra», fábula imponente con la que han querido aislarnos ante la conciencia universal; cúmulo de mentiras mal disimulado bajo la capa superficial de unos cuantos hechos que constituyen la excepción de nuestra incomparable Historia; sofisma monstruoso incapaz de resistir los embates de una lógica elemental.

El más firme de los asideros con que han contado, hasta hace poco, nuestros impugnadores, ha sido la Inquisición, tribunal sobre cuyo tablado levantó la calumnia un monumento de falsedades para servicio de traidores y eruditos a la violeta.

Modernamente han sido muchos los investigadores concienzudos, de todos

los campos nacionales y aun del sector extranjero no católico, salidos a la palestra para desempolvar la verdad histórica y dar al traste con tanto infundio y mala fe. Y, al profundizar en las razones que la inspiraron y en las consecuencias derivadas de su actuación, han descubierto, algunos con no pequeño asombro, lo que para nosotros fué siempre meridiana claridad: la Inquisición Española, tribunal eminentemente popular, indiscutiblemente beneficioso, era absolutamente indispensable para mantener la unión religiosa y social de nuestro pueblo.

Es ésta una importantísima verdad que ha necesitado cierta profundidad de tiempo para definirse históricamente.

Luchaba entonces el español contra dos gravísimos peligros: el de los moriscos, que encarnaba la última y violenta reacción de lo musulmán tras siete siglos de ingente lucha, y el de los judíos, cuyo lazo de unión con lo nuestro se estableció al través de los falsamente conversos, gente sin fe, honor ni moral, que trataba de minar en sus primeros cimientos nuestra misma estructura.

«¿Qué hacer en tal conflicto religioso —ha escrito Menéndez y Pelayo— con tales enemigos domésticos? El instinto de la propia conservación se sobrepuso a todo; y, para salvar, a cualquier precio, la unidad religiosa y social, para disipar aquella dolorosa incertidumbre en que no podía distinguirse al fiel del infiel, ni al traidor del amigo, surgió en todos los espíritus el pensamiento de la Inquisición».

Hase pregonado con grande algarabía que aquella institución significó un oprobio para la conciencia y un atraso para la cultura. La primera de tales gratuitas afirmaciones descansa sobre el prejuicio creado por la leyenda; reducida la cuestión a su cauce histórico y al ambiente general de la época, fácil es comprobar que no hubo tribunal más benigno ni que con mayor interés y resultado obrara en pro de la humanización de los castigos. Y, con relación a su influjo en la cultura, ha dicho el incomparable crítico citado: «Nunca se escribió más ni mejor en España que en esos dos siglos de oro de la Inquisición». Y aun puntualiza «que en el siglo XVI, inquisitorial por excelencia, España dominó a Europa, aun más por el pensamiento que por la acción, y no hubo ciencia ni disciplina en que no marcara su garra».

Cierto que las leyes de entonces parecen harto duras a nuestro modo actual de enjuiciar, pero eran leyes de época, creadas por la sociedad para su propio gobierno, según el temperamento del ambiente típico general.

Por otra parte, jamás la Inquisición entró en aplicar penas, salvo las canónicas, extraordinariamente suaves. Se limitaba a inquirir, en cumplimiento de un deber judicial que le incumbía. Luego, relegaba los contumaces al brazo secular, único que aplicaba las sanciones establecidas para los delincuentes en el código general de la nación.

EL ESTUDIANTE

PEDRO de Arbués, de nobilísima familia emparentada con los condes de Aranda, había nacido en Épila, del reino de Aragón, el año 1441. Fueron sus padres don Antonio Arbués y doña Sancha Ruiz, excelentes cristianos de quienes el niño recibió muy felices ejemplos y educación esmerada. Y, como Pedro revelara magníficas disposiciones para el estudio, proporcionáronle muy luego maestros que le enseñaran no menos en la ciencia del espíritu que en humanas letras.

Nuestro joven tuvo así ocasión de lucir las bellísimas prendas de ingenio con que le adornara el Señor; pero, si sacó grandes provechos para la inteligencia, tuvo al mismo tiempo exquisito cuidado de que a par de ella floreciese el corazón en virtudes eminentes.

Ya que le vieron en disposición de lanzarse a más dilatados estudios, fué enviado a Bolonia, donde estaba una de las más brillantes escuelas de entonces. Muy pronto cundió la fama del joven aragonés, tan recio y disciplinado en sus reglamentos de estudiante como ejemplar y fervoroso en los asuntos del alma. Compañero amable, corazón generoso y caritativo, talento humilde cuanto espléndido, centraba sobre sí la admiración de sus maestros y el aplauso de los condiscípulos, ante quienes pasaba como el mejor representante del mundo estudiantil.

Cumplida, pues, con extraordinarios éxitos, su carrera universitaria, graduóse como maestro en Artes y en Filosofía, y, en 1468, logró entrar como becario en el colegio fundado en Bolonia por el cardenal Albornoz.

Siguió aquí la serie de triunfos académicos durante los cinco años que dedicara a la ampliación de sus estudios teológicos, y, al cabo de ellos, el 17 de septiembre de 1474, recibió el grado de doctor.

De la categoría moral del estudiante Pedro de Arbués puede darnos una idea el testimonio de las actas de aquel centro; elogio no rendido a ningún otro anterior ni posterior a él en dichos libros; fórmula concisa pero que expresa admirablemente la opinión en que eran tenidos sus valores espirituales, y que hace referencia a «los multiplicados dones de virtudes con que el Altísimo engrandeció la persona del maestro en Artes y en Filosofía».

Aun Pedro ejerció por algún tiempo el magisterio en la capital boloñesa. Sentía, sin embargo, la nostalgia de la patria y, en cuanto se hubo librado de los compromisos que en Italia le retenían, emprendió el viaje de regreso.

De esta manera venía preparando el cielo aquel vaso de elección que tanta gloria había de dar un día a la Santa Iglesia por la eminencia de sus virtudes y como glorioso mártir de la fe.

CANÓNIGO REGULAR. — VIRTUDES DEL SANTO

LOS grandes méritos del doctor Arbués habían saltado las fronteras, de modo que llegó a España precedido del renombre a que le hicieran acreedor su vasta ciencia y las grandes virtudes con que adornaba su alma. Y, el 30 de septiembre de 1474, fué nombrado miembro del cabildo de la Santa Iglesia Catedral de San Salvador —llamada generalmente la Seo— de Zaragoza. Como dicho cabildo lo formaran entonces canónigos regulares, hubo de profesar, dos años después, en 1476.

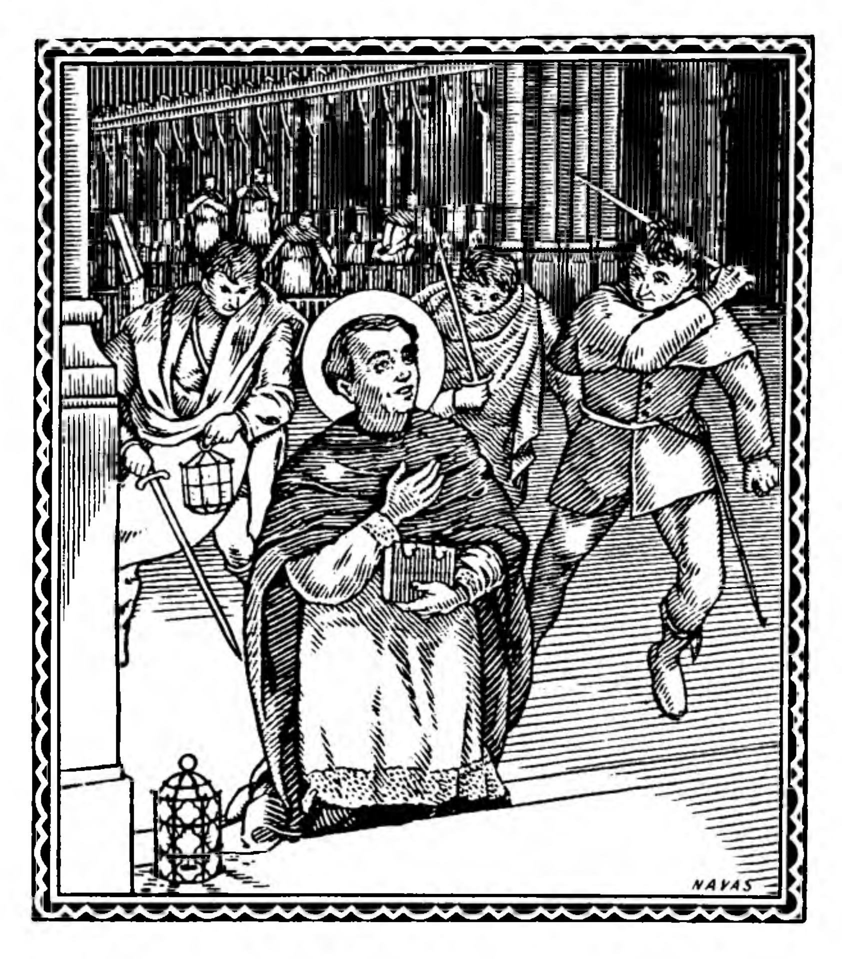
Las patrañas difundidas en torno a las figuras relevantes del tribunal de la Inquisición, han llegado a desfigurar la silueta histórica de ciertos jueces de la misma; pero no pudieron destruir el personaje real tal como lo conoció el pueblo, y tal como el pueblo lo ha dado a conocer por la tradición y por los documentos.

Pedro de Arbués, hombre extraordinario por la esplendidez de sus facultades y por el brillo exterior a que fácilmente hubiera podido llevarlas, fué, no obstante, sencillísimo en su vida y humilde, porque así se lo imponía la vocación de santidad a que se sentía llamado. Sus contemporáneos todos están contestes en reconocerlo y se hacen lenguas de sus virtudes así como de la abnegación de sí mismo con que se entregaba a las exigencias del deber sin parar mientes en compromisos o dificultades.

Ayudábale a esta fidelidad la energía indomable de su carácter, capaz de todo cuando mediaba la obligación. Y en las varias ocasiones en que vió peligrar su vida por la causa del oficio, limitóse a poner su confianza en Dios y a tomar el mínimo de precauciones aconsejadas por la prudencia.

Fueron, asimismo, proverbiales, su industriosa caridad y el amor con que se daba a cuantos solicitaran o tuvieran necesidad de su ayuda. Y aun desde su cargo inquisitorial luchó lo indecible por librar a los enjuiciados del brazo ejecutor, representado por los tribunales civiles.

El pueblo, juez desinteresado a quien difícilmente escapan las razones que pesan en favor o en contra de quienes figuran en el tablado de la vida pública, intimó pronto con el bondadoso canónigo en el que admiraba la espontaneidad y sencillez no menos que sus gloriosos antecedentes. Porque era forzoso reconocer la valía de quien en el extranjero había dejado tan alto el nombre español, y que, en el escenario menor de la vida local, daba ejemplo de las más estupendas virtudes completamente olvidado de sí mismo. Muy por encima de cuanto los falsificadores han inventado para desprestigiar su figura, queda la sentencia popular, la cual resumía su veredicto llamando familiarmente a Pedro «el santo maestro Épila».



SAN *Pedro de Arbués acudía puntualmente, cada noche, a la Seo para el rezo de Matines. Allí, al pie del altar y mientras absorto rezaba las oraciones preparatorias, sorprendiéronle los criminales que, pagados por judíos y judaizantes, venían a darle la palma gloriosa del martirio.*

INQUISIDOR GENERAL DE ARAGÓN

YA hemos apuntado, páginas atrás, cómo el doble peligro con que los falsos conversos y el remanente musulmán atentaban a los intereses vitales de España, habían dado pie para crear, con carácter nacional, el tribunal de la Inquisición. Tal iniciativa estaba en la raíz misma de lo popular, ya que el pueblo, harto cansado de ver cómo a sus expensas medraba y se fortalecía una categoría social extraña al país y respaldada, la inmensa mayoría de las veces, en la falsedad y en el perjurio, deseaba interponer legalmente un cerco desde donde poder defenderse de aquellos malos enemigos.

En 1484 publicóse el reglamento de la nueva institución, cuyo primer juez, Torquemada, seguía inmediatamente al Consejo Supremo, el cual, a su vez, dependía de los Reyes Católicos. El Santo Oficio tenía por divisa el «Misericordia et Justitia», lema desconocido por los tribunales civiles de aquel tiempo.

Aunque la Inquisición, como obra humana, adoleciera de naturales defectos, suponía no pequeñas ventajas, a que también nos hemos referido.

Es el caso que, una vez establecido, Torquemada eligió a Pedro de Arbués como delegado para el reino de Aragón. Concurrían en el nuevo inquisidor tales condiciones de ciencia, ponderación y virtud, que los Reyes Católicos refrendaron en seguida aquel nombramiento; con lo cual, el piadoso canónigo veíase, muy contra las inclinaciones de su natural condición, frente a preocupaciones y responsabilidades que de por sí no hubiera nunca buscado.

A sabiendas, pues, de lo que le esperaba, pero alentado por la voz de la conciencia, asumió la función y proveyó a designar subalternos.

El nuevo tribunal apenas encontró oposición entre los aragoneses; sin embargo, no pudieron éstos por menos de manifestarse en contra de determinados procedimientos que estaban en pugna con el carácter regional y contra lo establecido en los fueros. De donde surgió una tirantez que los neoconversos judíos, numerosísimos y muy influyentes en la capital, Zaragoza, trataron de mantener y acrecentar en el pueblo.

El nuevo magistrado hizo caso omiso de tales alborotos, cuya causa y razón principal no se le escondía, y entregóse de lleno a la labor sobrado dura que le había cabido en suerte. Llovieron los obstáculos sobre su camino y, con el fin de entorpecerle el trabajo, pusiéronsele en contra las más poderosas fuerzas movidas por la influencia y por el dinero; pero el celoso juez, atento siempre a cuanto significara caridad o justicia, estaba dispuesto a mantenerse firme frente a la amenaza o el cohecho.

DISPUESTO A MORIR POR LA FE

AQUELLA oposición del pueblo aragonés a ciertas fórmulas del Santo Oficio que estaban en pugna con el propio carácter, fueron recogidas por los descontentos, quienes se sirvieron de ellas como de pretexto para exigir una revisión. Formaban, en el grupo de los confabulados, personajes de nota y ricos comerciantes sobre los que pesaba la amenaza de la Inquisición. Estaban todos ellos decididos a conseguir a cualquier precio, si no una revocación total, por lo menos una atenuación suficiente como para salvarse a sí mismos del riesgo.

Con tal propósito, acudieron al Justicia Mayor a fin de que, en uso de sus facultades, inhibiera de proceder a los inquisidores. No titubearon en ofrecerle grandes cantidades de dinero para ver de sobornarle; pero, como aquel no se atreviera a pronunciarse contra una entidad nacida y amparada a la sombra del trono y por la voluntad de los mismos reyes, limitóse a interponer sus buenos oficios cerca de la corte.

Los demandantes no esperaron, sin embargo, a una superior determinación, y resolvieron por sí dar solución tajante al enojoso pleito.

A pesar del sigilo con que celebraban sus conciliábulos, no se recataron tanto como para que el santo inquisidor dejara de conocer la amenaza que pesaba sobre su vida. No obstante, lejos de turbarse por ello, siguió trabajando cual si nada supiera de todo aquello. «Si muero a mano de mis enemigos —había dicho a sus informadores—, moriré por la fe».

Los conspiradores habíanse reunido en la casa de Luis Santángel, judaicante que se honraba en amparar aquellos criminales proyectos. Después de mucho tratar y discutir, temerosos por un lado del odiado tribunal, y, por otro, del peligro a que se exponían con sus secretos planes, andaban desasosegados e indecisos cuando uno de ellos, García de Morós —que luego se salvaría poniendo tierra por medio—, inclinó definitivamente la balanza. «Matemos —decía él— a un inquisidor; que con el miedo no habrán ya de venir otros». Acordóse, pues, pagar algunos asesinos, y allí mismo recogieron el dinero de la traición.

Pedro de Arbués ya había tenido que sufrir algunos atentados. En cierta ocasión, logró descubrir a tiempo que habían tratado de limar las rejas de su misma habitación. Poco después, pudo salvarse como por milagro del puñal asesino que le acechaba en una iglesia. Quizá le hubiera sido fácil rodearse de guardadores personales; mas, por encima de todo, ponía su confianza en el Señor y se sometía con ánimo resuelto a la divina voluntad. Más que su vida misma, importábale el puntual cumplimiento de su deber.

MÁRTIR POR LA FE

FUÉ la noche del 14 al 15 de septiembre de 1485 la escogida para el sacrílego atentado. Los grandes trabajos que, a causa de su oficio, recaían sobre el inquisidor general, no eran óbice para que, puntualmente, acudiera cada noche al coro con la comunidad de los canónigos. Los enemigos conocían bien esta severidad del Santo para cuanto significaba disciplina del propio deber, y resolvieron aprovecharse de ella para sus designios.

Después de la conjura tramada en casa de García de Morós, habían conseguido comprar los infames servicios de un converso llamado Juan de Abadía, a quien debían acompañar otros dos cómplices, uno de ellos hijo de un penitenciado del Santo Oficio.

Los asesinos habíanse escondido en el templo de la Seo, al amparo de las sombras y en espera de la hora de Maitines. Los canónigos, muy ajenos a lo que se preparaba en su misma vecindad, fueron acudiendo al coro.

Llegó a poco Pedro de Arbués armado de su farolillo y, antes de pasar a ocupar su puesto, arrodillóse delante del altar para rezar las oraciones preparatorias. Allí estaba absorto en su ejercicio cuando cayó sobre él, espada en mano, el citado Juan de Abadía y tiróle una cuchillada a la garganta. Aunque gravísimamente herido, trató el santo inquisidor de ganar el coro, mas vino tras él otro de los criminales y dióle un nuevo tajo que le atravesó de parte a parte. Cayó el Santo a la nueva acometida, mientras exclamaba: «Muero por Jesucristo; alabado sea su santo Nombre».

Huyeron luego los matadores a merced de la oscuridad, en el ínterin que los canónigos acudían prestamente en auxilio de su hermano. No murió Pedro de Arbués allí mismo, sino que aun sobrevivió dos días, durante los cuales sólo pensaba en solicitar misericordia para los asesinos y en implorar sobre ellos la gracia de Dios.

El pueblo, cuyos nobles instintos explotaban tan inicuamente los comprometidos en el sacrilegio, en vez de reaccionar como éstos esperaban, salió por la honra del santo maestro de Épila y dispuesto a limpiar la ciudad de judaizantes. E hizo falta que el arzobispo don Alonso de Aragón interpusiera toda la fuerza de su autoridad y prometiera, no obstante los ruegos del santo mártir, cumplir estricta justicia, para impedir una matanza general.

Los asesinos fueron presos y decapitados. El principal ejecutor, de Abadía, no esperó a la sentencia y se suicidó en la cárcel. Algunos de los instigadores lograron con tiempo escapar a la justicia. Y entretanto, el cuerpo de San Pedro de Arbués recibía el homenaje de toda la ciudad.

EL HONOR DE LOS ALTARES

PRONTO la tumba del glorioso mártir se convirtió en punto de cita para los fieles. La veneración que le acompañara en vida, transformóse en verdadero culto desde el momento en que Pedro de Arbués cayera al pie del altar como víctima propiciatoria de la maldad judía. Los grandes favores alcanzados por su intercesión acrecentaron más y más la devoción del pueblo, el cual no tardó en solicitar para el ilustre compatriota la glorificación definitiva.

Pasaron, sin embargo, bastantes años antes de que se vieran satisfechas tan justas esperanzas. Por fin, cuando corría el año de 1664, el Sumo Pontífice Alejandro VII, al que venían piadosamente importunando el monarca español Felipe IV y el cabildo de Zaragoza, movido por las señales con que el cielo honraba de continuo al insigne mártir, dió cima a los procesos canónicos publicando el correspondiente decreto de beatificación.

Aun faltaba un paso para coronar los deseos del mundo cristiano. Pío IX, gran admirador de la obra, vida y muerte de nuestro Santo, así como de los prodigios con que se manifestaba la divina voluntad, publicó, el 29 de junio del año 1867, la tan deseada Bula de Canonización.

Fijóse la fiesta del aniversario para el 12 de septiembre, pero en España viene celebrándose tradicionalmente el día 17 del mismo mes.

El sepulcro del Santo forma la mesa del altar en la capilla que le está consagrada en la catedral de La Seo.

Han llegado hasta nosotros algunos de los escritos de San Pedro de Arbués; entre ellos, un «Libro de Sermones», «Memorias y Advertencias Eclesiásticas» y «El rezo de la Corona de Nuestra Señora».

SANTORAL

La impresión de las Sagradas Llagas en el cuerpo de San Francisco de Asís; Santos **Pedro de Arbués, mártir; Roberto Belarmino** (véase en 13 de mayo); Heraclido y Mirón, obispos y mártires; *Lamberto, discípulo de San Landoaldo, obispo de Maestricht y mártir;* Justino, presbítero y mártir; Rodingo o Crodingo, abad en Argona; Narciso y Crescención, mártires en Roma Sócrates y Esteban, mártires en Inglaterra; Valeriano, Macrino y Gordiano, martirizados en Noyón; Flocelo, niño, mártir en Autún, bajo Antonino Pío; Sátiro, hermano de San Ambrosio y confesor; Pedro y Andoleto, compañeros de San Lamberto de Maestricht. Santas *Coloma* o *Columba, virgen y mártir;* Agatoclia, esclava, mártir; Hildegarda, virgen y abadesa; Ariadna, martirizada en Frigia en tiempos de Adriano; Teodora, matrona romana.


Vida admirable de continua oración — Convento de San Francisco en Asís

DÍA 18 DE SEPTIEMBRE

SAN JOSE DE CUPERTINO

HERMANO MENOR CONVENTUAL (1603-1663)

POCOS santos han sido tan ridiculizados como San José de Cupertino por los racionalistas de todos los tiempos. Al igual que San Benito José Labre, le cabe el honor de haber provocado su fecunda y maliciosa ironía. Un humilde franciscano que durante cuarenta años admira a Italia entera con la fama de sus sorprendentes milagros, que casi diariamente se lanza a los aires como cándida paloma bajo el impulso del amor divino, y a mayor abundamiento en el siglo de las grandes fastuosidades del magnífico monarca francés Luis XIV, y en los mejores tiempos del jansenismo, es por sí solo un solemne mentís para los incrédulos que, en nombre de la ciencia, niegan a Dios el derecho de derogar las leyes de la naturaleza que Él mismo ha impuesto.

José María Desa, hijo de un humilde carpintero, nació en Cupertino, villa del reino de Nápoles. Como Nuestro Señor Jesucristo, y, según piadosa creencia, como el seráfico Padre San Francisco, su cuna fué un establo. Su madre se había refugiado en aquel lugar al ver allanado su domicilio por los acreedores del desgraciado carpintero, los cuales, para resarcirse de sus créditos, se llevaron violentamente los pobres enseres de la casa.

Era su madre una de esas mujeres fuertes de las que nos habla la Sagrada Escritura. Los reveses temporales, lejos de quebrantar su fe viva y arraigada, la robustecían; como madre modelo, procuró infundir en el corazón de José sólidad piedad, y en su voluntad, temple viril, empleando no sólo la suavidad y persuasión, tan propia de una mujer y más si es madre, sino también la firmeza y rigor cuando las circunstancias lo exigían. Más tarde dijo el Santo, en cierta ocasión, que la educación que recibiera de su santa madre en los primeros años valía por el mejor noviciado. Desde niño fué favorecido del cielo con singulares dones de gracia; vivía solo para Dios; y estaba su espíritu tan absorto y tan a gusto en pensamientos espirituales, que en ello exclusivamente experimentaba contento. Darse a los actos de devoción, visitar las iglesias y rezar rosarios y letanías ante la imagen de la Virgen que presidía su humilde oratorio familiar, era su mayor encanto.

No sentía gusto alguno por la escuela, en la que apenas pudo aprender a leer y escribir medianamente. Prefería aprender la espiritualidad y el magisterio divino de Jesús. Fué de constitución orgánica endeble y enfermiza. Siendo niño, quedó su salud muy quebrantada por cierta enfermedad que le cubrió el cuerpo de úlceras, reduciéndolo a un estado tan repugnante que su sola vista ofendía. Nuestra Señora de las Gracias se compadeció de su dilecto hijo y le curó milagrosamente.

Después de este singular favor, ya no pensó sino en consagrarse por entero a Dios en el retiro del claustro; tardó, sin embargo, algún tiempo en realizar su deseo, pues juzgando sus padres algo precipitada tal resolución, acaso para afianzarlo más en su loable propósito, quisieron que probara las amarguras de esta vida, y lo colocaron como aprendiz de zapatero, oficio en el cual fracasó rotundamente.

No había nacido José ni para ese, ni para otros menesteres temporales; su pensamiento no salía de la iglesia; ingeniábase para hallar nuevos modos de mortificarse; su alimentación consistía en frutas, pan y yerbas sazonadas con ajenjo; olvidábase durante días enteros de comer y, al advertírselo, respondía con beatífica sonrisa «que no se había acordado».

A los 17 años solicitó el ingreso en los Hermanos Menores Conventuales, donde tenía dos tíos religiosos. A pesar de tan valiosa recomendación, no pudo el pobre José franquear las puertas del convento, pues juzgaron que su ignorancia y cortedad de juicio eran insuperables obstáculos para emprender la carrera sacerdotal. Llamó entonces a otra puerta, donde, de momento, vió cumplido su deseo. Los Padres Capuchinos del convento de Martina lo recibieron en calidad de Hermano lego. Al cabo de nueve meses decidieron los superiores despedirlo, pues veían que no servía en absoluto para los menesteres manuales de la comunidad. Hubiérase dicho que sus manos tenían la virtud de romper cuanto tocaban; al atizar el fuego volcaba

las cacerolas; llegaba a confundir el pan blanco con el moreno, y, en suma, era tal su ineptitud que resolvieron devolverlo al siglo.

Lo más doloroso para José fué que la fama de inhábil, perezoso y necio se divulgó tanto, que le cerraba todas las puertas. Tuvo, pues, que volver a Cupertino y por cierto en malas circunstancias, pues al llegar a su pueblo estuvo a punto de ir directamente a la cárcel, por causa de los nuevos acreedores del ya fallecido carpintero, los cuales, exasperados al ver su dinero perdido, pretendían hacer detener a la esposa y sus hijos.

ACUDE NUEVAMENTE A LOS CONVENTUALES

TRAS reiteradas diligencias y súplicas, consiguió su madre que fuera recibido en el convento de Santa María de Grottella como Oblato terciario. Los superiores, de mayor penetración de espíritu que los de antaño, no tardaron en apreciar en el nuevo sujeto hermosas dotes de alma; profunda humildad, perfecta obediencia y espíritu de mortificación, por lo cual juzgaron que en el nuevo discípulo habían adquirido un tesoro; y, a pesar de su deficientísima instrucción y de las escasas disposiciones que tenía para el estudio, admitiéronle en el noviciado de clérigos. José, en el colmo de sus deseos, dióse con gran empeño al estudio y logró aprender a leer y escribir con bastante correccióu la lengua vernácula; en cuanto a la latina, debió limitarse a preparar las traducciones más sencillas y consiguió sólo dominar la del Evangelio de sus preferencias; aquel en que figuran estas hermosas palabras: «Bienaventurado el seno que te llevó...»

Para alcanzar el diaconado, exigíase previo examen. El obispo de Nardo dirigió el interrogatorio. Tocóle a José por suerte, o, mejor dicho, por milagro, aquel único Evangelio que sabía bien. El 4 de marzo de 1628 fué ordenado sacerdote sin nuevo examen, circunstancias que hacen ver con claridad la intervención divina, ya que es sabido cuán profundos y largos estudios supone la nobilísima carrera del sacerdocio.

AMOR A LA POBREZA. — POPULARIDAD DEL SANTO

DESDE esta fecha intensificó más aún el fervor y la mortificación; durante cinco años no comió pan, y durante quince se abstuvo de vino; su alimentación consistía en hierbas y legumbres ordinarias, condimentadas con líquidos amargos, y en algunas frutas secas. Los viernes se satisfacía con una hierba de gusto tan extremadamente ingrato que, habiéndola gustado otro religioso con la punta de la lengua, tuvo náuseas durante

todo el día. A imitación de su seráfico Padre, ayunaba durante siete cuaresmas cada año; desde el jueves hasta el domingo no tomaba alimento corporal y sólo se sostenía con la Sagrada Comunión. Disciplinábase todas las noches hasta perder la respiración y ceñía su cuerpo con un cilicio de hierro.

Es de admirar cómo el demonio, tan experto estratega, pretendiera abrir brecha en la fortaleza de su alma, precisamente donde estaba tan bien defendida. Ridícula tentación parece querer introducirse en un corazón desprendido de bienes terrenales, para sembrar la cizaña de la avaricia; concíbese que pueda ser para un rico fácil ocasión de caída; pero, ¿cómo serlo para quien voluntariamente no posee más que un burdo y mísero sayal?

—No sospechaba —decía años más tarde— que la trama de las redes del diablo fueran tan sutiles. Ahora comprendo perfectamente que el mérito de la pobreza no está precisamente en no poseer nada, sino en no tener afecto a las cosas de la tierra.

Si desde su juventud eran frecuentes los éxtasis, efecto de su unión íntima con Dios, una vez sacerdote, multiplicáronse por modo extraordinario, y bastábale, a veces, oír el nombre de Jesús para quedar arrebatado en éxtasis.

Aunque José no predicaba ni oía confesiones y huía de toda ostentación, la fama de su santidad se extendió rápidamente entre las gentes. Bastaba su presencia para conmover pueblos y ciudades. En todas partes veíase asediado por enfermos y necesitados, tanto del alma como del cuerpo; cortaban partecitas de su vestido; hurtábanle el cordón, desgranaban su rosario para guardar las cuentas como reliquias o para remedio de sus dolencias. El Santo parecía no notar esas perdonables sustracciones.

Para edificación y ejemplo de los religiosos, prescribiéronle los superiores una peregrinación por los conventos del reino de Nápoles, debiendo quedarse en cada uno cuatro días. De este viaje puede decirse lo que se dijo de las correrías apostólicas del Señor: «Un hombre de treinta y tres años se lleva tras sí pueblos enteros y maravilla a todos con portentosos milagros».

ANTE EL TRIBUNAL DE LA INQUISICIÓN

CIERTO personaje eclesiástico creyó que el entusiasmo desbordante de la plebe por el Santo era efecto de la ignorancia y de la incapacidad para distinguir lo verdadero de lo falso. Con este criterio y para atajar el mal antes de que empeorara, delató al Santo al tribunal de la Inquisición. Con gran pesar, tuvo que volver fray José a Nápoles. Había sido informado por vía sobrenatural de la «enorme cruz» que allí le esperaba. Es expresión suya. Sin embargo, a pesar de tres rigurosos interrogatorios, el tribunal le proclamó irreprobable en la doctrina y en las costumbres.



EN *la domínica del Buen Pastor, San José de Cupertino se presenta ante el Padre Guardián con un corderito en los hombros, después se levanta en el aire hasta la altura de los árboles y queda como arrodillado y extático durante dos horas, con admiración de todos los religiosos del convento.*

Toda la ciudad de Nápoles se había conmovido ante los hechos milagrosos de José de Cupertino. La Inquisición ordenó al Santo que celebrara la misa en la iglesia de San Gregorio el Armenio. Acudió, en efecto, pero apenas se hubo arrodillado, en presencia de los admirados fieles, lanzó un gran grito y elevóse por los aires yendo a ponerse por encima del altar sin que las velas encendidas prendiesen en sus vestidos. Nuevamente lanzó otro grito y voló alrededor del altar cantando: «¡Oh bienaventurada Virgen! ¡Oh bienaventurada Virgen!», y volvió a tomar el puesto que ocupaba primero.

Quiso el virrey de Nápoles verle, pero el humilde religioso, temiendo comparecer ante la corte, salió secretamente para Roma junto con su compañero, frey Ludovico.

Al acercarse a la ciudad, sintió su corazón inundarse de alegría y su mente de sublimes pensamientos. Creyóse indigno de pisar el suelo regado con la sangre de tantos confesores de la fe y, acordándose de su seráfico Padre, entró en estado de suma pobreza en aquellos sagrados recintos y exigió a su compañero que arrojase fuera de sí la única moneda que le quedaba del viaje: «Hermano —le dijo—, ya que hacemos profesión de estricta pobreza, hemos de presentarnos en la ciudad de la fe en calidad de mendigos».

Más tarde, al verse ante el Sumo Pontífice, conmovióle la augusta majestad del Vicario de Cristo en la tierra y fué arrobado en éxtasis, quedando suspendido en el aire durante la audiencia.

Luego recibió orden de trasladarse a la residencia del convento, de estricta observancia, de Asís. Mucho agradó al Santo ir a los santos lugares franciscanos. Sin embargo, allí le esperaba la prueba más dura de toda su vida. Sin saber cómo, vióse envuelto de repente en la mayor desolación. Los superiores procedían con él injusta, dura y desconfiadamente; tratábanle de farsante e hipócrita; las tentaciones le acometían con inaudita violencia; sintió vergüenza de ser objeto de curiosidad por la fama de sus milagros y hasta el cielo se sumó a tan general desamparo; todo era negrura, abandono y frialdad espantosa. Dos años probó Dios a su siervo de este modo. Al fin, viendo los superiores que la salud del Santo se resentía grandemente, decidieron trasladarlo a Roma por algún tiempo en 1644.

Al cabo de algunos meses regresó a Asís. ¡Qué cambio tan maravilloso se había operado en todos, durante esa breve ausencia! Superiores, religiosos, autoridades civiles y el pueblo en masa se hallaban en la iglesia o en los alrededores a su llegada. Al entrar el Santo y contemplar la imagen de la Virgen, parecida a la de Grottella, a la que profesaba tierna devoción desde su juventud, en un arranque impetuoso de amor se lanzó a los aires para besar a la imagen que se hallaba a dieciocho pies de altura, y saludóla con estas palabras: «¡Oh Madre mía, sois Vos quien me ha traído aquí!» La muchedumbre prorrumpió en gritos de admiración, diciendo: «Ha llegado el

Santo». El municipio, por unanimidad, le otorgó el título de hijo adoptivo de Asís, honor que apreció José en gran manera, por ofrecerle el singular favor de ser conciudadano de su glorioso Padre San Francisco.

En los nueve años que vivió en esta santa casa, los dones sobrenaturales con que el cielo le enriqueció se manifestaron espléndidamente.

CIENCIA MARAVILLOSA DE UN IGNORANTE

EL humilde religioso era ignorante en las ciencias humanas, pero muy sabio en las de Dios. Con la mayor claridad explanaba las verdades más abstrusas de la religión, cuyo conocimiento sublime debía el Santo a la inmediata comunicación que tenía con Dios en la oración. Príncipes, cardenales y prelados solicitaban su opinión y le exponían sus dudas.

Juan Casimiro, príncipe de Polonia, pidióle consejo sobre el propósito que albergaba de abrazar el estado eclesiástico. «No lo haga —le dijo el Santo—, porque se verá obligado a abandonarlo. No tardará mucho Dios en darle a conocer su voluntad». Así sucedió efectivamente, pues aunque fué elevado dicho príncipe, por Inocencio X, a la dignidad cardenalicia, al poco tiempo debió otorgarle el mismo Pontífice la dispensa para poder ocupar el trono de Polonia, que se hallaba vacante por la muerte de su hermano.

El duque de Brunswich, príncipe luterano, de veinticinco años de edad, giraba visita, en el año 1649, a las Cortes de Europa. Había oído hablar del taumaturgo de Asís y le acució el deseo de presenciar algún milagro. El Padre Guardián, para satisfacer su curiosidad, le invitó a asistir a la misa del Santo desde el umbral de la puerta. Nada de particular aconteció hasta el momento de partir la Sagrada Forma; trató de hacerlo y encontró gran resistencia; no pudo lograr su propósito y, sumamente afligido, con los ojos bañados en lágrimas, se levantó del suelo y en esta posición retrocedió del altar algunos pasos. Dirigió al Señor ferviente súplica y volvió de nuevo al altar, pudiendo entonces realizar el fraccionamiento con la facilidad acostumbrada. Quiso saber el príncipe la causa de este extraño suceso. «Me habéis traído —dijo el Santo al Padre Guardián— gente que tiene el corazón muy duro y que se obstina en no creer lo que la Santa Madre Iglesia enseña. Ésta es la causa de que el Cordero sin mancha se haya endurecido en mis manos, de forma que no podía dividirlo».

Estas palabras conmovieron el corazón del príncipe luterano y en visitas particulares solicitó del siervo de Dios consejos espirituales para su alma. Aun tuvo ocasión de presenciar un nuevo milagro. Asistiendo a la misa del Santo otro día, apareció durante la elevación en la Sagrada Hostia una cruz negra. Lanzó un grito el celebrante, se transportó y quedó suspenso en el

aire durante medio cuarto de hora. Este espectáculo aterró al protestante, que no pudo contener los sollozos. El Santo seguía suplicando: «Señor —decía mirando a la cruz—, esta obra es vuestra, no quiero sino vuestra gloria; tocad y ablandad, Señor, a ese corazón; haced que sea acepto a vuestra Divina Majestad». Su oración fué oída, pues el príncipe luterano se hizo católico.

DE CONVENTO EN CONVENTO

LAS curaciones, profecías, éxtasis y elevaciones se sucedían con tanta frecuencia, que el Sumo Pontífice Inocencio X decidió tomar cartas en el asunto, temiendo no fueran supercherías que, a la postre, se resolvieran en desprestigio de la verdad y de la Religión. La Iglesia, en todos los tiempos, ha extremado la cautela y rigor en semejantes casos. En el presente ordenó al inquisidor de Perusa, que el Padre José fuera al convento de Capuchinos de Pietra Rubia. Al separarlo de su familia religiosa y recluirlo en lugar retirado, pretendíase crearle un ambiente desfavorable. No por eso dejaron de producirse las acostumbradas maravillas. En esta nueva residencia realizó portentosos milagros ante el inquisidor, ante los soldados de guardia y ante el pueblo entero. La aglomeración de forasteros con motivo de los prodigios fué tanta, que hubo de construir albergues especiales, y en el loco frenesí de admiración llegaron a pretender levantar el techo de la iglesia para poder contemplar al Santo durante la celebración de la misa.

Al cabo de unos meses se le trasladó a otra residencia que se creyó estaría más al abrigo de la popularidad. Era ésta el convento de Fossombrone. Aunque el traslado se hizo de improviso y en el mayor secreto, prontó halló el retiro la multitud. Debiendo celebrarse un Capítulo General en aquella casa, se dispuso que José fuera al convento de Montevecchio. En este nuevo asilo tuvo uno de los éxtasis más notables entre los numerosos de su vida. Era el domingo segundo de Pascua; al pasar por el huerto vió el Santo un corderito, que le recordó el buen Pastor de que habla el Evangelio de ese día, y con ese pensamiento sintióse arrobado; cogió amorosamente el corderillo y exclamó: «Ved la ovejita», y presuroso y contento la lleva al Padre Guardián, diciéndole: «Ved al buen Pastor que lleva en sus hombros la oveja descarriada». A estas palabras se le encendió el rostro de púrpura y emprendió el vuelo por encima de los árboles, permaneciendo con el cordero al hombro y de rodillas por espacio de más de dos horas.

En esta misma localidad y en ocasión de celebrar el Santo Sacrificio en el día de Pentecostés, al leer el Himno del día *Veni Sancte Spiritus,* sintió un torrente de amor que le inundaba el corazón, y no pudiendo contenerse lanzó un grito y emprendió el vuelo alrededor de la iglesia.

ÚLTIMOS VIAJES. — SU MUERTE

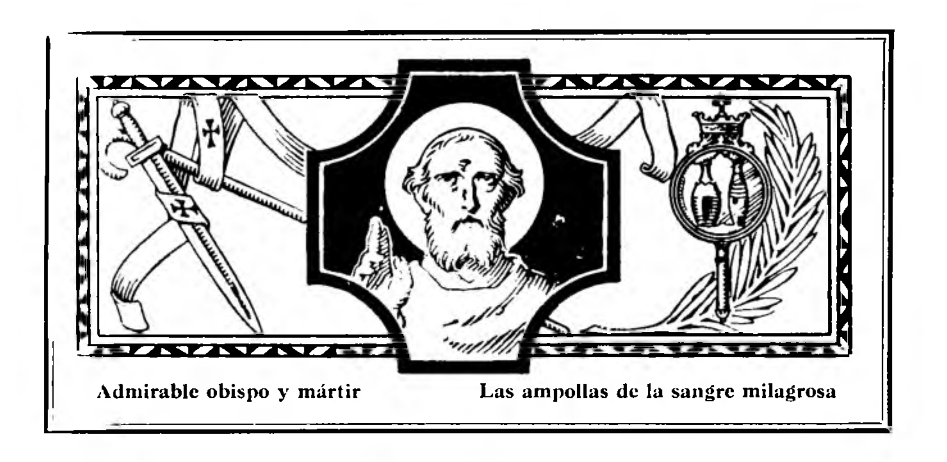
La hora de la partida se acercaba. El papa Inocencio X, mantuvo con firmeza la resolución tomada a propósito del Padre José; pero su sucesor le permitió que residiera en un convento de la Orden, por lo que los superiores le enviaron a Ósimo, donde debía terminar sus días. El camino de Montevecchio a Ósimo pasa muy cerca de la *Santa Casa* de Loreto. Al divisar la cúpula de la iglesia, su compañero de viaje se la señaló con el dedo. Bastó esta sencilla indicación para que se sintiera arrebatado y en un prolongado éxtasis viera cómo bajaban y subían del cielo a la casa de Loreto multitud de ángeles. El 10 de julio entró en la casa de Ósimo. Residió en ella seis años en la reclusión más absoluta. Por sus continuos éxtasis, puede decirse que llevó vida extática más bien que natural.

Las fuerzas de José se agotaban poco a poco y agregóse a esto, desde el primero de octubre del año 1663, una persistente fiebre. Conoció, por revelación, el día de su tránsito, y preparóse a él con extraordinario fervor. Celebró misa por última vez el día de la Ascensión. La fiebre aumentó desde esta fecha y fué minando las pocas energías de su organismo. El 17 de septiembre recibió el Viático. Llevaba varios días sin poderse mover, pero al oír la campana que anunciaba la visita del Señor, dejó la cama y sin tocar el suelo se fué a la puerta de la celda para recibirlo. En seguida entró en agonía y al día siguiente entregó su alma a Dios. Su cuerpo se guarda en la iglesia de Ósimo, donde hasta hoy se le venera.

San José de Cupertino fué beatificado por el papa Clemente XIII, el día 16 de julio de 1767, y Clemente XIV extendió su fiesta a la Iglesia Universal el 8 de agosto de 1769.

SANTORAL

Santos José de Cupertino, confesor; *Desiderio, obispo, y Rainfrido, arcediano, mártires;* Eustorgio, primer obispo de Milán; Eumeno, obispo de Gortina, en Creta; Metodio, obispo de Olimpia, en Asia Menor, mártir; Sereno, obispo de Coutances; Isidoro de Bolonia, obispo; *Ferreol, tribuno militar, mártir;* Valberto, marido de Santa Bertila, confesor; Constancio y Víctor, mártires en Dronero (Italia); Trófimo, mártir en Egipto; Mateo, anacoreta; Amón, Teófilo y veintitrés compañeros, mártires en Alejandría; Tiberio, confesor. Beato Hernán o Fernando, trinitario descalzo. Santas *Sofía e Irene, martirizadas en Chipre;* Estefanía, virgen y mártir, Ricarda, emperatriz; Bertila, esposa de San Valberto.


Admirable obispo y mártir — Las ampollas de la sangre milagrosa

DÍA 19 DE SEPTIEMBRE

SAN JENARO

OBISPO DE BENEVENTO Y MÁRTIR († 305)

SAN Jenaro, patrono veneradísimo de la ciudad de Nápoles, debe su nombradía universal principalmente a un fenómeno maravilloso que se renueva todos los años, con muy raras excepciones. Este fenómeno ha sido en todos los tiempos causa de las más calurosas polémicas. Es el milagro conocido con el nombre de «milagro de San Jenaro».

Primero relataremos brevemente la vida del santo mártir, y luego describiremos las manifestaciones populares que gravitan alrededor del hecho prodigioso y apuntaremos las pruebas morales y materiales, demostrativas de la sinceridad y del carácter sobrenatural del milagro de Nápoles.

Jenaro nació muy probablemente en Nápoles, hacia el año 270. A los veinticuatro años fué ordenado de sacerdote, y fué su fervor tan notable que en 301, los beneventinos le eligieron por aclamación jefe de su iglesia. El joven obispo tenía treinta y un años cuando sucedió a San Teodato.

Delicado era el cargo, pues entonces estaba en vigor con toda crueldad la persecución de Diocleciano. En la Campania, a cuya jurisdicción pertenecía Benevento, gobernaba a la sazón Timoteo, que dió muestras particulares de crueldad. Sin exponerse inútilmente, Jenaro desplegó maravillosa activi-

dad en el servicio de su pueblo. Habiendo ido a la cárcel a visitar a un santo diácono llamado Sosio, fué reconocido, arrestado y conducido ante el gobernador. Instado a sacrificar a los ídolos, rechazó tan indigna proposición, por lo que fué sometido sucesivamente a diversos tormentos: arrojado a un horno encendido, de donde salió sano y salvo; dislocados sus miembros; expuesto, con seis compañeros, a los osos del anfiteatro de Puzzol, que aun hoy podría contener 30.000 espectadores. Dícese que las fieras, mansas y tranquilas, se echaron a los pies de los mártires sin causarles daño alguno. Por fin, el gobernador los condenó a ser decapitados. La ejecución se verificó a pocos pasos del anfiteatro. Los nombres de los compañeros de San Jenaro, siguen al de éste en el Martirologio romano, con la misma fecha 19 de septiembre. Son los santos Festo, diácono de la iglesia de Benevento; Desiderio, lector; Sosio, diácono de la iglesia de Misena; Próculo, diácono de Puzzol; Eutiquio y Acucio.

Camino del último suplicio, acercóse al obispo de Benevento un anciano pidiéndole respetuosamente algún objeto como recuerdo; Jenaro no poseía más que un trozo de tela que guardaba para vendarse los ojos; con todo, prometió al anciano, en presencia de los verdugos incrédulos, que se lo entregaría después de la muerte. Ahora bien, este trozo de tela, tinto en la sangre de la víctima, hollado por los pies de la muchedumbre, vino a parar, por manos del santo mártir, a poder de aquel a quien había sido prometido: San Jenaro cumplió así su palabra.

Ya decapitado el santo obispo, una cristiana, llamada, según parece, Eusebia, recogió gota a gota la sangre preciosa y la depositó en dos ampollitas. Era costumbre entre los cristianos de los primeros siglos el colocar esas botellitas en la tumba de los mártires junto a sus venerables restos. Eusebia no hizo tal, sino que las guardó en su casa.

HISTORIA DE LAS RELIQUIAS DE SAN JENARO

DIEZ años más tarde, habiendo devuelto Constantino la paz a la Iglesia por el edicto de Milán, el cuerpo de San Jenaro fué exhumado, y, presididos por su obispo, los cristianos llevaron los preciosos restos hacia Nápoles. El cortejo debió pasar por el pueblo de Antoniana —hoy Antignano—, donde vivía Eusebia, que con tanto respeto guardaba la sangre venerable. El cortejo se detuvo en este pueblo y Eusebia entregó al obispo las ampollitas que tenía en su casa. El prelado recibió este precioso don y lo depositó junto al cuerpo del mártir. Y, según una antigua tradición napolitana, esa sangre coagulada, seca y muerta desde hacía diez años, recobró al instante la vida, en presencia del cuerpo que en

otro tiempo había animado. Fué la primera licuefacción, a la que tantas otras debían seguir, en el curso de los siglos, hasta nuestros días.

Depositáronse juntos cabeza, cuerpo y sangre en una catacumba fuera de la ciudad. Hacia el año 440, Juan, obispo de Nápoles, trasladó estas reliquias al interior de la ciudad y las colocó en el hipogeo de un pequeño oratorio anejo a la catedral de Santa Estefanía, que en lo sucesivo había de perder ese título para llevar el de San Jenaro.

En 1309, el rey Carlos II dió alto ejemplo de piedad haciendo construir sobre el emplazamiento del hipogeo derrumbado la gran catedral actual. La cabeza fué encerrada entonces aparte, en un busto de plata, y las ampollitas de sangre, colocadas en la primera torre, a izquierda, junto a la puerta. El cuerpo tuvo historia muy accidentada. Primero fué llevado a Benevento, robado por Sicón, príncipe de dicha ciudad, que sitió y asaltó a Nápoles a principios del siglo IX. A fines del siglo XV, siendo papa Alejandro VI, Fernando, rey de Nápoles, hizo que Benevento devolviera su antiguo tesoro a la capital. El cuerpo fuó depositado en la catedral el 13 de enero de 1497. El mismo día cesó la peste que desde tiempo hacía azotaba a Nápoles.

La capilla de la catedral en donde la reliquia fué depositada existe aún: se la llama *Soc-corpo* o «Confesión». Debajo de su único altar yace el cuerpo del Santo. De este modo, desde 1497 las tres reliquias de San Jenaro: cabeza, cuerpo y sangre, se encuentran felizmente reunidas en la catedral napolitana que lleva su nombre.

EL VESUBIO Y SAN JENARO

LA devoción que todo buen napolitano profesa a San Jenaro es, sin comparación, muy superior a la que tenga a cualquiera de los muchos santos que Nápoles honra como patronos. Invócanle en todos los peligros graves y, particularmente, contra el terrible Vesubio. Este volcán les produce, con razón, tal espanto, que todos huirían de tan peligroso vecino; pero bajo la protección de San Jenaro viven confiados y tranquilos.

Cuando el peligro parece inminente, corren a la catedral a solicitar que se organice una procesión, y ¡ay! de la autoridad civil y hasta del arzobispo, si muestran la menor resistencia.

La Historia guarda el recuerdo de varias erupciones famosas, durante las cuales Nápoles se creyó en inminente trance de perecer.

¿Habrá que atribuir su preservación a la distancia de ocho kilómetros que la separan del volcán, o a alguna otra causa natural? La ciudad de San Pedro de la Martinica estaba más distante del peligro cuando la erupción tristemente célebre del monte Pelado (1902).

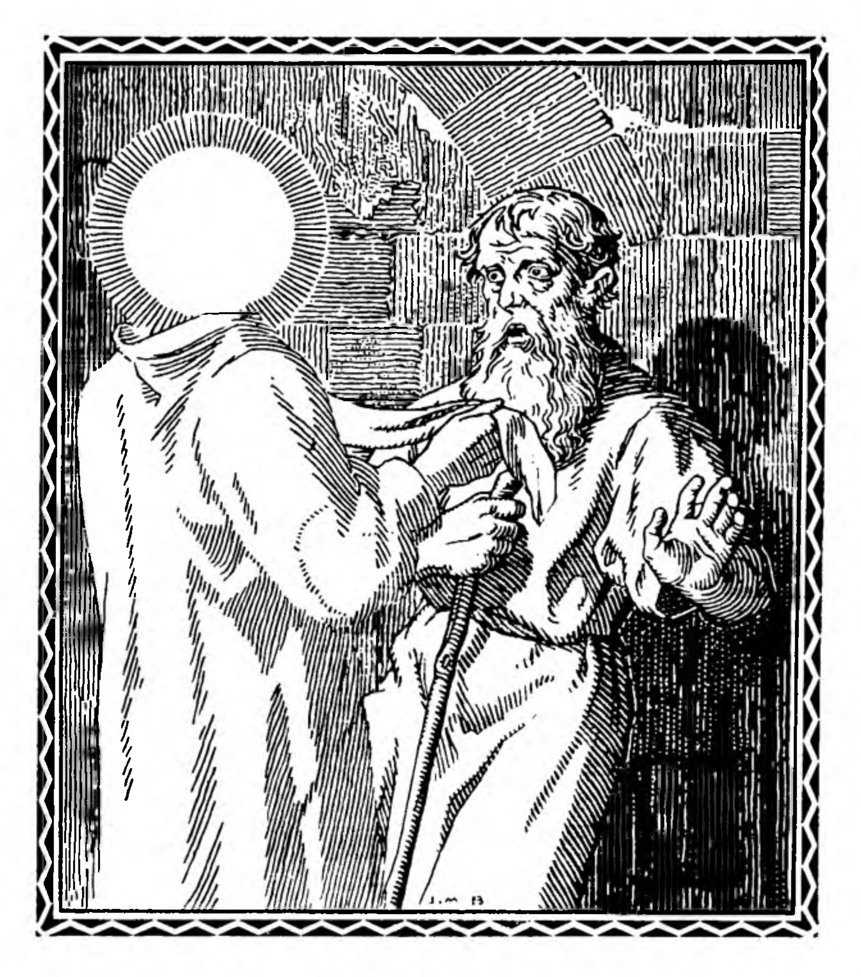
Después de la erupción del año 79, que produjo la ruina de Herculano y Pompeya, y en la que murió el escritor latino Plinio el Viejo, la del año 1631 es la más terrible de cuantas hace mención la Historia. En la noche del 15 al 16 de diciembre, la tierra tembló de repente y con violencia; las sacudidas fueron tan grandes que se notaron en los confines más apartados de la Apulia. Al amanecer, una explosión formidable atronó los espacios; era la falda del cono lindante con el mar que acababa de abrirse; trombas inmensas de agua, gas y rocas inflamadas arrastraban consigo masas enormes de materias pulverizadas. Todas las poblaciones huían consternadas. En medio de las tinieblas no se veía otra luz que la de los gases inflamados bruscamente a la salida del volcán.

En Nápoles, sumido en la oscuridad, las iglesias estaban atestadas y los sacerdotes exhortaban a los fieles a la penitencia final. El arzobispo, que era el cardenal Buon Compagno, mandó exponer el Santísimo Sacramento en todas las iglesias y colocar las reliquias de San Jenaro en el altar mayor de la catedral. Pronto se organizó una procesión con la cabeza y la sangre del Santo. Multitud inmensa, precedida por el virrey, el Consejo de Estado y la burguesía, clamaba misericordia. Llegado que hubo el cortejo cerca de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, desde donde se divisaba el terrible monte que vomitaba sin cesar lava y humo, el arzobispo, levantando las santas reliquias, las presentó al volcán como quien le intimara, en nombre del Mártir, a apaciguarse. Vióse entonces a las nubes inclinarse de repente en sentido opuesto. Nápoles pareció por entonces salvado.

Pero al día siguiente 17, la erupción se repitió. Se abrió nueva brecha; hubiérase dicho que la montaña se liquidaba. En menos de dos horas, el torrente ígneo llegó a orillas del mar en La Scala y en Granatello. Hoy día aún quedan vestigios de esta lava vomitada el 17 de diciembre de 1631: son canteras, cuyas piedras se emplean para la pavimentación urbana. El historiador belga Le Hon calcula en 73 millones de metros cúbicos el volumen de lava que el volcán vomitó aquel día.

Cuando la procesión llegó cerca de la puerta Capuana, viéronse las nubes de ceniza, que ocultaban el Vesubio, dirigirse hacia Nápoles. En verdad parecía que la ciudad iba a perecer enterrada bajo una montaña de cenizas. El cardenal volvió a repetir, con la sangre de San Jenaro, el mismo ademán del día anterior, y entonces, según el historiador citado, vióse que la nube cambiaba de rumbo para dirigirse hacia el mar. Nápoles debía una vez más su salvación a San Jenaro.

Otras erupciones acaecieron en 1767 y en 1779. Renováronse en estas épocas los mismos actos de fe. Varios otros azotes han caído sobre Nápoles: inundaciones, hambre, guerras, pestilencias; nunca la confianza que el pueblo tiene en su protector ha sido desmentida.



UN piadoso anciano pidió a San Jenaro un recuerdo de su persona en el momento en que le iban a decapitar El Santo le promete lo único que tiene: el pañuelo con que le vendarán los ojos al ajusticiarle. Al día siguiente cumple su promesa y se lo entrega al anciano.

EN QUÉ CONSISTE EL «MILAGRO DE SAN JENARO»

LA sangre de San Jenaro, conservada intacta desde hace dieciséis siglos, es la materia del milagro. Aun hoy día se conserva en dos ampollitas de vidrio de desiguales dimensiones. La mayor, de cuello estrecho, pero de cuerpo abultado, semeja una pera aplastada; su capacidad es de unos 60 centímetros cúbicos y contiene sangre hasta la mitad de su altura. La menor es angosta y alargada; la sangre está en ella en forma de de manchas rojizas sobre las paredes interiores. Estas dos ampollitas se guardan hoy día en un relicario de vidrio que produce la impresión de una gran lupa rematada por una corona real y una cruz. A través del cristal se ven netamente los dos frascos, así como la sustancia que contienen y puédese, por consiguiente, seguir muy claramente las diversas fases que sufre dicha sustancia, en las ceremonias del milagro y de la exposición: licuefacción, variación de volumen, ebullición y cambio de color.

En estas diferentes fases, la licuación y la variación de volumen son las que tienen real importancia, puede decirse que la última es aún más sorprendente y milagrosa que la primera.

Al licuarse, la sustancia dura, coagulada o blanda, pasa de ese estado más o menos sólido a otro más o menos flúido. El aumento de volumen de la sustancia se produce en las fiestas de mayo, de manera regular y progresiva hasta llenar, en los últimos días, el frasco entero; después vuelve a su nivel habitual hacia el 19 de septiembre. El tiempo que la sustancia invierte para licuarse varía entre un minuto y varias horas. Su color ordinario, que es de un rojo oscuro, pasa a veces al rojo vivo; en este último caso, puede suceder que se advierta en la superficie cierta espuma. Ha sucedido, aunque muy raras veces, que la sustancia no se licúa.

FE DEL PUEBLO NAPOLITANO

EL milagro se verifica en tres épocas del año: mayo, septiembre y diciembre, en la amplia sala del Tesoro de San Jenaro. A las ocho, la puerta se abre. La multitud penetra ordenadamente entonando cánticos piadosos. Al dar el reloj las nueve, aparece por la puerta de la sacristía un cortejo imponente de prelados que van a tomar en los nichos el relicario de la sangre y lo depositan ante el altar. Tan pronto como el prelado oficiante lo tiene en sus manos, un sacerdote, colocado a su derecha, examina la sustancia con un cirio encendido, mientras el oficiante sostiene

el relicario en posición vertical invertida. Miles de ojos están fijos en el relicario, sin pestañear.

—*E duro!* —exclama el sacerdote—. «¡La sangre está dura!» Se reza con fervor y se habla al Santo en alta voz: «¡Ven, oh Santo nuestro, ven a nosotros! ¡Protégenos, oh Santito, Santo hermoso! *Santino! Santo bello!* ¡Viva Jesús! ¡Viva María! Viva El que ha criado a Jenaro y le ha hecho Santo. Habla confiado a la Santísima Trinidad; hazle presente tu martirio y alcánzanos perdón!» Las súplicas se hacen cada vez más humildes; sigue el *Miserere:* «Tened piedad de nosotros, Señor, según vuestra gran misericordia...»; y vuelta de nuevo a los apóstrofes más familiares: «¡Si no haces tu milagro, oh Santo nuestro, seremos castigados!» A veces, si la espera se prolonga, le dirigen un reproche afectuoso: «Haz tu milagro, ilumina ese semblante sombrío, ¡oh compatriota nuestro!»

Sin embargo, el oficiante continúa mostrando al público el relicario con la sustancia obstinadamente coagulada en el fondo de la ampolla.

Por fin, se produce cierto movimiento entre el clero; la emoción sube, se manifiesta en sus rostros; un murmullo corre entre los asistentes que con el dedo señalan la ampolla. De repente, teniendo siempre el relicario invertido, se ve que la sustancia, reblandeciéndose poco a poco, se despega del fondo y se desliza lentamente por las paredes de la ampolla hasta llegar al cuello; en ese preciso momento la licuación se produce instantánea y bruscamente. Inmediatamente, el sacerdote acólito agita un pañuelo blanco; es la señal de que el milagro se verifica. Todos han comprendido.

—El momento —dice un testigo— es solemne y difícil de describir con exactitud. Inmediatamente en las bóvedas del templo resuena el *Te Deum.* El oficiante que tiene el relicario, lo eleva por encima de las cabezas para que todos puedan verlo; lo gira de cuando en cuando con respeto de una parte a otra, a fin de que todos comprueben fácilmente que la sustancia licuada sigue los movimientos comunicados al relicario. La licuación es real: la prueba es incontrastable; en lo sucesivo, la menor duda es imposible. Todo el pueblo desfila entonces para besar la reliquia, empezando por los sacerdotes; de ese modo todos pueden ver y venerar el líquido milagroso. El desfile dura hasta las once.

Para el hombre que sabe analizar sin prejuicios, y que ha sido testigo de ese espectáculo, repugna el creer haya en él una baja maniobra, una superchería de parte de los sacerdotes, cuyo semblante abierto muestra una convicción absoluta de la realidad sobrenatural del milagro. Sin embargo, oyendo a ciertos incrédulos sistemáticos, esta ceremonia grandiosa que cinco siglos ha se desarrolla públicamente en la sala del Tesoro, no sería sino una vil comedia, bien preparada y hábilmente representada.

Si consideramos la situación social de las gentes encargadas de la

custodia de las reliquias, no encontramos sino hombres de las más íntegra honradez. El alcalde de Nápoles es de derecho el presidente de las dos diputaciones encargadas de la guarda del tesoro, una seglar y otra eclesiástica. Los seglares pertenecen todos a familias de la más acrisolada honradez, conocidas en Nápoles. Durante la octava de septiembre, la sangre está confiada, toda la tarde, a un grupo de diputados. Desde hace siglos, el número de personas —arzobispos, prelados, canónigos, sacerdotes, seglares— que se han acercado íntimamente a la reliquia es considerable. Si hubiese impostura, ¿se hubiera podido guardar el secreto por tanto tiempo y por tantos hombres a través de tantas revoluciones napolitanas? Esta fidelidad en guardarlo sería tan extraordinaria, que Alejandro Dumas la consideraba como más milagrosa que el milagro mismo.

FENÓMENO INEXPLICABLE

PERO, ¿qué valen las insinuaciones de esos partidarios de la superchería? Entre ellos, unos rehusan desdeñosamente estudiar el problema; otros pretenden explicarlo químicamente. Lo más extraño es ver a varios de estos «intelectuales», segurísimos de sí mismos, dar cada uno una fórmula diferente: disolución de antimonio; mezcla de sebo y de éter, coloreado con bermellón o tierra de Siena; cuerpos grasos coloreados, disueltos en aceite ligero que puede fundirse a una temperatura de 30 a 35 grados, etc. Notemos que las hipótesis de las mezclas en las que entrase el éter no explicarían el milagro, pues el éter no fué descubierto hasta el año 1540, y el milagro napolitano se producía ya entonces desde hacía casi ciento cincuenta años.

Como quiera que sea, hay una conclusión mucho más seria que resulta de los trabajos científicos verificados desde fines del siglo XIX sobre la sustancia encerrada en el relicario. Las experiencias verificadas por el químico Pedro Punzo le han llevado a la conclusión de que el fenómeno es físicamente inexplicable y que la sola conformación del relicario, herméticamente cerrado y soldado, demostraba que una superchería sería materialmente imposible. Montesquieu pensaba ya lo mismo; había presenciado dos veces, en 1728, la licuación, y se expresaba así en sus *Viajes:* «Puedo declarar que el milagro de San Jenaro no es una superchería; los sacerdotes son de buena fe y no puede ser de otro modo».

En 1902, los profesores Sperindío y Januario, de la Universidad de Nápoles, hicieron el análisis espectral de la sustancia contenida en la ampolla y reconocieron que era verdadera sangre. El mismo año, pesaron el relicario con la ampolla completamente llena, luego con la ampolla a mitad siguiendo

su estado normal, y hallaron una diferencia de peso correspondiente a la diferencia de volumen, no obstante haber permanecido la ampolla siempre cerrada. Resultados que echan por tierra toda hipótesis de superchería y toda explicación física del «milagro de San Jenaro».

Para ciertos espíritus engreídos o desconfiados, es dura prueba tener que aceptar lo sobrenatural, pero ahí está un testimonio palpable e incontrovertible mil y mil veces repetido.

ORDEN DE SAN JENARO

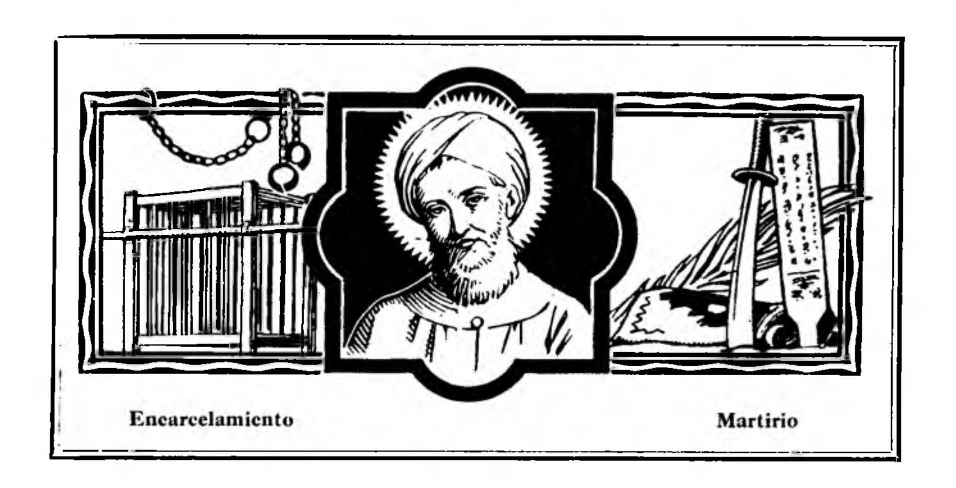
EN el antiguo reino de Nápoles, que desapareció en 1860, existía una Orden de caballería denominada Orden de San Jenaro. Fué instituída en 1732 por Carlos VI, rey de las Dos Sicilias, más tarde rey de España con el nombre de Carlos III.

Los caballeros llevaban como banda una cinta ancha de color rojo vivo de la que pendía una cruz de oro adornada con perillas de ocho puntas, esmaltada de blanco y angulada con flores de lis en oro; en el centro tenía el busto de San Jenaro con báculo y mitra, dando la bendición. En el reverso de la insignia, una corona de laureles rodeaba a un libro cerrado sobre el que descansaban las dos ampollas del «milagro» llenas de sangre hasta la mitad, con esta divisa: *In sánguine fœdus* («La unión en la sangre»); todo ello estaba rodeado por dos palmas verdes.

El rey de Nápoles era el gran Maestre de esta Orden.

SANTORAL

Santos Jenaro, obispo y mártir; Teodoro, arzobispo de Cantórbery; Elías, Nilo y Peleo, obispos de Egipto, mártires en Palestina; Eustoquio, obispo de Tours, y Melecio, de Tréveris; Isermino y Juan, obispos y confesores; *Rodrigo de Silos, abad;* Félix, presbítero, mártir en Nocera, bajo Nerón, Secuano, presbítero; Mariano, confesor; Festo, Sosio y Próculo, diáconos, Desiderio, Eutiquio y Acucio, mártires al mismo tiempo que el obispo San Jenaro; Trófimo y el senador Dorimedontes, mártires en Sinnada; Sabacio, mártir en Antioquía. Beatos *Alonso* o *Alfonso de Orozco, agustino,* y Alfonso Palenzuela, franciscano. Santas *María de Cervelló o del Socós (del Socorro), virgen y cofundadora;* Pomposa, virgen y mártir en Córdoba en tiempos de Mahomed I; Constancia, matrona romana, mártir cuando imperaba Nerón; Lucía de Escocia, virgen y solitaria. Beata María Emilia de Rodat, fundadora de las Religiosas de la Sagrada Familia. La Aparición de la Santísima Virgen en el pueblo de la Saleta (diócesis de Grenoble), en el año 1846.



DÍA 20 DE SEPTIEMBRE

BTO. JUAN CARLOS CORNAY

MISIONERO Y MÁRTIR EN EL TONKÍN (1809-1837)

JUAN Carlos Cornay es uno de esos seres privilegiados que, tras algunos días de cautiverio y por unos momentos de tortura, alcanzan la palma del martirio y arrebatan así la gloria celestial. La sencillez y la alegría, rasgos peculiares de su carácter, se manifestaron hasta en el momento de su martirio, pues cantando aceptó los sufrimientos y recibió la muerte.

Vino al mundo el 27 de febrero de 1809, en Loudun, en el Poitou, donde sus padres tenían un comercio de telas pintadas de Ruán.

Nada realizó, durante los años de estudio en el colegio de Saumur, ni más tarde en el seminario menor de Montmorillón, por donde se pudiera sospechar que el tranquilo joven llegaría a la altura del héroe: «De gran sencillez, lindante con la simplicidad de carácter, pacífico y dulce, no hería ninguna sensibilidad por extremada que fuese, pues en él no había el menor indicio de amor propio y era bien visto de cuantos con él vivían», según escribe uno de sus biógrafos.

La posición acomodada de sus padres le ponía en situación de seguir una brillante carrera liberal, pero cuando llegó el momento de tomar una

decisión, declaró sencillamente su deseo de estudiar para sacerdote. El 20 de octubre de 1827, a los dieciocho años, ingresó en el Seminario Conciliar de Poitiers. En él no se distinguió más que por una vida ordenada, estudiosa y devota, exenta de rarezas de carácter y de toda originalidad.

VOCACIÓN MISIONERA

PERO la gracia obraba en el interior de aquella alma, y sin poner de manifiesto sus cualidades latentes, Dios preparábase un vaso de elección. Llegó el día en que el deseo del sacrificio empezó a brotar en él. Habiendo dado un misionero de la Compañía de María una conferencia en el Seminario sobre la Propagación de la Fe, el seminarista sintió despertarse en su alma el deseo de las misiones y del martirio.

Madurado que hubo su proyecto, se lo comunicó a su familia, que en un principio se opuso a ello. Hay que leer las cartas a sus padres para ver con qué tierna firmeza las contesta el joven.

Querida madre mía:

No puedo menos de derramar un torrente de lágrimas por las penas que te ocasiono... Si Dios, en verdad, me llama, será para mí el mayor sacrificio el separarme de ti; lo único que me produce pena, sois vosotros... Ten presente que no hay ninguna razón que pueda oponerse a la vocación; que cuando Dios llama a alguno, sólo le da las gracias que le son necesarias para ello, y castiga con la esterilidad todo lo que no es según su voluntad; y si yo obedezco a la tuya, en desprecio de la de Dios, tendré toda mi vida el pesar de no obrar según su voluntad... Y aquí no es el caso de decir: «¿Por qué has de ser tú el que ha de ir?; deja que vayan otros». Dios no dice eso. A aquel a quien envía, no le da derecho de descargarse sobre los demás... Dios y una madre son dos terribles enemigos cuando se trata de disputarse un hijo. Cuando Jesucristo dijo: «Todo aquel que no deje a su padre y a su madre para seguirme cuando yo le llame, no es digno de ser mi discípulo», sabía perfectamente lo que era el corazón de una madre y que su negativa no era el signo de su voluntad.

En otoño de 1830, salió para el Seminario de las Misiones extranjeras de París y en septiembre del año siguiente, diácono aún, fué enviado a la misión de Sechuén, en China. Llegó a Macao en marzo de 1832. Por falta de correos que le guiaran a través del Yunnán, hubo de residir cinco años en Hanoi, en el Tonkín occidental, donde fué ordenado sacerdote el 20 de abril de 1834. Atacado por las fiebres, se consideraba como inútil en la misión; mas por sus sufrimientos y por el sacrificio de su vida, iba a procurar a la Iglesia de Tonkín mayor gloria que darle pudiera con largos trabajos.

ARRESTO. — RELATO DE SU PROPIA CAUTIVIDAD

AUNQUE no tan violenta en Tonkín como en otras regiones, la persecución constituía una amenaza por causa de ciertos edictos antiguos que no habían sido derogados.

Cierto jefe de piratas expulsado de la parroquia de Bau No, situada al norte de la Misión en donde el joven Cornay ejercía su ministerio, conocía el paradero de éste. El mandarín tampoco lo ignoraba, pero, complaciente por entonces, prefería disimularlo.

La mujer del jefe de los piratas, para vengar la expulsión de su marido, acusó a la ciudad de Bau No de ser el foco de una insurrección fomentada por el cuerpo Cornay. La indigna mujer enterro secretamente armas cerca de su casa de Bau No y, segura de su feliz éxito, denunció al misionero.

El gobernador estaba obligado a acoger la denuncia y, para dar muestra de su diligencia, el 20 de junio de 1837, envió un general y 1.500 soldados con orden de sitiar la reducida cristiandad. El misionero no podía escapar a las pesquisas que se hacían. Dejemos que él mismo nos relate con lenguaje sencillo, sosegado y festivo a ratos, los preliminares de su martirio, en algunas cartas escritas a sus padres y a uno de sus Hermanos en religión, las cuales pudieron llegar a su destino gracias a la benevolencia de un mandarín:

En el preciso momento en que vinieron a detenerme, salía para celebrar la santa misa. Como no había tiempo que perder, un cristiano me condujo a escape debajo de un espeso matorral, en donde me agazapé como pude.

Pusiéronse a golpear y a ojear por todos los matorrales del pueblo, y ante la inminencia creciente del peligro que corría, me puse a rezar el rosario, y podéis suponer qué misterios medité; podéis asimismo imaginaros qué sacrificio ofrecí aquella mañana en vez del de la santa misa, y qué meditación hice en vez de la del día.

Sin embargo, hasta las cuatro de la tarde, los soldados no llegaron adonde yo estaba. Cuando vi penetrar en las matas sus largas lanzas provistas de una punta de hierro, no pensé en que hubiera sido preferible haberme dejado atravesar allí mismo, pues hubiese ahorrado todas las miserias que se siguen de las circunstancias presentes; salí antes de que el hierro me hiriera y me entregué a ellos. ¡Vedme, pues, prisionero!

Me sometieron al suplicio de la canga.

Luego de haber permanecido por mucho tiempo expuesto a los ardores del sol, me senté y esperé pacientemente lo que de mí dispondrían.

Hacia las cinco, viendo que mi ayuno se prolongaba, pedí al mandarín un poco de arroz. Diéronme tres cucharadas, que fueron toda mi refección. Así se terminó el primer día. Me dieron una mala estera rota. Sentéme sobre ella como pude con mi artefacto de tortura, pero me fué imposible cerrar los ojos en toda la noche.

Sin embargo, el comandante de las tropas, queriendo dar a su captura más resonancia y tratar a Juan Carlos como a un gran criminal, le hizo construir una jaula.

Vedme aquí, pues, encerrado cual si fuera un lobo —refiere festivamente el misionero—. En esta jaula, estuve al menos al abrigo de los golpes que repartían a troche y moche. Además, una vez la bestia en la jaula, sus guardas, viéndola segura, no se preocuparon más de ella.

Los oficiales examinaron las prendas y ornamentos que me habían tomado y no los trataron naturalmente con la delicadeza de un sacristán. Sin embargo, a mis instancias me concedieron seis tomitos que estaban ante mí. Preguntado sobre el uso que de ellos hacía, les contesté que eran libros de oraciones de los que me servía para rogar por ellos. Esta respuesta les agradó.

—Devolvedme también la imagen de mi Dios —les dije, señalando un crucifijo entre los objetos quitados—. Me ayudará a soportar mi cautiverio.

Los soldados accedieron a mis ruegos, y heme aquí en mi encerramiento llevado por ocho hombres, a Son Bay, capital de la provincia, situada a unas seis leguas de Bau No.

El trayecto fué muy penoso. La jaula hecha de gruesos bambúes, era demasiado ancha para lo estrecho de los caminos, por lo que difícilmente podía pasar por ellos. Continuamente había que ir apartando las malezas, cortár las ramas y a menudo apartarse de los senderos para ir a campo traviesa. El avance era por fuerza lento. La primera noche la jaula y el enjaulado la pasaron al sereno.

Al día siguiente, al amanecer —prosigue el mismo Cornay—, continué la marcha, que fué en cierto sentido demasiado aparatosa. Unos 150 soldados me precedían y otros tantos me seguían con mandarines en palanquín; mi jaula, llevada por ocho hombres, y sombreada por una alfombra roja, iba en el centro; detrás de mí venían diez cristianos, que habían sido detenidos conmigo; andaban tristes, atados uno a otro por el extremo de su canga. En el camino multitud de gente acudía a presenciar la novedad del espectáculo. De este modo llegamos a una de las prefecturas del país; me pusieron ante un mandarín, el cual empezó ante todo por mandarme que cantara, pues tenía yo fama de ser un buen cantor. Aunque me excusé. por estar aún en ayunas, no me valió y hube de cantar.

Desplegué, pues, toda la extensión de mi hermosa voz, seca por ayuno de dos días, y les canté lo que pude acordarme de las viejas canciones de Montmorillón. Todos los soldados me rodearon y numeroso gentío se hubiera agolpado alrededor de la jaula si el temor a la vara en actividad no los contuviera. A partir de este momento, mi papel cambió: fuí un pájaro precioso de hermoso gorjeo. Después me dieron de cenar.

Prosiguióse el camino y llegamos a la capital del gobierno de la provincia de Doai. Me pusieron ante el hotel del gobernador general. Este gobernador era un hombre de bastante estatura, de unos cincuenta años, imberbe y de cara hermosa, realzada por una blancura poco común en el Tonkín. Aproximóse gravemente



EL Beato Juan Carlos Cornay, luego de apresado, es sometido al suplicio de la canga, y así, con las manos y la cabeza en los agujeros en forma que apenas puede moverse, habiendo de soportar además el pesado instrumento de tortura, le dejan varias horas expuesto a los rayos del sol.

a mí y, después de haber examinado con interés cuanto tenía, se retiró. Más tarde me hizo saber que dentro de pocos días, me enviaría a la corte de Cochinchina, a la disposición del rey.

Una vez que el gobernador se hubo alejado, fué rodeada mi jaula por una nube de chiquillos y satélites de los mandarines del lugar. Me compuse lo mejor que pude, y rehusando responder a las preguntas que me dirigían de todas partes, sólo pronuncié estas palabras:

—No tengo miedo.

Palabras que fueron repetidas de boca en boca.

No, no tengas miedo —me decían—; no queremos hacerte daño alguno; sólo la curiosidad nos atrae junto a ti: nunca habíamos visto un europeo.

En todas las visitas que recibí, una de las preguntas que me hacían los curiosos era la de si yo tenía mujer e hijos; les contesté presto que no, y les expliqué la causa y la utilidad de esta privación, lo que no dejó de ser bien comprendido por mis oyentes.

Aproveché de esta circunstancia para hablarles de Jesucristo y de su doctrina, y después canté una letrilla a la Santísima Virgen.

EN EL TORMENTO. — SE DESPIDE DE LA FAMILIA

LA basta jaula de bambú sólo era provisional. En la capital de la provincia fuéle ofrecida otra más elegante, pero más incómoda para el mártir. Cuadrada, de cinco pies de alta por cuatro de ancha, no era ni bastante elevada para que pudiera estar de pie, ni lo suficiente larga para que pudiese tenderse. La tal jaula hacía sufrir al prisionero grandes dolores.

Al cabo de ocho días de enjaulamiento —continúa el mártir—, estoy muy cansado de guardar siempre la misma postura en un espacio tan reducido; por la noche particularmente estoy molido por la dureza de las cañas, pero es necesario sufrir, sin más perspectiva que un aumento de dolores de día en día; tal es la voluntad de Dios. *Fiat!*

En cuanto a mis ocupaciones, rezo el breviario, medito y me entrego a la voluntad de Dios; le pido perdón de mis pecados y que me dé fuerza para sufrir con paciencia; le ruego sobre todo que pueda confesar su santo Nombre ante los infieles.

El misionero no se llamaba a engaño acerca de la suerte que le esperaba. Así se deja entrever en una admirable carta a sus padres:

Cuando recibáis esta carta, queridos padres, no os aflijáis por mi muerte: al consentir mi venida, aceptasteis ya la parte más grande del sacrificio. Cuando leísteis relatos de los males que asolan a este desgraciado país, inquietos por mi suerte, ¿no habéis tenido que renovar este sacrificio? Pronto, al recibir esta última despedida de vuestro hijo, habréis de completarlo; pero ya, de ello estoy

convencido, estaré libre de las miserias de esta vida y seré admitido en la gloria celestial. ¡Oh, cómo pensaré entonces en vosotros! ¡Cómo suplicaré al Señor os dé gran parte de mi recompensa, puesto que la tenéis tan grande en el sacrificio! Sois demasiado buenos cristianos, para no comprender este lenguaje; absténgome, por tanto, de toda reflexión. Adiós, queridísimos padres, adiós; ya en los grillos, ofrezco mis sufrimientos por vosotros. No olvido tampoco a mis hermanas; si en la tierra, cada día os he encomendado a María, ¿qué no haré junto a Ella, si consigo la palma del martirio?

Sin embargo, enterado el rey por los mandarines de la captura hecha por los soldados, retardaba la respuesta. Quince días después, hizo saber que dejaba la sentencia al arbitrio de los mandarines.

Empezaron entonces los interrogatorios; y se sucedieron las instancias para obligar al mártir a apostatar. Ante sus fracasos, le golpearon cruelmente.

Por muy doloroso que haya sido este interrogatorio —escribe aún—, el mayor dolor fué el que sentía en los brazos, atados por el puño y entumecidos, además, por la canga en la que estaban tendidos. Por fin me llevaron a mi jaula y, al llegar a ella, canté la *Salve*. Decid a mi criado Kim que no ha salido un solo ¡ay! de mis labios; no he soltado un solo quejido hasta el fin, cuando ya el brazo me hacía sufrir lo indecible; esperaba ser sometido a nuevos tormentos al día siguiente, según las amenazas que me hicieron, pero Jesús ha apartado de mí ese cáliz de amargura.

En uno de los interrogatorios siguientes, quisieron obligarle a pisotear el crucifijo, pero él se negó rotundamente a semejante sacrilegio.

El rey Ming Mang, apellidado el Nerón anamita, sabiendo que no podría vencer la constancia del europeo, ordenó que le cortasen los miembros.

El Beato se preparó valerosamente al sacrificio y escribió al mismo tiempo a su familia su última y conmovedora carta que puede considerarse como el «testamento del mártir»:

Enjaulado, a 18 de agosto de 1837

Queridos padres:

Mi sangre ha sido ya derramada en los tormentos y aun debe derramarse dos o tres veces antes de que me corten las cuatro extremidades y la cabeza. La pena que experimentaréis al enteraros de estos pormenores, me ha hecho ya verter lágrimas; pero también el pensamiento de que, cuando leáis esta carta, estaré con Dios intercediendo por vosotros, me ha consolado de vuestro dolor y el mío. No señaléis con piedra negra el día de mi muerte: será el más feliz de mi vida, puesto que pondrá término a mis sufrimientos y será el principio de mi felicidad. Incluso mis tormentos serán atenuados; no me golpearán por segunda vez, más que cuando mis primeras heridas estén ya curadas. No me pincharán, ni me desencajarán como a Marchand y, suponiendo que mutilen mi cuerpo, cuatro

hombres lo harán a la par y otro me cortará la cabeza; de ese modo no tendré que sufrir mucho. Consolaos, pues; en breve todo habrá terminado y yo estaré esperándoos en el cielo.

JUAN CARLOS

EL MARTIRIO

EL 20 de septiembre de 1837, miércoles de Témporas, verificóse la ejecución, con ese aparato solemne y siniestro que caracteriza tales actos en el Extremo Oriente.

Trescientos soldados forman el cortejo y alrededor de la jaula del mártir se ordenan los verdugos, sables y hacha en mano. Ante la jaula, un satélite lleva una tabla en la que se lee la sentencia. Un general cierra el cortejo. El padre Thé, un sacerdote anamita, está en medio de la multitud y a una señal convenida da al mártir la última absolución.

A los veinte minutos de camino, el convoy se detiene en un campo; sacan al condenado de su jaula y le hacen sentar para quitarle las cadenas. Mientras los soldados llevan a cabo esta operación, los verdugos clavan en tierra cuatro estacas para con ellas sujetar las extremidades de la víctima. A una señal del mandarín, el mártir se despoja por sí mismo de sus vestidos y se tiende, contra tierra, sobre la estera de su altar que siempre le habían permitido tener en la jaula. Apenas se ha echado cuando los verdugos le atan los pies separados y las manos en los postes, mientras sujetan la cabeza entre otras dos estacas.

Todos estos preparativos no duraron menos de veinte minutos. El misionero estaba condenado a que le cortasen todas las articulaciones, y la cabeza debía ser cortada la última; pero el mandarín cambió la orden real y mandó que comenzasen por cortarle la cabeza.

A una señal del general se oyó un toque de timbal, y el jefe de los verdugos, levantando el sable, de un solo tajo cortó la cabeza del mártir. Cogióla en seguida por una oreja, la arrojó a algunos pasos de distancia y, llevando el sable a sus labios, lamió tranquilamente la sangre. Cortó luego el brazo izquierdo y dejó a sus subalternos el cuidado de hacer lo mismo con las restantes extremidades.

Después partieron el tronco según mandaba la sentencia: los verdugos arrancaron el hígado, lo despedazaron y se lo comieron. «Comiendo su hígado —decían— nos haremos valerosos como él».

Terminada la ejecución, los cristianos recogieron los restos sangrientos, embebieron en la sangre cuanto tuvieron a mano: vestidos del mártir, pañuelos, papel, etc. Hasta los paganos, sobreponiéndose a su horror profundo

por los cadáveres de los ajusticiados, fueron a recoger algunas gotas de esa sangre preciosa, a fin —decían— de «hacer, de estas reliquias raras, diversos sortilegios contra el diablo». Por la tarde, un catequista llevó un ataúd, en el cual se depositaron los miembros, reunidos con tiras de tela, y los enterraron en el mismo lugar del suplicio.

La cabeza, según la sentencia, debía estar expuesta durante tres días y ser después arrojada al río. Primeramente fué llevada por un niño, el cual, al pasar por las tiendas, se detenía para mostrarla. Los cristianos obtuvieron que fuese envuelta en una tela y colocada en una cesta. Al cabo de tres días, consiguieron sustraerla a los paganos y la llevaron a Chieu-ung, cristiandad próxima a Bau No, donde un compañero del mártir Cornay la encerró en un cofre precioso, que colocó en la choza de paja que servía de capilla al convento.

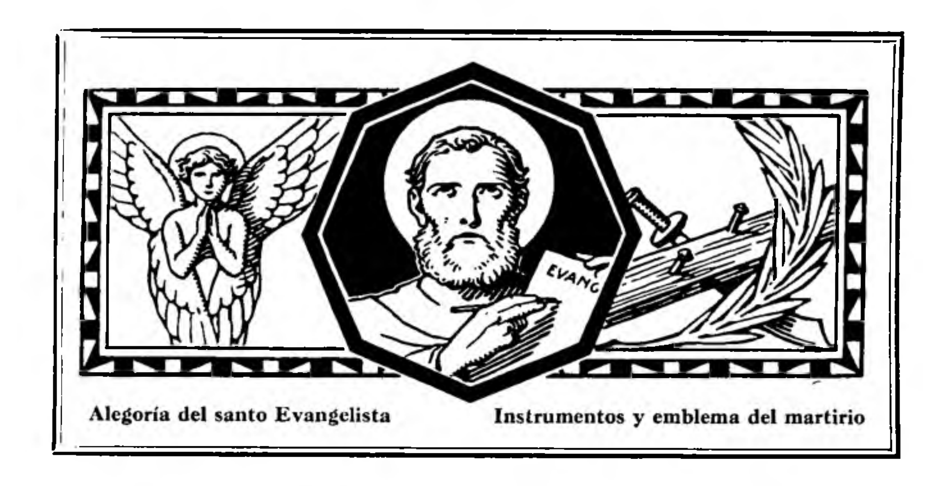
Al año siguiente, en el mes de julio, esos mismos cristianos consiguieron llevarse, durante la noche, el cuerpo y lo transportaron también a Chieu-ung, en donde yace en la pequeña iglesia de ladrillo edificada en 1901 en honor del mártir.

En el Seminario de las Misiones extranjeras se conserva un curioso cuadro pintado por un testigo anamita; cuadro que representa fielmente la escena de la ejecución; y, entre otras reliquias, la estera sobre la cual el mártir fué decapitado y cortado en trozos. Difícilmente se domina una impresión de horror a la vista de las grandes manchas de sangre que el tiempo ha vuelto casi negras y de las señales de los cortes producidos por el hacha de los verdugos al despedazar los miembros de la víctima.

El 27 de mayo de 1900, Juan Carlos Cornay fué beatificado por León XIII con otros 76 mártires misioneros de esta época.

SANTORAL

Santos *Eustaquio y compañeros, mártires;* Agapito, papa; Clicerio, obispo de Milán; Mauricio, abad; *Evilasio, verdugo de Santa Fausta, mártir; Máximo* o *Maximino, propretor, mártir juntamente con los santos Fausta y Evilasio;* Macrobio y Sabino, mártires en Damasco; Teodoro, mártir en Perga de Panfilia junto con su madre; Privado y Dionisio, mártires en Frigia, después de haber sido verdugos de los santos Teodoro y Filipa, durante cuyo martirio se convirtieron; Prisco, Artemidoro y Tabeleo, mártires; Montano, solitario. Beatos **Juan Carlos Cornay, mártir;** y *Francisco de Posadas, dominico.* Santas *Fausta,* Susana y Cándida, vírgenes y mártires; Filipa, madre de San Teodoro, mártir en tiempos de Antonino.



Alegoría del santo Evangelista — Instrumentos y emblema del martirio

DÍA 21 DE SEPTIEMBRE

SAN MATEO

APÓSTOL Y EVANGELISTA (siglo I)

FUÉ San Mateo uno de los doce afortunados Apóstoles que Jesucristo escogió para ser íntimos confidentes suyos durante su vida pública, y para continuar su obra evangelizadora después de su admirable Ascensión a los cielos.

De entre los doce elegidos del Señor, tan sólo dos, San Mateo y San Juan, dejaron escrita la vida del Divino Salvador. Su testimonio es directo, mientras que los otros dos Evangelistas, San Marcos y San Lucas, narran lo que oyeron de María Santísima, de los Apóstoles y de otros testigos inmediatos.

San Mateo fué el primero de los autores divinamente inspirados que puso por escrito lo que los Apóstoles acostumbraban a predicar de Jesucristo en sus ordinarias pláticas. La primacía cronológica de su Evangelio, afirmada por la tradición de los Santos Padres, pero impugnada en tiempos modernos por críticos protestantes y librepensadores, fué proclamada verdadera por la Comisión Bíblica el 19 de junio de 1911; de donde resulta que San Mateo es ciertamente el primero de los Evangelistas, y que su obra, redactada en arameo, pero cuyo texto original se ha perdido, se conserva fielmente en la traducción griega que aun existe.

ALCABALERO Y PUBLICANO

MATEO, hijo de Alfeo —según afirma San Marcos—, era oriundo de Galilea. Llamábase también Leví, pero desde su vocación al Apostolado, no se le conoce más que por el de Mateo, que en hebreo significa «dado por Dios».

Antes que Jesús le llamase, era recaudador de impuestos, oficio muy odiado por cierto y sobremanera aborrecido entre los judíos, quienes designaban a estos funcionarios con el nombre despectivo de publicanos, considerándolos paganos, excomulgados y públicos pecadores.

San Mateo tenía el despacho en Cafarnaúm, importante centro de tráfico a orillas del lago de Genezaret, por el que pasaban las caravanas de mercaderes que, desde Damasco y ciudades de Mesopotamia, iban a Palestina, a Egipto y a los puertos del Mediterráneo.

Su empleo —y más siendo él jefe de oficina, según dice Metafrastes— era, pues, suficiente para que San Mateo fuese mal conceptuado entre los de nación, no por judío infiel —por el contrario, todo lleva a creer que era hombre religioso, irreprochable y aun muy señalado cumplidor de la ley de Moisés—, sino porque el odio de que era blanco su profesión le clasificaba entre los aborrecidos publicanos.

En ninguna parte ve el pueblo con buenos ojos a los cobradores de gabelas; pero tiempos hubo en que este oficio fué objeto de mayor execración. Ocurría esto, sobre todo, cuando en vez de cobrarse los impuestos según leyes o normas fijas y uniformes por medio de agentes oficiales, los percibía el Estado valiéndose de empresas o particulares arrendatarios, que tenían fama —no siempre inmerecida— de explotar el negocio y enriquecerse a cuenta de los demás. La Historia trae no pocos ejemplos de funcionarios a quienes el pueblo estigmatizaba con tacha indeleble por ejercer alguno de esos aborrecidos empleos públicos, aun cuando en su conducta personal pudieran aparecer como intachables.

Ahora bien, antiguamente percibíanse los tributos y cargas por medio de compañías arrendatarias, y todos los agentes del fisco eran publicanos. El jefe de éstos entregaba al Estado la suma contratada, y él, según tasa que fijaba por individuos, propiedades y mercancías, recogía fondos por medio de sus agentes particulares, procurando —como es natural a la codicia humana y más si la conciencia está depravada— sacar crecido beneficio, cuando no ganancias copiosas. Este sistema tributario era, entre los romanos, muy lucrativo y fuente de cuantiosísimos ingresos para los recaudadores, al par que ocasión de cargas exorbitantes y de crueles vejaciones para el pueblo.

Entre los judíos, agravaba esta impopularidad de los agentes del fisco, la sensibilidad excesiva del orgullo nacional; porque los tributos que se veían obligados a pagar a Roma les recordaban que eran pueblo conquistado y condenado a servidumbre afrentosa y detestable; y, además, porque juzgaban que, en su calidad de pueblo escogido de Dios, debían estar exentos de los impuestos y exacciones que otros pagaban.

VOCACIÓN DE SAN MATEO

PLUGO a Cristo, Señor nuestro sapientísimo, escoger en clase tan despreciada a uno de su amados Apóstoles. Después de la milagrosa curación del paralítico, que habían llevado ante Él descolgándolo por el techo de la casa en que se hospedaba con sus discípulos y hablaba al pueblo, fuése nuestro divino Salvador al lago. De camino vió a Mateo sentado en la oficina de las alcabalas y tributos y le dijo: «Sígueme». Al punto se levantó Mateo y le siguió.

Por cierto que fué este caso motivo de gran escándalo para los escribas y fariseos. Muy irritados estaban ya contra Jesús porque había elegido para discípulos suyos a pobres y despreciables pescadores como Pedro, Andrés, Santiago y Juan, y he aquí que al pasar por delante de la oficina de los desprestigiados publicanos, se lleva al que es cabeza de ellos.

Pero aun creció su asombro cuando vieron a Jesús entrar en casa de Mateo y sentarse a la mesa con él y otros muchos publicanos. No pudiendo contener más su indignación, dirigiéronse a los Apóstoles con intento de abochornarlos. «¿Cómo es —les dijeron— que vuestro Maestro come con publicanos y pecadores?» A lo que no sabían ellos probablemente qué responder. Mas, oyéndolos Jesús, dijo: «No son los que están sanos, sino los enfermos los que necesitan de médico»; y añadió para llevarlos a considerar la preeminencia que tiene la caridad con el prójimo sobre los sacrificios y ritos legales: «Id, pues, a aprender lo que significa: Más estimo la misericordia que el sacrificio»; palabras que se leen en el libro de Oseas (VI, 6). Por último declaróles la misión que había venido a cumplir en este mundo, diciendo: «No he venido a llamar a los justos a penitencia, sino a los pecadores».

A partir de ese día, fué contado Mateo entre los Apóstoles del Señor. Nada sabemos de su vida antes de este llamamiento, sino que era publicano, como él dice de sí mismo. Parece verosímil que conocía ya al Divino Maestro por la fama de los milagros que había obrado en Galilea y en la propia Cafarnaúm, donde él vivía; que le había oído predicar en la sinagoga de dicha ciudad y se había conmovido por la palabra de aquel hombre que hablaba como nunca jamás hombre alguno había hablado.

Así, no es de maravillar que, al ser llamado inesperadamente por Jesús, no vacilase un instante en dejarlo todo para ir en pos de Él; con lo cual nos dió ejemplo de la presteza con que debemos obedecer a la voz de Dios, y dar de mano a todas las cosas de la tierra para seguirle, cuando nos llama. No era Mateo persona inculta; las frecuentes citas que del Antiguo Testamento trae en su Evangelio, prueban que conocía las Sagradas Escrituras. Todo hace creer que también tenía fortuna holgada, ya que poseía casa propia, la cual fué sin duda, desde entonces, la predilecta del Salvador, mientras residía en Cafarnaúm.

Muy poco se habla de San Mateo en el Evangelio. Tan sólo tres veces se hace mención de él: la primera, cuando Jesucristo le llamó al apostolado; la segunda, cuando el Apóstol agasajó al Maestro con un banquete; y la tercera, en la enumeración de los doce que componían el Colegio Apostólico.

LISTA DE LOS APÓSTOLES

DE cuatro fuentes sacamos la lista completa de los doce Apóstoles del Señor: son los Evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas, y los *Hechos de los Apóstoles*. En todas estas listas forman, los doce, tres grupos de cuatro personas, con la particularidad de que los primeros de cada grupo son siempre los mismos, a saber: Pedro, Felipe y Santiago el Menor, respectivamente. Los demás miembros varían dentro de cada grupo, pero ninguno pasa de un grupo a otro. ¿Por qué esta clasificación? ¿Por qué tal ordenación? Difícil es dar con el motivo. ¿Sería, acaso, algún lazo de parentesco o de especial amistad entre ellos? ¿Sería, quizá, por las relaciones personales que tenía cada uno con el Divino Maestro, o tal vez según la fecha de su llamamiento al apostolado? Esta última razón parece la más aceptable, cuando menos para los del primer grupo: Pedro, Andrés, Santiago el Mayor y Juan, que fueron los primeros llamados. Sea como fuere, cuanto se diga de esta clasificación resulta hipotético.

San Mateo forma parte del segundo grupo. Es de notar que mientras San Marcos y San Lucas le nombran en tercer lugar, es decir, antes que Tomás, que figura el último, en la lista que el propio Mateo da, se coloca después de Tomás, sin duda por imposición de su humildad; y así, aparece el postrero en el segundo grupo que se lee en su Evangelio, acompañando su nombre con el epíteto desprestigioso de publicano, para manifestar más la gracia del Señor, que de tan despreciable estado le había llamado a ser discípulo suyo. La lista que traen los *Hechos de los Apóstoles* no contiene más que once nombres, porque se refiere al tiempo que transcurrió entre la defección de Judas Iscariote y la elección de San Matías.



INSPIRADO *por el Espíritu Santo, San Mateo escribe el Evangelio en la propia lengua de los hebreos, para enseñar y confirmar más en la fe a los muchos que de aquel pueblo habían creído en el Señor Este Evangelio es el primero de los cuatro que se escribieron.*

EL EVANGELIO DE SAN MATEO

COMO queda ya apuntado, el Evangelio de San Mateo es, en el orden cronológico, el primero de los cuatro. Si bien resulta imposible precisar con documentos contemporáneos la fecha y el lugar de su publicación, puédese afirmar que fué escrito en Jerusalén antes de la dispersión de los Apóstoles, la cual se efectuó a lo que parece el año 42, consumada ya la degollación de Santiago el Mayor.

San Mateo escribió su Evangelio en arameo o sirocaldaico, dialecto hebreo que se hablaba en Palestina desde la vuelta del cautiverio de Babilonia. Dedicábalo especialmente a los judíos cristianos. Esto que la tradición asegura, queda confirmado por los caracteres intrínsecos del escrito. Así, por ejemplo, el autor hace referencia a usos civiles y religiosos de su nación, pero sin entrar en pormenores ni explicarlos; menciona ciudades y lugares sin cuidar de fijar su posición topográfica, como quien escribe para lectores perfectamente informados de la Geografía de Palestina.

Sin embargo, pronto llegaron a ser mucho más numerosos los cristianos de lengua griega, que los hebreos, lo que obligó a traducir el texto original en dicho idioma para que pudiera ser leído en las reuniones o asambleas. Ignórase el autor y la fecha de esta traducción; pero, desde luego es antiquísima, puesto que, según testimonio de San Jerónimo, ya corría en manos de los sucesores inmediatos de los Apóstoles, como San Clemente de Roma, San Policarpo obispo de Esmirna y San Ignacio de Antioquía.

Hay fundamento para afirmar que, al separarse los Apóstoles, cada uno se llevó un ejemplar del texto primitivo de San Mateo, pues se hallan indicios o rastros del mismo en varios países. Así, San Panteno, célebre doctor alejandrino, que fué a la India para evangelizarla, en el siglo II, halló en ella el Evangelio de San Mateo en idioma arameo. Fué el apóstol San Bartolomé quien, según afirma Eusebio en su *Historia Eclesiástica* (Cap. V, 10), adoctrinara aquellas apartadas comarcas y quien había dejado dicho texto hebraico a sus habitantes convertidos. En la librería de Cesarea se hallaba un ejemplar que los nazarenos prestaron al presbítero San Pánfilo, martirizado en 308, para que lo tradujese.

En cuanto al texto griego —excelente en todos sus aspectos, el único que ha llegado hasta nosotros y que sirvió de original para la versión latina de la Vulgata—, conservóse durante mucho tiempo en el palacio de los emperadores de Constantinopla.

El lector Teodosio —en la *Vida del Emperador Zenón*— y el monje Alejandro —autor de las *Actas de San Bernabé*— refieren el maravilloso hallaz-

go de dicho original; y es como sigue: El glorioso apóstol San Bernabé recibió sepultura en la isla de Chipre, su patria; pero, con el tiempo, a consecuencia de terribles y prolongadas persecuciones, borróse el recuerdo de su sepulcro. Hacia el año 485, reinando el emperador Zenón, aparecióse tres veces el santo apóstol a Antemio, obispo de Salamina —en la ya nombrada isla de Chipre—, y le indicó el lugar de su sepultura, que era una cueva próxima a la ciudad. Díjole, además, que hallaría sobre su pecho el Evangelio de San Mateo, escrito de su propia mano. Todo sucedió conforme a lo anunciado, obrando Dios con este hallazgo muchos y grandes prodigios.

Comunicó Artemio a Zenón el feliz suceso y, accediendo a las grandes instancias de éste, le envió el precioso manuscrito. Recibiólo el emperador con religiosísimo respeto, mandó guarnecerlo de láminas de oro y conservarlo en el tesoro imperial. Todos los años, el día quinto de la semana de Pascua, durante los divinos misterios que se celebraban en la capilla imperial, leíase en tan preciado libro el Evangelio del día. No queda, pues, la menor duda de que dicho ejemplar estaba escrito en griego —lengua litúrgica del rito oriental—, ni que dicha versión se hizo en los tiempos apostólicos. Atribúyenla algunos a San Bernabé; otros, a Santiago el Menor, a San Juan Evangelista, o al mismo San Mateo.

CARACTERÍSTICAS DEL PRIMER EVANGELIO

QUIEN lea con espíritu observador el Evangelio según San Mateo, se percatará pronto de que en todo el relato, desde el principio hasta el fin, domina una idea: la de probar a los judíos que Jesucristo es verdaderamente el Mesías prometido, esperado por ellos. De continuo trae citas del Antiguo Testamento, sobre todo de los libros de los Profetas, para demostar el cumplimiento de los vaticinios en la persona del Divino Redentor. A menudo confirma los hechos que refiere valiéndose de éstas o parecidas fórmulas: *Todo lo cual se hizo en cumplimiento de..., De suerte que se cumplió...,* tal oráculo de las Sagradas Escrituras.

Empieza San Mateo su libro dando primero la genealogía temporal de Jesucristo, con la cual demuestra perfectamente que el Mesías desciende en verdad de David y de Abrahán, conforme habían anunciado los Profetas.

Al revelarnos el misterio de la concepción de Dios Hombre en el seno de María por obra del Espíritu Santo, tiene cuidado de recordar el oráculo en que Isaías anunciaba que el Mesías nacería de una Virgen (I, 22-23). Al referir la huída a Egipto no se olvida de decir que así se realizó para que se cumpliese lo que había escrito Oseas: «De Egipto llamé a mi Hijo» (II, 15). Cuando habla de la vuelta de la Sagrada Familia, que fué a vivir a Nazaret

y no a Belén, declara que, con ello, tuvieron plena realización las profecías según las cuales el Ungido del Señor sería llamado «Nazareno» (II, 23).

Más adelante manifiesta San Mateo que Isaías anunció al Precursor del Mesías llamándole «Voz del que clama en el desierto» (III, 3); que de este mismo libro profético sacó Jesús la respuesta que dió a los discípulos de Juan el Bautista, cuando le preguntaron quién era Él (XI, 5); que si Jesús usaba de lenguaje parabólico, era para que se cumpliese otro oráculo del mismo Isaías (XIII, 14); que el Salvador se manifestaba manso y humilde de corazón, porque era aquel misterioso «siervo» de quien Isaías había dicho «que no contendería con nadie, no quebraría la caña cascada, ni acabaría de apagar la mecha aun humeante» (XII, 18-20).

En la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén ve San Mateo el cumplimiento de una profecía de Zacarías (XXI, 4-5); en las particulares circunstancias de la Pasión: su prendimiento en el huerto, la huída de los Apóstoles, la traición de Judas, las treinta monedas de plata, las últimas palabras del Salvador...; en todas y en cada una insiste en que se realizaron para que se cumplieran las Escrituras.

Este cuidado de parangonar con las profecías los hechos que refiere, es el sello característico del primer Evangelio. También lo es la sencillez del relato, al par que su majestad y grandeza. A pesar de su lenguaje popular, denotan estas páginas altísima dignidad. Además, contribuye a darle sello propio el solícito cuidado que tiene San Mateo de transcribir los grandes y sublimes discursos de Nuestro Señor.

Asimismo importa tener presente que no pretende San Mateo seguir el orden cronológico en la narración de los hechos, sino que agrupa los milagros, las parábolas, los sermones, según un orden lógico y sistemático, para que mejor domine la personalidad humana del Hijo de Dios entre los hombres. Claro está que en el conjunto conserva la cronología general, desde el nacimiento hasta la muerte del Salvador, pero en los pormenores no hay que buscar un orden riguroso que el autor no pretendió seguir.

APOSTOLADO DE SAN MATEO

EL velo de la oscuridad envuelve la labor apostólica de San Mateo. ¿A qué naciones llevó la luz del Evangelio? En realidad de verdad, nada de cierto se sabe. Abundan, sin embargo, recuerdos tradicionales; pero se escribieron algo tarde, y, por esto, aparecen incoherentes, están stán vestidos con el ropaje de leyendas y son a veces contradictorios. Si hemos de creer al historiador Sócrates, San Mateo habría evangelizado la Etiopía, pero una Etiopía que debía hallarse al sur del mar Caspio. Según San Am-

brosio, fué apóstol de Persia; según San Isidoro, lo fué de Macedonia; y Simón Metafrastes dice que predicó a los medos y partos. Es probable que San Mateo, ardiendo en santo celo como los demás Apóstoles, llevaría la luz de la fe a varias naciones, pero no es posible precisar con exactitud cuáles fueron las adoctrinadas por él.

Clemente de Alejandría, después de describir su austero género de vida, asegura que murió de muerte natural. Nicéforo, por el contrario, trae larga relación de su maravilloso martirio por el fuego, en Etiopía; mientras que según el Breviario Romano, fué víctima de hacha homicida al pie del altar, cuando celebraba los Sagrados Misterios.

CULTO. — RELIQUIAS

LA Iglesia latina y la griega honran al evangelista San Mateo con el título de mártir: la primera, a 21 de septiembre; la segunda, a 15 de noviembre.

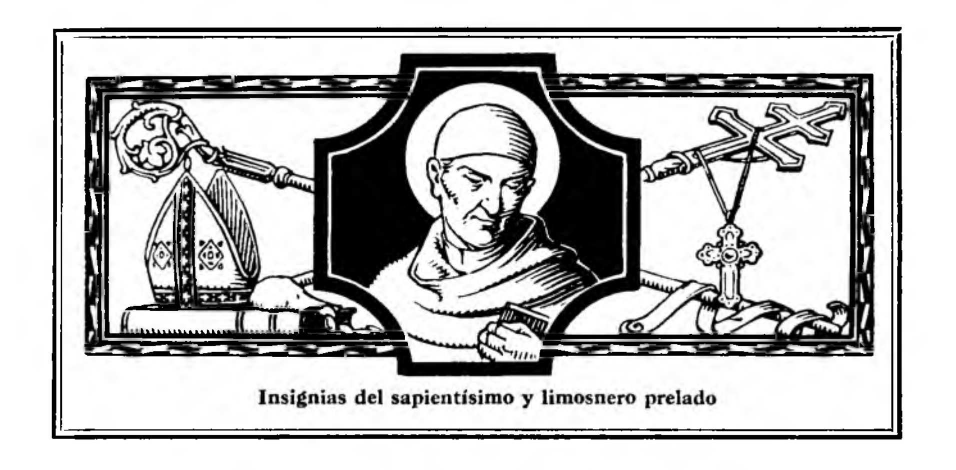
Sus reliquias, llevadas en 954 de Etiopía a Salerno (Italia), fueron tan cuidadosamente ocultadas, que se perdió todo rastro de ellas durante 120 años. Por el testimonio de San Gregorio VII, que lo escribe a Alfano, obispo de dicha ciudad, sabemos que fueron nuevamente descubiertas en 1080, durante el pontificado del mencionado Papa, en un sepulcro secreto.

Allí mismo, en Salerno, después de consagrar la iglesia dedicada a San Mateo, murió santamente este ilustre Pontífice, perseguido y desterrado de Roma por el emperador Enrique IV de Alemania. Él fué quien pronunció estas célebres y significativas palabras: «Amé la justicia y aborrecí la iniquidad; por esto muero en el destierro».

El cuerpo de San Mateo sigue siendo reverenciado en Salerno con gran devoción. Su sagrado cráneo fué donado a la catedral de Beauvais (Francia), de donde desapareció durante la funesta revolución de 1793. Felizmente había sido cedida una parte a Chartres, y allí se conserva en el convento de la Visitación.

SANTORAL

Santos Mateo, apóstol y evangelista; *Jonás, profeta;* Alejandro, obispo y mártir; Castor, obispo de Apt, en la Provenza; Isacio, obispo de Chipre y mártir; Melecio, obispo de Chipre, confesor; Vicente de Besalú, presbítero y mártir (honrado el 1.º de septiembre); *Eusebio, mártir en Fenicia;* Pánfilo, mártir en Roma. Beatos Mártires de Corea; Agustín Adorno, fundador de los Clérigos Regulares Menores. Santas *Ifigenia* o *Efigenia* y Maura, vírgenes.


Insignias del sapientísimo y limosnero prelado

DIA 22 DE SEPTIEMBRE

STO. TOMAS DE VILLANUEVA

AGUSTINO Y ARZOBISPO DE VALENCIA (1488-1555)

MIENTRAS un ex monje agustino, el apóstata Martín Lutero, escandalizaba, despedazaba y pervertía a Alemania, otro monje agustino, Tomás de Villanueva, edificaba y santificaba a España.

Nació este insigne Santo en la villa de Fuenllana, provincia de Ciudad Real, el año de 1488, y se crió en Villanueva de los Infantes, de donde tomó el apellido al entrar en la Orden de San Agustín. Su padre se llamó Alonso Tomás García, y era caballero principal de Villanueva; su madre doña Lucía Martínez de Castellanos, natural de Fuenllana, era de familia importante de aquella villa. Ambos esposos se señalaron por su caridad con los pobres, los cuales los llamaban los santos limosneros. Repartíales don Alonso las rentas de un molino, y a los labradores les prestaba trigo para la siembra y luego se lo perdonaba.

Doña Lucía era virtuosísima y muy devota señora. Confesábase y comulgaba cada semana. Debajo de sus sencillos vestidos llevaba áspero cilicio, ayunaba cada sábado y, a ciertas horas del día, retirábase a un oratorio con sus sobrinas y criadas para darse a la oración. Trabajaba para los menesterosos; a menudo tomaba para sí la labor de pobres obreras, hacíala ella misma

y se la devolvía junto con el salario. Con los pobres vergonzantes, presos y enfermos, tenía entrañas maternales, y tal misericordia y compasión, que el Señor la premió muchas veces con milagros.

Había repartido cierto día a los pobres toda la harina que le habían traído del molino, cuando llegó otro mendigo; pero las criadas dijeron que ya se había dado toda la harina. «Volved al granero, hijas, por amor de Dios, y barredlo; que no permitirá el Señor que se vaya de mi casa este pobre sin limosna». Las criadas obedecieron y, admiradas al ver el granero lleno, empezaron a dar voces. «Pero, señora, ¿qué ha pasado? ¡Dejamos vacío el granero y lo hallamos lleno!» Diciendo esto prorrumpieron en alabanzas al Señor, que tan liberal se mostraba con los pobres.

EL NIÑO LIMOSNERO

A vista de tan maravillosos ejemplos de misericordia y piedad, y prevenido con la gracia de Dios, creció también en el corazón de Tomás la cristiana virtud de la caridad para con los prójimos, y aun excedió mucho a sus padres en la misericordia con los menesterosos. Ya en su niñez mereció el nombre de Padre de los necesitados. Llevaba su almuerzo a la escuela, y se lo daba a los niños pobres. Muchas veces volvía a casa sin medias, ni zapatos, ni vestido, por habérselo dado a los que encontraba.

Si llegaba algún mendigo después que se había repartido todo el pan, Tomás pedía a su madre que le diese la ración que a él le correspondía, como así lo hacía ella a menudo para probar la virtud de su hijo. Pero otras veces se lo negaba; entonces le pedía Tomás su ración de comida como para comerla con sus amiguitos, pero era para darla de limosna.

Estando un día su madre fuera de casa, llegaron seis pobres. No hallando nada que darles, fuése el santo niño adonde estaba una gallina con seis pollos que criaba, y repartió los pollos entre los pobres, dando a cada uno el suyo. Vino su madre, y preguntándole cómo había hecho aquello, respondió sonriendo:

—Señora, no me sufrían las entrañas que los pobres se fuesen como habían venido. No hallando pan ni otra cosa que darles de limosna, les he dado un pollito a cada uno, y si viniera otro pobre, pensaba darle la gallina.

Si en casa le regalaban algún dinerillo, iba a comprar huevos y los llevaba corriendo a los enfermos del hospital. En la época de la siega solían enviarle sus padres a llevar el almuerzo y comida a los segadores; y, sin que ellos lo echasen de ver, daba mucha parte a los pobres, que iban, como era costumbre, a recoger las espigas; mas al llegar los segadores a comer, no lo echaban de menos, porque el Señor suplía milagrosamente la falta.

Yà en tan tierna edad, ayunaba los días que manda la Iglesia y muchos más, y se disciplinaba con muchísimo rigor, aunque en secreto. Su madre, empero, lo sabía, por haber hallado un día las disciplinas junto a la cama, pero de ello se alegraba y daba gracias al Señor.

Siendo de edad de quince años, enviáronle sus padres a la Universidad de Alcalá, fundada poco antes por el cardenal Cisneros. Tanto aprovechó en los estudios de Filosofía y Teología que, buscando el insigne Cardenal los mejores estudiantes para dar buen principio al colegio mayor de San Ildefonso, luego le nombró colegial. Vacando después la cátedra de Filosofía moral de la universidad de Salamanca, proveyóla el claustro en Tomás de Villanueva.

Pero ya entonces empezó a meditar con atención aquellas palabras del divino Maestro: «Quien no renuncia a cuanto posee, no puede ser mi discípulo». Con sus palabras y ejemplos trajo a muchos estudiantes a abrazar vida perfecta, y él mismo, deseoso de retirarse del mundo, pidió al Señor le diese su divina luz para no errar en la elección de estado.

RELIGIOSO AGUSTINO

ESTANDO ocupado en los estudios, supo la muerte de su padre; y así, fuéle forzado volver a Villanueva para consolar a su madre, y disponer del patrimonio. Viendo que había heredado una casa principal, rogó a su madre pusiese en ella camas y ropas, a fin de que sirviese de hospital para pobres y peregrinos. Guardó cuanto necesitaba para el sustento de su madre, y todo lo demás lo repartió a los pobres.

Entonces oyó más claramente la divina invitación: «Olvida tu pueblo y la casa de tu padre». A los veintiocho años, entró en la Orden de los Ermitaños de San Agustín de Salamanca, donde tomó el hábito a 21 de noviembre del año 1516, festividad de la Presentación de Nuestra Señora, a quien tuvo toda la vida ardiente y filial devoción. Acabado el año de noviciado, en el que dió ejemplo de todas las virtudes, hizo su profesión en 1517.

Pasados tres años, se ordenó de sacerdote; celebró la primera misa en la fiesta del Nacimiento de Cristo nuestro Señor. Su fervor fué tal que, en el Gloria y Prefacio, parecía arrobado en éxtasis. El misterio de aquella festividad, el Nacimiento del Verbo, hecho carne por amor a los hombres, conmovíale vivamente, y en sus últimos años no pudo celebrar en público las tres misas de Navidad por los éxtasis que en ellas tenía.

A pesar de su inclinación a la vida retirada y escondida, los superiores no le permitieron ocultar los talentos que había recibido del cielo. Mandáronle enseñar Teología en el convento de Salamanca, y él explicó el *Maestro*

de las Sentencias, Pedro Lombardo, según la mente de Santo Tomás de Aquino, llevando a sus alumnos a un tiempo a la ciencia y a la piedad. Solía decir que el recogimiento del claustro no excluye el estudio de las letras, pero que la ciencia sin la devoción es una espada en manos de un niño, el cual sólo puede dañarse con ella, sin hacer ningún bien a los demás.

Empezó también a predicar en la ciudad. Por su espíritu y su celo, le comparaban con San Pablo y con el profeta Elías. El fruto de sus sermones era increíble. De tal manera trocó la ciudad, que los cristianos no aspiraban sino a la penitencia. Don Juan de Muñatones, agustino, y a la sazón obispo de Segorbe, decía «que a quien mirase entonces a la ciudad de Salamanca, no le parecería ciudad de seglares, sino un gran monasterio de religiosos».

Oyóle predicar un día el emperador Carlos V, y agradóle tanto el primer sermón, que ya quiso oírlos todos, y si no podía ir en público, iba en secreto y mezclábase con la muchedumbre. Luego le hizo su predicador. El Santo aprovechó aquella influencia para lograr el indulto de algunos reos.

Dos veces fué prior de Salamanca y de Burgos, y muchas del convento de Valladolid; fué asimismo provincial de Andalucía y de Castilla, habiendo sido antes visitador de ambas provincias cuando estaban juntas. Desempeñó estos cargos con tanta humildad, mansedumbre y celo por la observancia religiosa, que todos los frailes le amaban como a padre y le respetaban como a superior. Fué enemigo de toda novedad; contentábase con hacer observar las leyes de los mayores y las buenas costumbres de las provincias y residencias. Visitaba por sí mismo todos los conventos de su provincia, y en ellos solía recomendar cuatro cosas principales: la celebración devota, atenta y digna del oficio divino y de la misa; limpieza y aseo de las iglesias y altares, y cuanto se refiere al culto divino, afirmando que ésta era la puerta por donde entran las felicidades a los monasterios; la lectura y meditación de la Escritura sagrada, como propia para ahuyentar de los religiosos todos los disgustos, inquietudes y tentaciones; la unión y caridad fraterna verdadera y no fingida, y el amor al trabajo, pues la pereza y ociosidad acaban con todas las virtudes religiosas.

ARZOBISPO DE VALENCIA

EN medio de sus apostólicas tareas, levantábase Tomás día tras día a mayor perfección; a muchas personas del siglo logró traerlas a vida santísima, y en los conventos a él encomendados, florecieron las virtudes religiosas. Pero el Señor le destinaba a mayores trabajos.

Quedó vacante el arzobispado de Granada el año de 1528, y el emperador Carlos eligió para ocupar esta silla a Tomás de Villanueva, a la sazón



AL entrar Santo Tomás de Villanueva en Valencia para tomar posesión de la silla del arzobispado, hácelo muy modestamente y en noche de gran lluvia. Como desde mucho tiempo se padecía gran sequía, en sabiendo que había llegado a la ciudad, atribuyeron todos este favor al Santo.

provincial de Castilla. Llamóle para que la aceptase; pero fué tal la resistencia que hizo el Santo, que desistió esta vez el emperador. Dieciséis años más tarde, vacó el arzobispado de Valencia. El emperador se hallaba entonces en Flandes. Nombró por arzobispo de Valencia a un religioso jerónimo, y mandó a su secretario que despachase la cédula. Pero al hacerla, puso en ella el secretario a fray Tomás de Villanueva. Llevósela al emperador para que la firmase.

—«¿Qué habéis escrito? —le dijo Carlos V—. Yo no os dije a un agustino, sino a un jerónimo.

—Ciertamente, Señor, a mí me pareció haber oído el nombre de fray Tomás; pero haré otra cédula, y pondré el que Vuestra Majestad mande.

—No —repuso el emperador—; no deshagamos lo que Dios ha hecho. Aquel primer arzobispo lo nombré yo; éste le nombra Dios».

Firmó luego la cédula para fray Tomás (5 de agosto de 1544) y la despachó a Valladolid, donde estaba de prior el Santo. Entristecióse fray Tomás con esta noticia, y excusóse con tal resistencia, que ni bastaron los ruegos de los grandes señores, ni las razones del príncipe don Felipe; pero no tuvo más remedio que ceder, cuando el provincial se lo mandó en virtud de santa obediencia. El papa Paulo III confirmó la elección a 10 de octubre, y un mes después le envió el palio. El Santo dejó su celda con muchas lágrimas, se hizo consagrar, y partió a pie para Valencia, sin más acompañamiento que el de un religioso y dos criados.

El reino de Valencia padecía aquel año grande falta de agua. Fué cosa de maravillar que, al entrar el santo arzobispo por el distrito de su diócesis, luego empezó a llover con abundancia, como presagiando las muchas y grandes mercedes que el cielo reservaba a aquellas tierras.

VIRTUDES DEL SANTO

LLOVÍA a cántaros cuando llegó el Santo a la puerta del convento de Valencia con su compañero. El Hermano portero los vió llegar, y al preguntarles de dónde y a qué venían, fray Tomás sólo le dijo que pedían hospitalidad para un par de días. Pero el prior, que esperaba la llegada del arzobispo, empezó a sospechar si sería uno de aquellos dos padres. Con todo, al verlos tan sencillos, sin cartas de obediencia, sin acompañamiento ninguno, le daba qué pensar. Recibiólos, no obstante, al verlos tan modestos y compuestos, pero les pidió dispensa si no podía servirlos como merecían, por ser el convento muy pobre.

—No se moleste, padre prior —le dijo fray Tomás—; este padre y vuestro servidor nos contentaremos con una celdilla mientras duren las lluvias;

por lo que al sustento se refiere, ya nos arreglaremos; pronto vendrá el criado encargado de los gastos del viaje.

Al fin, el prior tuvo atrevimiento para preguntarle:

—Os suplico, padre, por amor de Dios, que me saquéis de duda. ¿No sois por ventura el señor arzobispo?

—Sí, lo soy —respondió Tomás, no pudiendo ya ocultar la verdad—; aunque muy incapaz e indigno.

El prior se arrodilló ante él, admirado, y le besó la mano.

Hizo su entrada en Valencia a 1.° de enero de 1545, vestido con el pobre hábito de monje. Todos admiraban su recogimiento y devoción. Los canónigos, viéndole tan pobre, le enviaron cuatro mil escudos para que amueblase su casa, pero él los mandó al hospital para alivio de los enfermos.

Parte del clero de aquella diócesis llevaba por entonces vida menos ejemplar, por haberse administrado mucho tiempo por vicarios y visitadores, sin asistencia del propio pastor. Y no es pequeña prueba de la vitalidad divina de la Iglesia el haber atravesado los siglos con continuada prosperidad, a pesar de la flaqueza de los hombres. El Santo emprendió la reforma de su arzobispado con leyes santísimas y prudentísimas, y, sobre todo, con el ejemplo de su vida pobre y muy austera.

No dejó con la dignidad de arzobispo las virtudes de religioso. Sólo manjares ordinarios se ponían en su mesa. A más de los ayunos de regla que siguió observando rigurosamente, en el Adviento, Cuaresma y vigilias de las fiestas solía ayunar a pan y agua. Traía los mismos hábitos que en su convento y, siempre que podía ser, los remendaba él mismo. Si le rogaban que se vistiese más conforme a su dignidad, respondía que tenía hecho voto de pobreza. Una vez, con todo, dió gusto a los canónigos poniéndose bonetillo de seda; pero luego decía con mucha gracia señalando el bonetillo: «Veis aquí mi arzobispado; porque no les parece a los señores canónigos que soy arzobispo, si no traigo bonetillo de seda. No consiste la autoridad de un prelado en lo precioso de las ropas, sino en el celo de las almas que Dios le ha encomendado».

Su palacio era la mansión de la pobreza; jamás sufrió ni tapicería ni sobremesas. Dormía ordinariamente sobre un haz de sarmientos, con una piedra por cabecera. Esa fué la principal industria del santo arzobispo para reformar al clero: el ejemplo de su santa vida.

Su primer acto oficial, al tomar posesión, fué anunciar la visita de la diócesis con una pastoral en la que exhortaba a todos a la perfecta conversión. Dos meses después de esta visita convocó sínodo provincial, para recordar a los sacerdotes las leyes eclesiásticas. Muchos se enmendaron, y con su ejemplo, benignidad y prudencia traía cada día alguno a vida fervorosa y santa.

Hízose muy amigo de un canónigo que algo daba que hablar, y poco a poco le fué trayendo a ser ejemplo de la ciudad. Sabiendo que otro sacerdote no se enmendaba, le llamó un día a su oratorio, y estando con él a solas, le dijo: «Hermano, yo tengo la culpa de vuestra obstinación, mis pecados son causa de que menospreciéis mis amonestaciones; y pues tengo yo la culpa, yo pagaré la pena». Dicho esto, se arrodilló delante de un crucifijo y, desnudando sus espaldas, empezó a herirlas reciamente. El clérigo, confuso y corrido, se echó a sus pies, y con lágrimas y sollozos prometió enmendar su vida, como así lo hizo.

Un libro entero sería menester para referir ejemplos semejantes. Y, ¿qué diremos de su misericordia y caridad? El arzobispo de Valencia tenía de renta dieciocho mil ducados. El Santo pagaba tres mil ducados de pensión a su predecesor don Jorge de Austria, que había renunciado a la silla de Valencia para ser obispo de Lieja; daba dos mil para escuelas de los hijos de moros; diez mil para alivio de los pobres y enfermos, y lo demás, gastaba en el sustento de su casa. Quinientos pobres acudían cada día a palacio, y cada uno de ellos recibía una ración de carne con pan, vino y algún dinero.

A menudo acompañaba esta caridad con milagros. Vió un pobre tullido entre los que acudían a pedir limosna a su puerta, y reparó que le miraba con mucha atención. Hízole llamar, y le preguntó:

—He reparado, hermano, que me mirabas con atención. ¿Por qué lo hacías? ¿Acaso no te basta la limosna que te dan?

—Señor —respondió el pobre—, para mí, harto me dan; pero tengo mujer y dos hijos, y, repartido con ellos, padecemos grande necesidad.

—¿No sabes algún oficio para ayudar a tu familia con lo que te doy?

—Sastre soy, señor, y si yo tuviera salud, con ella sustentara mi casa.

—Pues, ¿qué quieres —le dijo el Santo—: salud o limosna?

—¡Oh, si yo tuviera salud!... —repuso el pobre.

—En el nombre de Jesucristo Nazareno crucificado —le dijo Tomás—, deja esas muletas, y vete con salud a trabajar en tu casa.

Al punto sanó el tullido, y fué a vivir de su oficio.

ÉXTASIS. — SU MUERTE

A menudo premiaba el Señor con gracias extraordinarias todas estas obras hechas con tan viva fe y ardiente caridad. En la oración, rezo del breviario y aun en los sermones, tenía frecuentes éxtasis.

Nunca temió tanto no salvarse como desde que fué arzobispo, y por eso quería renunciar a aquel cargo para vivir a solas con Dios retirado en su celdilla de fraile. Pero, ni el papa Julio II, ni el Emperador atendieron sus

ruegos. Entonces acudió al Señor. Muchas noches pasó el Santo ante un Crucifijo, llorando y orando para que le librase Dios de carga tan pesada. Una noche, en acabando de rezar el *Miserere* deshecho en llanto, le habló el Santo Cristo, y le dijo: «Ten buen ánimo, que el día del Nacimiento de mi Madre vendrás a mí y descansarás».

Enfermó el día 29 de agosto de una grave calentura que fué subiendo día tras día. Fué a verle el obispo de Segovia, y le dijo que los médicos tenían ya poca esperanza de su curación. El Santo se puso de rodillas y exclamó: «Heme llenado de gozo con lo que acaba de serme dicho: Iremos a casa del Señor». Luego añadió moderando un tanto su alegría: «Señor, si todavía me necesita tu pueblo, no rehuso el trabajo; de lo contrario, ansío morir para llegarme a Ti».

Recibió el Viático en presencia del clero, a quien recomendó guardar los mandamientos del Señor, llevar vida conforme con la santidad del ministerio sacerdotal y estar inviolablemente unidos con la Santa Sede romana, asegurándoles que, si Dios se apiadaba de él, como así lo esperaba, rogaría en el cielo para que en ningún tiempo desfalleciera la fe en la Iglesia de Valencia.

Mandó que todos cuantos bienes le quedaban los repartiesen a los necesitados, y que a un pobre carcelero le diesen la cama en que yacía moribundo, porque dispuesto estaba a morir en el duro suelo. El carcelero aceptó la cama, y entonces el Santo le pidió que por amor de Dios se la prestase para morir en ella. También pidió que se pusiese un altar en su sala y se dijese misa. En la comunión del sacerdote empezó a decir el cántico *Nunc dimittis*, y añadiendo las palabras «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu», lo entregó a su Criador el día 8 de septiembre, Natividad de la Virgen María. Enterráronle en el convento de los Agustinos, y el Señor ilustró su sepulcro con innumerables milagros.

Alejandro VII le puso en el catálogo de los Santos a 1.º de noviembre de 1658. La Iglesia celebra su fiesta el día 22 de septiembre, pero la Orden agustiniana suele celebrarla a 18 de septiembre.

SANTORAL

Santos **Tomás de Villanueva, obispo y confesor;** *Mauricio y compañeros de la Legión Tebea, mártires;* Emerano y Séptimo, obispos y mártires; Santino, discípulo de San Dionisio Areopagita, primer obispo de Meaux Lautón, obispo de Constanza Florencio, presbítero, *Abadir y compañeros, martirizados en Antinoa;* Jonás —compañero de San Dionisio Areopagita—, presbítero y mártir; Silvano, confesor. Beato Fernando de Jesús, dominico. Santas Drosis, *Digna* y *Emérita, vírgenes y mártires; Iraida, hermana de San Abadir, mártir;* Salaberga, abadesa, Guntilda, virgen.


Bestias fieras, sierpes venenosas y voraces elementos respetan a la Santa

DÍA 23 DE SEPTIEMBRE

SANTA TECLA

VIRGEN Y MÁRTIR (siglo I)

MUY celebrado fué en la antigüedad cristiana el nombre de esta insigne virgen. Por doquier la ensalzaban con alborozo y la honraban con pública veneración. Cuando querían ponderar las extraordinarias virtudes de una doncella cristiana, decían de ella que era otra Santa Tecla. Así llama San Jerónimo a Santa Melania y San Gregorio Niseno a su hermana Santa Macrina.

A pesar de su fama tan universal, poco es lo que se sabe a ciencia cierta sobre la vida y martirio de Santa Tecla. Vivió en Iconio; la convirtió San Pablo; consagró al Señor su virginidad; padeció por la fe y la castidad; fué a Seleucia, donde murió en paz. Esas afirmaciones constituyen la trama histórica de las biografías y numerosos panegíricos escritos en honra de esta virgen mártir. No existen Actas auténticas de su martirio. En los escritos de algunos santos Padres y Doctores de los primeros siglos, se anotan con precisión las principales circunstancias de su vida, pero fácilmente se echa de ver que las bebieron en un libro apócrifo intitulado *Actas de San Pablo,* cuya parte tercera trata particularmente de Santa Tecla, de su conversión, relaciones con el Apóstol y martirio.

ACTAS DE PABLO Y TECLA. — LA VIRGEN DE ICONIO

A esta tercera parte suele llamársele comúnmente *Actas de Pablo y Tecla*. Es muy antigua y fué sin duda compuesta por un sacerdote del siglo II en Asia Menor, quizá en Antioquía de Pisidia. Se conservó más o menos íntegra o exacta en los manuscritos siríacos, coptos y griegos, algunos de ellos anteriores al siglo VIII, y contiene indicaciones, relatos e informes que cuadran con las costumbres de la época y con la Historia y la Geografía de aquellos lugares. Pero también hay en ella no pocos hechos inverosímiles y errores teológicos e históricos. Las *Actas de Pablo y Tecla* no contienen, ni mucho menos, una historia íntegramente auténtica de la vida de nuestra Santa: no todos sus pormenores merecen crédito; pero sería exagerado negarles valor por el mero hecho de ser apócrifos, y más algunos relatos que han sido ya comprobados por la crítica.

Por lo que a la autenticidad de estas *Actas* se refiere, nunca las admitieron los escritores eclesiásticos de los primeros siglos, a pesar de los elogios que de ellas hicieron y de las muchas citas que de ellas tomaron. Así, a fines del siglo II decía Tertuliano:

«Téngase por cosa cierta, que quien escribió las Actas de esta Santa —Tecla— fué un presbítero natural de Asia; las presentó como habiendo sido escritas por el apóstol San Pablo, pero convencido de falsario, acabó declarando que las había inventado por amor al santo Apóstol. Fué amonestado y castigado por tal vileza.»

Pasados algunos siglos, el historiador Eusebio, San Jerónimo y el autor del decreto gelasiano, dieron las *Actas de Pablo y Tecla* y las *Actas de San Pablo* por libros apócrifos, pero no heréticos. Con todo, ya a fines del siglo IV, empezaron los herejes a echar mano de ese escrito y, para ponerlo a tono con sus doctrinas, lo arreglaron a su modo introduciendo en él algunas interpolaciones y modificaciones. Desde entonces dió la Iglesia a los fieles la voz de alerta contra estos fraudulentos escritos, y las *Actas de Pablo y Tecla* no gozaron ya del mismo crédito entre panegiristas o biógrafos de la santa mártir.

En opinión general, fué oriunda de la ciudad de Iconio (hoy en día Kaniah), la cual se halla al noroeste del monte Tauro, en las altiplanicies de Asia Menor y en la provincia de Licaonia. Hacía poco que era colonia romana cuando nació la niña, que fué por el año 30 del Señor. Su familia era de las más ricas de la ciudad, y aun dice San Metodio de Olimpo, que los padres de Tecla hicieron estudiar a su hija las Letras y la Filosofía. Concertaron luego de casarla, a juzgar por lo que dicen las Actas, con un mancebo llamado Tamiro, el cual pertenecía también a una familia muy principal de la ciudad de Iconio. Pronto, empero, iba a dar el Señor a la

castísima doncella un esposo más digno de su amor y de su virginal corazón.

Por el año 45, Pablo y Bernabé pasaron a Antioquía de Pisidia, centro de muchísimos barrios judíos. Predicaron allí con grandísimo fruto. No obstante, fueron expulsados de aquel territorio apretados por algunos judíos de duro corazón. Volvieron atrás y se detuvieron en Iconio. Aquí permanecieron muchos días y lograron convertir a un sinnúmero de griegos y judíos. El Señor obraba grandes milagros y prodigios por mano de los dos apóstoles, dando con ello testimonio de la verdad de la doctrina que predicaban. En dos bandos se dividieron los de Iconio; unos eran partidarios de los apóstoles y los defendían; pero los demás les eran hostiles, azuzados por los judíos, enemigos de San Pablo. Estos últimos lograron soliviantar al populacho contra los ministros del Evangelio. Para evitar el ser maltratados y apedreados, Pablo y Bernabé se refugiaron en las ciudades de Listra y Derbe, donde tuvieron muchísimos discípulos.

Más de una vez volvió a pasar San Pablo por los caminos de Iconio y Licaonia. La conversión de Santa Tecla y su larga conversación con San Pablo se relacionan quiza con la primera permanencia del santo apóstol en Iconio, cuando dió la primera misión en dicha ciudad. Las *Actas de Pablo y Tecla* refieren que Pablo y Bernabé se hospedaron en casa de un varón virtuoso llamado Onesíforo. Empezaron luego a predicar la doctrina de Jesús en aquella casa y en la sinagoga, haciendo hincapié sobre todo en la excelencia y belleza de la castidad cristiana.

Ecos de esta nueva filosofía religiosa llegaron a oídos de Tecla: su alma quedó desde luego maravillada y casi ya conquistada. Pero no podía llegarse hasta San Pablo por la estrecha vigilancia que sobre ella ejercía su madre pagana. Tecla se asomaba largas horas a la ventana de su casa, que estaba cerca de la de Onesíforo, para oír al santo apóstol y beber así en su pura fuente aquellas enseñanzas que tan bellas le parecían. Esta extraña conducta de la joven empezó a inquietar a sus padres. Pero fueron vanos sus esfuerzos para detenerla en el camino de la perfecta conversión.

VISITA HEROICA Y BENÉFICA

SI hemos de dar crédito a las *Actas de Tecla* y al testimonio de San Juan Crisóstomo, San Pablo fué encarcelado en Iconio. Acusáronle de levantar turbulencias en la ciudad, de embaucar y encantar a las mujeres y de corromper a los jóvenes con sus nuevas y nunca oídas enseñanzas. Los padres, y aun el mismo prometido de Tecla tenían mucha parte en aquellas calumniosas imputaciones.

No se acobardó la casta esposa de Cristo con el encarcelamiento de San

Pablo, antes cobró nuevo valor al tener de ello noticia. Queriendo a toda costa ver al ilustre preso para oír de sus labios la verdad divina, ofreció al carcelero sus preciosos pendientes y su espejo de plata, y con esto logró licencia para entrar en la cárcel y hablar con San Pablo. «Sacrificaba gustosa el oro y adornos que llevaba —dice San Juan Crisóstomo—, mostrándose de esta suerte más celosa de embellecer su alma con las invisibles gracias de la fe, que su cuerpo con el brillo de fulgente pedrería».

Sin demora instruyó el Apóstol a esta alma ávida de luz, y la fortaleció en su naciente fe y en su determinación de guardar castidad perpetua. Al paso que hablaba Pedro —afirma San Gregorio Niseno—, Tecla «sentía apagarse en ella la fogosidad de la juventud, los hechizos de la hermosura se le hacían indiferentes, y se iba desvaneciendo el atractivo de los sentidos: la palabra divina vivió ya en su alma, y en breve reinó en ella como soberana, al dar de mano a todo lo demás».

TRIUNFA DE LAS LLAMAS

AQUELLA castísima doncella era ya perfecta cristiana, y estaba muy determinada a guardar virginidad por amor a Jesucristo, Salvador suyo. Con esta noticia inesperada que desbarataba todos sus planes, la madre y el novio de Tecla se afligieron e irritaron sobre manera. Solicitaciones, caricias, amenazas, rabia y furor, todo fracasó ante la inquebrantable determinación de la neófita. Apelaron entonces a los magistrados con ánimo de asustarla y traerla más fácilmente a que se sometiese a la voluntad de sus padres. Acusáronla de ser cristiana e infiel al esposo con quien estaba concertada de casarse. Mandóle el juez que renunciase a Jesucristo y aceptase la mano de su prometido; pero ella respondió que era cristiana y quería permanecer virgen. Todos los medios de que echaron mano para vencer su constancia, que sin duda fueron muchos, resultaron vanos. Finalmente, impulsado quizá por el clamoreo del populacho, el juez condenóla a ser quemada viva.

Encendióse una hoguera en la plaza o en el anfiteatro. La santa doncella se armó con la señal de la cruz, y entró en ella de grado y con grande alegría y modestia, suplicando al mismo tiempo al Señor que se dignase recibir su alma: moría por su fe y por guardar su virginidad. Al ver los presentes que las llamas cercaban por doquier el cuerpo de Tecla, juzgaron que muy presto quedaría reducido a cenizas. Pero nada de eso ocurrió. El fuego respetó la carne virginal de la Santa: «¡Milagro de la virginidad!» —exclama San Gregorio Nacianceno. Levantóse de repente recia tempestad, y cayó del cielo tal copia de agua, que el fuego se apagó y la gente que allí había huyó



SANTA *Tecla oye desde su casa las enseñanzas de San Pablo en casa de Onesíforo. Las palabras de vida del Apóstol, y el espíritu divino y fervoroso con que las dice, trocan de tal manera el corazón de la doncella, que determina hacerse cristiana y consagrar al Señor su virginidad.*

despavorida. Con esto quedó Tecla milagrosamente libre, y fué recogida por una familia cristiana.

Estando de camino de Iconio a Dafne, se encontró con San Pablo, el cual había sido echado de la ciudad con algunos discípulos, y se había refugiado en un mausoleo de los alrededores. Suplicó al Apóstol que la dejase acompañarle en sus viajes y misiones, para ayudarle a ganar almas a Jesucristo. Pablo convino en que Tecla le acompañase hasta que le fuera dado residir en alguna de las nacientes cristiandades; allí viviría al abrigo de las persecuciones de su familia y sería como un apóstol en medio de los neófitos.

CONDENADA A LAS FIERAS

HALLÁNDOSE en Antioquía, la virgen cristiana fué blanco de insolentes y violentos asaltos por parte de un hombre principal que gozaba de mucho crédito cerca del gobernador romano. Insultóla un día en medio de la calle; pero Tecla, armándose de valor, rasgó la túnica de su agresor, le arrebató la corona que llevaba por ser ordenador de los festejos religiosos, y le dejó corrido y avergonzado delante de cuantos presenciaban aquella escena. Furioso de verse de aquella manera burlado y humillado, denunció a la casta doncella, acusándola ante los magistrados de ser cristiana y sacrílega. Condenáronla a ser echada a las fieras. Las amigas de la Santa y muchas otras mujeres, que tenían noticia de su inocente vida, protestaron con energía contra aquella inicua sentencia.

Entretanto llegaba el día señalado para el tormento, la virgen cristiana se hospedó en casa de una princesa de sangre real, la cual se había retirado a Antioquía por haberse muerto su marido y su hija Falconila. Llamábase Trifena, y había logrado del gobernador licencia para acoger a la santa mártir, con lo que puso a salvo la virtud de Tecla.

El día señalado la condujo con muchas lágrimas al anfiteatro. Allí desnudaron a la Santa y la ataron a un poste al que estaba clavado un cartel con esta sola palabra: *Sacrílega*. No obstante las voces de indignación de muchísimas mujeres presentes, soltaron contra ella una leona furiosa. Mas no se atrevió la fiera a tocarla, antes, olvidando su natural feroz, vino a lamer blanda y mansamente sus pies. Echáronla entonces un león y un oso. Pero la leona, postrada a los pies de Tecla, se volvió contra aquellos dos nuevos enemigos, en ademán de defender a la Santa; y riñó con cada uno de ellos mientras la virgen mártir oraba con fervor.

En su famoso libro de las vírgenes, San Ambrosio pinta con palabras conmovedoras este triunfo de la castidad cristiana que obligó a las bestias sanguinarias al respeto y a la piedad. «Veíase —dice— al animal, lamer los

pies de la santa doncella, postrarse ante ella, como para dar a entender que no podía tocar el cuerpo de la virgen. Adoraba la bestia a su presa y, olvidada de su propia naturaleza, se había vestido de la naturaleza de que los hombres se habían desnudado. Con mudanza extraña vierais a los hombres crueles mandar a la bestia que lo fuese, y la fiera, besando los pies de la virgen, enseñar a los hombres lo que habían de hacer... Adorando a la mártir, dieron a entender cuánto significan la religión y la castidad».

«SIERVA SOY DEL SEÑOR»

DICEN las *Actas* que Tecla tuvo que padecer otro género de tormentos. Echáronla en una hoya que previamente llenaron de víboras, serpientes venenosas y otras alimañas nocivas. Pero de este tercer tormento quedó también libre milagrosamente. Atáronla después a dos toros ferocísimos para que, al echar a correr en opuestas direcciones, la despedazasen. Las ataduras se rompieron de por sí, sin causarle lesión alguna.

Tantos y tan extraordinarios prodigios dieron al fin qué pensar al gobernador. Llamó a Tecla y le dijo: «¿Quién eres? ¿Qué ven en ti las fieras que ni a tocarte se atreven?» Ella respondió: «Sierva soy del Señor, soberano del universo. Sólo tengo conmigo la fe en Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador del mundo». El procónsul dió por libre a la santa mártir, y ella volvió a casa de Trifena, que era ya cristiana con toda su familia.

Grande era el contento de los cristianos de Antioquía por tener entre ellos aquella valerosa mártir; pero Tecla sólo tenía un deseo, el de volver a ver a San Pablo. Con este propósito, pasó a la ciudad de Mira, acompañada de algunos discípulos. Llena de gozo refirió al santo Apóstol las gracias con que el Señor le favoreció en medio de los tormentos que le prepararon en Antioquía. Finalmente se despidió de él con muchas lágrimas, habiendo recibido su bendición y sus postreras recomendaciones.

MUERTE DE LA SANTA

VOLVIÓ Tecla a Iconio con ánimo de predicar el Evangelio a sus deudos y amigos. Tamiro, su prometido, hacía tiempo había muerto. Teoclia, su madre, vivía todavía. La Santa echó mano de todos los medios para traerla a la fe cristiana; pero viendo que de ninguna manera lograba convertir a sus deudos, dejó la casa paterna y su patria, y pasó a Dafne y de allí a Seleucia de Isauria, sita al sur del Tauro, junto al mar.

Muy cerca de Seleucia edificó un eremitorio, donde vivió muchos años con

admirable ejemplo de santidad, alumbrando con el resplandor de sus virtudes a cuantos venían a ella para oír de sus labios la doctrina evangélica. Murió en paz, cargada de años y merecimientos; y, si bien no dió su vida de manera sangrienta por la fe, con todo, mereció la corona y dictado de mártir por los atroces tormentos que tuvo que padecer por Cristo.

En la vida de Santa Tecla, como sucede con aquellas que el pueblo toma por su cuenta y devoción, introdujo la fantasía ciertos datos o historias secundarias de carácter legendario que, aun siendo muy bellas de por sí y hasta quizá edificantes, no interesan al enfoque histórico crítico, y deben descartarse en lo posible.

El episodio de la persecución levantada por los médicos de Seleucia contra Tecla, porque la Santa curaba a los enfermos sin exigirles honorarios; aquel otro de la roca que se abrió milagrosamente para proteger a la casta doncella contra algunos malvados que pretendían deshonrarla, y para servir de sepulcro a su cuerpo virgen, y finalmente el viaje de Santa Tecla a Roma, no estriban en fundamento histórico ninguno. Son episodios añadidos al texto primitivo de las *Actas de Pablo y Tecla,* sin duda a fines del siglo V.

SEPULCRO Y RELIQUIAS

SANTA Tecla murió en Seleucia. Allí veneran su sepulcro los fieles de la ciudad y de sus alrededores y también forasteros. A los pies de aquellas sagradas reliquias fué San Gregorio Nacianceno a buscar refugio contra los honores del episcopado que le perseguían. La virgen española Eteria, que por los años de 395 fué en romería a los Lugares Santos y que dejó escrito el relato de su larga peregrinación, dice que visitó el sepulcro o *martirium* de Santa Tecla en Seleucia. Basilio, obispo de esta ciudad en el siglo V, afirma que Tecla es preclarísima gloria de Seleucia, donde se guarda su sagrado cuerpo. Muchos y grandes milagros obraba el Señor por ella en su sepulcro, y de muchas partes concurrían los pueblos, porque la Santa oía siempre las peticiones que le hacían. En las *Actas* del VII Concilio ecuménico se habla de aquellas famosas peregrinaciones.

Jaime II, rey de Aragón (1291-1327), pidió una parte de las reliquias de Santa Tecla al rey de Armenia, de quien dependía en el siglo XIV la ciudad de Seleucia de Tauro. Diéronle un hueso del brazo de la insigne mártir. Esta preciosa reliquia fué trasladada a Barcelona por los años de 1320, y más adelante depositada en la iglesia metropolitana de Tarragona, dedicada a la Santa. Hay reliquias de esta virgen y mártir en algunas iglesias de Francia, Italia y Alemania, y en las catedrales de Riez, Chartres y Milán.

VENERACIÓN UNIVERSAL A SANTA TECLA

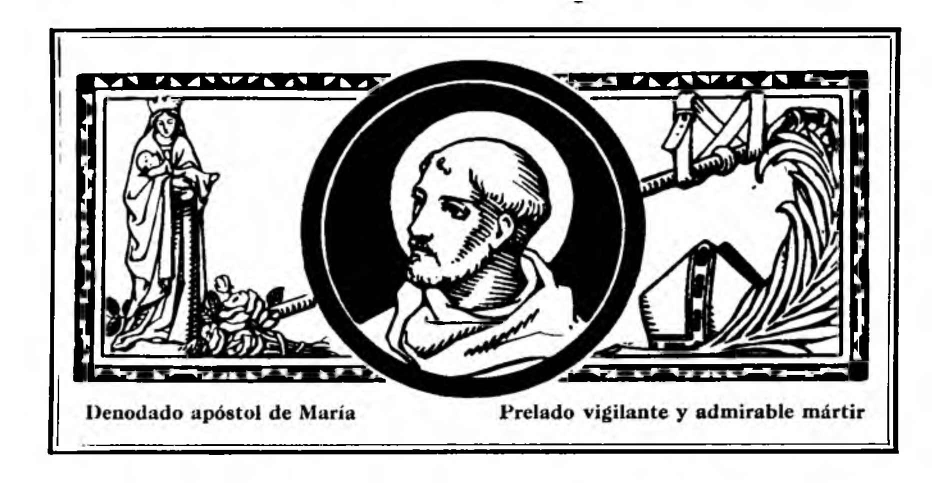
YA antes del siglo IV se edificó una iglesia sobre el sepulcro de la Santa. Más tarde, el emperador Zenón (474-491) levantó en Seleucia un suntuoso templo en honor de la mártir, cuyo patrocinio le ayudó a vencer al usurpador Basilisco y a reconquistar el imperio. El culto de Santa Tecla se extendió por el Asia Menor, Egipto y Alta Italia; en Constantinopla, Nicea, Milán, etc., le dedicaron iglesias. Había en Roma, en el Borgo Santo Spírito, un monasterio y capilla llamados de Santa Tecla, los cuales fueron enriquecidos con muchísimos privilegios por los papas Juan XIX y Benedicto IX.

La festividad de esta virgen «protomártir», émula de San Esteban, se celebra por doquier desde la más remota antigüedad, observa el cardenal Baronio. Los más antiguos Padres de la Iglesia se hacen lenguas hablando de Santa Tecla. San Epifanio la pone después de la Virgen María; San Juan Crisóstomo hace hincapié en haber dado la Santa sus alhajas para poder hablar con San Pablo; San Ambrosio le tuvo especialísima devoción: habló de ella con admiración y conmovedora ternura; no cesó de proponerla como dechado de vírgenes cristianas y, en Milán, le edificó una iglesia. En su famoso libro intitulado *El Banquete,* San Metodio († 311), obispo de Olimpo, pone en labios de Tecla un admirable elogio de la castidad.

La Iglesia griega, a lo menos desde el siglo VII, celebra su fiesta el día 24 de septiembre. También en Milán la celebran ese día. El Martirologio Romano la señala para el 23 de septiembre, y hace el elogio de «Santa Tecla, virgen convertida a la fe por el apóstol San Pablo». En la colecta que encomienda a la divina clemencia las almas de los agonizantes, la Iglesia dice: «Suplicámoste, Señor, que libraste a la bienaventurada Tecla, virgen y mártir, de tres atroces tormentos —hoguera, fieras, agua—, te dignes librar a esta alma y concederle la gracia de gozar en tu compañía de los bienes celestiales».

SANTORAL

Santos *Lino, papa y mártir;* Liberio, papa; Paterno, obispo de Constanza y mártir; Proyecto, obispo y confesor; Adamnán, abad irlandés; *Antonio y Pedro, hermanos, Juan, su padre, y Andrés, mártires en Siracusa;* Socio, mártir; Constancio, sacristán de la iglesia de Ancona, confesor. Santas **Tecla, virgen y mártir;** *Jantipa y Polixena, hermanas;* Albina y Tecla, vírgenes; Beata Elena de Oglioli, viuda.



DIA 24 DE SEPTIEMBRE

SAN GERARDO

OBISPO Y MÁRTIR († 1046)

ES San Gerardo uno de los muchos patronos de Hungría. Conocemos su vida por dos testimonio de muy distinto valor; es el primero de autor anónimo, casi contemporáneo del santo obispo y que, por lo tanto, pudo conocerle en su juventud, aunque sus escritos son posteriores al año 1083, fecha del descubrimiento de las reliquias. Debemos el segundo, publicado en Venecia en 1597, a Arnoldo Wion, benedictino flamenco. Presenta éste muchos menos visos de verdad en los hechos relatados. Seguiremos, pues, como más segura, la primera fuente.

Nació Gerardo en Venecia, probablemente por los años 970 ó 980. Una tradición no anterior al siglo XV, y de la cual se hace eco un documento local, lo da como verdadero descendiente de la familia Sagredo, aunque no prueba su aserto, por lo que su veracidad permanece velada por la incertidumbre. Mas de cualquier modo que sea, dejándonos de disquisiciones cronológicas, podemos afirmar que ya desde su más tierna infancia señalóse Gerardo por su piedad angelical, lo que indujo a sus progenitores a llevarlo, cuando frisaba apenas en los cinco años, a los monjes benedictinos de la abadía de San Jorge el Mayor, en Venecia, con encargo de educarle e ins-

truirle en las ciencias divinas y humanas. Únicamente algún suceso maravilloso y para nosotros ignorado, sería la clave que nos permitiera explicar el hecho de su admisión, siendo tan niño, en Orden tan seria como la Benedictina, hecho que, por otra parte, no nos atrevemos a afirmar.

De talento precoz, emprendió con ardor el estudio de las ciencias humanas, contentísimo de poder unir a sus ocupaciones el servicio del altar. De este modo hermanó perfectamente el cultivo de los piadosos sentimientos de su corazón con el de las ideas de su despejada inteligencia.

Difícil es comprobar, como ya hemos dicho, el ingreso de Gerardo en la citada abadía benedictina y su profesión en la misma, sin que ello implique imposibilidad alguna. Lo que podemos dar como seguro es que Gerardo no fué nunca abad de su monasterio; y, si hubo un tal Gerardo de Sagredo, como abad de San Jorge el Mayor de Venecia, no debe confundirse con nuestro biografiado, porque bien pudo ser su homónimo en nombre de pila o de religión.

Cuéntase también que, siendo Gerardo todavía adolescente, y en vista de sus virtudes, unidas a la nobleza de su sangre, se le ofreció una silla canonical por el Cabildo de la basílica de San Marcos de Venecia; pero también en este punto carecemos en absoluto de pruebas.

CON RUMBO A ORIENTE

IMPELIDO por la gracia, resolvióse Gerardo a seguir el ejemplo de los muchos cristianos de Italia y de Francia que se encaminaban en peregrinación a Tierra Santa, a principios del siglo XI. Reunió compañeros de camino y marchó a Jerusalén para venerar las huellas de Nuestro Divino Redentor. Sucedía esto probablemente hacia el año mil.

Llegaron los peregrinos a Hungría, donde reinaba a la sazón el ilustre San Esteban, que había recibido el título de duque en 997 y que, tres años más tarde, había de ceñir la corona real.

Cual celoso apóstol destruía Esteban los templos de los ídolos e implantaba, al mismo tiempo que el lábaro santo de la fe católica, la verdadera civilización en medio de un pueblo yacente todavía en la barbarie. Buscaba desde hacía mucho tiempo, obreros apostólicos para desbordar la tierra que el Señor le confiara.

Ansiaba también por su parte Gerardo saciar su ardiente sed de santidad en la contemplación e imitación de las heroicas virtudes del santo rey; éste a su vez no tardó en apreciar el valor del inmenso tesoro que el cielo acababa de enviarle, y logró persuadir a Gerardo a que permaneciese en su territorio y a que despachase con buenas razones a sus compañeros de romería.

Preséntanos la Historia, con riquísima variedad de pormenores, la peregrinación del siervo de Dios a Tierra Santa, su permanencia en el Monte Carmelo, la misión confiada a Gerardo por el patriarca de Jerusalén para los príncipes cristianos de Europa, su viaje a Roma, en donde el papa Benedicto VIII encargó a su vez al joven veneciano otra misión para el emperador de Alemania, San Enrique II; por lo cual no nos detendremos en referir episodios edificantes, pero desprovistos muchos de ellos de sólido fundamento; bastante amenidad se contiene en la narración histórica.

No había, sin embargo, llegado la hora de emprender la evangelización metódica de Hungría: era necesario primeramente pacificarla. Esperando, pues, el momento propicio y atraído con vehemencia por el espíritu divino hacia la soledad, retiróse Gerardo a un lugar apartado, conocido con el nombre de Boel o Beel, en la diócesis de Veszprem, donde, cual otro Moisés, con los brazos de continuo tendidos al cielo, imploraba la conversión del pueblo húngaro. Unía a su fervorosa oración las más rigurosas penitencias: áspero cilicio ceñía en derredor de sus carnes y el duro suelo servíale de cama. Disciplinábase sin compasión como si fuera el peor de los malhechores. En este retiro y en tal género de vida, pasó siete años. Y, aunque embebida en tanto su alma en las dulzuras y estáticos coloquios celestiales, no dejaba de sentir las violentas acometidas del demonio y el aguijón de la carne.

Dignóse Dios recompensar tan excelentes virtudes con notables prodigios. En las desérticas asperezas de Beel —dice un hagiógrafo— acercábanse al ermitaño los ciervos para servirle, como en otro tiempo servía el cuervo al profeta Elías, y obedecíanle las fieras como a Adán en el Paraíso.

EL EPISCOPADO. — SU VIDA EN SOLEDAD. — DEVOCIÓN A MARÍA

HABÍASE fortalecido el alma de Gerardo con nuevos acopios en los ejercicios de tan largo y fervoroso retiro y, templadas ya sus armas espirituales, se encontraba preparado para nuevos combates. Cedió, pues, a las instancias del rey Esteban, que le suplicó volviera a iluminar y a civilizar a su pueblo y se consagrara con todas sus fuerzas al ministerio de la evangelización. A pesar de su ferocidad, los idólatras húngaros, amansados en parte por la gran lealtad del Santo, experimentaron en poco tiempo los maravillosos efectos de su palabra. Para hacerla más eficaz, el celoso misionero imploraba sin cesar el socorro de la Virgen María, a quien honraba con culto especial imponiéndose en su honor las más rigurosas penitencias.

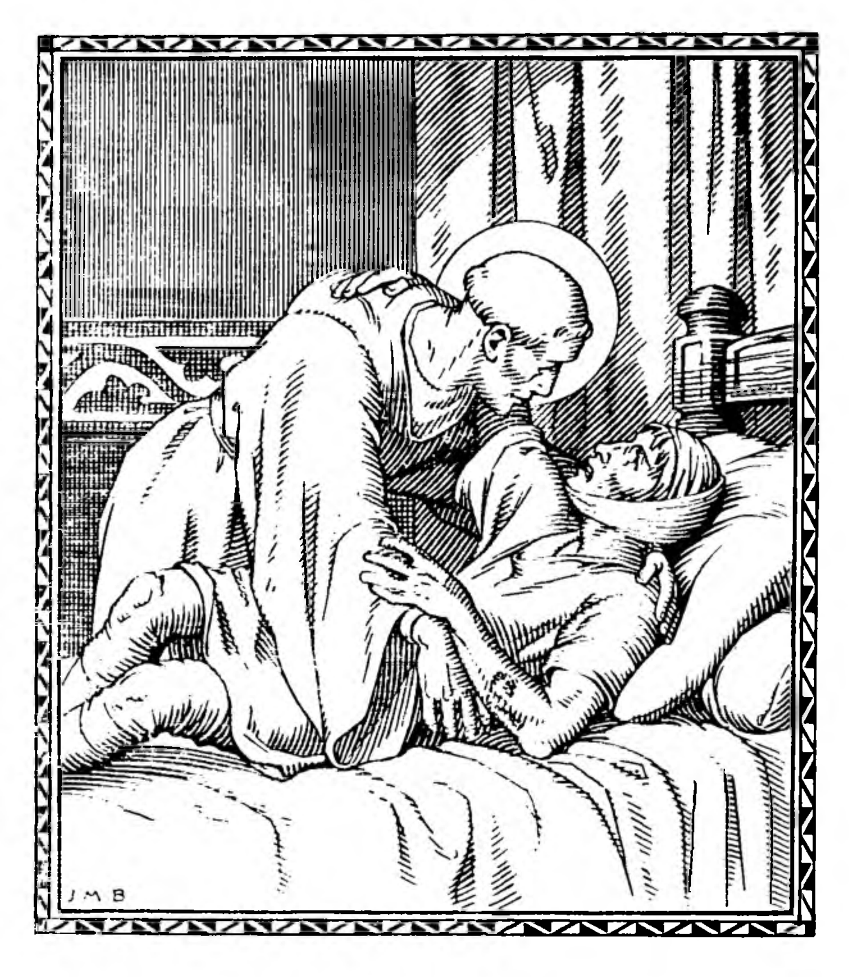
A principios del siglo XI, para apresurar San Esteban la conversión de

su reino, había dividido a Hungría en obispados por él mismo dotados, y su iniciativa fué ratificada y plenamente aprobada por el papa Silvestre II. En estas condiciones fué promovido Gerardo a la silla de Csanad, donde se consagró con sin igual ardor a la salvación de las almas cuyo cargo tenía. Viósele recorrer los campos del reino para anunciar la fe, y ponía Dios en sus labios tanta elocuencia y en sus palabras tanta suavidad, que convirtió a gran número de almas. El progreso de la fe se atestiguaba por la afluencia a las iglesias; y las poblaciones, poco antes idólatras y bárbaras, aprendían a amar a Dios sobre todas las cosas y a los hombres como a hermanos, Csanad se enriqueció con una basílica suntuosa, dotada con inmensos beneficios por la largueza de San Esteban.

No podía Gerardo olvidarse de Aquella a quien se había consagrado en sus más tiernos años. No contento con dedicar a María una capilla particular, estableció en la semana un día, el sábado, consagrado especialmente a honrarla; piadosa costumbre que después se extendió a muchas iglesias. En dicho día reuníase con todo el clero ante la imagen de María para cantar algún himno mariano. Por el celo de Gerardo, fué puesto todo el reino bajo la poderosa protección de la Madre de Dios. Era tal su respeto por Ella, que no pronunciaba su nombre sino de rodillas y besando el suelo. De tal modo sentía devoción a María que si algún pecador imploraba perdón en nombre de la Madre de Dios, derramaba Gerardo abundantes lágrimas y, como si fuese culpable él mismo, imploraba misericordia con extraordinario fervor.

Brillaba de un modo especial en el corazón del devoto de María su admirable caridad. Ricos y pobres acudían a él; unos, en busca de consejos; otros, para implorar su caridad bienhechora. No apartaba de su vista el ejemplo del Hijo de Dios, que quiso, por amor nuestro, vivir pobre. Desprendíase Gerardo de todos sus bienes para dárselos a los menesterosos. Presentóse cierto día un leproso en el palacio del obispo; no sabiendo éste con qué socorrerle, pues todo lo había entregado, hizo descansar al pobre en su lecho. ¡Oh poder ingenioso de la caridad que siempre indaga y halla nuevas maneras de socorrer al prójimo! ¡Cuántas veces se le vió durante la noche salir del palacio y dirigirse a la cercana colina, cortar leña y acarrearla él mismo, tanto para ejercitar su humildad como para aliviar a sus criados!

La intensidad de sus trabajos apostólicos le había ocasionado una gran debilidad; por lo que, no pudiendo andar, solía hacerse trasladar en un carretón. Aconteció un día que, el conductor, sea por descuido o por malicia, le dejó caer, y causóle con esta caída grandes dolores. Impulsado por un primer movimiento irreflexivo de impaciencia, ordenó a sus sirvientes que castigasen al culpable. Mas, ¡cuál no fué su dolor al ver que los criados, propasándose, habían atado momentos después al desgraciado conductor a un



TAN *grande y tan admirable es la caridad de San Gerardo que, como en una ocasión se presentara a la puerta de su casa un pobre leproso pidiendo alguna ropa con que abrigarse y no pudiera darle ninguna porquc ninguna le quedaba, llevóle a su misma cama para que no sufriera de frío.*

árbol y teníanle ya con los espaldas cubiertas de sangre! Ante el triste espectáculo, afligidísimo, arrojóse a sus pies, pidióle perdón con lágrimas en los ojos, besó sus heridas y le despidió después de haberle colmado de regalos.

FIRMEZA DE GERARDO

EN medio del progreso siempre creciente del catolicismo en Hungría, Dios llamó a Sí en el día de la Asunción del año 1038 al rey San Esteban. Para substituirle, fué elegido un hijo de su hermana, llamado Pedro. Era éste de carácter afeminado, poco amante de la justicia y entregado por completo a sus pasiones, por lo cual fué pronto objeto del mayor desprecio para todo el pueblo. Su corazón, ya endurecido en el mal, no se dejó conmover por los paternales consejos de Gerardo. Después de tres años de escandaloso reinado, fué destronado por sus súbditos. Los húngaros pusieron entonces los ojos en Aba o Samuel, primo de San Esteban, y le proclamaron rey.

Al principio los católicos pudieron con justo título fundar en él las mejores esperanzas; pero pronto también precipitóse éste con tanto ardor por la pendiente del vicio, que se llegó a echar de menos a su predecesor. Sospechando que algunos nobles se proponían reponer a Pedro en el trono, hízoles ahorcar en su presencia sin darles ningún medio de defensa. Tintas aun las manos en la sangre de sus víctimas, pidió a Gerardo, decano de los miembros del episcopado —y tal vez en ausencia del Arzobispo—, que le coronara el día de Pascua de 1042. El obispo de Csanad se negó con firmeza, mas no faltaron quienes tuvieron la triste osadía de ofrecerse a satisfacer tan culpable deseo.

Nada pudo Gerardo contra la violencia, pero al menos manifestó las protestas de su corazón indignado. En el día prefijado para la coronación, con el alma llena de indignación santa y olvidando por esta vez su habitual mansedumbre, subió al púlpito y, ante la multitud toda, dirigió al rey estas enérgicas palabras:

«Príncipe, la Iglesia ha instituído el santo tiempo de cuaresma para que los pecadores hagan penitencia. No has pedido perdón a Dios de tus crímenes; por ello te declaro ante su augusta presencia y ante el pueblo, indigno de ser llamado con el dulce nombre de hijo; tu cólera no me arredra y estoy dispuesto a morir ahora mismo, si es necesario, para vengar el honor de mi Dios; te predigo, sin embargo, que en el tercer año de tu reinado la espada que tan cruelmente has empleado contra tantos otros se volverá contra ti, y te verás obligado a abandonar ese cetro teñido aún en la sangre de tus injustas crueldades.»

Confuso y avergonzado, Aba disimuló su cólera y resolvió aplazar la hora de la venganza. Dios no le dió tiempo para ello, pues Pedro, su predecesor, creyó que había llegado el momento favorable para recobrar la corona y reunió las huestes de sus partidarios para presentar batalla a su enemigo. Salióle Aba al encuentro con un ejército formidable, pero la hora de la justicia había sonado, y encontró la muerte durante la lucha.

LOS ENEMIGOS DE LA FE. — EL MARTIRIO

APROXIMÁBASE para Gerardo el momento de recibir la recompensa de todos sus trabajos apostólicos; pero, antes, quiso Dios que se unieran en su frente la corona de los confesores y la de los mártires. Pedro había sido repuesto en el trono de San Esteban. Su pueblo podía, con justo título, esperar de él una conversión sincera; pero quedó fallido en sus esperanzas. Hundido más y más en el abismo, el príncipe dió rienda suelta a sus injusticias y crueldades, a pesar de las advertencias de Gerardo. Al cabo de tres años de vergonzoso reinado, los húngaros resolvieron sacudir de nuevo el yugo intolerable que pesaba sobre ellos.

Dos nobles jóvenes, Andrés y Leventa, desterrados desde la coronación de Pedro, esperaban un momento favorable para poder regresar a su patria. Rogáronles los señores de la corte que vinieran a compartir con ellos los honores del trono, pero con vergonzosas condiciones. «¿Prometéis —les dijeron— emplear todas vuestras fuerzas para abolir la religión católica en el reino?» Prometiéronlo ambos pretendientes estimulados por el atractivo de la futura gloria y de los honores. Apoyábanse por otra parte en el falso principio de que el Estado puede acomodarse a todas las leyes. Llegados al término de sus deseos, apresuráronse a poner en práctica sus promesas ensayando desarraigar del corazón de sus súbditos los gérmenes de la fe católica que, gracias a los trabajos de Gerardo, habían producido frutos admirables. Parecía llegada la hora del triunfo para el mal y sus secuaces.

Pronto el suelo de Hungría quedó convertido en campo de desolación. Los sacerdotes y religiosos fueron decapitados, profanadas las iglesias y, sobre esta tierra, fecunda hasta entonces en prodigios de santidad, se veía con tristeza resurgir nuevamente los templos de los ídolos. A pesar de las persecuciones de que eran promotores, ambos príncipes quisieron hacerse coronar, con inmenso dolor de todos los corazones católicos, en Buda, donde residía entonces la corte. Varios prelados, entre ellos Gerardo, salieron a su encuentro para saludarlos. Pasó Gerardo en oración la noche anterior a la entrevista en una iglesia dedicada a Santa Sabina. Allí, con la frente pegada en tierra y el corazón lleno de amargura, decía: «Señor, tened piedad de

vuestros fieles y defended nuestra causa. —No temas —le respondió Nuestro Señor—; salta, al contrario, de júbilo, porque colocaré en tu frente la corona de los mártires».

Animado por estas palabras revistióse Gerardo con los ornamentos sacerdotales para celebrar los santos Misterios y dirigióse a los obispos que le acompañaban, para decirles: «Hoy mismo derramaréis vuestra sangre por la causa de Cristo; pero vos, Beneta —dijo a un obispo que así se llamaba—, no tendréis tal honor. Lo sé con certeza, pues esta noche he visto a Cristo distribuyendo a todos su cuerpo divino y el cáliz de su sangre: únicamente vos erais indigno de ser admitido a aquella mesa donde se encuentra la fuerza de los mártires».

Preparáronse todos a la muerte y celebraron el Santo Sacrificio. Marcharon después hasta el Danubio para entrevistarse con sus nuevos caudillos. Llegaron a orillas del río cuando, de repente, vieron venir sobre ellos una caterva de paganos de aspecto feroz, cuyo jefe Vatha, había sido el primer apóstata de la verdadera fe.

Al divisar a los pontífices del Señor, el apóstata Vatha se vió acometido de un acceso de violenta cólera. A su vista, excitáronse en su alma nuevos remordimientos, pero ordenó a sus huestes la muerte y exterminio de todos los obispos. Sólo Beneta logró escapar. La cólera de estas fieras humanas dirigióse particularmente contra Gerardo; sobre él arrojaron una lluvia de piedras lanzando a la vez aullidos y horribes blasfemias.

Santiguóse el santo pastor de Csanad y, al momento, las piedras que cruzaban el aire, quedaron milagrosamente suspendidas en él. Pero este portentoso milagro no hizo más que excitar la rabia de los asesinos; arrojáronse sobre él como fieras, arrastráronle a la cima de las gigantescas rocas que dominan el Danubio, precipitáronle al abismo y contemplaron con siniestra alegría el cuerpo magullado del mártir que, rebotando de roca en roca, iba cubriéndolas con su sangre. Otros soldados que le esperaban abajo, traspasaron con sus armas los sagrados despojos y los arrojaron por las grietas de las peñas.

Durante siete años, las olas del río, que venían a romperse en la roca, no pudieron hacer desaparecer las manchas de sangre que permanecieron allí como para testimoniar el valor del obispo y la crueldad de sus verdugos.

El relato según el cual los obispos salieron al encuentro de los príncipes apóstatas ha sido muy discutido por varios críticos, los cuales explican las circunstancias de la muerte de Gerardo, sin la belleza del ornato legendario. Según ellos, el obispo de Csanad, acompañado por algunos clérigos o monjes, habría buscado un refugio para esquivar el golpe de sus enemigos. Mientras intentaba llegar a Szekes-Fehervar, debió ser atacado cerca del Danubio, arrojado de su carruaje, apedreado y rematado con una lanzada en el pecho.

Esta versión tiene en su favor la sobriedad del Martirologio romano, en donde no se habla del despeñamiento.

Asegúrase que, a ejemplo de San Esteban protomártir, también el mártir de Pan se arrodilló, diciendo en alta voz: «Señor, no les imputéis este pecado, pues no saben lo que hacen». Y, habiendo así orado, cayó herido de una lanzada en el pecho y expiró.

Quizá esta oración del momento de su muerte ha valido a Gerardo el título de protomártir de Panonia o Hungría, que figura en el Martirologio desde el siglo XVI, pero que es relativamente reciente.

CULTO Y RELIQUIAS

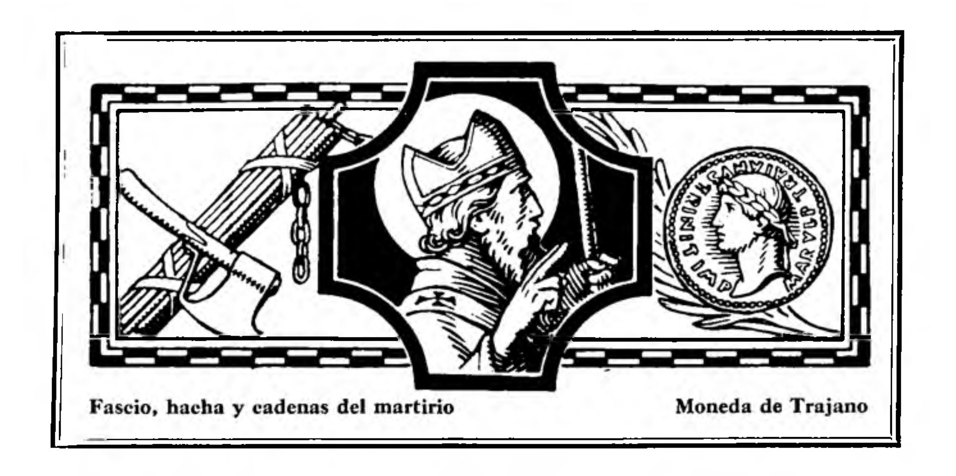
SAN Gerardo consiguió la palma del martirio el 24 de septiembre de 1046. En seguida fué llevado su cuerpo a Santa María de Pest. Pocos meses después, en 1047 ó 1048, los canónigos de Csanad procedieron a su traslación con el consentimiento de Andrés, que fué coronado en 1047, y que mereció ser apellidado pacificador del reino.

El culto del Santo fué privado en un principio; empezó a hacerse público en el reinado de San Ladislao. En 1083 fué trasladado, al menos en parte, a Murano, cerca de Venecia, y depositado debajo de una losa sepulcral en la iglesia de San Donato. Parte de las reliquias conservadas en Murano fueron donadas a otras iglesias.

También Praga se gloría de poseer dos huesos importantes de San Gerardo, llevados de Hungría en el año 1304 antes del traslado de las reliquias a Venecia; lo mismo sucede con la iglesia de los Hermanos Menores Conventuales de Bolonia.

SANTORAL

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED (véase en el tomo VII, «Festividades del Año Litúrgico», pág. 430). Santos **Gerardo, obispo y mártir**; Rústico, obispo de Auvernia; *Pafnucio, solitario, y compañeros mártires;* Geremaro e Isarno, abades; Andoquio, presbítero, Tirso, diácono, y Félix, mártires en Autún; Terencio y Gargilo, mártires; Caprio, confesor; Conaldo, presbítero; cuarenta y nueve Santos que siguieron en su martirio y triunfo a Santa Eufemia (16 de septiembre). *Beato Dalmacio Moner, dominico.* Santas *Antilia, virgen y mártir;* y Amada, virgen.



Fascio, hacha y cadenas del martirio — Moneda de Trajano

DIA 25 DE SEPTIEMBRE

SAN FERMIN DE PAMPLONA

PRIMER OBISPO DE AMIÉNS, MÁRTIR (siglo III)

LA época en que vivió y murió San Fermín ha sido muy discutida. Hay quien dice que padeció el martirio imperando Trajano († 117), conviene a saber, a principios del siglo II. Los Bolandistas empero, fundamentan su argumentación en los documentos más verídicos de la biografía del Santo, en que interviene San Honesto, discípulo de San Saturnino, y vienen a decir en sustancia, lo siguiente:

San Fermín es posterior a San Saturnino, y fué bautizado por San Honesto, discípulo de San Saturnino. Ahora bien, lo que San Gregorio Turonense refiere de San Saturnino, no permite alejarlo de mediados del siglo III —entre 250 y 260—, ni menos situarlo en siglos anteriores. Por consiguiente, San Fermín no vivió antes de dicha época. Así opinan también Baronio y otros hagiógrafos. Para historiar su vida, seguiremos paso a paso las *Actas* de su martirio, escritas, al parecer, por los siglos V o VI.

En el tiempo en que la fe cristiana empezaba a florecer por el mundo, había en la ciudad de Pamplona un senador de noble linaje, riquísimo, equitativo y pacífico, llamado Firmo. Llevaba vida muy sosegada en compañía de su esposa Eugenia, notable por su rara hermosura y buenas costumbres.

Cierto día pasó Firmo al templo de Júpiter como solía, para asistir a un sacrificio. De repente, en medio de las ceremonias, abriéronse las puertas del templo, y entró en él un extranjero, el cual interrumpió las alabanzas que los idólatras daban a sus dioses con un discurso sobre la falsedad de la religión pagana.

Firmo se escandalizó con aquel hecho y pidió al extranjero que le explicase aquello, lo que hizo el otro muy llana y francamente. Era el interruptor, San Honesto, natural de Nimes, discípulo de San Saturnino, obispo éste de Tolosa de Francia, y, a juzgar por la tradición, discípulo de los Apóstoles. Firmo era pagano de buena fe, así como dos compañeros suyos llamados Faustino y Fortunato. Los tres convinieron en rogar a Honesto que llamase al obispo de Tolosa, y Honesto accedió a ello de muy buen grado.

Pronto se anunció al pueblo la llegada de Saturnino: la fama de sus milagros cundía por todas partes. A la semana siguiente, los tres primeros senadores de Pamplona, Firmo, Faustino y Fortunato, siguieron a Saturnino, que acabó de enseñarles la doctrina cristiana y los bautizó con sus familias. El mismo día, decretaron la abolición del culto de los ídolos en la ciudad y se trocaron en incansables propagadores de la fe cristiana.

DISCÍPULO DE SAN HONESTO. — SACERDOTE Y OBISPO

TRES hijos tenían Firmo y Eugenia: dos niños, Fermín y Fausto, y una niña llamada Eusebia. San Honesto se encargó de la educación del primero. Con las lecciones y ejemplos de tal maestro, aquel joven cristiano de diecisiete años salió muy aventajado en letras y virtudes. Más adelante, San Honesto, ya entrado en años, le tomó como compañero de sus viajes apostólicos y, al ver su celo y demás eminentes prendas, le juzgó digno del episcopado y le envió al nuevo obispo de Tolosa San Honorato.

Reconociendo éste en el nuevo clérigo todas las señales del verdadero apóstol y, habiéndole impuesto las manos, díjole públicamente: «Alegraos, hijo, por haber merecido ser vaso de elección para el Señor. Id por toda la extensión de las naciones, porque habéis recibido de Dios la gracia y funciones del apostolado. No temáis, pues que el Señor os acompaña; pero sabed que tendréis mucho que padecer por su nombre antes de alcanzar la corona de la gloria».

No cabiendo en sí de gozo, vino Fermín a Pamplona y refirió a San Honesto todos aquellos sucesos. Lleno de santo celo por la gloria de Dios, emprendió la tarea de evangelizar a todo el pueblo navarro, lo cual logró en breve espacio de tiempo; pero, no bastándole esto para aplacar su sed de ganar almas para el cielo, traspuso los confines de su diócesis e, inter-

nándose en Francia, después de haber dejado en Navarra gran número de santos sacerdotes que consolidaron su obra, predicó allende los Pirineos la santa doctrina de Jesucristo. Tenía por entonces unos treinta y un años.

A juzgar por las *Actas* de su martirio, ésta debió ser la vida de San Fermín antes de su salida definitiva de Pamplona. Algunos hagiógrafos modernos la simplifican diciendo que le convirtió San Saturnino cuando vino a predicar el Evangelio a Pamplona, y que, después de bautizarle, le ordenó de sacerdote y le nombró sucesor suyo en la sede de aquella ciudad. Esta manera de juzgar está acorde con el sentir de los pamploneses, que cuentan a San Fermín como a su primer obispo.

Según parece, San Fermín empezó su apostolado en el mediodía de las Galias. Al llegar a la ciudad de *Agennum* —hoy en día Agen—, donde reinaba todavía el paganismo, se encontró con un santo sacerdote llamado Eustaquio. Permaneció una temporada en su compañía ayudándole a cultivar en aquellas comarcas la fe que en ellas había sembrado poco antes San Marcial de Limoges.

De Agen pasó al país de los arvernos y se detuvo cerca de la capital, que era *Augustonemetum* —Clermont Ferrand—. Los dos más ardientes sectarios de los ídolos, Arcadio y Rómulo, no dejaron piedra por mover para mermar e impedir del todo el gran fruto que cosechaba el Santo con su predicación. Fermín entabló con ellos largas controversias sobre la falsedad de los ídolos y, finalmente, salió victorioso de aquella pelea. Los dos idólatras abrazaron la verdadera religión, abjuraron la suya vana, y luego trajeron a muchísimos paganos a alistarse bajo la bandera de la cruz de Cristo. Cuando Fermín dejó al país de los arvernos, la mayoría de los habitantes profesaba ya el cristianismo.

Pasó de allí al país de los angevinos, donde el obispo Auxilio le tuvo en su compañía por espacio de quince meses. Predicó en la ciudad y en todo aquel territorio, y convirtió en él a infinitas almas.

Una cosa traía inquieto por entonces al enviado del Señor. San Honorato de Tolosa le había predicho grandes padecimientos, y hasta entonces sólo había experimentado alegrías y consuelos, en cuya comparación parecíanle ligerísimas las fatigas de los viajes y del apostolado, y así, anhelaba que se cumpliera la profecía de quien le consagrara obispo. Tuvo a la sazón noticia de que Valerio —gobernador de los belovacos, en el territorio de Beauvais— perseguía sañudamente a los cristianos, y conmovióse al oír el doloroso relato de sus tormentos. Ansioso de conquistar él también la palma de mártir, partió para dicha comarca y evangelizó a su paso todo aquel país. Los paganos le encarcelaron. Ya aguardaba gozoso el momento de dar su sangre por Cristo, cuando el pueblo lo sacó violentamente de la cárcel.

Aquí nos apartaremos del relato de las *Actas* y echaremos mano de algu-

nos documentos sacados de tradiciones locales que, a lo menos, tienen como fundamento de crédito el ser muy antiguas. Fermín usó de aquella libertad para anunciar sin demora la verdadera fe en el país de los caletos, y logró entrar en Beauvais. Empezó entonces a predicar con intrépido celo a los fieles de aquella Iglesia, abandonados a sí mismos desde el martirio del obispo San Luciano, y a alentarlos y esforzarlos en medio de los peligros y persecuciones.

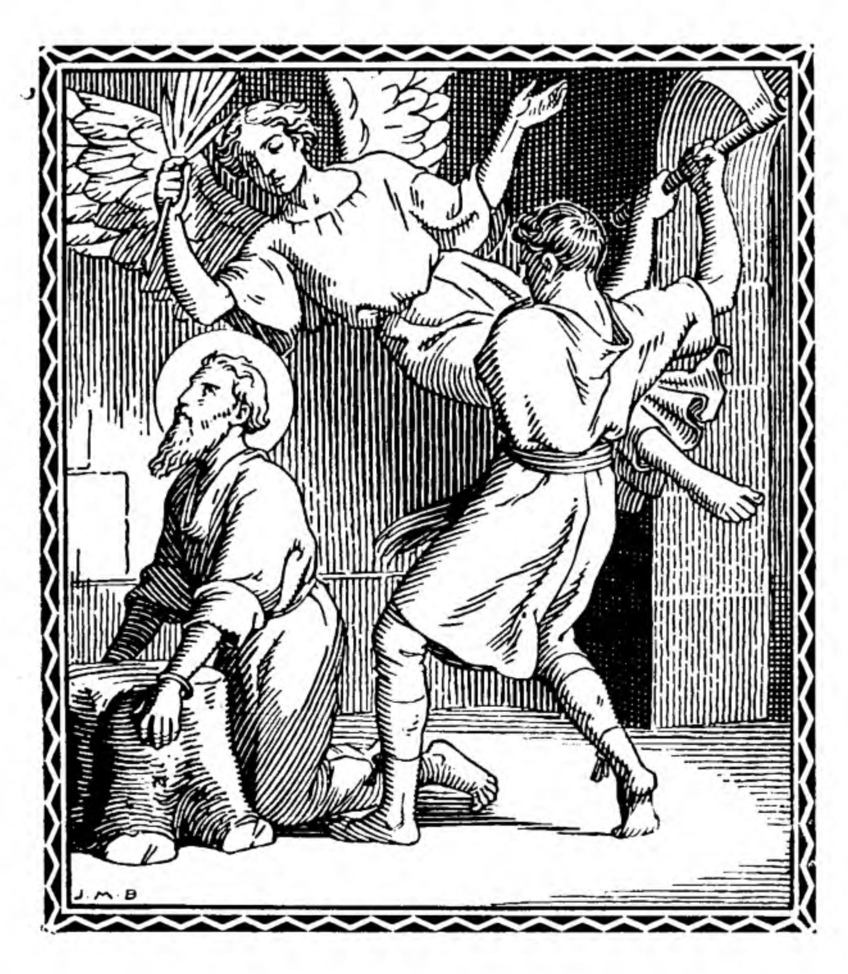
Creía Valerio haber anegado el cristianismo en sangre, pero hubo de quedar pasmado cuando supo que, gracias al celo de otro Luciano, la nueva religión amenazaba segunda vez con invadir la ciudad. Juró por los dioses derramar nuevamente ríos de sangre cristiana. Llamó al apóstol San Fermín a su tribunal y, por confesar valerosamente la fe de Cristo, hizóle azotar con crueldad, cargar de cadenas y echar en una cárcel oscura y hedionda.

Fermín vislumbraba ya radiante de gozo la palma del martirio. Pero el Señor dispuso las cosas de otra manera. Las iniquidades de Valerio llegaron a su último colmo, y la sangre de los inocentes clamaba venganza. El cruel perseguidor pereció desastradamente en un alboroto popular. Su sucesor, Sergio, le imitó en la crueldad y pereció también de muerte repentina y desgraciada. Los cristianos se aprovecharon de aquellos sucesos para sacar de la cárcel a su amante Pastor. San Fermín volvió a predicar con increíble celo y valor, y aun se atrevió a edificar en el centro de la ciudad pagana una iglesia dedicada al protomártir San Esteban.

Encendióse otra vez el fuego de la persecución. Los cristianos, empero, no querían que la Iglesia perdiese tan valeroso defensor, y obligaron a su intrépido obispo a dejar aquella ciudad. El pontífice llevó la buena nueva de la fe cristiana a los alrededores de Beauvais; allí le dejaron en paz sus enemigos. Finalmente, viendo que no podía dar su vida por Cristo en aquel lugar, pensó en ir a evangelizar los pueblos del norte de las Galias, que aun vivían en el paganismo. «Vámonos más lejos —dijo—; vamos a tierras de los ambianos y de los morinos, que derramarán nuestra sangre».

SAN FERMÍN EN LA CIUDAD DE AMIÉNS

EL día 10 de octubre llegó Fermín cerca de la capital de los ambianos. Refiere la tradición que se detuvo en el lugar donde hoy día se halla la plaza de San Martín. Paróse frente al bosque sagrado y la fortaleza, como para retar al templo de Júpiter, y predicó, por vez primera, a los ambianos admirados, la buena nueva del Evangelio. Un senador principal llamado Faustiniano le acogió con júbilo en su casa. San Fermín bautizó a su familia y recibió al mismo senador entre sus catecúmenos.



ESPOSADO *como se encuentra San Fermín, preséntase el verdugo, que de un tajo le corta la cabeza y le otorga así la corona del martirio. Un ángel que desde el cielo viene a confortar al Santo en este trance, toma su hermosa alma y, triunfante, la presenta al Creador*

Emprendió la evangelización de aquellas comarcas con incansable celo. Juntaba a la gracia de su elocuencia el testimonio invencible de los muchos y estupendos milagros que el Señor por él obraba. Cierto día se llegó al Santo un tal Casto, que era tuerto; Fermín le devolvió el ojo enfermo con sólo invocar sobre él las tres personas de la Santísima Trinidad. Al siguiente día curó a dos leprosos. Enfermos de todas clases: ciegos, cojos, sordos, mudos, paralíticos y posesos cobraban cada día la salud del alma junto con la del cuerpo. Fácilmente se concibe que con tales argumentos pudiese el nuevo apóstol convertir a más de tres mil hombres en los tres primeros días que estuvo en la ciudad.

Cuando *Samarobriva* —la antigua Ambriano, hoy día Amiéns— fué ya ciudad cristiana, salió de su muros el santo apóstol para evangelizar las demás ciudades de la región. También efectuó algunos viajes apostólicos a Morinia, y predicó el Evangelio en las ciudades de Teruana, Boloña, Montreuil y parte de Ponthieu. No obstante, Amiéns seguía siendo la ciudad predilecta. A menudo repetía al pueblo estas palabras: «Hijos míos, sabed que Dios Padre, Criador de cuanto existe, me envió a vosotros, para que purifique a esta ciudad del culto de los ídolos, predique la fe de Cristo, crucificado en la flaqueza de la carne, pero vivo por la gracia y poder de Dios». A poco de llegar quedaron desiertos totalmente los templos de Júpiter y Mercurio.

ANTE LOS PREFECTOS

SEBASTIÁN y Lóngulo gobernaban a la sazón la provincia de la Galia Bélgica, a la que pertenecía *Samarobriva*. Fueron a ellos los sacerdotes de Júpiter y acusaron a Fermín y a sus discípulos de mil crímenes contra los dioses. Trasladáronse ambos presidentes a Amiéns, y mandaron que todos los ciudadanos se juntasen en el pretorio en el plazo de tres días.

Cuando ya todos estuvieron congregados, Sebastián arengó a la muchedumbre en estos términos: «Los sacratísimos emperadores han mandado que el honor y el culto debidos a nuestros dioses inmortales se guarden religiosamente en toda la extensión del imperio, en todas las partes del mundo, por todos los pueblos y naciones. Ofrézcaseles, pues, incienso en estos altares, y tribúteseles veneración conforme a la antigua usanza de los príncipes. Si alguien intentara desobedecer los decretos de nuestros santísimos emperadores, o resistirse a cumplirlos de cualquier manera, sepa que le haremos padecer toda clase de tormentos y, a tenor de los decretos de los senadores y príncipes de la República romana, le condenaremos a pena de muerte».

Auxilio, sacerdote de Júpiter y Mercurio, habló seguidamente:

—Hay entre nosotros —dijo— un pontífice de los cristianos, el cual no solamente trata de apartar a la ciudad de Amiéns del culto y religión, sino que aun parece querer arrancar el imperio romano y la tierra entera al culto de los dioses inmortales.

—¿Quién es ese impío? —preguntó Sebastián.

—Se llama Fermín —repuso Auxilio—; es un español muy hábil, elocuente y sagaz... Predica, y aleja de tal manera al pueblo de nuestra religión, que ya no se acerca nadie a orar y ofrecer incienso en los sagrados templos de Júpiter y Mercurio; a todos los senadores los arrastra a que abracen la religión cristiana. Si no atormentáis a este hombre con los más atroces suplicios para escarmiento del pueblo, dentro de poco será un grave peligro para toda la república. Mandad que parezca el culpable en vuestro tribunal, delante de todo el pueblo.

Mandó Sebastián a sus soldados que prendiesen a Fermín y se lo trajesen a los dos días a los juegos del circo, cerca de la puerta Clipiana. Al saber el valeroso mártir que los soldados le buscaban, presentóse de por sí en el pretorio, y aun antes de que le interrogasen proclamó ante sus jueces que era menester adorar a Jesucristo y abolir el culto de los ídolos.

—¿Eres tú por ventura ese malvado, ese impío que pretende destruir los templos de los dioses y apartar al pueblo de la religión de los sacratísimos emperadores? —le preguntó Sebastián—. Dime, ¿cómo te llamas y cuál es tu patria y estado?

—Me llamo Fermín; soy español, senador y ciudadano de Pamplona; cristiano por la fe y la doctrina. Soy obispo, y fuí enviado a predicar el Evangelio del Hijo de Dios, para que sepan los pueblos y naciones que no hay ni en el cielo ni en la tierra otro Dios sino el que sacó todas las cosas de la nada y a todas las conserva y gobierna. Los Ángeles y las Virtudes celestiales le rodean; en su mano están la vida y la muerte, y es todopoderoso. Toda rodilla se inclina ante Él en el cielo, en la tierra y aun en los infiernos. Humilla o destruye los imperios; rompe los cetros de los reyes. Las generaciones pasan y se mudan en torno suyo: sólo Él es inmutable y permanece inmóvil frente a la movilidad de los siglos. Respecto a los dioses que adoráis, influídos por los pérfidos demonios, son vanos simulacros sordos, mudos e insensibles que engañan a los hombres y precipitan a sus adoradores al fondo del infierno. Declaro, pues, libremente, que son hechuras del diablo a las que debéis renunciar si no queréis ser tragados vosotros mismos por los eternos abismos donde gimen las potestades infernales.

Embraveciόse el cruel Sebastián al oír tales palabras.

—En nombre de los dioses y diosas inmortales y de su invencible poder —le dijo—, te conjuro a que dejes tu locura y no desprecies la religión que profesaron tus antepasados; de lo contrario, tiembla ante los tormentos

que te aguardan y la ignominiosa muerte que padecerás en presencia de esta muchedumbre.

—Has de saber —repuso Fermín— que no me arredra ni tu persona ni los tormentos; antes me duelo sobremanera de tu locura y vanidad. ¿Cómo te atreves a pensar que la diversidad y multiplicidad de tormentos pueden hacer temblar a un siervo de Aquel que es Dueño del mundo? Junta cuantos suplicios te agrade: el Señor, en proporción de ellos, me dará su ayuda para que logre la corona de gloria imperecedera. No quiero, huyendo de los tormentos con que me amenazas, perder la eterna bienaventuranza que el Hijo de Dios me tiene reservada en su reino. Tú, en cambio, serás condenado a las llamas eternas del infierno, a causa de la crueldad con que tratas a los siervos de Jesucristo.

Todos los presentes quedaron maravillados al ver la constancia del mártir y la firmeza de sus respuestas. De pronto se produjo fuerte tumulto en aquella muchedumbre: acordóse el pueblo de los grandes milagros que obraba Fermín cada día, y quiso arrebatarle violentamente de manos del presidente. Temió Sebastián que aquella gente se amotinase contra él; dió por terminado el juicio, y dejó libre al santo obispo. Empero, secretamente mandó a los soldados que le detuviesen al poco tiempo, le degollasen de noche, y ocultasen su cuerpo para que los cristianos no lo venerasen.

MARTIRIO DE SAN FERMÍN

CON el mismo ardor que antes siguió el Santo predicando en aquella ciudad; pero a los pocos días detuviéronle los soldados y le encerraron en lóbrega cárcel; y a la noche personáronse allí los verdugos para cumplir las órdenes de Sebastián.

Viólos llegar el valeroso confesor; inmediatamente cayó de rodillas derramando lágrimas de gozo, y oró al Señor con esta súplica: «Gracias te doy, ¡oh Señor Jesucristo!, soberano remunerador de todo bien y mansísimo Pastor, por haberte dignado admitirme en la sociedad de tus elegidos. ¡Oh Rey piadoso y clemente!, vela por cuantos llamaste a la fe por mi predicación, y dígnate oír las preces de cuantos te invocaren en mi nombre». Al acabar su oración, un soldado le degolló en la misma cárcel.

Con este tormento murió San Fermín, primer obispo de Amiéns, a los 25 de septiembre, fecha mencionada por la tradición de los antiguos martirologios. Faustiniano, senador cristiano de Amiéns, tomó secretamente el cuerpo del mártir, al que dió honrosa sepultura en un sepulcro nuevo. Más adelante, otro San Fermín, confesor, edificó sobre el sepulcro de San Fermín, mártir, una iglesia dedicada a la Virgen María.

VENERACIÓN AL SANTO

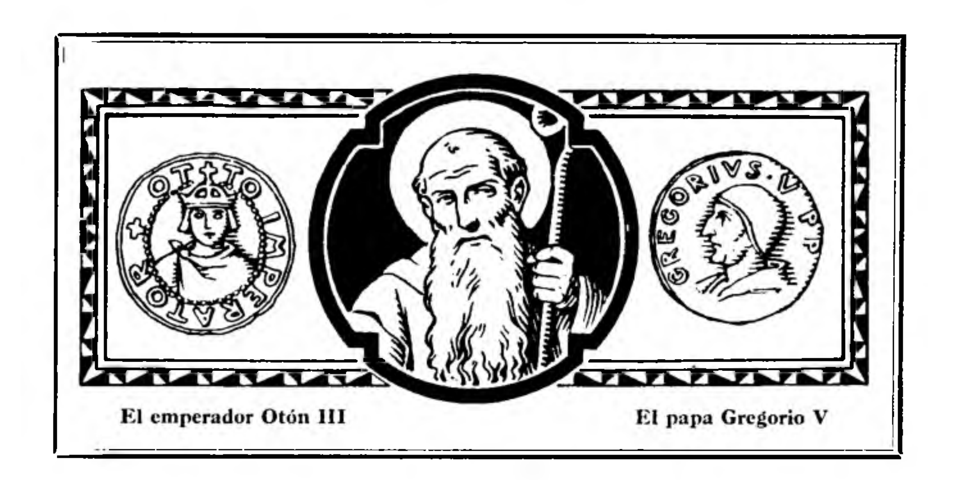
El recuerdo del lugar preciso donde estaba enterrado el invicto mártir fué extinguiéndose en el correr de los siglos. Pasados cerca de quinientos años, siendo obispo de Amiéns el bienaventurado San Salvio, tuvo noticias ciertas de que el cuerpo del glorioso mártir español había sido sepultado en la iglesia de la Virgen María, edificada por el obispo San Fermín, confesor, hijo de Faustiniano. Ardía San Salvio en deseos de ver y venerar las reliquias de su insigne predecesor. Convocó cierto día a todo el pueblo, y exhortóle a orar para que el Señor se dignase revelarle el lugar del sepulcro del Santo. Publicó asimismo un ayuno general de tres días, pasados los cuales, vió que salía un rayo luminoso del lugar donde estaba el sepulcro de San Fermín. El mismo San Salvio, luego de dar gracias a Dios, tomó un azadón y comenzó a cavar hasta que dió con el sagrado cuerpo.

Por los años de 1110, siendo obispo San Godofredo, el cuerpo de San Fermín fué depositado en un relicario preciosísimo. Cinco años más tarde, fué casi reducida a pavesas la ciudad de Amiéns; la iglesia de San Fermín —entonces catedral— permaneció intacta. A fines del siglo XII, siendo obispo Teobaldo de Heilly, las sagradas reliquias fueron encerradas en otra urna, que aun existía poco antes de la Revolución francesa.

La provincia de Navarra, y sobre todo la ciudad de Pamplona, de la que es patrón muy querido y venerado, celebran su memoria con cultos solemnísimos y festejos populares el día 7 de julio.

SANTORAL

Santos **Fermín, obispo de Pamplona y de Amiéns, mártir;** Solemnio, obispo de Chartres; Lope o Lupo, obispo de Lyón; Anatolón, discípulo de San Bernabé y su sucesor en el obispado de Milán; Anacario, obispo de Auxerre Principio, hermano de San Remigio, y obispo de Soissóns Bar o Baroco, obispo; *Juan de Pasamonte —«el Niño de la Guardia»—, mártir; Pablo, martirizado en Damasco juntamente con su mujer y sus cuatro hijos; Formerio, solitario y mártir;* Cleofás, discípulo de Nuestro Señor y mártir; Formerio, mártir de Capadocia, venerado en Treviño; Ceolfrido y Ermenfredo, abades; Pacífico, franciscano; Agamondo, Teodoro, Elfgeto, Egelredo, Asker y otros monjes, mártires en Croyland (Inglaterra); Herculano, soldado, mártir en Roma; Bordomiano, Eucarpo y veintiséis compañeros, mártires en Asia. Beatos Casiodoro, abad· Camilo Costanzo, Agustín Ota, Gaspar Cotenda y los niños Francisco Taquea y Pedro Xeki, mártires en el Japón. Santas *Tata, mártir juntamente con su esposo e hijos;* Aurelia y Neomisia, hermanas, vírgenes.



El emperador Otón III — El papa Gregorio V

DÍA 26 DE SEPTIEMBRE

SAN NILO EL JOVEN

ABAD DE GROTTAFERRATA (910-1005?)

ORIUNDO de la península de Calabria, este monje basilio de rito griego, fundador de la abadía de Grottaferrata, cerca de Roma, es uno de los más excelsos santos de la Igesia bizantina del siglo X. Para no confundirlo con su homónimo del siglo V, San Nilo el Sinaíta, también monje y escritor ascético de gran valía, acostúmbrase a llamarle Nilo el Joven, o Nilo de Rosano. Un discípulo suyo, que tomó buena parte en la fundación del monasterio de Grottaferrata y que más tarde fué su tercer abad, el monje San Bartolomé —mencionado en el Martirologio romano el 11 de noviembre—, escribió en griego la vida de su maestro. Esta biografía, redactada poco años después de la muerte de San Nilo por un compatriota suyo, ofreció al hagiógrafo datos fidedignos y valiosos.

Según se desprende de tales datos, vió Nilo la luz primera en Rosano, hermosa villa episcopal asentada en las arenas del golfo de Tarento, hacia el año 910. Rosano pertenecía a la provincia de Calabria, que fué la primera y la última ocupada por los griegos en Italia. Recibió el niño en la pila bautismal el nombre de Nicolás y quedó desde entonces especialmente consagrado a la Reina de los cielos. Era su familia, como la mayoría de las de

Calabria, de origen griego, y acomodábase en la liturgia al rito de la Iglesia constantinopolitana. Educáronle sus padres en los sentimientos caritativos y en las prácticas de la más sólida piedad. Su educación e instrucción científica y literaria fueron tan completas como los tiempos y los haberes, no escasos, se lo permitieron. Ocasiones tendrá más tarde fray Nilo, ya consagrado a Dios con los sagrados votos, de dar irrefragables pruebas de la profundidad de sus conocimientos en Sagradas Letras y en las demás ciencias.

Ligado Nicolás desde los albores de su juventud con los lazos matrimoniales, supo hermanar perfectamente las obligaciones del nuevo estado con la vida de oración y austeridad que integran el cristianismo. Reservábase a diario momentos de calma y solaz para consagrarlos a la meditación y al examen de conciencia en lugares solitarios. Sin embargo, poco a poco, el demonio y los seductores halagos mundanales dieron al traste con su primer fervor y con su fidelidad en el trato con Dios. Abandonó Nicolás sus oraciones, y su alma, falta de apoyo, cayó en la relajación y no pudo resistir a los atrayentes incentivos del placer. Cambió totalmente de rumbo la vida de nuestro joven, hasta entonces tan ejemplar, y principió a deslizarse rápido por la pendiente del vicio; olvidó el espíritu y las máximas evangélicas, y se dejó llevar únicamente por las mundanas. La muerte de su esposa hízole comprender la gravedad del peligro que le amenazaba por sus pecados. No fué sordo a la divina voz. Decidido a dar de mano al mundo, rompió de una vez sus duras amarras y se retiró a la soledad.

MONJE BASILIO. — ANACORETA Y FUNDADOR

OBEDIENTE a los consejos evangélicos, Nicolás abandonó su casa, sus amigos y su fortuna, y fué a llamar a las puertas del convento de San Juan Bautista de Rosano. Al poco tiempo, ingresó en el de San Mercurio, donde tomó el hábito monástico. Poco después, sin que sepamos el motivo, se retiró a la abadía de San Nazario, sita a unas cinco leguas del anterior. Hecha la profesión monástica, consagróse por entero a la vida de oración y penitencia, siguiendo puntualmente la regla de su padre y fundador San Basilio.

Tras nueva residencia en el monasterio de San Mercurio, deseoso de llevar la vida de los antiguos Padres del yermo, solicitó y obtuvo permiso para vivir en un eremitorio contiguo a una capilla dedicada a San Miguel. Aquí empleaba la mayor parte del día en la oración y contemplación. Ya puesto el sol, el anacoreta comía un poco de pan y algunas hierbas cocidas o frutas, según la estación. En invierno como en verano, cubría su cuerpo con una vestimenta en forma de saco, hecha con pelo de cabra. Esta túnica

era un hervidero de miseria que le servía de continuo instrumento de penitencia. Los muebles que usaba en aquella caverna, se reducían a una piedra que, según las horas, le servía de lecho y de mesa para escribir.

Atraídas por la santidad del ermitaño, acudieron algunas personas de Rosano y de las cercanías a ponerse bajo la dirección, suave y fuerte a la vez, de Nilo. Éste exigía de ellas la más completa renuncia a todas las comodidades y a la propia voluntad, y ejercitábalas sobre todo en la práctica de la humildad. El desprecio de sí mismo y la perfecta obediencia eran, a su entender, las virtudes esenciales del verdadero religioso. Para proteger a sus discípulos contra las incursiones y destrozos de los piratas sarracenos, frecuentes en aquella época por el sur de la península itálica, construyó en la montaña una especie de ciudadela fortificada, adonde se retiraba con sus monjes cuando tenía noticias de que los enemigos merodeaban por sus cercanías.

El tiempo que le dejaba libre la oración, empleábalo en el cumplimiento escrupuloso de las diversas prescripciones de la vida regular y en obras múltiples de caridad y celo. Pobres y ricos, sabios e ignorantes llegaban para pedirle socorro, consejos y consuelos, seguros de ser siempre acogidos con amorosa y fina bondad. Altos personajes, como el metropolitano de Calabria y el gobernador de la comarca, quisieron cerciorarse por sí mismos de la ciencia teológica y de la santidad del célebre monje. Reparó en ello fray Nilo y, después de haber pedido luces en la oración, presentó a los visitantes un manuscrito con distintos pasajes de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia, relativos al reducido número de los elegidos. Explicó y demostró los diferentes textos y aprovechó para predicar la penitencia y el respeto a las leyes evangélicas a unos hombres que se preocupaban más de saber si Salomón se había salvado que de llevar ellos mismos vida cristiana.

Habiéndose sublevado los habitantes de Rosano contra el representante del gobernador imperial de Constantinopla, alcanzaron el perdón gracias a la intervención de su compatriota. Cuando vacó la sede episcopal de Rosano, pidieron para Nilo ese puesto, pero éste rehusó el cargo y el que le ofrecían en la corte de Bizancio.

CONFRATERNIDAD CON LOS HIJOS DE SAN BENITO

PARA esquivar tanta veneración, que juzgaba peligrosísima para su humildad y a fin de huir de los terribles destrozos que se avecinaban por el completo dominio que los sarracenos ejercían sobre Calabria, convocó Nilo a sus discípulos y les notificó su resolución de irse para siempre de aquellos lugares en donde hasta entonces había vivido. Púsose, pues, en camino hacia el noroeste la pequeña caravana que entre todos formaban.

Tras largas y penosas jornadas llegaron a las inmediaciones de Capua. El gobernador y los habitantes de la ciudad recibieron con mucho respeto y caridad a los piadosos peregrinos, y ofrecieron a Nilo el título de obispo. Naturalmente, Nilo rehusó semejante honor y se apresuró a dejar a unos amigos que ponían en peligro su humildad y su amor a la soledad, y encaminóse al monte Casino. El gobernador de la comarca rogó a Aligerne, abad del célebre monasterio benedictino, que cediera a Nilo y a sus monjes, en el territorio de la abadía, el convento que les conviniese.

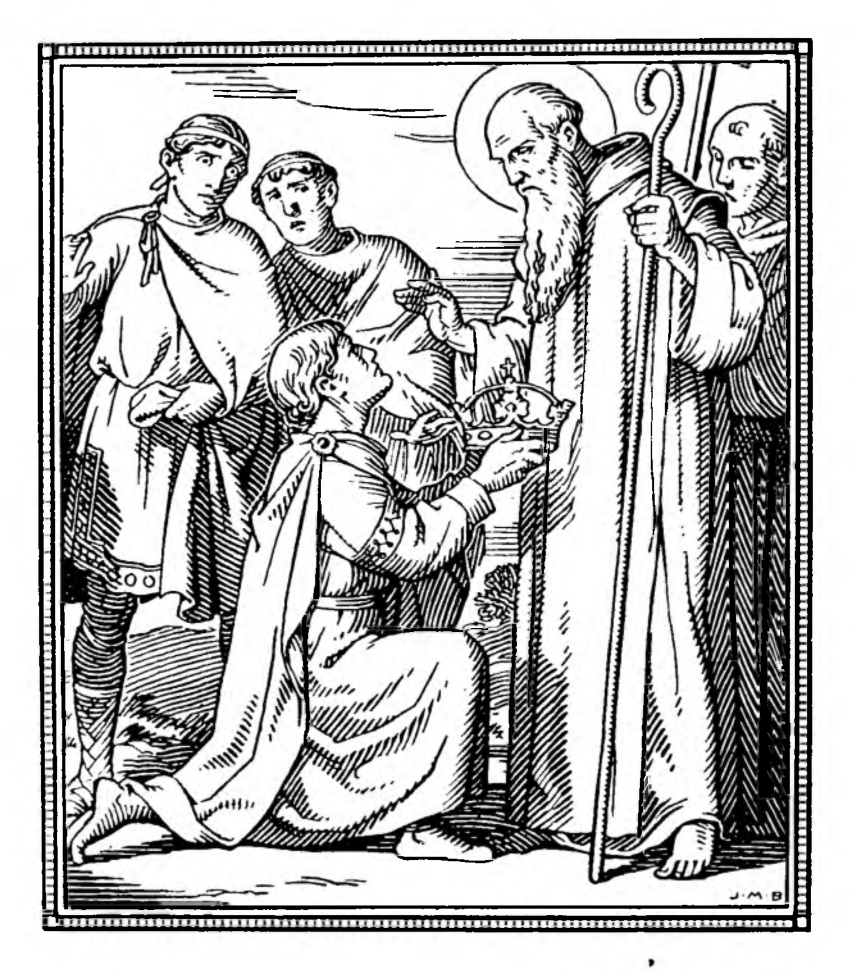
Cuando los religiosos basilios hubieron llegado al pie de la colina donde está edificada la inmensa abadía, fueron recibidos con cánticos e himnos de júbilo por los hijos de San Benito, los cuales bajaron en procesión a esperarlos. Nilo curó varios enfermos apenas llegado al recinto en donde descansó hasta principios del siglo VIII el cuerpo del gran patriarca, y gustó durante algunos días las dulzuras de una hospitalidad verdaderamente fraternal. Condujéronle al convento de Vallelucio, situado en las cercanías del monte Casino, y allí se estableció con su monjes.

Para manifestar a sus bienhechores su agradecimiento, Nilo compuso en griego varios himnos en honor de San Benito y pasó una noche en la iglesia del monasterio benedictino cantando con sus discípulos el oficio litúrgico según el rito griego. A los religiosos que le visitaron, dió consejos de celestial sabiduría; pidiéronle con insistencia que sintetizara en una frase la función del monje, y dijo: «El monje es un ángel; su función es la misericordia y la alabanza de Dios por el sacrificio».

Los religiosos Basilios permanecieron más de diez años en el monasterio de Vallelucio. No encontrando aún en esta morada la suficiente soledad, Nilo, acompañado de varios discípulos, la dejó y se retiró a Serperi, cerca de Gaeta; la nueva colonia se estableció en chozas o cabañas hechas con tablas mal ensambladas, refugio provisional de labradores y cazadores.

CISMA DE CRESCENCIO. — NILO Y EL ANTIPAPA JUAN FILAGATO

EL emperador Otón (980-1002) había ido a Roma para ser coronado por el papa Gregorio V. Éste había obtenido del monarca que perdonase, a pesar de sus crímenes, a Crescencio, patricio romano. Acto de tan generosa caridad fué muy mal correspondido. Apenas Otón pasó los Alpes, Crescencio se apoderó del papa Gregorio V, le arrojó de Roma y suscitó en la Iglesia un cisma, haciendo elevar al trono pontificio (997) al obispo de Plasencia, Juan Filagato, que tomó el nombre de Juan XVII —o Juan XVI—.



ADMIRADO *de la piedad y de la prudencia de San Nilo, el emperador Otón III le pide la bendición y le ruega que solicite algún favor «El único que pido a Vuestra Majestad —le responde el Santo—, es que penséis todos los días en la salvación de vuestra alma».*

El antipapa, nacido en Rosano, había sido monje en el mismo convento que Nilo, y había llegado finalmente a ser obispo de Plasencia. Comisionado a Constantinopla para negociar el matrimonio del emperador Otón III con la princesa Elena, hija de Constantino VIII, fué tal circunstancia para él motivo de ambiciones, riquezas y honores.

Enterado Nilo de la escandalosa conducta de su compatriota, escribióle aconsejándole que no se dejase cegar por el amor a los honores y a los bienes de este mundo, antes bien, asegurase la salvación de su alma ofreciendo la cátedra de San Pedro al legítimo sucesor. Invitóle a volver al monasterio para hacer penitencia, pues de lo contrario no se haría esperar el castigo de Dios. El antipapa respondió con una carta en la que agradecía los caritativos consejos, pero no daba señal de seguirlos. A Dios tocaba realizar la profecía de Nilo.

TERRIBLE CASTIGO DEL ANTIPAPA

HABIENDO vuelto a Roma el Emperador con su ejército, Crescencio y los suyos fueron derrotados (998). El antipapa huyó, y algunos soldados de Otón le hicieron prisionero. Cortáronle la lengua, la nariz y las orejas; le sacaron los ojos y así mutilado le arrojaron en un calabozo. Al saberlo Nilo salió para Roma profundamente apenado. Su deseo era obtener del Papa y del Emperador que le confiaran al desgraciado Filagato; el antipapa acabaría su vida en la penitencia, recluído en un monasterio basilio, bajo la custodia de su compatriota. El Pontífice y Otón manifestaron gran respeto y afecto a su ilustre visitante; escucharon con benevolencia su demanda y perdonaron la vida al antipapa; pero, no queriendo Nilo quedar en Roma, decidieron confiar la vigilancia de Filagato al abad del monasterio griego de San Sabas, existente en la capital romana. Mientras esto ocurría, el populacho consiguió apoderarse del prisionero, paseóle por las calles montado en un asno y con una vejiga inflada en el cuello. Terminada la afrentosa burla, fué devuelto a la prisión.

Tan ignominioso trato, infligido a un sacerdote y obispo que ya había sido cruelmente castigado, sublevó el alma compasiva de Nilo. Creyó el monje que el Emperador era responsable de todo por cuanto nada había hecho para impedirlo, por lo cual sintió dolor profundo y no quiso ver más al monarca. Otón le envió un obispo de la corte para que le diese explicaciones de su conducta.

—Id —respondió Nilo— y decid al Emperador y al Papa: «Esta es la última palabra del anciano a quien llaman Nilo: Me habíais confiado al desgraciado ciego, no por la consideración que merezco, pues nada soy, sino

por un justo sentimiento de temor a Dios. A Él, pues, se lo habíais entregado, que no a mí. Ahora habéis agravado su pena, sin respeto alguno al nombre del Señor; de Él recibiréis el castigo».

Y el ermitaño salió ocultamente de Roma.

OTÓN III EN EL MONASTERIO DE SERPERI

QUEDÓ el emperador Otón impresionado por las amenazas del hombre de Dios y, según parece, fué en peregrinación a San Miguel del monte Gárgano. Quiso Otón visitar a los monjes de Serperi y, a vista de las reducidas chozas que rodeaban a la pobre capilla, exclamó: «¡Éstas son en verdad las tiendas de Israel en el desierto! Éstos son los ciudadanos del reino de los cielos; acampados están en la tierra, no como habitantes, sino como extranjeros y viandantes.» Nilo, con sus religiosos, salió al encuentro del emperador. Condujéronle a la capilla y de allí a la habitación donde Nilo recibía a los visitantes. El príncipe demostró al anciano la conveniencia de mirar antes de su muerte por el porvenir de sus hijos espirituales, a cuyo fin ofreció, en sus estados, lugar conveniente para un monasterio que dotaría de suficientes rentas.

—Si los religiosos, mis hermanos —replicó Nilo— son monjes dignos de su vocación, no los abandonará Jesucristo cuando yo falte.

Y con estas palabras rehusó las ofertas que le hacía.

—Pedidme al menos, Padre, cualquier favor para darme ocasión de probaros mi filial amor.

—No voy a pedir más que una gracia a Vuestra Majestad —replicó Nilo—; pensad en la salvación de vuestra alma. Aunque seáis emperador, moriréis como cualquier otro hombre, y daréis cuenta a Dios de vuestras acciones.

El Emperador acató con respeto este grave aviso, quitóse la corona y recibió la bendición del anciano. Cuando salió, Nilo anunció a sus religiosos que el príncipe moriría pronto, lo que, en efecto, no tardó en verificarse.

SAN NILO FUNDA LA ABADÍA DE GROTTAFERRATA

AL morir el bienaventurado Esteban, discípulo muy amado de Nilo por su candor y espíritu religioso, el maestro quedó profundamente apenado. Confió a la tierra los despojos de su querido hijo y hermano, y sintió muy vivo deseo de ser enterrado un día junto a él. Pero la Providencia lo dispuso de otro modo. La edad avanzada del anciano hacía pensar en su cercana muerte. Deseosos los nobles de la comarca de conservar en Gaeta

los restos mortales de tan gran monje, preparáronle con diligencia un suntuoso mausoleo. Enteróse Nilo de tal propósito y supo, por inspiración del cielo, que debía buscar en otra parte el lugar de su sepultura. Siempre había pedido a Dios que ese lugar fuese desconocido de los hombres, por lo cual notificó a sus discípulos que iba a marchar pára preparar un monasterio donde reuniría a sus hermanos y a sus hijos dispersos; y el anciano de más de noventa años salió de Campania con varios monjes, pudiendo apenas sostenerse a caballo. Tomó la dirección de Roma, aunque sin entrar en ella; paróse en Túsculum —hoy Frascati, ciudad del Lacio— y fué recibido en el monasterio de Santa Águeda. A petición suya, Gregorio, conde de Túsculum, le concedió gustoso el solar de una gran villa romana situada a pocos kilómetros al sur de la ciudad. Dió Nilo a sus monjes la orden de limpiar aquellos lugares, cubiertos de malezas y de ruinas, y preparar los cimientos de un nuevo monasterio. Animosamente se pusieron al trabajo a principios de 1004. Su padre y superior les había prometido que pronto iría con ellos. Pero, al igual que Moisés, no debía ver en vida su casa de bendición: la abadía de Grottaferrata que acababa de fundar al fin de sus días en este valle del dolor.

Para el vigoroso temple espiritual del monje, no había de ser demasiado recia aquella prueba final; siempre había vivido desligado de las cosas de aquí abajo y buscaba únicamente el beneplácito divino.

MUERTE DE SAN NILO

HABIENDO recibido aviso de su muerte próxima, reunió Nilo a sus hijos más cercanos y les habló en estos términos:

—Ruégoos, amados hijos, que cuando haya expirado no tardéis en enterrar mi cuerpo. No lo hagáis en iglesia alguna; es un honor que no merezco. No levantéis tampoco oratorio ni panteón en el lugar de mi sepultura; si queréis poner alguna señal que conserve el recuerdo, que sea una losa llana en la que los viajeros puedan sentarse, pues yo fuí peregrino en la tierra todos los días de mi vida. Acordaos sobre todo de mí en vuestras oraciones.

Y, dicho esto, bendíjolos y suplicóles que le llevasen a la iglesia del monasterio, pues decía: un monje debe morir en la iglesia. El Divino Maestro llamó a Sí a su fiel siervo, probablemente el día de la fiesta de San Juan Evangelista, fijada en el calendario griego el 26 de septiembre. Corría el año 1004 ó 1005. Nilo tenía cerca de noventa y cinco años.

Cuando el nuevo monasterio edificado en Grottaferrata pudo recibir en sus claustros a los discípulos del santo monje, éstos tuvieron cuidado de trasladar con ellos los mortales despojos de su Padre, universalmente venerado como santo. Verificóse la traslación con solemnidad inusitada.

LA ABADÍA DE GROTTAFERRATA. — CULTO A SAN NILO

EL nombre de San Nilo está estrechamente unido al de la abadía de Grottaferrata, de la que era fundador. Había predicho que esta casa reuniría y cobijaría a sus discípulos dispersos. En efecto, todos fueron a residir en el lugar bendito donde su cuerpo había sido depositado. No es una vulgar piedra sepulcral, sino un monasterio imponente por su construcción y por su aspecto feudal lo que señala a los peregrinos de todos los siglos y países la tumba del ilustre monje Basilio. Situado el monasterio a unos 27 kilómetros de Roma, cerca de Frascati, continúa siendo grato albergue de religiosos que, como San Nilo, siguen la regla de San Basilio y celebran los oficios litúrgicos según el rito griego. Siempre se han distinguido por sus trabajos centíficos y por sus esfuerzos para volver a la unidad católica a los griegos disidentes o cismáticos.

En la iglesia de la abadía hay una capilla consagrada al fundador. Fué enriquecida en el siglo XVII con hermosos frescos de El Doménico, que representan diversos episodios de la vida de San Nilo. Uno de ellos es el encuentro del Santo y del emperador Otón III. En otro, se ve al monje de rodillas ante una roca, encima de la cual hay un Santo Cristo que, con la diestra desprendida, bendice a su siervo. En otra parte el pintor ha representado a San Nilo de rodillas, al lado de San Bartolomé, su discípulo, ahuyentando con su oración una tempestad que amenazaba destruir las cosechas.

En 1904, con ocasión del IX centenario de la fundación de la abadía, fué inaugurado en sus muros un monumento en honor del santo religioso. San Nilo es el principal patrón de la diócesis y de la ciudad de Rosano, que celebra su fiesta en septiembre con oficio y misa propios.

SANTORAL

Santos *Cipriano, mártir; Eusebio, papa;* Nilo el Joven, abad; Eusebio, obispo de Bolonia, y Vigilio, de Brescia; Colmano, abad irlandés; *Amancio, presbítero;* Juan de Oldrato o de Meda, reformador de la Congregación de los Humillados; Calistrato y cuarenta y nueve compañeros, mártires en Roma, bajo Diocleciano; Arcadio y Severiano, mártires en Mauritania; Senador, mártir en Albano; Juan de Brébeuf, Isaac Jogues y otros mártires de la Compañía de Jesús, víctimas de los iroqueses en el Canadá. Santas *Justina, virgen y mártir;* y Áquila, mártir, esposa de San Severiano. La Iglesia de Huesca celebra en este día la traslación de las reliquias de San Orencio, hermano del glorioso mártir San Lorenzo y obispo de Auch, en el mediodía de Francia.


Variados y espantosos instrumentos del glorioso martirio

DÍA 27 DE SEPTIEMBRE

SAN COSME Y SAN DAMIAN

Y SUS TRES HERMANOS, ANTIMO, LEONCIO Y EUPREPIO, MÁRTIRES (+ 297)

COSME y Damián nacieron en Arabia, a mediados del siglo III. La Historia no nos ha transmitido el nombre de su padre; de su madre sólo sabemos que fué mujer hacendosa y de gran virtud y que, bastante joven aún, quedó viuda con cinco hijos, llamados Antimo, Leoncio, Euprepio, Cosme y Damián; estos dos últimos, gemelos, según opinión de San Gregorio Turonense. La desahogada situación económica de la familia permitió a su madre darles una educación distinguida y, como sus firmes convicciones religiosas requerían que a la vez fuera cristiana, a todos infiltró con la leche el santo temor de Dios.

Junto con la ciencia de los santos cultivaron el saber profano con gran aplicación y aprovechamiento, señalándose Cosme y Damián por un ingenio más vivo y brillante. La madre hizo cuanto pudo para favorecer la inclinación de éstos al saber, y, por no hallar en el país un centro de instrucción adecuado a la especialidad hacia la que sentían atractivo sus dos hijos, resolvió enviarlos a estudiar a Siria. Allí abrazaron la carrera de la medicina, animados por el deseo de hacer de su ejercicio un sacerdocio y procurar a un tiempo a sus semejantes la curación del cuerpo y la más preciosa salud del alma.

La acción del Espíritu Santo fecundó esa ciencia comunicándole virtud, no sólo para aliviar y sanar los males del cuerpo, sino para introducirse en las almas y lograr frutos de conversión y perfeccionamiento espiritual. Patente se hizo este divino influjo en las curaciones milagrosas que obraron y en el imperio que adquirieron sobre los espíritus inmundos que se habían posesionado de los cuerpos. Ejercieron su ministerio por amor a la pobreza evangélica que habían abrazado, siguiendo el consejo del Señor que dice de «dar gratuitamente lo que así se ha recibido» *(Mat., X, 8)*.

PIEDAD Y ABNEGACIÓN

VIVÍA por aquel tiempo una noble matrona, llamada Paladia, a quien aquejaba desde hacía mucho tiempo una persistente enfermedad para cuyo tratamiento había gastado la mayor parte de su cuantiosa fortuna, sin resultado apreciable alguno. En esto, llegó a oídos de Paladia la fama de las curaciones maravillosas de Cosme y Damián; inmediatamente se dirigió a ellos con gran fe, muy esperanzada de obtener, de la ciencia y virtud de nuestros Santos, la salud que tanto ansiaba; echóse a sus pies y, vertiendo abundantes lágrimas, solicitó con gran humildad la curación. Cosme y Damián, conmovidos por la gran fe de la enferma, dirigieron a Dios una ferviente súplica que fué oída inmediatamente.

En el colmo de su dicha, al verse libre del terrible azote que hacía tiempo la torturaba, dió gracias al Señor y, como prueba de gratitud a sus insignes bienhechores, les ofreció una cantidad importante, la cual rehusaron, dándole a entender al mismo tiempo que se habían comprometido a no aceptar ningún honorario ni dádiva por sus servicios. No quedó conforme Paladia con esta explicación y, en el noble empeño de obtener su propósito, valióse de una estratagema. Hallando a Damián en ferviente oración en un lugar retirado, echóse de improviso a sus pies dejando en sus manos la bolsa de los dineros. Rehusóla con decisión el Santo, pero Paladia le suplicó que «en nombre de Jesucristo, a quien adoraba, admitiera el humilde obsequio como testimonio de su corazón agradecido». Ya no pudo rehusar lo que se le pedía en nombre de Jesucristo, y sólo por tal motivo se decidió a aceptar el donativo de Paladia.

Transcurrido algún tiempo tuvo Cosme conocimiento de la acción de su hermano y, creyendo que era deshonrosa para ambos, se entristeció y llegó a decir que no quería de ningún modo verse enterrado en la misma sepultura que Damián. Mas el Señor se le apareció en la misma noche y quejóse de que hubiera hablado así de su hermano, y díjole que el proceder había sido recto y loable ya que había obrado sólo por respeto a su santo Nombre.

ANTE EL TRIBUNAL DE LISIAS

La gloria de nuestros Santos debía brillar sobre todo en las persecuciones y entre las torturas del martirio que sufrieron. Los Bolandistas nos ofrecen tres relatos de diferente valor. En 297, en el reinado de Diocleciano y Maximiano, Lisias ejercía la prefectura de la ciudad de Egea de Cilicia. A oídos de los oficiales de esta autoridad había llegado el rumor de los portentos que realizaban nuestros Santos, y no tardaron mucho en denunciar esos hechos a su jefe. «Estos hombres —le dijeron— sanan toda clase de enfermedades y lanzan demonios en nombre de un Dios que llaman Cristo; las muchedumbres los siguen entusiasmadas y, por su consejo, abandonan los templos de nuestros dioses omnipotentes; desprecian nuestros augustos sacrificios y consideran como impostura nuestro culto.»

Sin mayores informes ordenó el prefecto que comparecieran ante él aquellos supuestos perturbadores de la paz pública; los Santos se presentaron con gran serenidad de espíritu.

—¿De dónde —les dijo el prefecto— esa incalificable osadía vuestra de recorrer los pueblos y ciudades y sembrar por doquiera el germen de la impiedad, apartando al pueblo del culto de nuestros dioses inmortales, todo en nombre do no sé qué Dios crucificado? Tened entendido que, si no cesáis en vuestra propaganda impía, os atormentaré con tantos suplicios que os veréis forzados a pedirme a gritos misericordia y perdón. ¿Cuál es vuestro país, vuestro nombre y la fortuna que poseéis?

—Complaciendo tus deseos, te diré —respondió Cosme— que somos naturales de la provincia de Arabia. Mi hermano se llama Damián y yo Cosme. Preguntas también por nuestra fortuna: Ignoramos cuál sea su cuantía; como cristianos, nos tienen muy sin cuidado las riquezas; nuestra mayor y más preciada fortuna es ser hijos de Dios y poseer el derecho a la herencia que nos corresponde por tal filiación. Esto, Lisias, es de infinito más valor que todos los bienes de la tierra. En cuanto a tu mandato, te diremos que, como cristianos, no podemos obedecerte. Contamos con tres hermanos más; se llaman Antimo, Leoncio y Euprepio y son también cristianos.

El prefecto ordenó su inmediata detención.

Pronto comparecieron ante el tribunal.

—Escuchad mis órdenes —les dijo Lisias—. Estáis aún a tiempo para elegir lo que más os conviene; no sigáis el ejemplo de vuestros dos hermanos que neciamente rehusan sacrificar a los dioses y que han despreciado mis ofrecimientos ventajosos. Si os rendís a mi voluntad, os puedo prometer, en nombre del emperador, magníficos dones; mas si, por el contrario, desecháis mi

amable invitación, sufriréis los más atroces tormentos y, en el delirio del dolor, acabaréis por renunciar a ese Dios que llamáis Cristo.

—Haz lo que quieras —respondieron los valientes confesores—; puedes agotar en nosotros todos los refinamientos de la crueldad; puedes inventar instrumentos de suplicio; los tormentos no nos causan miedo alguno; Cristo sostendrá nuestro valor en la lucha y, si Él está con nosotros, ¿qué habremos de temer? Si Dios omnipotente nos ayuda con su gracia, ¿qué nos puede importar la rabia de un tiranuelo? No, muy alto proclamamos que jamás quemaremos incienso ante vuestros falsos dioses.

COMIENZA LA PRUEBA

LA respuesta a tan valiente réplica fué ordenar a los verdugos que ataran a los mártires de pies y manos y los moliesen a latigazos. Mientras sus cuerpos recibían una lluvia de azotes, cantaban muy alegres al Señor estos preciosos salmos del Rey David:

—Señor, tú eres nuestros refugio de generación en generación. Antes que fueran las montañas, y crearas el cielo y la tierra, existías en la inmensidad de los siglos. Señor, no alejes tu mirada de nuestra bajeza y miseria, pues has dicho: «Convertíos, ¡oh hijos de los hombres!» Dirige tus ojos hacia tus humildes siervos y oye sus ruegos. Líbranos de los lazos del demonio y de las asechanzas de su esclavo, el prefecto Lisias; ya que en Ti depositamos nuestra confianza.

Tan arrobado se hallaba su espíritu en esta fervorosa oración, que salieron de la dura prueba sin sentir el menor daño; luego, muy tranquilos, dijeron al tirano:

—Si hallas otros tormentos que hacernos padecer, no tienes más que ponerlos en ejecución. Estamos seguros de que la gracia de Dios nuestro Señor nos dará fuerza para sufrirlos, no sólo con paciencia, sino con alegría.

—Creía reduciros —dijo el prefecto— con la aplicación de un ligero castigo, mas veo que perseveráis en vuestra obcecación e impiedad al no obedecer los decretos imperiales que ordenan sacrificar a los dioses; pues bien, quebrantaré vuestra terquedad y corregiré vuestra irreverencia cual se merece; y ya veréis cómo nadie resiste impunemente a mi voluntad.

—Amarradlos y echadlos al mar —ordenó el tirano.

—Vemos ya brillar la gloria del Señor —exclamaron contentos los generosos atletas.

Se les cargó de pesadas cadenas y, acompañados de un público muy numeroso, los llevaron al mar. En el camino, los discípulos de Cristo, transportados de alegría, entonaban al Señor cánticos de alabanza:



ESTÁN *los santos Cosme y Damián en medio de las llamas sin ser quemados, puestos en oración y alabando al Señor por la misericordia que con ellos usaba, cuando de pronto se apartan las llamas de aquel voraz incendio y queman a muchos de los paganos que allí se encuentran.*

—Nos deleitamos, Señor, en la vía de tus mandamientos, como en la posesión de los más preciados tesoros. Aunque camináramos entre las sombras de la muerte, si es por Ti, nada tememos, pues estás muy cerca de nosotros en el dolor. Hasta tu látigo y tu cayado han sido para nosotros guía y consuelo, ¡oh celosísimo pastor! Has preparado para nosotros un suntuoso banquete para dar en cara a los que nos atormentan. Has derramado el óleo de la fuerza sobre nuestras cabezas y nos has embriagado con el divino licor del Nuevo Testamento. Tu misericordia nos acompañará toda la vida y nos llevará al puerto de tu santa voluntad.

Y así rogando, llegaron a la orilla del mar, al cual fueron lanzados bruscamente después de habérseles atado pies y manos con fuertes cordeles. La plebe asistía anhelante a este espectáculo; todos vieron cómo se hundían los cuerpos de los mártires en las aguas; mas, ¡oh sorpresa y maravilla!, al momento, aparece un ángel radiante de hermosura que saca a los Santos hasta depositarlos en la ribera sanos y salvos en medio de la estupefacción general.

NUEVOS INTERROGATORIOS

PRESUROSOS corrieron los soldados a informar al prefecto del prodigio que habían presenciado. Lisias ordenó que comparecieran de nuevo ante él los cinco hermanos.

—Por Júpiter —les dijo—, vuestros sortilegios han colmado ya la medida; los tormentos son para vosotros un mero juego y las olas del mar no os hacen más que caricias. Si me enseñáis la virtud de vuestros artificios, yo mismo entraré en vuestra compañía.

—Señor —le respondieron—, ignoramos en absoluto toda clase de sortilegios y hechicerías; somos cristianos y sólo en virtud del nombre de Jesucristo se realizan esos prodigios. En ti está el poder hacer lo mismo; basta que sinceramente abraces su sacrosanta doctrina.

—En nombre de mi dios Apolo —respondió el prefecto—, yo me atrevo a hacer los mismos prodigios.

Todavía estaba hablando, cuando demonios invisibles le comenzaron a golpear tan cruelmente la cabeza, que, no pudiendo soportar el dolor, rogó a los santos mártires se apiadaron de él pidiendo a grandes gritos que le libraran de semejante tormento. Movidos a compasión, Cosme y Damián suplicaron al Señor se apiadara de su perseguidor, y al instante cesaron los espíritus infernales y huyeron con gran estrépito. El corazón empedernido en los vicios no conoce delicadezas; el prefecto se encaró con los mártires y estúpidamente les dijo:

—Ya habéis visto cómo tan sólo por abrigar en mi pecho un vago deseo

de abandonar el culto de mis dioses, han descargado su furia contra mí.

—¡Insensato! —le respondieron los invictos mártires—, ¿hasta dónde llegará tu miserable ceguera? ¿No has visto claramente cómo nuestro Dios te ha mostrado su misericordia? ¿Te obstinarás aún en tu infidelidad? ¿Por qué has de persistir en adorar ídolos que nada son?

TERCER INTERROGATORIO. — SUPLICIO DEL FUEGO

ESTAS vehementes exhortaciones de Cosme y Damián no produjeron otro efecto que irritar más aún su furor y refinar la crueldad del tirano.

—Por mis dioses inmortales —dijo—, jamás me rendiré a vuestras insinuaciones; al contrario, desgarraré vuestras entrañas con uñas de hierro, os moleré a golpes y vuestros miembros se retostarán a fuego lento si no os doblegáis a mis mandatos. Tened entendido que vuestra vida está en mis manos. Mientras tanto, que os lleven a la cárcel.

Al día siguiente vuelve Lisias a ocupar su sillón en el tribunal y dispone que se presenten los cinco hermanos. Como siempre, vienen gozosos y cantando salmos. El prefecto les pregunta qué determinación han tomado. Con respeto y firmeza a la vez, le respondieron:

—Escucha, enemigo de la verdad; ya te hemos dicho que somos cristianos y que así queremos morir. ¿Acaso crees tú que vamos a desertar de las filas de Cristo, nuestro glorioso capitán? Sólo Él posee la verdad y la vida, y por Él combatiremos hasta el último aliento. No, no lo esperes; no podemos abandonar a nuestro Dios para doblar la cerviz ante vuestros viles ídolos y aceptar el humillante yugo del príncipe de las tinieblas. Busca en tu imaginación nuevas formas de tortura y date prisa a ponerlas en ejecución, que ardemos en deseos de sufrir por Cristo, nuestro Rey y Señor.

Ya no pudo contener su furor el prefecto ante tan valiente y atrevida réplica y, demudado el rostro por el odio, ordenó que se encendiera una inmensa hoguera con sarmientos y aulagas, y se los lanzara a ella. Ejecutóse la orden sin demora. mas un nuevo prodigio iba a verificarse ante la multitud y los verdugos. El fuego los respetó y paseáronse entre las llamas como si estuvieran en ameno jardín de flores, mientras entonaban a coro hermosos versículos del Salmista.

Llegó al trono de Dios esa fervorosa oración, pues cuando mayor era el griterío blasfemo de los paganos y verdugos contra el Dios verdadero, las llamas de la hoguera dividiéronse en dos partes; una se colocó por encima de las cabezas de los mártires a modo de aureola; y la otra, con furia devoradora, se dirigió hacia los paganos más exaltados y hacia los verdugos, reduciéndolos a cenizas.

Los santos Cosme y Damián salieron completamente sanos. El fuego había fundido las cadenas que amarraban sus pies y manos y había comunicado a su semblante claridad y hermosura tales, que parecían más que hombres, serafines. A los cánticos de agradecimiento de los invictos mártires, se unió fervoroso el pueblo fiel, testigo de estas maravillas, y gran número de paganos convirtiéronse a la fe. Sólo el prefecto se endureció más aún en su incredulidad. Con todo, cambiando de táctica, invitó a los mártires a renunciar a su obstinación y a cumplir las órdenes del emperador, prometiéndoles toda clase de honores si accedían a sus reiterados deseos. Más enérgicos que nunca, respondieron los mártires:

—No has conseguido vencernos con torturas, ¿y ahora pretendes ganarnos con halagos y lisonjas? Has de saber que serán absolutamente inútiles cuantos medios emplees para seducirnos. No por arte mágico ni por influjo diabólico nos hemos librado del fuego, sino sólo por la bondad y poder de Jesucristo, a quien confesamos. Una vez más te decimos que no sacrificaremos a ídolos, que nada son.

LOS SANTOS MÁRTIRES EN EL POTRO

TAN rotunda respuesta exasperó al tirano.

—Ya que os resistís a mis insinuaciones y mandatos —les dijo—, no cesaré de atormentaros; habéis probado la flagelación, ahora os vais a «divertir» en el potro; veremos quién gana la partida.

Ellos mismos se tendieron en el lecho del suplicio. Empezaron luego los verdugos la bárbara misión de desgarrar las carnes de los cuerpos de los mártires; mas, por un nuevo e inaudito prodigio, no sufrieron el menor dolor, y un ángel curaba al momento las llagas que abrían los verdugos, hasta que, agotados éstos por el cansancio, cayeron al suelo sin fuerzas. Enterado el prefecto, ordenó que cesara el tormento y se presentaran ante él Cosme y Damián. No cedió el tirano en su incorregible furor, sino que se obstinó aun más en cerrar los ojos a la luz de la verdad, y neciamente siguió creyendo que todas aquellas maravillas eran efecto de manejos diabólicos. Por última vez requirió a los mártires que sacrificaran a los dioses y obedecieran a los decretos imperiales.

—Antes son —respondieron con gran libertad— las leyes de Jesucristo, que están por encima de todas las órdenes de los hombres aunque se llamen emperadores. Las más altas dignidades no son nada ante su divina majestad y omnipotente poder.

Viéndose desairado y burlado y pretendiendo jugar la última carta en este prolongado drama, ordenó que los sujetaran a una cruz y los lapidaran bru-

talmente hasta acabar con ellos; y dispuso que los restantes hermanos asistiesen como testigos, para que escarmentasen de una vez. Empezó el suplicio, y las piedras, en vez de llegar a los torturados mártires, se volvieron contra quienes las lanzaban. Entonces el gobernador dió orden de amarrarlos a dos árboles, y que cuatro compañías de soldados disparasen contra ellos sus flechas envenenadas. Aun permanecieron invulnerables, y los dardos disparados retrocedieron contra la multitud gentil que se complacía en el espectáculo y dieron muerte a muchos.

EN LA MUERTE, EL TRIUNFO

VENCIDO, al fin, por la heroica resistencia de los santos mártires, dispuso el juez que fueran decapitados. En camino del suplicio cantaban gozosos, cual si en vez de ir a la muerte marcharan a regaladas fiestas. Aquella entereza no podía por menos de llamar la atención de los testigos paganos.

Terminado el cántico, levantaron sus manos al cielo, y, después de breve rato de recogimiento interior, dijeron todos: «Amén». Ofrecieron sus cuellos a los verdugos y su hermosa alma voló al cielo al recibir el golpe fatal. Era el día 27 de septiembre del año 297.

Los cristianos recogieron sus cuerpos para darles sepultura, mas algunos recordaron el deseo que había expresado Cosme de no ser enterrado junto a su hermano, por lo que dijimos más arriba, dando lugar esta discrepancia de pareceres a una intervención milagrosa, para que los cuerpos no se separaran habiendo estado sus almas tan unidas en vida. Posteriormente, fueron llevados a Roma sus preciosos restos, y depositados en la cripta de una iglesia que se construyó, en su honor, en el Foro.

SANTORAL

Santos **Cosme y Damián**, mártires *juntamente con sus hermanos Antimo, Leoncio y Euprepio;* Juan Marcos, discípulo de los Apóstoles y obispo de Biblos, en Fenicia; *Cayo, discípulo de San Bernabé y obispo de Milán,* Aderito, obispo de Ravena; *Eleázaro, terciario franciscano; Juan y Adulfo, mártires;* Florentino, Hilario y Afrodisio, mártires en Autún. Santas *Delfina, esposa de San Eleázaro, terciaria franciscana; Artemia, madre de los santos mártires Juan, Adulfo y Aurea;* Hiltrudis o Eltrudis y Lupita, vírgenes; Epícaris, mártir en Roma; y Gayena, virgen y mártir en Armenia.



Miniatura del siglo XI: El hermano del Santo va a asesinarle

DÍA 28 DE SEPTIEMBRE

SAN WENCESLAO

DUQUE DE BOHEMIA, MÁRTIR (907?-929)

EL primer duque cristiano de Bohemia fué Borivoj, abuelo de Wenceslao. Le bautizó San Metodio, apóstol de los moravos. Algunos sacerdotes latinos y eslavos emprendieron la evangelización del país, pero los señores y el pueblo pagano se opusieron tenazmente y, durante un siglo, hubo luchas intestinas y sangrientas. La santidad, la política verdaderamente cristiana y el martirio del duque Wenceslao, debían conquistar definitivamente la nación checa a la religión del Crucificado. La acción religiosa y civilizadora del Patrón de Bohemia, padre de la patria y mártir de la fe, fué consignada por sus numerosos biógrafos poco tiempo después de su muerte.

Nació Wenceslao hacia 907-908, según la tradición, en Stochov de Checoslovaquia. Su padre, Wratislao, era un príncipe generoso, leal y buen cristiano, que gobernaba en nombre de su hermano, sucesor de Borivoj, la región situada al nordeste de Praga. Se había casado con Dragomira, probablemente cristiana, aunque varios escritores afirman lo contrario. Dragomira pertenecía a una tribu que, so pretexto de defender la libertad nacional, había rechazado durante mucho tiempo la fe cristiana. Mujer ambiciosa y apasionada,

feroz y casi cruel, mostróse durante su regencia como una pagana fanática; la religión y los sacerdotes fueron perseguidos en su época.

Wenceslao fué el mayor de los siete hijos, tres niños y cuatro niñas. Un sacerdote eslavo que vivía entre los familiares de Santa Ludmila, su abuela paterna, en el castillo de Tetín, bautizó al niño y fué su primer maestro. Por no se sabe qué móviles —muy posiblemente para sustraerle de la influencia poco edificante de la madre—, la abuela se encargó de un modo especial de su nieto, y dióle esmeradísima educación, como para hacer de él un buen cristiano, de tal suerte que, más tarde, echóse en cara a Ludmila, injustamente por cierto, el haber formado un monje y no un príncipe. Además de las letras eslavas, el joven duque aprendió el latín, lengua internacional que usaba entonces la gente culta; también fué instruído y ejercitado en el manejo de las armas.

En 915, Wratislao sucedió a su hermano en el gobierno de Bohemia. Cinco o seis años después perecía, cuando contaba apenas treinta y tres años, probablemente en una expedición contra los húngaros invasores. La iglesia de San Jorge, que él mandara construir en el castillo de Praga, ha hecho perdurable la memoria de este príncipe. Su hijo Wenceslao era todavía demasiado joven para asumir las responsabilidades del poder. Sin embargo, la nación le reconoció por su príncipe y duque heredero. Fijó su residencia en Praga. Los nobles rogaron a Ludmila que continuara la educación de su joven jefe al propio tiempo que Dragomira, madre de éste, ejercía la regencia durante la menor edad de su hijo. Ludmila, a quien satisfacía grandemente aquella confianza, siguió con todo ahinco en su nobilísima función.

MUERTE DE LUDMILA

UN crimen horrible que iba a ensangrentar esta regencia, da testimonio de las costumbres paganas de la sociedad checa del siglo X. Por aquella época, no estaba Bohemia completamente convertida al cristianismo: el partido pagano, muy poderoso, era hostil a la obra de conversión proseguida por los príncipes cristianos y los sacerdotes eslavos o latinos. Varios señores o jefes de tribus, incluso algunos que estaban bautizados, veían con desagrado que Ludmila, cuya piedad reconocían todos, trabajase con denuedo en la cristianización del país favoreciendo las obras de los misioneros y, sobre todo, dando a Wenceslao y a su hermano Boleslao formación cristiana. Todos estos descontentos y los enemigos de Ludmila, influían sobre la regente.

Ahora bien, Dragomira era una mujer celosa de su poder y acaso pagana. Poco costó al partido anticristiano convencerla de que su suegra pretendía

gobernar sola el país, y que su influencia sobre Wenceslao era nefasta, pues le convertía en monje en vez de formarle como guerrero; y que, además, favorecía Ludmila a los sacerdotes extranjeros, es decir, a los moravos o germánicos, hostiles a la independencia de la nación. El 16 de septiembre del 921, Dragomira hizo estrangular, por dos favoritos, a su suegra, que se había recluído en el castillo de Tetín, y los bienes de la víctima fueron embargados por los mismos conjurados. Éstos, al parecer, habían conseguido su principal propósito.

CONSECUENCIAS DE UN CRIMEN

EMPERO, el asesinato produjo gran excitación. El pueblo se dolió de la muerte de Ludmila y fué a visitar su tumba. Pronto se empezó a hablar de multitud de prodigios. La regente, temiendo que la opinión pública le volviese las espaldas, hizo construir en el mismo sepulcro una iglesia dedicada a San Miguel para poder —al decir de ciertos cronistas— atribuir los milagros al arcángel. En los albores de su reinado, Wenceslao mandó trasladar a Praga los restos de su abuela Ludmila. En opinión del monje Cristián, que vivía a fines del siglo X, emparentado con la casa del príncipe y autor de una de las mejores biografías de Wenceslao, el cuerpo de Ludmila se había conservado intacto, lo que contribuyó a aumentar más aún la veneración en que siempre se la había tenido.

Después de la muerte de Santa Ludmila, el partido que amparaba a la regente buscó la manera de adueñarse de Wenceslao, sustraerle de la influencia de los clérigos y hacerle vivir más como pagano que como cristiano. Se prohibió a los sacerdotes la entrada en la morada del príncipe e incluso se los expulsó del país. También se impidió al príncipe proseguir sus prácticas piadosas, e invitáronle, en cambio, a participar en los sacrificios paganos. Fiel a su fe, Wenceslao se vió obligado a cumplir con sus devociones en secreto y a recibir de noche a los sacerdotes que iban a animarle y sostenerle. Templábase su carácter con tales pruebas y con las luchas intestinas que revolvían el país.

En efecto; Dragomira tuvo pronto que castigar con rigor —y lo hizo con crueldad— a algunos nobles, antiguos favoritos y aliados suyos que, después del asesinato de Ludmila, se habían engreído hasta el punto de mandar como si fueran dueños absolutos. Aprovechando la hostilidad y rivalidad de los partidos y facciosos, Arnulfo, duque de Baviera, invadió a Bohemia en 922. Wenceslao participó en la lucha contra el invasor, pero su país quedó debilitado con esta guerra. El imperio germánico permanecía como vecino terrible y amenazador.

REINADO DE WENCESLAO. — SU CELO Y PIEDAD

CUANDO Wenceslao en 925, a la sazón de 18 años, tomó las riendas del gobierno del ducado de Bohemia, el país, dividido por las intrigas de los jefes de diferentes tribus y exhausto por varias invasiones, necesitaba una dirección firme e inteligente. El joven duque había heredado la energía de su madre; su piedad ilustrada compensaba la falta de experiencia. Anunció —según cuentan sus biógrafos— su firme propósito de aniquilar por completo el partido que había dominado durante la regencia de Dragomira, y de no tolerar las intrigas y asesinatos de que se habían hecho culpables los señores. Para acabar con las maniobras y conjuras de los partidarios de la regente, obligó a ésta a abandonar la residencia de Praga y a retirarse a Budec o al extranjero hasta que estuviese restablecido el orden. En efecto, se acusaba a su madre de fomentar tumultos y hasta alguien le atribuía la intención de querer matar a sus dos hijos para reinar en su lugar. Conducta tan enérgica impresionó a los agitadores, altamente sorprendidos de que un príncipe, cuya vida se deslizaba en la oración y buenas obras, manifestase semejante decisión. Posteriormente, restablecida la calma y convencido el hijo de que las acusaciones que se hicieran contra su madre eran falsas, la volvió a llamar «respetuoso —dice el monje Cristián— del mandamiento divino que nos ordena honrar padre y madre», pero privóla de la influencia que antes tenía. Dragomira, gozosa del celo, del acierto y de la clemencia de su hijo, se reconcilió con él.

También se dejó sentir el cambio político por el llamamiento de los sacerdotes que habían sido expulsados del país; fueron repuestos en sus cargos y beneficios los que anteriormente los desempeñaban. Acudieron de Baviera y de Suavia numerosos apóstoles con libros y reliquias, y Wenceslao les dió el oro y plata, ornamentos y vestidos que necesitaban para mayor esplendor del culto y ejercicio de su ministerio. Tenía veneración y respeto grandes para los sacerdotes y obispos; siempre que trataba con ellos de algún asunto, lo hacía con grande humildad y deferencia.

Era muy íntima su amistad con el obispo de Ratisbona, cuya diócesis alcanzaba también a Bohemia, y daba hospedaje a numerosos sacerdotes alemanes. Lleno de santo celo por la conversión de su país no se olvidó de construir iglesias, principalmente la de San Vito en el castillo de Praga. Enrique I, emperador de Alemania, le regaló para ella un brazo del Santo.

Todos los biógrafos están unánimes al encomiar la santidad de Wenceslao que, con toda probabilidad, no contrajo matrimonio, pues tenía la intención de entrar en un monasterio de Roma. Servíase de un áspero cilicio y comía



SAN *Wenceslao acepta un singular combate con su enemigo Radislao y se presenta armado con sólo una loriga sobre el cilicio, y una pequeña espada. El contrario enristra la lanza para arremeter, pero súbitamente ve dos ángeles en favor de Wenceslao y oye una voz que le dice: «No le hieras».*

muy poco. Cuando le acontecía hallarse entre magnates, como un cordero entre lobos, y beber más que de costumbre, de mañanita iba a la iglesia más próxima, daba limosna a un sacerdote, y luego, hincábase de rodillas y le suplicaba que rogase por él, para que el Señor le perdonase el pecado cometido la víspera.

El amor que tenía a la oración y a la contemplación, le impulsaba a dedicar a tan santo ejercicio todo el tiempo que podía, sobre todo por la noche; a asistir a los divinos oficios y a visitar las iglesias de Cristo; allí iba durante la Cuaresma y hasta en invierno, descalzo, dejando impresas en el suelo, la nieve o el hielo, las huellas ensangrentadas de sus pies. Según una piadosa tradición, al acompañante que, cierto día, se quejaba de no poder soportar el frío glacial que hacía, díjole Wenceslao que pasara por las huellas que dejaban sus pies y no sentiría frío, y así fué. Su devoción a la Sagrada Eucaristía era ardiente y estaba inspirada en el más delicado amor. Todos los días procuraba el príncipe que se ofreciese el santo Sacrificio de la Misa, y él mismo, con el trigo de su cosecha y las uvas de su viña, preparaba con sus propias manos las hostias y el vino que servían en el altar.

Todos los autores pregonan a porfía su bondad, su afabilidad y su celo. Como verdadero padre de familia, invitaba a su mesa a sus súbditos; conversaba con las gentes de bien; por la noche llevaba en secreto —según cuenta un cronista— leña de sus bosques a los pobres vergonzantes y a las viudas. Reformó la justicia limitando en lo posible el número de los condenados a muerte, pues creía que las costumbres eran demasiado severas y que los jueces recurrían a la pena capital con sobrada facilidad. Se le vió llorar con frecuencia por los culpados a quienes se veía forzado a condenar. Rescataba los esclavos paganos para que se bautizaran, y a todos manifestaba, pero con especialidad a los idólatras, pecadores y vagabundos, un celo no desprovisto de fuerza en la reprensión y corrección, pero al propio tiempo impregnado de compasión y de abnegación sobrenaturales.

VALIENTE EN LOS COMBATES; PRUDENTE EN EL GOBIERNO

NO abandonó, sin embargo, los negocios temporales cuya responsabilidad le atañía; por ello debe subrayarse su acción política. Para proteger su independencia, amenazada por la ambición de los emperadores germánicos, necesitaba Bohemia un ejército poderoso y disciplinado. Wenceslao se dedicó con esmero a organizarlo y equiparlo. En los comienzos de su reinado, para defender su patrimonio de la aguerrida tribu de los

checanos, que se había insurreccionado, hizo una campaña contra el duque de Kurín, que era tal vez el mismo Radislao, de que nos habla un cronista. Mucha sangre corrió por ambos bandos. Al fin se propuso un combate singular entre los dos jefes. Cuando estuvieron frente a frente, Dios hizo que el de Kurín viera a Wenceslao con una cruz brillante y milagrosa en la frente y custodiado por dos ángeles. Este milagro le abrió los ojos y le hizo arrodillarse ante su señor; Wenceslao le perdonó concediéndole la libertad y la posesión de sus bienes.

En 929, los ejércitos germanos, victoriosos de varias tribus eslavas, franquearon las fronteras y llegaron a las puertas de Praga. Comprendió Wenceslao que si continuaba la resistencia sería devastada Bohemia y reducida a la triste suerte de los territorios eslavos ya conquistados. Sometióse, pues, espontáneamente y reconoció el vasallaje del Imperio, al que prometió dar un tributo anual.

MARTIRIO DE WENCESLAO

NI la santidad, ni los innumerables beneficios dispensados a sus súbditos, ni los servicios prestados a la patria, impidieron que Wenceslao tuviera enemigos hasta en su propia familia. El partido que en otros tiempos había sostenido a Dragomira, no había sido desarmado y esperaba ocasión propicia para tomar el desquite. La cristianización del país con tanto celo dirigida por el príncipe, la lucha contra las costumbres o prácticas del paganismo. el apoyo y los favores liberalmente concedidos al clero, la política de paz y conciliación con el Imperio, crearon al duque numerosas enemistades de parte de algunos nobles que formaron un grupo de descontentos; el jefe fué Boleslao, hermano de Wenceslao. ansioso de adueñarse él mismo del poder.

Por el carácter severo, por las pasiones no domeñadas y por su conducta casi pagana, Boleslao se parecía mucho a su madre; ésta le había tenido apartado de Ludmila para que no experimentase, como su hermano mayor, la influencia religiosa y saludable de su abuela. Odiaba tanto más a Wenceslao cuanto que éste hacía por corregirle y resolvió con los conjurados darle muerte, no en Praga, donde el soberano contaba con demasiados amigos, sino en su propia residencia de Boleslava —la actual Stara Boleslao.

Con el pretexto de que la capilla de su castillo estaba dedicada a los Santos Cosme y Damián, Boleslao invitó a su hermano a celebrar la fiesta de estos dos mártires (27 de septiembre). Aceptó el duque, pero, conociendo las pérfidas intenciones de su hermano, se despidió de sus parientes y amigos como si no hubiera de volverlos a ver más.

Asistió a misa en Boleslava, se encomendó a Dios y a la intercesión de los santos cuya fiesta se conmemoraba y luego entró plácidamente en la sala del banquete.

Por permiso de Dios, los asesinos, excitados por la bebida, nada pudieron hacer ese día. Decidieron matar a Wenceslao al día siguiente por la mañana, cuando el duque fuera a la iglesia. Para impedir que buscara refugio, Boleslao había dado orden de que cerrasen la puerta. La víctima cayó, sin darse cuenta, en el cepo preparado por sus enemigos. En la mañana del 28 de septiembre del 929, mientras el duque llegaba sin escolta a la iglesia, Boleslao, apostado en una emboscada con sus cómplices, como respuesta al beso que le dió Wenceslao, asestóle dos golpes con su espada. El príncipe, que por nada quería ser ni aun aparecer fratricida, no quiso usar de su derecho de legítima defensa, que le hubiera sido fácil a pesar de hallarse herido, y prefirió ir a toda prisa a la iglesia. A una señal de Boleslao llegaron los conjurados, se arrojaron sobre el duque y le mataron ante la puerta acribillándole de heridas. La sangre del mártir salpicó los muros del templo. El cuerpo fué enterrado apresuradamente cerca de la iglesia de los Santos Cosme y Damián, en Boleslava.

Pronto se corrió la noticia del horrible crimen, causando angustia en todo el pueblo.

El fratricida se hizo dueño del poder y persiguió cruelmente a los amigos y partidarios de Wenceslao; muchos fueron muertos o encarcelados o tuvieron que abandonar el país. El clero, en particular, tuvo mucho que sufrir, y los sacerdotes extranjeros fueron expulsados. No es absolutamente cierto que Dragomira estuviera complicada en el asesinato de su hijo mayor.

CULTO DE LA NACIÓN CHECA A SAN WENCESLAO

EL martirio de Wenceslao aumentó más aún la veneración que los fieles le tenían. Numerosos milagros y curaciones extraordinarias se obtuvieron por su intercesión. El culto que en Bohemia y en otros países se daba a la persona y sepulcro de Wenceslao, hicieron que Boleslao cambiara de actitud y mostrase un poco más de respeto a los restos de su hermano. Habiéndose ampliado ya la iglesia del castillo de Boleslava, la tumba del duque quedó en el interior de este edificio. Para satisfacer los deseos del pueblo, el cuerpo, que se había encontrado incorrupto, fué trasladado el 4 de marzo de 932, a la iglesia de San Vito de Praga, cuya reconstrucción se había comenzado en tiempos de Wenceslao.

Juan XIII (965-972) elevó la iglesia de Praga a la dignidad de catedral bajo la advocación de los santos mártires Vito y Wenceslao. Este último debió

de ser canonizado por el primer obispo de Praga, Detmar, o por San Adalberto (982-997), pues los sacramentarios del siglo X ponen la fiesta del mártir el 28 de septiembre. Precisamente en esta misma fecha, y con rito semidoble, lo celebra la liturgia romana.

El culto del Santo se extendió por Bohemia muy rápidamente y, con justa causa, de día en día, fué adquiriendo carácter nacional. En el siglo XIV, el emperador Carlos IV, rey de Bohemia, mandó edificar en Praga en la catedral de San Vito, cuya reconstrucción se estaba llevando a cabo, una capilla dedicada a San Wenceslao. El santo duque había cristianizado a su país, le había colocado entre las naciones civilizadas, habíale alcanzado en el imperio germánico una situación honrosa, influyente; con justo título, pues, era en verdad padre, salvador y protector del mismo. Llevada su lanza a la vanguardia de las tropas, aseguraba la victoria; alrededor de su estandarte, adornado con el águila negra, implorando su socorro con un cántico como himno nacional, se han reunido siempre todos los checos patriotas. La corona de los reyes de Bohemia debía descansar sobre la cabeza del Santo cuando el príncipe no la llevara sobre sí; era ésta la corona de San Wenceslao. Cuando en los siglos XVII y XVIII se tuvo que defender la fe de los mayores, escogióse al héroe nacional y mártir, como patrono de colegios, seminarios y asociaciones.

En 1919, Checoslovaquia recobró su independencia política. En 1929 celebró el milésimo aniversario del martirio de su ilustre patrón y héroe nacional, con fiestas y ceremonias religiosas y profanas, congresos, manifestaciones eucarísticas, una exposición de los recuerdos y curiosidades del culto secular de San Wenceslao, y, finalmente, con la consagración de la nueva catedral de Praga, la cual se realizó con solemnidad y pompa extraordinarias.

SANTORAL

Santos **Wenceslao, duque de Bohemia y mártir;** Teodomaro, arzobispo de Salzburgo y mártir; Exuperio, obispo de Tolosa, en Francia; Salomón, obispo de Génova, y Silvino, de Brescia; Enemundo, obispo de Lyón y mártir; Fausto y Alodio, obispos y confesores; Marcos, Alfeo, Zósimo, Alejandro, Nicón, Neón, Heliodoro y treinta soldados, convertidos a la fe por Marcos, y mártires todos ellos; Privato, mártir en Roma bajo el emperador Alejandro; Máximo, mártir en Roma, bajo Decio; Estácteo y Turturino, mártires en Roma; Marcial, Lorenzo y otros veinte compañeros, martirizados en Antioquía de Pisidia cuando imperaba Diocleciano. Beatos *Simón de Rojas, trinitario;* Bernardino de Feltro, franciscano, y Salomón, rey de Hungría. Santas *Eustoquia* o *Eustoquio, hija de Santa Paula; Lioba, virgen*. Festéjase en León a la Virgen del Camino.



En la laura solitaria — En el corazón del desierto

DÍA 29 DE SEPTIEMBRE

SAN CIRIACO

MONJE DE PALESTINA (448-556)

CON toda justicia se considera a San Ciríaco como discípulo y heredero de los santos Eutimio y Gerásimo, pues ninguno como él ha practicado las virtudes heroicas de los dos grandes siervos de Dios. Había nacido en Corinto, capital de la provincia griega de Acaya, el 9 de enero de 448. Su padre, Juan, estaba ocupado en servicios de la catedral; y su madre, Eudoxia, tenía un hermano llamado Pedro, arzobispo de la ciudad, el cual se interesó vivamente por su sobrino. Con esta protección, adquirió Ciríaco vastos conocimientos de los Libros Santos: siendo aún niño, recibió el orden de lectorado, que requería estar muy versado en las Sagradas Escrituras. Difícilmente se da otro como San Ciríaco que, en tan tierna edad, haya podido adquirir las virtudes y la formación propia de los que han de pasar su vida consagrados al servicio de la casa de Dios.

Un día oyó cantar en la iglesia este pasaje del Evangelio: «Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, tome su cruz y sígame». Ciríaco tomó para sí esta máxima del Divino Maestro y, con resolución irrevocable, abandonó el mundo sin comunicar a nadie su proyecto, y se dirigió al puerto de Corinto, donde embarcó con rumbo a Palestina.

RELIGIOSO EN PALESTINA

EN el mes de septiembre del 465 llegó Ciríaco a Jerusalén; aun no había cumplido dieciocho años. Palestina era entonces, como Egipto, Siria y Armenia, solar de numerosos monasterios. En estos países vivían miles de hombres retirados del mundo: *Cenobitas*, que llevaban una vida común; *Anacoretas*, entregados de lleno a la penitencia, y *Eremitas* dados a la contemplación. Estos últimos sentían fuerte atracción hacia los desiertos, como puede verse en la carta que San Jerónimo escribía a Heliodoro:

¡Oh desierto, esmaltado de flores de Cristo! ¡Oh soledad, donde se forman las piedras con las que se construye la ciudad del Gran Rey! ¡Oh desierto venturoso, donde se goza mejor que en parte alguna la comunicación divina! ¿Qué haces en el mundo, amigo Heliodoro, tú que vales más que el mundo? ¿Cuánto tiempo permanecerás aún en suntuosas moradas? ¿Cuánto tiempo serás prisionero de las bulliciosas ciudades? ¿Temes martirizar tus miembros, extenuados por el ayuno, al extenderlos sobre la desnuda tierra? Pero Cristo está así a tu lado... ¿Acaso te espanta la inmensidad del desierto? Haz que tu alma recorra el paraíso; cuantas veces te eleves con el pensamiento hasta él dejas de vivir en el desierto.

Ciríaco pasó el invierno de 465-466 en el monasterio que el abad Eustorgio había construído poco antes en Jerusalén. Su constante inclinación a la vida solitaria le movió en la primavera del año siguiente a ir con San Eutimio, el cual le vistió el hábito religioso; pero, juzgando que su delicada juventud no podía sobrellevar la vida de los solitarios sometidos a su dirección, le condujo al monasterio de San Gerásimo.

Nueve años duró la formación, durante los cuales el fervoroso novicio aprovechó la sabia y prudente dirección de su experimentado maestro para ejercitarse en los trabajos y costumbres monásticas; acompañó a San Gerasimo a las landas incultas del desierto de Ruba, ayunando como él y procurando reproducir su género de vida. Desde entonces, se contentó con pan y agua, no probó nunca aceite ni vino, alimentos que se permitían algunas veces los mismos anacoretas.

Sus ocupaciones, fuera del rezo del Oficio Divino, eran ordinarias y sencillas: cortaba leña, acarreaba agua, limpiaba las legumbres y ayudaba al cocinero lo mejor que sabía. Lo hacía todo con tan sencilla humildad y obediencia que San Gerásimo le proponía como modelo a los encanecidos en la vida religiosa.

En la noche del 19 al 20 de enero de 473, subió San Eutimio a la eterna

recompensa. En la misma hora, estando San Gerásimo en oración, vió el alma del gran solitario, según da fe un biógrafo, que dice haberlo recibido de labios de Ciríaco.

«El quinto año de mi estancia en el monasterio de Gerásimo —refiere Ciríaco—, el 19 del mes de enero, un viernes por la tarde, iba a preparar la cena de los Hermanos, y aconteció que a la hora quinta de la noche, mientras yo velaba, ocupado en mondar las legumbres, vino corriendo Gerásimo hacia mí y me dijo:

—Ciríaco, ponte las sandalias, toma la capa y sígueme.

Así lo hice. Cuando llegábamos a Jericó pregunté al anciano:

—Venerado Padre; ¿cuál es el móvil de este viaje?

—Eutimio el Santo ha muerto —repuso Gerásimo.

—¿Y cómo lo sabéis vos?

Entonces el anciano me respondió:

—A la hora tercia de la noche, mientras estaba en oración, vi abrirse los cielos, y una centella desgarró la nube y llegó hasta la tierra. El relámpago tomó forma de columna luminosa que desde la tierra llegaba hasta el cielo, y permanecía mucho tiempo así. Como yo estuviese indeciso sobre lo que tal visión pudiera significar y pidiese a Dios que me manifestase el sentido, oí una voz que me dijo: «Es el alma del gran Eutimio que hoy sube a los cielos». Poco a poco, la columna luminosa fué elevándose de la tierra hasta que desapareció en las nubes».

Los funerales del ilustre solitario fueron presididos por San Atanasio, patriarca de Jerusalén; congregáronse todos los monjes de los alrededores, así como del valle del Jordán, y hasta el pueblo acudió en tan crecido número que los soldados hubieron de intervenir para contenerlo; todos estaban animados del mismo sentimiento, rendir al campeón de la Iglesia honras fúnebres dignas de su memoria.

EN EL MONASTERIO DE SAN EUTIMIO

LA muerte de San Gerásimo, acaecida el 5 de marzo del 475, dejó huérfano a Ciríaco. Entonces nuestro Santo se dirigió a la morada de San Eutimio, donde el hegúmeno Elías le dió una celda aislada para que llevase vida contemplativa.

San Eutimio dejó al morir dos casas religiosas fundadas por él: un monasterio, el de San Teotista, y una laura que llevaba su nombre. Ciríaco se dedicó empeñosamente a transformar dicha laura en monasterio.

Después de la consagración solemne de la iglesia de San Eutimio —7 de mayo de 484—, murió Longinos, superior de San Teotista, y sucedióle el

monje Pablo. Éste no heredó ni la mansedumbre ni los sentimientos pacíficos de su predecesor. No tardó, pues, en estallar un conflicto entre los monasterios de San Teotista y de San Eutimio.

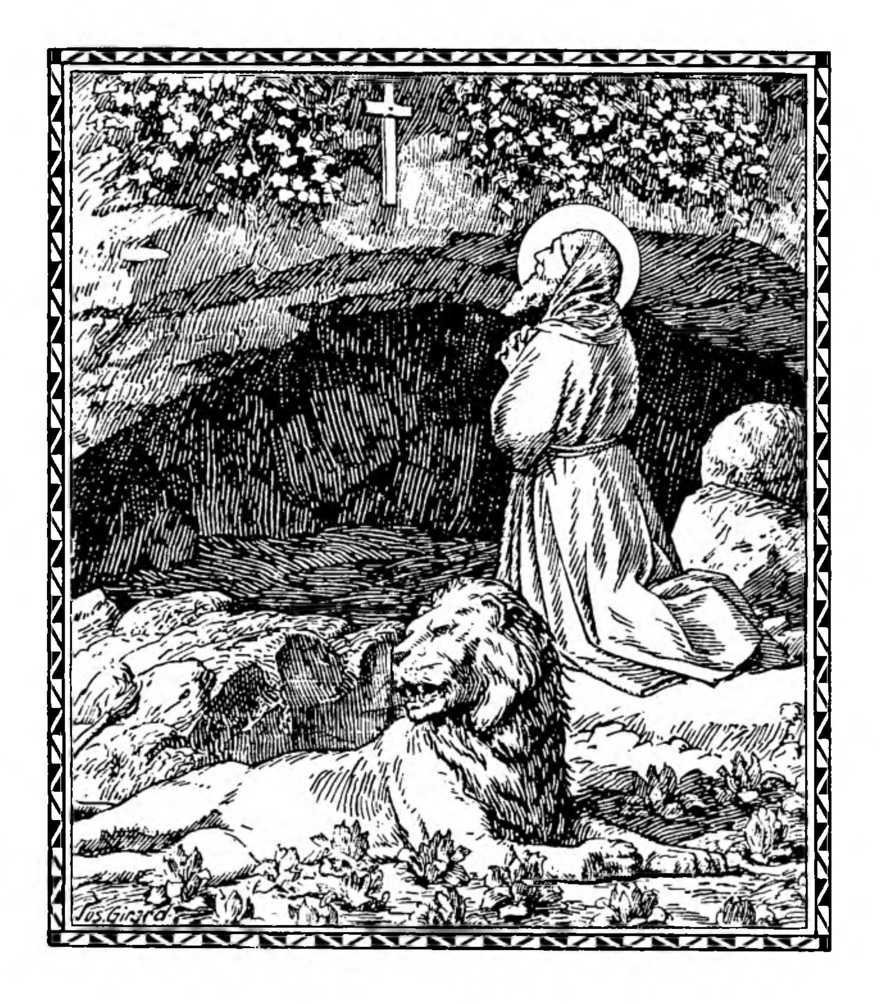
En los primeros meses del 485, murió el jeque o régulo de los árabes católicos, cuya curación milagrosa, obtenida por San Eutimio, había determinado, en otro tiempo, la conversión de toda la tribu. En sus últimos momentos, declaró de viva voz, que se repartiesen amistosamente entre los dos monasterios las grandes cantidades de dinero y las inmensas posesiones que le pertenecían. El abad Pablo, en vez de ponerse de acuerdo con el superior de San Eutimio, se adueñó del cuerpo del jeque, como también de su dinero y propiedades, y llevó su atrevimiento hasta construir una cerca y levantar una torre junto a San Eutimio. No se hicieron esperar enérgicas protestas, a las que siguieron vivas discusiones que pronto degeneraron en disputas violentas, las cuales terminaron con la separación de los dos monasterios. Tanto tumulto no se avenía con el alma pacífica de Ciríaco, el cual se retiró a la laura de San Caritón —agosto de 485—. Durante su estancia en San Eutimio había recibido el diaconado.

EN LA LAURA DE SAN CARITÓN

LA laura fundada por San Caritón en la primera mitad del siglo IV, está situada a tres kilómetros al este de Tecué, patria del profeta Amós, en un desfiladero rodeado de abruptas montañas. Durante los cuatro años primeros, Ciríaco desempeñó sucesivamente los empleos de panadero, enfermero, hostelero y, finalmente, mayordomo. Como ejerciese estas diversas funciones a satisfacción de todos, se le confió el cuidado de los vasos sagrados, es decir, del «tesoro» de la laura, según la expresión consagrada; al mismo tiempo, se le nombró canonarca.

Canonarca era el que anunciaba los ejercicios de la comunidad, golpeando el hierro o la madera de las simandras, pero sobre todo, conforme a la etimología de la palabra, el nuevo dignatario dirigía el canto del «canon», y entonaba, es decir, daba el tono en las antífonas y salmos.

Era, pues, músico y músico hábil, toda vez que conservó esta dignidad por espacio de treinta años. De ello se tiene por otra parte un testimonio fidedigno; dos siglos después de la muerte de Ciríaco, en el himno que en su honor compuso San Esteban el Sabaíta, le representa «cantando armoniosamente las vigilias». La expresión empleada por San Esteban no puede considerarse como pura fórmula aplicable a todos los monjes muertos en olor de santidad, puesto que el himno sigue paso a paso la vida de Ciríaco, siendo por lo tanto una interpretación del oficio de «canonarca».



CUENTA *Cirilo, discípulo y biógrafo de San Ciriaco, que tenía el Santo en sus últimos años, como guardián de su retiro, a un poderoso león domesticado, que protegía su persona y su huertecillo contra las bestias dañinas y sobre todo contra los bandoleros del desierto.*

Fué también Ciríaco, al igual que todos los primeros cantores de la Iglesia griega, poeta; a él se atribuye el hermoso poema litúrgico sobre la resurrección de Lázaro de Betania, que se cantaba, entre los Orientales, el sábado que precede a la fiesta de Ramos. Mientras ejercía este empleo, hacia el año 500, el diácono Ciríaco fué elevado a la dignidad del sacerdocio.

Aunque era tan grande la modestia de su palabra, dejóse decir un día, hablando con su biógrafo, Cirilo de Escitópolis, que durante aquellos treinta años, no se había enfadado nunca —¡virtud admirabilísima en un artista!—; ni había comido nunca antes de ponerse el sol.

EN EL DESIERTO. — CONTRA LOS ORIGENISTAS

EN el 525, cuando contaba 77 años, Ciríaco desentendióse de los diversos empleos que había desempeñado y poco después abandonó la laura, para dirigirse con un joven discípulo a las soledades del desierto de Natufa. Por espacio de cinco años alimentáronse ambos con cebollas albarranas, que perdían su veneno y amargura, con la bendición de Ciríaco.

Un día, uno de los principales habitantes de Tecué llevó a Ciríaco una provisión de pan; el discípulo continuó —sin avisar a su maestro— cociendo y comiendo cebollas, pero éstas conservaron su amargor natural, y el joven religioso sólo curó con las oraciones de nuestro Santo y la recepción de la sagrada Eucaristía. Cuando se terminó la provisión de pan, las cebollas albarranas pudieron nuevamente ser comidas sin peligro.

Después de sanar a un joven lunático de Tecué, Ciríaco cambió el desierto de Natufa por el de Ruba, donde vivió otros cinco años, siendo su alimento raíces de plantas silvestres y tallos de cañas verdes. Hasta aquel sitio llegaron gran número de personas, aquejadas de diversas dolencias o afligidas por espíritus diabólicos, y todas se volvieron aliviadas. Ordinariamente obraba estas curaciones invocando el nombre de Jesús y trazando sobre los enfermos el signo de la Redención.

Como la multitud fuese cada día más numerosa, decidió Ciríaco apartarse de ella lo más posible y, así, se sepultó en el corazón del desierto, en la confluencia de dos desfiladeros carentes de vegetación y tostados por un sol tropical. El lugar se llamaba Susakín. Allí permaneció siete años, hasta que las circunstancias le obligaron a ir a la laura de San Caritón, para hacer frente a los origenistas.

Sostenían estos herejes tres errores principales: la desigualdad de las Personas Divinas; la eternidad de la creación de las almas, y la duración temporal del infierno. Estas doctrinas originaron grandes disputas que repercutieron en todos los conventos de Palestina.

Nonos y Leoncio de Bizancio, los dos corifeos del error, sostenidos por los obispos Domiciano y Teodor Askidas, buscaban adeptos en los monasterios, en los que deponían a los superiores partidarios de la ortodoxia y nombraban a secuaces suyos.

Habiendo muerto el abad de San Caritón, Isidoro, los origenistas, armaron ardid sobre ardid para atraerse tan célebre monasterio, lo que lograron en parte. Por la fuerza, impusieron como superiores a Pedro de Alejandría y Pedro de Grecia. Ante semejante atropello, la comunidad se levantó en protesta; por dos veces expulsó a los origenistas y eligió como abad a un monje de San Sabas, Casiano de nombre, cuya ortodoxia era irreprochable (540).

Había, no obstante, mucho que temer de parte de los herejes, por lo que los religiosos fieles determinaron poner a cubierto la autoridad de Casiano bajo el gran nombre de Ciríaco; para ello fueron a Susakín y llevaron al anciano eremita a la laura de San Caritón, donde por espacio de cinco años, de 542 a 547, fué el dique inconmovible contra la creciente herejía.

Ciríaco ocupaba alternativamente la antigua celda de San Caritón o la gruta del mismo nombre, hoy llamada *Moghar Kareiton.*

HISTORIA DE LA ANACORETA MARÍA

REPRODUCIMOS aquí la singular historia que trae el biógrafo de Ciríaco, San Cirilo de Escitópolis, el cual la coloca un poco antes de la muerte del santo monje. Tiene gran parecido con la de Santa María Egipcíaca, que viviera un siglo antes y a la que había encontrado en el desierto San Zósimo.

«Acompañado del monje Juan —cuenta Cirilo— iba yo un día por la soledad a visitar a San Ciríaco. En el camino me enseñó la tumba de la bienaventurada María. Como no hubiese oído hablar nunca de ella, le pedí explicaciones y me narró el hecho siguiente:

—No hace mucho tiempo subía con el condiscípulo Paramón el desfiladero de Susakín, hacia el abad Ciríaco. De súbito, apareció ante nuestra vista, entre las plantas del desierto, una forma humana. Creímos que se trataba de algún anacoreta y aceleramos el paso, cuando la aparición se nos ocultó repentinamente. Temiendo entonces encontrarnos ante algún espíritu del mal, dirigimos al cielo una fervorosa plegaria; en esto, divisamos una cueva, donde seguramente se había refugiado; a ella nos encaminamos y pronto se entabló entre el anacoreta y nosotros el siguiente diálogo:

—Padre, no nos privéis de vuestras oraciones, ni de vuestra compañía.

—¿Qué deseáis de mí? Soy una mujer. ¿Adónde vais ahora?

—Vamos al solitario Ciríaco. Dadnos a conocer vuestro nombre y el porqué habéis venido aquí.

—Retiraos, os lo diré cuando volváis.

—Abandonaremos la gruta, pero no antes de que hayáis satisfecho nuestras preguntas.

—Me llamo María. Era cantora en la iglesia del Santo Sepulcro; muchas personas eran tentadas por mí y, temiendo yo ser responsable de sus desvaríos, tomé la resolución de huir. Descendí a la piscina de Siloé, donde llené este vaso de agua, tomé este cesto de legumbres cocidas, y durante la noche salí de Jerusalén. La Providencia divina me condujo aquí, donde he servido a Dios por espacio de dieciocho años, sin que durante tan largo tiempo, ni el agua ni las legumbres hayan disminuído. Sois las primeras personas que he visto desde entonces. Ahora, id a cumplir vuestra misión, y volved a verme a vuestro regreso.

»Cuando llegamos a Susakín contamos a Ciríaco lo que nos acababa de acontecer, y tomamos de él consejo; recomendónos que nos conformáramos con la petición de María. A la vuelta, siguiendo la costumbre de los anacoretas, llamamos a la entrada de la gruta: nadie nos respondió; penetramos y vimos inmóvil el cuerpo de María. No teníamos nada para cavar la fosa, ni ornamentos para celebrar los funerales. Vinieron en nuestra ayuda los de la laura de Suca y así pudimos enterrarla en la misma gruta, y nos retiramos después de cerrar la entrada.»

»He aquí lo que me contó el monje Juan —añade Cirilo—. He juzgado oportuno traer aquí este relato para provecho espiritual de los lectores y mayor gloria de Dios.

ÚLTIMOS DÍAS DEL SANTO

LA muerte de Nonos, jefe de los origenistas, devolvió alguna tranquilidad a los conventos. Aprovechóla Ciríaco para cambiar una vez más su gruta de San Caritón por la ermita de Susakín —febrero del 547 a diciembre del 554—. En ella conoció al joven Cirilo, que había de ser su biógrafo y que aprovechó las largas conversaciones habidas con él para recoger documentos preciosos y circunstanciados de San Eutimio, San Sabas, San Teodosio, etc., cuyas vidas quería escribir. El buen anciano acogió a su huésped con las más vivas muestras de simpatía y ternura. Un león que se había familiarizado con nuestro Santo, era buen guardián del huerto contra las cabras montaraces y, sobre todo, contra los beduínos; esto hacía, sin embargo, que Cirilo se llegara siempre con cierto temor a ver al Santo; hubiera preferido encontrar al solitario sin tan temible portero.

A los ocho años de tal vida, los religiosos de San Caritón condujeron otra vez a San Ciríaco a la gruta del fundador, donde dió descanso a su cuerpo el 29 de septiembre del 556. Tenía 109 años y había pasado 90 en la vida religiosa. Hasta su última enfermedad, asistió con asiduidad al rezo del Oficio divino y sirvió por sí mismo a los que le visitaban.

El Martirologio romano señala su fiesta el 29 de septiembre, lo mismo que el calendario griego.

No acertamos a dar por terminada la vida admirable de nuestro Santo, sin acabar por donde hemos comenzado y reiterar que nos parece representativa como la que más, de la que llevaron los padres y santos del desierto; vida cuyo estudio y contemplación es tan poderosamente aleccionadora y edificante, para los que vivimos en esta sociedad de movimiento, de confusión y de delirio.

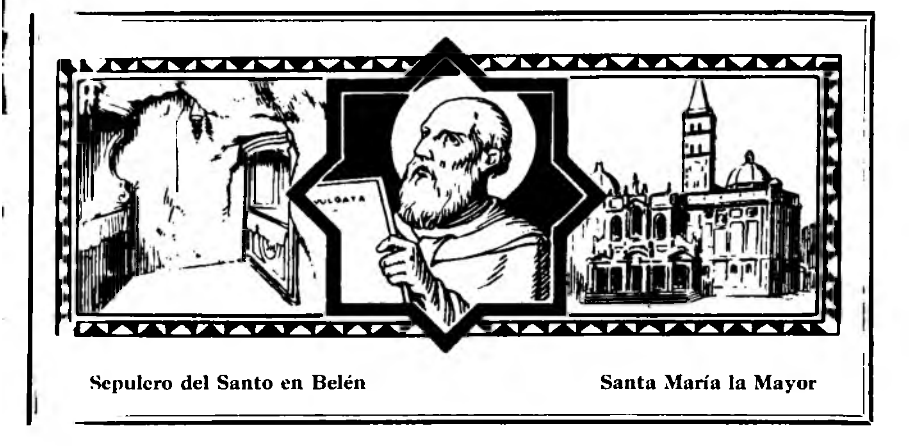
Nimbados de claridades sobrenaturales, los fundadores del ascetismo cristiano han aparecido durante mucho tiempo casi exclusivamente rodeados de leyendas, como seres creados por una extraordinaria fantasía para deslumbrarnos con sus milagros, con sus penitencias y con sus éxtasis. Hoy día, gracias a los estudios de los orientalistas, se sabe que no hubo en su vida ni tanta fantasía ni tanta leyenda y que, por el contrario, fué su virtud tan real como admirable.

No hay que creer que se trataba de algunos grupos repartidos por las soledades de Nitria, de la Tebaida, de Judea o de Capadocia, como se ha dicho durante mucho tiempo; tiénese, al contrario, por absolutamente cierto que hubo, en algunas épocas, cientos de miles de hombres que, abandonando la existencia de las ciudades y renunciando a los placeres del mundo, llevaban en aquellos espantosos arenales y en sus montañas inhospitalarias una vida de perpetua lucha por la perfección espiritual. Sentían en el fondo del alma una llama que los iluminaba, a las veces, con claridades sublimes y que los incendiaba con fuegos devoradores, formando realmente una humanidad superior.

Como decía y repetía casi de continuo nuestro San Ciríaco, se consideraban estrictamente cual viajeros de este mundo, y la tierra era para ellos lugar de paso.

SANTORAL

Dedicación de San Miguel Arcángel, protector de la monarquía española (véase en 8 de mayo). Santos Ciríaco, monje y anacoreta; Fraterno, obispo de Auxerre; *Grimoaldo, presbítero;* Dadas, mártir en Persia, juntamente con su esposa y su hijo Gabdelas, en tiempo del rey Sapor II; Eutiquio, Plauto, Plácido, Ambuto, Tracio y Donato, mártires en Tracia. Santas Casdoa, mártir juntamente con su esposo San Dadas y su hijo; Gudelia, martirizada al mismo tiempo que los anteriores; *Teodora* y Heráclea, mártires en Tracia; Ripsima y compañeras, vírgenes, mártires en Armenia.



Sepulcro del Santo en Belén — Santa María la Mayor

DÍA 30 DE SEPTIEMBRE

SAN JERONIMO

CONFESOR, PADRE Y DOCTOR DE LA IGLESIA (331-420)

CON San Hilario, que le precedió de cerca de cuarenta años, y con San Ambrosio y San Agustín, contemporáneos suyos, forma San Jerónimo el grupo ilustre de los cuatro Padres de la Iglesia latina de los siglos IV y V. Benedicto XV, ya desde las primeras líneas de la Encíclica *Spíritus Paráclitus* de 15 de septiembre de 1920, publicada con ocasión del XV centenario de la muerte de San Jerónimo, declara solemnemente que la Iglesia católica reconoce y venera en este santo insigne «el máximo Doctor que le dió el cielo para interpretar la divina Escritura». Título magnífico que podría compendiar cualquier apología del Santo.

Nació Jerónimo por los años de 331 en Estridón, en los confines de Dalmacia y Panonia. Sus padres fueron nobles y ricos cristianos. Siendo Jerónimo de diecisiete años, enviáronle a Roma, para que prosiguiese el estudio de las letras, en el que sobresalió por la madurez y profundidad del juicio, vigor de la inteligencia y brillo de la imaginación. Estaba prendado de los libros y decía no poder vivir sin ellos. Por eso revolvió cuantos pudo y, merced a una labor diligente y constante, copiándolos de su mano, formó para sí una rica biblioteca que llenó de admiración a sus contemporáneos.

Las seducciones de la gran urbe arrastraron un momento lejos del buen camino al joven estudiante, que por entonces sólo era catecúmeno; pero muy luego volvió a mejores ideas. Pidió el bautismo, y lo recibió de manos del papa Liberio, por los años de 366. A raíz de un viaje que para estudios mayores hizo a las Galias llegándose hasta Tréveris, determinó renunciar al siglo para darse de todo en todo al servicio de Dios. Desde aquel momento empezó Jerónimo su rápido ascenso hacia la santidad.

EN EL DESIERTO DE CALCIS

TRAS breve estancia en Aquileya, metrópoli de su provincia natal, viéndose en peligro de ser perseguido por algunos enemigos, determinó pasar a Grecia, sin duda por los años de 372, llevándose consigo únicamente su bien surtida biblioteca. Anduvo por las provincias de Tracia, Ponto y Bitinia, y cruzó la Galacia, Capadocia, Cilicia y parte de la provincia de Siria. La enfermedad le obligó a permanecer una temporada en Antioquía. Aprovechó esos días para oír a los varones más sabios en la ciencia de la Sagrada Escritura, y en particular a Apolinar, obispo de Laodicea, el mismo a quien más adelante combatió el Santo en el Concilio de Roma.

Apenas repuesto, se fué al áspero y apartado desierto de Calcis, donde permaneció por espacio de unos cinco años. Para poder desentrañar mejor el sentido de la divina Escritura y al mismo tiempo refrenar los ardores y apetitos de la juventud, se hizo discípulo de un monje judío convertido, que le enseñó las lenguas hebrea y caldea. «Del trabajo que esto me costó; de las dificultades que tuve; de las veces que perdí la esperanza de salir con ello, y de las que lo dejé y torné a comenzar, por el deseo y ansia de aprender, yo que lo pasé soy buen testigo, y los que lo vieron y viven conmigo lo son también. Doy gracias a mi Dios que me deja coger los dulces frutos de raíz tan amarga como es el estudio de las lenguas». Hasta aquí lo que dice en una de sus cartas. Para sujetar su carne, se acostaba en el frío suelo, lloraba y gemía día y noche, ayunaba semanas enteras. Con tantas oraciones y lágrimas logró total victoria, y aun de aquellas tentaciones sacó más acrisolada santidad.

Las disputas disciplinarias y dogmáticas que tenían por entonces dividida la Iglesia de Antioquía, le obligaron a pasar a dicha ciudad por los años de 377. Cedió a las instancias del obispo Paulino y consintió en ordenarse presbítero por mano de aquel prelado el año de 378; pero se reservó la facultad de volver al yermo y vivir como monje, para no contraer compromisos con ninguna iglesia particular. Así, el año de 380 vémosle en Constantinopla, discípulo de San Gregorio Nacianceno. El año de 382, al renunciar San Gre-

ciado al episcopado para retirarse a Arianzo, Jerónimo dejó a Constantinopla y partió para Roma, donde el papa San Dámaso había convocado un Concilio contra los apolinaristas.

SEGUNDA ESTANCIA EN ROMA

SECRETARIO del Concilio había de ser San Ambrosio, obispo de Milán, con asentimiento unánime de la asamblea; pero enfermó estando ya para dar principio a los trabajos de su cargo. Buscaban los Padres un suplente, mas no lo hallaban. Levantóse entonces el papa San Dámaso, llamó a Jerónimo que estaba humilde en el último asiento, lo presentó a la asamblea, y ésta le proclamó a una voz para reemplazar al enfermo. Difícil tarea le incumbía, porque además de sostener la lucha contra los apolinaristas, había de traerles al arrepentimiento. Los herejes se defendieron porfiadamente en varias sesiones; pero con tan convincentes razones los apretó el Santo, que acabaron firmando el formulario presentado por el Concilio.

Este triunfo le granjeó la confianza del Pontífice, el cual le tomó como secretario y arcediano. Por orden del Papa emprendió este insigne doctor la obra cumbre de su vida, la traducción de los Sagrados Libros, que con el nombre de «Vulgata» adoptó oficialmente la Iglesia. Redactó asimismo la correspondencia oficial del Pontífice; pero, por desgracia, hase perdido esta parte de sus obras.

Nada mudó el antiguo solitario de su tenor de vida en el nuevo estado; llevaba hábito de monje y ayunaba como en el yermo. Impulsadas por el Santo, algunas doncellas y viudas se agruparon formando congregaciones monásticas alrededor de unas cuantas señoras y matronas principales de noble linaje y santísima vida, como Paula, Marcela y Eustoquia. Ante este escogido auditorio declaraba San Jerónimo los pasos más dificultosos de las Divinas Letras, con tanto aprovechamiento de aquellas virtuosísimas mujeres, que muchos sacerdotes iban a consultarlas para resolver las más intrincadas cuestiones exegéticas. Merced a esta saludable influencia del Santo, algunas damas nobles dejaron el siglo para llevar vida escondida en Cristo.

De su correspondencia con ellas nos quedan muchas cartas repletas de doctrina espiritual y escrituraria. San Jerónimo sabía infiltrar en sus hijas el culto y amor a los Libros Sagrados que le consumía. La carta de Eustoquia, tanto por la amplitud de la materia como por la solidez del fondo, constituye un verdadero tratado sobre la excelencia de la virginidad, y un código de moral y ascetismo para uso de las doncellas consagradas a Dios.

Murió el papa San Dámaso a 11 de diciembre del año 384, cuando hacía sólo tres años que se hallaba Jerónimo en Roma. Los libertinos y vividores,

los captadores de testamentos, cuya infamia había puesto de manifiesto el Santo con elocuencia mordaz, comenzaron entonces a levantar cabeza y a burlarse del secretario del Papa propagando contra él negras calumnias. Pero, como en ellas estaba interesado el honor de Paula y de su hija Eustoquia, el insigne Doctor llevó aquel asunto ante el prefecto de Roma, y los calumniadores fueron condenados a pública retractación.

No quiso Jerónimo sacar provecho alguno de aquel ruidoso triunfo, antes disgustado más que nunca del siglo, dejó definitivamente a Roma, y el mes de agosto de 385 se embarcó en Ostia para Palestina, adonde le llevaban sus gustos y sus anhelos. Al salir de Italia envió a las comunidades de vírgenes, angustiadas con su marcha, una bellísima carta de despedida.

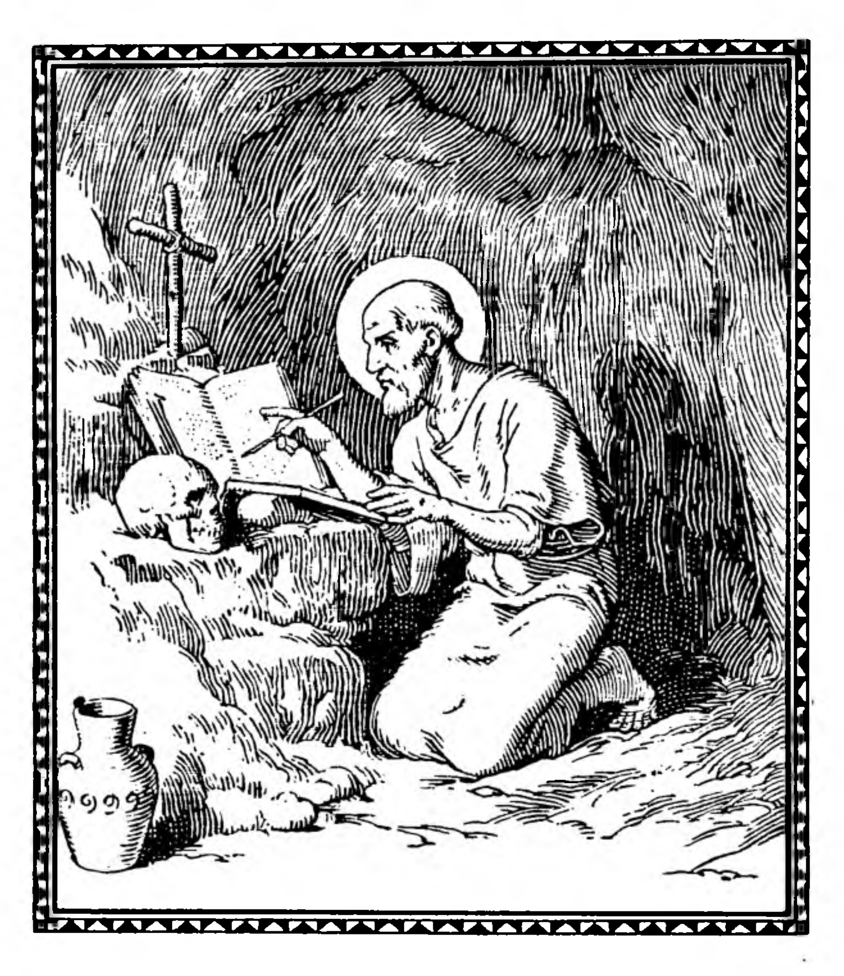
EL SOLITARIO DE BELÉN

DETÚVOSE unos meses en Antioquía, huésped del obispo Paulino, y allí se le juntaron Santa Paula, Eustoquia y otras patricias romanas que también sentían la nostalgia de la Tierra Santa. En su compañía, recorrió el Santo Galilea, Samaria y Judea, visitando los lugares santificados por el Salvador y de los cuales se habla en los relatos evangélicos o bíblicos. De aquí pasaron los peregrinos a Egipto, donde deseaban consolarse con la vista de las legiones de ascetas que allí servían al Señor. Volvieron luego a Belén, por el otoño del año 386, con ánimo de vivir allí en adelante. San Jerónimo, habiendo visitado los monasterios de Nitria y Escitia, tomó por asiento la cueva del Nacimiento, en Belén.

Muchos discípulos se juntaron al santo cenobita, de suerte que en breve y merced a la liberalidad de Santa Paula, se fundaron dos monasterios, uno para hombres y otro para señoras. San Jerónimo dirigió el primero; Santa Paula, el segundo. En vez de ocupar el tiempo trenzando palmas y tejiendo cestos, como los solitarios de Tebaida, el ilustre Doctor siguió estudiando el hebreo, caldeo y siríaco, y acabó de traducir la Biblia del texto original.

Para dar a su obra todo el perfeccionamiento necesario, acudió San Jerónimo a la ciencia de los rabinos de Tiberíades y de Lida, no sin escándalo de sus enemigos: «El secretario del papa Dámaso —decían— se ha trocado en digno miembro de la sinagoga de Satanás; a ejemplo de los judíos, amigos y maestros suyos, prefiere Barrabás a Jesucristo». Y por cierto que entre los rabinos había un doctor que Jerónimo llama indistintamente Baranina y Barrabás, y del cual dice que, por miedo a sus correligionarios, era «otro Nicodemo» que solía ir a ver a su discípulo amparado por la oscuridad de la noche.

Estas malévolas calumnias no detuvieron el gran concurso de fieles que



RETIRADO *en la gruta de Belén, llevando una vida de extremada pobreza y austeridad, San Jerónimo emplea los tesoros de su sabiduría, de su portentoso talento y de su pasmosa laboriosidad, para ilustrar a la Iglesia con sus escritos sobre las Sagradas Escrituras.*

iban a ver a los solitarios de Belén. El inmenso *hospitium* por él edificado era insuficiente, y así escribió en una carta: «Parece que Roma entera se ha dado cita en Belén; a José y María, si volviesen, costaríales hallar albergue tanto como la primera vez».

Los solitarios trabajaban y comían separados unos de otros, pero rezaban juntos, y juntos cantaban el Oficio divino en la cueva del Nacimiento.

JERÓNIMO Y EL ORIGENISMO

EL presbítero Rufino de Aquileya dirigía a la sazón el famoso monasterio del Monte Olivete, poco distante de Jerusalén. Rufino había sido gran amigo y admirador de Jerónimo; pero la cuestión del origenismo, que entonces perturbaba el Asia, fué ocasión de que entre ambos amigos se levantase apasionada polémica y sobreviniera irremediable rompimiento.

Los discípulos de Orígenes, exagerando sus doctrinas, sostenían que jamás debe tomarse la Sagrada Escritura en su sentido literal; que no era sino un símbolo perpetuo, cuyo verdadero secreto revela el Espíritu del Señor a cada uno, según su mérito y su saber. Violentos contradictores se levantaron contra esta errónea doctrina; pero ellos mismos pasaron la raya y cayeron en la opuesta exageración, pretendiendo que todo en la Sagrada Escritura había de tomarse a la letra. Hasta llegaron a sostener que de tal modo reproducía el hombre la imagen y semejanza de Dios, que el mismo Dios era realmente el tipo sustancial del hombre. A estos acérrimos adversarios del origenismo les llamaron antropomorfitas.

Por el tiempo en que la agitación llegaba a su colmo, conviene a saber, por los años 393 ó 394, uno de los antropomorfitas más exaltados, el monje Aterbio, pasó por Jerusalén, y acusó públicamente de origenismo al obispo Juan y a los presbíteros Rufino y Jerónimo. Hubo de esto grande escándalo en toda la provincia. Jerónimo se hallaba en trance apuradísimo por acusarle ambos bandos. Juan, obispo de Jerusalén, fulminó anatema contra el monasterio de Belén. Rufino fué más ducho; supo ganarse la benevolencia del obispo, y nadie volvió a molestarle.

El Santo obedeció al obispo Juan, no obstante ser la sentencia injusta. Los solitarios de Belén quedaron privados de la comunión por espacio de muchos meses como si fueran infieles; se les prohibía entrar en la iglesia, y no se les enterraba en cementerios cristianos.

Estos injustos rigores conmovieron a los católicos de todo el mundo. San Epifanio, obispo de Salamina, promulgó enérgica protesta. El Papa estaba ya a punto de fallar en el asunto, cuando el obispo de Jerusalén, asustado por el sesgo que tomaba aquel negocio, llevó la causa ante el

patriarca de Alejandría, Teófilo, conocido partidario del origenismo. Ansiosamente se esperaba la decisión del patriarca, y Teófilo mudó de repente de opinión, condenó los errores de Orígenes y se declaró en favor de Jerónimo.

No se atrevió Juan de Jerusalén a resistir a la autoridad del metropolitano; levantó el entredicho al monasterio y, para evitar nuevos conflictos, exigió a Jerónimo que aceptase el título de *párochus* de Belén. Ambos se reconciliaron por los años de 397.

También Rufino se reconcilió con el solitario de Belén, pero fué cosa de pocos días. Pronto, en efecto, se rompió la concordia entre los dos monjes a raíz de la publicación que hizo en Roma Rufino de una traducción del *Periarchón* de Orígenes y de sus *Invectivas contra Jerónimo*. Éste respondió con una Apología. San Agustín deplora el incidente en estos términos:

«¿Qué corazones se atreverán ya a descubrirse el uno al otro? ¿Hay amigo verdadero en cuyo pecho pueda uno sin temor derramar su alma? ¿Dónde se halla el amigo que el día de mañana no pueda trocarse en enemigo, si entre Jerónimo y Rufino ha sobrevenido la discordia que deploramos? ¡Oh miserable condición de los mortales, digna de compasión y lástima! ¿Qué cuenta tendremos con lo que aparenta ser el alma de los amigos, no estando ciertos de lo que será en lo venidero?»

SAN JERÓNIMO Y SAN AGUSTÍN

LAS relaciones que tuvo Jerónimo con San Agustín merecen ser traídas. Fueron meramente epistolares, con harto pesar y sentimiento de Agustín, que se quejaba de la larga distancia entre Hipona y Belén, y de la lentitud de los correos que llevaban sus cartas.

«Dos escritos tuyos que han venido a mis manos he leído —le dice—, y los he hallado tan ricos y llenos de cosas, que no querría, para aprovecharme en mis estudios, sino poder estar siempre a tu lado. Pero porque no puedo hacer esto, pienso enviarte algunos de mis hijos en el Señor, para que los enseñes, dado caso de que me respondas. Porque yo conozco que no hay en mí, ni puede haber ciencia de las divinas Letras como veo que hay en ti. La poca que tengo la reparto a los fieles. Darme yo a ese estudio más asiduamente que lo pide la instrucción de mi rebaño, se me hace imposible por mis ocupaciones de obispo.»

La estima constante que mostró el obispo de Hipona a quien le llamaba «su hijo en la edad, su padre en dignidad», el respeto y miramiento con que le trataba cuando juzgaba no deber rendirse a las razones del ilustre exegeta, hicieron su amistad inquebrantable.

«No haya entre nosotros sino hermandad pura y limpia —responde Jeró-

nimo a Agustín a propósito de la conclusión de la controversia que tuvieron sobre la conducta de Pablo y Cefas en Antioquía—; enviémonos solamente mensajes de caridad. Ejercitémonos en el terreno de las Escrituras sin ofendernos uno a otro.»

Y, efectivamente, ambos amigos pelearon juntos hasta el fin, en defensa de la fe católica y con el admirable acierto de que la historia nos habla.

ÚLTIMAS PRUEBAS

SIGUIÓ Jerónimo ayudando desde el fondo de su retiro a la noble causa por la que tanto había ya padecido. Venciendo todas las dificultades, prosiguió la traducción y comentarios de la Biblia. Todas las Iglesias de Occidente adoptaron aquella versión. Pero en medio de tantos trabajos, tuvo que sostener otras peleas. Nuevos herejes se levantaron contra el dogma católico y, principalmente, el famoso Pelagio.

San Agustín había de dar el golpe mortal a aquel adversario; pero el solitario de Belén era muy celoso de la verdad para permanecer indiferente e inactivo en aquella pelea. Con todo el vigor de su ingenio se levantó contra los pelagianos que eran ya muchos en Palestina.

Impotentes para responder con sólidos argumentos a la dialéctica de Jerónimo, los herejes echaron mano de la violencia para deshacerse de su contrario. Una noche del año 416, cayeron sobre el monasterio de Belén, a la cabeza de una tropa. Los siervos de Dios fueron maltratados y un diácono muerto. Prendieron fuego a los edificios del monasterio; las religiosas y los monjes tuvieron que refugiarse a toda prisa en una torre cercana al convento. Nada hizo Juan de Jerusalén para reparar aquel desastre; fué menester que el papa San Inocencio I interviniese enérgicamente cerca de los obispos de Palestina en favor de los perseguidos.

Jerónimo sobrevivió a este atentado, pero fué para sufrir una de las mayores pruebas de su vida. A fines del año 418 ó principios del 419, murió Eustoquia, que había sucedido a su madre Santa Paula en la dirección del monasterio de Belén. Tras este golpe, añadido a tantos otros, y al agotamiento de fuerzas causado por su vida de mortificación y trabajo, el santo anciano fué desfalleciendo poco a poco. Apenas podía hablar; no podía moverse en la cama para instruir a los monjes, sino asiéndose a una cuerda colgada del techo. Dió su espíritu al Señor a los 30 días del mes de septiembre del año 420, según el cardenal Baronio, siendo de cerca de noventa años de edad.

«Dícese que el mismo día estaba San Agustín meditando en su celda sobre la gloria que circunda las almas de los santos. Iba ya a escribir a

San Jerónimo de este asunto, cuando oyó una voz celestial: «Agustín, Agustín —decía—, ¿en qué piensas?... Espera un poco, pero no intentes lo imposible mientras no hayas terminado tu carrera en este mundo.»

—¡Oh tú que eres tan feliz y tan excelso, que corres con tanto ardor a los goces celestiales, y cuyas palabras son tan suaves para mi corazón, dame el que no pueda yo dudar de lo que te oigo decir!

—Soy el alma del presbítero Jerónimo —repuso la voz—. A esta misma hora, he dejado la carga de la carne en Belén de Judá; ahora acompaño a Jesucristo y a toda la corte celestial.

Prosiguiendo esta celestial conversación, el alma predestinada descubrió al obispo de Hipona el estado de las almas bienaventuradas.»

Se enterró su sagrado cuerpo en una cueva de Belén, cerca de la del Nacimiento, y luego fué trasladado a Roma y colocado en la iglesia de Santa María la Mayor, debajo del altar del Santísimo. Esta traslación se menciona en el Martirologio el día 9 de mayo.

Ningún Santo ha dado tan poco fundamento a las leyendas como el Doctor dálmata, puesto que conocemos toda su vida. No obstante, conviene señalar la admirable aventura del león herido que, curado por el Santo. defendió luego a los monjes de Belén y les ayudó en las labores del campo. En el famoso cuadro del Doménico que hay en la pinacoteca del Vaticano, aparece el león acostado junto al lecho mortuorio del Santo.

No sin causa simboliza la pintura con un león a San Jerónimo. ¿Qué Padre de la Iglesia se puede comparar tan justamente al león de la fábula, de la poesía y aun de la historia natural como el solitario de Belén? Intrépido y generoso fué San Jerónimo; dió el rostro a sus adversarios sin contar su número ni medir sus fuerzas; y, si a las veces lanzó rugidos espantosos, si tuvo estrepitosas iras, fueron sus rugidos gritos de un alma enamorada y ansiosa de la verdad, y fueron sus iras arrebatos de su amor.

SANTORAL

Santos Jerónimo, confesor y doctor; *Honorio, arzobispo de Cantórbery;* Gregorio el Armenio, de la familia de los Arsácidas, obispo; Leodomiro, obispo de Chalons, y Antonino, de Meaux; Ismier o Ismidón, canónigo de Lyón y obispo de Die, muerto en 1115; Lauro, abad; *Leopardo, mártir en Roma;* Víctor, Urso, Antonino y algunos compañeros, soldados de la Legión Tebea, mártires. Beatos Conrado, abad cisterciense y cardenal; Benito, cisterciense de Moreruela; Juan de Montmirail, cisterciense; y Juan de Gante, ermitaño. *Santa Sofía, madre de las santas vírgenes y mártires Fe, Esperanza y Caridad.*



Celosísimo Prelado   Portadora del santo Crisma

DÍA 1.º DE OCTUBRE

SAN REMIGIO

OBISPO DE REIMS, CONFESOR (436-532)

DIOS nuestro Señor, como guía providente de los pueblos, síguelos a lo largo de los siglos con celo amorosísimo y paternal para proveer oportunamente a sus necesidades. Porque si bien son los hombres quienes, en uso de la propia libertad, van escribiendo una a una las páginas de la Historia, descúbrense en ésta evoluciones de carácter general en cuyo punto de origen aparece innegable la divina asistencia. Y es que, en un momento crítico para los intereses del mundo, el Cielo ha querido retraer a su cauce natural la marcha desviada por el influjo de los humanos errores.

Pero, no rompe Dios nuestra libertad: limítase a poner a nuestro lado algún lazarillo, a fin de que, percatados de nuestro extravío y falsa orientación, podamos seguir los rumbos salvadores en pos de él.

Son incontables los casos en que pudiéramos comprobarlo; y bastaría reducir tales movimientos a su fuente inicial para encontrarnos con el conductor inspirado, que es, a veces, una figura de mínima apariencia histórica, y otras, en cambio, un personaje de primera magnitud.

Un ejemplo típico de ello lo tenemos en San Remigio, obispo de Reims.

NACIDO PARA GRANDES COSAS

REMIGIO, descendiente de muy noble y antiguo linaje, nació en Laon, ciudad del país de los Suesones, en las Galias, allá por los años de 436. Fueron sus padres Emilio, señor de aquel territorio, y Celina, mujer piadosísima a quien la Iglesia ha concedido el honor de los altares y a quien venera el 21 de octubre. Tanto uno como otra, resplandecían por sus prendas personales de virtud y por su generosidad en favor de los pobres, a los que consideraban como hermanos.

De cómo cumplieron ambos con los deberes que la paternidad les imponía, habla elocuentemente el hecho de haber tenido dos santos entre sus hijos: San Principio, que llegó a ser obispo de Soissons, y nuestro biografiado.

Por aquel entonces, sufría la nación francesa una ruina moral que abarcaba a todas las capas sociales. No había desorden que no apareciera justificado; y aun entre los que, por su carácter o dignidad, debieran ser espejo de costumbres y pureza de vida, aceptábanse los escándalos como necesidades de la época o en categoría de males menores. Hubiérase dicho que pesaban sobre el pueblo las maldiciones de lo Alto.

Las almas buenas clamaban pidiendo para su patria el perdón y la enmienda; temían que el Señor, en respuesta a tanto pecado, apretara aún más en su castigo y se perdieran para la eternidad tantos prevaricadores.

Entre los que con ardiente caridad importunaban al cielo, estaba Montano, solitario fervorosísimo, cuya vida era un ejemplo para la región y un vivo reproche para la perversidad o indiferencia de muchos. Dolíase el santo penitente de aquel abandono en que el Señor parecía haber dejado a los hombres, e imploraba suplicante las misericordias divinas.

Orando estaba cierta noche, cuando tuvo una revelación que le llenó de consuelo. Dios nuestro Señor le indicaba claramente que pronto vendría al mundo el que traía la misión de paz y salvación para el pueblo galo, y cuál sería el hogar honrado con aquel hijo de bendición.

Gozoso San Montano por aquella nueva, corrió a comunicar a Celina que ella sería la madre de aquel vástago glorioso. Aunque de momento no quiso ella creer posible tanta felicidad por ser casi ancianos ambos consortes, rindióse al fin a la palabra del fidedigno mensajero y preparóse a esperar el cumplimiento de los planes divinos. Una prueba le daba Montano: quedaría él ciego, y sólo recobraría la vista por un milagro que la misma Celina habría de realizar en cuanto hubiera terminado la crianza del nuevo hijo. Todo se cumplió exactamente, y los padres de Remigio comprendieron que el cielo tenía grandes designios para la criatura.

OBISPO A LOS VEINTIDÓS AÑOS

NO tardaron en revelarse en el niño prendas de su futura santidad. La dulzura de su carácter, decididamente inclinado hacia cuanto significara amor al prójimo, y el extraordinario apego con que se daba a los ejercicios de virtud, hicieron que se le admirase ya casi desde la cuna. Sus felices padres, ganosos de corresponder al honor que el Señor les hiciera, pusieron de su parte todos los medios a fin de favorecer en Remigio el desarrollo de la rica espiritualidad con que su corazón se manifestaba. Gracias a esta providencia, pudo el niño crecer rápidamente y sin estorbos en virtud y en santidad.

Completaron su propia obra proporcionándole buenos maestros, y, como el discípulo fuera de por sí aficionado a las letras y al recogimiento, aprovechó grandemente en los estudios, de manera especial en las lecciones de los Libros Santos de los que sacaba razones y fuerzas para afirmarse más y más en sus propósitos de lograr la perfección.

Ya por entonces había empezado a cundir la fama de los grandes méritos de Remigio. Y como su categoría social y las gracias de su juventud concurrieran para crear en torno suyo un ambiente de admiración que no le agradaba, decidió cortar con semejante peligro y huyó a una apartada soledad. Permaneció en ella entregado al ejercicio de la presencia de Dios y a penitencia rigurosísima hasta que cumplió los veintidós años.

Era el 458. Había muerto Bennado, arzobispo de Reims, y todos, clero y pueblo, cual si se hubieran convenido, aclamaron para sucederle al joven anacoreta. Alborotóse Remigio con tales noticias y se negó desde luego a aceptar el cargo. Insistieron aquéllos en su decisión sin hacer caso de las razones alegadas por el elegido, que pretendía ser excesivamente mozo y de poca ciencia. Como no le valieran tales pretextos, acogióse a los cánones, los cuales exigían para la consagración episcopal no menos de treinta años. Tampoco quisieron aceptarle tan legítima defensa, por parecerles que la santidad innegable de Remigio supliría con creces la poca edad, y tornaron a pedirle que, para mayor gloria de Dios y bien del pueblo, tomara sobre sí la pesada carga que le ofrecían.

En estas discusiones andaban uno y otros, cuando un rayo de divina luz vino a posarse sobre la frente del Santo y a iluminarle el rostro, como si el cielo hubiera querido demostrar que también aprobaba la elección.

Al ver aquel maravilloso testimonio, hiciéronse aún más clamorosas las instancias. Entendió Remigio que ya no podía oponerse a lo que el mismo Dios parecía refrendar, e inclinóse a recibir el inesperado yugo.

OBISPO SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS

ASí, pues, fué consagrado obispo cuando corría dicho año de 458. Desde aquel mismo instante, ya no pensó Remigio sino en cumplir con infatigable caridad los deberes que su función le imponía. Y fué un padre para los menesterosos, que acudían a su casa con entera libertad y seguros de hallar en ella excelente acogida. Pastor celosísimo, velaba con exquisita atención por los intereses de su rebaño, sin que hubiera razón ni disculpa alguna que le apartara de su deber. Y, aunque se daba de lleno a sus obligaciones episcopales, jamás se descuidó a sí mismo, porque entendía que la propia santificación, a más de llenar una necesidad personal ineludible, tendría que redundar muy luego en beneficio del prójimo.

Su palabra, briosa y elocuente por naturaleza, volvíase de fuego cuando trataba las cosas de Dios. Y si era espontáneamente eficaz en el corazón de los oyentes, tornábase irresistible por la vehemencia interior que la inspiraba y porque era reflejo de una vida irreprochable y santa.

Nunca es lección perdida la lección del ejemplo. Harto bien lo entendía el santo obispo, y, como fuera aquélla una época de tanta depravación moral y tan escasa en valores espirituales, pugnaba por rehabilitar los derechos de Dios, pero no ya sólo con la fuerza argumental de la razón, palanca deficiente para mover voluntades contrahechas por el vicio, sino con el discurso irrefutable de la propia conducta.

Por disposición divina, habíale tocado en suerte una misión de campo muy extenso, puesto que su ministerio debía llegar mucho más allá de la jurisdicción episcopal propia; y, por tener que llevar tan lejos la luz del divino apostolado, era necesario levantar más y más el edificio de la propia perfección.

Pero, no le dolían prendas al apóstol de Cristo. Acostumbrado a las comodidades de un hogar rico, no había titubeado en elegir como nueva residencia el desierto con todas sus privaciones. Poco había de costarle, ya en plan de adelantamiento espiritual, seguir aquella vía de mortificación que se impusiera. Con tal fin, desterró de su casa cuanto podía servir al regalo de los sentidos; e hizo de la abstinencia un modo de vida; y trabajó con tesonero afán sin darse otro descanso que el indispensable.

Aun en el trabajo de visitar su vasta diócesis, nunca consintió en descargarse en hombros ajenos. Ni las preocupaciones ni los años fueron capaces de rendir su voluntad en este punto, pues, como buen pastor, juzgaba indispensable el personal conocimiento de su grey para mejor orientarla y para proveer atinadamente a sus necesidades.



CUANDO *San Remigio administraba el Bautismo a Clodoveo, verdadero fundador del reino de los francos, pronunció estas palabras que ha hecho célebres la Historia: «Dobla tu cerviz, orgulloso sicambro, y en adelante adora lo que has quemado y quema lo que has adorado». «Mitis, depone collar, sicámber».*

EL DON DE MILAGROS

DIOS nuestro Señor acompañaba al santo obispò en todas sus obras, como lo demuestra el sinfín de prodigios que por su medio obró. No ya algunas, sino muchísimas veces fueron testigos, el pueblo y los acompañantes de Remigio, de aquella asistencia divina. Y se hizo proverbial su fama de taumaturgo hasta el punto de que las gentes acudían a él como a seguro remedio. Y el siervo de Dios se vió en apurados trances para salvar su humildad sin menoscabo de la caridad que le reclamaba.

Un hombre de quien el demonio se había apoderado, y que durante mucho tiempo quedara ciego a causa de esta posesión, recobróse totalmente no bien el Santo hizo oración sobre él.

A cierta joven, también endemoniada, lleváronla sus padres a San Benito para que la sanase. Remitióla éste a su vez al obispo de Reims, «porque él —decía— habrá de curarla». No bien leyó Remigio la misiva del santo patriarca, quedó profundamente turbado; y, como de ninguna manera quería acceder por juzgarse indigno de alcanzar de Dios tal favor, rogáronle los padres de la posesa con tan vivas instancias, que acabó por ponerse en oración; y, apenas lo hizo, quedóse ella libre de su atormentador. Pero sucedió que la doncella murió poco después y, ante las lágrimas de los afligidos padres, tornó el Santo a implorar al Señor y volvióla a la vida.

Habiéndose declarado un gran incendio en Reims, al no hallar los vecinos medio de combatirlo, acudieron a su amado pastor, que andaba por entonces ausente de la ciudad, y suplicáronle viniera a poner remedio. Vino él muy luego y, después de haber hecho oración en la iglesia de San Nicasio, antecesor suyo en la sede remense, fuése al lugar por donde el incendio avanzaba. Llegado allí, imploró nuevamente el auxilio de lo Alto, y entróse hacia el fuego. Las llamas, como temerosas de tocar su persona, dieron en retirarse delante de él hasta que se extinguieron del todo.

Otro día, como a sus acompañantes les faltara el vino y vinieran a implorarle, compadecióse Remigio de ellos y, lleno de infinita y amable caridad, púsose en oración. Al punto, las cubas, que estaban completamente vacías, aparecieron colmadas, con no pequeña sorpresa de quienes fueron testigos.

Otros muchos prodigios obró el Señor por la mediación de su siervo, y aun después de su muerte siguieron produciéndose abundantes junto a su sepulcro; que así quería demostrar cuán bien eran recibidas en su divino acatamiento las oraciones y súplicas de quien había hecho de su vida un perfecto holocausto en aras de la caridad, y de todas sus acciones un maravilloso ejemplo digno de perpetua recordación.

CONVERSIÓN Y BAUTISMO DE CLODOVEO

EL hecho más notable en la vida de Remigio, fué la conversión de Clodoveo al Cristianismo. Y decimos el más notable por las felices y trascendentales consecuencias que de ella se siguieron para la vida de la nación. Clodoveo, rey entonces de los francos, aunque casado con Santa Clotilde, era y vivía como gentil. Su santa esposa, que había trabajado mucho para traerle a la fe, sólo había conseguido de él permiso para bautizar a sus hijos. No obstante, sentíase cada vez más inclinado hacia aquella Religión cuyos principios morales tenía repetida ocasión de admirar en la propia casa. El Señor, siempre propicio para las almas noblemente encaminadas, preparaba así los caminos para aquel a quien pronto aceptaría en su Iglesia.

Las guerras, efecto natural de la evolución que el mundo sufría por aquellos tiempos, ocupaban gran parte de las actividades de Clodoveo. Por los años de 496, vióse frente a los alamanes, que habían invadido la Galia.

Los primeros encuentros con ellos habíanle sido desastrosos, y, cuando el duque de Orliens, su consejero —que era cristiano—, le propuso invocar al verdadero Dios, hizo Clodoveo voto de convertirse a nuestra santa Religión si «el Dios de Clotilde» le daba la victoria. Venció y rindió efectivamente a los alamanes, cuyo rey pereció en la batalla.

Fiel a su promesa, no bien regresó de su campaña comenzó a instruirse. Fué su primer maestro San Vedasto, quien luego le remitió a Remigio para que completara aquella preparación y le administrara el bautismo.

Para la solemne ceremonia, que debía cumplirse en Reims, quiso el santo obispo desplegar extraordinaria pompa. Profetizó luego lo que había de suceder al rey y a sus descendientes y cómo los acompañaría la felicidad si se mantenían fieles a Dios.

Durante el acto faltaron los santos óleos. Remigio pidió al Señor proveyese aquella necesidad, y luego apareció una paloma blanquísima. Traía en el pico una ampolla con el crisma, y púsolo en manos del Santo.

Este milagro llenó de admiración a los presentes, que hubieron de reconocer la asistencia divina en aquella solemnidad.

Al mismo tiempo que Clodoveo, bautizáronse una hermana suya y tres mil guerreros francos. Fué aquél el núcleo inicial de un grandioso movimiento que alcanzó a toda la nación. Y, si bien es cierto que el rey no consiguió dominar totalmente su brioso carácter, no lo es menos que, después de su bautismo, cambió fundamentalmente en sus relaciones con las cosas de Dios, como quedó demostrado en su absoluto respeto hacia los prelados.

SOLÍCITO POR EL BIEN DEL PUEBLO

LA inagotable caridad de Remigio llevábale a atender no sólo al bien espiritual de sus fieles sino aún a aquellos aspectos materiales de la vida que se relacionaban con su bienestar. Cualquier punto tenía importancia para su corazón paternal si de él podían derivarse situaciones incómodas; porque, como se observa en la vida de los santos, son ellos tan sobrios y exigentes para consigo mismos como espléndidos y amables para con los demás.

En cierta ocasión, supo por revelación divina que habría de sobrevenir al país gran necesidad y hambre, y púsose en seguida al trabajo, a fin de acopiar trigo en graneros preparados especialmente para aquella ocasión.

No faltaron gentes ruines que, ante aquella inusitada actividad, hicieron correr el ruido de que el Santo, atacado por una repentina codicia, se proponía acumular aquella riqueza para después explotar al pueblo. Y, respaldados en tan infame calumnia, aprovecharon una ausencia del celoso pastor para prender fuego a los almacenes.

Pronto le llegaron correos con el aviso de semejante desgracia. Como andaba de por medio el interés de sus hijos, corrió a ver si aun podía salvarse algo, pero ya el fuego había alcanzado a todo. No se inmutó por ello; antes, acercóse a la inmensa hoguera para calentarse —pues él era anciano y hacía por aquellos días mucho frío— y dijo luego muy sosegadamente: «Dios se encargará de castigar a los culpables; porque esto que han quemado se lo quitan a los pobres». Y así sucedió, en efecto: los que participaron en el criminal suceso quedaron quebrados, lo mismo que sucedió después con sus hijos.

Otros casos hubo en que gente de poca conciencia se apoderó injustamente de los bienes que, para los pobres y para el sustento de sus ministros, iba guardando el Santo. En ninguno de ellos se hizo esperar la divina justicia; y así, algunos de tales desaprensivos vinieron a quedar en total miseria a poco de cometer su fechoría; y a los que se habían adueñado de tierras, o se les volvían éstas estériles para el cultivo, o se encargaban los elementos de arrasar las cosechas antes que pudieran aprovecharlas en nada.

Todos estos ejemplos con que el Señor autorizaba la misión de Remigio, al mismo tiempo que aureolaban al santo pontífice, daban eficacia a su labor pastoral y enriquecían su influencia. Jamás quiso aprovecharse de ello para su propia gloria, a la que tan gustosamente había renunciado, y lo volcaba en beneficio directo de cuantos vivían encomendados a su caridad.

SU MUERTE. — CULTO Y RELIQUIAS

DIOS prueba a sus elegidos cual si el dolor fuera piedra de toque para reconocer la verdadera santidad. Era ya Remigio un venerable anciano cuando le sobrevino la ceguera. Aquella grave dificultad, que él aceptó con ánimo sereno y alegre, no le impidió seguir atendiendo su trabajo en cuanto aquel estado se lo permitía. Como lámpara que se consume hasta el último resplandor, quería él mantenerse en su línea de combate hasta el suspiro final.

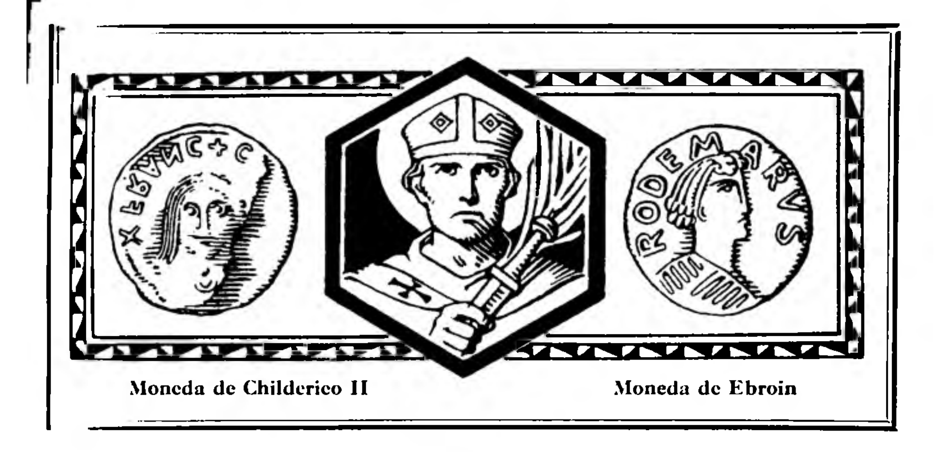
Volvió, sin embargo, a recobrar la vista, pero el organismo iba debilitándose más y más. Cuando sintió próxima su muerte, despidióse tiernísimamente de su pueblo, luego de darle los consejos últimos, y pidió en seguida los Sacramentos de la Iglesia. Recibiólos con extraordinaria devoción y, mientras estaba en dulcísimo coloquio con el Señor, voló su alma a la eterna recompensa. Tenía el santo prelado noventa y seis años y había gobernado su diócesis por espacio de setenta y cuatro. Ocurrió su muerte el día 13 de enero de 532.

El cuerpo del Santo permaneció en un principio en la abadía de los benedictinos, donde recibió el fervoroso homenaje de cuantos le conocieran en vida. De allí lleváronle más tarde a la catedral de Reims, solemnidad que, por haber coincidido con el 1 de octubre, hizo se fijara en ese día la fiesta del Santo, si bien Reims sigue festejando el 13 de enero.

Aun después de su muerte cuidó San Remigio de su querida diócesis, a la que libró milagrosamente de una peste que venía extendiéndose por el país. Las sagradas reliquias fueron legalmente reconocidas en 1803 y 1824.

SANTORAL

El Santo Ángel Custodio de España. Santos Remigio, obispo y confesor; Ursicino, obispo de Maestricht; *Virilo, abad del monasterio de Santa María de Leyre (Navarra);* Fivarleo, abad; Severo, presbítero; Ananías, discípulo de Nuestro Señor Wasnón o Wasnulfo, misionero; Bavón, penitente; Remedio, confesor Platón, apóstol de Tournai y mártir; Aretas y quinientos cuatro compañeros, mártires en Roma; Prisco, Crescente y Evagrio, mártires en Tomis Verísimo, martirizado en Lisboa juntamente con sus hermanas; Domnino, mártir en Tesalónica en tiempos de Maximiano. Beatos Gaspar Fisogiro y Andrés Gioscinda, mártires en el Japón. Santas *Germana, virgen y mártir;* Máxima y Julia, mártires junto con su hermano Verísimo, cuando imperaba Diocleciano; Montana, virgen y abadesa.



Moneda de Childerico II

Moneda de Ebroin

DÍA 2 DE OCTUBRE

SAN LEODEGARIO

OBISPO Y MÁRTIR (hacia 615-678)

NACIÓ el glorioso e ilustre Leodegario por los años de 615. Descendía de familia franca de las orillas del Rin y pertenecía, por sus tíos Atabrico y Bersvinda, a las tres primeras dinastías de Francia y a las casas imperiales de Habsburgo y de Austria. Su nombre quiere decir «ilustre campeón de guerra» y un día habría de justificarlo derramando su sangre por defender los derechos de la Iglesia. Garino, su hermano, alcanzó como él la palma del martirio en 678.

Preparóles el Señor desde la más tierna infancia para tan noble destino, haciendo que recibieran en el hogar cristianísima educación. Su madre, Sigrada, que sería también elevada por la Iglesia al honor de los altares, esmeróse con cariñosa solicitud para despertar en el corazón de ambos un profundo afecto por las virtudes y ansia de conquistar las cumbres de la perfección. El tiempo vino a demostrar cuánto habían aprovechado tan buenas lecciones.

Muerto Rodilón, padre de nuestro Santo y marido de Santa Sigrada, acudió ésta a su hermano Didón o Desiderato, obispo de Poitiers, para que le ayudase en la delicada tarea de la educación de sus hijos.

DESDE LA INFANCIA HASTA EL EPISCOPADO

SEGÚN costumbre de entonces, el mencionado obispo encomendó ambos niños al rey Clotario II, el cual los admitió en palacio, los sentó a su mesa y encargó su educación a su capellán, el obispo Pictaviense. En esta célebre escuela palatina, Leodegario y Garino avanzaron rápidamente por la senda de la ciencia y de la virtud.

No tardó en brotar de un modo patente en el alma de Leodegario la semilla de la vocación que Dios en ella había depositado, por lo cual Didón, su tío, se lo llevó consigo a su obispado de Poitiers. Más tarde, cuando las pruebas del llamamiento divino resultaron evidentes, recibióle al servicio del altar. El joven corría más bien que avanzaba por el camino de la perfección, y llegó a ser perfecto modelo de santidad y virtud. Abriéronse las puertas del Santuario para dar paso al nuevo ministro del Señor, y el obispo Didón, deseoso de estrechar más fuertemente los lazos que le unían con su sobrino, recibióle al pie de su trono y le entregó, junto con la túnica de lino y la corona clerical, su parte en la herencia del Señor. A los veinte años, por privilegio especial, fué consagrado diácono, y, poco tiempo después, el obispo le nombró arcediano de su Iglesia.

La ciudad de Poitiers ratificó unánime y públicamente la elección hecha por su prelado. Encargado del gobierno de las parroquias, Leodegario veló para que el servicio de Dios y la dirección de las almas fuesen llevados con método y caridad. Dotado de elocuencia persuasiva, reforzada por una convicción profunda, el joven arcediano atrajo a las muchedumbres en torno de la cátedra de Poitiers, ilustrada, poco antes, por San Hilario, con la predicación de sus célebres homilías. Muy hábil para atender a las más diversas necesidades, calmaba los conflictos, animaba a los buenos, intimidaba y paralizaba a los malos. El pueblo le veneraba como a un ángel, dice un cronista de entonces, y la frase: «Dios nos ha visitado en la persona de este apóstol», pasaba de boca en boca. Conviene añadir que al poderoso atractivo de su acción apostólica juntábanse los encantos naturales de su fisonomía, que reflejaba la nitidez de su alma, su afabilidad imparcial y su generosidad sin límites.

Luego que recibió los órdenes sagrados, hubiera podido Leodegario pretender los honores del episcopado; mas una voz íntima dejóse oír en el fondo de su alma. Para evitar las seducciones peligrosas de la vanagloria, pues gozaba de gran fama entre el pueblo, tomó la resolución de retirarse a la soledad. Prefirió un monasterio pobre e ignorado, conocido con el nombre de «celda de San Majencio». Al poco tiempo de llegar, sus nuevos

hermanos quisieron nombrarle abad del monasterio. Mas él, que había ido en busca de la vida retirada y oculta, negóse rotundamente a aceptar semejante cargo; sin embargo, al fin, cedió ante la orden formal de su tío Didón.

Deseoso en todo de perfección, el nuevo abad quiso dar a sus religiosos una carta de vida monástica, por lo cual introdujo en la casa la regla de San Benito. Quiso Leodegario que su abadía, al par que casa de oración, fuese morada donde pudieran hallar refugio todos los afligidos. Al efecto, ingenióse en socorrer, a pesar de sus menguados recursos, a las víctimas del hambre que cundió por el año 651.

Ciertas almas difunden tal resplandor en torno suyo que, a pesar de sus esfuerzos para ocultarlo cuidadosamente y rodearlo de humildad, traslúcese al exterior y atrae solicitadores de todo género. También en Leodegario tuvo cumplimiento esta ley: fué acosado por gentes de toda condición que imploraban su apoyo o le pedían consejo.

Un día recibió Leodegario la visita de ilustres delegados: de parte de la reina Santa Batilde iban a solicitar el concurso de su profunda sabiduría y a rogarle que aceptase la administración de tres reinos.

Ya se adivina que Leodegario rechazó con energía semejante proposición. No se desanimó la reina e hizo apoyar sus instancias por varios obispos, en particular por el de Poitiers. La voluntad de Dios era manifiesta y Leodegario volvió al palacio real.

Batilde había quedado viuda con tres hijos, entre los cuales tenía que repartir el patrimonio real. Necesitaba un hombre de ciencia y autoridad; Leodegario, avezado a la disciplina, era el hombre más indicado para refrenar las ambiciones rivales, ordenar una administración firme, corregir los abusos, y dar al poder prestigio y esplendor. Consiguió grandes reformas: el clero fué sometido a observancia; el episcopado, glorificado en la persona de los santos obispos, y los monasterios, reformados: *Pax in virtute* —la paz en la fuerza—; tal fué la divisa del consejero real.

OBISPO DE AUTÚN. — EL CONCILIO DEL AÑO 670

EN 657, quedó vacante la silla episcopal de Autún por la muerte de San Ferreol. Llegó a ser esta diócesis un verdadero campo de batalla en el que hombres codiciosos y bandos ardientes se disputaban el poder. La reina Batilde reunió a los obispos que formaban su consejo, les manifestó su ansiedad y, apenas hubo insinuado el nombre de Leodegario, todos unánimemente ratificaron elección tan acertada.

Una vez más, el hombre anhelante de humilde retiro tuvo que doblegarse ante la orden del cielo y aceptar los honores que no quería (659).

Al llegar a su ciudad episcopal, detúvose el recién elegido en una de las cuatro diaconías destinadas a la recepción de los forasteros, pasó bajo los soberbios pórticos, e hizo una estación en el hospital de San Andoquio, donde juró solemnemente, por los santos Evangelios, respetar los privilegios concedidos en otro tiempo por el papa San Gregorio. Al día siguiente, los religiosos, en solemne procesión, condujéronle hasta la puerta del castillo; allí el clero secular le esperaba para acompañarle hasta la basílica de San Nazario. Acto seguido dieron comienzo las augustas ceremonias de la consagración; formóse luego la comitiva que acompañó al nuevo obispo al *episcopium* o palacio episcopal.

Fiel a su sagrado deber de velar por la pureza doctrinal de la enseñanza en la Iglesia, fué uno de los primeros cuidados de Leodegario reunir un concilio, por los años de 670. En él, publicóse un canon que condenaba a los clérigos, diáconos y sacerdotes que no recitasen de modo irreprochable el Símbolo de los Apóstoles y la «fe de San Atanasio».

El santo pontífice aprovechóse de la presencia de sus hermanos en el episcopado para redactar su testamento, que todos firmaron: distribuía de antemano su patrimonio. El celo por el culto divino le llevó a ensanchar y embellecer su catedral. Mandó edificar en la ciudad de Autún gran número de iglesias y monasterios y, a pesar de las devastaciones sucesivas, aun quedaban tantos que el rey de Francia Luis XII llamaba a Autún «la ciudad de los esbeltos campanarios».

Procedente del palacio merovingio, nacido de nobilísimos padres y gran justiciero, el obispo de Autún fué, en toda la fuerza de la palabra, «el defensor de la ciudad», como apellidaban a los obispos de aquel tiempo. Además de edificios religiosos, mandó construir el recinto fortificado y la atalaya que la tradición designa con el nombre de Torre de San Leodegario.

EN DEFENSA DEL DERECHO

AL mismo tiempo que Leodegario se alejaba del palacio, un bárbaro, por nombre Ebroín, había conseguido, a fuerza de intrigas, que le nombraran mayordomo mayor de la casa real. La elección del santo consejero para el obispado de Autún favoreció la ambición de este advenedizo. Lo más lastimoso fué que deshizo el plan de unidad monárquica sugerido a la reina por los obispos. Childerico había sido nombrado rey por los leudes austrasianos a petición de éstos. En Neustria, Ebroín intentó derribar la regencia que le molestaba. Despidió a los obispos consejeros, e hizo matar públicamente a Cigobrando, obispo de París. La reina Batilde, no pudiendo aguantar más tales excesos, retiróse a la abadía de Chelles.



LLEGADOS *al lugar del suplicio, dice San Leodegario a los verdugos: «Lo que habéis de hacer, hacedlo pronto.» Al oír tales palabras tres verdugos se postran de hinojos y le piden perdón. El otro, cual nuevo Judas que no quiere perder la paga prometida, empuña la espada y decapita al Santo.*

Ebroín veía colmados sus deseos; pero temía mucho la influencia del obispo de Autún sobre los burgundos, por lo que a la muerte de Clotario III, rey de Neustria, dióse prisa para proclamar en su lugar a Teodorico III, con menosprecio de los derechos de Childerico II. Por temor a las represalias, publicó un edicto que prohibía a los burgundos la entrada en palacio. Éstos, desafiando al tirano, se unieron con los austrasianos y proclamaron a Childerico II rey de Neustria y Austrasia; Ebroín, vencido en 670, tuvo que mendigar un asilo al pie de los altares.

Merced a la generosa intervención de Leodegario, fué recluído en hábito monacal, cual lobo revestido con piel de oveja, en santa y magnífica prisión, en la abadía de Luxeuil.

Soberano de tres reinos, Childerico II llamó a su lado a Leodegario, cuya autoridad era absolutamente indispensable para restablecer el orden moral y temporal de entonces. El primer cuidado del nuevo consejero real fué regularizar la situación del rey y ponerla de acuerdo con los sagrados cánones de la Iglesia. Con menosprecio de las leyes, habíase desposado el joven monarca con su prima Belichilda; censuró Leodegario abiertamente tan singular proceder, pero el rey permaneció obstinado y el obispo se alejó de la corte. Sin embargo, Childerico sintió más tarde profundos remordimientos por no haber escuchado los consejos de su antiguo maestro. En aquel entonces tenían por costumbre los reyes de Francia celebrar el santo día de Pascua en una de las ciudades reales. El año 672 Childerico escogió a Autún, a modo de reparación.

Mostróse el obispo muy sensible a esta consideración, mas se mantuvo inflexible. Para mayor desdicha, tramóse entonces una conspiración en la que, según decían, el obispo de Autún había tomado partido contra el rey. Childerico, irreflexivo, suspicaz y violento, dió crédito a tan absurda calumnia hasta el punto de decidir apelar al asesinato para hacer callar a tan temible censor de su libertinaje. La noticia llegó a oídos de Leodegario el Viernes Santo; el digno pontífice ofreció a Dios el sacrificio de su vida, y quiso intentar el último esfuerzo para convertir al rey extraviado.

Hablóle como padre, pero también como depositario del mandamiento divino. Esta libertad irritó tanto al fogoso merovingio que rehusó asistir a los oficios divinos y pasó las santas vigilias en festines escandalosos. Al día siguiente por la noche, cuando daban comienzo las solemnidades de Pascua, es decir, el bautismo de los catecúmenos y la recepción de los penitentes, un tropel de gente armada penetró en la basílica; al frente de ellos iba Childerico, ebrio y dando voces: «Leodegario, ¿dónde está Leodegario?» «Aquí estoy», respondió el pontífice impertérrito. Amedrentado y anonadado el rey por tanta dignidad, retiróse, si no convertido, por lo menos apaciguado.

Después de la ceremonia, Leodegario intentó por última vez convencer al rey, mas éste, por respuesta, le desterró a la abadía de Luxeuil.

Allí encontró el obispo a su antiguo adversario, al famoso Ebroín, que con sobrada razón justificaba el proverbio: «El hábito no hace al monje». Vuelto de nuevo a su condición de religioso ejemplar, Leodegario revivió sin duda las horas pasadas en San Majencio. Pero, ¡ay, cuán efímera había de ser su felicidad! La mano de Dios castigó al monarca infiel, pues Childerico, su esposa y su hijo Dagoberto, perecieron en una partida de caza en septiembre de 673.

El país, en el último extremo, volvióse una vez más al árbitro que se imponía a todos por la santidad de su vida y su energía en defender los derechos de todos. Una diputación de los burgundos salió para Luxeuil, con el fin de llevarse al glorioso cautivo. Enternecióse el corazón de Leodegario al oír llamamiento tan afectuoso y apremiante, y se puso de nuevo en camino para Autún. Mas con él salía también de Luxeuil el falso convertido, el famoso Ebroín que, después de haber disimulado largo tiempo, se aprestaba ahora a la venganza. Aun no había llegado el santo obispo a Autún cuando los emisarios del embustero intentaron matarle. Algunos amigos afectos al pontífice frustraron este plan infernal.

Al poco tiempo de llegar a su ciudad episcopal, quiso Leodegario, con el asentimiento de los leudes y obispos, reponer en el trono al joven Teodorico, hijo menor de Santa Batilde. Luego salió con dirección a París, en donde hizo reconocer sin dificultad al joven rey. Humillado Ebroín por el triunfo del obispo de Autún, retiróse a Austrasia con objeto de fomentar otra rebelión.

Cuando juzgó el momento oportuno, dejó el hábito de monje, que indignamente vestía, y cayó impensadamente sobre la ciudad de Novientum o Nogent, residencia entonces de Teodorico III. Deshizo completamente a la guardia real, apuñaló a Leuderico y se apoderó del monarca. Paseó por toda Francia a un niño al que impuso el nombre ya célebre de Clodoveo. Cual fiero león, reinaba por el terror sobre los que rehusaban someterse a su tiranía. Sólo un hombre se alzaba ante él y era el obispo de Autún. Para resistir al usurpador, el defensor de la ciudad vióse obligado a organizar precipitadamente un ejército. Ya era hora, pues el enemigo se hallaba a las puertas, amenazador. A pesar de la valerosa resistencia, fué preciso ceder ante el número y la ferocidad de los sitiadores.

El 26 de agosto, aniversario del martirio de San Sinforiano, hijo de Autún, los enemigos penetraron en la ciudad. No obstante las súplicas de su fiel rebaño, Leodegario rehusó ocultarse. Por última vez encaminóse a la catedral, celebró los sagrados misterios, se despidió de los fieles, y, revestido con las vestiduras pontificales, entregóse él mismo a sus enemigos. A pesar

de los gritos y protestas del pueblo, Leodegario fué llevado hasta la falda de una montaña, no lejos de las murallas de la ciudad. Mientras las hordas salvajes se dedicaban al pillaje en Autún, verdugos más crueles todavía se atrevieron a poner manos violentas en el venerable pontífice. Arrancáronle los ojos y le agujerearon las órbitas con hierros candentes. Tal era el sangriento preludio de un largo suplicio.

LA PALMA DEL MARTIRIO

EBROÍN entregó el prisionero a Waimer, uno de sus oficiales, para que le llevase a lo más recóndito de un bosque y le dejase morir de hambre; pero el oficial del rey tuvo compasión del ilustre prisionero. La milagrosa supervivencia del mártir encendió el furor en el corazón de Ebroín. Acusó al glorioso mutilado de haber participado con su hermano Garino en la muerte de Childerico II; halláronse falsos testigos, y los dos hermanos fueron condenados a muerte. Garino, atado a un poste y azotado, sucumbió luego bajo una lluvia de piedras.

Leodegario hubiera preferido ser compañero de suplicio de su hermano. Así lo entendió Ebroín y, por un refinamiento de crueldad, difirió la muerte del obispo. Lentos y agudos tormentos, atroces suplicios, nada escatimó el tirano para infundir la desesperación en el ánimo de su víctima. Arrojaron al santo obispo a una piscina, arrastráronle sobre puntiagudas piedras, partiéronle los labios y le arrancaron la lengua. Ni una queja brotó de sus labios.

Desesperado y vencido Ebroín llamó a un humilde personaje, por nombre Warring, y le encargó la custodia del ilustre mártir. Mucho confiaba en ese carcelero, pero Warring, recientemente convertido al cristianismo, había fundado un monasterio en Fecamp, a orillas de la Mancha, en el que encerró al obispo cautivo. Dícese que apenas el glorioso mártir oyó el canto de los salmos, recobró el uso de la palabra, y la muchedumbre acudió presurosa para oírle.

Al cabo de dos años, quiso Ebroín acabar de una vez con su temible adversario. Por mandato de Roberto, conde de Artois, cuatro soldados llevaron a Leodegario a la selva de Sarcing, para darle muerte. El santo mártir señaló él mismo el lugar del suplicio, y les dijo, repitiendo las palabras del Divino Maestro:

—Hijos míos, lo que tenéis que hacer hacedlo pronto.

Al oír estas palabras, tres de los verdugos imploraron el perdón de tan santo obispo. El cuarto, llamado Wadhard, no pudo resistir al aliciente del lucro; alzó la espada y Leodegario se entregó sin resistencia, bendiciendo por última vez al asesino. Acaeció esto el 2 de octubre del año 678.

RELIQUIAS Y CULTO DE SAN LEODEGARIO

La esposa del conde Crodroberto recogió piadosamente los restos del cuerpo de San Leodegario, y los depositó en un pequeño oratorio, donde permanecieron dos años y medio. Los milagros y prodigios que Dios obró en este lugar, así como los favores sin cuento que dispensó, lo convirtieron pronto en centro de romería muy frecuentada. Religiosos Carmelitas se encargaron del servicio del oratorio, que en el siglo XVI fué transformado en una capilla más amplia, restaurada a principios del siglo XX.

El obispo Ansoaldo ordenó a Odulfo, abad de San Majencio y probable sucesor de Leodegario en el gobierno de este monasterio, que fuese a recoger y transportar solemnemente a Poitiers las preciosas reliquias del mártir. Durante todo el recorrido y especialmente en Tours, multiplicáronse los milagros. El cuerpo del obispo de Autún fué colocado debajo de un altar resplandeciente de oro, en la cripta de la iglesia de San Majencio.

El culto de San Leodegario se extendió por Suiza, Alemania, Bélgica y especialmente por Francia, donde se erigieron muchos templos en su honor. A fines del siglo XVI la ciudad de Autún fué milagrosamente libertada del yugo de los calvinistas por intercesión del Santo, que, según dicen, aparecióse sobre los muros de la ciudad. En la actualidad, todavía se cuentan en Francia cincuenta y cinco pueblos que llevan el nombre de este Santo. Por lo común, la iconografía representa a San Leodegario cubierto con la mitra, revestido con los ornamentos pontificales y con el báculo en la mano. A veces colocan a sus pies los instrumentos del suplicio, en especial el hacha de que se sirvió el último verdugo. En ciertos lugares se le invoca para conjurar la parálisis infantil.

SANTORAL

[illegible] Santos Ángeles de la Guarda (Véase el tomo VII: «Festividades del Año Litúrgico», página 440). Santos Leodegario, obispo y mártir; Gerino, hermano de San Leodegario e hijo de Santa Sigrada, obispo y mártir; Juan II, obispo de Como, y Tomás, de Hereford (Inglaterra); *Saturio* y Teófilo, confesores, Beregiso, abad de San Huberto, en Lorena; *Eleuterio y compañeros, mártires;* Primo, Cirilo y Secundario, mártires en Antioquía; Otrano, hermano de San Medrano, y confesor, en Irlanda. Beatos *Berenguer de Peralta, confesor;* Luis Giakici y compañeros, mártires en el Japón. Santas Escariberga, esposa de San Arnoldo de Ivenne; y Dioteria, virgen, venerada en Milán.



DÍA 3 DE OCTUBRE

STA. TERESA DEL NIÑO JESUS

VIRGEN CARMELITA, PATRONA DE LAS MISIONES (1873-1897)

BIEN conocida es la vida de este ángel de candor, llamado la «florecita del Carmelo». Ella misma la escribió por orden expresa de su superiora, la Madre Inés de Jesús, en 1895 y 1896, y fué publicada con el título de «Historia de un alma», el año 1898. Completada luego por los informes que facilitó la familia y los que se tomaron del proceso de canonización, constituye el principal documento de la vida de la Santa.

Su padre, Luis Martín, nació en Burdeos el año 1823 y a los veinte años solicitó el ingreso en los canónigos regulares de San Agustín del Monte San Bernardo de Suiza. No pudo admitirle el prior por no haber cursado el joven los estudios de latinidad, y así, de regreso a Alençon, prosiguió el aprendizaje de relojero que había empezado. La madre, Celia Guerín, «maestra de punto», de Alençon, también trató en su día de ingresar en la Congregación de Hijas de la Caridad, pero la Superiora del Hospital de Alençon le declaró que su vocación era vivir como buena cristiana en el siglo. Celebróse el matrimonio el 13 de julio de 1858, en la iglesia de Nuestra Señora de Alençon. Ambos consortes practicaban sus deberes cristianos sin ostentación, pero con entereza y piedad.

La señora Martín no tuvo vocación para esposa de Cristo como su hermana mayor, que ingresó en las Salesas; y pues llamóla el Señor a vivir en el siglo, pidióle ella desde el comienzo numerosa prole y la gracia de poder consagrar todos sus hijos al divino servicio. Su demanda fué oída, pues en pocos años alegraban el hogar nueve hijos, cuatro de los cuales no tardaron en ir a juntarse con los coros angélicos; los cinco restantes se consagraron a Dios en la vida religiosa. Cada hijo era, al nacer, consagrado a María, y recibía en el bautismo el nombre de la Reina del cielo. Cuando la cuarta hijita, María Elena, aun de corta edad, hubo muerto, los padres pidieron al Señor un misionero. Dos infantitos vinieron sucesivamente a ocupar un puesto en la familia; pero, al igual que la niñita que les siguió, no hicieron más que aparecer y volar al cielo. El «misionero» tan deseado iba a ser el noveno y último vástago de la familia.

INFANCIA DE TERESA. — MUERTE DE SU MADRE

ESE noveno vástago fué una niña que nació el 2 de enero de 1873, en Alençon, y que fué bautizada dos días después en la iglesia de Nuestra Señora. Recibió los nombres de María Francisca Teresa y actuó de madrina su hermana mayor María Luisa.

Teresa era de salud muy delicada. Para sacarla adelante, su madre, agotada ya, hubo de confiarla a una nodriza, campesina robusta y muy experimentada. De regreso al hogar paterno, la niña, a quien el padre llamaba «su reinecita» y la madre calificaba de «diablillo» y de «huroncito», lo llenaba todo de alegría por su amable sonrisa, su corazón afectuoso y su piedad precoz.

Era de genio vivo, expansivo, franco y alegre. Cuando había pegado o empujado a su hermana María Celina, que le llevaba tres años y era su compañera inseparable, o cuando había rasgado un poco el empapelado, aunque fuera por inadvertencia, tenía el convencimiento de que debía acusarse para que se le perdonara.

Tampoco estaba exenta de defectillos, muy al contrario; ya se la podía encerrar todo el día en el cuarto oscuro, que no soltaría un «sí» ni a tres tirones. A veces se portaba como una niña antojadiza y caprichosilla, pero no tardaba en apenarse de veras por su desabrimiento y palabras irrespetuosas, y corría a pedir perdón.

Contaba apenas cuatro años y medio cuando murió su madre. Todo cuanto Teresa vió desde el día en que la viaticaron —días de amargo dolor y lágrimas—, la impresionó profundamente. Escuchaba en silencio lo que se decía en torno suyo, aunque sin comprenderlo bien, y se daba cuenta

de la inmensa desventura que alcanzaba a la familia. Esta dolorosísima muerte trocó por completo el carácter de Teresita. Ella, tan decidora y tan alegre hasta entonces, volvióse tímida, retraída y sensible en extremo. Sin embargo, los años que transcurren desde 1877 a fines de 1886 son para la niña un paréntesis en el penar, una época no interrumpida de tiernas efusiones en la familia y de goces purísimos al recibir la primera Comunión.

EN BUISSONNETS. — INTERNA CON LAS BENEDICTINAS

NO tardó el señor Martín en darse cuenta de la necesidad de procurar a sus huerfanitas una segunda madre, y pensó en su hermana. Liquidó, pues, su comercio, vendió la casa, y se impuso el sacrificio de alejarse de la compañía de sus amados difuntos, yendo a vivir al pueblo de Buissonnets, en el término de Lisieux, al lado de su cuñado, el señor Guerín, farmacéutico de la localidad. En el aposento riente de flores, tan del agrado de Teresa, y rodeada de cariño, recobró ésta su temple jovial y vivaracho. Paulina, por su parte, hacía las veces de madre para con ella; enseñábala a leer, explicábale la doctrina y las festividades de la Iglesia; seguía, en fin, formándola en la piedad y en el cumplimiento del deber y del sacrificio. La niña correspondía admirablemente a tantos desvelos esforzándose en agradar a Jesús en todas sus obras; por la noche, antes de retirarse a descansar, examinaba ya su conciencia para ver si el Señor tenía motivo de estar satisfecho de ella, sin lo cual no hubiera descansado tranquila. Habíase confesado por vez primera a los seis años.

Solía el padre salir con su «reinecita», después de comer, a visitar el Santísimo a una u otra de las dos iglesias de la población y, a veces, a la de las Carmelitas. En las procesiones del Corpus estaba en su elemento la niña Teresa cuando derramaba flores al paso del Santísimo; arrojábalas muy alto y nunca disfrutaba más que cuando veía que los pétalos alcanzaban la custodia.

En octubre de 1881, el señor Martín inscribió a su hijita como pensionista en el monasterio de Benedictinas de Lisieux. Teresa, que sustituía en el colegio a Leonia, encontróse allí con Celina y su prima María Guerín. Con esta última, futura carmelita como ella, es con quien más gustaba imitar la vida penitente y silenciosa de los anacoretas. Los años de internado fueron una prueba muy ruda para esta alma tímida, sensible, plácida y escrupulosa cumplidora de sus obligaciones de colegiala.

Un año después, en octubre de 1882, Paulina ingresaba en el Carmelo de Lisieux, con el nombre de Inés de Jesús. Esta separación fué para Teresa motivo de vivo pesar; la vida se le presentó con toda su cruda realidad,

sembrada de penalidades y continuas separaciones. Para consolarla, su hermana mayor le había explicado en qué consistía la vida de la carmelita, a saber: orar, inmolarse, vivir íntimamente con Jesús. Prendada de lo que había oído, aquella niña de nueve años conservó en su mente la impresión de que el Carmelo venía a ser algo así como la soledad donde ella debía refugiarse para vivir con Dios. Animada de tan bellos sentimientos comunicó su vivo anhelo a Paulina y luego a la Madre priora, quien la consideró demasiado joven todavía.

PRIMERA COMUNIÓN

EL ingreso en religión de la segunda hija del señor Martín, fué para su «reinecita» causa de grave enfermedad, enfermedad misteriosa a la cual, por divina licencia, no era ajeno el tentador. Acometiéronle dolores continuos de cabeza que, unidos a su extremada sensibilidad, la inutilizaba por completo; no obstante de ello, prosiguió los estudios con toda aplicación. Al año siguiente, por Pascua, empeoró y fué presa de violentas crisis, hasta el punto de que se temió por su vida.

En tal estado, decía cosas ajenas a su modo de pensar y hacía otras como forzada por superior impulso; quedábase desvanecida horas enteras y parecía estar delirando de continuo; visiones terroríficas le arrancaban espantosos gritos; a veces no conocía a su hermana María, que la cuidaba, ni a los demás parientes. El padre, inconmovible como una roca en su fe, mandó celebrar una novena de misas en Nuestra Señora de las Victorias de París. En el decurso de la novena y en un momento de crisis en extremo violenta y fatigosa, las tres hermanas de la enfermita cayeron de hinojos ante una imagen de la Reina del Cielo que adornaba la sala; mientras oraban, vió Teresa cómo la estatua, o, por mejor decir, la Soberana de los Ángeles en persona, le sonreía, se adelantaba radiante hacia ella y la miraba con indecible amor. Ante espectáculo tan maravilloso, prorrumpió en llanto consolador y logró, al fin, distinguir a sus hermanas: la Virgen Santísima acababa de curarla.

Pasados breves días de discretas alegrías y distracciones, convenientes para ayudar al total restablecimiento, y mejor dispuesta que nunca a reanudar su vida de intimidad con Jesús, prosiguió Teresa los estudios, aplicándose con todo esmero bajo la dirección atenta y delicada de su hermana María, a disponer su alma para la primera Comunión. Con tal objeto, la tierna adolescente procuraba que su corazón fuera un vergel adornado con actos de amor y de sacrificio; oculta a veces tras las cortinas, pensaba en Dios, en la brevedad de la vida y en la eternidad que no ha de tener fin.



ESTANDO *con grave y misteriosa enfermedad Santa Teresa del Niño Jesús, ve cómo la Santísima Virgen va hacia ella con gran ternura y mirándola con indecible amor la cura de la enfermedad y la libra de las muchas penas, aflicciones y dolores que desde hace tiempo padecía.*

Bien se adivina el fervor y el cuidado escrupuloso con que haría los ejercicios preparatorios a la primera Comunión.

Llegó, por fin, el 8 de mayo de 1884, en que le cupo la dicha de participar en el divino Banquete. Ella misma nos cuenta lo que fué en ese gran día el primer ósculo que Jesús imprimió en su alma; una verdadera fusión en que Teresa desapareció cual gota de agua en el océano, quedando sólo Jesús como dueño y Rey de su corazón; no le exigió sacrificio alguno, pero Teresa se entregó nuevamente a Él para siempre. Por la tarde de ese día feliz, llevóla su padre al Carmelo para ver a Paulina, que aquella mañana misma se había consagrado, como esposa, a Jesucristo. Teresa la contempló embelesada, envuelta en níveo velo como el suyo y ceñida la cabeza por una corona de rosas. Con ansia verdaderamente inenarrable, esperaba ella poder vivir a su lado.

Un mes después recibió la Confirmación. Muy necesaria le era tal gracia, pues las pruebas de todo género no habían de abandonarla por espacio de varios años en forma, sobre todo, de enojosos escrúpulos. Mucho la afectó también la entrada, en el Carmelo, de María, su hermana mayor (octubre de 1886). En tan dolorosa separación no le faltó la asistencia del Señor, el cual le mostró, al propio tiempo, que sólo a Él hay que aficionarse. Recibida la confirmación, solicitó el ingreso en las Hijas de María. Por Navidad de 1886, obróse en Teresa un cambio sensible; recobró la fortaleza de alma que perdiera con ocasión de la muerte de su madre y triunfó decididamente de sí misma, con lo cual emprendió a pasos agigantados el camino de la perfección.

INGRESA EN EL CARMELO DE LISIEUX

APENAS cumplidos los catorce años, Teresa comunicó a Celina el propósito irrevocable de ingresar en el Carmelo en las Navidades de 1887, día del primer aniversario de su «conversión». El día de Pentecostés comunicó tales proyectos a su padre. Éste acogió la noticia con lágrimas de alegría y de dolor a la vez; sin embargo, vencido por las razones de la niña, dióle al fin su consentimiento. Su tío materno y tutor a la vez, si bien se opuso en un principio a las pretensiones santas de su sobrina, tocado de la gracia, consintió también en ceder al Señor aquella flor privilegiada.

La priora del Carmelo, Madre María Gonzaga, no opuso reparo a la admisión de la postulante, pero el superior eclesiástico de la comunidad no autorizaba el ingreso hasta los veintiún años. Ante semejante contrariedad no se dió por vencida la niña, y acompañada de su padre fuése el 31 de

octubre a pedir audiencia al obispo de Bayeux y de Lisieux. Una vez en su presencia, Teresa solicitó con gran fervor autorización de ingresar a los 15 años en el Carmelo, pero el prelado no juzgó conveniente manifestar su pensamiento en el acto y prometió hacerlo más tarde. Entretanto, acompañado de sus hijas Celina y Teresa —por aquel entonces Leonia intentaba el ingreso en la Orden de las Clarisas, excesivamente rigurosa para su endeble salud—, el señor Martín partió, a principios de noviembre, en peregrinación diocesana por Suiza, Italia y Roma. En la audiencia pontificia del 20 de noviembre, arrodillada la santa niña a los pies del papa León XIII, le dijo: «Santísimo Padre, en honor de vuestro jubileo, permitidme ingresar en el Carmelo a los 15 años». «Hija mía, haz lo que dispongan los Superiores... que, si Dios quiere, ya ingresarás», fué la contestación del Sumo Pontífice.

Ante evasivas como éstas, Teresa se entristecía mucho, pero no perdía la calma y, sumisa y confiada, se remitía a la Divina Providencia. Al regreso de la peregrinación escribió al prelado, el cual, con fecha 28 de diciembre, permitió su ingreso inmediato por carta dirigida a la priora, la cual, sin embargo, juzgó oportuno demorarlo hasta pasada la Cuaresma. Teresa quedó una vez más no poco contrariada. Por fin, el 9 de abril de 1888, día en que se celebraba la fiesta —trasladada— de la Anunciación, el señor Martín acompañó a su «reinecita», la nueva sierva del Señor, a la capilla del Carmelo. Toda la familia comulgó, incluso Leonia, que circunstancialmente se hallaba en casa; terminada la misa, la postulante fuése presurosa a llamar a la puerta del monasterio y abandonó definitivamente el mundo para vivir en adelante consagrada al amor de Jesús.

EN EL HUERTECITO DEL CARMELO

TERESA hallábase al fin en la morada tan apetecida; la vida religiosa resultó ser tal como ella se la había figurado: con más espinas que rosas. La sequedad de alma fué por mucho tiempo su pan cotidiano, pero la certeza que se le dió de no haber cometido jamás pecado mortal, le tornó de nuevo a la paz. La madre priora, que formaba a la postulante en la humildad y desapego de las cosas terrenas, mostrábase a veces indiferente, otras severa y pródiga en reproches. Teresa había venido al convento para salvar almas y, en particular, para rogar por los sacerdotes; y comprendió que Jesús no le otorgaría almas, sino por la cruz. Buscaba en la Sagrada Escritura y en el Evangelio cuanto su alma necesitaba, y allí encontró el caminito llano del propio abandono.

La toma de hábito, a la que asistió su padre, tuvo lugar el 10 de enero

de 1889, y la presidio el prelado. Jesús otorgó a su desposada la alfombra de nieve que tanto había deseado para ese día. Para colmo de ventura, impusiéronle el nombre que en lo secreto de su corazón había elegido: «Teresa del Niño Jesús», al cual le fué dado añadir: «y de la Santa Faz».

Quedaba inaugurado el noviciado. No hablemos de las mortificaciones voluntarias de los sentidos, de las maceraciones y disciplinas, ni mencionemos las luchas que sostenía en su corazón incluso evitando hasta el fin de su vida, cuanto le era posible, la compañía prolongada de sus hermanas: lo más terrible para ella fueron las arideces interiores y tribulaciones frecuentes, para las cuales no hallaba consuelo alguno. Diríase que Jesús dormía. Con todo, Teresa estaba satisfecha, e iba disponiendo su alma con el mayor cuidado para el día de sus místicos esponsales.

Una vez más le aguardaba nuevo contratiempo: la poca edad retrasó sus legítimos y vehementes deseos hasta el 8 de septiembre de 1890, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. En la víspera, movióle el demonio terrible tentación de desaliento, pero lo venció con un acto de humildad. Jesucristo, que no se deja vencer en generosidad, inundó con torrentes de paz el alma de la desposada. En la ceremonia simbólica de la toma del velo, que se celebró el 24 de septiembre siguiente, la ausencia del señor Martín hizo derramar lágrimas de profundo dolor a su hija: había abandonado este valle de lágrimas el 29 de julio de 1891. La larga enfermedad que padeció sirvióle, a no dudarlo, de purgatorio, conforme al deseo de Teresa. Así las cosas, Celina pudo ingresar el 14 de septiembre siguiente en el Carmelo de Lisieux, con el nombre de Sor Genoveva de la Santa Faz. Por su parte, Leonia había de tomar también el velo en la Visitación con el nombre de Francisca Teresa.

Entretanto, Teresa del Niño Jesús, tras haber desempeñado varios oficios, fué elegida, con gran sorpresa de su parte, para el cargo delicado de auxiliar de la maestra de novicias; de hecho, toda la responsabilidad recaía sobre ella. Su enseñanza a las novicias puede compendiarse en estas dos cosas: olvido de sí mismas y caridad, temas que resumen todas sus lecciones.

ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE DE LA SANTA

EN la noche del Jueves al Viernes Santo (2-3 de abril 1896) Teresa arrojó sangre por dos veces. Con ello quería darle a entender el Señor que su entrada en la vida eterna estaba cercana. De allí en adelante, notóse que las fuerzas empezaban a faltarle; y tanto más cuanto que la heroica religiosa se empeñaba en seguir hasta completo agotamiento los ejercicios de comunidad, pues todavía no sospechaba la gravedad de su

estado. Para colmo de males, a los sufrimientos del cuerpo se le agregaron penas morales causadas por repetidos asaltos del demonio, particularmente tentaciones de amor y desconfianza. La enferma lo sufría todo resignada; estaba satisfecha de padecer por su Jesús; de inmolarse por las almas, por los sacerdotes y, aun más, si cabe, por los misioneros. También ella solicitó un día partir para el Extremo Oriente, al remoto Carmelo de Hanoi.

Hacia la primavera de 1897, los síntomas del mal fueron cada vez más alarmantes; el 8 de julio abandonó Teresa su aposento y se dirigió a la enfermería. En los postreros meses de su sacrificio, solía hablar del «caminito llano», del «caminito infantil» de toda buena carmelita. Anunció que, después de la muerte que debía unirla con Dios y dar principio a su felicidad eterna, haría caer sobre la tierra una «lluvia de rosas» y que pasaría la bienaventuranza eterna «haciendo bien a este mundo» (17 de julio).

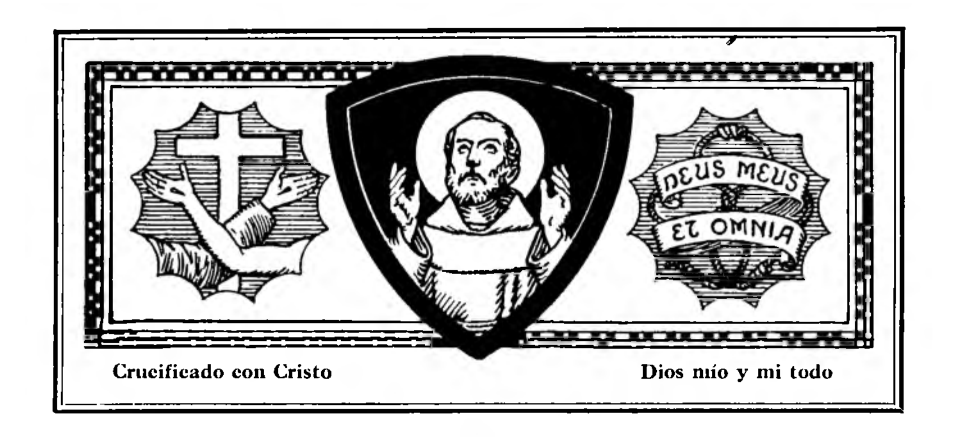
El 30 del mismo mes, recibió la Extremaunción. Desde el 17 de agosto, los frecuentes vómitos la privaron de la dicha de la Sagrada Comunión. Teresa había deseado morir de amor a Jesús crucificado y su deseo fué atendido; el 30 de septiembre, sufrió penosa agonía, exenta de todo consuelo humano y divino: ello era debido al vehemente deseo de salvar almas. En ese mismo día, después del *Angelus* vespertino, dirigió una prolongada mirada a una imagen de María Santísima, y luego al Crucifijo exclamando: «¡Oh cuánto la amo!» «¡Dios mío... os amo!» Fueron sus postreras palabras.

Los funerales constituyeron un triunfo. Según su promesa, no tardó en caer sobre su tumba copiosa lluvia de rosas de milagros y favores, que aceleraron extraordinariamente su causa de beatificación. La canonizó Pío XI en 1925, y en 1927 la proclamó copatrona de las Misiones.

La devoción a Santa Teresa del Niño Jesús hízose rapidísimamente popular, tanto por los extraordinarios y múltiples prodigios obrados en favor de sus admiradores, cuanto por la sencillez y encanto con que la santidad se transparenta en su vida.

SANTORAL

Santos *Cipriano, obispo de Tolón,* y Maximiano, de Bagas, en África; dos Evaldos, presbíteros y mártires; Gerardo, abad; Hesiquio, discípulo y compañero de San Hilarión; Jovino, ermitaño; Teógenes, Víctor, Urbano, Sapergo, Casto, Félix y Rústico, mártires; Cándido, mártir en Roma; Dionisio, Fausto, Cayo, Pedro, Pablo y cuatro compañeros más, mártires, a mediados del siglo III; Fragano, confesor. Beatos *Juan Massías de España, lego dominico;* Utón, abad de Mettern, y Marcos Criado, mártir. Santas **Teresa del Niño Jesús, virgen;** *Romana, virgen y mártir;* Blanca, esposa de San Fragano.



Crucificado con Cristo — Dios mío y mi todo

DÍA 4 DE OCTUBRE

SAN FRANCISCO DE ASIS

FUNDADOR DE LA ORDEN FRANCISCANA (1182-1226)

EL acontecimiento más maravilloso, quizá, de la historia del catolicismo en la Edad Media, es la aparición en el mundo del seráfico Patriarca San Francisco. Nació en Asís, por los años de 1182, y fué hijo de Pedro Bernardone, mercader de tejidos, y de una honrada y devota señora llamada Pica. Creció el niño en medio de gustos y regalos por ser su padre riquísimo. Vestía suntuosamente, tenía dinero para derrochar, y nunca faltaba a las ruidosas fiestas y opíparos convites que solían organizar los hijos de los hacendados y mercaderes de Asís. Lo admirable fué que, a pesar de llevar vida tan dada al mundo, guardó, con el favor de Dios, una conducta siempre digna, sin soltar la rienda a los apetitos sensuales.

Andaba por los veinte años cuando algunos sucesos desgraciados le hicieron entrar dentro de sí, y le movieron a renunciar a sus travesuras de mozo y aun a los negocios de su hacienda. Asís se levantó en armas contra la nobleza, la cual pidió socorro a los de Perusa. Hubo guerra entre ambas ciudades. Asís fué tomada, y Francisco, con algunos caballeros, llevado a Perusa y en ella encarcelado. A poco de esta adversidad sobrevínole grave dolencia que le dió ocasión a mayores reflexiones aún. Salió de la enfermedad dispuesto

a renunciar a los vanos pasatiempos del siglo. Sintió desde entonces en su espíritu como una aspiración indeterminada hacia nuevos y nunca soñados propósitos y, con una visión que tuvo de muchas armas y palacios, se le hizo que tenía vocación militar, y determinó pasar al reino de Nápoles en busca de hazañas y proezas.

La víspera de la salida se encontró con un hombre de noble linaje, pero pobre y desarrapado. Francisco trocó su rico vestido con el del indigente. Aquella noche le pareció dormir en la gloria. La noche siguiente, en Espoleto, oyó una voz que le mandaba volver a su tierra. Volvió a Asís, y otra vez se ocupó en los negocios de su padre y tornó a ser el alma de los frívolos entretenimientos de sus compañeros. Con todo, la dulce voz que le hablaba en Espoleto, llamaba de cuando en cuando a su corazón.

EL PASO DEFINITIVO

UNA tarde de verano del año 1205, el joven mercader ofreció a sus compañeros un espléndido convite; la cuadrilla salió de él alegre en demasía y se dió a cantar por las calles de la ciudad. Francisco, en cambio, llena su alma de celestiales dulzuras, les dejó tomar la delantera y se detuvo. Permaneció inmóvil largo rato, como subyugado por la gracia que iba a mudar de todo en todo su vida.

Pero el velo tendido sobre los futuros destinos del Santo no se corrió todavía. En vano lloraba sus pecados y clamaba al Padre celestial en las iglesias de Asís o en la cueva de Subiaco; fué a Roma a visitar la iglesia de San Pedro. Saliendo de ella tuvo una inspiración: llamó a un mendigo de los muchos que se agolpaban en el pórtico del templo, y le dió sus ricos vestidos; él se vistió de los andrajos del pobre, y se juntó con aquellos desgraciados, en cuya compañía permaneció hasta el anochecer. No cabía en sí de gozo. La pobreza será su amor; en adelante Francisco será el *Poverello,* el pobrecillo.

Vuelto a Asís, repartió a los pobres el dinero que gastaba en fiestas y banquetes. Sus únicos amigos serán ya los hijos de la pobreza.

Cierto día, a la vuelta de un paseo a caballo por el campo, encontró a un leproso que le causó asco y horror. Su primer pensamiento fué dar media vuelta y huir a galope de aquel lugar. Pero oyó una voz en el fondo de su alma; al punto se apeó del caballo, fué al leproso, y al darle limosna besó con devoción y ternura aquello que ya no parecía mano por las repugnantes úlceras que la cubrían.

Al poco tiempo le dió el Señor otra señal de su voluntad. Hallábase el convertido arrodillado ante un hermoso santo Cristo, en una capilla medio arruinada dedicada a San Damián, poco distante de la ciudad. Mientras pedía

a Dios que le descubriese su divina voluntad, oyó una voz que salía del Crucifijo y le decía:

—Ve, Francisco; repara mi casa que se está cayendo.

Inmediatamente, el amigo de los pobres, el servidor de los leprosos quiso ser además reparador de iglesias. Cargó su caballo con buena cantidad de paños, y partió al mercado de Foligno donde lo vendió todo: caballo y mercancías. Ofreció el importe al clérigo que guardaba la iglesia de San Damián, pero éste no quiso tomarlo por temor al padre del Santo. Resuelto Francisco, arrojó el dinero por una ventana de aquella iglesia. Logró, además, que aquel sacerdote le dejara vivir unos días en su compañía.

Enojóse Pedro Bernardone al saber las nuevas aventuras de su hijo y corrió a la iglesia de San Damián para ver de hacerle entrar en razón y llevárselo a casa. Pero Francisco, por temor a su padre, se escondió en una cueva, y en ella se mantuvo algunos días sin atreverse a abandonarla.

TOTAL DESASIMIENTO. — EN LA PORCIÚNCULA

SALIÓ de la cueva corrido de su cobardía y entró en la ciudad. La gente, al verle tan desfigurado y mal vestido, se iba tras él tratándole de loco. De esto cobró su padre mayor saña y, llevándole a casa, le maltrató de palabra y obra. Luego, para desheredar a su hijo, entabló diligencias cuyo desenlace ocurrió en la primavera del año 1207, y constituye un drama bellísimo de la historia cristiana.

Padre e hijo comparecieron ante el obispo de Asís, llamado Guido, el cual hizo que Francisco renunciase a la herencia paterna. No fué menester esperar mucho tiempo la respuesta del Santo. Al punto se desnudó de los vestidos, como llevado de divina inspiración, y los arrojó en montón a los pies de su padre con el dinero que le quedaba, diciendo:

—Hasta aquí te llamé padre en la tierra; de aquí adelante diré con verdad: «Padre nuestro que estás en los cielos».

A poco de esta escena admirable, salió Francisco a la calle. Vestía túnica como de ermitaño atada con cinturón de cuero y calzaba sandalias. Iba cantando bellas tonadas para atraer al público, y luego pedía piedras para restaurar la iglesia de San Damián.

Cuando hubo reparado esta iglesia, el piadoso constructor restauró otras dos: la antigua iglesia benedictina de San Pedro y la capillita de Santa María de los Ángeles o de la Porciúncula. En este santuario recibió clara luz sobre su verdadera vocación. Era el día 24 de febrero, fiesta de San Matías. Francisco asistió a misa y oyó el Evangelio del día que aconseja la práctica de la más rigurosa pobreza. Sin dilación quiso el joven ermitaño de la Por-

ciúncula llevar a la práctica los consejos evangélicos: arrojó lejos de sí las sandalias, el báculo y el cinturón de cuero que trocó por una soga, y así empezó a recorrer las calles y plazas de Asís, para exhortar a todos a penitencia; con estos sermones, se animaron muchos oyentes a mudar de vida.

PRIMEROS DISCÍPULOS. — SUEÑO DE INOCENCIO III

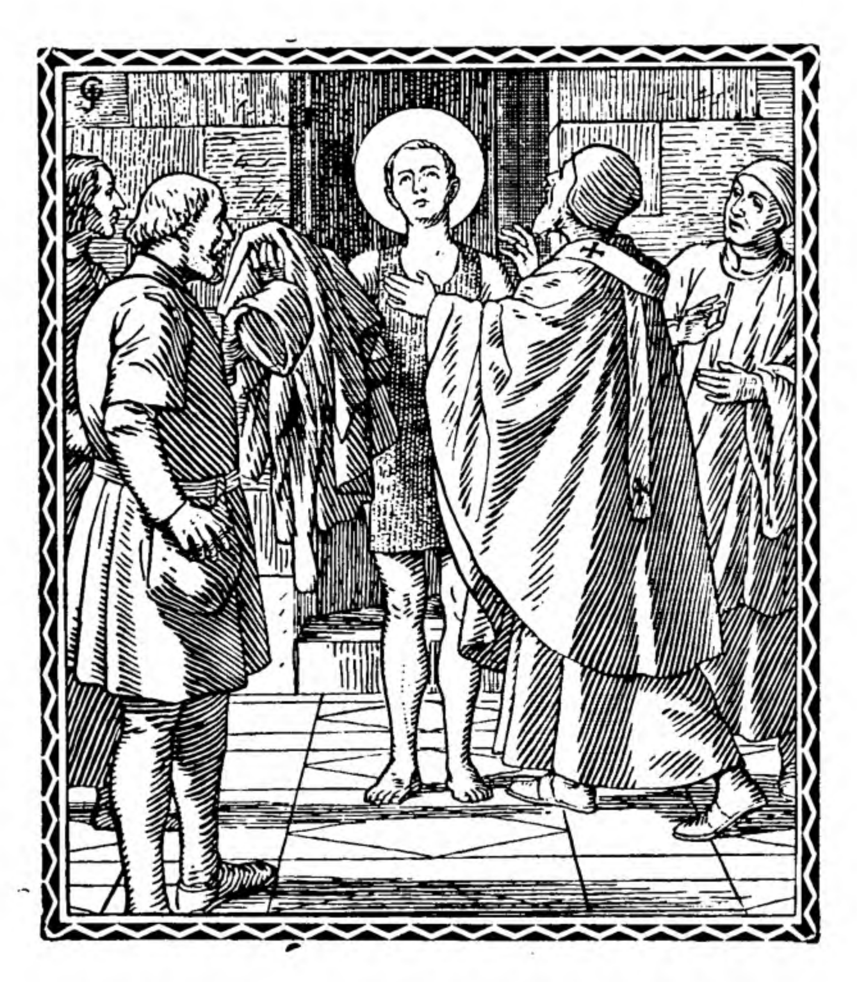
PRONTO se le juntaron algunos discípulos: Bernardo de Quintaval, varón principal y riquísimo; Pedro de Catania, canónigo de Asís; Egidio (fray Gil), hijo de un propietario de la ciudad. No les impuso largas prácticas. Bastábale una prueba: renunciar a todos los bienes e ir a pedir de puerta en puerta.

Acudieron otros compañeros. El Santo empezó a enviarlos a misionar, de dos en dos, por los valles del Apenino y los llanos de Umbría, de las Marcas y de Toscana. Cuando llegaron a doce, ya no cabían en la Porciúncula. Pasaron a vivir a un caserón más amplio, cerca de Rivo Torto. Allí escribió Francisco una regla sencilla y corta, y quiso someterla al Papa. Los frailes partieron para Roma, donde reinaba Inocencio III.

Los cardenales, no accedieron a aprobarla; el Papa, a pesar de su buena voluntad, sólo dió a Francisco esperanza de que algún día sería aprobada. Por entonces, sin duda, tuvo el Pontífice aquella visión que refieren los antiguos biógrafos y que representaron los artistas. Vió en sueños que la basílica de Letrán, madre y cabeza de todas las Iglesias, amenazaba gran ruina y se venía ya al suelo, cuando un pobrecito hombre vestido de tosco sayal, descalzo y ceñido con recia cuerda, puso sus hombros bajo las paredes de la iglesia, y de un vigoroso empujón la levantó y enderezó de tal manera que pareció luego más recta y sólida que nunca.

Otra vez fué el Santo al palacio de Letrán y expuso al Papa su demanda. Con ver Inocencio III la humildad, pureza y fervor de Francisco, y acordándose de la visión, abrazó conmovido al *Poverello,* le bendijo a él y a todos sus frailes, confirmó su regla y les mandó que predicasen penitencia. Antes que dejasen a Roma, recibieron de manos del cardenal Juan Colonna la tonsura con la que ingresaban en la clerecía, y aun San Francisco fué quizá ordenado diácono. Era el verano de 1209.

La comunidad franciscana volvió a Rivo Torto; a los pocos meses pasó a residir cerca de la capilla de la Porciúncula, en un lugar que los Benedictinos de Subiaco cedieron al Santo y que fué la cuna de la Orden. Los frailes vivían en chozas construídas con ramas y lodo; a falta de mesas y sillas, sentábanse en el suelo; por cama tenían sacos llenos de paja. Ocupaban el tiempo en la oración y el trabajo.



DESNÚDASE *San Francisco de todos sus vestidos y se los da a su padre, diciendo: «Hasta aquí te llamé padre en la tierra, de aquí en adelante diré seguramente: Padre nuestro que estás en los cielos, en quien he puesto todo mi tesoro y mi esperanza». Todos derraman lágrimas ante tal fervor.*

El alma y la vida de Francisco, «el Pregonero del gran Rey», fueron las de un intrépido apóstol e insigne misionero de su siglo. No fué sin duda predicador profesional. No tenía los estudios teológicos necesarios para emprender la predicación dogmática, y el Papa sólo le permitió predicar la moral de la penitencia. Pero, ¡con qué maravilloso poder de convicción trató este tema!

Por una sociedad que era un hervidero de codicias y desenfrenados odios, pasaban Francisco y sus frailes con los pies descalzos, la soga en la cintura y los ojos clavados en el cielo, mostrando serenísimo gozo en medio de su absoluta pobreza, amándose con ternura, y predicando la paz y la caridad con la palabra y con el ejemplo.

SANTA CLARA DE ASÍS

AL predicar el amor de Dios en la catedral de Asís, el *Poverello* despertó ansias y resoluciones de darse a la perfección, en el alma de una noble doncella llamada Clara Scifi. Ésta apartó a cuantos jóvenes la solicitaban por su hermosura y riqueza, y, por la poterna por donde sacaban a los muertos, huyó secretamente del palacio de sus padres para entregar a Jesucristo su corazón y juventud. La tarde del domingo de Ramos, 19 de marzo de 1212, en la capilla de la Porciúncula, alumbrada por la movida y fulgurante luz de las hachas de los frailes, Clara se postró ante el altar de la Virgen, dió libelo de repudio al siglo y se consagró al Señor. Tenía diecinueve años.

A los pocos días se le juntó su hermana Ángela. El piadoso retiro de San Damián, adonde envió Francisco a las dos vírgenes, llegó a ser cuna de una Orden admirable de mujeres que al principio se llamó de las *Señoras Pobres*, y que hoy día todos conocen con el nombre de *Clarisas*, derivado del de la fundadora Santa Clara de Asís.

APOSTOLADO MISIONAL. — UNA VISIÓN

NO se habían extinguido en el corazón de Francisco los caballerescos anhelos de conquista. Corría por entonces la era de las Cruzadas. Sus ambiciones apostólicas y el ardiente amor a los prójimos, la empujaban hacia Palestina. En el otoño del año 1212 se embarcó en Ancona con ánimo de predicar a los musulmanes. Una tempestad le arrojó a las costas de Dalmacia, de donde volvió penosamente a Italia. El año 1214, se propuso predicar en Marruecos; pero, hallándose ya en España, le sobrevino gravísima enfermedad que le obligó a volver a Italia. Finalmente, cinco años más

tarde, cuando repartió sus discípulos entre las provincias que quería evangelizar, no se contentó con enviar sus mejores amigos a Mauritania, Túnez, Egipto y Siria, sino que otra vez se embarcó él mismo para Palestina. Intentó convertir al Sultán de Egipto, llamado Melek-el-Kamel, el cual se limitó a recibirle y escucharle muy cordialmente. Con esto se volvió Francisco a Italia, no sin antes visitar los Santos Lugares.

Al llegar a Italia le esperaban no pocas dificultades. Los frailes se habían multiplicado prodigiosamente. Ya por los años de 1215, cuando el Santo fué a Roma con ocasión del IV Concilio de Letrán, sus hijos formaban numeroso ejército. Entonces renovó Inocencio III la aprobación de los «Frailes Menores», como empezaban a llamarlos. En Roma, se encontró con Santo Domingo, fundador de los Frailes Predicadores.

Al año siguiente, contribuyó el cielo con un favor extraordinario a consolidar la obra humildemente comenzada en la Porciúncula. Una noche que Francisco se hallaba orando en la iglesia, apareciósele Cristo nuestro Señor en compañía de la Virgen María, y le inspiró que fuese a ver al papa Honorio III a Perusa, y le pidiese indulgencia plenaria para cuantos, contritos y confesados, visitasen aquella iglesia. No obstante la oposición de los cardenales, el Papa otorgó la indulgencia, aunque sólo para un día del año.

Empero, con esas gracias y favores también sobrevinieron decepciones y tristezas. Hasta entonces, los frailes vivían en chozas de adobes, partían para las misiones o romerías, predicaban penitencia y conversión sin darse a estudios teológicos, se recogían en cuevas para orar y, sólo de tarde en tarde, dependían de un superior, aunque, eso sí, debían observar estricta pobreza.

Para aquellos discípulos del Santo que estaban animados del genuino espíritu del Fundador, esta manera de vida les hacía realmente santos; pero para muchos frailes, no dejaba de tener graves peligros, siendo el mayor el exponerles a vivir como monjes errantes. Era menester introducir un género de vida más estable e imponer los estudios necesarios. Alentólos a ello el cardenal Hugolino, declarado protector de la Orden por el papa Honorio III, y Francisco accedió gustoso a las indicaciones del ilustre cardenal.

ÚLTIMOS AÑOS. — EL BELÉN. — LAS LLAGAS

YA por entonces empezó a sentir el santo Patriarca que tendría presto que renunciar a la predicación. Su acción había levantado radiante despertar de vida cristiana en Italia y en Europa entera. A más de tantos millares de almas fervorosas que habían abrazado la regla de los Frailes Menores o de las Clarisas, otros miles y miles de personas, que no podían dejar el siglo ni emitir votos monásticos, habían entrado en la cofradía

de Penitentes laicos o Tercera Orden, fundada el año de 1221 por Francisco y el cardenal Hugolino.

El santo Fundador tomó morada en las ermitas de los contemplativos, sin por eso desentenderse de los negocios de la Orden, a cuyo gobierno renunció ya en el año de 1219. En el mes de diciembre de 1223, vivió recogido en una ermita del valle de Rieti, y con licencia del Papa, celebró la fiesta de Navidad en una cueva, en la que hizo poner un pesebre, a semejanza del de Belén. Allí hizo decir misa con gran solemnidad de música y luces. Desde entonces fué tradicional en las iglesias franciscanas el representar el nacimiento en las fiestas de Navidad.

En el verano de 1224 dejó Francisco el valle de Rieti, y se recogió en una cueva del monte Alvernia, rodeada de espesos bosques.

Estaba cierto día meditando sobre la Pasión del Salvador, cuando vió que bajaba del cielo y volaba sobre aquellas rocas un ángel resplandeciente con seis alas encendidas; dos se levantaban sobre la cabeza del Crucifijo que aparecía entre ellas, otras dos se extendían como para volar, y las dos restantes cubrían todo el cuerpo del Crucificado. Oyó entonces una voz: decíale que el fuego del amor divino le transformaría en la imagen de Jesús crucificado. Al mismo tiempo, sintió agudísimo dolor en sus miembros; unos clavos negros atravesaban sus manos y pies, y de una llaga abierta en su costado derecho empezó a manar abundante sangre. Llevaba impresas en su carne las llagas de la Pasión.

Pasada la fiesta de San Miguel, se despidió del monte Alvernia; montado en un jumentillo, por no poder ya caminar, se llegó poquito a poco a la Porciúncula; iba sembrando milagros por donde pasaba. Aquí tuvo otra vez recias y dolorosas enfermedades. Consumido por los ayunos y abstinencias, abatido por frecuentes hemorragias, atormentado por una tenaz oftalmía que trajera ya de Egipto y le había dejado casi ciego, consintió le llevasen a una choza construída por Santa Clara en el huertecito de San Damián.

«CANTO DE LAS CRIATURAS». — MUERTE Y TRIUNFO

ALLÍ, en medio de las tinieblas de su ceguera, acostado en pobrísimo camastro y hostigado por sinnúmero de musgaños, compuso aquel divino trovador el *Canto del Sol* o *Canto de las criaturas*. Visitáronle afamados médicos, pero empeoró el mal. Sintiendo que se acercaba el fin, hízose llevar a Asís. Sucedía esto a principios del año 1226. Al avisarle el facultativo que ya le quedaban pocos días de vida. Francisco añadió al *Canto del Sol* una estrofa en la que alaba al Señor «por nuestra hermana la muerte corporal».

A instancias del Santo, los magistrados dieron licencia para llevarle a Nuestra Señora de los Ángeles, donde deseaba morir. Trasportáronle en unas angarillas, desde las que se despidió de Asís y la bendijo entre sollozos.

En la Porciúncula, al sentirse ya morir, como verdadero amador de la pobreza y por ser semejante a Cristo, se desnudó y así se postró en tierra. Su guardián le dió un hábito y el Santo lo recibió como de limosna y prestado. Todos los frailes lloraban. Francisco los exhortó al amor de Dios, de la santa pobreza y paciencia. Cruzados ya los brazos, dijo: «Quedaos, hijos míos, en el temor del Señor, y permaneced en él siempre. Dichosos serán los que perseveren en el bien comenzado. Yo voy aprisa al Señor, a cuya gracia os encomiendo». Con esto aguardó a la «hermana muerte», que vino a 4 de octubre del mismo año 1226.

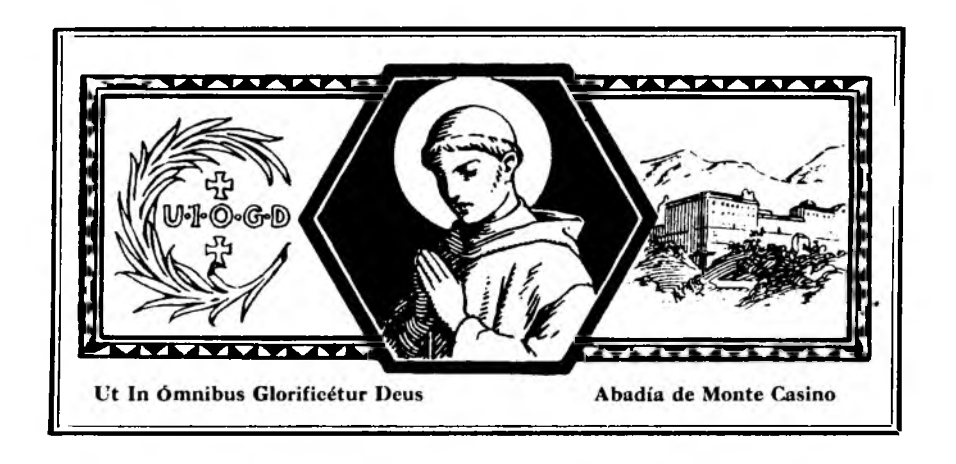
Al día siguiente, ya al clarear el alba, una comitiva a la vez dolorosa y triunfal, subía hacia Asís. Las muchedumbres acudían presurosas para escoltar al sagrado cuerpo del Santo. El séquito se desvió con el fin de pasar por San Damián, para que Santa Clara y sus monjas tocasen y besasen las llagas del seráfico Patriarca. Sus reliquias fueron depositadas en la iglesia de San Jorge.

Tantos y tan estupendos milagros obró el Señor por intercesión del glorioso San Francisco, que ya a los dos años de muerto, el cardenal Hugolino, a la sazón Papa con el nombre de Gregorio IX, fué personalmente a la ciudad de Asís, y con gran solemnidad le canonizó y puso en el catálogo de los Santos.

Dos años después, el de 1230, en el Capítulo general en Asís, trasladaron su sagrado cuerpo con solemnísimas fiestas a la suntuosa iglesia de su nombre, recién edificada para recibirlo.

SANTORAL

Santos **Francisco de Asís, fundador de la Orden de los Hermanos Menores;** *Petronio, obispo de Bolonia;* Magdolveo, obispo de Verdún; Pedro, obispo de Damasco y mártir; Hieroteo, Crispo y Cayo, discípulos de San Pablo; Cayo, Fausto, Eusebio, Queremón, Lucio y compañeros —unos, presbíteros, y otros, diáconos— mártires bajo el emperador Valeriano; Eduíno, rey de Northumberland y mártir; *Amón, solitario;* Aizano, rey de Etiopía; Amfelo, forjador de oficio, confesor; Marcos y Marciano, hermanos, y muchos otros compañeros, mártires; Joviniano, Alejandro, Restituto y Julio, mártires; Libio, protomártir de París. Santas *Aurea, abadesa;* Domnina y sus hijas Berenice y Prosdocia, mártires cuando imperaba Maximiano Galerio; y Calistena, virgen, venerada en Éfeso.



DIA 5 DE OCTUBRE

SAN PLACIDO

ABAD BENEDICTINO, Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES († 541)

EN los padres de Plácido, la nobleza de la sangre, la piedad y la fe se hermanaban a maravilla con la más compasiva caridad para con los desgraciados, a los que miraban como a propios hijos. Su padre, el patricio Tértulo, descendía quizá de la familia de los Anicios y desempeñaba, a principios del siglo IV, el cargo de prefecto de Roma; consta también que su madre era igualmente de noble alcurnia e ilustre prosapia.

No obstante su calidad de Senador romano en un tiempo en que el país estaba sometido al arriano Teodorico, rey de los ostrogodos, Tértulo, que frecuentaba las iglesias y monasterios católicos, quiso que su hijo Plácido fuese instruído y educado en la misma religión.

En aquel entonces afluían al desierto de Subiaco, a unos sesenta kilómetros de Roma, señores de la más alta situación social, ilustres guerreros, personas humildes del pueblo y bárbaros de las más apartadas comarcas, con objeto de aprender a caminar por la senda de la penitencia y de la virtud, guiados por el ilustre San Benito, patriarca de la vida monástica en las regiones de Occidente.

La fama de este siervo de Dios se había esparcido por toda Italia. Ilustres

personajes, ricos y piadosos, llevaban sus hijos al santo ermitaño, para que los formase desde su más tierna edad, según estudiado reglamento de vida cristiana y, para algunos, de vida religiosa. Tal fué el proceder de un patricio romano, amigo de Tértulo, llamado Equicio; había éste encomendado a los cuidados del ilustre monje a su hijo Mauro.

EN LA ESCUELA DE SAN BENITO

CUANDO Plácido hubo cumplido los siete años de edad, en 522, lo llevó su padre a Subiaco; postróse respetuosamente a los pies de San Benito y le suplicó que se dignase contar a aquel su hijo en el número de sus discípulos. Accedió gustoso el siervo de Dios a tal deseo, y el niño puso todo su empeño en seguir los actos de comunidad en la medida que sus fuerzas podían permitírselo; causaba la admiración de los religiosos más antiguos, en particular por su fervor y obediencia. San Benito, que le apreciaba y profesaba tierno y religioso cariño, le tomó por compañero en circunstancias memorables.

SALVADO MILAGROSAMENTE

A cincuenta millas al suroeste de Roma, en el macizo de montañas donde el Anio atraviesa el desfiladero profundo que separa la Sabinia del país en otro tiempo habitado por los ecuos y hernicos, el viajero que camina aguas arriba, llega a una especie de cuenca entre dos enormes paredes roqueñas, de donde un raudal de agua fresca y cristalina se precipita, de cascada en cascada, hasta el lugar llamado Subiaco.

Este paraje grandioso y encantador llamó ya poderosamente la atención de Nerón, el cual ordenó la construcción de diques para retener las aguas del Anio y, al pie de aquellos lagos artificiales, mandó edificar baños y una villa deliciosa, que recibió por esta razón el nombre de *Sublaqueum* —hoy Subiaco— y de la cual todavía subsisten informes ruinas. El emperador residió en ella algunas veces... En este mismo lugar, cuatro siglos más tarde, cuando la soledad y el silencio habían ya reemplazado desde hacía mucho a las orgías imperiales, halló San Benito un refugio y la deseada soledad.

La celda de Plácido, que a la sazón contaba 15 años de edad, estaba situada encima del lago. Cierto día que el joven había ido a sacar agua, se cayó con el peso de la herrada, y la rápida corriente le alejó pronto de la orilla. Estaba San Benito en su celda y supo por revelación divina el inminente peligro en que Plácido se hallaba.

Bossuet, en su panegírico de San Benito, dice a este propósito:

«San Benito llama a su fiel discípulo Mauro y le manda que prontamente acuda a socorrer al niño Plácido. Dócil a la palabra de su maestro, llega Mauro al lago y, lleno de confianza en la orden recibida, camina intrépidamente por las aguas con tanta seguridad como si sobre la tierra firme caminara, y retira a Plácido del abismo que estaba a punto de tragarle. ¿Cuál fué la causa de tan estupendo milagro? ¿El poder de la obediencia o la fuerza del mandamiento? Importante cuestión para San Benito y San Mauro —dice el papa San Gregorio a quien debemos este relato—; pero añadamos, para decidirla, que la obediencia lleva consigo gracia para que el mandamiento surta su efecto, y que el mandamiento presta eficacia a la obediencia. Siempre que caminéis sobre las olas, por obediencia, hallaréis la estabilidad en medio de la inconstancia de las cosas humanas. Las olas no podrán derribaros, ni los abismos sumergiros; permaneceréis inmutables y saldréis victoriosos de todas las mudanzas temporales.»

Efectivamente, sabemos por el relato de San Gregorio que el humilde San Mauro atribuyó ese portentoso milagro a su director San Benito, pero éste, a su vez, no vió en él sino un efecto de la obediencia de su discípulo.

Plácido, empero —protagonista de este episodio—, refirió que, estando a punto de ahogarse, el santo abad le había tenido de la mano para que no se hundiese en el agua. Su testimonio prueba, pues, que San Mauro fué el instrumento de que se sirvió San Benito para obrar el milagro.

La laguna de Subiaco desapareció mucho tiempo ha, pues los diques cedieron bajo la presión del torrente; mas en el lugar que fué testigo del prodigio, existe una capilla bajo la advocación de San Plácido.

EL MONTE CASINO

NO tardó San Benito en sufrir persecución por parte de un clérigo envidioso y otras personas que, no pudiendo nada contra él, resolvieron armar asechanzas peligrosísimas para la virtud de sus jóvenes discípulos. En vista de ello y mirando, ante todo, por la inocencia de sus hijos espirituales, decidió el santo solitario abandonar aquellos lugares; acompañáronle Plácido, Mauro y los demás religiosos jóvenes.

Detuviéronse en un paraje completamente distinto del de Subiaco, pero donde el alma se siente dominada por la grandeza y majestad de la naturaleza. Allí, en los confines del Samnio y la Campania, en el centro de una anchurosa hondonada rodeada, en parte, por escarpadas y pintorescas alturas, se yergue una montaña aislada y abrupta, cuya extensa y redondeada cima señorea a la vez el curso del Liris, la llanura ondulada que se extiende al

mediodía hacia las costas del Mediterráneo, y los estrechos valles que se internan por los otros tres lados en los repliegues del horizonte montañoso: es el monte Casino... En el centro de aquella naturaleza majestuosa y solemne, en aquella cima predestinada, el patriarca de los monjes de Occidente fundó la capital de la Orden monástica.

VISITA DE TÉRTULO

EL monte Casino, nueva morada de los monjes, pertenecía a Tértulo, padre de nuestro Santo. No cupo en sí de gozo el patricio al saber que San Benito y los monjes se establecían en sus tierras. Pidió al santo patriarca, por mediación de su hijo, la autorización de hacerle una visita en la nueva fundación y, habiéndola obtenido, salió en compañía de Equicio y otros amigos.

Plácido salió con San Benito y San Mauro al encuentro de los ilustres viajeros, que dieron a los cenobitas pruebas manifiestas de estima y respeto. Los distinguidos huéspedes permanecieron algunos días en su compañía, y, con esta ocasión, Tértulo hizo donación al monasterio de las propiedades considerables que poseía en aquella región; luego, a petición de su hijo, añadió cuantiosas posesiones que tenía en Sicilia, con sus fincas, dependencias y personal encargado de su cultivo y administración.

Después de haber llevado a cabo tan hermosas obras de caridad, los generosos bienhechores regresaron a Roma; Plácido, por su parte, reanudó con más ardor y entusiasmo los estudios y ejercicios de regla.

LOS MILAGROS DE CAPUA

HABÍAN transcurrido algunos años, cuando llegó al monte Casino la noticia de que gente ambiciosa asolaba las posesiones que Tértulo les había legado en Sicilia y cuyas rentas empleaban los monjes benedictinos para nuevas fundaciones de monasterios y para desarrollo de la Orden.

Juzgó San Benito que Plácido, hijo del donante, era el más indicado para girar una visita a los colonos, por lo cual le encomendó la misión de ir a hacer respetar sus derechos.

Partió el Santo acompañado de dos religiosos. Dirigióse primero a Capua, donde recibió la benévola hospitalidad del obispo San Germán; durante este viaje, según refieren los historiadores, Dios se dignó ensalzar a su humilde siervo y manifestar su santidad por medio de portentosos milagros.



SAN *Plácido va a llenar el cántaro de agua, y como pesa mucho, no puede sacarlo y cae dentro del lago. San Benito ordena entonces a San Mauro que vaya a sacar al joven, obediente y confiado, va por encima de las aguas y sin dificultad saca a nuestro Santo de la corriente que ya se le lleva.*

El canciller de la mencionada Iglesia padecía, hacía mucho tiempo, fuertes dolores de cabeza. Habiendo sabido que Plácido se hallaba en la ciudad, fué a verlo y se arrojó a sus pies, diciendo:

—Te conjuro, ¡oh Plácido!, siervo de Dios omnipotente, por el nombre reverenciado de tu piadosísimo maestro Benito, que te dignes colocar tus manos sobre mi cabeza, y pedir por mí al Redentor y Salvador del mundo, pues creo firmemente que al punto recobraré la salud.

Atemorizado Plácido al oír tales palabras, quiso disuadir al canciller, asegurándole que sólo era un pecador que tenía necesidad de las oraciones de los demás; no obstante, el enfermo persistió en sus ruegos, y habiendo Plácido invocado el nombre de Nuestro Señor, le curó de su enfermedad.

La noticia de este milagro llegó a oídos de un ciego de nacimiento que pedía limosna por las calles de Capua; suplicó que le llevasen al lado del Santo, quien, al ver a este desgraciado, vertió abundantes lágrimas, y mientras invocaba el nombre del Divino Salvador, trazó la señal de la cruz sobre los apagados ojos del pobre infeliz que, al punto, abrió los ojos a la luz.

Por todas partes iba nuestro Santo obrando estupendos milagros; pero, por humildad, atribuíalos todos a su santo patriarca.

EL RELIGIOSO PERFECTO EN SICILIA

LOS tres monjes siguieron caminando hacia el estrecho y, habiéndole atravesado, desembarcaron en Mesina. Un noble señor del lugar recibió con las mayores muestras de respeto al hijo de su antiguo amigo; encargó a su propio hijo que juntase en Mesina a los colonos e intendentes de las posesiones de Tértulo. Por más instancias que le hizo aquel caballero para que se detuviese algunos días en su casa, no lo pudo conseguir; pues era máxima de nuestro Santo que los monjes nunca debían detenerse en casa de seglares.

Al día siguiente fué Plácido en busca de un lugar favorable para la construcción de un monasterio; él mismo señaló el cerco de la capilla, mandó llamar al intendente del puesto de Mesina, y le ordenó que emplease para este objeto el dinero que había recibido por la administración de los bienes de su padre. Reuniéronse numerosos obreros, bendijo el Santo los fundamentos de la iglesia que dedicó a San Juan Bautista, y el resto del tiempo lo empleó en el cumplimiento de los deberes de su misión. A todos los que se habían establecido en las posesiones de Tértulo o que las trabajaban, les impuso por única obligación el proveer a las necesidades del monasterio.

Mostróse Plácido en Sicilia perfecto discípulo de San Benito e implantó profundamente su espíritu y su regla en el monasterio por él fundado. Su

única aspiración era el desasimiento de los bienes terrenales, y el tema habitual de meditación o predicación, el consejo del santo Evangelio, que dice: «El que no renunciare a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo». Pero no perdía ocasión de recordar a los ricos el precepto de Nuestro Señor Jesucristo referente a la limosna: «El que tiene dos túnicas, dé una al que no tiene ninguna.»

Apenas contaba veinte años de edad y, no obstante su poca salud y delicada complexión, trabajaba sin descanso; cuando el exceso de cansancio le obligaba a tomar un poco de solaz, entregábase al sueño sobre una silla muy dura y sin respaldo. Su ropa interior consistía en un cilicio; nunca probaba el vino; más aún, en las cuaresmas no se contentaba con los ayunos y abstinencias de la Iglesia, y pasaba varios días sin comer ni beber.

Hombre tan áspero consigo mismo, fué siempre blando con los demás. Auxiliaba presuroso y solícito a todos los que solicitaban ayuda o cuidado, y lo hacía con tanta amabilidad y dulzura, que uno no sabía qué agradecer más, si el servicio prestado o la gracia encantadora con que lo prestaba.

Una de las cosas que más admiraban en él, era la exquisita prudencia, impropia de sus pocos años, con que regía a varones entrados en la madurez de la vida, y de distintos caracteres y temperamentos; pues, según regla muy extendida y en general bien fundada, el don de gobierno se adquiere con la experiencia que da la edad y el conocimiento del corazón humano que sólo se logra estudiando las pasiones y flaquezas del hombre.

REUNIÓN DE LA FAMILIA

CUATRO años había durado la construcción de la iglesia y del monasterio. El obispo de Mesina hizo la solemne dedicación. Numerosos jóvenes de las más ilustres familias del país, ganados por el celo y santidad de Plácido, alistáronse entre sus discípulos y se congregaron y consagraron al servicio de la Iglesia de Dios.

Por entonces, dos hermanos suyos menores, Eutiquio y Victorino, que nunca le habían visto, y su hermana Flavia, hicieron el viaje desde Roma a Sicilia para visitarle y aprovecharse del ejemplo de sus eminentes virtudes. Es también probable que fueran atraídos por la fiesta de la Dedicación, que en aquel tiempo era la principal solemnidad litúrgica, así como para tratar de muchos intereses materiales que su familia poseía en la isla. Puede uno imaginarse el gozo que sintió el corazón del joven Plácido al abrazar y conversar con sus hermanos. Parece ser que sostuvo siempre relaciones no interrumpidas con su familia, como lo demuestra las visitas de su padre a Subiaco y al monte Casino.

INVASIÓN DE LOS SARRACENOS

ALGÚN tiempo después tuvo lugar una invasión de enemigos, no bien estudiada por los biógrafos posteriores a nuestro Santo, pero que tiene cabida y puede situarse en la Historia Universal. Los berberiscos o sarracenos del norte de África mostráronse siempre astutos piratas, cualquiera que fuese el gobierno que mandaba en su país. Durante largo tiempo, los pescadores de la isla Djerba, en Tunicia, ejercían igualmente tan lucrativa profesión, al igual que los rifeños de Marruecos, piratas en el siglo XIX. No es de extrañar, pues, que, por los años de 540, una poderosa escuadra de estas malas gentes llevase a cabo en Sicilia una operación de este género; sabemos, por otra parte, que, precisamente en aquel entonces, los sarracenos de África se hallaban en guerra con el emperador Justiniano, el cual intentaba, por mar y por tierra, restablecer su autoridal sobre las provincias que había perdido en África y en el sur de Italia.

Nos han parecido necesarias estas explicaciones para entender que semejante expedición cabe dentro de lo posible cuando todas las costas del Mediterráneo dependían de gobiernos cristianos, cuando en las Galias dominaban los francos, los visigodos en España, en la mayor parte de Italia los ostrogodos, y los griegos de Constantinopla en el resto de la península itálica y en el norte de África.

Decíamos, pues, que, por los años de 540, una importante escuadra, propiedad del moro Abdalá y dirigida por su lugarteniente Manuca, desembarcó, por sorpresa, en el puerto de Mesina.

Los piratas se internaron luego en las tierras y se echaron sobre el monasterio durante la noche, cuando los monjes iban a cantar Maitines.

EL MARTIRIO

LOS religiosos fueron apresados y, cargados de cadenas, presentados ante el jefe de la expedición.

Plácido caminaba el primero, acompañado de sus dos hermanos y de su hermana; seguíanle dos diáconos, y luego treinta monjes benedictinos; en total treinta y seis personas.

Con gente tan brutal, el interrogatorio no podía durar mucho tiempo; con todo aprovechóse Plácido para hacer la apología de la religión cristiana, lo cual le valió a él y a todos sus compañeros una cruel flagelación.

Como todas las proposiciones de apostasía fuesen contestadas con el

mismo desprecio, y no hubiese llegado para ellos la hora del martirio, los confesores de la fe fueron encerrados en lóbrego calabozo donde sufrieron privaciones sin cuento. Habíanse propuesto llevarlos al África, mas se lo impidió el estado borrascoso del mar; permanecieron, pues, en la cárcel durante ocho días, sufriendo el hambre y continuos malos tratos.

Otro día, colgados por los pies, fueron cruelmente azotados, encima de una hoguera que despedía humo fétido y espeso; una vez más la muerte respetó a los valientes atletas de Cristo.

Como las amenazas, promesas y halagos resultaran inútiles para vencer su constancia y separarlos del amor de Jesucristo, fueron por dos veces nuevamente azotados. Exánimes los dejaron en la plaza, volvieron luego a ellos y los llevaron otra vez a la cárcel. Ordenó entonces el terrible corsario que cortasen a Plácido los labios y con duro guijarro le hiciesen pedazos las mandíbulas, y arrancasen la lengua hasta la misma raíz; pero, con asombroso prodigio, el caudillo de los mártires prosiguió hablando con voz más clara y más sonora que nunca. Finalmente, después de haber pasado a la intemperie toda la noche con pesos enormes sobre las piernas, mandó el corsario que a todos les cortasen la cabeza.

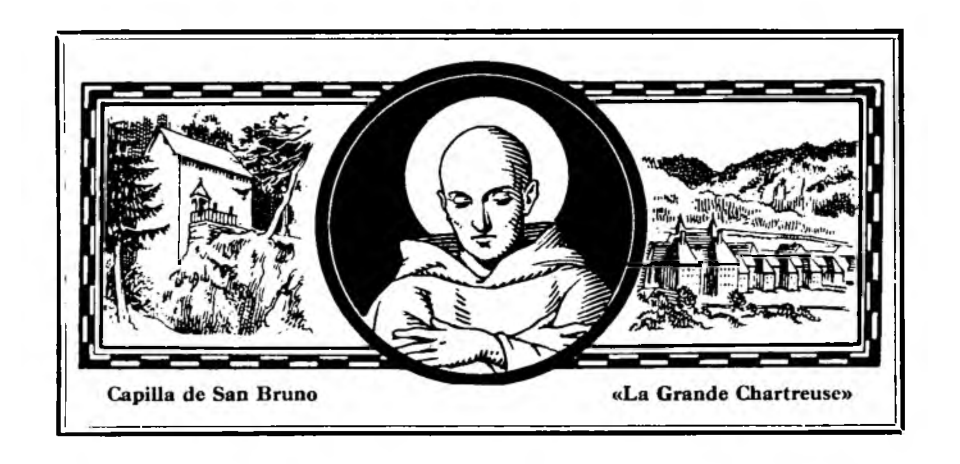
Fueron conducidos a la orilla del mar, sitio señalado para la ejecución del suplicio. Luego que llegaron a él, se hincaron de rodillas y ofrecieron a Dios el sacrificio de sus vidas. El martirio de estos confesores de la fe aconteció el 5 de octubre por los años de 539 ó 541.

Plácido tendría entonces veinticinco o veintiséis años. Después de la partida de los bárbaros, los cristianos dieron a los mártires honrosa sepultura y, a poco, les tributaban culto religioso. Desde Sixto V el breviario romano celebra su fiesta el 5 de octubre.

Las preciosas reliquias fueron halladas en 1586, durante el pontificado de Sixto V. En la gran familia benedictina, San Plácido lleva el glorioso título de protomártir de la Orden.

SANTORAL

Santos **Plácido y compañeros, mártires;** *Froilán, obispo de León; Atilano, obispo de Zamora;* Apolinar, obispo de Valencia, en Francia; Jerónimo, obispo de Nevers, Tráseas, obispo de Eumenia y mártir en Esmirna; Marcelino, obispo de Ravena; Aimardo, abad de Cluny; Simón, monje; Meinulfo, diácono; Firmato, diácono; Palmacio y compañeros, mártires en Tréveris, en tiempos de Diocleciano. Beato Juan de Penna, franciscano. Santas Caritina, virgen y mártir; Flaviana, virgen, hermana del diácono San Firmato *Gala, viuda romana;* Mamelta, mártir en Persia, y Tula, virgen.


Capilla de San Bruno «La Grande Chartreuse»

DIA 6 DE OCTUBRE

SAN BRUNO

FUNDADOR DE LA ORDEN DE LOS CARTUJOS (1035-1101)

LAS obras de beneficencia y apostolado han recibido tal empuje en nuestro siglo, y necesitan de tantos y tan robustos operarios, que, a las veces, aun personas católicas parecen lamentar que no pocas almas virtuosas consagren su briosa juventud a la observancia de reglas monásticas, y consuman su vigor dándose a la oración y a la penitencia.

¿A quién aprovecha ese total desasimiento? —pregúntanse las gentes—. ¿No sería mejor, tal vez, permanecer en la llanura y pelear con denuedo, que escalar la altura y en ella vivir sosegadamente sin participar en las luchas del siglo? Fácilmente reconoce el mundo ser de provecho el ministerio del apostolado, la llamada vida activa; pero mira poco menos que como un escándalo la vida del claustro o contemplativa. La razón de tal vida es, no obstante, fácil de entender.

Así como algunas inteligencias se sienten arrastradas por las especulaciones artísticas o filosóficas, y pasan la vida recogidas en su estudio, así hay almas sublimes que ya desde este bajo suelo se dejan guiar por el atractivo de las verdades y esplendores divinos. Son filósofos o artistas del mundo sobrenatural que saben renunciar al apostolado y prefieren refugiarse

en la sombra del claustro para vivir solos y entregados al trabajo ideal de su perfección. Eso es vida contemplativa.

Sería desconocer de todo en todo su valor, tacharla de estéril o egoísta en sus fines. ¿Diremos acaso que los filósofos y artistas son seres pasivos por no dedicarse con preferencia a labores manuales? ¿Tendremos por inútiles sus trabajos porque no producen para la sociedad ni alimento, ni vestido, ni comodidades?

No sólo de pan vive el hombre; los bienes materiales que se hallan como en las raíces de la vida, no deben ahogar las superiores aspiraciones dominándole totalmente. La verdadera vida humana florece muy por encima de estos bienes vulgares y terrenos, en atmósfera inmaterial, como la flor que, arraigada en el suelo, florece más en alto, a la luz del sol. Ley de esta vida superior es conocer y amar a las criaturas, y, por ellas, levantarse al conocimiento y amor del Creador, para glorificarle primero a Él, y, con Él, a todos los seres por Él tan admirablemente formados. Esa es la más noble actividad humana, y de ella son los insignes contemplativos campeones invencibles.

Pero la naturaleza visible no nos llevará al amor divino si no contribuímos nosotros mismos con renunciamientos libertadores; porque, desde la culpa original, nos seducen las criaturas desordenadamente y, aun descubriéndonos al Creador, pueden arrancarnos su divino amor del corazón. De ahí esta lucha continua entre el hombre y su desordenada naturaleza. Y, si vencerse a sí mismo, es el triunfo más glorioso, campos del honor son los claustros, donde los triunfos constituyen el pan de cada día.

Finalmente, los contemplativos oran y merecen por los demás. Pagan nuestras deudas y atraen sobre nosotros las misericordias y gracias divinas. Como Cristo que murió en el Calvario, después de predicar tres años, mejor salvan ellos al mundo inmolándose por él, que predicándole la salvación. No es, pues, inutilidad y estancamiento la vida contemplativa; antes, puede trocarse en vida pujante y activísima y en el más fecundo apostolado.

PRIMERA ÉPOCA DE SU VIDA

FUÉ Bruno natural de la ciudad de Colonia, donde nació por los años de 1035 de padres ricos y nobles. Mostró desde niño inclinación a la virtud y letras; para que las aprendiese mejor, enviáronle sus padres a la Universidad de París, que a la sazón florecía en todas las ciencias. Allí se dió Bruno al estudio de la Filosofía y sagrada Teología con sumo cuidado y diligencia, y aventajó muchísimo a todos sus compañeros.

Ordenóse de sacerdote en la misma Colonia por los años de 1056. Cuatro

después, como era maestro tan excelente y varón tan docto y afamado, nombráronle maestrescuela —director de estudios o inspector— de la ciudad de Reims, en cuyo cargo desempeñó papel brillantísimo. Entre los oyentes que asistían a su cátedra de Teología, se hallaba el futuro Papa de las Cruzadas, el bienaventurado Urbano II. Cerca de treinta años más tarde, repercutieron felizmente en Roma esas relaciones.

El año de 1075, Manasés, arzobispo de Reims, le nombró su canciller. Bruno participó con ardor en las luchas a que dió lugar la gran reforma emprendida por el papa San Gregorio VII. La cristiandad entera le conoció entonces con el nombre de *Bruno Gállicus.* Era inclemente con los abusos, y denunció por simoníaco al mismo Manases, de quien era canciller. Esto le valió persecuciones y la pérdida de su cargo y beneficio.

Ya entonces concibió Bruno deseos de vida más perfecta. En Reims determinó abrazar la vida monástica con algunos amigos suyos. En el huertecito de la «casa de Adán», hablaban entre sí de lo caducos que son los bienes y placeres de la tierra comparados con los del cielo, que son eternos. Con esta consideración fueron poco a poco desasiéndose del siglo. Otro motivo añade la tradición popular, y es el suceso maravilloso inmortalizado por el pincel de Le Sueur y que traemos aquí sin atribuirle valor histórico.

Entre los insignes doctores que profesaban en la Universidad de París, adonde volvió Bruno el año de 1081, había uno muy amigo suyo llamado Raimundo Diocrés. Era un canónigo de París tenido en grande opinión de letras y virtuosa vida, el cual vino a morir el año 1082. Llevándole a enterrar, acompañaron su cuerpo todos los miembros de la Universidad y mucha gente principal. Dícese que estando todos en la iglesia durante el canto del Oficio de difuntos, como se acostumbra, al tiempo que uno de los clérigos cantaba aquella lección de Job que comienza: «*Respónde mihi, quantas hábeo iniquitátes?* Respóndeme: ¿cuántas son mis maldades», el cuerpo del difunto, que estaba en las andas en medio de la iglesia, levantó la cabeza, y con voz espantosa dijo: «*Por justo juicio de Dios soy acusado*». Y reclinó su cabeza en las andas, como antes estaba.

Asombráronse los circunstantes con un suceso tan nuevo y extraño, y determinaron no enterrarle hasta el día siguiente. Con la noticia de semejante acontecimiento, concurrió a la iglesia mucha más gente que la víspera. Volvieron al canto del Oficio, y en la misma lección que el primer día y de la misma manera, se levantó el difunto y dijo con voz más terrible: «*Por justo juicio de Dios soy juzgado*», y luego se sosegó y se puso como antes.

La turbación de los presentes fué mayor que la del día anterior. Convinieron dejar el entierro para el siguiente día, en el cual, en el mismo punto del oficio se levantó la tercera vez, y con voz más espantosa y tremenda dijo: «*Por justo juicio de Dios soy condenado*».

Sea lo que fuere de este suceso, del que la Historia no quiere responder, y que fué escrito ciento cincuenta años después de la muerte del Santo, Bruno resolvió dar de mano a las cosas del siglo para entregarse a Dios. En adelante viviría sólo para su alma, lejos del trato de los hombres.

CAMINO DE LA CARTUJA

LLAMÓ a seis de los más amigos y familiares discípulos suyos, todos ellos fervorosos cristianos: Landuino, que después de Bruno fué el primer prior de la Cartuja, dos canónigos llamados Esteban, un sacerdote, Hugón, y dos legos, Andrés y Guarino. Todos ellos se ofrecieron a seguirle, vendieron sus haciendas, dieron el precio de ellas a los pobres, se despidieron de sus parientes, conocidos y amigos y fueron a vivir al principio con la comunidad benedictina de Molesmes de Champaña, fundada por San Roberto el año de 1083. Permanecieron otra temporada en Fuente Seca, cerca de Bar de Sena, y de allí partieron hacia los Alpes.

El Señor dignóse revelar a San Hugo, obispo a la sazón de Grenoble, la llegada de los siete compañeros.

El mes de junio de 1084, tuvo el santo obispo, estando durmiendo, una visión admirable con que el Señor le despertó y le significó lo que había de ser. Parecióle ver cómo el Señor edificaba una casa para su morada en un yermo que se llamaba la Cartuja, sito en aquel obispado. Vió luego que siete estrellas resplandecientes caían a sus pies. Eran en color y claridad diferentes de las del cielo. Levantáronse del suelo algún tanto y, formando a manera de corona, iban delante de él, guiándole por entre los montes, hasta un lugar desierto y silvestre, que era aquel mismo en medio del cual estaba el Señor edificándose un templo. Esta visión la trae Guignes I, amigo y confidente de Bruno, y, para recordarla, puso la Orden de los Cartujos siete estrellas en su escudo de armas.

San Hugo quedó suspenso y perplejo con esta visión, por no saber lo que significaba, hasta que el día siguiente llegaron sudorosos los siete peregrinos y, postrados a sus pies, le declararon la causa de su venida y sus piadosos intentos, suplicándole humildemente que les ayudase para llevarlos adelante. El santo obispo reconoció en Bruno al que había sido su eminente maestro en Reims. Viéndolos tan encendidos en el amor de Dios y tan deseosos de servirle, entendió que serían en su diócesis astros resplandecientes en ciencia y virtudes; acogiólos con singular gozo de su alma, alentólos y confirmólos en sus buenos propósitos, y dióles hospitalidad.

En la capilla de San Miguel de la catedral de Grenoble recibieron Bruno y sus compañeros, de mano de San Hugo, la túnica de lana blanca. Guiados



ESTANDO *de caza el conde Rogerio por un lugar desierto y apartado, descubre a San Bruno puesto de rodillas en oración, y, enterado de quién era y cómo vivía, se le aficionó, le proveyó a él y sus compañeros de las cosas necesarias y gustó en adelante de oír sus consejos y encomendarse en sus oraciones.*

por el obispo, emprendieron el camino de la Cartuja. A la entrada de aquella soledad había un puente tendido sobre el río Guiers. San Hugo edificó una casita en aquel puente, y puso en ella un guarda que prohibía o permitía el paso. Con todo, los monjes tuvieron que hospedarse unos días en la aldea de San Pedro, poco distante de la Cartuja; Bruno se hospedó en casa de la familia Brun, que todavía subsiste. Los señores de la comarca, edificados con la fama de santidad de los recién llegados, cedieron al «Maestro Bruno y frailes que le acompañaban» todos sus derechos sobre aquel yermo.

Sin pérdida de tiempo pusieron manos a la obra. Pronto estuvieron edificadas las celdas. Eran semejantes a las chozas que se ven hoy día en los Alpes; edificios sencillos, sólidos, compuestos de un fuerte armazón de tablas ensambladas, revestidas de otras más gruesas.

Cerca de las celdas, sobre una roca, edificaron un oratorio de piedra, tan sólidamente construído que aún quedan en pie lienzos de sus muros.

Poco más arriba de la capilla hay un roca apartada, en la que grabaron una cruz. Allí gustaba Bruno de ir a practicar sus extraordinarias austeridades.

Mientras los monjes se establecían en sus celdas, el obispo de Grenoble edificó un verdadero monasterio de madera, del que sólo quedan ruinas. Únicamente el oratorio de San Bruno y la capilla actual de Santa María de Casálibus señalan el sitio donde estaba edificada esta primera Cartuja que desapareció arrastrada en parte por un alud, el año de 1132, y fué después varias veces incendiada. «Cada celda se componía de tres partes: un cuartito de trabajo que era también cocina, un dormitorio con oratorio, y un taller». La celda del cartujo es, aun hoy día, conforme en todo a ese plan primitivo del santo Fundador; permite al religioso vivir solo como un ermitaño la mayor parte del día, sin por eso quitarle las garantías materiales y espirituales de la vida común.

Así comenzó la sagrada Orden de la Cartuja. Los monjes vivían en ella más como ángeles que como hombres, en silencio, oración y contemplación y, sobre todo, en grandísima pureza de corazón y santidad de vida. A ratos se ocupaban en alguna obra manual, y especialmente en escribir y copiar libros provechosos. Andaban vestidos de cilicio y hábito de lana burda. Comían una sola vez al día, y determinaron jamás comer carne, aun en tiempo de enfermedad, juntando así a la oración rigurosa penitencia. Con las mortificaciones y oraciones alternaban, como se dijo, trabajos intelectuales y manuales para diversión y solaz del espíritu, pues dice el reglamento de los novicios que «el espíritu del hombre, semejante a un arco, ha de estar tirante con discreción, para que cumpla su oficio y no afloje».

San Bruno resplandecía entre todos con tan grande santidad, modestia y prudencia, que el obispo San Hugo tomaba su consejo en todos los nego-

cios, y aun muchas veces se iba a vivir entre los monjes para gozar de su conversación. Dícese que San Bruno le mandaba que se volviese a su iglesia: «Id a vuestras ovejas —le decía— y cuidadlas, pues que sois su pastor.» El santo obispo obedecía a su antiguo maestro como si fuera su abad. Tomaba su báculo y se iba; Bruno le solía acompañar hasta la salida del yermo, y allí se despedían. Una ermita llamada «capilla de San Hugo», señala todavía el lugar donde solían despedirse los dos Santos.

EN ROMA

VIVÍAN aquellos santos monjes entregados a la oración y penitencia en su apacible retiro. En el mes de marzo del año 1090, un mensajero del papa Urbano II se apeó en la puerta de la Cartuja. Traía orden formal de hacer que fuese Bruno a Roma para ser consejero del Pontífice. Bruno, muy afligido, se despidió de los monjes y dejóles por prior a Landuino. Al llegar a Grenoble supo que empezaba a cumplirse lo que ya se temía: los hijos, no hallándose sin su amado padre, le seguían camino de Roma.

Algunos de ellos le acompañaron hasta Italia, y todos los demás se le juntaron a poco de llegar a Roma. Urbano II los recibió con extraordinarias muestras de benignidad y benevolencia, y les cedió para alojarse las Termas de Diocleciano, donde, más adelante, edificó Pío IV la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles y una Cartuja transformada hoy día en museo.

El enjambre de monjes no se aclimató en Roma. San Bruno los atendía sólo a medias. Vínoles la nostalgia de la Cartuja montaraz y de sus encantadoras bellezas, y emprendieron el vuelo hacia su amada colmena. No llegó a seis meses el tiempo que permanecieron fuera de la Cartuja. El mes de septiembre del año 1090 ya estaban todos ellos de vuelta. Siempre hubo monjes en aquel monasterio, hasta el año 1903, en que, a consecuencia de las leyes perseguidoras, los Cartujos fueron expulsados de Francia.

EN CALABRIA

EL Sumo Pontífice trató a Bruno con todo el honor debido a su mérito y virtud; servíase de su consejo en todas las cosas arduas, para bien de la Iglesia. Pero el tráfago y bullicio de la corte romana, no podían agradar a quien había ya gustado las dulzuras de la soledad y de la contemplación. Habiendo vacado el año de 1090 la sede arzobispal de Reggio de Calabria, el Papa quiso nombrar arzobispo a Bruno; pero el Santo le

suplicó que no le echase carga tan pesada; y lo hizo con tanta humildad y lágrimas, que el Pontífice desistió de su intento. También le concedió que se retirase a un desierto de Calabria. Bruno partió para el yermo de Torre con algunos que deseaban imitar su vida.

Aconteció un día que Rogerio, conde de Sicilia y Calabria, hallábase de caza, y su jauría vino a dar en una cueva donde se oía un murmullo de cantos y oraciones. Rogerio reconoció a Bruno, y quedó tan admirado de la suma pobreza de aquellos solitarios, que prometió edificarles un monasterio; efectivamente, a 15 de agosto del año 1094, el arzobispo de Palermo consagró la iglesia de la nueva Cartuja, sita en la diócesis actual de Esquilache.

Desde ese día quedó el conde tan aficionado a Bruno, que algunas veces le llamaba y otras iba a visitarle, para oír muy complacido sus consejos. Un día del año 1098 en que sus tropas pusieron sitio a la ciudad de Capua, las oraciones de Bruno le libraron milagrosamente de un gravísimo peligro.

EL ALMA DEL SANTO

DESDE Calabria escribió Bruno una carta a un amigo suyo de Reims llamado Raúl. En ella vierte su alma desbordante de poesía y radiante de paz y alegría celestiales. «Vivo —le dice— en un desierto de Calabria, bastante apartado del tráfico del mundo. ¿Cómo expresarme ahora para pintarte esta soledad, con su risueña situación, su ambiente suave y templado? Es una hacienda graciosa y dilatada que se extiende a lo lejos por entre montes y contiene verdes praderas, campos sembrados de flores... No nos faltan ni fértiles huertos, ni numerosos y variados árboles frutales. Pero, ¿a qué parar mientes en todo eso? El varón prudente y sabio gusta de otros goces infinitamente más útiles y deliciosos: son los que halla en Dios. No deja por eso de ser cierto que estos espectáculos naturales suelen aliviar y avivar el espíritu, el cual siendo flaco, siente el peso de la regla austera y se cansa con los ejercicios espirituales...

»De las ventajas y goces que la soledad y el silencio procuran a los amigos del desierto, sólo saben quienes lo han experimentado. Aquí es dado a los hombres generosos permanecer en sí mismos cuanto les place, vivir dentro de sí, cultivar sin tregua los gérmenes de virtud y deleitarse saboreando los frutos del paraíso. Aquí se logra el mirar sereno que hiere de amor al celestial Esposo, ojos limpios y luminosos que ven a Dios. Aquí la fiesta es perpetua, al descanso se une el trabajo, la actividad no conoce la agitación ni el desconcierto. Aquí premia el Señor los combates que por Él pelean sus atletas con el premio que ellos mismos anhelan: la paz que ignora el mundo y el gozo del Espíritu Santo.»

MUERTE DE SAN BRUNO

CUANTO conocemos de la muerte de San Bruno lo refieren los Cartujos de Calabria: «Sintiendo ya el Santo que se acercaba la hora de pasar de este mundo a su Señor y Padre, juntó a todos sus hermanos los monjes, y les refirió sucesivamente cuanto había hecho desde su infancia... Confesóse públicamente e hizo profesión de fe de esta manera:

«Creo firmemente en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Creo que la Virgen María fué pura antes del parto, quedó pura en el parto y se conservó virgen sin mancilla después del parto... Creo particularmente que lo consagrado en el altar es el verdadero cuerpo, la verdadera carne y la verdadera sangre de Nuestro Señor Jesucristo... Profeso y creo que la santa e inefable Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es un solo Dios, con una sola naturaleza, una sola sustancia, un solo poder y majestad.»

Dichas estas palabras, entregó su espíritu. Era el 6 de octubre de 1101.

Siguiendo la costumbre de aquella época, un monje dió parte de la muerte del Santo a cuantos le conocían. A eso llamaban «denunciar su óbito». El mensajero del duelo llevaba consigo un extenso rollo de pergamino en el que los amigos del difunto escribían el elogio del mismo, y las oraciones que deseaban se dijesen por su eterno descanso. Los hijos de San Bruno guardan 78 rollos o títulos que glorifican a su fundador: es uno de los más interesantes monumentos escritos de la Edad Media.

A 19 de julio de 1514, los Cartujos obtuvieron del papa León X licencia para rezar el oficio de su Fundador, exponer sus reliquias y celebrar su fiesta, todo lo cual equivalía entonces a canonizarle. Gregorio XV puso la fiesta en el Misal y Breviario romanos en el día 6 de octubre.

SANTORAL

Santos **Bruno, fundador de los Cartujos;** *Adalberón, obispo de Wurtzburgo;* Artaldo, obispo de Belley; Ságar, discípulo de San Pablo y obispo de Laodicea, mártir; Román, obispo de Auxerre y mártir; Magno, obispo de Oderzo, y Probo, de Gaeta; *Primo, Feliciano y quinientos compañeros, mártires en Agén (Francia) juntamente con San Caprasio y Santa Fe;* Nicetas el Patricio, confesor; Marcelo, Cayo, Emilio y Saturnino, mártires en Capua; los monjes mártires de San Millán de la Cogulla; los mártires de Tréveris, que fueron numerosísimos bajo Diocleciano, por el ministerio del juez Riccio Varo; Ivo, diácono y solitario. Santas *Fe, virgen y mártir;* Enimia, hija de Clotario II, y Modesta, sobrina de San Modoaldo, vírgenes y abadesas; Epifania, Valeria y Polena, vírgenes; María Francisca de las Cinco Llagas, terciaria franciscana; y Erótida, mártir.



Azucena de virginidad, encendida rosa de amor divino — Palma gloriosa

DÍA 7 DE OCTUBRE

SANTA JUSTINA DE PADUA

VIRGEN Y MÁRTIR (entre 63 y 304)

CASI en el centro de la inmensa llanura fecundada por las ondas espumosas del Po, río el más caudaloso de Italia, tiene su asiento la antigua ciudad de Padua, emporio intelectual y comercial de la región. Según la leyenda transmitida por Virgilio en la *Eneida,* dicha ciudad fué fundada por Antenor, hermano de Príamo; mas, prescindiendo de la leyenda, tiene Padua un pasado histórico muy remoto; consta que cayó en poder de Roma en el año 48 antes de Jesucristo y que de Padua era oriundo el famoso historiador Tito Livio. Para el cristiano, el nombre de Padua recuerda el del gran taumaturgo portugués San Antonio, que en ella murió, y el de Santa Justina, gloriosa mártir de 16 años.

Si damos crédito a tradiciones muy antiguas y respetables, cuando se hubo implantado en Roma la religión cristiana, San Pedro envió a la Alta Italia a Prosdócimo, que fué el apóstol de Venecia, predicó el Evangelio a los habitantes de Treviso y llegó a ser el primer obispo de Padua. Con frecuencia hallamos el nombre de este Santo en las tradiciones de las Iglesias de aquella región. El Martirologio romano lo cita el 7 de noviembre y menciona la tradición de los tiempos apostólicos. Los *Bolandistas* se con-

tentan con decir que el santo obispo vivió y murió en una época que no se puede precisar. La misma incertidumbre se cierne sobre la fecha del martirio de la doncella Santa Justina, hija espiritual de San Prosdócimo.

No puede probarse que este acontecimiento tuviera lugar en el siglo I de nuestra era, en el año 63, durante el reinado del sanguinario Nerón. Podríase sin dificultad, retrasar la existencia de la Santa a fines del siglo III y su muerte a los comienzos del IV, durante el reinado de Diocleciano, Lenain de Tillemont, célebre crítico hagiógrafo del siglo XVII, espíritu jansenista, pero, a las veces, de gran penetración y sentido, autor de las *Memorias sobre la historia eclesiástica de los seis primeros siglos,* lo pone durante la persecución de Diocleciano, y dice que fué condenada por el emperador Maximiano, que se hallaba a la sazón en Padua. Los Bolandistas, hablando de ella, dicen que «su culto es muy ilustre», pero que «los datos de su vida son casi inciertos».

En vista de lo cual resulta muy difícil tomar partido. Lo cierto es que la joven Justina vivió santamente, conservó su virginidad, y regó con su sangre la flor de su inocencia y de su fe; su nombre se ha hecho famoso en toda la región de Venecia, donde su fiesta se celebra con gran esplendor. Para evitar confusiones, conviene recordar que en la historia de los cuatro primeros siglos de la Iglesia se menciona a varias santas que tenían por nombre Justina, pero de todas ellas la más famosa es Santa Justina de Padua.

NACIMIENTO Y EDUCACIÓN DE LA SANTA

LA predicación y milagros del obispo San Prosdócimo en Padua, convencieron a muchos, que luego reconocieron lo impío del culto a los ídolos y recibieron el santo bautismo. Entre los recién convertidos se hallaba el prefecto de la ciudad, llamado Vitalino, hombre distinguido por sus riquezas e hidalguía. Hasta entonces había adorado a los falsos dioses; pero, apenas su recta inteligencia, iluminada por la gracia, hubo reconocido la verdad de la religión cristiana, abrazóla sinceramente y recibió gozoso el bautismo, junto con su mujer Propedigna.

No tardaron ambos esposos en recibir del cielo nuevo y señalado favor que trajo la alegría al hogar doméstico. Hasta entonces su matrimonio había sido estéril; pero poco tiempo después de su conversión tuvieron una hija, a la que dieron el nombre de Justina. Estos fervorosos cristianos miraron a su hija como a un don del cielo, y la educaron con el mayor esmero en la práctica de todas las virtudes.

Pronto se dieron cuenta de que Dios había depositado en el alma de Justina ricos tesoros de gracias. ¡Con cuánta docilidad correspondía ella a las sabias enseñanzas de sus padres! ¡Qué modestia, recogimiento y fervor en

la oración! ¡Con qué atención y respeto escuchaba las instrucciones de San Prosdócimo, padre espiritual de su alma! Sin vacilar un momento hubiera ella renunciando a todos los goces de la tierra antes que ofender a Dios. Ávida de mayor perfección, quiso entregarse enteramente a Jesucristo; lejos de oponerse a ello su virtuoso director la ayudó a realizar tan santos deseos, y cuando, por su edad, pudo disponer libremente de su persona, consagróse al celestial Esposo, con voto de perpetua virginidad.

LA PERSECUCIÓN EN PADUA

ENTRETANTO, habíase desencadenado la persecución contra los cristianos; Vitaliano, padre de Justina, no era ya gobernador de Padua. Todo el que rehusaba sacrificar a los ídolos era condenado a los más atroces tormentos y, por último, a muerte. Gran número de cristianos fueron encarcelados; desgarrados unos con garfios de hierro, arrojados otros en calderas de aceite hirviendo o aplastados, como la uva, en prensas enormes que trituraban todos sus miembros. Algunos fueron inmolados en el Campo de Marte —hoy en día «Prato della Valle»—; sus despojos fueron arrojados a un pozo que los supervivientes y la posteridad veneraron largo tiempo con el nombre de «Pozo de los mártires». Otros, en fin, huyeron de la ciudad en busca de un asilo. Justina tenía, a la sazón, dieciséis años. Lejos de atemorizarse como ciertos otros cristianos, pedía a Jesucristo, su querido Esposo, que la asistiese con su gracia; resuelta e intrépida, penetraba en las cárceles para animar a los mártires, cuidarlos y llevarles limosnas.

Maximiano —ignoramos si era el prefecto de Padua, o el emperador que se hallara de paso por la ciudad— ordenó que arrestasen a la joven, lo que fué ejecutado sin tardanza.

ARRESTO Y MARTIRIO

UN día que Justina regresaba del campo, donde había ido a visitar a algunos cristianos, y entraba en la ciudad por la carretera del Puente Marino, cayó en manos de los soldados que la buscaban. Había llegado para Justina la hora del gran combate y ella así lo entendió. Sin perder la serenidad pidió noblemente a los soldados que la dejasen orar durante breves instantes, y se lo concedieron. Arrodillóse la joven cristiana en una piedra, y con ferviente oración, que sólo Dios y los ángeles oyeron, suplicó a Jesucristo que le diese fuerza y valor para guardarle fidelidad hasta la muerte. Dios atendió benigno ruego tan fervoroso. Según la tradición, ablandóse la

piedra bajo sus rodillas y quedaron grabadas en ella hondas señales. Viendo Justina que Dios había oído su oración, alzóse llena de confianza y dejóse llevar por los soldados a presencia de Maximiano. Con acento paternal le prometió éste grandes riquezas con tal de que adorase a los ídolos, y terminó diciendo que la tomaba por esposa.

—He consagrado mi virginidad a Jesús, Hijo de Dios —respondió la virgen cristiana—; a Él sólo y sin reserva entregué mi corazón. Jamás adoraré a vuestros ídolos.

Arrebatado de cólera, Maximiano prorrumpió en injurias contra ella, y ordenó que con una espada le traspasaran el corazón. Por este camino, la doncella, arrodillada en presencia de numerosos testigos conmovidos por su constancia y belleza virginal, entró en la vida que no tiene fin; cual virgen prudentísima, trocó Justina el reinado efímero de los palacios de los grandes de la tierra, por el sempiterno en las moradas del Rey de los cielos. Ocurrió su martirio el 7 de octubre.

CELEBRIDAD DE LA MÁRTIR

AL día siguiente, los cristianos recogieron su cuerpo, y San Prosdócimo ordenó que fuera sepultado con respeto en las catacumbas o en una iglesia que poco antes había consagrado a la Virgen María. Sobre las ruinas de un templo de Diana, el patricio Opilone, prefecto del pretorio en 453, edificó un oratorio en honor de Santa Justina. En este santuario primitivo, del que se conserva una inscripción antiquísima, colocaron sus reliquias; fué destruído en 601 por Agilulfo, rey de los lombardos, aunque más tarde volvió a ser reedificado.

La mártir de Padua se había hecho célebre: así, el poeta San Fortunato escribió, a petición de San Gregorio Turonense, una colección de poesías. En su cuarto poema, Fortunato coloca a Santa Justina entre las vírgenes más ilustres, cuya santidad y cuyos triunfos adornaron y glorificaron la Iglesia de Dios. «Fué —dice el mencionado autor— la gloria de Padua, como Santa Eufemia lo fué de Calcedonia, y Santa Eulalia, de Mérida».

La iglesia de San Martín *in Cælo áureo* —hoy en día San Apolinar el Nuevo— de Ravena, célebre por sus mosaicos, posee dos grandes procesiones», una de Vírgenes y otra de Santos; es de notar que una Santa, por nombre Justina, probablemente la de Padua, aparece en el primer cortejo.

Por causa de un terremoto acaecido en 1177, cubrióse de ruinas la ciudad de Padua, derrumbóse la catedral y experimentó fuerte sacudida el santuario que se alzaba en el sitio en otro tiempo ocupado por el del patricio Opilone. La catedral, reconstruída luego, fué consagrada el 24 de abril de 1180, por



LOS *soldados encargados de arrestar a Santa Justina, admiran conmovidos cómo se encomienda al Señor y a sus ángeles y les ruega que le concedan fortaleza para permanecer hasta la muerte fiel esposa de Jesucristo. Dice la tradición que sus rodillas quedaron grabadas en la dura peña.*

Ulrico, patriarca de Aquileya; este monumento, que recibió el doble título de Santa María y Santa Justina, fué de nuevo reedificado en 1524.

PÉRDIDA E INVENCIÓN DE LAS SANTAS RELIQUIAS

YA fuese por ingratitud, por indiferencia o por inquietudes causadas por las agitaciones humanas, guerras u otros acontecimientos, Padua había perdido el recuerdo de la Santa y hasta de sus reliquias. Nadie se acordaba ya ni del sitio donde estaba el sepulcro. Inmensa fué la alegría de todos cuando, al cabo de una desaparición de cuatro siglos, las reliquias fueron halladas en 1177. No se sabe en qué circunstancias tuvo lugar tan fausto acontecimiento. Sin decidir el grado de autenticidad del relato, nos limitaremos a exponerlo a nuestros lectores.

Dicen, pues, las críticas, que vivía en Verona una piadosísima doncella que profesaba tierna devoción a la Santísima Virgen. Aparecióscle en sueños la Madre de Dios rodeada de espíritus bienaventurados, y le ordenó que fuese a Padua, a la iglesia de Santa Justina. Díjole que delante de un altar adornado con mosaicos, hallaría un espacioso círculo, casi invisible, en donde descansaba el cuerpo de la mártir. Despertóse maravillada la doncella, sorprendida por semejante visión y por las órdenes recibidas, turbada en su humildad, y con temor de ser juguete de algún desvarío.

Al amanecer del día siguiente, estando ya despierta la joven, aparecióscle otra vez la Santísima Virgen y le reprochó su vacilación. No dudó por más tiempo, e inmediatamente se puso en camino el 4 de octubre por la mañana. Recorrió en dos días las dieciocho leguas que dista Verona de Padua, adonde llegó por la tarde del 6 de octubre. Al día siguiente, si nos atenemos al relato que resumimos, entró en la iglesia llevando doce velas de cera. Refirió a los sacerdotes su visión; y notando el círculo indicado, que sólo ella veía, dispuso los cirios a su alrededor; luego, postrándose de hinojos, pidió a Dios que, en testimonio de la verdad de su misión, los cirios se encendiesen por sí solos, lo que al punto sucedió.

Al mismo tiempo, para confirmar este milagro, todas las campanas de la iglesia, movidas por mano invisible, tocaron a vuelo como en las más solemnes festividades. Los sacerdotes, los monjes, las religiosas, la muchedumbre toda, acudió a presenciar prodigio tan singular. En presencia del obispo Gerardo, y por indicación de la mensajera María, cavaron el suelo con diligencia y, a poca profundidad, halláronse las reliquias de Santa Justina. Esto ocurrió el 7 de octubre, día consagrado desde entonces, a honrar la memoria de la mártir de Padua.

Prodigiosas curaciones mostraron el valimiento de la Santa. Por lo que a

la mensajera de la Santísima Virgen se refiere, poco tiempo después que hubo llevado a cabo su misión, descansó en el Señor, dejando en pos de sí perenne recuerdo de edificación. Cerca de la tumba de Santa Justina, halláronse también las reliquias de otros mártires que habían sufrido al mismo tiempo que ella, como lo atestiguan sus «Actas» y las de San Prosdócimo.

UN MONASTERIO BENEDICTINO

NO lejos de la iglesia donde descansaba el cuerpo de la santa mártir, edificóse un monasterio que llevó el nombre de Santa Justina y San Prosdócimo; fué derribado por los húngaros en el siglo X, y restaurado por el obispo Gauscelino, que en 970 le otorgó privilegios.

De su administración se encargaron los Benedictinos, a quienes los obispos sucesivos y los papas concedieron amplios favores. En el año 830 el papa Gregorio IV confirmó al abad diversas posesiones; San León IX, de paso por Padua en 1052, ofreció el Santo Sacrificio en dicho monasterio el 2 de agosto y se declaró su protector. Lo propio hicieron Calixto II en 1123, Eugenio III en 1145, y Alejandro III en 1165. Al mismo tiempo, durante este período de poco más de un siglo, los abades obtuvieron el privilegio de calzar sandalias durante la misa, llevar mitra, usar guantes y anillo.

Fueron varias las vicisitudes que corrió la fundación.

Éste y otros monasterios en Italia, eran propiedad de la Orden cluniacense. En el siglo XIV, se introdujo, como en otros muchos, la relajación en la disciplina regular; con todo, bajo el patrocinio de la santa mártir, del monasterio que custodiaba sus reliquias debía brotar un resurgimiento de nueva vida religiosa, cuyos benéficos frutos perduran todavía después de varios siglos.

Los tres últimos monjes de Cluny, fueron sustituídos, en 1407, por Benedictinos Olivetanos, que poco después fueron expulsados por el gobierno de Venecia. Luis Barbo, que recibió la abadía en encomienda, consiguió restablecer la disciplina, juntando a los tres Cluniacenses, algunos Camaldulenses y Canónigos regulares de Venecia. Con elementos tan dispares y contra toda esperanza, el monasterio de Santa Justina llegó pronto a ser uno de los más florecientes, y a él se unieron los conventos de Bassano, Verona y Milán. Luis Barbo dimitió sus funciones de Presidente general de la Congregación y fué nombrado obispo de Treviso; murió en Venecia el año 1443 y su cuerpo fué inhumado en Padua, en el monasterio al cual había devuelto su antiguo esplendor.

La Congregación por él fundada llevó, durante medio siglo, el nombre de Santa Justina de Padua; en 1504 se le unió la abadía del monte Casino que volvió a ser centro principal de la Orden a la que dió su nombre.

LA IGLESIA ACTUAL

DESPUÉS del terremoto de 1177, la iglesia de Santa Justina no ofrecía garantías de solidez; acordóse derribarla y reconstruirla luego, pero más amplia y espaciosa. La nueva iglesia, de estilo Renacimiento, se empezó en 1501 y fué terminada en 1522. A la fachada de ladrillo y sin revoque precede una hermosa gradería de la misma anchura. Coronan el monumento cinco cúpulas, rematadas por estatuas de bronce, que representan a Santa Justina, a San Prosdócimo, a San Daniel, mártir de Padua, y a San Benito. El pavimento interior, de mármol negro, blanco y rojo, es de bellísimo efecto y mide 111 metros de largo por 30 de ancho y 76 en el crucero; presenta tres naves, y numerosas capillas laterales. Las reliquias de Santa Justina, guardadas en hermoso relicario, fueron colocadas en 1502 debajo del altar mayor, y, en 1627, trasladadas definitivamente al nuevo presbiterio en una bóveda situada debajo del altar principal, recién construído, y de más valor artístico que el anterior.

De la primitiva iglesia subsiste el antiguo presbiterio, que tiene acceso por la puerta situada a la derecha del altar mayor.

EL CULTO DE SANTA JUSTINA EN ITALIA

TODOS los años, el domingo de Pasión sale una procesión en honor de los santos mártires de la ciudad de Padua. Los blancos velos de las doncellas, los estandartes de las cofradías y las banderas de las Juventudes Católicas, contribuyen a dar una nota típica y alegre a este cortejo que avanza cantando himnos y dando escolta al relicario de nuestros Padres en la fe.

No sólo la ciudad de Padua sintió los efectos de la protección de Santa Justina, sino también toda la comarca de Venecia, que la había escogido por patrona. La Serenísima República atribuía a su intercesión todas las victorias contra el enemigo de los cristianos, y en hacimiento de gracias mandó grabar en las monedas la siguiente inscripción: *Memor ero tui, Justina virgo:* «Ilustre virgen Justina, no te olvidaré jamás»; y esta otra: *Pax tibi, Marce, Evangelista meus:* «La paz contigo, Marcos, evangelista mío», asociando así en un mismo culto a la virgen mártir y al santo Evangelista. A fines del siglo XV la imagen de la Santa aparece estampada en una moneda de Padua acuñada en Venecia, atravesado el pecho con una espada y sosteniendo una palma y un libro en la mano.

Después de la victoria de las islas Cursolarias, cerca de Lepanto, en 1571, en la que los venecianos, a las órdenes de Sebastián Veniero, participaron en el triunfo del nombre cristiano, todos los años, el 7 de octubre, el Senado se trasladaba en procesión a la iglesia colegiata, dedicada a Santa Justina.

De esta manera iba conservándose vivo y floreciente el recuerdo de la ilustre mártir que se mostrara tan eficaz en su protección hacia sus devotos.

En diversas ciudades de Italia, hallamos, en el decurso de los siglos, testimonios del culto que se le tributa, iglesias o monasterios que llevan su nombre. En un epitafio muy antiguo descubierto en Rímini, se lee lo siguiente:

Aquí descansa en paz Inocencio que se encomienda a San Andrés, a San Donato y a Santa Justina para que castiguen a cualquiera que intentare desposeerle de su sepultura.

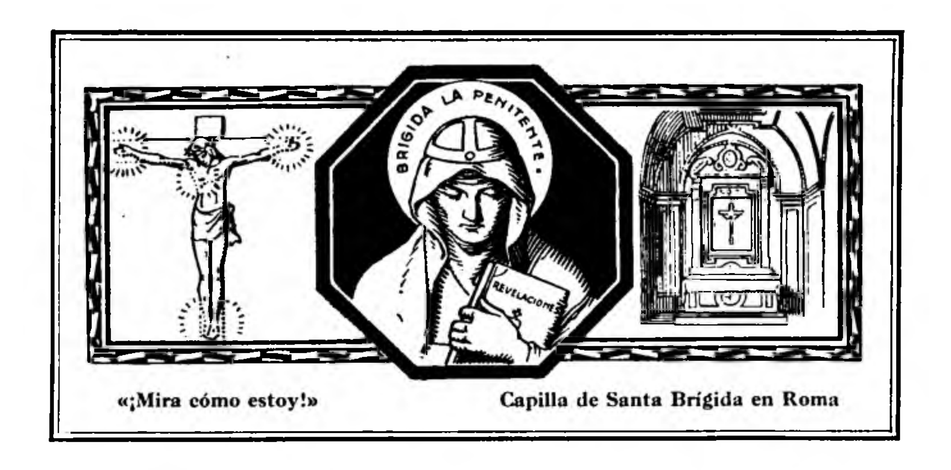
En el siglo IX existía en Bolonia un monasterio de Santa Justina; en el siglo XI el antiguo convento de San Salvador de Luca —fundado en el año 800—, al ser reconstruído, tomó el nombre de la Santa, y fué habitado por Benedictinas; en Sezzé, diócesis de Acqui, fundóse un monasterio de Santa Justina en 1030, no lejos de la basílica del mismo nombre; en el siglo XVI, esta abadía pasó a los Oblatos de San Ambrosio, fundados por San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán.

Dios nuestro Señor quiso así testimoniar, por la obra de los hombres, cuán gratos habían sido a su corazón la vida y el martirio de la santa virgen paduana. Que así como la ingratitud y el olvido suelen barrer de la memoria humana muchos recuerdos que parecieran nacidos para la inmortalidad, acostumbra el cielo a mantener viva la influencia de sus héroes para gloria de los mismos y exaltación de las virtudes cristianas.

Y así sucede que donde la mano sacrílega de los perseguidores ha querido borrar la huella del divino Sembrador, aparece aquélla más profunda y definitiva. Y la virtud que de otro modo hubiera quizá pasado inadvertida para la historia, conviértese en fanal cuyos fulgores han seguido iluminando a las conciencias por encima de los siglos.

SANTORAL

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO (véase en el tomo VII, «Festividades del Año Litúrgico», pág. 450). Santos *Marcos, papa y confesor; Martín Cid* y Augusto, abades; *Sergio y Baco, soldados, mártires;* Marco y Apuleyo, mártires; Adelgiso, obispo de Novara; Eterio y Paladio, obispos; Elano, presbítero y solitario; Geroldo, peregrino y mártir. Beato Mateo Carrieri, dominico. Santas **Justina de Padua**, Osita, princesa, y Julia, vírgenes y mártires; *Sabina y Cristeta, hermanas de San Vicente de Ávila* (véase en 27 de octubre).



«¡Mira cómo estoy!» Capilla de Santa Brígida en Roma

DIA 8 DE OCTUBRE

SANTA BRIGIDA DE SUECIA

VIUDA Y FUNDADORA (1302-1373)

NACIÓ Brígida hacia el año 1303, en el castillo de Finsta, cerca de Upsala, capital en aquel entonces de Suecia. Era su familia descendiente de los antiguos reyes del país, y unía a la nobleza de la sangre la pureza de vida, pudiéndose decir que la piedad era como hereditaria en ellos, ya que el abuelo, el bisabuelo y hasta el tatarabuelo de nuestra Santa fueron en peregrinación a Jerusalén y demás lugares santificados por la presencia de Nuestro Divino Redentor. Fueron los padres de Brígida, el príncipe Birgerio y la princesa Ingeburga, dignos de sus antepasados. Confesaban y comulgaban todos los viernes y empleaban sus cuantiosas riquezas en construir iglesias y monasterios para que Dios fuera honrado y servido. Tales virtudes fueron debidamente premiadas por el cielo, que les otorgó bendiciones sin cuento y les concedió cinco hijos, modelos de virtud.

Brígida fué la última. Antes de su nacimiento, naufragó su madre en las costas de Suecia, y no pereció por milagro, según revelación de un ángel que se le apareció la noche siguiente al grave percance y le dijo: «Dios te ha guardado la vida en consideración a tu hija; edúcala en el amor de Dios y cuídala como preciosa joya que el cielo te envía.» El nacimiento de esta pri-

vilegiada niña fué revelado al santo sacerdote Benito, cura de Rasbo, iglesia próxima a Finsta. Hallábase en fervorosa oración cuando se le apareció la Santísima Virgen en hermosa nube y le dijo: «Ha nacido a Birgerio una niña cuya voz se oirá en el mundo entero». Sin embargo, y a pesar de tal predicción, la niña permaneció muda durante los tres primeros años; pero pasado este tiempo comenzó a hablar con la fluidez y soltura de una persona mayor.

PRIMERAS APARICIONES

APENAS contaba siete años cuando en el altarcito que adornaba la cabecera de su cama, vió una mañana a la Santísima Virgen que llevaba una corona en la mano y le decía: «Vente conmigo». La niña obedeció al instante. ¿Ves esta corona? —le preguntó la Virgen—. En señal afirmativa, la niña inclinó su cabecita, momento y ademán que aprovechó la Virgen para coronarla. En esta mística diadema, hemos de ver el símbolo de las virtudes que debían brillar desde aquel instante en la Santa, y que alcanzarían todo su brillo y esplendor en el Paraíso.

Corría la cuaresma del año 1314, cuando un religioso llegó a Finsta para predicar la Pasión de Cristo; los sermones del misionero fueron para Brígida una revelación del místico significado del dolor que, por amor a Jesús, deseaba abrazar desde aquel momento; así mereció ver en revelación al Divino Maestro padecer el suplicio de la Cruz. «Mira —le dijo— cómo me han tratado. —¡Oh dulce Dueño mío! —exclamó la Santa—; ¿quién os ha causado tanto mal? —Los que desprecian y olvidan mi amor» —fuéle respondido.

Y a partir de aquel día, la imagen de Cristo crucificado se grabó profundamente en el alma y en el corazón de Brígida. Su tía, la castellana de Aspenais, que la había recogido al morir la madre de la niña (1314), entró una noche en el cuarto de Brígida y, en vez de encontrarla dormida, como esperaba, la halló arrodillada a los pies de un crucifijo. Temiendo que su sobrina fuese víctima de alguna peligrosa manía, quiso imponerle una corrección con una verdasca de mimbres, según costumbre de la época, pero la vara se rompió en sus manos dejando admirada a la noble señora. «¿Qué hacías?, preguntó a la niña. —Alabar a quien me asiste. —Y ¿quién es? —El divino Crucificado».

Otro día se encontraba Brígida bordando unos ornamentos para la iglesia parroquial y, sintiéndose incapaz de reproducir con la aguja lo que en su imaginación concebía, imploró la ayuda del cielo, y he aquí que una bella y desconocida joven se acercó a la bordadora, y dió fin al bordado con flores y frutos de perfectísima labor. La tía de Brígida, que atónita y admirada presenciaba el hecho, se apoderó del bordado y lo guardó como preciosa reliquia.

LUCHA CON EL DEMONIO

MUÉSTRANNOS las vidas de los santos, en muchos de sus pasajes, cómo el demonio se complace en atormentar las almas que no puede arrastrar al mal. Una mañana tuvo Brígida una terrorífica visión: se le apareció un monstruo semejante a aquellos con que cándidos artistas, por devoto placer, decoraron los muros de la catedral de Upsala o los capiteles de sus columnas. Perseguíala con saña como intentando aprisionarla entre sus garras, pero la joven corrió a refugiarse a la sombra de la cruz, y el demonio, vencido, huyó.

Nuestra Santa dió cuenta de la monstruosa visión a su tía, y ésta le aconsejó encarecidamente que guardase secretas las visiones que había tenido con los seres sobrenaturales, temerosa de provocar la admiración o la burla del mundo en el que iba a entrar. La joven se atuvo prudentemente al consejo.

MARTIRIO DE BRÍGIDA

BRÍGIDA y su hermana Catalina habían sido prometidas por su padre a los dos hermanos Ulfo y Magno, príncipes de Nericia, de quienes había recibido hospitalidad en el castillo de Ulfasa. Pareciéronle ambos jóvenes tan valientes caballeros como fervorosos cristianos.

Invitadas por su padre —según costumbre sueca— a «fabricar la cerveza de los desposorios», Catalina obedeció gustosa. Brígida, en cambio, «hubiera preferido cien veces la muerte»; mas no sabiendo todavía por entonces si estaba llamada a la vida religiosa, y aconsejada por su confesor, sometióse al deseo de su padre, a quien tendió su mano para que la enlazara con la del príncipe Ulfo; contaba a la sazón la Santa trece años (1316). El matrimonio, conforme a la costumbre de la época, debía celebrarse el año mismo en que se verificaban los esponsales, por lo que Brígida esperaba en Finsta que Ulfo viniese de un momento a otro a reclamarla. Llegado el caso montó con arrogancia en una jaca blanca de hermosa raza, domada en Gotia, y cabalgó al lado de su futuro esposo hasta el castillo de Ulfasa; en la capilla del castillo, los dos cándidos muchachos recibieron la bendición del sacerdote; y así quedaron unidos por los lazos indisolubles del matrimonio cristiano dos jóvenes corazones, unidos ya por un amor puro y ardiente a Jesús crucificado.

Brígida, tierna y amante esposa, ejerció benéfica influencia sobre el corazón y espíritu de Ulfo. Juntos socorrían a los pobres y, de común acuerdo, gastaron sus riquezas en construir escuelas, fundar hospitales y erigir iglesias.

Los viernes, confesábanse ambos con el mismo sacerdote, y juntos se acercaban los domingos a la Sagrada Mesa. Recíprocamente pedían en sus oraciones la gracia de ser cada día mejores y adelantar más en santidad.

También se mostró Brígida experta y hábil ama de casa. A todos atendía, y procuraba que nadie careciese de lo necesario. Caritativa con los pobres, antes de sentarse a la mesa servía diariamente por sí misma la comida a doce de ellos, y los jueves les lavaba los pies para imitar el ejemplo de Jesucristo. De continuo cumplió, con gracia encantadora, las leyes de la hospitalidad: recibía contentísima a los parientes y amigos de su esposo Ulfo; con igual esmero atendía a los miembros de la nobleza, al clero, a los viandantes y a los monjes mendicantes; presentábase a todos con semblante jovial y atrayente y a todos trataba con exquisita cortesía y cristiana caridad; sólo para consigo misma usaba maceraciones y penitencias.

Ocho hijos —cuatro varones y cuatro niñas— fueron el fruto de su matrimonio. Llamáronse los primeros: Carlos, Birgerio, Benito y Gudmaro, y las hijas: Marta, Catalina, Ingeburga y Cecilia. Encontramos entre ellos los más variados temperamentos, por lo que, a pesar de los cuidados de su santa madre, hubo algunos que imitaron poco las virtudes de su santa vida. Carlos, por naturaleza impulsivo y apasionado, llevó una vida agitada y borrascosa; pero las oraciones de la madre, desolada por la conducta del hijo más y mejor amado, le alcanzaron la gracia de morir reconciliado con Dios. Birgerio, de carácter dulce y de espíritu reflexivo, y por ende serio, vivió cristianamente en medio de la corrompida corte de Estocolmo. Viudo desde muy joven, ayudó más tarde a su hermana Catalina a trasladar las reliquias de su madre desde Roma al monasterio de Vadstena (Suecia), y Catalina, que llegó a ser abadesa de ese monasterio, le escogió como administrador de las fincas y bienes abaciales. Gudmaro y Benito murieron jóvenes siendo aún estudiantes: el uno en Estocolmo y el otro en el monasterio de Alvastra, donde había vestido el hábito cisterciense. Marta fué una joven veleidosa y casquivana, que no dió más que disgustos a su santa madre: su única afición eran las diversiones mundanas. Ingeburga murió piadosamente siendo religiosa claustrada. Cecilia, a quien Brígida anhelaba también consagrar a Dios, abandonó el claustro, y su hermano Carlos la casó con un joven de la corte; como tal acontecimiento la afligiera en exceso, el Señor se le apareció y le dijo: «Tú me la habías entregado; pues bien, yo la coloco donde me place».

Pero a quien siempre amó la Santa con especial predilección fué a Catalina, la cual, casada con Edgardo de Eggartsnes, persuadió a su esposo a permanecer ambos vírgenes en el matrimonio. En el año 1350 se juntó con su madre en Roma; la acompañó después en sus peregrinaciones, y fué más tarde la primera abadesa del monasterio de Vadstena, fundado por Brígida. Murió en 1387 y fué canonizada hacia el 1476. Hónrasela el 24 de marzo.



SANTA *Brígida, que descendía de sangre real, no contenta con hacer grandes limosnas y repartir sus bienes a los pobres, lleva a tal extremo la pobreza de su vida, que va de puerta en puerta pidiendo pan por amor de Dios, sin cuidarse de los que la menosprecian y escarnecen.*

EN LA CORTE DE SUECIA

AL casarse el rey Magno de Suecia con Blanca, hija del conde Namur, escogió a Brígida por ama de gobierno de la joven reina. Apenadísima al verse obligada a dejar su vivienda de Ulfasa y a su familia, presentóse en la corte del rey su primo, llevando consigo a Gudmaro, que poco después moría en Estocolmo.

Los soberanos, de carácter inconstante y frívolo, despreciaron los austeros consejos de Brígida y ajustaron su conducta a otros menos rigurosos. Comprendió entonces el ama de gobierno que su presencia era inútil en la corte, y, de vuelta al seno de su familia, se impuso por espíritu de penitencia, y acompañada de su esposo, Ulfo, una larga romería. Mientras duró ésta, vistieron el hábito pardo y el manto de conchas, y contentáronse con una pobre y frugal comida. Sucesivamente veneraron en Colonia las reliquias de los Magos; en Tarascón, el sepulcro de Santa Marta; la gruta de María Magdalena en Provenza, y vinieron por fin a nuestra Patria a orar ante el sepulcro de Santiago en Compostela. De vuelta hacia Suecia, cayó Ulfo gravemente enfermo en la ciudad de Arrás; pero recobró milagrosamente la salud al hacer el voto de retirarse al monasterio de Alvastra para servir a Dios en él como penitente. Tres años más tarde, el 12 de febrero de 1344, después de haber colocado en el dedo de su esposa un anillo de oro, como símbolo de mutua y eterna unión, expiraba en brazos de ella.

Brígida permaneció un año más en este lugar, y en él fué favorecida con prodigiosas revelaciones de los misterios de nuestra santa fe; pero cuando menos lo esperaba, le ordenó el Divino Maestro que abandonase la soledad y se reintegrase a la corte de Suecia. «Y ¿qué diré al rey?» —preguntó la Santa. —«Yo hablaré por tu boca» —le respondió el Señor.

Sumisa y obediente, Brígida se presentó en la corte, vestida con el negro velo de viuda. Sin respeto humano habló con santa libertad y energía al débil monarca. Los campesinos abandonaban el cultivo de los campos, porque el fisco les arrebataba sus salarios y ganancias. Brígida demostró al rey la injusticia que se cometía al transformar en impuestos ordinarios las rentas exigidas en un momento de penuria y extrema necesidad. No contenta con esto echó en cara al rey el falsificar moneda, despojar a los viajeros y permitir que fueran arrebatados a los náufragos los restos de sus bienes. Luego animó y casi obligó al rey a exceptuar de contribución territorial por diez años a cuantos volviesen a labrar y sembrar los campos. Y exigió de parte de Dios que el monarca respetase las costumbres tradicionales de la corte, por creer que podían servir de freno a la voluble fantasía del inconstante y

caprichoso príncipe; en virtud de estas costumbres no debía en adelante comer solo, sino en compañía de sus consejeros, con quienes trataría los negocios del Reino. Dichos consejeros debían ser escogidos entre lo mejor.

La muerte de su hijo Benito, acaecida el año 1346, la obligó a salir de la corte de Suecia para trasladarse al convento de Alvastra; pero al año siguiente fué llamada por el soberano, debido a que, habiendo éste preparado una expedición guerrera contra los rusos, quiso darle apariencias de cruzada. La Santa le aconsejó examinase su conciencia, para ver si verdaderamente atacaba a los rusos por defender la fe. Sin escuchar a Brígida, precipitóse el rey sobre aquéllos; pero la aventura acabó en vergonzosa derrota.

Desde Roma —donde Brígida residía a partir de 1350— intervino en la política de Suecia y de Europa entera, aunque se limitaba a transmitir a los reyes las enseñanzas, profecías y amenazas que Dios le dictaba.

INFLUENCIA DE LA SANTA

BRÍGIDA fué encargada por Dios de comunicar a los Papas sus advertencias y deseos soberanos. Clemente VI, residente en Aviñón, aceptó en materia disciplinaria los consejos de esta mujer inspirada por Dios. Urbano V fué en Roma primero y más tarde en Aviñón, el confidente principal de las revelaciones de la Santa, y, dócil a cuantas órdenes le dictaba en nombre del cielo, reprimió severamente los desórdenes de la corte pontificia. A Gregorio XI, sucesor de Urbano V, conjuró muchas veces de parte de Dios para que abandonase Aviñón y volviese a Roma; pero el Papa, de naturaleza indecisa, no se resolvió a ello en vida de la Santa, y fueron necesarias las apremiantes instancias de otra santa —Catalina de Sena— para que, cuatro años más tarde, obedeciese por fin. El 17 de abril del año 1371 entró solemnemente en la ciudad de los Apóstoles, y Roberto Orsino, sobrino del Pontífice, que gobernaba la Ciudad Eterna, pudo decirle: «Hoy comprendo, Santísimo Padre, la profecía que la bienaventurada Brígida me notificó hace cinco años al anunciarme que no solamente os vería entrar en Roma, sino que precisamente sería yo quien os acompañase en dicha entrada».

Cuando la humilde sierva de Dios residía en la corte de Suecia, hablaba con santa audacia a los Ángeles de las siete Iglesias del reino, como San Juan lo había hecho a los Custodios de las siete Iglesias de Asia, y los obispos escucharon con respeto las severas amonestaciones de la santa viuda.

Recordaba a los sacerdotes y religiosos relajados que pagar las propias deudas es estricto deber de conciencia, y, por lo tanto, que los derechos de los acreedores son antes que los de los pobres. Repetíales también que la pureza es indispensable a los ministros del Señor. De este modo, nada de

cuanto se relacionaba con el bien de la Iglesia escapaba a la solicitud de esta alma iluminada por el espíritu de Dios.

Santa Brígida fundó el monasterio de Vadstena y la Orden de San Salvador; la regla por que se rigieron fué recibida por la Santa del mismo Jesucristo. Diríase que la Orden, esbozada tan sólo a la muerte de la Fundadora, esperaba para su desarrollo y prosperidad que las reliquias de la Santa fuesen depositadas cual fermento en la tierra de Vadstena; desde entonces se propagó rápidamente y fundáronse en poco tiempo cuarenta monasterios. Aun hoy día cuenta con once casas, repartidas entre España y Méjico.

PEREGRINACIÓN A ITALIA Y A TIERRA SANTA

BRÍGIDA y su hija Catalina vivieron catorce años en Roma. desde 1350 a 1364, entregadas por completo a la oración y buenas obras, en las que, siguiendo cada una su inclinación y gusto particular, venían a ser complemento una de la otra. Del año 1364 al 1367, hicieron una larga peregrinación por Italia. Detuviéronse en Asís, para venerar el sepulcro de San Francisco; en Ortona, que guarda las reliquias del apóstol Santo Tomás; en Monte Gárgano, célebre por la aparición de San Miguel; en Bari y Benevento, que conservan, respectivamente, las reliquias de San Nicolás y San Bartolomé. Volvieron por fin a Roma camino de Nápoles. En todas partes dejaron la semilla de su edificante palabra, maravillosas revelaciones y milagros.

Después de nueva permanencia de cuatro años en Roma, salió en 1370 para Tierra Santa, acompañada de su hija Catalina y de sus dos hijos Carlos y Birgerio. En Nápoles, Carlos, llevado de su carácter apasionado, preparábase a concertar una culpable unión con la reina Juana I, cuando Dios le llamó a Sí; las lágrimas de su madre le alcanzaron el morir en estado de gracia. Brígida supo por revelación haber obtenido de Dios misericordia para su hijo. Los tres viajeros continuaron su camino y, el 13 de mayo de 1372, entraron en Jerusalén. Mientras permaneció en la tierra en que Jesús dejara las huellas de sus pasos, Brígida asistió en continuados éxtasis a las principales escenas de la vida del Salvador, escenas que describió en términos sorprendentes en el libro de sus *Revelaciones*.

Las *Revelaciones* de Santa Brígida, escritas por ella misma en lengua sueca, han sido traducidas de un texto latino a todas las lenguas europeas. ¿Con qué espíritu debemos leerlas? Véanse sobre este particular las enseñanzas del papa Benedicto XIV: «No hay que dar a las revelaciones de Santa Brígida la misma fe que a las verdades de la religión; sin embargo, sería imprudente temeridad rechazarlas, pues están fundadas en motivos y pruebas suficientes y razonables para que piadosamente se puedan creer».

ÚLTIMOS DÍAS Y MUERTE DE LA SANTA

BRÍGIDA murió en Roma poco después de su peregrinación a Tierra Santa. Algún tiempo antes de morir, recibió la visita de Gerardo, Nuncio Apostólico de S. S. Gregorio XI, quien, desde Aviñón, le mandaba en busca de los consejos de la vidente. Ésta le respondió con las siguientes palabras, que no pueden ser ni más claras ni más precisas: «Una mirada imparcial al mundo cristiano dice claramente que, sólo por el retorno del Papa a Italia, volverá la paz y tranquilidad a esta tierra».

Los últimos días de la Santa se vieron turbados por fuertes tentaciones de orgullo y de molicie, tentaciones que no sintió en su juvenud. Como Cristo en el Calvario, se creyó un momento abandonada de Dios; pero acudió, sin embargo, a la Comunión y recibió, junto con la gracia del sacramento, fuerza y voluntad para sufrir. Desde este momento, su vida fué un éxtasis no interrumpido; volvió en sí después de recibir la Extremaunción, instante que aprovechó para dar a sus hijos, familiares y amigos sus últimas y supremas recomendaciones. Murió un sábado, 23 de julio, a los 71 años de edad.

Fué enterrada en Roma en la iglesia de las Clarisas, del monasterio de San Lorenzo «in Panisperna», en el Viminal; un año más tarde sus restos fueron trasladados al cementerio de San Salvador, en Vadstena (Suecia).

Venérase en Roma la casa que habitó y la mesa de madera sobre la que quiso morir; su recuerdo perdura aún en las Catacumbas de San Sebastián, adonde iba a orar con frecuencia, y en San Pablo extramuros, donde se conserva el Crucifijo que le habló repetidas veces. Santa Brígida fué canonizada en 1391 por Bonifacio IX, y su fiesta, elevada a rito doble, fué establecida por Benedicto XIII el 2 de septiembre de 1724.

SANTORAL

Santos *Simeón, profeta;* Evodio, obispo de Ruán, y Eterio, de Lyón; Grato, obispo de Chalons, y Metropolo, de Tréveris; Artemón, presbítero y mártir, en Laodicea; Pedro, mártir en Sevilla; *Demetrio, procónsul,* y Néstor, mártires en Tesalónica. Beato Alano de la Roche, dominico. Santas **Brígida de Suecia, viuda;** Tais y Pelagia, penitentes; Libaria —hermana de los santos Euquerio, Elofo y Susana— virgen, mártir en tiempos de Juliano el Apóstata; Triduana y Keina, vírgenes; Reparata, virgen, mártir en Cesarea de Palestina; Benedicta o Benita y Leoberia, vírgenes martirizadas cerca de Lyón; Palaciata y Lorenza, muertas en el destierro por la causa de la fe; Porcaria y Paladia, vírgenes y mártires; Ragenfreda, virgen y abadesa en Flandes. Beata *Beatriz de Silva, cisterciense y fundadora.*



Gloria y honra de la Orden — El papa Paulo V

DÍA 9 DE OCTUBRE

SAN LUIS BELTRAN

DOMINICO, APÓSTOL DE AMÉRICA MERIDIONAL (1525-1581)

EN la nobilísima ciudad de Valencia vivía por los años de 1525 un notario muy honrado y virtuoso llamado Juan Luis Bertrán, que ahora decimos *Beltrán.* Por expresa voluntad de Dios, que se le manifestó con repetidas apariciones de San Bruno y San Vicente Ferrer, Juan Luis casó en segundo matrimonio con Ángela Exarch. De esta unión, contraída por obediencia, nació el niño Juan Luis el día de la Circuncisión del año 1525. Era la primera bendición con que el Señor premiaba la obediencia de don Juan; este hijo fué el primogénito de los nueve que tuvo. Los cuatro hermanos y cuatro hermanas del Santo llevaron todos ellos vida virtuosísima.

En la iglesia de San Esteban, y en la misma pila bautismal que San Vicente Ferrer, pariente suyo, recibió este santo niño, junto con la regeneración del bautismo, el nombre de su padre Juan Luis.

Ya en la niñez dió seguras muestras de su futura santidad; porque si lloraba, el medio usado por su madre para acallarle era presentarle una imagen del Salvador, de la Virgen María o de algún Santo. Las lágrimas cesaban al punto, y se convertían en alegría. Enseñóle su madre a decir los nombres de Jesús y María, y él los repetía con tanto amor, que enternecía a cuantos le oían.

Puede asegurarse que bebió con la leche materna el espíritu de oración y penitencia, pues casi desde la cuna viósele rezar y mortificarse. Siendo de siete años, tenía ya especialísima devoción a la Reina de los Ángeles, cuyo oficio rezaba diariamente con extraordinario fervor. Hasta su muerte conservó tan piadosa costumbre. Era su entretenimiento visitar las iglesias y conventos de Valencia, y no gustaba de la compañía y juegos de los niños; si le mandaban jugar con ellos, lo hacía con grande edificación, y reprendía a cuantos juraban o decían palabras descompuestas. Gustaba del retiro y de la oración. Sus padres le sorprendían con frecuencia arrodillado en los sitios más apartados de la casa, y se guardaban mucho de distraerle. Llegada la noche, burlaba la vigilancia materna y se acostaba en el duro suelo.

LA PRIMERA COMUNIÓN. — SU HUÍDA

SIENDO ya de quince años, su director espiritual, el padre Ambrosio de Jesús, de la Orden de los Mínimos, admitióle a la primera comunión. El virtuoso mancebo preparóse con fervor extraordinario a esta acción importantísima que por entonces solía hacerse muy tarde. Cuando hubo recibido el cuerpo del Señor, sintió en su alma tales ansias de penitencia y sacrificio, que prometió vivir en adelante sólo para Dios.

Desde ese día comulgó tres veces cada semana, lo cual no solía hacerse en aquel tiempo; y es que era tan ardiente el fuego de amor divino en el corazón de Luis, que su confesor lo avivaba gustoso cuanto podía.

En la frecuente comunión bebió aquel santo joven la fuerza del sacrificio y los anhelos de abnegación que más adelante llenarían su alma.

Su padre, no obstante ser varón virtuosísimo y piadoso, preparó a su hijo una carrera en el siglo. Admiraba en Luis la inteligencia despierta y el singular crédito y lustre que es galardón y premio de la virtuosa vida, y así le hizo estudiar las artes liberales.

Sólo por obedecer a su padre se entregó Luis al estudio, en el que salió muy aventajado; pero al mismo tiempo ejercía estrecha vigilancia sobre sí mismo para no dejarse arrastrar al vicio. Leía con frecuencia libros devotos, porque en las lecturas espirituales hallaba su alma nuevo alimento que la henchía de fervor; ¡cuántas veces, a solas con el libro de las Sagradas Escrituras, dejaba pasar largas horas en amorosos coloquios con el Divino Maestro que se dignaba hablarle al corazón!

Cierto día, «el santo» —como le llamaban sus condiscípulos— salió de la escuela y huyó de la casa paterna. Llevado del Espíritu de Dios, fué a encerrarse en una cueva donde hubiera querido pasar toda su vida; pero su padre le mandó buscar y le hallaron al fin a siete leguas de Valencia.

LA GRACIA DE LA VOCACIÓN. — PRUEBAS

CON este suceso entendió su familia que no estaba Luis para contraer matrimonio; propusiéronle que entrase en el clero secular. Era ello una estratagema de los padres, que pretendían guardar consigo a su amado hijo, enfermizo y de complexión débil. Luis vino en ello de buen grado, pero con el pensamiento puesto en días mejores.

Vestido ya con la librea de Jesucristo, acudía a los hospitales de Valencia, donde permanecía el día entero y casi toda la noche curando las llagas de los enfermos y consolándolos a todos con santas palabras.

Murió, entretanto, su confesor, el padre Ambrosio de Jesús, y eligió entonces para director espiritual al padre López, de la Orden de Predicadores. De este santísimo varón se sirvió el Señor para traer a Luis a vida perfecta. Efectivamente, al poco tiempo, entendió el Santo que Dios le llamaba a la familia de Santo Domingo.

Ya bien determinada su vocación, habló resueltamente de ella a su padre, que le negó licencia para seguirla. Luis maduró aquel propósito con la oración y la paciencia. Cuanto más tardaba en cumplirse, más crecía el ardor y la intensidad de sus deseos. La negativa de su padre no apagó la voz interior; el joven seguía oyendo que Dios llamaba de continuo a la puerta de su corazón.

Finalmente, se decidió a hollar la carne y sangre, y darse generosamente al Señor como la gracia se lo pedía. Recibió el hábito en el convento de Valencia a 26 de agosto de 1544 sin saberlo su padre, el cual terminó por darle consentimiento algo después.

NOVICIO Y PROFESO. — AMOR A LA MORTIFICACIÓN

LUIS fué en el noviciado modelo perfecto de todas las virtudes religiosas. El silencio era su conversación —escribe su hagiógrafo—; su alimento, el ayuno; la oración, su recreo, y las obras de caridad, su más agradable ocupación. Propúsose por ejemplar de vida la de su padre Santo Domingo y de los demás Santos de la Orden, especialmente la de su ilustre compatriota San Vicente Ferrer, a quien imitó en todo tan perfectamente, que el maestro de novicios, fray Juan Micó, solía decir: «Luis será en Valencia otro San Vicente Ferrer».

Cuando algunos novicios extrañaban aquella facilidad en un principiante, siendo así que ellos sólo hallaban arideces y sequedades, solía consolarlos

con estas palabras: «La paciencia en las sequedades y privaciones contribuye a menudo más a la salud del alma que los consuelos celestiales».

Antes de terminar el noviciado tuvo la alegría de saber que sus padres le dejaban totalmente libre de entregarse a Dios. Más todavía: tuvieron bastante fortaleza de ánimo para asistir a la profesión solemne de Luis, y regocijarse con él en aquel sacrificio común (27 de agosto de 1545).

El santo religioso trataba a su cuerpo enfermizo con asperísima austeridad. Vestía de ordinario un cilicio y otras veces se ceñía una cadena de hierro. No le bastaban los siete meses de ayuno de la Orden, sino que ayunaba otros muchos días. Como para su alma, ávida de mortificación, era excesiva la frugal comida de los frailes, contentábase a menudo con pan y agua. Tomaba rigurosísimas disciplinas hasta derramar sangre. Con estas penitencias conservó su carne sin corrupción y su alma pura, y murió virgen como había nacido.

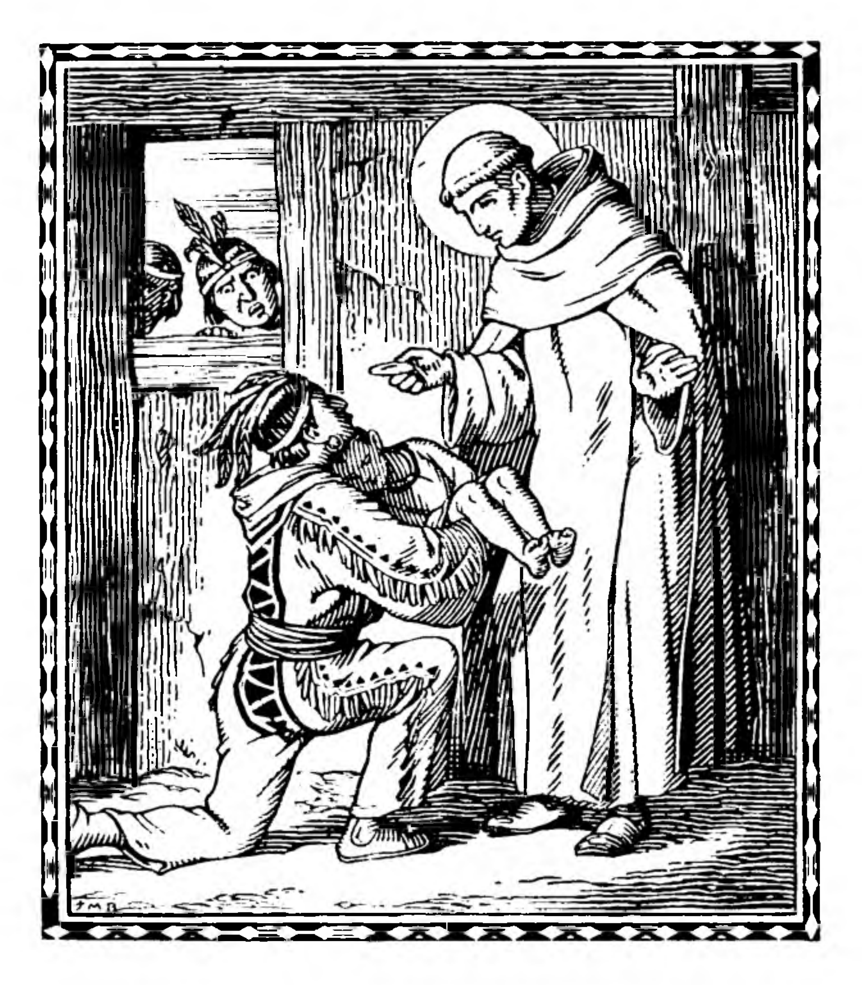
PRIMERA MISA

ACABADO el estudio de la Teología, promoviéronle a los Órdenes Sagrados y fué ordenado sacerdote en 1547, siendo de veintidós años de edad. Cantó la primera misa el 23 de octubre.
Muy gozosa y consolada quedó su alma con recibir este sacramento sublime; aun estaba Luis gustando interiormente estos divinos consuelos, cuando tuvo noticia de que su padre se hallaba gravemente enfermo. Partióse al punto a Valencia, y le asistió como buen hijo hasta que murió.

A poco de morir, le reveló Nuestro Señor los grandes tormentos que padecía el difunto en el purgatorio. Luis empezó desde aquel día a ofrecer misas, oraciones, ayunos y penitencias para alivio del alma de su padre; esto hizo por espacio de ocho años, al fin de los cuales tuvo el consuelo inmenso de ver a su padre muy alegre, libre ya de aquellos tormentos.

SAN LUIS, MAESTRO DE NOVICIOS

CONOCÍAN los Padres de Valencia la extraordinaria virtud del siervo de Dios, y así le nombraron en 1548 primer prior del convento de Lombay, fundado por el duque de Gandía, San Francisco de Borja. Por los años de 1550, volvió a Valencia nombrado maestro de novicios, aunque sólo tenía veinticinco años. Cumplió tan a gusto de los superiores y con tanto celo aquel cargo, que después le eligieron otras seis veces y siempre con grandísimo fruto de la Orden.



DICE *el indio a San Luis Beltrán. «Este mi niño se muere, y me ha dicho un buen espíritu en el monte, que tú has venido aquí y si le bautizas se salvará». Bautizóle y le puso por nombre Miguel. Murió luego, pero, quedó el Santo muy consolado de que el primero que bautizaba fuera al cielo.*

Era muy rígido y exigente con los novicios en materia de observancia, pero con ser tan inexorable y austero, todos le amaban entrañablemente.

Predicaba más con el ejemplo que con la palabra, y era tan humilde, que mandaba a los novicios que notasen sus faltas y se las dijesen, y les suplicaba no usasen con él de honras y muestras de respeto; ni siquiera permitía que le besasen la mano.

Por haber sobrevenido la peste en Valencia, donde causó grandes estragos por espacio de tres años, determinaron los Superiores enviar unos cuantos religiosos a lugares más sanos y saludables. Al padre Beltrán mandáronle al convento de Albaida, del que fué superior. Volvió a Valencia en 1560.

MISIONERO EN LAS INDIAS

TUVO por entonces noticia de la necesidad que había en las Indias de ministros evangélicos y, como le consumía el corazón el celo por la salvación de las almas, dolíale el ver que tantos paganos vivían sin conocer al Dios verdadero. Determinó partirse para aquellas lejanas tierras; oró al Señor y entendió ser aquella su divina voluntad. Previa licencia de su prelado, y con mucho sentimiento y lágrimas de sus hermanos y novicios, se embarcó en Sevilla el año de 1562.

Destináronle primero al convento de Cartagena, en la actual Colombia, donde empezó el duro aprendizaje de los trabajos que exigía entonces la evangelización de los indios.

Al verse solo en medio de los naturales, Luis Beltrán puso en el Señor su confianza. Fuéles a predicar, pero ni él sabía la lengua de los indios, ni ellos entendían el castellano. No tuvo más remedio que tomar consigo un intérprete. A los pocos días cayó en la cuenta de que éste le engañaba, dando a sus palabras sentido contrario; acudió al Señor, y el Espíritu Santo le otorgó el don de lenguas. La gracia divina acompañó desde entonces los sermones del apóstol y las conversiones se multiplicaron.

El padre Beltrán evangelizó los territorios de Tubara, Cipacón, Paluate, Mompós, Serta, Santa Marta, Tenerife y algunos más. Sería difícil precisar el número de conversiones logradas por este insigne y valeroso misionero. Sólo en Tubara bautizó más de tres mil y en Santa Marta más de quince mil. El primero que bautizó fué un niño moribundo. Su padre muy afligido lo trajo en brazos y, postrándose a los pies del Santo, le dijo: «Un buen espíritu me ha dicho que mi hijo se salvaría si Luis derramaba un poco de agua sobre su cabeza». Bautizóle y luego murió. San Luis quedó muy consolado de que el primero que bautizaba se iba derecho al cielo.

Con ver tantas conversiones, andaba el demonio fuera de sí de odio y

enojo contra el siervo de Dios. Primero incitó a los indios a que armasen lazos a la castidad del Santo provocándole por medio de malas mujeres; después se le apareció el mismo diablo en figura de ermitaño, diciéndole que dejase aquel país, donde los indios premiaban su celo y sus padecimientos mostrándose con él brutales y llenándole de injurias. Luis Beltrán burló aquellos artificios del maligno espíritu; con sólo hacer la señal de la cruz, ahuyentó al ángel de las tinieblas transformado en ángel de luz.

No fueron menos admirables las maravillas que obró en las misiones de Cipacón, Paulate y demás poblados indios. Los naturales le vieron un día arrobado en éxtasis, levantado varios pies del suelo.

A vista de tantos prodigios, muchísimos paganos dieron de mano a las sacrílegas supersticiones y abrazaron la religión cristiana. Por consejo del padre Beltrán, quemaban los ídolos y los templos de los dioses, y juraban que no volverían jamás a darles culto.

Pasados siete años de tan maravilloso apostolado, pensó volverse a España con licencia de su General. La principal razón que adujo para ello fué el no poder sufrir su caridad y celo la crueldad e impiedad de algunos gobernadores, que a pesar de las órdenes formales de los Reyes Católicos, oprimían demasiado a los indios y embarazaban la predicación del Evangelio.

VUELVE A ESPAÑA. — NUEVOS CARGOS

HABIDA licencia de sus superiores, como dijimos, se embarcó el Santo con rumbo a la Península. Llegó felizmente a Sevilla a 18 de octubre de 1570. De aquí pasó a Valencia, donde le recibieron con grandes muestras de cariño y alborozo.

Ya el año siguiente fué elegido prior del convento de San Onofre, poco distante de aquella ciudad. Acabado su priorato, volvió el Santo a Valencia, y luego le hicieron maestro de novicios por segunda vez el año de 1573. Allí manifestó el Señor la santidad de su siervo con el don de profecía y penetración de los espíritus.

Los Padres de aquel convento envidiaban la suerte de los novicios, y también ellos quisieron tener por superior a tan santo varón; así que se industriaron para que le nombrasen prior del convento, como se hizo. Convencido de su ineptitud, corrió el padre Beltrán a echarse a los pies de los frailes, y les suplicó con lágrimas que se apiadasen de él. Finalmente, viendo que los Padres no querían quitarle aquella carga del priorato, diciendo que nadie era más digno que él de llevarla, fuése el Santo ante una imagen de San Vicente Ferrer y, con grande fervor, le hizo esta oración: «Padre San Vicente, yo renuncio en vos al priorato; vos seréis el prior y yo ejecutaré

vuestras órdenes». San Vicente oyó su ruego; la imagen se inclinó y abrazó al padre Beltrán, el cual se levantó lleno de consuelo y confianza.

Favorecióle también el Señor con el don de la palabra, de la que siempre se aprovechó el Santo para mover los corazones al bien y convertir almas.

Su manera de vida era por entonces sencillísima. La frugalidad y aun la austeridad presidían su mesa. Jamás consintió que le sirviesen carne o pescado; bastábanle unas legumbres y el agua clara de la fuente. Menos exigente era todavía respecto de la cama: una tabla nudosa y una arquita de madera donde reclinar la cabeza, eran su lecho «los días de relajamiento» —decía él decía—, porque de ordinario dormía en el duro suelo.

POSTRERA ENFERMEDAD. — EL CIELO EN LA TIERRA

TANTA mortificación en medio de trabajos tan penosos, acabó con las pocas fuerzas que siempre había tenido. A poco de terminar el priorato, sobrevínole recia calentura, mas no por eso dejó sus penitencias y austeridades. Vivió en adelante como simple religioso, edificando con su perfecta observancia a los frailes, entre los que se consideraba como el último, y a cuantos se le acercaban, grandes y pequeños.

En 1580 tuvo aún fuerza para predicar la Cuaresma en Játiva; el año siguiente lo hizo en la catedral el día de la Epifanía, y en la iglesia de los Templarios, con ocasión de la fiesta de la Orden de Montesa. No pudo, sin embargo, predicar la Cuaresma en la iglesia de San Esteban, donde había sido bautizado, y mandó a otro religioso, también enfermo, prometiéndole especial asistencia del Señor, como así sucedió.

Su hermano Jaime, sacerdote y director del hospital de clérigos de Valencia, hízole entrar en aquel establecimiento en mayo de 1581; pero los médicos le aconsejaron otro clima y otros aires, y así le trasladaron al campo y alojaron en una quinta, propiedad del Beato Juan de Ribera, patriarca de Antioquía y arzobispo de Valencia. Pero fué en balde; porque pasado poco tiempo tuvo que regresar al hospital más enfermo todavía, y, finalmente, al convento, donde murió a 9 de octubre de aquel mismo año.

Aquella pérdida causó grandísimo dolor entre sus hermanos y en el pueblo todo, que admiraba su extraordinaria santidad.

Muchos y grandes milagros obró el Señor en el sepulcro de San Luis Beltrán; uno de los más notables fué la conservación de su sagrado cuerpo, comprobada debidamente en 1582, 1647 y 1661.

Beatificó a Luis Beltrán el papa Paulo V en 1608; el mismo Sumo Pontífice y su sucesor Gregorio XV, encargaron a los auditores de la Rota que llevasen adelante la causa del siervo de Dios, examinando la validez del pro-

ceso incoado en Valencia el año de 1596. Los jueces delegados declararon que podía procederse a la canonización. Su informe fué presentado al Pontífice a 13 de agosto del año 1621, y el expediente entregado a los pocos meses a la Sagrada Congregación de Ritos.

La causa permaneció inactiva por espacio de treinta años, hasta que el papa Alejandro VII mandó llevarla adelante.

Vinieron luego los decretos de Urbano VIII y Clemente IX, que exigían para la canonización de los siervos de Dios, milagros posteriores a su beatificación, y esto fué causa de otro proceso sobre nuevos milagros atribuídos al Beato Luis Beltrán.

Finalmente, fué canonizado por la Santidad de Clemente X en la basílica Vaticana a 12 de abril de 1671, junto con los santos Francisco de Borja, Cayetano de Tiene, Felipe Benicio y Rosa de Lima.

Para el clero secular español, a la fiesta de este Santo le señaló Alejandro VIII el día 10 de octubre, y no el 9, fecha de su fallecimiento. El mismo Sumo Pontífice declaró a San Luis Beltrán patrono de Nueva Granada (Colombia) el día 3 de septiembre de 1690, y mandó que su fiesta fuese de precepto en dicho país, y que se celebrase con rito doble de primera clase.

El Martirologio romano trae su fiesta a 9 de octubre; en la archidiócesis de Valencia se celebraba el último domingo de octubre, pero desde que existe la fiesta de Cristo Rey, la festividad de San Luis Beltrán se celebra el tercer domingo de dicho mes.

Se suele representar a este Santo ya con un cáliz del que sale una serpiente, ya con un Crucifijo cuya parte inferior aparenta una culata de escopeta: estos objetos recuerdan dos milagros con los que el Señor protegió visiblemente a su fidelísimo siervo.

SANTORAL

Santos *Juan Leonardo, fundador de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios; Dionisio Areopagita, obispo de París, Rústico, presbítero, y Eleuterio, diácono, mártires;* Luis Beltrán, confesor; Abrahán, patriarca; Gisleno, obispo de Atenas y apóstol en Bélgica; Adalberón y Nidgario, obispos de Augsburgo; Bonnolo y Arnoldo, obispos de Metz, y Víctor, de Verdún; Demetrio, obispo de Alejandría; *Sabino de Barcelona, ermitaño;* Diosdado, abad de Montecasino; Silvano y Flaviano, diáconos; Domnino, mártir en Milán; Lamberto y Valerio, discípulos de San Gisleno en Bélgica; Andrónico —marido de Santa Atanasia— confesor. Beato Juan Lobedán, franciscano. Santas Larcia, mártir con San Dionisio Areopagita y muchos otros; Atanasia, mujer de San Andrónico; Publia, abadesa Austregilda, princesa y madre de San Lupo, obispo de Sens.



Duque cuarto de Gandía — Tercer prepósito General de la Compañía de Jesús

DÍA 10 DE OCTUBRE

SAN FRANCISCO DE BORJA

TERCER GENERAL DE LOS JESUÍTAS (1510-1572)

CRISTIANO fervoroso; religioso observante y penitente; varón eminente e insigne Santo, que en hora providencial contribuye al florecimiento de la Iglesia católica, así aparece San Francisco de Borja a quien de cerca lo estudia dentro del marco de su época y de su ambiente. Su padre, nombrado Grande de España el año de 1521, era sobrino del papa Calixto III; por él emparentó también Francisco con Alejandro VI. Bisabuelo materno suyo fué el rey don Fernando V el Católico.

Como muy acertadamente dice un biógrafo, la santidad penetró en la familia Borja con la abuela paterna del Santo, doña María Enríquez, la cual permaneció en España con sus dos hijos mientras estuvo en Roma su marido don Juan I, entonces segundo duque de Gandía, asesinado en dicha ciudad a 14 de junio de 1497. La virtuosa viuda crió a los dos huérfanos, y más adelante dejó a su hija abrazar la Orden de las Clarisas, y siguióla ella al poco tiempo. Murió santamente el año de 1537, habiendo anunciado que el mayor de sus nietos «consolidaría la Casa de los Borjas, y llegaría a ser gloria y prez de España y de la Iglesia».

En Gandía, ciudad del reino de Valencia, nació este ilustre Santo a 18 de

octubre de 1510. Los duques de Gandía criaron a su primogénito en el santo temor de Dios. El mayor contento del niño era oír hablar del cielo. Gustábale hacer altarcitos e imitar a los sacerdotes en las ceremonias eclesiásticas; y, siendo de diez años, repetía en casa los sermones que había oído. Su padre tenía las ideas de aquel tiempo respecto a la vocación de los primogénitos de familia noble, y así solía decirle con donaire: «Armas y caballos te hacen falta, Francisco, y no Santos y sermones. Sé devoto, pero no dejes de ser cumplido caballero.»

Con creces pagaba el niño a sus progenitores el trabajo de su educación. Queríalos con delirio, pero con amor verdadero y sobrenatural. Habiendo muerto su madre el año de 1520, tuvo tanto miedo Francisco de que se hallara padeciendo en el purgatorio que, para librarla de él, oraba y disciplinaba su cuerpecito sin compasión.

A raíz de aquella muerte y de algunos trastornos políticos, llevóle el duque a Zaragoza y lo dejó en poder de su tío don Juan de Aragón, arzobispo de aquella ciudad, para que continuase allí sus estudios.

EL PRESO DE LA INQUISICIÓN. — MARQUÉS DE LOMBAY

TEMIÓ el duque don Juan que Francisco abrazase la carrera eclesiástica, y, así para impedírselo como para acostumbrarle a vida más conforme con las usanzas del siglo, solicitó de Carlos V, en favor de su hijo, el año 1522 las funciones de paje de honor de la infanta doña Catalina. Pero ésta tuvo que dejar a España el año 1525 para casarse con Juan III, heredero de la corona de Portugal. Don Juan de Borja llamó a su hijo, y le hizo terminar los estudios con el arzobispo de Zaragoza. Menos de tres años después, a 8 de febrero de 1528, le envió su padre a la corte del emperador, a la sazón en Valladolid. En este viaje, al pasar por Alcalá, se encontró con un pobre caballero que los ministros de la Inquisición llevaban a la cárcel: el hijo del duque de Gandía se paró a mirar al desgraciado con aire tan bondadoso, que impresionó vivamente a un doctor de la Universidad. El preso era Ignacio de Loyola, futuro fundador de la Compañía de Jesús; aquel doctor fué después discípulo de Ignacio, y Francisco, su segundo sucesor.

Sus cualidades morales, sus aptitudes físicas, tanto como su buen ingenio, presagiaban al joven caballero brillante carrera en la corte. Pero menudeaban los peligros morales en aquel ambiente, y pronto cayó en ello el santo mozo. Por eso determinó defenderse del vicio por todos los medios. La recepción devota de los sacramentos y la devoción a María fueron sus armas principales. Aquella vida no le impedía, sin embargo, cumplir fielmente sus obligaciones.

Prendado Carlos V de las virtudes y caballerosidad de Francisco, casóle con una señora portuguesa, doña Leonor de Castro, dama muy favorecida de la misma emperatriz Isabel. Efectuóse el casamiento el mes de julio de 1529. El siguiente año, ascendió el emperador a marquesado la baronía de Lombay, que Francisco había recibido como dote, y nombró al nuevo marqués montero mayor de palacio y caballerizo mayor de la emperatriz.

LECCIÓN DE LA MUERTE. — VIRREY DE CATALUÑA

EL joven marqués de Lombay siguió al emperador Carlos V en su expedición a Francia. Más tarde, afligióle en Segovia grave enfermedad, y con esto determinó apartarse del siglo cuanto le fuera posible. Fué desde entonces más dado a la piedad y a la lectura de libros santos y empezó a confesarse cada mes, cosa de muy pocos usada en aquel tiempo. No era amigo de jugar; prefería la caza y la música. Desde el año 1532 comenzó a componer algunas obras para órgano que han sido muy usadas en las iglesias de España; la *Missa sine nómine,* atribuída a Rolando Laso, pertenece, a lo que se cree, a las obras del duque de Gandía.

Poco a poco le iba el Señor trayendo a vida perfecta. Otro suceso, tan trágico como imprevisto, impresionó vivamente su alma: la muerte de la emperatriz doña Isabel, acaecida en Toledo el primero de mayo de 1539, estando el emperador en Cortes, con fiestas y regocijos extraordinarios.

El cuerpo de la emperatriz se había de enterrar en la capilla de los reyes en Granada. Era costumbre hacer aquella jornada con grande acompañamiento. Carlos V dió este delicado encargo al marqués de Lombay, caballerizo mayor de la emperatriz. Francisco partió para Granada con lucida escolta de oficiales y caballeros nobles y principales. La gente acudía en tropel por donde pasaba, para dar el postrer adiós a su bienhechora. Llegados a Granada el 16 de mayo, la fúnebre comitiva adelantó hasta la catedral entre dos filas de soldados.

Al hacerse al día siguiente en la capilla de los Reyes el reconocimiento del cadáver de la emperatriz, horriblemente descompuesto, sintió Francisco de Borja aquel hondo desengaño de la vanidad del mundo; momento decisivo que fué trasladado al lienzo por el inspirado pincel de Moreno Carbonero. Aquel desengaño, sin exteriorizarse en las actitudes dramáticas que fantasea Cienfuegos, pasó todo en lo interior, obrando aquella insigne conversión no de vida pecadora en cristiana, sino de vida buena en perfecta, que el Santo recordaba años adelante en su *Diario espiritual*. Todos los caballeros allí presentes juraron que allí quedaba enterrado el cadáver de la emperatriz.

Después que el marqués de Lombay oyó el elocuente sermón predicado

al día siguiente —18 de mayo— por el apóstol de Andalucía, Beato Juan de Ávila, le comunicó toda su alma y el plan de vida que se había trazado de más oración, lección espiritual y mortificación conforme a la luz recibida del Señor. Entonces dióle Juan de Ávila un consejo que contenía tres: luchar contra la ambición, contra la envidia y contra la afición a los placeres. El marqués de Lombay se propuso seguirlos fidelísimamente.

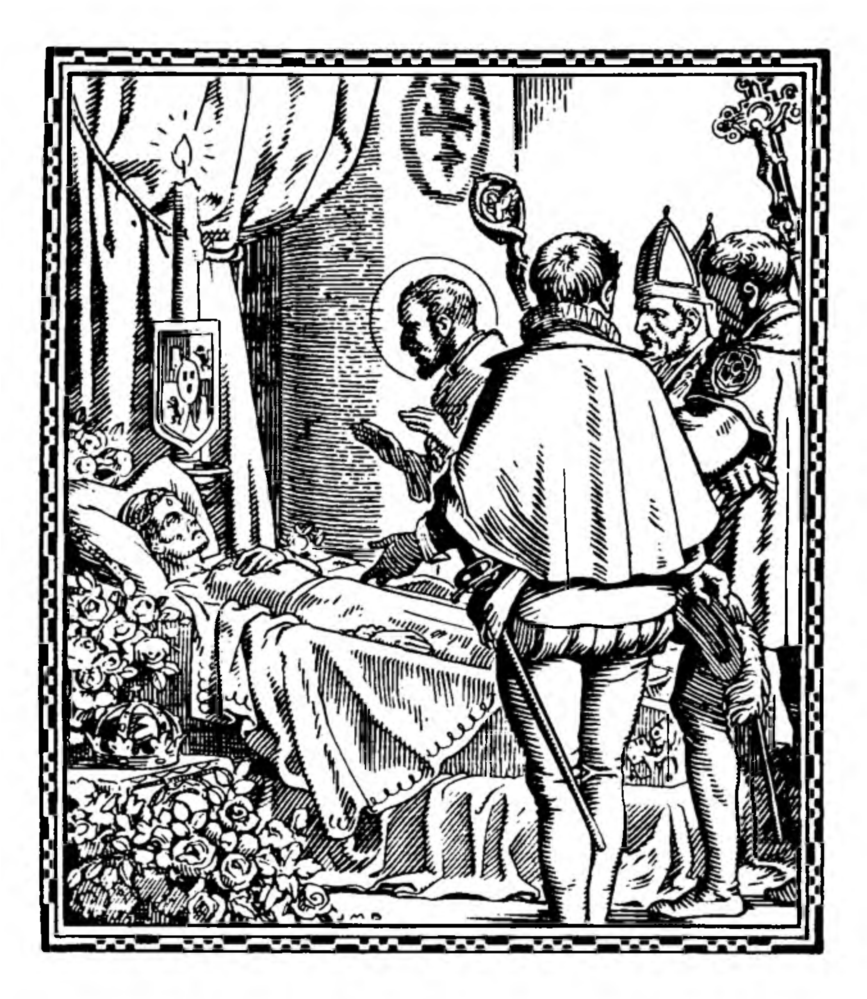
El día 26 de junio de 1539, Francisco fué nombrado virrey de Cataluña, y por aquel mismo año caballero de la Orden de Santiago, lo que le aseguraba, aun materialmente hablando, grandísimas ventajas.

Cataluña se hallaba desde tiempo atrás infestada de bandoleros y salteadores, y no había camino seguro. Francisco emprendió contra ellos una lucha sin tregua que le dió mucho que hacer. Algunos facinerosos pagaron con la vida sus crímenes; por cada uno de ellos mandó el virrey decir treinta misas. No se limitó a eso el trabajo de Francisco. Puso orden en la gente de guerra, arregló el puerto y baluartes de Barcelona, y fortificó el Rosellón. Tuvo también que luchar contra el relajamiento de algunos conventos. El marqués de Lombay era esclavo de su obligación; no obstante, mostrábase bondadoso con los presos, suavizando cuanto podía ciertos castigos corporales usados en aquel tiempo. Con la muerte de su padre, acaecida a 7 de enero de 1543, pasó a ser cuarto duque de Gandía.

PROFESIÓN RELIGIOSA Y SACERDOCIO

HABIENDO administrado a Cataluña con notable acierto y llevado a feliz término algunas empresas militares, tomó ocasión de la muerte de su padre, para retirarse. Suplicó al Emperador le diese licencia para irse a su estado, y conocer y gobernar a sus vasallos. El Emperador convino en ello, y, el mismo año de 1543, dejó Francisco el gobierno de Cataluña y se fué a Gandía.

Murió la duquesa doña Leonor a 27 de marzo de 1546. Francisco no aspiró desde entonces sino a darse totalmente a Dios cuando sus obligaciones de estado se lo permitiesen. Entretanto, siguió llevando vida santa y sencilla dentro del fastuoso cuadro digno de su noble condición, y buscando colocación para sus hijos. Desde el año 1541 pertenecía a la Tercera Orden franciscana y seguía los consejos del humilde fray Juan de Trejeda; pero más íntimas relaciones tenía ya con los Padres Jesuítas y con su fundador San Ignacio; mostrábase con ellos sumamente liberal. El día 2 de junio de 1546 hizo voto de entrar en la Compañía, y, por consejo de San Ignacio, se dió al estudio de la Teología. El mismo santo fundador suplicó al papa Paulo III que diese licencia al duque para hacer los votos de la Compañía,



AL *abrir la caja de plomo descúbrese el rostro de la emperatriz tan desfigurado, que causa horror a los que le miran. Ante espectáculo tan lastimoso, penetra luz divina a San Francisco de Borja, que dice y repite en su corazón. «Nunca más servir a Señor que se pueda morir».*

aunque permaneciendo aparentemente seglar, y facultad para administrar por mientras disponía las cosas de sus estados y casa. Obtenido el privilegio, Francisco profesó a 1.º de febrero de 1548. A 20 de agosto de 1550 se graduó de doctor en la Universidad de Gandía por él fundada, y a 31 de agosto dejó a Gandía y partió para Roma, sin que nadie sospechara el principal motivo del viaje.

En Roma le recibieron con los honores debidos a su noble condición, contra su voluntad que era entrar de noche y sin ruido. Escogió para su habitación la casa de la Compañía de Santa María della Strada; dió principio al Colegio romano, que San Ignacio solía llamar Colegio Borja, y que, tomando nombre del papa Gregorio XIII, se llamó Universidad gregoriana.

Quizá adivinó o conoció el papa Julio III el propósito del duque de Gandía; el emperador don Carlos pidió con grande instancia para Francisco el capelo cardenalicio. El Pontífice se resolvió a hacerlo con grande aprobación del colegio de los cardenales. Esto dió ocasión al Santo para hacer publica su determinación de entrar en la Compañía. Para ello necesitaba licencia del Emperador: el duque la pidió por carta de 15 de enero de 1551. Recibió la respuesta hallándose en Oñate a 11 de mayo del mismo año, con lo cual renunció a su bienes ante notario, quitóse la barba y se vistió el hábito de la Compañía. Merced a una dispensa, que le permitía recibir uno tras otro los sagrados órdenes, recibiólos en menos de dos semanas, y se ordenó de sacerdote en Oñate a 23 de mayo de 1551.

RELIGIOSO. — PRUEBAS

HABIDA cuenta de la influencia que podía ejercer un señor tan principal trocado en el humilde «Padre Francisco», el general de la Compañía no le asignó Provincia alguna de la Orden, sino que le dió libertad para ejercer el ministerio como fuese de su agrado. El nuevo sacerdote se hizo apóstol de Guipúzcoa, donde logró indecible fruto con la predicación y el ejemplo. También predicó diversas veces en Pamplona a instancias del virrey de Navarra don Bernardino de Cárdenas; en Burgos, Valladolid y otros pueblos de Castilla, y en Andalucía. Pasó luego a Portugal, llamado por los reyes, y admiró a todos con su humildad y doctrina.

Otra vez se trató de ofrecerle el capelo cardenalicio; Julio III pidió al Emperador cuatro españoles para hacerlos cardenales, y Carlos V encabezó la lista con el duque de Gandía. San Ignacio no se determinaba; Francisco estaba pronto a obedecer a su superior. Éste zanjó la cuestión en sentido negativo, y por su orden, a 22 de agosto de 1554, el Padre Francisco emitió los votos simples que se añaden a los tres solemnes: de allí adelante no

podía aceptar dignidades eclesiásticas, a no ser que el Papa le obligase a ello so pena de pecado.

Murió San Ignacio a 31 de julio de 1556, y fué elegido para sucederle el Padre Laínez. Un voto tuvo en el escrutinio el Padre Francisco de Borja, quizá el del mismo padre Laínez que quería con ello designar de antemano su futuro sucesor. Entretanto, Francisco fué confirmado en su cargo de comisario general de la Orden en España y en las Indias Orientales. Vió en Ávila a Santa Teresa de Jesús y aprobó su vida espiritual.

El emperador Carlos V mandó llamar a Francisco a Yuste y a Valladolid los años 1555 y 1557, y le nombró testamentario suyo. Estando ya en la agonía, llamóle otra vez. Falleció el emperador a 21 de septiembre de 1558, y el Padre Francisco predicó en los funerales que se celebraron.

No le faltaron pruebas con las que el Señor quería desasir más y más su corazón de las cosas del siglo. El año de 1558 murió una hija suya, y, al año siguiente, uno de sus yernos. Vinieron luego sus propias enfermedades. En Évora, donde predicó la Cuaresma del año 1560, le sobrevino un ataque de parálisis. Llamado a Roma en el mes de junio siguiente por el Padre Laínez, tuvo que detenerse en camino por haberle acometido la gota.

PREPÓSITO GENERAL. — SU MUERTE

DURANTE la ausencia del Padre Laínez, que se hallaba en el Concilio de Trento, el Padre Francisco ejerció el cargo de Vicario general de la Orden. El papa Pío IV le trató con benevolencia; pero trabó amistad el Santo en Roma sobre todo con el dominico Miguel Ghisleri, que había de ser San Pío V.

Francisco fué nombrado asistente general de España y Portugal el año de 1564. Sólo desempeñó este cargo unos meses, porque el Padre Laínez murió a principios de 1565, y luego el Asistente pasó a ser Vicario general por segunda vez. Cinco meses más tarde, a 2 de julio, se celebró en Roma Capítulo general de la Compañía, y en él fué elegido Francisco Prepósito general de la Orden por 31 votos de los 39 electores; entre éstos se hallaban San Pedro Canisio y el Beato Ignacio de Acevedo.

No fué San Francisco de Borja el superior melancólico y decrépito que alguna vez se ha querido pintar, sino muy cumplidor, solícito de su responsabilidad, sumamente activo, mansamente autoritario, persuasivo, diplomático, humilde y bondadosísimo. A los superiores solía aconsejar que fuesen muy afables: «No echéis recta la plomada —les decía—; dejadla ondear...»

Trabajó por espacio de dos años en la nueva redacción de la regla de la Compañía, dió principio a la casa noviciado de Roma, y entre los nuevos

novicios tuvo a San Estanislao de Kostka; a instancias del rey don Felipe II, dió fuerte impulso a las misiones de América, y, más adelante, juntó sus esfuerzos a los del papa San Pío V para provocar la necesaria reforma en la Iglesia.

El año de 1571, mandóle Su Santidad que acompañase al cardenal Alejandrino, sobrino suyo, en su legación a España, Francia y Portugal, con el fin de formar una liga contra los turcos que amenazaban gran ruina a la cristiandad. En Valencia le recibieron sus hijos acompañados de la flor de la nobleza de la ciudad. A instancias del patriarca Beato Juan de Ribera, predicó en la iglesia mayor con extraordinario concurso de fieles, deseosos de oír al «santo duque».

A 8 de febrero, llegaron a Blois de Francia, residencia de la corte del rey Carlos IX. San Francisco exhortó a los reyes con vivas razones a conservar la fe católica en su reino.

La vuelta a Roma fué trabajosísima. Sobrevínole en este viaje recia calentura, con lo que fuéle menester pasar el verano en Ferrara en casa de su primo el duque don Alonso de Este. Su estado era tan grave que no quiso el duque participarle la muerte de San Pío V, a quien había sucedido Gregorio XIII. Pasando por Loreto, llegó a Roma ya moribundo, a 23 de septiembre de 1572. Muchos cardenales y embajadores acudieron a visitarle en su agonía. Finalmente, habiendo recibido el santo Viático y la Extremaunción, y bendecido a todos los Padres presentes y ausentes, dió su alma al Creador, poco antes de media noche del 30 de septiembre de 1572, siendo de sesenta y dos años de edad.

PROCESO DE SU CANONIZACIÓN. — CULTO

UNA curación notable obrada el año 1607 en la persona de la duquesa de Cea, nuera del duque de Lerma, dió mucho que hablar en España y fué causa de la instrucción del proceso en varias diócesis desde 1608 a 1611. Hallándose la duquesa en un parto dificilísimo con grave peligro de muerte, trajéronle un hueso del bienaventurado Padre Francisco, y, habiéndose encomendado a la intercesión del siervo de Dios, quedó viva y sana, teniendo todos esto por milagro.

El 22 de abril de 1617, las reliquias de San Francisco fueron entregadas a su nieto el duque de Lerma, que edificó en Madrid la iglesia de San Antonio, donde mandó arreglar un sepulcro para recibirlas.

A 31 de agosto de 1624, se promulgó un decreto que declaraba poder proceder a la beatificación y canonización de Francisco de Borja; conforme a los usos de entonces, dicho decreto le otorgaba ya el título de Beato.

Con fecha 23 de noviembre del mismo año, Urbano VIII concedió licencia a las casas de la Compañía de Jesús y a los estados de la familia Borja para venerar públicamente al nuevo Beato.

La duquesa de Gandía ofreció para recibir las reliquias de San Francisco una urna de plata, la misma en que hoy día están depositadas. Solemnísimas fiestas se celebraron en Madrid los meses de septiembre y octubre del año 1625.

El famoso decreto del papa Urbano VIII reformó el proceso de las causas de los Santos, y retrasó de unos años el de Francisco de Borja; se llevó adelante desde el 26 de febrero de 1647.

El papa Clemente X canonizó al santo duque de Gandía y prepósito general de la Compañía de Jesús por Carta apostólica de 20 de junio de 1670; los cultos solemnes se celebraron en Roma a 12 de abril del siguiente año, al mismo tiempo que para los santos Cayetano de Tiene, Luis Beltrán, Felipe Benicio y Rosa de Lima.

Las solemnidades celebradas en Madrid el mes de agosto de 1671 con ocasión de la canonización de San Francisco de Borja, fueron extraordinarias y solemnísimas: levantáronle no menos de diecisiete altares.

El año de 1672, las reliquias de San Francisco de Borja fueron trasladadas a la nueva residencia de los Padres Jesuítas. Cuando la supresión de la Orden, el año 1767, pasó la iglesia a los padres del Oratorio. El rey José Bonaparte requisó, el año de 1809, los objetos preciosos de las iglesias; felizmente los Padres tuvieron idea de pintar el relicario de color de bronce y con eso lo salvaron del embargo. Cuando la Revolución de 1835, la urna de plata fué también librada del pillaje; al siguiente año volvió a la iglesia de San Antonio. Unos años permanecieron las sagradas reliquias en la iglesia de *Jesús Nazareno,* y, finalmente, a 30 de julio de 1901, fueron depositadas en la nueva iglesia de la Compañía de Jesús.

SANTORAL

Santos **Francisco de Borja, de la Compañía de Jesús;** *Paulino, obispo de York;* Claro, primer obispo de Nantes; Cerbonio, obispo de Verona, y Paulino, de Capua; Pinito, obispo de Cnosa; *Eulampio, mártir;* Gereón, Víctor, Casio, Florencio, Malo y compañeros —de la Legión Tebea—, mártires; Daniel y compañeros, mártires, honrados en Ceuta; Juan de Bridlington, confesor. *Beato Hugo de Macón, compañero de San Bernardo y obispo de Auxerre.* Santas *Eulampia, mártir con su hermano Eulampio;* Tancha, mártir de la virginidad en la diócesis de Troyes (Francia); Telquida, virgen y abadesa; Irene, virgen, mártir en Tesalónica (Véase en cinco de abril, pág. 372); Septimia y Segunda, mártires en África.



El campo de apostolado — Filial devoto de Nuestra Señora

DÍA 11 DE OCTUBRE

SAN ALEJANDRO SAULI

BERNABITA Y OBISPO DE ALERIA Y PAVÍA (1534-1592)

LA noble familia de los Sauli era oriunda de la ciudad de Génova. Domingo Sauli, dotado de un carácter íntegro y gran habilidad para los negocios, se estableció en Milán, donde bien pronto ganó el aprecio de Francisco II Sforza y del mismo emperador Carlos V, que le nombraron Señor de Puteoli y miembro del senado de Milán; ejerció también durante varios años una de las más importantes magistraturas de la ciudad. Tomasa Espínola, su mujer, era igualmente noble y estimada. El 15 de febrero del año 1534 tuvieron un hijo, al que llamaron Alejandro y educaron esmeradamente, como a un gentilhombre cristiano correspondía. A los catorce años le enviaron a Pavía en calidad de estudiante, para proseguir los estudios literarios, y dar principio a la Filosofía y al Derecho. Como era inteligente, dócil y piadoso, hizo rápidos progresos, y terminó brillantemente las humanidades cuando apenas contaba diecisiete años.

Volvió entonces a Milán, y Carlos V le nombró paje suyo. Podía aspirar, en este mundo, al más lisonjero porvenir; empero, lo abandonó todo para consagrarse a Dios y a la salvación de las almas. En consecuencia, solicitó y obtuvo en el año 1551 autorización para entrar en religión, e ingresó en

la Congregación de Clérigos Regulares de San Pablo, conocidos con el nombre de *Bernabitas,* por haber sido cuna de la Orden la iglesia de San Bernabé, en Milán. Antes de ser admitido, se le sometió a una prueba singular, que uno de sus biógrafos, cuenta de esta manera:

«Como se dudase si admitir o no al joven gentilhombre por creerle educado muellemente, un Padre tuvo una súbita inspiración. Cogiendo una cruz de madera que le servía para predicar penitencia al pueblo, le ordenó que la tomase y cargado con ella recorriese las calles de Milán sin volver al convento hasta tanto que hubiese dado una prueba convincente de sus deseos de consagrarse al servicio de Dios.

Era el 17 de mayo de 1551, fiesta de Pentecostés, por cuyo motivo había en la ciudad gran afluencia de forasteros. Alejandro no dudó un instante, tomó la cruz, cargóla sobre sus hombros sin reparar en el lujoso traje de paje imperial que vestía y, con paso grave, se dirigió al centro de la ciudad. En la plaza del mercado, entonces lugar de reunión, vió a un charlatán que entretenía a la multitud: le hizo descender de su tablado, ocupó su puesto, elevó la cruz en presencia de la multitud atraída por la novedad del espectáculo y dió principio a su sermón, hablando con acento vibrante de la fragilidad de las cosas de este mundo, de la necesidad de servir a Dios y salvar el alma, del valor infinito del tiempo y de la eternidad. La palabra convencida del improvisado predicador llegó a los corazones conmoviéndolos, ya que a su vuelta a San Bernabé iba acompañado de muchos de sus oyentes que pedían confesión para reconciliarse con Dios. Vencidas así las dudas que pudiera suscitar su vocación, fué admitido sin más dilaciones, e ingresó aquel mismo día en el noviciado.»

En recuerdo de este hecho memorable, los postulantes Bernabitas llevan sobre sus hombros una larga y pesada cruz en la ceremonia de su admisión al noviciado, al ir del oratorio al coro de la iglesia.

EL NOVICIADO. — LA PROFESIÓN PERPETUA

NO faltó quién pusiera objeciones a la vocación del joven postulante. ¿Cómo —se decían— habiendo sido educado en un palacio y estando acostumbrado a que le sirvan muchos criados, va a poder soportar la vida religiosa, humilde y austera, y que exige, por otra parte, tantos renunciamientos? Además —añadían—, ¿por qué escoger una Congregación naciente en lugar de una Orden más antigua y más célebre? «Un año hace —respondía Alejandro— que Dios me inspiró el deseo de abandonar el mundo: en todo este tiempo no he cesado de pedir a Nuestro Señor me hiciera conocer lo que fuese más conforme a su voluntad y más útil a mi

salvación. Ahora bien, cada día me he sentido más inclinado a consagrarme al servicio de Dios en la Orden de los Clérigos Regulares; sin duda hubiera podido encontrar en otras Órdenes una regla más severa y austeridades corporales más rigurosas, pero aquí tendré sobre todo que inmolar mi propia voluntad, que es el sacrificio más agradable a Dios.»

Cierto día, un padre Bernabita le hizo esta pregunta:

—¿Qué virtudes os parecen más excelentes?

—La humildad y la castidad —respondió Alejandro—, pues por ellas, y de manera especialísima, agradó la Virgen Santísima a Dios nuestro Señor.

Durante su noviciado se esforzó generosamente en corregir sus defectos naturales y, muy en especial, el orgullo y la timidez. Para conseguirlo, suplicaba al maestro de novicios que le encomendase los empleos más humillantes y pesados del convento. Una de las cosas que más le costaban, era vencer el sueño a la hora de levantarse por la mañana; pero, no contento con ser puntual a la primera señal, pidió como favor especial el cargo de despertar a los Hermanos, con lo que se obligaba a levantarse antes que los demás.

Asiduo en la oración y meditación, encontró en ellas fuerza y luz; y, perseverando en tales prácticas, todos los días de su vida hízose inagotable la fuente fecunda de su celo y fervor. Bastábale contemplar el crucifijo para sentirse inclinado a imponerse toda clase de generosos sacrificios por amor de Dios. El 29 de septiembre de 1554, a los tres años de prueba mandados por las Reglas de los Bernabitas, Alejandro Sauli se consagró perpetuamente a Dios por los votos religiosos.

SACERDOTE, PROFESOR Y PREDICADOR

RECIBIÓ entonces orden de los superiores de prepararse para el sacerdocio mediante sólidos estudios de filosofía y teología; sus adelantos fueron tan rápidos que, aun no habían transcurrido dos años cuando, juzgando suficiente su preparación, fué ordenado el 22 de marzo de 1556. Creyéndole los superiores con disposiciones para ser un excelente profesor, le obligaron por obediencia a optar al grado de doctor en teología. En consecuencia, le enviaron a Pavía para que se perfeccionase en las ciencias sagradas; allí sostuvo en 1563 varias controversias, y en 1566 fué elegido decano de la Facultad de Teología. Entre los doctores escolásticos seguía a Santo Tomás, cuya Suma se sabía casi de memoria; de los Padres de la Iglesia, leía con preferencia a San Gregorio, San Juan Crisóstomo y Casiano. Enseñaba con sencillez y humildad llevando siempre a sus discípulos el pensamiento de los grandes doctores y no el suyo propio.

Dedicaba los ratos de ocio al ejercicio del ministerio sacerdotal con

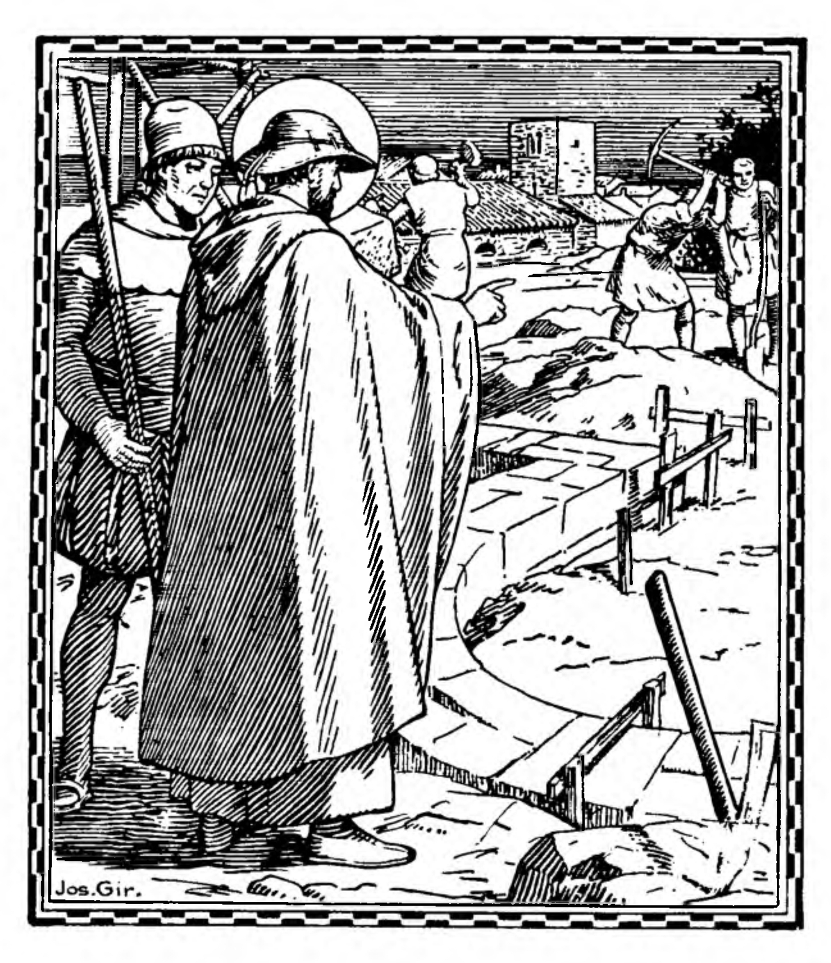
extraordinario celo apostólico; en la predicación distinguióle siempre una habilidad singular para conmover y convertir a los pecadores. Defendía la fe contra todos sus detractores, y fué guía de la juventud estudiosa, que se reunía en la iglesia de Santa María de Campanova, centro de intensa vida cristiana; complacíase también el doctor de la Universidad en predicar el Evangelio a los niños y aldeanos de los pueblos del contorno.

SUPERIOR Y OBISPO

EN el mes de mayo de 1567 y cuando sólo contaba treinta y tres años de edad, fué elegido por sus Hermanos rector del Colegio de los santos Pablo y Bartolomé de Milán y Superior general de la Congregación. La ciencia y las virtudes del nuevo superior fueron descubiertas muy pronto por el arzobispo de Milán, San Carlos Borromeo, que le tomó por confesor y le dió pruebas de ilimitada confianza; poco después le invitaba a predicar en la catedral de Milán, y tan maravillosos efectos produjeron sus sermones, que el santo arzobispo derramaba lágrimas de alegría.

El Padre Sauli gobernaba la Congregación de la que era Superior, con vigilante firmeza, manteniendo a toda costa la observancia de las reglas y las primitivas costumbres de la Orden, pero juntaba al rigor una bondad tan paternal, que ganaba el afecto y estima de todos los corazones. Vigilaba con especial cuidado a los jóvenes religiosos, temeroso de que resultase deficiente la formación de los mismos, ya en lo tocante a los estudios, ya principalmente en el servicio de Dios; en más de una ocasión se le vió compartir sus juegos. Por orden suya, rezábase el oficio divino pausada y devotamente para que los fieles pudiesen seguirlo con mayor facilidad y provecho.

La fama del celoso clérigo llegó pronto a oídos del papa San Pío V, quien, necesitado por aquellos días de un hombre verdaderamente apostólico para enviarlo a Córcega, escenario a la sazón de grandes males de orden religioso, eligió a Alejandro Sauli y nombróle obispo de Aleria el 23 de diciembre del año 1569. El Santo, que por una parte se espantaba de la responsabilidad del obispado y por otra deseaba mantener entre sus Hermanos el desprecio a los honores y dignidades, escribió inmediatamente al Papa, enviándole con todo el respeto debido la renuncia que hacía del cargo con que le había honrado y favorecido. Los Bernabitas, a su vez, suplicaron a Pío V que no privase a la Orden de un hombre, de quien tanta necesidad tenían. Por respuesta, recibió una orden formal del Papa por la que se mandaba al humilde religioso aceptase el cargo en el que, sin duda ninguna, le esperaban más trabajos, peligros y disgustos que honores; sometióse Alejandro, y San Carlos Borromeo le confirió la consagración episcopal.



SAN *Alejandro Sauli, a quien todos denominan «ángel de paz» y «protector del pueblo», determina consagrarse a la evangelización de la isla de Córcega, y dirige él mismo la construcción de la hermosa catedral y del edificio que le había de servir para residencia episcopal.*

APÓSTOL DE CÓRCEGA

LA isla de Córcega recibió la luz del Evangelio en los primeros siglos del cristianismo, y la ciudad de Aleria fué uno de los obispados más antiguos de la isla; pero, al llegar a ella Alejandro Sauli, la encontró arruinada, destruída y casi por completo deshabitada. No tenía catedral donde celebrar los divinos oficios ni vivienda donde habitar el obispo y los religiosos Bernabitas que habían de ayudarle en la misión. Provisionalmente fijaron su residencia en la pequeña aldea de Tallone, y en casa alquilada; una vez establecido, el santo obispo giró inmediatamente visita a la diócesis. Mas, ¡qué espectáculo tan doloroso para su corazón de padre! Por doquier encontraba montañeses semibárbaros, violentos y vengativos, sumidos en la más crasa ignorancia, hasta el punto de que desconocían las verdades fundamentales de la religión. El clero, escaso en número estaba poco impuesto en sus graves obligaciones; y las iglesias parecían abandonadas.

El mensajero de Cristo no se desanimó, antes bien confió en la protección y ayuda de Dios e, imitando al Buen Pastor, empezó por buscar a todos los extraviados, para lo cual, visitaba cada año toda la diócesis recorriéndola a pie, a veces por senderos escarpados e inaccesibles a las mismas caballerías. El acompañamiento del Santo en tales correrías era pequeño, por no aumentar los gastos, ya que sólo consentía en aceptar graciosa hospitalidad el primer día de la visita; si ésta se prolongaba, satisfacía de su peculio los desembolsos ocasionados. Pronto la gran bondad de Alejandro al afrontar tanta fatiga por salvar a los rudos insulares, conmovió, incluso a los más insensibles. Reunidos en cuadrillas, poníanse a los pies del Santo para escuchar sus enseñanzas, y prometían olvidar los rencores y querellas y obedecer las leyes de la Iglesia Llamábasele, comúnmente, el «Ángel de Paz».

Al llegar a una parroquia, dirigíase primeramente a la Iglesia para predicar al pueblo en ella reunido; luego, oía en confesión a los numerosos penitentes que lo solicitaban. Al día siguiente celebraba misa, durante la cual distribuía la Sagrada Comunión. Terminado el santo sacrificio, confirmaba en la fe a sus queridos diocesanos. Informábase de todo, reprimía abusos, recordaba las prácticas verdaderas de la vida cristiana e instruía en sus deberes de estado a los propios párrocos. Como quiera que no se bastaba para la evangelización de toda la diócesis, acudió al celo de los Padres Capuchinos, los cuales le secundaron con gran abnegación.

Convencido de que, tarde o temprano, el pueblo termina por imitar a sus pastores, el santo obispo se propuso desde los primeros días de su ministerio episcopal la reforma del clero; para ello, convocó sínodos dioce-

sínodos en los que daba conferencias a los sacerdotes sobre las obligaciones de su ministerio y los medios eficaces de apostolado. Durante ese tiempo, y siempre que algún sacerdote iba a visitarle, acogíale con generosa hospitalidad y llegó a dormir en el suelo para cederles su propia cama.

Como obra de gran importancia emprendió la fundación de un seminario: para asegurar el porvenir de dicho establecimiento, no retrocedió ante los numerosos sacrificios pecuniarios que exigía. Residió sucesivamente en las ciudades de Tallone, Algajola y Corte, fijando por fin su residencia en Cervione, donde construyó una catedral cuyo culto encomendó a un cabildo de Canónigos. Obra suya fué también la edificación del palacio episcopal.

No contento con el trabajo de la predicación, escribió diversas obras para instrucción del clero y de los fieles; entre ellas: *Constituciones diocesanas, Examen de ordenandos, Doctrina católica romana, Compendio de las verdades necesarias para la salvación* y *Cartas Apostólicas.*

Aun tuvo tiempo el santo prelado para peregrinar varias veces a Roma, con el fin de rezar sobre la tumba de los Apóstoles y dar cuenta de su diócesis al Sumo Pontífice. Estos viajes constituían verdaderas misiones, si tenemos en cuenta el fruto que producían por doquier las predicaciones, consejos y ejemplos del santo obispo. En Roma convirtió a la fe cristiana a cuatro judíos de los más influyentes en la sinagoga. Génova, Milán y Roma experimentaron también muchas veces los efectos de su celo apostólico.

San Felipe Neri le profesó un tierno cariño y el mismo papa Gregorio XIII, habiéndole oído predicar, quedó gratamente impresionado. Las ciudades de Génova y Tortona le pidieron por obispo, pero el Santo no quiso aceptar y renunció también al cardenalato que le ofrecía el papa Gregorio XIV.

Siempre que sus nuevas obligaciones se lo permitieron, mantúvose fiel a la regla que había profesado y llevaba en todo vida pobre y austera. Con muy poco satisfacía sus necesidades; el sobrante de las rentas empleábalo en limosnas y buenas obras. Cierto señor de calidad, muy amigo suyo, ofrecióle un día costear el ornato de su habitación con tapices y colgaduras de fabricación española. «No —respondió el austero prelado—, prefiero vestir a los pobres a recubrir de telas las paredes de mi cuarto.»

Partidario del esplendor en el culto divino, procuró a numerosas iglesias de su diócesis los ornamentos y vasos sagrados de que carecían para la celebración de los santos misterios. A todos acogía con bondad suma y paciencia inalterable; no rechazaba a nadie y siempre que estuvo en su mano dió largamente cuanto le pedían los menesterosos.

Los padres Bernabitas le enviaron una vez un joven religioso de noble familia y le suplicaron le confiriera los sagrados órdenes.

«—¿Por qué vienes a mí? —le preguntó el obispo de Aleria.

—Por obedecer a mis superiores —respondió el religioso.

—¡Oh!, ¡qué feliz eres tú que puedes obedecer! —dijo el obispo suspirando—; también yo quisiera estar sometido al yugo de la obediencia.»

Diariamente rezaba con gran fervor el oficio divino, de rodillas y descubierto durante todo el rezo. Con frecuencia añadía el resto del salterio, o, por lo menos, los salmos penitenciales. A no ser que estuviese enfermo, celebraba todos los días la santa misa, cosa no acostumbrada en aquella época, y preparábase a ella mediante la oración y la confesión. Tan piadoso acto realizábase con frecuencia en su capilla particular, con asistencia de un solo sacerdote, íntimo amigo suyo, el cual con frecuencia había de recordarle cuando volvía de sus éxtasis ordinarios, la parte de las oraciones en la que había sido arrebatado.

Dormía de cuatro a cinco horas; después se dirigía a la capilla y permanecía en oración dos y hasta tres horas seguidas, rodeado a veces de luz y resplandor celestiales; al anochecer dedicaba otra hora a la plegaria, y los escasos tiempos libres que le dejaban sus ocupaciones consagrábalos también a Dios dirigiéndole fervorosas jaculatorias.

EL SIERVO DE MARÍA. — EL PROTECTOR DEL PUEBLO

AL igual que todas las almas que verdaderamente aman a Jesús, Alejandro Sauli profesaba tierna y filial devoción a la Santísima Virgen. Todos los días rezaba, en honor de la Reina del Cielo, el rosario, las letanías y otras oraciones; y, para alcanzar su protección, ayunaba el sábado y las vigilias de sus fiestas, lo que no le impedía guardar ante todo y fielmente los ayunos prescritos por la Iglesia y otros muchos que él mismo se imponía.

Cuando se veía precisado a viajar por mar, no consentía en embarcarse sin que antes se hubiesen confesado todos los marineros de la nave; celebraba después la santa misa y distribuía en ella la Sagrada Comunión.

Una sequía pertinaz amenazaba un año aniquilar las cosechas; en tan apurado trance, muchos habitantes del país acudieron al obispo para pedirle conjurase aquel peligro que iba a sumirles en la miseria. El santo prelado ordenó un ayuno de tres días, al que se debía dar término con una procesión expiatoria: debía salir de la Catedral para terminar en la iglesia de San Francisco. El Santo recorrió aquel trayecto completamente descalzo. Cuando terminaron de rezar las oraciones para pedir la lluvia, se le oyó exclamar por tres veces seguidas: «¡Señor, misericordia!» Inmediatamente se obscureció el sol y comenzó a llover tan copiosamente que durante tres horas seguidas no pudo salir la muchedumbre del recinto de la iglesia.

Más de una vez fué la isla teatro y víctima de las devastaciones de los

corsarios y piratas. En cierta ocasión, veinte galeras berberiscas se acercaban a Córcega con propósitos de robo y pillaje; el terror entre los naturales hízose general; incluso llegaron a ofrecer un caballo al obispo para que huyese y se pusiese a salvo; mas él, sin inmutarse, se puso a rezar en una capilla; de allí se encaminó tranquilo y sereno a la playa, y recomendó a todos que tuviesen confianza en Dios. Inopinadamente se desencadenó una fuerte borrasca que hizo naufragar a todos los barcos piratas. Por estos y otros hechos parecidos era conocido nuestro Santo con el sobrenombre de «Angel tutelar de la isla».

OBISPO DE PAVÍA. — SU MUERTE

DESEOSO el papa Gregorio XIV de conservar las fuerzas y la vida del santo obispo, trasladóle, en el mes de julio de 1591, al obispado de Pavía, en Italia. La salida de Alejandro fué un verdadero duelo para Córcega, que le lloró como a padre. Murió Alejandro Sauli en Calosso, en el condado de Asti, estando de visita pastoral, el 11 de octubre de 1592.

El cadáver fué enterrado en la catedral de Pavía, donde aun se venera. Dios nuestro Señor honró su tumba con multitud de milagros.

La causa de beatificación fué introducida, siendo papa Gregorio XV, el 18 de marzo de 1623. Benedicto XIV le beatificó el 23 de abril de 1741; y, finalmente, el 11 de diciembre de 1904, Pío X le canonizó solemnemente al mismo tiempo que a San Gerardo María Mayela.

SANTORAL

La Maternidad de la Santísima Virgen María. Santos Alejandro Sauli, obispo y confesor; Bruno, arzobispo de Colonia; Nicasio, obispo de Ruán, Quirino, presbítero, y Escubículo, diácono, mártires; Fermín, obispo de Uzés; Germán, obispo de Besanzón y mártir; Gramacio, obispo de Salerno Miguel, monje propagador de la fe en Etiopía; Paldo y Cánico, abades; *Gumaro, confesor; Diego Alemán, dominico;* Anastasio, presbítero, Plácido y Ginés, soldados, mártires Nectario y Sisinio I, patriarcas de Constantinopla, Agilberto, apóstol de Irlanda y obispo de París; Sármata, discípulo de San Antonio Abad y mártir; Taraco, Probo y Andrónico, mártires en Cilicia bajo Diocleciano; Emiliano de Rennes, confesor. Beato Andrés de Lozoya, franciscano. Santas Piencia, virgen y mártir; Edilburga, princesa de Inglaterra, virgen y abadesa; Zenaida y Filonila, hermanas, que eran parientas y discípulas de San Pablo; Placidia, virgen, hermana de San Leoncio.


Solícito obispo e incansable apóstol civilizador

DÍA 12 DE OCTUBRE

SAN WALFRIDO

OBISPO DE YORK (634-709)

WALFRIDO, uno de los santos ingleses más eminentes, condujo al camino de la verdad a gran número de almas sumergidas en las tinieblas del paganismo y del error. Fué, además, esforzado paladín de los derechos de la Iglesia Romana, cuya autoridad se estableció en Inglaterra gracias a sus apostólicos trabajos. En torno al Santo, gravita toda la historia del norte de la isla a fines del siglo VII.

Vió Walfrido la primera luz, hacia el año 634, en Ripon, ciudad importante del reino de Deira, uno de los dos que comprendía Nortumbria —hoy país de Yorkshire—. Su nacimiento fué célebre por un hecho maravilloso. La casa parecía que iba a ser pasto de las llamas; los vecinos, asustados, corrieron solícitos para apagar el supuesto incendio; mas pronto el susto se trocó en admiración al ver cómo las amenazadoras llamas respetaban el edificio y reuniéndose en apretado haz se elevaban hacia el cielo. Supieron entonces el nacimiento del niño y todos consideraron el prodigio como feliz presagio de los futuros y gloriosos destinos del recién nacido.

Descendiente de una de las familias más nobles del reino nortumbriano, le hubiera sido fácil conquistar fama y renombre en la carrera de las armas,

pero su carácter dulce y pacífico se avenía mal con la carrera militar. No obstante, a los 13 años, y para librarse de los malos tratos que recibía de su madrastra, se fué a York a la corte del rey Oswy, rodeado de suntuoso acompañamiento. Pasado apenas un año, obtuvo, por mediación de la reina Eanfleda, consentimiento para retirarse al célebre monasterio de Lindisfarne.

Hasta entonces no había conocido y practicado otra disciplina religiosa que la de los Escotos; pero al cabo de algún tiempo, sospechó de la ortodoxia de sus prácticas y creyó ver algunas imperfecciones en la vida de los monjes celtas. No se engañaba; aquellos religiosos se apartaban, en muchos puntos, de la liturgia de la Iglesia romana, especialmente en la celebración de la fiesta de Pascua. Deseando saber a qué atenerse, y no queriendo obligarse temerariamente con lazos indisolubles a seguir una senda dudosa, resolvió abandonar el país natal para estudiar a fondo las tradiciones y reglas eclesiásticas en la propia Roma. El viaje a la Ciudad Eterna era entonces largo y no exento de peligros. Walfrido demostró con su resolución que, a pesar de sus cortos años —sólo tenía diecisiete—, no le faltaba ni valor ni fe; así vino a ser uno de los primeros anglosajones que tuvieron la dicha y el honor de orar en la tumba de San Pedro y de recibir la bendición de su sucesor. Su ejemplo suscitó no pocos imitadores y las peregrinaciones de Inglaterra a Roma fueron muchas durante el siglo VII.

PEREGRINACIÓN A ROMA

RECOMENDADO a Ercomberto, rey de Kent, por la reina Eanfleda, fué recibido con todos los honores por este monarca, que le retuvo a su lado cerca de un año, en la ciudad de Cantórbery. Dedicó Walfrido este tiempo al estudio de la disciplina de la Iglesia y de los intérpretes de las Sagradas Escrituras, y reanudó luego su viaje a Roma acompañado de Benito Biscop, quien, a ejemplo suyo, quiso beber en los manantiales de la verdad, y mereció que su nombre figurase más tarde entre los más eminentes de su siglo, por su ciencia y santidad.

Atravesaron a Francia y llegaron a Lyón, donde permanecieron otro año estudiando bajo la dirección del obispo San Delfín. Benito marchó primero, pero a Walfrido, que en gran manera había ganado el corazón de Delfín, quiso éste retenerle a su lado y ofrecióle su sobrina por esposa, y el nombramiento de gobernador o jefe de una provincia. Mas, por muy atrayentes y tentadoras que fueran semejantes proposiciones, Walfrido las rechazó, pues ya había resuelto entregarse por completo a Dios. El obispo Delfín no insistió, antes bien animó a su huésped en sus buenos propósitos, y facilitó los medios de realizar su ansiada peregrinación a Roma.

Corría el año 654 cuando Walfrido entró en la ciudad de los Papas: su primer acto fué ir a arrodillarse ante el sepulcro del Príncipe de los Apósles, visita piadosa que renovó cada día, mientras permaneció en la ciudad santa, con el fin de encomendar Inglaterra a Dios y pedirle suscitase nuevos émulos del monje Agustín para evangelizar a aquella gran nación. Un día, al salir del templo, entabló amistad con el arcediano Bonifacio, consejero y secretario del papa San Martín I, hombre muy docto en Sagrada Escritura y Cánones. Walfrido se hizo su discípulo. Al año siguiente, suficientemente instruído, salió de Roma después de haber recibido la bendición del Papa. A su regreso, permaneció tres años en Lyón con San Delfín, quien le confirió la tonsura eclesiástica, acariciando la idea de tenerle por sucesor en la sede episcopal. Pero en el año 658 decretóse una cruel persecución, y el obispo fué martirizado en Chalóns del Saona por orden del cruel Ebroín, mayordomo de Palacio del Rey. Cuando parecía que Walfrido iba a correr suerte semejante, súpose que era sajón y fué puesto en libertad, circunstancia que aprovechó el Santo para volverse a su país natal.

ES ORDENADO SACERDOTE. — CONFERENCIA DE WHITBY

APENAS llegado a su patria, fué enviado a Edimburgo, a la corte del rey Alfrido, hijo y sucesor de Oswy. Este príncipe, partidario de los usos y costumbres de la Iglesia romana, veía con pena las divergencias existentes en su reino en lo tocante a disciplina eclesiástica. Para acertar en la obra de reforma tan meditada, érale necesario un hombre que hubiese bebido en las genuinas fuentes de la verdad; su acertada elección cayó sobre Walfrido, y entre éste y el rey existió, de allí en adelante, estrecha unión y amistad. Concedióle el rey una gran propiedad en la ciudad de Stamford para que edificase un monasterio, y confióle también la reforma de la abadía de Ripon, habitada por monjes escoceses de rito celta. Walfrido estableció en ella la regla benedictina en toda su pureza, y pronto las prácticas celtas fueron reemplazadas por ritos romanos. Al monasterio acudieron muchos religiosos que vivieron en perfecta armonía de sentimientos con la Santa Sede. Vinieron a ser como la levadura que había de fermentar y producir un movimiento de reacción contra el falso proceder de los monjes bretones e irlandeses.

Cinco años más tarde, cediendo al deseo del rey, Walfrido fué ordenado sacerdote en Ripon por Agilberto, obispo de los sajones occidentales. El nuevo ministro del altar dióse a conocer por un hecho que, al mismo tiempo que personalmente le llenaba de gloria, era presagio de lo que habían de ser sus futuros combates. Dividía a los irlandeses la fecha en que había de

celebrarse la Pascua y, aunque no era cuestión de doctrina, el asunto encerraba cierta importancia para la unidad de la Iglesia, porque mientras una parte de los fieles celebraba ya la fiesta de Pascua, otros estaban aún en Cuaresma. Para terminar, pues, con estas anomalías, el rey Alfrido convocó en el año 664 una conferencia-controversia en el monasterio de San Hildo, Streaneshafen (hoy Whitby), a la orilla del mar. Los obispos irlandeses Colmano y Celdo acudieron a ella acompañados de sus clérigos. Mucho tiempo habló Colmano alegando en su favor las costumbres irlandesas y la autoridad del ejemplo dado por San Juan Evangelista y San Columbano. Walfrido, encargado por Agilberto de refutar tales argumentos, demostró la necesidad de seguir en todo a la Iglesia romana. El orador —según expresión de San Beda el Venerable— citó las palabras del Salvador: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia». El rey intervino entonces y, con intencionada y oportuna curiosidad, preguntó:

—«¿Es verdad, Colmano, que el Señor dijo a Pedro esas palabras?

—No lo puedo negar —respondió Colmano.

—¿Podrías —replicó el rey— citarme otras semejantes dichas a vuestro padre Columbano?

—No.

—¿Admitís, pues, los dos —prosiguió el soberano— que las llaves del reino de los cielos se dieron a Pedro?

—Sí —respondieron.»

Entonces el rey concluyó con estas palabras: «Pues yo os declaro que no quiero hacer la contra a quien es Portero del cielo, sino más bien obedecerle en todo». El rey, con la mayoría de la Asamblea y hasta el mismo obispo escocés Celdo, siguieron el parecer de Walfrido. Los monjes irlandeses y unos treinta nortumbrianos de la comunidad de Lindisfarne, siguieron a Colmano, el cual, después de dimitir, se retiró a Irlanda.

OBISPO. — EVANGELIZA LOS REINOS DE KENT Y DE MERCIA

EL gran papel desempeñado por Walfrido en esta memorable asamblea fué causa de su elevación al episcopado, ya que, un año más tarde, al vacar la silla de York, fué, por consentimiento universal, designado para ocuparla; pero, no queriendo recibir la consagración de manos de ningún obispo del norte por creerlos cismáticos, pasó a Francia donde, en la ciudad de Compiegne, le confirió la dignidad episcopal Agilberto, obispo electo de París. Un año permaneció en las Galias, y, al volver a Inglaterra en el año 666, naufragó en las costas de Sussex, cuyos habitantes, aun paganos, le condenaron a muerte; pero el obispo logró volver a bordo y fué a desem-



CUANDO *el príncipe Dagoberto II tenía cuatro años, quedó huérfano. Sus enemigos, envidiosos, le mandaron rasurado a un monasterio de Irlanda. San Walfrido le educó conforme a su dignidad y tras grandes luchas obtuvo que, según justicia, los francos de Austrasia le proclamasen rey.*

barcar en la ciudad de Sandwich, en el reino de Kent. Al llegar a Nortumbria, encontró la sede de York ocupada por Ceadda —San Chad—. El rey Oswy había admitido las conclusiones de la conferencia de Whitby, pero con la segunda intención de aprovechar cualquier ocasión propicia que se presentase para favorecer de nuevo las pretensiones celtas. El proceder del recién elegido al ir al extranjero para recibir la consagración de manos de un prelado de rito diferente al suyo, le había herido y disgustado grandemente, y, tomando como pretexto la larga permanencia de Walfrido en las Galias, le sustituyó en el obispado por Ceadda, prelado, desde luego, muy virtuoso, pero que pertenecía al rito celta, cuyos inconvenientes no alcanzaba a comprender.

Ante tales hechos, Walfrido no protestó; retiróse al convento de Ripon, en el que se entregó a una vida de oración y austeridad. Al cabo de tres años y cediendo a los ruegos del rey de los mercios, abandonó la soledad para evangelizar aquel pueblo. Fundó en él numerosos monasterios que fueron para la Gran Bretaña otros tantos focos de instrucción, apostolado y civilización.

Entretanto quedó vacante el arzobispado de Cantórbery, y el rey de Kent llamó a Walfrido para que velase por la observancia de los sagrados cánones. Cumplió tan perfectamente con los deseos del monarca, que, cuando en el año 669, el papa San Vitalino nombró a San Teodoro primado de Inglaterra, encontró éste la metrópoli en estado muy floreciente. Permitió Dios de este modo que el desterrado obispo realizase, en la tribulación, mayor bien que el que podía haber llevado a cabo en la tranquila posesión de su silla episcopal.

OBISPO DE YORK. — CELO EPISCOPAL

UNO de los primeros actos del primado fué reparar la injusticia cometida con Walfrido; escribió al rey Oswy, quien se apresuró a obedecer al representante del Papa y, en consecuencia, el obispo se vió pronto al frente de su diócesis, pues Ceadda, al reconocer lo ilegal de la propia elección, se retiró a un monasterio; poco después, y debido al apoyo del verdadero y legítimo obispo de York, que no se dejaba ganar en generosidad, fué nombrado obispo de Lichfield en Mercia.

El primer período del obispado de Walfrido duró seis años; durante ellos todo el país de Nortumbria experimentó un maravilloso desarrollo; multiplicáronse los monasterios y las bellas y magníficas catedrales de piedra en todo el territorio anglosajón. Aun hoy se admiran las iglesias de York y Ripon, y, sobre todo, la de Hexham. El infatigable obispo dirigía por sí

mismo la construcción de estos magníficos edificios, causando la admiración de aquellos pueblos semibárbaros. De Francia llevó artistas para ejecutar tan delicados trabajos y enseñar la arquitectura a los naturales del país, quienes sólo sabían construir edificios de madera.

La actividad del obispo civilizador no se limitó a organizar materialmente la Iglesia; procuró sobre todo el progreso intelectual y moral. Propagó por Inglaterra la Regla de San Benito, fundador de la vida monacal en Occidente, con lo que su jurisdicción espiritual se extendió tanto como el poder temporal del rey. Circunstancia que aprovechó para desarrollar sus apostólicos planes en toda la extensión del territorio que regía.

ES DEPUESTO. — DESTIERRO Y MISIÓN EN SUSSEX

EL príncipe Egfrido, segundo hijo de Oswy, sucedió a éste en el trono. Envidiosa la reina, su esposa, de la influencia de que gozaba en todo el reino el obispo de York, resolvió perderle ante el monarca y tomó como pretextos para perseguir al santo pastor la gran extensión de su diócesis, la magnificencia de las iglesias y monasterios y, sobre todo, la adhesión de Walfrido al Papado. Lo más doloroso fué que hombres eminentes en santidad y sin duda bien intencionados juzgaron o creyeron un deber apoyar aquella injusta política. San Teodoro, arzobispo de Cantórbery; San Juan de Beverley, San Bosa y otros, juzgaron útil y necesaria la división de la vasta diócesis de York en varios obispados; Walfrido, por el contrario, juzgaba obligación suya conservar íntegra la diócesis que la Iglesia le había confiado. Así las cosas, San Teodoro, primado de Inglaterra, excediéndose tal vez en sus poderes, subdividió la diócesis de York en tres obispados sufragáneos, a saber: Lindisfarne, Hexham y Whitherne, y consagró a tres obispos en la misma catedral de York. Walfrido protestó y apeló a la Santa Sede.

Embarcóse camino de Roma el año 678. Una tempestad le llevó a las costas de Frisia, cuyo rey, Adalgiso, le acogió con respeto y le dejó completa libertad para predicar el Evangelio entre sus vasallos, paganos en su mayor parte. Muchos se convirtieron y el mismo rey pidió el bautismo. Diez años más tarde, el monje Wilibrordo, discípulo del Santo, terminó la evangelización de estos territorios. Walfrido abandonó aquel país en la primavera del año 679 al reanudar el viaje a Roma. Llegó felizmente al término de su jornada, a pesar de las trabas de sus enemigos y de los secretos emisarios enviados por el mayordomo de Palacio, Ebroín —que entonces tiranizaba a Francia—, con orden de llevárselo vivo o muerto. El Sumo Pontífice, que lo era San Agatón, le hizo justicia, y ordenó al Primado y al rey de Inglaterra reintegrasen a Walfrido en todos sus derechos.

De regreso a su patria, entregó las órdenes de Roma al rey, pero Egfrido le encerró en una prisión acusándole de haber comprado al Papa. Desterrado después de nueve meses de cárcel, el santo obispo se alejó de aquella ingrata tierra. Primero en la isla de Wight y después en el reino pagano de Sussex, encontró campo extenso para sus trabajos apostólicos; en cinco años convirtió a toda la nación y, aunque el rey le ofreció varios episcopados, a todos renunció para permanecer fiel a su iglesia de York.

REPUESTO EN SU SEDE. — APELA POR SEGUNDA VEZ AL PAPA

TARDE o temprano, Dios venga la inocencia oprimida; el año 685, el rey Egfrido murió en un combate contra los pictos. Sucedióle en el trono su hermano Alfrido. Por el mismo tiempo el arzobispo de Cantórbery, Teodoro, cayó enfermo, y frente a la eternidad reconoció la injusticia cometida contra Walfrido y en la que por debilidad había participado. Arrepentido, intercedió ante el nuevo rey, de quien alcanzó permiso para que Walfrido volviese a Nortumbria. Nombrado primeramente obispo de Hexham, fué repuesto en la sede de York, al vacar este obispado.

Teodoro murió en el año 690, después de reparar su falta, y Walfrido se encontró sin el apoyo del primado en las nuevas agresiones de que era objeto por parte del poder civil, pues al año siguiente, la cuestión de la subdivisión de la diócesis de York volvió a inquietar y dividir los espíritus. Opuesto a la decisión, fué Walfrido despojado de su diócesis y de sus bienes, y desterrado por segunda vez. Refugióse en Mercia, donde estuvo durante once años. El rey Etelredo dejóle en completa libertad para ejercer el ministerio apostólico en todo el reino, y el santo varón, cual si nunca hubiera pesado sobre él otro trabajo, entregóse a la misión aquella con juvenil ardor.

El año 703, el nuevo arzobispo de Cantórbery convocó en Norsterfield una reunión episcopal a la que invitó a Walfrido, con promesa de examinar y fallar el pleito de la diócesis de York. Walfrido aceptó sin recelo alguno; pero, abusando de su buena fe, se le quiso obligar a firmar una fórmula según la cual se comprometía a aceptar y someterse a cuantas decisiones tomase el primado. Antes de firmar pretendió informarse de las condiciones que querían imponerle; mas, como se lo impidieran, exclamó: «En ese caso, no comprometo mi firma; pero prometo obediencia a mi superior eclesiástico en todo aquello que no sea contrario a los cánones». Tan nobles como firmes palabras, en vez de calmar los espíritus, los agitaron aún más; y el príncipe inglés ratificó contra él la sentencia de deposición.

Walfrido, al verse de nuevo condenado injustamente, apeló al papa Juan VI y por tercera vez emprendió el largo y penoso viaje a Roma en 704.

Tenía entonces 70 años e hizo a pie todo el trayecto terrestre. El Papa declaróle de nuevo inocente y ordenó al rey, bajo las más severas penas, le repusiera en el obispado de York, de que fuera tan injustamente desposeído.

RECUPERA SU DIÓCESIS. — MUERTE DEL SANTO

APROBADO por Roma el proceder de Walfrido, emprendió éste el regreso hacia Inglaterra, pero en Meaux cayó enfermo de tanta gravedad, que los médicos perdieron toda esperanza de salvarle. Mientras sus amigos le rodeaban llorosos, se incorporó repentinamente sobre el lecho y les dijo: «Consolaos, hermanos, que Dios se ha dignado enviarme su arcángel Miguel, para anunciarme que moriré en mi diócesis». Curó, en efecto, y pronto pudo reanudar el viaje.

En 705 llegó a Nortumbria, tomó posesión de su diócesis y ocupó los cuatro años que le quedaron de vida en reparar lo mucho que las continuas turbulencias habían arruinado.

Sintiendo que se acercaba su hora suprema, ya sólo pensaba en preparar el alma para la eternidad. Retiróse al monasterio de Dundle y allí, en la paz y el silencio, se durmió dulcemente en el Señor el 24 de abril del año 709.

Los numerosos milagros obrados por su intercesión atrajeron al sepulcro del Santo peregrinos de todos los países. En los tiempos católicos de Inglaterra, San Walfrido era uno de los santos más populares; y aun hoy día su recuerdo goza de gran veneración. Enterrado primeramente en la iglesia de San Pedro, en el monasterio de Ripon, se trasladaron sus reliquias a la catedral de Cantórbery el 12 de octubre del año 940.

SANTORAL

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR (véase el tomo de «Festividades del Año Litúrgico», página 460). Santos *Maximiliano* y Pántulo, obispos y mártires; **Walfrido o Wilfredo, obispo de York;** Cerbonio, Monás, Rodobaldo y Salvino, obispos respectivos de Piombino (Toscana), Milán, Pavía y Verona; Fiaco, obispo en Irlanda; *Serafín de Montegranaro, confesor, capuchino;* Evagrio, Prisciano y compañeros, mártires en Roma; Edistio, mártir en el camino de Loreto; Gerino, mártir; Amico y Amelo, soldados, mártires en Italia; Eustacio, Opión y Opilo, confesores. Los cuatro mil novecientos setenta confesores y mártires enviados al cielo por Hunerico, rey de los vándalos. Santas *Domnina, mártir;* Exuperia, virgen y mártir; y Herlinda, virgen y abadesa.



Atributos del casto monarca — Relicario de San Eduardo en Westminster

DÍA 13 DE OCTUBRE

SAN EDUARDO, REY

REY DE INGLATERRA (1004-1066)

DOS siglos de paz disfrutó Inglaterra con los reyes de raza anglosajona que iban sucediéndose en el trono, cuando con ocasión de la fiesta de San Bricio (1002), Etelredo II, previendo la invasión de los daneses, invitó a gran número de ellos a opíparos festines con el propósito de degollarlos durante la fiesta, como así lo hizo.

Suenón I, rey de Dinamarca, vengó tal felonía conquistando a Inglaterra. Murió poco después y apoderóse Etelredo del cetro y la corona.

A su muerte, Edmundo II, hijo mayor, que heredó el trono de Inglaterra, opuso una resistencia tenaz a las invasiones del rey danés y lo venció por dos veces. A no mediar la traición del pérfido Edrico, duque de Mercia, hubiera resistido; tuvo, sin embargo, que ceder al fin ante su rival, el cual le asesinó un mes más tarde(1016).

Mientras sucedían estos desórdenes, la reina Emma, esposa segunda de Etelredo, se había retirado al lado de su hermano Ricardo II, duque de Normandía, con sus dos hijos: Eduardo, nacido en Islip, cerca de Oxford y que mereció el honor de los altares, y Alfredo, su hermano menor.

Eduardo permaneció en el destierro treinta y cinco años, y en todo tiempo

fué modelo perfecto de vida cristiana. Carecemos de documentos acerca de este largo periodo. Dotado de carácter bondadoso, amigo de la soledad y del estudio, se le veía largas horas en las iglesias, asistiendo con devoción a los divinos oficios y conversando con las personas consagradas a Dios.

Inglaterra, entretanto, oprimida bajo el yugo danés, suplicaba al cielo que le devolviese la paz y con ella a su legítimo caudillo.

Un santo obispo, especialmente, suplicaba al Señor, con lágrimas en los ojos, qu retirara su mano vengadora y mirara benigno aquel reino doblemente desgraciado. Encontrábase un día agotado por el cansancio y las continuas oraciones y se quedó dormido; vió en sueños al apóstol San Pedro, y, postrado a sus plantas, a Eduardo, vestido con manto real y radiante de alegría. El Príncipe de los Apóstoles, después de consagrarle rey, le daba sabias instrucciones y delicados consejos; entre otras cosas le recomendaba permanecer casto para merecer el apoyo y la ayuda del cielo.

Animado el obispo con esta visión, rogó al Apóstol que le explicara el significado de la misma, y San Pedro, con singular y paternal dulzura, le dijo: «Los reinos son de Dios; Él los da a quien gusta; transforma los imperios y permite a veces que triunfe el impío. Inglaterra ha ofendido gravemente al Señor y por eso la entrega a sus enemigos; sin embargo, el castigo aplacará su justicia. Dios se ha escogido un hombre según su corazón; será rey *por mi favor;* será amado de Dios, agradable a los hombres, terrible a sus enemigos, afable con sus súbditos, muy útil a la Iglesia y acabará santamente su vida». El santo obispo esperó confiado la hora del Señor.

Los acontecimientos parecían oponerse a la realización de tan bellas esperanzas. Seguían los daneses agotando las fuentes de producción y riqueza; devastaban iglesias y conventos, y no respetaban haciendas ni personas.

Más que seres humanos parecían monstruos vomitados por el Averno. Por instigación de Godwin, fué asesinado Alfredo, hermano de Eduardo, que, invitado por los ingleses, logró volver a su tierra natal para hallar en ella la muerte. Por doquier cundía la consternación. El reino de los ingleses parecía hundirse para siempre, ahogado en el crimen.

En vista de tamaños males, el alma del príncipe se anegaba en la mayor tristeza, y, bajo el peso de tanto dolor, se había dirigido suplicante al Cielo; «Señor, atiende a mis lágrimas —exclamaba—; ten piedad de Inglaterra; líbrala de sus enemigos que son también los tuyos. Aun tienen las manos tintas en la sangre de mis hermanos y desean atentar contra mi persona. Si te place mi vida, Señor, te la ofrezco gustoso por la salvación de todos; y, si tienes a bien devolverme el reino de mis mayores, desde ahora te lo consagro. Tomo a San Pedro por patrono especial, te ofrezco el voto de castidad que hago desde este momento, y el ir a Roma a postrarme ante la tumba de tus bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo.»

RESTAURACIÓN DE 1042

NO faltaban en Inglaterra almas fervorosas que ardían en deseos de ver a Eduardo en el trono de sus mayores. Tan fausto día no se hizo esperar. Veamos en qué circunstancias se realizó. Cierto pastor de las selvas de Warwik, Godwín, había ganado el favor de Canuto el Grande, por haber salvado la vida a un jefe danés; éste se había perdido en el interior de las montañas, después de una victoria de Edmundo, *Cota de Hierro*. El pastor se convirtió con el tiempo en aguerrido soldado, por lo que obtuvo el título de conde y el gobierno de una provincia. Su ambición, desde entonces, no conoció límites; el asesinato y la felonía fueron los medios empleados para lograr sus propósitos. Había apuñalado a Edmundo II y al adolescente Alfredo. Rebelado contra aquellos a quienes en otros tiempos había adulado, ayudado por su hijo Haroldo, soliviantó al pueblo, a la muerte de Canuto III, y pretendió apoderarse de la Isla. Parecía brillar ante sus ojos la corona de Inglaterra: un paso más y podía considerarse rey; pero su antigua condición le impedía llegar a tal dignidad.

Por otra parte, los ingleses contemplaban consternados a su legítimo monarca en el destierro y suspiraban por su regreso. El intrigante, si no podía obtener la corona, podría al menos considerarse suegro del rey. Efectivamente, tenía Godwín una hija, Egdita, cuya piedad, afabilidad y modestia contrastaban con las bárbaras costumbres y la feroz crueldad del padre. Eduardo se casará con Egdita y ésta le abrirá las puertas del reino. El matrimonio se concertó solemnemente, y se llevó a cabo en la iglesia de Winchester en 1042. Los dos esposos, de común acuerdo, se comprometieron a guardar el voto de castidad. Eduardo fué coronado el día de Pascua —3 de abril de 1043—. La tiranía danesa había terminado.

EN EL TRONO. — CASTIGO DE UN TRAIDOR

APENAS sentado en el trono, Eduardo III aplicóse a desarrollar en su alma las virtudes propias de un príncipe cristiano; se propuso de un modo particular que la paz y la prosperidad reinaran entre sus súbditos, y, aunque por inclinación no era guerrero ni político, la prudencia y la fuerza evangélica le bastaron para hacerse temer de sus enemigos. Se impuso a los escoceses y rebeldes que se levantaron en armas, y fué tan respetado como temido por todos. El cielo le ayudó visiblemente en muchas circunstancias. En efecto, arrojados los daneses de la Isla, no

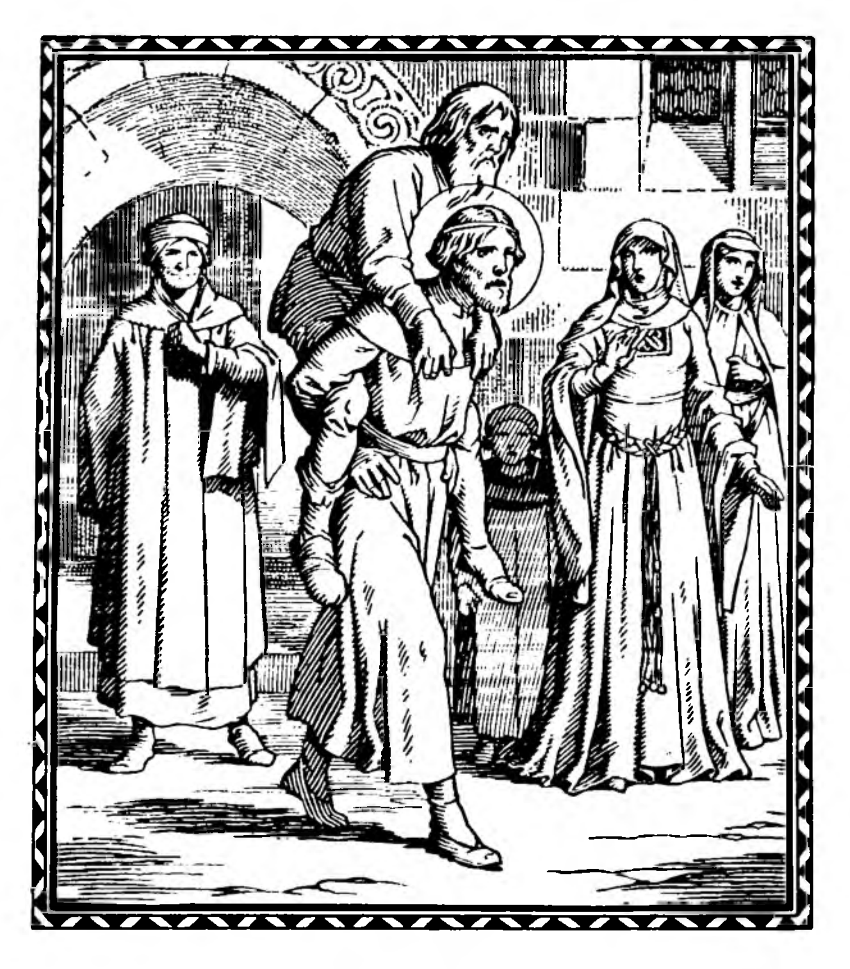
habían perdido, sin embargo, la esperanza de volver a dominarla. Su rey reunió un poderoso ejército y simuló un ataque contra Eduardo; pero al embarcarse, al pasar del esquife a su barco, cayó al mar y se ahogó. San Eduardo, que estaba oyendo misa, pues era el día de Pentecostés, tuvo revelación de este acontecimiento y de la protección que Dios dispensaba a su reino. Sus cortesanos, maravillados, le preguntaron la causa de su alegría, y él les refirió con sencillez lo que había visto; los hechos vinieron a confirmarlo plenamente.

El ambicioso Godwín pretendía influir y hasta dominar al príncipe, pues si Eduardo disfrutaba el título, quería Godwín ejercer la autoridad. Trató de levantar en armas al pueblo inglés, pero la virtud de Eduardo se le había adelantado conquistando todos los corazones. Vióse por lo tanto el conde obligado a huir del país al frente de los rebeldes; gracias a la mediación de la reina, obtuvieron el perdón de Eduardo.

Sin embargo, no podían permanecer impunes tantos crímenes. Dios se encargó de vengar a los inocentes. El día de Pascua del año 1053, pocos meses después de haber obtenido el perdón del rey, hallábase Godwín entre los comensales de un banquete real. El paje que servía la copa al rey dió un paso en falso y habría caído seguramente con el aguamanil, si no se hubiera apoyado fuertemente en el otro pie. «Es el hermano que ha acudido en ayuda de su hermano» —exclamó Godwín riendo—. Al oír estas palabras, dijo el rey con rostro severo: «Sin duda el hermano necesita del hermano y ¡ojalá viviese aún el mío, que bien me ayudaría!»

Por las palabras del rey se traslucía fácilmente la alusión al asesinato de Alfredo, pues siempre había aparentado ignorar Eduardo quién había sido su autor. El conde se dió por aludido y, con el fin de evitar toda sospecha, añadió: «Permita el cielo, oh príncipe, que no pueda tragar este trozo de pan, si he tenido arte ni parte en la muerte de vuestro hermano». El conde se llevó el trozo de pan a la boca, pero no pudo tragarlo y murió asfixiado, sin que pudiera auxiliársele.

Con este castigo del Cielo, el rey Eduardo quedó libre de un enemigo doméstico, más temible que los de fuera, y consagró todos sus esfuerzos a procurar a su pueblo la felicidad y dicha completas. Eduardo suprimió un impuesto llamado el *Danegeld* —tasa de los daneses—, que había sido establecido hacia fines del siglo X para alejar a fuerza de dinero a los piratas daneses, o para pagar a las tropas que habían de contener y evitar las invasiones y que había pasado a aumentar las rentas reales. Recopiló las mejores leyes promulgadas por sus predecesores, particularmente las que eran más favorables al orden y bien común de los súbditos —de donde tomaron el nombre de *Leyes comunes*—, y las promulgó de nuevo. Dichas leyes han formado la base de la Constitución inglesa.



UN *paralítico se hace llevar ante San Eduardo y le dice que si él mismo le transporta a la iglesia de San Pedro, el santo Apóstol le curará. El bueno del rey carga con el desgraciado y le lleva gustoso a la catedral. Preséntale ante el altar como ofrenda, y el impedido se ve curado repentinamente.*

CONMUTACIÓN DE UN VOTO

RESTABLECIDA y asegurada la paz en Inglaterra, Eduardo se propuso cumplir el voto que en otro tiempo formulara de ir a Roma a venerar las reliquias del Príncipe de los Apóstoles, su patrono predilecto. Previamente, reunió el Consejo palatino, junto con los prelados del reino, y manifestóles su resolución.

—Prometí ir a Roma y quiero cumplir mi palabra —les dijo.

Ante semejante anuncio, asustáronse los presentes y uno de ellos exclamó:

—Príncipe, en modo alguno debéis realizar vuestro propósito; tras largos sufrimientos, Inglaterra empieza a respirar bajo vuestra muy amada autoridad; alejaros sería abrir las puertas a los desmanes de los daneses y a las discordias y rencillas de toda clase.

Suplicaron, pues, al rey que no los abandonase. Impresionado ante su insistencia, resolvió Eduardo someterse a la decisión del papa San León IX.

Los diputados encargados de esta negociación llegaron a Roma al celebrarse el Concilio del año 1051. El Papa los recibió en audiencia solemne, y entrególes una carta para el rey, por la que le condonaba el voto, ordenándole que emplease el dinero del viaje en limosnas, o en restaurar algún monasterio consagrado al apóstol Pedro. Fué en abril de 1051.

Gozoso de saber por el oráculo más autorizado, a qué debía consagrar su actividad, siguió Eduardo paso a paso las prescripciones del Papa. El Príncipe de los Apóstoles le señaló el lugar en que más le agradaría ver el monasterio, que era el mismo en que el rey Seberto había erigido un santuario, también en honor de San Pedro, y que había sido célebre en otro tiempo, por los muchos y extraordinarios milagros en él realizados. Eduardo erigió, pues, allí, en Westminster, una grandiosa basílica con un monasterio de benedictinos, ampliando el que ya existía anteriormente; la enriqueció con rentas magníficas y numerosos privilegios.

EL DON DE MILAGROS

LA caridad que llenaba su alma le hacía fácil el cumplir la orden del Papa. En cierta ocasión sorprendió el rey a un cortesano hurtando dinero de los cofres reales y nada le dijo; le vió por segunda vez y también disimuló. Creyendo que nadie advertía el robo, acudió por tercera vez el ladrón a las arcas del rey, quien le dijo entonces: «¡Cuidad que no os vean!» Contristado el tesorero, al advertir el desfalco, acudió quejoso al príncipe,

y éste, como ignorando el caso, se contentó con decir: «¿Por qué os apenáis? ¡Sin duda, el que lo tomó tenía más necesidad del dinero que nosotros!»

Otro día, un peregrino pedía limosna en nombre de San Juan Evangelista. Como después de San Pedro, San Juan era para el rey Eduardo su patrón predilecto, nada sabía rechazar a quien se lo pedía en nombre del Discípulo Amdo. Pero hallábase ausente el limosnero del rey y, temiendo no poderle atender con presteza, se quitó del dedo un precioso anillo y se lo dió.

Casos semejantes repitiéronse multitud de veces durante la vida del Santo. En su inagotable caridad abundaban los recursos para favorecer a cuantos necesitaban de su ayuda.

El Señor, desde lo alto del cielo, contemplaba complacido las virtudes de su siervo y manifestó cuán agradables le eran, mostrando a los hombres la santidad del príncipe. Un irlandés lisiado y contrahecho, hízose llevar cierto día a palacio, y dijo al rey que, habiendo pedido ya seis veces su curación a San Pedro, después de visitar su iglesia, el gran Apóstol le había respondido que quería tener por compañero del milagro al rey Eduardo, su amigo; por consiguiente, deseaba que le llevase desde el palacio real a la iglesia. El rey cargó con el pobre y, en hombros, lo llevó con gran humildad y alegría, en medio de las risas y burlas no bien reprimidas de muchos. Una vez en la iglesia, ofreció el enfermo al bienaventurado apóstol Pedro, y al instante quedó sano.

HACIA LA MUERTE

UNA vida tan santa pronto iba a lograr la corona. A dos ingleses que hacían la peregrinación a los Santos Lugares, y que se habían extraviado por caminos desconocidos, aparecióseles un anciano venerable y condújoles a la ciudad. Al día siguiente, agradecidos al desconocido, quisieron oír sus recomendaciones, y el anciano se las manifestó diciéndoles:

—Ánimo, amigos míos, seguid con valentía y constancia el camino; volveréis a Inglaterra sanos y salvos, yo os ayudaré y seré vuestro guía. Soy Juan Evangelista, Apóstol de Jesucristo; amo con predilección al rey vuestro Señor, y sabed que el motivo del afecto que le tengo es su excelente castidad. Entregadle este anillo, que es el mismo que el rey me dió en limosna en cierta ocasión en que le pedía ayuda yendo en hábito de peregrino. Decidle también, de mi parte, que se acerca el tiempo en que debe salir de este mundo. Dentro de seis meses le visitaré y le llevaré conmigo en pos del Cordero sin mancilla.

A estas palabras, el anciano desapareció. Los peregrinos cumplieron su encargo a su vuelta de Tierra Santa; y, como prueba de la verdad del hecho, entregaron al rey el anillo que habían recibido del santo Apóstol.

Advertido por el oráculo divino de su muerte cercana, Eduardo se preocupó de dejar el trono de Inglaterra en manos de quien garantizara la paz, tan difícilmente restablecida. Haroldo, hijo de Godwín, pretendía sucederle, pero habiendo observado Eduardo que en él se transparentaban los instintos feroces de su padre, procuró alejarle de la sucesión. Habiendo consultado confidencialmente con Roberto, arzobispo de Cantórbery, acerca del duque Guillermo, decidió declarar a éste por legítimo heredero.

ÚLTIMOS MOMENTOS

NADA quedaba a Eduardo sino prepararse a morir bien. Notaba cómo las fuerzas le iban faltando; y la misma tarde de Navidad del año 1065, un acceso de fiebre le señaló el fin de sus días. San Juan Evangelista, conforme le había anunciado, se le apareció prometiéndole, además, que en breve vendría a buscarle. A los veinticinco años de obras, la abadía de Westminster se concluía, y tratábase de proceder a la dedicación y ordenar en ella el culto. A pesar de su quebrantada salud, el rey quiso presidir la ceremonia, y asistió hasta el fin. A la vuelta cayó sin sentido y permaneció en ese estado dos días consecutivos. Pudo confirmarse después que fué un éxtasis, durante el cual Dios le reveló los futuros males de Inglaterra.

A la vista de la reina que, anegada en lágrimas, yacía al pie de la cama, exclamó:

—No llores, hermana mía, dejo la tierra, lugar de muerte, para ir al cielo.

Después, dirigiéndose a los nobles y oficiales que rodeaban el lecho donde agonizaba, les dijo:

—Virgen recibí de manos de mi Señor Jesús a Egdita, mi esposa, y virgen se la devuelvo. En vuestras manos la dejo y la encomiendo a vuestro respeto y cuidado.

Las últimas palabras del rey, revelaron a la concurrencia todo el secreto de su vida angelical y perfecta, pues sin duda alguna, fué para Eduardo la aureola más brillante y la manifestación de la heroicidad de sus virtudes.

El príncipe señaló la hora de su muerte, y ordenó que se previniese a su pueblo para empezar las oraciones por el eterno descanso de su alma.

Desde este momento enmudeció entre los hombres para hablar solamente con los ángeles; y lleno de días y de buenas obras, pasó a gozar del Señor el 5 de enero de 1066, habiendo reinado veintitrés años.

CULTO Y RELIQUIAS DE SAN EDUARDO

GUILLERMO el Conquistador, que subió al trono de Inglaterra en el año 1066, labró un magnífico sepulcro donde fué encerrado el cuerpo del Santo. En 1102, descubierta por el obispo de Rochester la caja de oro y plata que lo contenía, hallóse incorrupto y flexible, y perfectamente conservados sus vestidos.

Dios nuestro Señor quería así testimoniar la virtud del santo monarca, la cual hizo de él un dechado de reyes y un perfecto ejemplo para todos los cristianos.

Alejandro III canonizó a Eduardo el 7 de febrero de 1161; su fiesta se fijó el 5 de enero. En 1163, el 13 de octubre, Santo Tomás Becket, arzobispo de Cantórbery, verificó la traslación solemne, a la cual asistió el rey Enrique II, acompañado de catorce obispos, cinco abades y la nobleza toda de Inglaterra.

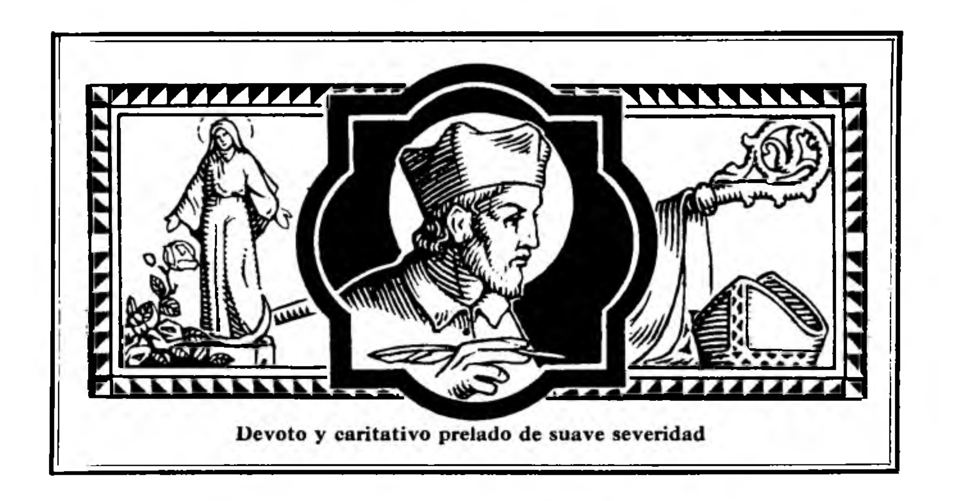
Este príncipe fué uno de los portadores del precioso depósito por el claustro de la abadía de Westminster. Desde entonces, la fiesta nacional del Santo se celebra el día de la traslación de sus reliquias. El Concilio nacional de Oxford ordenó en 1122 que fuera de obligación en Inglaterra. Y desde el glorioso reinado de Inocencio IX fué de rito semidoble en la Iglesia universal (6 de abril de 1680).

En atención a la memoria del Santo, los reyes de Inglaterra recibían, en el día de su elevación al trono, la misma corona del rey Eduardo. Posteriormente se cambió; pero la actual conserva el nombre del Santo.

San Eduardo, Confesor, es uno de los patronos de Inglaterra y de la diócesis de Westminster. Se le invoca contra la escrofulosis y tumores blancos.

SANTORAL

Santos **Eduardo III, rey de Inglaterra y confesor;** Teófilo, obispo de Antioquía, y Antonino, de Marsella; Simberto, obispo de Augsburgo; *Venancio* y Gerbrando, abades; *Fausto, Jenaro y Marcial, mártires en Córdoba;* Florencio, mártir en Salónica; Colmano o Columbano, príncipe escocés y mártir; Carpo, discípulo de San Pablo; *Daniel, Samuel, Angel, Domno* o *Dónulo, León, Nicolás y Hugolino, franciscanos, martirizados en Ceuta por los mahometanos;* Marcos, Marcelo y Adrián, mártires; Gerardo, confesor. Beato Regimbaldo, obispo de Espira (Alemania). Santas Celedonia, virgen; Faustina y Andria, mártires; Fincana y Findoquia, vírgenes irlandesas.



Devoto y caritativo prelado de suave severidad

DÍA 14 DE OCTUBRE

SAN PEDRO PASCUAL

MERCEDARIO, OBISPO DE JAÉN Y MÁRTIR (1227-1300)

EL año de 1203, un noble caballero del Languedoc, llamado Pedro Nolasco, temeroso de perder la fe siguiendo las ponzoñosas doctrinas de los albigenses, pasó los Pirineos y fué a Barcelona, donde esperaba vivir a gusto en ambiente más cristiano. No sospechaba que media España se hallaba todavía en poder de los árabes, y casi no había familia que no llorase la muerte o cautiverio de alguno de sus miembros.

Ciertamente no era aquel daño tan perjudicial como el que acababa de salvar. Y como sobre todas las cosas apreciaba él los bienes inestimables de la fe, gozóse mucho de poder al fin entregarse con tranquilidad y sosiego a las prácticas cristianas que consideraba como la base primera y principal raíz de la felicidad familiar.

Conmovióse, sin embargo, el corazón de Pedro Nolasco a la vista de tanta aflicción. Para aliviar de algún modo el dolor de los cristianos, inspirado por la Madre de Dios, fundó una Orden a un tiempo militar y religiosa, que llamó de Nuestra Señora de la Merced de Redención de Cautivos. Muchos se alistaron bajo la dirección del nuevo fundador. Vivía a la sazón

en Valencia un caballero casado y sin hijos, el cual deseaba hacerse religioso con consentimiento de su esposa. El apellido del caballero era Pascual; el escudo de armas de su familia representaba un «cordero pascual» y dos torres de oro juntas, levantadas sobre dos colinas igualmente de oro.

También él se fué a ver a Pedro Nolasco y le pidió le admitiese en la Orden de los «Redentores». El Santo logró disuadirle, diciéndole que el Señor le quería en el siglo y no en un convento: «Dios te concederá un hijo que será religioso Mercedario —añadió el Santo—, un hijo que por la santidad de su vida y admirable doctrina dará mucha gloria a Dios y será honra y prez de la Iglesia y de la Orden de la Virgen María.»

Un año después se cumplió la promesa del santo fundador, pues nació el 6 de diciembre de 1227 el niño predestinado cuya vida nos proponemos relatar. En el bautismo le llamaron Pedro, nombre que guardó en la religión.

Como eran sus padres muy virtuosos, criáronle en el amor y temor santo del Señor. Además, las buenas inclinaciones que Dios había puesto en su alma, favorecieron maravillosamente los desvelos de sus cristianos padres.

Desde su niñez, aun antes de alcanzar la edad de la discreción, el Señor se sirvió de él para traer al redil a muchos extraviados, dando con ello a entender que dedicaría su vida entera al servicio de los prójimos. La historia de su actividad es, en efecto, continua historia de apostolado.

JUGANDO A MÁRTIR

EL populacho moro de Valencia había quitado la vida, con atrocísimos tormentos, a seis religiosos Mercedarios, los cuales, no contentos con dedicarse al caritativo ministerio de la redención de cautivos, obraban muchísimas conversiones aun entre los mismos infieles. El niño Pedro oyó a sus padres contar el suceso y escuchó todos los pormenores del mismo con extraordinaria atención. Al día siguiente, como si quisiera preludiar con un juego infantil el glorioso combate que le había de costar la vida, le dió por jugar a mártir con algunos moritos de su edad; ellos hacían de verdugos, y el inocente Pedro era la víctima.

Llevábalos a la huerta de su casa, y allí les decía que le prendiesen y martirizasen lo mismo que sus padres habían martirizado a los frailes Mercedarios. Tan a pechos tomaron los moritos un día aquel papel de verdugos, que, a no haber acudido a tiempo los padres de Pedro, el niño hubiera entregado el alma sin quejarse. Quisieron castigar a los culpables, pero el santo niño se lo impidió, diciendo: «No les hagan daño; me martirizaban porque yo quería».

CANÓNIGO Y ESTUDIANTE. — ENTRA EN RELIGIÓN

A 28 de septiembre de 1238, tras cinco siglos de opresión, el valeroso rey don Jaime I de Aragón conquistó la ciudad de Valencia a los moros. Primera providencia del cristiano príncipe fué restituir los templos a la religión y a los cristianos la libertad. Favoreció también el religioso monarca el reclutamiento de vocaciones eclesiásticas y restauró suntuosamente la catedral de Valencia, de la que hizo canónigo a Pedro Pascual, no obstando a ello los pocos años de éste. Entre tanto, prosiguió el estudio de las sagradas Letras. Por consejo de San Pedro Nolasco, en 1241 le enviaron sus padres a la Universidad de París. Por los años de 1249 recibió en ella el grado de Doctor en Teología, y se ordenó de sacerdote.

Pasados ocho años desde su llegada a París, volvió a Valencia. Habían ya muerto sus padres, y habían nombrado a San Pedro Nolasco ejecutor testamentario. Tres partes hicieron de su hacienda: la una para redimir cautivos, la otra para los encarcelados, y la tercera para los huérfanos. Nada legaron a su hijo, porque les había suplicado que nada le dejasen, diciéndoles: «No quiero yo otra herencia fuera de Nuestro Señor Jesucristo».

Para satisfacer cumplidamente este deseo de su alma, tomó el hábito de los Mercedarios en Valencia. Era el 6 de diciembre de 1250. Al siguiente año emitió los votos solemnes. San Pedro Nolasco llamóle en seguida a Barcelona.

Mandóle primeramente leer Filosofía y Teología. El tiempo que le dejaba libre este trabajo, empleábalo en la predicación y en ejercitarse en los ministerios propios de su religión, con admirable celo que el Señor premiaba a menudo con maravillosas conversiones. Pero su mayor deseo era trabajar en redimir cautivos cristianos. Con este fin recogió abundantes limosnas, y el año de 1252 pasó al reino de Granada, que estaba en poder de los moros, y allí dió principio a su caritativo ministerio.

FUENTE MILAGROSA

VOLVIENDO el Santo con los cautivos libertados de Granada a Toledo, pasaron los viajeros por una dilatada llanura, a la sazón árida y seca. Habían ya caminado muchas horas con un sol abrasador, cuando se les acabó el agua que llevaban. De pronto vieron un pozo en la orilla del camino; esta novedad los llenó de alegría; mas, ¡ay!, presto se trocó en tristeza y desaliento, al ver que en el pozo no había ni gota del agua tan deseada, ni aun señal alguna de humedad.

El jefe de la caravana, Pedro Pascual, se arrodilló en el brocal del pozo, y pidió al Señor con humildes súplicas que se dignase dar agua a los que había dado libertad. Oyó Dios la oración de su siervo, y como en otro tiempo de la roca del desierto, brotó agua límpida y clarísima del fondo de aquel pozo enjuto.

El Señor demostraba así con cuánto amor asistía a su fidelísimo siervo.

PRECEPTOR DE UN PRÍNCIPE MÁRTIR

POR los años de 1253, el rey de Aragón, don Jaime, hizo a Pedro Pascual ayo y maestro de su hijo, el infante don Sancho, nacido el año de 1238. Era este príncipe muy inclinado a la piedad. Con eso y con las lecciones y ejemplos de su santo preceptor, vino don Sancho a dar de mano al siglo, y abrazó la religión de los Mercedarios. Años después fué electo don Sancho de Aragón obispo de Toledo, en cuya silla sucedió a don Sancho de Castilla, y el año de 1266 pasó a Viterbo, para que el papa Clemente IV confirmase la elección; Pedro Pascual le acompañó en este viaje.

Por acta de 21 de agosto de 1266 ratificó la elección el Sumo Pontífice. Al posesionarse de su sede el nuevo arzobispo, su antiguo ayo y maestro pasó a residir habitualmente en Toledo. Hase dicho que Pedro Pascual fué consagrado arzobispo titular de Granada el año de 1269, pero la Historia no menciona ni el suceso, ni la fecha.

Don Sancho siguió mostrándose en la silla de Toledo digno de tan santo maestro a quien tomó por consejero. A raíz de una desgraciada lucha contra los moros —21 de octubre de 1275— cayó preso el prelado y le quitaron la vida. El misal de Toledo de rito mozárabe, no solamente honra a don Sancho entre los Santos de su liturgia, sino que de él hace mención en el Canon de la misa.

OBISPO DE JAÉN. — CAUTIVO DE LOS MOROS

SIETE años hacía que había muerto el obispo de Jaén, don Juan III. Ni el Cabildo, ni el rey de Castilla daban con un sucesor del difunto prelado. Dos pretendientes se disputaban aquella sede: don Juan Miguel, deán del Cabildo, y Fortunato García; pero ambos, de común acuerdo, renunciaron a todos sus derechos en manos del papa Bonifacio III; el primero, por mandatario, y el segundo, en persona. El Sumo Pontífice usó de su derecho proveyendo él mismo a la sede vacante. Escogió a Pedro



CIERTO *día en que San Pedro Pascual iba a decir Misa, como le faltara ministro, ofreciósele para ayudarle un niño muy hermoso. Ofició el Santo con ternísima devoción, y al acabar hubo de enterarse con grande pasmo y consuelo que el gracioso monago era Jesús en persona.*

Pascual, a la sazón Abad titular de Trasmiras, diócesis de Braga —quizá San Juan de Trasmiras, hoy día de la diócesis de Orense—, y que por entonces se hallaba en Roma. Fué consagrado a 20 de febrero de 1296 por el cardenal Mateo de Acquasparta, obispo suburbicario de Porto, y entró en su diócesis el mes de noviembre de aquel mismo año.

No es para comentar el ardoroso celo que el nuevo cargo despertó en su alma, siempre dispuesta a sacrificarse por los demás.

Comenzó sin dilación y con mucho empeño a reparar los daños causados en aquella Iglesia por siete años de abandono y también por las frecuentes incursiones de los moros que dominaban todavía en el vecino reino de Granada. Visitó a pie la diócesis; no se contentaba con cumplir las obligaciones esenciales de su ministerio, sino que habiendo administrado el sacramento de la confirmación, oía de buen grado las confesiones, visitaba a los enfermos, consolaba a los afligidos, socorría a los necesitados, enseñaba a los fieles y los alentaba a defender la fe y la patria.

Al volver de uno de esos viajes, y hallándose ya a las puertas de Jaén, en el momento en que menos lo sospechaba, salió de una emboscada una cuadrilla de moros que acometieron contra la escolta del prelado. Prendiéronle sin dificultad y le llevaron preso a Granada. Sucedía esto el mes de septiembre de 1287.

Era a la sazón rey moro de Granada Muley Mohamed Abu Abdalah, que se hacía llamar «emir Amuslamín», jefe de los musulmanes. No obstante ser tributario del rey de Castilla y de estar obligado a este príncipe con juramento, el moro solía invadir sin escrúpulos las tierras de cristianos cuando sabía que podía hacerlo sin peligro. Consideró al Santo como cautivo suyo, confiando lograr buen precio por su rescate. Merced a la relativa libertad de que gozaba en Granada, el santo cautivo andaba por la ciudad visitando, consolando, esforzando y enseñando a sus hermanos de cautiverio.

GENEROSIDAD ADMIRABLEMENTE PREMIADA

La diócesis de Jaén quedó afligidísima con la pérdida de tan santo pastor, pero a toda costa trataron de redimirlo. Hízose una colecta en todas las parroquias en favor del ilustre cautivo, y con eso se recogió mucho más de lo necesario para su rescate. Secretamente llevaron al Santo el dinero exigido por el rey moro. «¿Qué haré yo con esto?» —se dijo Pedro al recibirlo—. ¿Era acaso justo rescatarse a sí mismo con una suma que bastaba para redimir cien cautivos más desgraciados que él? Pero por otra parte, ¿no reclamaba el provecho de las almas que volviese a apacentar su rebaño?

Estando así perplejo, fuése un día a enseñar la doctrina a los niños cristianos. Empezó a preguntarles acerca de los misterios de la fe, cuando advirtió que entre ellos había uno pequeñito y hermosísimo, que antes no venía a la doctrina. De pronto se levantó aquel rapazuelo, y le dijo: «¿Ignoras, por ventura, que en esta tierra nosotros los niños, estamos más expuestos a morir que los adultos?»

Era la respuesta del cielo a sus dudas. Sin más, con el dinero que llevaron para rescatarle a él, rescató cuantos niños pudo.

Al día siguiente de haber enviado a tierra de cristianos casi todos los niños cautivos de Granada, buscó en balde quien le ayudase a decir misa. En esto, vió llegar en traje de cautivo al hermoso pequeñín de la doctrina, el cual se le acercó y le dijo:

—¿Qué buscas?

—Busco, hijo mío, un niño que me ayude a decir misa —le respondió el prelado—; pero, ¿quién eres tú que no te conozco?

—Ya lo sabrás luego —repuso el niño—; yo me ofrezco a ayudarte a misa.

El Santo le hizo algunas preguntillas, para cerciorarse de que sabía ayudar, y quedó admirado de las respuestas del muchacho. Dijo la misa con mayor ternura y devoción que solía, pues a la vista del misterioso niño, nació en su alma vivísimo sentimiento de la presencia de Dios. Al acabar la misa, preguntóle acerca de los misterios de la fe; y habiendo explicado el niño con admirable claridad quién era el Padre, le preguntó el Santo:

—Y el Hijo, ¿quién es?

—Yo soy el Hijo —le respondió—; mira mis llagas y costado. Con los niños que has redimido quedándote cautivo por ellos, me has hecho prisionero de tu amor.

El Santo se postró a sus pies y quiso besarlos, pero el Niño Jesús desapareció dejándole bañado en inefable gozo y arrebatado en dulcísimo éxtasis por largo rato.

ESCRITOR Y MÁRTIR

PARA sostener la fe de sus compañeros de cautiverio y apartarlos de lecturas perniciosas, escribió Pedro Pascual muchos devotos libros. Éstos son los títulos de algunos tratados compuestos por el Santo: *Historia de San Lázaro resucitado; Historia del buen ladrón Dimas; Historia de los Santos Inocentes; Libro de Gamaliel, y tratado de la Pasión y Muerte del Salvador; Explicación del Padrenuestro, Explicación de los diez mandamientos de la ley de Dios; Disputa con los judíos sobre la fe católica, Refutación de la religión de Mahoma.*

Todas estas obras las compuso sin echar mano de ningún libro, ni siquiera de la Biblia. Por eso, al ver la ciencia teológica, bíblica y patrística vaciada en ellos por el autor, se queda el lector sobrecogido de admiración.

El último libro mencionado lo leyeron no sólo los cristianos sino también los moros, moviéndose muchos de ellos a conversión con su lectura. Los alfaquíes y morabitos se quejaron al rey, y pidieron a gritos la muerte de quien amenazaba destruir el islamismo en breve tiempo. De haber dado oídos a su fanatismo, al punto hubiera ejecutado el rey moro sus sanguinarios propósitos; pero la codicia le inclinaba a dejar con vida a un cautivo, por cuyo rescate ofrecerían sin duda muy en breve nueva suma de dinero.

Efectivamente, a 29 de enero del año 1300, el papa Bonifacio VIII firmó cinco cartas en favor de la diócesis de Jaén; dos de ellas confirmaban los nombramientos hechos por el obispo cautivo en Granada y designaban administrador; las otras tres se referían al rescate de Pedro Pascual: el Sumo Pontífice daba órdenes precisas sobre el particular a los dos arcedianos y al Cabildo y al mismo tiempo enviaba al episcopado español viva recomendación en favor del santo cautivo.

Pero el odio de sus enemigos crecía más y más. Creyó el rey que podría apaciguar los ánimos quemando públicamente todos los ejemplares del libro que fuera causa del alboroto popular; pero ni aun así lo consiguió.

Viéndose obligado a ceder, mandó encarcelar a Pedro en una torre solitaria poco distante de Granada, donde gemían ya otros cristianos aguardando la muerte. Con todo, le dió licencia para llevar consigo a la cárcel cuanto necesitaba para decir misa.

Una tarde tuvo noticia de que los verdugos irían a matarle al amanecer del siguiente día. Pasó la noche en oración, y a la otra mañana dijo misa muy de madrugada. Aun estaba revestido cuando entraron los enviados del rey moro y ejecutaron la sentencia de muerte que traían, cortándole la cabeza. Sucedió su martirio a 6 de diciembre del año 1300.

SU CULTO

LA cárcel donde fué martirizado San Pedro Pascual se hallaba en una colina que después de la Reconquista se llamó *Cerro de los Mártires*. Para perpetuar la memoria de todos los cristianos que fueran martirizados allí, los Reyes Católicos edificaron una iglesia en aquel sitio el año de 1492, y los Carmelitas, un convento a mediados del siglo XVI.

El nombre del obispo de Jaén fué tenido en grande veneración como el de un santo y un mártir. En el siglo XVII, los religiosos de la Orden de la Merced dieron muchos pasos para lograr el reconocimiento oficial de su culto.

Así fué cómo el año 1645 pidieron al cardenal Moscoso y Sandoval, obispo de Jaén, que mandase restaurar la aureola que circundaba el primer retrato del santo mártir, expuesto en el palacio arzobispal. Esta diligencia, al parecer tan sencilla, dió ocasión a tres procesos diocesanos que fueron llevados a la par; el postrero y más importante se concluyó a 31 de marzo de 1655 con un decreto del prelado declarando que el culto público de este Santo, conocido y tolerado por los Ordinarios de Jaén y Granada, se remontaba a más de un siglo. El Sumo Pontífice Clemente X aprobó esta sentencia el 14 de agosto de 1670; Pedro Pascual quedaba así canonizado.

De allí adelante menudearon los breves de la Santa Sede en favor del mártir de Granada: a 3 de septiembre de 1672, aprobación de varios tratados escritos por el mártir; a 17 de junio de 1673, concesión del Oficio y misa de un mártir con rito semidoble a la Orden de la Merced, y después a la diócesis de Toledo a 21 de abril de 1674, de Granada y Jaén a 18 de diciembre de 1675 y a la de Valencia a 28 de marzo de 1676. El rito doble lo concedió a 22 de junio de 1680, y el día 2 de octubre del mismo año extendió su culto a todos los reinos de España. A 20 de enero del año 1686, la Santa Sede dió licencia a los Mercedarios para insertar el nombre de San Pedro Pascual en la Conmemoración de los Santos de la Orden; su fiesta se celebra con rito doble de segunda clase desde el día 9 de julio de 1695, y, finalmente, un Breve de 3 de agosto de 1697 concedió para la fiesta de San Pedro Pascual el evangelio *Ego sum pastor bonus* con las homilías propias sacadas de los Padres de la Iglesia.

Entretanto, algunos escritores de la Orden de los Trinitarios, también meritísima en la obra de redención de cautivos, pretendieron que el obispo mártir de Jaén había pertenecido a su religión; pero la Santa Sede tuvo por mal fundadas estas pretensiones y las desestimó. Queda siendo, pues, San Pedro Pascual, insigne florón de la Orden de Nuestra Señora de la Merced.

SANTORAL

Santos *Calixto I, papa y mártir;* Pedro Pascual, obispo y mártir; *Gaudencio, obispo de Rimini y mártir;* Burcardo, obispo de Wurtzburgo; Cosme —preceptor de San Juan Damasceno—, obispo de Gaza, en Palestina; Donaciano, obispo de Reims; Fortunato, obispo de Todi; Rústico, obispo de Tréveris, y Celeste, de Metz; *Carponio, Evaristo y Prisciano, mártires en Cesarea de Palestina;* Saturnino, Lupo y compañeros, mártires en Capadocia; Lupo, mártir en Córdoba; Domingo Loricato y Bernardo, confesores. Santas *Fortunata, hermana de los santos Carponio, Evaristo y Prisciano, virgen y mártir;* Aurelia, mártir en Córdoba, Angadrema y Menequilde, vírgenes. Beata Magdalena Panatieri, terciaria de Santo Domingo, virgen.


Santa doctora de ciencia divina — Corazón transverberado

DÍA 15 DE OCTUBRE

SANTA TERESA DE JESUS

DOCTORA Y REFORMADORA DEL CARMELO (1515-1582)

NACIÓ Santa Teresa a 28 de marzo de 1515 en Ávila de los Caballeros. Su padre, don Alonso Sánchez de Cepeda, dejó consignado este nacimiento en una cédula que dice así: «En miércoles, veintiocho días del mes de marzo de quinientos y quince años, nació Teresa mi hija, a las cinco horas de la mañana, media hora más o menos, que fué el dicho miércoles, casi amaneciendo. Fueron su compadre Vela Núñez y la madrina doña María del Águila, hija de Francisca de Pajares».

Pertenecían sus padres a la más alta nobleza castellana y eran muy devotos cristianos. «Era mi padre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos...»

Don Alonso murió santamente, diciendo cuánto sentía no ser fraile. De su madre, doña Beatriz de Ahumada, habla Teresa en estos términos:

«Tenía grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás dió a entender que hiciese caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad. Era muy apacible y de harto entendimiento... Murió muy cristianamente.»

Doña Beatriz tuvo nueve hijos. Don Alonso se había casado con ella en segundas nupcias, teniendo ya una hija y dos hijos del primer matrimonio.

Entre sus nueve hermanos y dos hermanas, había uno «casi de su edad, que era el que ella más quería»; era, probablemente, Rodrigo. Tenía pocos años más que ella y era también muy devoto. Juntos solían leer vidas de Santos. Los tormentos que las Santas padecían por causa de la fe, le daban envidia. «Parecíame —dice— que compraban muy barato el ir a gozar de Dios». Una cosa más que nada espantaba la imaginación de ambos niños: la eternidad de las penas y de la gloria. «Gustábamos de decir muchas veces: «¡Para siempre, siempre, siempre!» De pronto, huyen cierto día de la casa paterna, pasan el puente del río Adaja, y caminan resueltos por la carretera de Salamanca; era su intención irse «a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá los descabezasen». Pero a distancia como de un cuarto de legua de Ávila tienen la mala fortuna de dar con un tío suyo que les hace volver atrás y los lleva a casa. Rodrigo se excusa y culpa a su hermanita. «Madre, a mí la niña me ha llevado y me ha hecho tomar el camino».

Dotes de caudillo tenía ya Teresa a los siete abriles; y de caudillo algo terco, porque el primer fracaso no la dasalentó.

«De que vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa, procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían.»

Era un alma joven, ansiosa de infinita dicha, y que para lograrla menospreciaba los míseros bienes caducos; voluntad todavía tierna, pero capaz para pasar de repente de los generosos deseos a los actos heroicos y arrastrar a los demás en la carrera. Ya en estos rasgos infantiles se dibuja el temperamento y natural de la insigne Santa. Tenía poco menos de doce años cuando murió su madre. La niña fué a postrarse a los pies de una imagen de Nuestra Señora, y le suplicó con muchas lágrimas que fuese su madre en adelante. Desde ese día, siempre que se encomendó a la Virgen tuvo visibles pruebas de su maternal protección.

DONCELLA. — EN LA ENCARNACIÓN DE ÁVILA

PASANDO de esta edad, comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado, que según decían eran muchas. Cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé a ayudar para ofenderle, como ahora diré».

En esos términos comienza la Santa la confesión de lo que llama, extremando los conceptos, «sus grandes pecados». Ya previno al lector, al princi-

pio de su vida, que al escribirla le mandaron pasar de largo sobre muchas cosas, porque de lo contrario se hubiera pintado a sí misma con más negros colores.

Se acusa primeramente de ser aficionada a libros de caballerías. De increíble crédito gozaban aquellos libros en España en el siglo XVI; habría no pocos en la biblioteca de doña Beatriz de Ahumada. El amante corazón de aquella muchacha cariñosa y ardiente se dilataba con tales lecturas. Leía sin duda con encendido entusiasmo, como lo hacía todo, a la sombra de su indulgente madre, cuyo ejemplo la tranquilizaba. Pero alerta andaba Teresa que no le viese leer su padre aquellos libros, porque le pesaba mucho a don Alonso aquella excesiva afición a las aventuras novelescas. «Era tan en extremo lo que en esto me embebía —dice—, que, si no tenía libro nuevo, no me parecía tenía contento».

Viene el otro «gran pecado»: «Comencé —dice— a traer galas, y a desear contentar en parecer bien; con mucho cuidado de olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa». Con todo, el amor a la verdad le obliga a poner esta disculpa: «No tenía mala intención; porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí».

La joven «deseaba contentar» y a fe que lo logró muy de veras. Tenía primos hermanos de su misma edad, los cuales la querían muchísimo porque les parecía agraciada, cariñosa y simpática en alto grado. Teresa se duele de haberse aficionado a aquellas vanidades y a la amorosa compañía de sus primos. ¿Qué daño podía seguirse de aquellas relaciones para la santa doncella, cuyo purísimo corazón ansiaba tan de veras guardar intacto su honor? Teresa se contenta con declarar que jamás sintió atractivo ninguno hacia aquello que pudiera mancillar su inocencia, y que ordenaba su conducta a la luz de los consejos de su confesor.

Esta aclaración demuestra la extrema delicadeza de su alma.

Finalmente, tuvo la debilidad de trabar íntima amistad con una parienta «que era de livianos tratos» y ejercía perniciosa influencia sobre ella. «Es así que de tal manera me mudó la conversación con ella, que de natural y alma virtuosos, no me dejó casi ninguna señal. Querría escarmentasen en mí los padres, para mirar mucho en esto».

Estos son los «grandes pecados» de la juventud que lloró Teresa toda la vida. A menudo en su biografía sale a relucir la palabra pecado. No olvidemos que no se debe tomar al pie de la letra su humilde confesión; cuanto más santa es un alma, más suele temblar al menor roce del mal.

Con todo, este natural hervor de la juventud duró poco tiempo. Don Alonso de Cepeda tomó pie del casamiento de su hija María para dejar a Teresa de interna con las Agustinas de Nuestra Señora de Gracia. Tenía a la sazón dieciséis años. Pasados ocho días de profunda nostalgia, sosegóse el espíritu

de Teresa: «Estaba muy más contenta que en casa de mi padre». Eso no le impedía ser «enemiguísima» en entrar monja. No obstante, el trato con una santa religiosa, María Briceno, disminuyó aquella aversión al claustro, y «tornó a poner en su pensamiento deseos de las cosas eternas». Poco a poco iba sometiendo su voluntad a la divina; mas todavía «deseaba no fuese Dios servido darle vocación de monja».

En este tiempo cayó enferma y pasó unos días en casa de su tío Sancho de Cepeda, varón devotísimo. A raíz de las conversaciones que tuvo con aquel siervo de Dios, la nada de los bienes caducos se le presentó al espíritu tan al vivo como en su niñez; empero, su voluntad, más tenaz que cuando tenía siete años, se resistía al divino llamamiento. «Poco a poco —dice— me determiné a forzarme para tomar estado de monja». Empleó un ardid contra sí misma, que fué declarar a su padre aquella determinación; «porque era tan honrosa —dice— que me parece no tornara yo atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez». Don Alonso le negó su consentimiento. Teresa entendió que cediendo a su padre se perdería para siempre. Entonces huyó de su casa con su hermano Antonio. Éste entró en los Dominicos, y Teresa llamó a la puerta de las Carmelitas del convento de la Encarnación de Ávila.

No quisieron admitirla de pronto, por no enemistarse con don Alonso, y, además, porque el convento era pobre, y Teresa no traía dote.

Su padre se rindió al fin, tras dos meses y medio de resistencia. Ante notario firmó el acta de dotación. Teresa pudo ya vestir el sayal de postulante. Era el 2 de noviembre de 1536.

ETAPAS DE LA SANTIDAD DE TERESA

EN tomando el hábito, luego me dió el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy». Reacción saludable tras la fría inmersión de la vida claustral que tanto asustaba a su alma; sosiego de la paz interior, pasada la dolorosa pelea; íntima seguridad de ocupar el puesto a que le destinaba la Providencia; temor del infierno desvanecido para siempre jamás, y, más que nada, el inefable don de la divina gracia. Con todas estas causas de interior regocijo estaba amasado aquel «grandísimo contento» de la joven postulante, cuando puso la sandalia de monja en el primer escalón de la vía ascendente por donde iba a subir a la cumbre de la vida perfecta. Pero que no se traiga a engaño: el dolor la había de acompañar de continuo hasta llegar a la misma cumbre.

La esencia de su alma era tal que no podía sustraerse al martirio interior



REPRESENTÓSEME *el Señor —dice Santa Teresa—, dióme su mano derecha y díjome: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. De aquí adelante, no sólo como de Creador, como de Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía».*

Había en ella, con mucha sensibilidad ansiosa e inquieta, muchísimo talento, brillante y agudísimo. Corazones tan ricamente dotados, cuando poseen la fe y, sobre todo, cuando se ven favorecidos con especiales ilustraciones de la gracia, no aciertan a permanecer en paz antes de gozar de la vista de su Dios. Ya muy temprano, desde su niñez, descubrió Teresa lo engañoso y falaz de los bienes terrenos. Pues se acabó; ya no los podrá saborear sosegadamente. Siendo ello así, ¿a qué vivir ya en este mundo? ¿Adónde irá a beber la verdadera felicidad que su corazón ansía? A la sombra del claustro; allí brota del pecho mismo del Señor. Pero, paciencia; nada menos que por espacio de casi veinte años se le mostrará Dios como de lejos y la tratará con frialdad.

«Aun no tenía a mi parecer amor de Dios..., sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos.»

Tenía las gracias que iluminan; pero no llegaban a llenar sus ansias. Entonces aquel pobre corazón privado de goces sobrenaturales, se aboca a los bienes delicados, pero humanos que no faltan en la vida común, y más cuando se tiene un natural privilegiado como el de la Santa. Preciso es reconocer, además, que el claustro de Ávila tenía muy abiertas sus puertas. En el locutorio y en su aposentito lindamente adornado con mil cosillas de devoción, recibe Teresa a su familiares y amigos. Hablan con fruición mientras están bordando mantelitos de altar, albas de lino y casullas de seda. ¡Oh!, no cabe duda que tanto la aguja como la lengua se mueven para glorificar al Señor y a los Santos. Pero, ¿qué predicador hay tan sobrenatural, que no escuche su propia voz, sabiendo que es elocuente? Y ¿dónde daremos con una monjita tan santa, que sea y permanezca insensible a los encantos de su ingenio y a las gracias de su persona, aun haciendo gala de ellos para edificación de sus oyentes?

Pero sobre todo, sobre todo, el corazón de Teresa se aficiona demasiadamente a cuantos la admiran y le dan cariñosas pruebas de estimación. Evidente es a todas luces que su amor es como su alma: ideal purísimo. Pero se complace excesivamente en la dulcedumbre de amar. En el altar de su corazón arde incienso entre Dios y las criaturas; quiere probar las dos copas.

De esta suerte, tenía que renovar día tras día el sacrificio total que creía haber hecho de una vez para siempre al tomar el velo de Carmelita. Porque pensaba haber dejado el siglo en la puerta del convento, y venía a resultar que las cosas del siglo ocupaban su corazón y se lo disputaban a Dios. A ella le parecía no tener valor para romper definitivamente con el mundo. ¡Tormento íntimo que sólo podía calmar la gracia divina!

Añádase a esto que los vaivenes de aquella alma sacudían a cada instante la débil complexión de la Santa; porque Teresa padeció toda su vida

dolores y enfermedades sin cuento; la envoltura corporal parecía no poder contener los impetuosos latidos del espíritu.

Llegó, finalmente, la hora de Dios: Teresa contaba ya cuarenta años. Hacía casi veinte que vivía en el claustro tratando de contentar a Dios y al mundo al mismo tiempo, dejando siempre para el día de mañana el darse totalmente al Señor. Cierto día, un *Ecce Homo* expuesto en su oratorio se anima. Teresa se postra a los pies de Cristo y le pide que se digne otorgarle de una vez fuerza bastante para no volver a ofenderle. Con la lectura de las *Confesiones* de San Agustín, a quien «era muy aficionada», acabó determinándose a mudar de vida irrevocablemente y sin dilación. Comenzó entonces su irrefrenable afición «a estar más tiempo con Dios».

«Habiendo estado un día mucho en oración y suplicando al Señor me ayudase a contentarle en todo, comencé el himno y, estándole diciendo, víname un arrebatamiento tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fué muy conocido. Fué la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: «Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles».

Cayó Teresa en la cuenta de lo que Cristo le exigía. Rompió sin más las últimas ataduras que la ligaban a sus caras amistades. Todavía tuvo amigos; pero ya no les demostró aquel inmenso cariño que el Señor quería reservarse para Sí. Aquí entró Teresa de lleno en la posesión de Dios. Jesucristo la escogió por esposa suya.

Era el 18 de noviembre de 1572. Teresa iba a comulgar. Nuestro Señor le dijo estas palabras: «No hayas miedo, hija; que nadie sea parte para quitarte de Mí».

«Entonces —prosigue la Santa— representóseme por visión imaginaria, como otras veces en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido. De aquí adelante, no sólo como de Criador, y como de Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía; mi honra es ya tuya y la tuya mía». Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí y quedé como desatinada, y dije al Señor: que o ensanchase mi bajeza, o no me hiciese tanta merced; porque cierto no me parecía lo podía sufrir el natural. Estuve así todo el día muy embebida. He sentido después gran provecho, y mayor confusión y afligimiento de ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes».

Se acabó; el ensueño ingenuo de la niña Teresa, las dolorosas ansias de la Carmelita sedienta de amor divino se satisfacen y cumplen ya en la tierra. Goza de la dicha, que dura «siempre, siempre». Visiones, arrobamientos, éxtasis serán ya estados casi habituales en ella, místicas mercedes que no debilitarán sus facultades; antes le prestarán fortaleza sobrehumana.

REFORMA DEL CARMELO. — FUNDACIONES

JESÚS mandó a Teresa que se ocupase de reformar su Orden según la regla primitiva. Le prometió que en los nuevos monasterios se serviría a Dios fidelísimamente, y que Él tendría sus complacencias con las almas que en ellos morasen. También la Virgen y San José se le aparecieron para alentarla. No obstante las dificultades de la empresa, y aunque era inaudito que una mujer se metiese a reformar una Orden religiosa importante, Teresa se puso, sin razonar consigo ni considerar lo mandado, a entera disposición del Divino Maestro. Con la venia de sus superiores y del papa Pío IV, llegó a fundar en Ávila, venciendo mil adversidades, el primer convento de Carmelitas Descalzas, al que dió título de «su glorioso padre San José» —27 de agosto de 1562—. Fué la primera iglesia dedicada en Europa al santo Patriarca.

Recorrió luego todos los caminos de España, llevando adelante sin tregua la obra de la Reforma, pasando de una a otra ciudad, sobrellevando fatigas, venciendo obstáculos, peleando sin descanso contra los disgustos, desdenes, pobreza y persecuciones. Con ayuda de otro Santo admirable, San Juan de la Cruz, extendió a los Carmelitas el beneficio de la Reforma. Hasta el postrer suspiro no cesó de trabajar por ella; a su muerte había ya fundado treinta y dos monasterios; diecisiete de religiosas y quince de frailes.

MILAGROS Y LIBROS DE SANTA TERESA

OBRÓ el Señor milagros sin cuento para confirmar la misión que diera a su fiel sierva Teresa. Estándose edificando el convento de San José, de Ávila, cayó un lienzo de pared sobre un muchacho llamado Gonzalo de Ovalle, sobrino de la Santa, la cual hizo oración por él, y luego lo devolvió vivo a su hermana.

Hablando de sus escritos, la Iglesia los llama «doctrina celestial».

«Además de todos los dones de la divina munificencia con que plugo al Todopoderoso adornar a su amadísima esposa —dice Gregorio XV—, la llenó del espíritu de entendimiento, para que no solamente dejase en la Iglesia de Dios ejemplos de sus virtudes, sino que la regase al mismo tiempo con las fecundas fuentes que nos transmitió en sus escritos teológicos, místicos y otros, de los cuales sacan los fieles abundantísimo provecho, y que no pueden leer sin sentir que en sus almas se enciende ardiente deseo de la patria celestial.» La Universidad la ha declarado Doctora y Maestra sublime.

MUERE DE AMOR DE DIOS

POR obediencia, fué la Santa a Alba de Tormes, a pesar de hallarse ya sin fuerzas —20 de septiembre de 1582—. El día de San Miguel llamó al Padre Antonio de Jesús y le pidió los últimos sacramentos. Mientras esperaban el santo Viático, dijo a las monjas que la rodeaban:

—Hijas, por amor de Dios os pido que guardéis fielmente las Reglas.

Al ver entrar al Santísimo Sacramento en su celda, quiso echarse de la cama, pero se lo impidieron.

—Señor y Esposo mío —dijo—; por fin llegó el momento que tan ardientemente deseaba.

Dió gracias a Dios de haber nacido católica. A menudo repetía: «No desechéis, Señor, al corazón contrito y humillado». Se quedó luego arrobada en éxtasis de amor que duró catorce horas, hasta su tránsito. Fué tan grande el ímpetu de su espíritu en aquel último arrobamiento, que rompió el amor las ataduras del cuerpo, como lo reveló después la Santa a la Madre Catalina de Jesús. Con esto, voló su bienaventurado espíritu al Señor, entre las nueve y diez de la noche, a 4 de octubre de 1582. Murió de sesenta y siete años y medio, habiendo vivido cuarenta y siete en la religión.

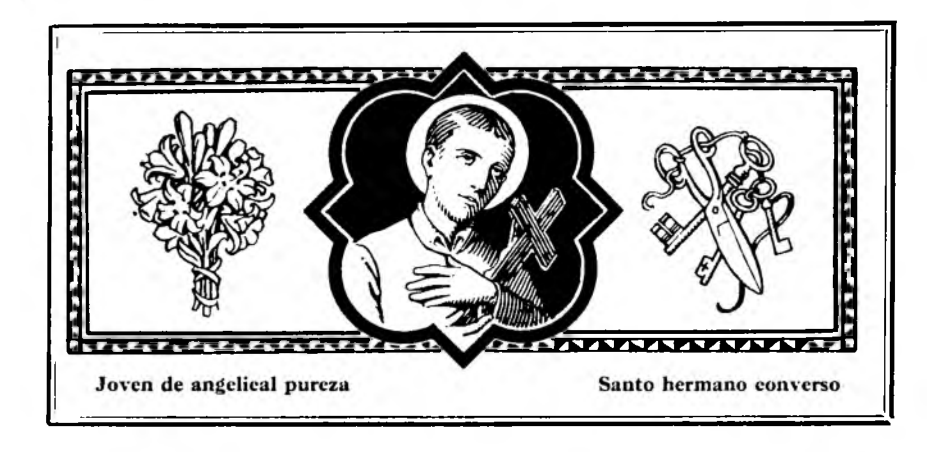
El año mismo de la muerte de la Santa, enmendó Gregorio XIII el calendario, que a la sazón iba retrasado de diez días. Como esta reforma había de aplicarse precisamente del 4 al 5 de octubre, el día siguiente de su muerte fué el 15 de dicho mes, fecha que se determinó para su fiesta.

El papa Gregorio XV la canonizó a 12 de marzo de 1622, juntamente con los Santos Isidro Labrador, Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Felipe Neri. Clemente IX, a 11 de septiembre de 1668, mandó celebrar su fiesta con rito doble.

El corazón de Santa Teresa y su cuerpo se veneran en Alba de Tormes.

SANTORAL

Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora. Santos *Bruno, obispo de Prusia y mártir;* Severo, obispo de Tréveris, Antíoco, de Lyón, y Conogano, de Quimper; Tamaro, obispo de Benevento, y Sabino, de Catania; Deodato, obispo de Viena de Francia, y Canuto, de Marsella; Rogerio de Normandía, obispo de Cannes; *Leonardo de Corbigny, abad; Calixto, de Huesca, mártir;* Fortunato, presbítero, mártir en Roma; Agileo, mártir en Cartago bajo Diocleciano, Modesto y Lúpulo, mártires en Capua. Beato Eutimio, abad. Santas Aurelia, virgen, Tecla, abadesa en Alemania.



DIA 16 DE OCTUBRE

S. GERARDO MARIA MAYELA

HERMANO CONVERSO REDENTORISTA (1726-1755)

SI prescindimos por un momento de los dones sobrenaturales, puramente gratuitos, con que el Señor adornó su alma, Gerardo fué uno de esos acabados modelos que se elevan a las altas cumbres de la virtud, aceptando sencilla y calladamente la voluntad divina. Gerardo Mayela nació en Muro Lucano, pueblecillo situado a unas veinte leguas al sur de Nápoles, el 22 de abril del año 1726. Su padre, humilde sastre que, debido a la integridad de sus costumbres, gozaba de gran consideración entre cuantos le trataban, esmeróse en educarle cristianamente.

A corta distancia de Muro se halla la capilla de Capotiñano, donde se venera a la Madre de Dios con el Niño Jesús en sus brazos. Cinco años apenas contaba Gerardo, cuando tuvo ocasión de visitar este piadoso santuario, en donde no bien se hubo arrodillado, desprendióse Jesús de los brazos de María y púsose a jugar familiarmente con él, y entrególe luego un panecillo blanco. Al regresar el niño a su casa, hizo entrega del panecillo a su madre, diciéndole al mismo tiempo que el hijo de una Señora hermosísima, con quien había estado jugando, se lo había dado. Iba, desde entonces, cada mañana a la capilla, y cada vez el Niño Jesús jugaba con él y

le entregaba el regalito del panecillo blanco. Su hermana le siguió cierto día, ocultándose para observarle con más libertad, y vió con sorpresa que el Niño Dios descendía de los brazos de la Señora para acariciar a Gerardo, y después le entregaba el panecillo.

Apenas frisaba Gerardo en los siete años, cuando experimentó desconocidas ansias y ardores espirituales de recibir el Pan Eucarístico. En cierta ocasión se mezcló con los fieles, dispuesto a comulgar. Al verle el celebrante tan pequeñito, pasó de largo, y sintiólo Gerardo tan hondamente que rompió en sollozos. A la noche siguiente, el arcángel San Miguel le trajo el Pan de los Ángeles. Otra vez, hallándose de rodillas cerca del altar, salió el Niño Jesús del Tabernáculo y le dió la Comunión.

A los diez años fué oficialmente admitido a la Sagrada Mesa; desde entonces comulgaba cada dos días, además de los domingos y fiestas. Pero entendió que, para participar de la gloria de Jesús, preciso era participar antes de su dolorosa Pasión; y así, como precio de cada comunión, se imponía una disciplina.

Al ocurrir la muerte de su cristianísimo padre, acaecida en 1737, entró Gerardo en el taller de un sastre como aprendiz. El joven se entregó al trabajo con todo el ardor y aplicación, sin descuidar por ello la correspondencia a la gracia y la práctica de la frecuente oración. Golpeábale a veces su amo con furiosa violencia, pero en vez de sentir repulsión o encolerizarse por ello, contestábale Gerardo siempre con una discreta y resignada sonrisa.

Sintiéndose atraído hacia la vida religiosa, solicitó Gerardo la admisión en los Padres Capuchinos, los cuales, vista la debilidad de su complexión, rehusaron admitirlo. Esperando la hora señalada por la divina Providencia, llegó Gerardo a los dieciséis años. Entró entonces al servicio del señor obispo de Lacedonia, que, anciano ya, descansaba en Muro; durante tres años, Gerardo fué la admiración de toda la ciudad por su vida ejemplar y virtuosa.

Un día que el obispo se hallaba ausente, cerró Gerardo la puerta de palacio, y, mientras se ocupaba en sacar agua, lo hizo con tan mala fortuna, que la llave se le cayó en el pozo. Quedó un instante indeciso; pero después, recogido un momento, rezó una breve oración y corrió en busca de la estatua del Niño Jesús, y atándola al extremo de una cuerda la bajó al pozo diciendo: «A Vos, Señor, corresponde devolverme la llave, no sea que el señor obispo se lleve un mal rato». Y, ¡oh poder maravilloso de la oración confiada!, ante una multitud de espectadores, subió Gerardo la estatua del Niño Dios que en la mano traía la llave perdida.

Al morir su señor, decidió Gerardo dedicarse al oficio de sastre; y, con permiso de su madre, dividía el salario en tres partes: una para la familia, otra para distribuirla a los pobres; y la tercera para la celebración de misas en favor de las almas del Purgatorio. Era tan ardiente su amor al sufrimiento

que impulsábale con frecuencia a fingirse loco, con el fin de atraer sobre sí las injurias y golpes de los muchachos y personas irreflexivas.

La devoción que profesaba a la Reina del cielo era señaladísima: «Mi Señora me ha robado el corazón —repetía a menudo— y yo se lo he ofrecido como regalo». Y como alguna vez se le hablase de matrimonio, respondía entusiasmado: «Pertenezco por completo a mi Señora». Andando el tiempo, el solo nombre de María bastará para extasiarlo. Ponía sumo cuidado en conservar sin mancha la inocencia bautismal.

LA VOCACIÓN RELIGIOSA. — UNA PEREGRINACIÓN

EN el mes de agosto de 1748, llegaron a Muro dos Padres Redentoristas. Gerardo aprovechó la ocasión para exponerles el estado de su alma y hablarles de la vocación a que le parecía sentirse llamado. En vez de animarle, el Superior le aconsejó que renunciara a este pensamiento, y la madre, temerosa de perderlo, lo retuvo en casa encerrado bajo llave, hallándose así el día mismo de la despedida de los misioneros. El prisionero, sintiendo una voz interior que le hablaba irresistiblemente, decidió evadirse por una ventana y sirvióse para ello de un lienzo, al propio tiempo que dejaba sobre la mesa un papel con estas palabras: «Voy a hacerme santo; madre, no penséis más en mí».

Habiéndose juntado a los misioneros, suplicóles le admitiesen en su compañía. Impresionado el Superior por el fervor e insistencia con que le suplicaba, se decidió a enviarle, por vía de prueba, al convento de Deliceto, con una carta concebida en estos términos: «Os envío un Hermano inútil para el trabajo, pero cuya reputación de santidad me obliga a recibirlo».

El 17 de mayo de 1749 llamaba Gerardo a las puertas del convento de Deliceto. Este convento, fundado por el bienaventurado Félix de Corsano, de la Orden de San Agustín, estaba dedicado a Nuestra Señora de la Consolación; hallábase abandonado hacía mucho tiempo, cuando Alfonso María de Ligorio, atraído por la imagen de María, estableció allí una residencia. En este santuario pasó Gerardo la mayor parte de su vida.

Ya desde el primer día, fué perfecto dechado de humildad, de paciencia, obediencia, modestia, afabilidad, mortificación y abnegación. No había ocupación modesta y humillante, que no se apresurara a tomarla para sí. Hacía el trabajo de cuatro, y tenía suma habilidad para recargarse con lo que correspondía hacer a los demás, diciendo: «Dejádmelo a mí; soy el más joven, y lo haré mientras vosotros descansáis». El trabajo no era para Gerardo un obstáculo a su vida íntima de oración; y aunque durante el día no cesaba de trabajar, por la noche pasaba largos ratos junto al Sagrario.

Sentía vivísimo deseo de llegar a ser un gran santo y alcanzar un alto grado de perfección. Con el permiso de su Director espiritual, había hecho el voto heroico de practicar siempre lo más perfecto. Por orden del mismo Director espiritual, escribió sus mortificaciones, resoluciones y sentimientos. He aquí algunos pasajes de ese código de perfección:

Mortificaciones. — Cada día me daré la disciplina y llevaré el cilicio de hierro alrededor del cuerpo. Mezclaré con hierbas amargas mis comidas. Aplicaré un corazón de puntas de hierro a mi pecho. El sábado ayunaré a pan y agua.

Sentimientos. — Todo cuanto se hace por Dios, es oración; unos se empeñan en esto, otros, en aquello; mi único empeño será hacer en todo la voluntad de Dios. La ocasión de llegar a ser un santo no se me ha ofrecido más que una vez; si no la aprovecho, acaso me pierda para siempre. Si llego a perderme, perderé a Dios, y si pierdo a Dios, ¿qué me quedará?

Resoluciones. — Repetiré en toda tentación y tribulación: «Fiat voluntas tua». No hablaré más que en tres casos: Cuando se trate de la mayor gloria de Dios, de favorecer al prójimo, o si existe verdadera necesidad. No me excusaré nunca, aun cuando tenga de mi parte toda la razón, siempre que mi silencio no cause ofensa ninguna a Dios ni perjudique al prójimo».

Gerardo profesó siempre muy acendrada devoción a San Miguel. En 1753, los estudiantes redentoristas de Deliceto obtuvieron permiso para ir juntos en peregrinación al monte Gárgano, célebre por la aparición del Santo Arcángel, Gerardo, hermano profeso hacía un año, recibió el encargo de dirigir la comitiva. Los jóvenes, dispuestos a emprender el viaje, recibieron doce pesetas en total, como viático; eran doce, y la excursión debía durar nueve días. «Dios proveerá», decía Gerardo a cuantos objetaban lo módico de la cantidad recibida. Al llegar a Manfredonia no les quedaba más que una peseta. Gerardo fué al mercado a comprar un ramillete, que colocó en la iglesia delante del Tabernáculo, diciendo en alta voz: «Jesús, a Vos corresponde cuidar de esta familia».

El capellán del castillo, testigo de este acto, se llegó a Gerardo y le invitó a alojarse en su casa, junto con los compañeros que dirigía. El santo Hermano recompensó la caridad del sacerdote, curando con la señal de la cruz a su madre, que yacía enferma en el lecho. Pasaron dos días en el monte Gárgano. Al día siguiente de su llegada, observando la bolsa vacía, fué Gerardo a encomendarse a San Miguel y, tan pronto como hubo acabado la súplica, se le acercó un desconocido y le entregó una cantidad de dinero. Al despedirse, como el posadero exigiera un precio excesivo, Gerardo, indignado, le dijo: «Si no os satisface el justo precio, presto recibiréis el castigo de vuestra avaricia con la muerte de vuestras mulas». Al poco rato el hijo del fondista llegaba asustado, manifestando que las mulas se revolcaban



SAN *Gerardo Mayela extiende misteriosamente su manteo en el suelo, manda al aventurero que se arrodille y, enseñándole su crucifijo, le dice: «Este es el tesoro de que te he hablado y que desde hace muchos años has perdido». Contrito el pecador, rompe a llorar y va a confesarse.*

por el suelo dando muestras de agudos dolores. Espantado el fondista se humilló, y Gerardo hubo de insistir para que aceptara lo que le correspondía; después, curó a las mulas haciendo la señal de la cruz sobre ellas.

CELO APOSTÓLICO. — PRUEBAS

UN día que Gerardo llegaba a Deliceto, un aventurero, viendo el aspecto desaliñado del Hermano, lo tomó por hechicero y le dijo: «Si buscáis algún tesoro, estoy dispuesto a ayudaros». «Pero, señor, ¿tan valiente sois?» —le interrogó el Santo. El desgraciado hízole entonces el relato de su triste vida. «Pues bien —le dijo Gerardo—; sí, voy a buscar un tesoro para vos».

Se internaron ambos por unos vericuetos que conducían a lo más intrincado de la selva vecina y, extendiendo Gerardo su manteo en el suelo con gran misterio, hizo arrodillar al pecador; mostrándole el Santo Cristo, le dijo: «He aquí el tesoro que habéis perdido hace tantos años, y que yo quería mostraros en secreto». Rompió aquél a llorar como un niño y, llegados a Deliceto, postróse a los pies de un confesor y se reconcilió con Dios.

En Castelgrande, el asesinato de un joven había enconado los ánimos entre dos familias, y la ciudad entera giraba en torno de ambos partidos rivales; de una y otra parte era tan grande la inquina que parecía inminente una lucha sangrienta. El Hermano Gerardo, animado de celo apostólico, llegóse cierto día a casa del padre de la víctima y le habló con tal calor de Dios y de su infinita misericordia, que obtuvo la promesa de un perdón completo. La madre, empero, indignada de esta resignación y cambio, tomando los vestidos tintos en sangre del hijo, los arrojó a los pies de su marido: «¡Mira —le gritó frenética—, contempla esa ropa empapada en sangre... y después reconcíliate, si tienes corazón!»

Estas palabras produjeron al instante su efecto y consiguieron que un odio profundo renaciera al momento en aquel corazón sosegado por las palabras del santo Hermano. «¡No ha de triunfar el infierno!», exclamó Gerardo al saber la noticia; y seguidamente se entrevistó por segunda vez con el padre de la víctima, y colocando el Crucifijo en tierra, exclamó: «Pisotead esta Cruz, hollad al que ha perdonado a sus verdugos... ¡Jesús o el demonio! ¡El perdón o el infierno!... Vuestro hijo sufre en el Purgatorio y allí permanecerá mientras dure vuestro resentimiento... Si os negáis a perdonar, temblad, pues los castigos más terribles caerán sobre vosotros».

A estas palabras, pronunciadas con todo el calor y celo de un Santo, los padres depusieron su actitud; con lo cual se calmaron los ánimos, y la paz y conversión de la ciudad fueron completas.

UNA CALUMNIA. — LA LLAVE DEL CIELO

LLEVABA cuatro años Gerardo en la residencia de los Padres Redentoristas cuando se levantó contra él una infame calumnia. El inicuo ofensor de una joven pretendió difamar la conducta del Santo, difundiendo contra él una falsa acusación, sirviéndose para ello de la desgraciada cómplice de su pecado. Era el año 1754. San Alfonso, aunque sin dar fe al hecho, cambió a Gerardo de residencia, y prohibióle que comulgara hasta nueva orden y que tuviera relaciones con los extraños. El santo Hermano se sometió con toda humildad, diciendo para sí: «Dios me justificará, si así lo juzga conveniente». La prueba duró dos meses, al cabo de los cuales, los dos culpables escribieron al santo Fundador poniendo de manifiesto la inocencia de Gerardo y acusándose de haber seguido las instigaciones del demonio. Con este motivo, el santo Fundador hizo el siguiente elogio de fray Gerardo: «Aunque nuestro Hermano no tuviera más virtudes que las que ha ejercitado en esta amarga prueba, ellas solas bastarían para que yo formara un profundo concepto de su santidad».

Gerardo fué destinado a la residencia de Nápoles; pero al cabo de tres meses sus milagros y santidad le atrajeron tanta veneración, que San Alfonso juzgó prudente enviarlo como portero a la residencia de Caposelo.

«Esta llave será para mí la llave del Paraíso», solía decir. Gustábale esta ocupación, porque de este modo se relacionaba con los pobres; y, aunque ellos eran muchos, tenía tal tacto y habilidad, que sabía contentarlos a todos. Más de doscientos menesterosos se presentaban cada mañana en la portería para recibir de él limosnas y consejos.

Los víveres se multiplacaban en su mano. Así es que en más de una ocasión, después de una distribución de pan, las cestas aparecían llenas inmediatamente, sin mediación de nadie. Las provisiones del granero y almacén se hallaban en cierta ocasión completamente agotadas. Habiéndole dicho el Padre Rector que moderase su largueza: «Dios proveerá», respondió el Hermano. «¡Por lo visto, Gerardo, deseáis milagros por la fuerza!», replicó el superior; pero fué a inspeccionar el granero y, con grande pasmo y admiración, lo encontró lleno de trigo.

A fines del invierno se le envió de nuevo a Nápoles; después de tres meses regresó Gerardo a Caposelo, en mayo de 1755; debía postular para el convento que se edificaba en este último punto. Sin embargo, su salud era débil. Sabiendo el Superior cuán grande era su obediencia, le llamó y, colocando la mano sobre la frente del Hermano, dijo interiormente sin pronunciar palabras: «En nombre de la Santísima Trinidad, quiero que recobres la salud y comiences la colecta que tanto nos urge». Y al punto curó Gerardo.

DONES SOBRENATURALES. — BILOCACIÓN

PARECE que Dios quiso reunir en la persona del humilde Hermano, todos los carismas que suele distribuir entre los demás Santos. Bastaba al bienaventurado pensar un instante en las perfecciones de Dios, contemplar el misterio de la Santísima Trinidad o el de la Encarnación, fijar los ojos en un Crucifijo o en el altar de la Santísima Virgen, estar unos instantes postrado ante el Santísimo Sacramento del Altar o contemplar cualquier maravilla de la creación, para ser arrobado en éxtasis; y así permanecía largo rato suspendido en el aire.

Su amor a Dios era como un fuego que le consumía; los ardores en que se hallaba inflamada su alma trascendían a la carne y producían en él lo que los místicos llaman incendio divino. En cierta ocasión el cuerpo de Gerardo aparecía tan inflamado, que la rejilla de hierro, ante la cual hablaba, se derritió como cera al contacto de sus manos.

Dios le comunicó, asimismo, la ciencia infusa. Discutía y resolvía Gerardo, sin haber estudiado Filosofía ni Teología, con la pasmosa seguridad y acierto de eminentes teólogos, las más profundas e intrincadas cuestiones ascéticas y morales. Poseía también en alto grado los dones de profecía, discernimiento de los espíritus y penetración de los corazones.

Un fenómeno místico más raro todavía es la *bilocación,* por el que una persona se encuentra presente en el mismo instante en dos lugares distintos. Fray Gerardo fué favorecido varias veces con este don extraordinario. Durante una epidemia que invadió la ciudad, hallósele presente al mismo tiempo en diferentes casas y lugares.

PODER SOBRE LA NATURALEZA Y EL DEMONIO. SU MUERTE

DIOS da a los Santos parte del dominio que el primer hombre en el estado de inocencia tuvo sobre la naturaleza. Bastaba a Gerardo llamar a los pajarillos para que bajaran a posarse en su mano, y se pusieran a mirarle atentamente como si prestaran oído a sus palabras.

Un día que paseaba a orillas del mar, divisó a una muchedumbre que miraba con espanto una barca cargada de pasajeros. Estaba a punto de zozobrar entre las embravecidas ondas; parecía que la tempestad iba a sepultarlos en el abismo. Hizo la señal de la cruz y se abalanzó en medio del oleaje, mientras gritaba: «En nombre de la Santísima Trinidad, deténte».

Y llevó la barca a la orilla como si arrastrara en pos de sí una leve pluma.

Otro día que regresaba a Deliceto, se perdió en las selvas del Ofanto. Era de noche y fácilmente podría haber caído en un precipicio. «¡Esta es la hora de la venganza!», gritó una sombra que parecía de persona. «¡Monstruo abominable! —replicó el Santo, pues comprendió que era el demonio—; en nombre de la Santísima Trinidad te ordeno que guíes de la brida a mi caballo hacia Lacedonia, y guárdate de hacernos el menor daño». El demonio bajó la cabeza y, rechinando los dientes, obedeció aquella orden.

Los documentos que sirvieron al proceso de su beatificación relatan maravillas no menos estupendas, como la resurrección de un animal muerto ya y descompuesto, la perfecta recomposición de objetos destrozados. Y ¿qué decir de su poder sobre las enfermedades? Según informes de sus contemporáneos, las curaciones milagrosas que obró durante su vida fueron tan numerosas, que serían necesarios volúmenes enteros para transcribirlas.

Ya había anunciado el Santo repetidas veces que moriría de una enfermedad de pecho. En julio de 1755 cayó enfermo, en el momento de hacer la colecta; regresó a Caposelo sin fuerzas y con gran decaimiento de cuerpo. El 6 de septiembre recibió una carta del Superior en la que le ordenaba que curase en virtud de santa obediencia. «Debía morir el ocho —dijo—; pero el Señor retrasará mi muerte». El 5 de octubre se acostó para no levantarse más. «Sufro todos los dolores de la Pasión de Jesucristo», decía. El 15 del mismo mes anunció que sería el último de su vida. Entre diez y once de la noche, exclamó: «Mirad a María», y levantando los ojos radiantes de gozo quedó en éxtasis. Dos horas después su alma volaba al cielo.

Gerardo María Mayela fué beatificado el día 29 de enero de 1893 por León XIII, y canonizado el 11 de diciembre de 1904 por Pío X.

SANTORAL

Santos *Víctor III, papa;* Gerardo María Mayela, confesor; Lulo, sobrino del apóstol de Alemania San Bonifacio, y arzobispo de Maguncia; Bertrán, obispo de Comminges, Antíoco, de Lyón, y Ambrosio, de Cahors; Mummolino o Mumoleno, sucesor de San Eloy en la sede episcopal de Tournai y Noyón; Florentino, obispo de Tréveris; Bercario, abad y mártir; Anastasio de Venecia, cluniacense; Juniano, solitario; Balderico, presbítero y confesor; *Galo, abad;* Martiniano, Saturiano y otros dos hermanos suyos, mártires; Valeriano, Armogasto, Saturio y otros doscientos setenta y un mártires de los arrianos en África; Elifio, mártir, hermano de otros cuatro santos, tres de ellos mártires también; Saturnino, Nereo y trescientos sesenta y cinco compañeros, mártires en África. Santas *Eduvigis, tía de Santa Isabel de Hungría, viuda;* Máxima, virgen; Cerea, mártir en África Bolonia, virgen y mártir y Kiara, virgen irlandesa.



Sacratísimo Corazón de Jesús — Relicario de la Santa en Paray-le-Monial

DÍA 17 DE OCTUBRE

STA. MARGARITA MARIA ALACOQUE

RELIGIOSA SALESA, VIRGEN (1647-1690)

ANTES del nacimiento de esta Santa, hubo en la Iglesia muchas almas devotas del Sagrado Corazón de Jesús. Desde San Anselmo, Santa Matilde y Santa Gertrudis hasta San Juan Eudes, el gran precursor de Santa Margarita María, infinidad de santos se distinguieron por esta devoción; así consta en las actas pontificias anteriores a las revelaciones de la Santa. Pero no es menos cierto que las revelaciones y los hechos maravillosos de Paray-le-Monial fueron los que determinaron a la autoridad eclesiástica a promover y reglamentar el culto al Sagrado Corazón, en forma tal que a partir del siglo XVIII y sobre todo en los años que llevamos del XX, ha adquirido, a pesar de muchos obstáculos, un desarrollo verdaderamente asombroso.

La familia Alacoque era oriunda de Charolais. Se hallaba a mediados del siglo XVII diseminada por toda la comarca, y contaba entre sus miembros, agricultores, notarios, sacerdotes y comerciantes. Como muchas otras de su categoría, tenía esta familia su escudo de armas de oro en el que presidía un gallo en campo de gules, rematado por un león.

En 1639 Claudio Alacoque, notario real y juez ordinario de la señoría

de Terreau, casó con Filiberta Lamyn, hija de Francisco Lamyn, notario real de San Pedro el Viejo, cerca de Macón. Ocho años más tarde, el 22 de julio de 1647, nacía Margarita, quinto vástago de aquel matrimonio. Claudio vivía en la ciudad de Lauthecourt, en la actual diócesis de Autún. La casa está habitada hoy día por las Hermanas de San Francisco de Asís de Lyón y la habitación en que nació la Santa es la actual capilla.

La niña fué bautizada el 25 de julio con el nombre de Margarita. Fué padrino Antonio Alacoque, cura de Verosvres, primo hermano del padre de la niña; y madrina, Margarita de Saint-Amour, esposa de Claudio de Fautrieres, señor de Corcheval y diputado por la Nobleza en los estados de Charolais.

La madrina, que profesaba gran cariño a su ahijada, se la llevó al castillo de Corcheval, donde la tuvo tres años (1652-1655). El horror de todo pecado y una inconsciente inclinación a la pureza de alma se manifestaron muy pronto en Margarita, en forma tal que años más tarde escribió ella misma hablando de este período de su vida: «Sin saber cómo ni por qué, me sentía continuamente como obligada a repetir estas palabras: «Dios mío, os consagro mi pureza y os hago voto de perpetua castidad».

Tenía ocho años cuando perdió a su padre. Su madre púsola entonces interna con las monjas Clarisas Urbanistas de Charolles.

PRIMEROS SUFRIMIENTOS

COMO estaba ya admirablemente instruída en las verdades de la religión, le permitieron recibir la primera comunión a los nueve años. «Después de esta comunión —escribe—, sentí tal amargor en todas las diversiones que, aunque las buscaba con pueril ansiedad, ya nunca pude encontrar en ellas gusto ni placer».

Inteligente y buena en sumo grado, pronto se ganó las simpatías y la amistad de la comunidad. Su candor infantil, santificado por la gracia, la impulsaba a la imitación de los actos de virtud que presenciaba, y en su sencillez, imaginándose que basta meterse en un convento para ser santa, soñaba con quedarse para siempre con las Clarisas de Charolles. Pero Jesús había dispuesto las cosas de otra manera.

Principió por iniciarla en el misterio del sufrimiento. Una enfermedad —reumatismo o parálisis— la acometió en 1657 y durante cuatro años la retuvo en el lecho de dolor. «Los huesos —dice— me perforaban la piel por todas partes». La enfermita tuvo que volver a la casa materna. Para verse libre de la enfermedad, hizo una promesa a la Santísima Virgen: «Sería una de sus hijas si recobraba la salud». Durante estos años de sufrimiento, la Virgen ocupó en el alma de la niña un lugar especialísimo.

Acercábase la hora en que la Divina Auxiliadora debía proteger de manera singularísima a su devota hija. Por aquella época, Margarita sufrió una crisis moral. La alegría de haber recobrado la salud, por una parte, y, por otra, su ardiente temperamento, la impulsaban a darse «buena vida».

Sin preocuparse de cumplir las promesas hechas durante la enfermedad, volvió al regazo materno, ansiosa de gozar las ternuras del hogar. Juan, su hermano mayor, entonces de veinte años, era procurador de Verosvres.

Pero la Providencia, que la predestinaba para ser una gran santa, permitió que cayeran sobre el corazón de la joven penas mucho más fuertes y punzantes que las padecidas hasta entonces.

La señora viuda de Alacoque, incapaz de llevar los asuntos de la familia, delegó su autoridad y la dirección de la casa en miembros de la familia de su difunto marido; es, a saber, en su suegra, en sus cuñados, en una tía paterna y hasta en una antigua y perversa criada, los cuales, juntos y por separado, hicieron sufrir a Margarita la más cruel e insoportable tiranía. Bastaba que se alejara para ir a la iglesia de Verosvres, distante apenas ochocientos metros de la casa materna, para que se le echase en cara tal proceder con malévolas sospechas; y hubiera permanecido sin comer días enteros si algunas pobres y generosas almas del pueblo no le hubiesen dado por compasión y al anochecer un poco de leche o fruta. Apenas osaba la joven alargar la mano para tomar un pedazo de pan de su propia mesa.

Siempre expiada, y siempre víctima de las más ruines e infundadas sospechas, trabajando como una criada cualquiera y sin otro consuelo que los silenciosos besos de su madre, llegó Margarita en un momento dado a temer por la vida de ésta, pues carecía de toda clase de cuidados y atenciones en su propia morada. Y aun tendrá más tarde el heroísmo de llamar a estas terribles «furias», «bienhechoras de su alma».

Por una gracia especialísima, Jesús le dió a entender la felicidad que nos puede traer el sufrimiento, y Margarita lo saboreó a placer, llegando hasta a privarse del consuelo de manifestar tales penas a su madre.

EN EL MONASTERIO DE PARAY-LE-MONIAL

ERA ya una mujer Margarita, iba a entrar en los diecinueve años, y, sin ser precisamente acaudalada heredera, permitíale su legítima aspirar a vida muy desahogada e independiente. Por otra parte, no carecía de belleza física, y habíala dotado el cielo de carácter afable y simpático. Su propia madre le había propuesto varios y ventajosos partidos, con la ilusión de vivir a su lado y librarse de la odiosa persecución de que era víctima por parte de la familia de su difunto esposo.

Margarita deseaba compartir y enjugar las lágrimas de la infeliz madre; pero en este caso, ¿qué iba a ser de la promesa hecha durante su enfermedad? Deseoso el demonio de triunfar de aquella voluntad vacilante, tendióle un lazo de falsa humildad. «¿Cómo —le dijo— por orgullosa elección te atreves a aspirar a la vida del claustro, e incapaz de vivir en estado tan santo, osas exponerte a la condenación eterna con el fútil motivo de una promesa que hiciste con sobrada ingenuidad a los catorce años? ¿Sabías acaso a qué te comprometías?... ¿No? Pues, en ese caso, el voto fué nulo».

La propia Margarita nos cuenta con gran sencillez estas acometidas del maligno espíritu, anotando el proceso de las mismas con atinadas observaciones psicológicas. En las noches de los días pasados en vanas distracciones, al hallarse sola, aparécesele Jesús, entre los tormentos de la flagelación; le revela la íntima belleza de las tres virtudes de pobreza, castidad y obediencia; e inspírale un gran deseo de mortificación con la idea purísima de que aquellas virtudes se deben practicar por amor y por obediencia. Entiéndelo perfectamente la Santa. Por el momento siente que ha de llegar al amor divino por el amor a los pobres; acrecienta las limosnas, gánase la confianza de los niños y obreros, a quienes reúne en su propia casa, afrontando con valor los reproches de su abuela y de su tía. Pero los niños son por naturaleza revoltosos. Se murmura en la casa contra ella y Margarita se ve obligada a abandonarla junto con los bullangueros muchachos. En su pensar, es aquello como un primer ensayo de vida religiosa, vida de obediencia y humildad, vida de apostolado y abnegación.

Sin embargo, no había comunicado aún a su madre los deseos y resoluciones que tenía formados de consagrarse a Dios. Tal silencio pudo haberle sido fatal. El hermano mayor oponíase a que entrase en religión, alegando que ello ocasionaría la muerte de su madre. Esta idea desgarraba de dolor el alma de la joven. En 1660 el obispo de Chalóns la confirmó en sus deseos; la Santa tenía entonces veintidós años. Por devoción a la Santísima Virgen, solicitó del prelado permiso para añadir a su nombre el de María.

Dios nuestro Señor, que había probado ya suficientemente su fe, le envió, para poner fin a estas vacilaciones, a un religioso de San Francisco que había ido a Verosvres para predicar un triduo, con motivo del jubileo concedido por Clemente X, en el año 1670. Pronto se dió cuenta el religioso del estado de conciencia de Margarita y, tras maduro examen de las gracias con que Dios la había favorecido, declaró a la familia que serían responsables de la vocación de la Santa si seguían oponiéndose a que entrase en la religión. Ellos le indicaron que ingresase en las Ursulinas; mas sentíase ella fuertemente atraída hacia las religiosas Salesas.

El 25 de mayo de 1671, acompañada de su hermano, visitó el convento de Paray-le-Monial. Se mostró durante la visita tan alegre, que varias Her-



DICE *Nuestro Señor a Santa Margarita María: «Ve aquí mi Corazón que está apasionado de amor por los hombres y en particular por ti. Te he escogido como un abismo de indignidad y de ignorancia para cumplir tan grande designio, porque he de hacerlo Yo todo».*

manas quedaron desfavorablemente impresionadas; pero la superiora estimó en su justo mérito a la futura novicia. El 19 de junio hizo la joven testamento, dejando su dote de diez mil libras a su familia, reservando otras cuatro mil para la comunidad en la que al día siguiente debía ingresar.

EL NOVICIADO

APENAS pisó el claustro, Margarita exclamó llena de júbilo: «Éste es el lugar en donde Dios quiere que esté». Sentía mortales ansias de unirse a Dios. «¿Qué he de hacer para meditar?» Esta fué una de sus primeras preguntas. La hermana Thouvant, maestra muy observadora, no creyó que Margarita ignorase el método de oración, y ésta tuvo que repetir que nadie le había enseñado jamás la ciencia de los santos. Pero observando aquélla que la novicia vivía constantemente unida a Dios con íntimo trato sobrenatural, entrevió la verdad y el misterio de la gracia cuyas maravillas y prodigios había más tarde de comprender y penetrar. «Id —dijo sin titubear a la novicia—, id a los pies de Nuestro Señor y permaneced en su presencia como un lienzo ante un pintor». No entendió esta expresión el espíritu de Margarita, mas intervino el Divino Maestro y le explicó que Él reproduciría en su alma como un pintor sobre el lienzo la imagen de su vida terrena. Desde este momento, el único anhelo de la novicia fué demostrar el amor que sentía a su celestial Guía, y abrazó con decidida voluntad la cruz donde viviría muriendo de amor por su Amado. Tomó el hábito el 25 de agosto de 1671.

Sin embargo, la hermana Margarita contaba con cándida sencillez los favores con que el cielo la había enriquecido. Las Superioras le dieron a entender que era necesario sacudir aquel delicioso sopor que la envolvía, reteniéndola horas enteras en presencia de Jesús Sacramentado; impusiéronle las faenas más humillantes y frecuentes penitencias, tan opuestas a su extremada sensibilidad, que, agobiada por el esfuerzo que exigían de ella, llegó a veces hasta desfallecer de fatiga para vencerse; pero Nuestro Señor la sostuvo animándola a sobreponerse a su propia naturaleza y a buscar por sí misma las ocasiones de humillarse más y más. Le inspiró, de una manera especial, ardiente devoción a Jesús Sacramentado.

«Pasaba todos los tiempos libres en la capilla —escribe una testigo—, con las manos juntas y sin hacer el más ligero movimiento». Los domingos y días festivos, permanecía en el coro arrodillada, desde la hora de levantarse hasta la comida; y, pasada la hora de recreo que a ésta seguía, volvía a la iglesia, en la que permanecía, siempre en la misma postura, hasta las Vísperas. La Hermana Margarita María profesó el 6 de noviembre de 1672.

LAS GRANDES REVELACIONES (1673-1675)

CON todo, la Superiora del convento —que lo era la Madre de Saumaise— no se atrevía a emitir juicio alguno acerca de Margarita y los extraordinarios carismas que parecía recibir. Para informarse mejor, ordenó a Margarita en el mes de mayo de 1673 que escribiese cuanto pasaba en su interior. Por las copias de estas notas, sabemos que durante el primer año de vida religiosa de la obediente profesa de la Visitación, Jesucristo la había escogido ante todo como víctima expiatoria.

El Corazón de Jesús se le manifestó poco a poco. Del año 1672 al 1673 se realiza la preparación lenta a las visiones espirituales. En esta época le parece oír una voz que le dice: «Mira las ofensas y heridas que he recibido de mi pueblo escogido»; y Jesús pronuncia estas palabras con acento severo. A partir de este momento, las intervenciones sobrenaturales se concretan y precisan más y más, y la humilde hermana de la Visitación, hasta entonces reacia para admitirlas y creerlas, sométese a ellas con plena fe.

El 4 de octubre de 1673, mostróle el Señor a San Francisco de Asís «en un trono de gloria superior al de los demás santos», por lo mucho que se asemejó en la vida de sufrimiento a Nuestro Divino Salvador, siendo en recompensa uno de los más queridos y favorecidos de su Sagrado Corazón.

En el siguiente mes de diciembre, probablemente el día 27, fiesta del Discípulo Amado, apareciósele Jesús, y le dijo: «Mi divino Corazón está tan inflamado de amor por los hombres, y particularmente por ti, que, no pudiendo contener en Sí mismo las llamas de su ardiente caridad, desea repartirlas sirviéndose de ti». «Después —añade la Santa— me pidió mi corazón y le colocó en el suyo adorable, donde lo vi como un átomo consumiéndose en ardiente horno».

En esta ocasión, oyó al Divino Maestro llamarla «Discípula queridísima de su Sagrado Corazón». Desde este día hasta el fin de su vida, sufrió un vivo dolor de costado. Después de este primer éxtasis no encontraba gusto en la conversación, y sólo a fuerza de violentos y extraordinarios esfuerzos conseguía fijar la atención en los actos que, como religiosa salesa, tenía obligación de cumplir. Exhausta de fuerzas y devorada por continua fiebre, la Hermana Margarita María se vió obligada a guardar cama.

Al notificar a la Madre de Saumaise estas revelaciones y la recomendación que el Salvador le hiciera de comulgar todos los primeros viernes de mes, replicóle la superiora con «cerrado desdén» como para humillarla.

Mas no la abandonó Jesús y, para consolarla, prometió enviarle muy pronto un «siervo suyo». Este elegido del cielo fué el Beato Claudio de la

Colombière, superior del colegio de Gray, dirigido por los beneméritos Padres de la Compañía de Jesús, hombre de eminente virtud y de gran discernimiento en la dirección de las almas, el cual llegó a Paray-le-Monial en el año 1675 en calidad de superior de la residencia de los Padres. Poco tiempo después, visitó el monasterio para predicar unos ejercicios espirituales. Confortó a la confidente del Sagrado Corazón y reanimó su confianza; por otra parte, las palabras que salieron de sus labios autorizados acreditaron ante la comunidad a la Hermana Margarita María.

Uno de los días de la octava del Corpus —junio de 1675—, mientras adoraba al Santísimo Sacramento, Nuestro Señor le descubrió su Divino Corazón diciéndole:

«Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres y que nada ha perdonado hasta consumirse y agotarse para demostrarles su amor; y en cambio, no recibe de la mayoría más que ingratitudes, por sus irreverencias, sacrilegios y desacatos en este sacramento de amor. Pero lo que me es todavía más sensible, es que obren así hasta los corazones que de manera especial se han consagrado a Mí. Por eso te pido que el primer viernes después de la octava del Corpus se celebre una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando en dicho día, y reparando las ofensas que he recibido en el augusto sacramento del altar. Te prometo que mi Corazón derramará en abundancia las bendiciones de su divino amor sobre cuantos le tributen este homenaje y trabajen en propagar dicha práctica».

CARÁCTER DE LA SANTA. — SU MUERTE

PARA comprender bien la verdadera personalidad de Santa Margarita María, conviene que insistamos algo acerca de su vida «externa». En efecto, era una religiosa inteligente, flexible, buena para todo y apta para desempeñar cualquier cargo o empleo. Viósela sucesivamente ayudar en la enfermería, dedicada a la educación de las internas, maestra de novicias (1685-1687), enfermera de nuevo y también, por segunda vez, con las pensionistas; asistente (mayo de 1687), y propuesta para superiora en el año 1690. Pidió al Corazón de Jesús le librara de este último cargo, pero en todo lo demás procuró ajustarse a la máxima de San Francisco de Sales: «No pedir nada; nada rehusar».

Si se tiene en cuenta que parte de la comunidad, imbuída por las ideas estrechas de la época, era declaradamente hostil a la Hermana Margarita María, y que se lo demostró ostensiblemente en más de una ocasión, se entenderá el efecto que podían producir aquellas revelaciones, los avisos y las «innovaciones» que introducía en el noviciado.

Las enfermedades, tan frecuentes como largas, que la aquejaron, extenuáronla de forma tal que a los cuarenta y tres años estaba completamente achacosa. «No viviré mucho más —decía en 1690—, pues ya no sufro». El 8 de octubre vióse acometida por una ligera fiebre. Al día siguiente principiaban los ejercicios espirituales, y la Hermana enfermera le preguntó si, a pesar de la dolencia, se sentía con fuerzas para recogerse en la soledad: «Sí —respondió—, pero va a ser en la soledad más profunda».

Al día siguiente, en efecto, mientras el sacerdote le administraba la Extremaunción, la amada del Corazón de Jesús expiró dulcemente, pronunciando el nombre de Jesús.

RELIQUIAS Y CANONIZACIÓN

LOS funerales de Santa Margarita María, se celebraron el 18 de octubre. Fué enterrada debajo del coro de la capilla, en uno de los doce nichos que en ella había. El año 1703 fueron exhumados sus restos, según costumbre cuando la necesidad así lo exigía; pero en vez de depositarlos en el osario, los colocaron, pensando en el porvenir, en una caja de madera, donde permanecieron hasta el año 1792.

La Revolución expulsó en el mes de septiembre de 1792 a las monjas de Paray-le-Monial, y los restos de la Santa se guardaron en casa de una piadosa familia, junto con los del Venerable Claudio de La Colombière. Fueron reconocidos aquéllos en 1830 y 1865.

Introducida su causa en 1714, quedó interrumpida hasta 1821.

Fué beatificada por Pío IX el 18 de septiembre de 1864. La canonización solemne se verificó el 13 de mayo de 1920, día de la Ascensión. Su fiesta se celebra el 17 de octubre.

SANTORAL

Santos *Florentino, obispo de Orange;* Víctor, obispo de Capua; Herón, sucesor de San Ignacio en la sede de Antioquía y mártir; Luterno, Leviano y Notelmo, obispos, y Escófilo, abad, en Inglaterra; *Andrés, monje, mártir de los iconoclastas;* Clemente, presbítero; Víctor, obispo, Alejandro y Mariano, mártires; Nino, Víctor, Lucio, Citino, Jubilitano, Jenaro, Rufiniano, Serviliano y doce compañeros, mártires en Marruecos. *Beato Contardo Ferrini, confesor.* Santas Margarita María Alacoque, virgen; Solina, virgen y mártir en Aquitania; Mamelta, mártir en Persia, Anstrudis, virgen y abadesa, en Laon; Prima, Donata, Severa, Victoria y Basilia, mártires en Marruecos. Beata Lucía, reclusa.



Emblema del santo Evangelista — Inspirado autor sagrado

DÍA 18 DE OCTUBRE

SAN LUCAS

EVANGELISTA (siglo I)

EL hagiógrafo siente, al escribir de San Lucas, la misma perplejidad que le viene al querer trazar con algún detalle el cuadro biográfico de la mayor parte de los primeros varones apostólicos: hállase ante un vacío inmenso de noticias históricas, y las pocas fuentes de que dispone son las más de las veces confusas y aun contradictorias.

San Jerónimo resume en pocas líneas la vida de nuestro Santo. «Era San Lucas —dice— discípulo y compañero inseparable de San Pablo; nació en Antioquía, ejercía la profesión de médico; al mismo tiempo, cultivaba las letras y llegó a ser muy versado en la lengua y literatura griegas. Su gusto literario resalta en esa preciosa Historia que nos dejó del origen del cristianismo, más completa en muchísimos puntos que la de los demás evangelistas, mejor ordenada y de más agradable lectura».

Breve, pero elocuentísimo y autorizado elogio del santo Evangelista.

Éstas son, en resumidas cuentas, las noticias históricas ciertas que poseemos de la vida de San Lucas, pero son esenciales y dan al tercer Evangelista un puesto preeminente entre los principales historiadores de los primeros tiempos del cristianismo.

EL ESCRITOR SAGRADO

DOS libros del Nuevo Testamento debemos a la pluma inspirada de San Lucas: el *tercer Evangelio* y los *Hechos de los Apóstoles,* a los que podría considerarse como partes de una misma obra. En el primero expone el sagrado Evangelista la vida de Jesucristo hasta su triunfante Ascensión a los cielos. En el segundo, trae los hechos referentes al nacimiento o fundación de la Iglesia, y en particular al apostolado de San Pablo hasta su primer cautiverio en Roma. Gracias a él poseemos un documento de inestimable valor: una preciosa síntesis histórica de los orígenes del cristianismo durante los dos primeros tercios del siglo I. En este punto andan acordes todos los autores antiguos. El testimonio más remoto queda archivado en el *Canon de Muratori.*

Llámase *Canon de las Escrituras,* a la lista auténtica de los Libros inspirados, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. El *Canon de Muratori.* así llamado del nombre del editor italiano que lo publicó en 1740, es el catálogo de los Libros Sagrados que fué formado en Roma por los años de 180 a 200. Este documento de fines del siglo segundo, en el que se consigna la tradición de la Iglesia Romana, está en perfecta concordancia con los más antiguos testimonios del Occidente y del Oriente: San Ireneo, Tertuliano, Clemente de Alejandría, Orígenes y otros.

En las primeras líneas de los *Hechos de los Apóstoles,* declara el autor ser el mismo que compuso el tercer Evangelio, y presenta su segunda obra como complemento de la primera. Dedica ambas a Teófilo, personaje desconocido, pero que debió existir, a pesar de la opinión de varios comentaristas.

PRIMER PERÍODO DE SU VIDA

SEGÚN el historiador Eusebio (267-338) y conforme hemos ya apuntado, nació el evangelista San Lucas en Antioquía, metrópoli de Siria, ciudad de las más célebres de Oriente. Debe esta urbe su nombre al amor filial de Seleuco Nicator, cabeza de la dinastía seléucida, que así quiso inmortalizar el nombre de su padre Antíoco. Afortunada fué y celebérrima, gracias, sobre todo, a su privilegiada situación geográfica. Su proximidad al golfo de Alejandreta le ponía en comunicación, por mar, con todo el mundo mediterráneo; y, hacia el este, tenía la ventaja de relacionarse muy fácilmente, mediante buenas carreteras, con los países del Éufrates, de Persia y de la India.

En aquel entonces era muy celebrada por el esplendor de sus monumentos, la riqueza de su comercio, los progresos de su civilización, y, también —por desgracia—, a causa de sus costumbres paganas. Con todo, en ella debía el cristianismo multiplicar tanto sus conquistas, que estaba destinada a poseer cronológicamente la primera suprema Silla de San Pedro, y en ella, por primera vez, recibirían los creyentes el nombre de Cristianos.

Rival de Roma en esplendor, era también la joya, madre, cabeza y metrópoli de todo el Oriente, como residencia del delegado imperial, hasta el punto de que varios emperadores llevaron allí su corte. Era ciudad cosmopolita a la que afluían gentes de las más dispares regiones del mundo conocido, siendo especialmente numerosa y próspera la colonia judía. También a ella concurrían los discípulos de Cristo, habiéndolos de Chipre y de Cirene. Nicolás, uno de los primeros diáconos que consagraron los Apóstoles, era oriundo de Antioquía. Bernabé, enviado por los Doce, se estableció en ella, llevando consigo a Saulo, el futuro Apóstol de las gentes, a quien fué a buscar a Tarso. También Pedro, cabeza del sagrado Colegio, fijó en ella su residencia para organizar la Iglesia naciente de Cristo, y, durante nueve años, fué Antioquía centro y foco principal de la nueva Religión, hasta que el Príncipe de los Apóstoles se trasladó a Roma.

No se sabe de cierto si era Lucas judío o gentil antes de abrazar el cristianismo. Del análisis de sus escritos parecería deducirse que era griego de raza y de educación. Sin embargo, conoce tan bien y tan detalladamente el judaísmo, con sus ritos y ceremonias, que bien pudo ser que abrazase primero la religión mosaica, y que, de prosélito o gentil judaizante, pasase a ser cristiano sin haber sido circuncidado. En la epístola a los colosenses, San Pablo deja entrever que San Lucas era gentil de nacimiento, porque en ella, después de enumerar a sus discípulos circuncisos, pasa a los demás, entre los cuales nombra a Lucas (*Colos.*, X. 11-14). En este mismo pasaje le da San Pablo el título de médico: «Salúdaos, Lucas, médico carísimo».

Ciertos comentaristas llegaron hasta ver en la terminología lucana una imitación de la de Galieno; pero olvidan, sin duda, que este escritor vivió un siglo después que nuestro glorioso Evangelista. Cualesquiera que fueran sus maestros, es lo cierto, según testimonio de San Jerónimo y otros, que sobresalía en las letras humanas.

Con razón se cree que no sólo frecuentó las célebres escuelas de Antioquía, sino que también, según acostumbraban entonces, con intento de perfeccionarse, viajó por Grecia y Egipto, países afamados en las ciencias y en las artes. Era aficionado a la pintura y pasaba honestamente en ella algunos ratos. La tradición le atribuye varios retratos de Nuestro Señor y sobre todo de su excelsa Madre, María Santísima. Venéranse en varios lugares, especialmente en Roma, algunas Vírgenes llamadas de San Lucas, las

cuales, ya sean auténticas, ya sólo atribuídas, le han merecido la honra de que los pintores cristianos le hayan tomado por santo patrono. Las Vírgenes de San Lucas han dado origen al tipo bizantino.

CONVIÉRTESE AL CRISTIANISMO

DE cuándo concedió el Señor a San Lucas la gracia de conocer y abrazar la verdad de nuestra fe, no poseemos informes seguros. Ponen algunos su conversión en la época en que Pablo y Bernabé adoctrinaban con sus predicaciones a la naciente Iglesia de Antioquía. Según otra opinión, Lucas habría sido uno de los setenta y dos discípulos de Jesucristo, y, por consiguiente, habría recibido la buena doctrina de sus divinos labios mientras peregrinaba en la tierra; pero es harto palpable la inverosimilitud de esta versión para que paremos mientes en ella, tanto más cuanto que sólo se la trae para explicar cómo pudo el sagrado Evangelista informarse tan por menudo acerca de la vida del divino Salvador; porque muchos medios tenía Lucas para enterarse de cuanto le interesaba. Además, si se ponderan bien las palabras que el Evangelista dice hablando de sí en el principio de su Evangelio, se echará de ver que él mismo afirma positivamente haberlo escrito, no como testigo de vista, sino de oídas, y «conforme le informaron aquellos mismos que desde su principio fueron testigos de las obras del Señor y ministros de la palabra evangélica» *(Luc.,* I, 2).

Con todas las indagaciones que hizo entre los testigos oculares, pudo perfectamente reunir cuantos datos necesitaba para componer una narración seguida, verídica y completa, sin haber él conocido o tratado personalmente a Jesucristo. A pesar de ello, es muy posible que se hallase en Jerusalén, como tantísimos otros prosélitos judíos, durante las grandes solemnidades de Pascua y de Pentecostés, y que así fuera testigo de la Pasión y Resurrección del Salvador y de la venida del Espíritu Santo; pero todo ello es mera suposición carente de base histórica.

DISCÍPULO Y COMPAÑERO DE SAN PABLO

ASÍ que Lucas hubo abrazado la fe cristiana, se encariñó con San Pablo, y llegó a ser su discípulo predilecto y compañero inseparable; de ello dan fe numerosos pasajes de los *Hechos de los Apóstoles.* Cuando, hacia el año 51, emprendió el Apóstol de las gentes su segunda misión, Lucas se le juntó en Troas, y embarcóse con él para pasar a Macedonia. Vivieron algún tiempo juntos en Filipos; mas, habiéndose trasladado



CUENTA *la tradición que el evangelista San Lucas pintó por vez primera la imagen de la Santísima Virgen. Venéranse principalmente en Roma varias vírgenes llamadas de San Lucas, que han constituído el tipo bizantino de la Virgen y por ellas ha obrado el Señor muchos milagros.*

el Apóstol a Salónica con Silas, Lucas se quedó probablemente en aquella ciudad y en su comarca para afianzar a los fieles en la verdad del Señor.

Seis años más tarde, hacia el 57, habiendo San Pablo emprendido su tercer viaje, volvió a Macedonia y halló en ella a nuestro Santo. Desde allí escribió su segunda epístola a los corintios, encargando a su discípulo Tito que la llevase a destino; en ella dice que dió a Tito por compañero un *hermano* muy célebre en todas las Iglesias por el Evangelio. Los comentaristas —San Jerónimo, en particular— afirman que este hermano era Lucas.

Poco después volvió San Pablo, por mar, al Asia, y llevóse consigo a su discípulo predilecto. Juntos se llegaron a Troas; de allí se trasladaron a Samos y después a Mileto.

Hiciéronse de nuevo a la vela, y navegaron derechamente a la isla de Cos; al día siguiente llegaban a Rodas y al otro a Pátara, en donde, habiendo hallado una nave que pasaba a Fenicia, se embarcaron en ella y arribaron a Tiro. Aquí permanecieron siete días, pasados los cuales emprendieron nuevamente su navegación hasta Tolemaida —San Juan de Acre—, de donde partieron al día siguiente para Cesarea de Palestina. En ella, hospedáronse en casa del diácono Felipe.

CON SAN PABLO EN JERUSALÉN

ENTRETANTO sobrevino de Judea cierto profeta llamado Ágabo, el cual anunció a Pablo que en Jerusalén sería preso y entregado a los gentiles, por lo que sus discípulos, y en particular Lucas, rogáronle que no subiese a Jerusalén. Mas el intrépido Apóstol estaba pronto no sólo a ser aprisionado, sino a morir por el nombre del Señor. Pasados algunos días, se encaminaron, pues, a la Ciudad Santa, donde, en efecto, esperaban grandes tribulaciones al adalid de Cristo. Prendiéronle los judíos en el templo, le arrastraron fuera y trataron de matarle; mas acudió el tribuno y lo presentó al Sanedrín. En aquel lance, Lucas no quiso abandonarle.

Continuando las amenazas de muerte de parte del populacho, el mencionado tribuno, llamado Lisias, lo hizo conducir ante el gobernador romano Félix, que residía en Cesarea. Más de dos años estuvo preso San Pablo en Cesarea, sin que se separara de él su fiel discípulo; ya que no pudo Lucas evitar el encarcelamiento de su maestro, quiso compartir con él las molestias de la prisión y encerróse voluntariamente en ella para hacerle compañía y prodigarle algún consuelo.

Entretanto, fué sustituído Félix por Festo en la gobernación de Palestina. Queriendo éste congraciarse con los judíos, dijo a Pablo: «¿Quieres subir a Jerusalén y ser allí juzgado ante mí?» Mas Pablo, descubriendo las arti-

mañas de sus enemigos, apeló al César. Entonces repuso Festo: «¿Al César has apelado?, pues al César irás». Al determinar que Pablo tomase el navío para Italia, entregósele a un centurión de la cohorte augusta, y embarcáronle para Roma. Acompañó Lucas a su estimado maestro, sufriendo grandes incomodidades y peligros durante la travesía, que fué sobre manera difícil, larga, peligrosa y llena de desagradables peripecias. Llegaron hasta naufragar, cerca de Malta; todo lo cual refiere con detalles interesantes y pintorescos en los *Hechos de los Apóstoles.* A los tres meses, se hicieron a la vela en una nave alejandrina, y, habiendo llegado a Siracusa, se detuvieron allí tres días, después un día en Reggio y por último desembarcaron en Puzol o Puzzuoli, cerca de Nápoles. Al cabo de siete días encamináronse a Roma por la vía Apia y, en llegando al pueblo de Tres Tabernas, hallaron a un grupo de *hermanos* que habían salido a su encuentro.

EN ROMA. — EL EVANGELIO DE SAN LUCAS

LLEGADOS a Roma, se permitió a Pablo residir en una casa particular, aunque con un soldado de guardia. Por espacio de dos años enteros permaneció San Pablo en la casa que había alquilado, esperando audiencia del César. Entretanto, recibía a cuantos iban a verle, predicaba el reino de Dios y enseñaba con toda libertad sobre Nuestro Señor Jesucristo sin que nadie se lo prohibiese. Con estas palabras termina bruscamente San Lucas el libro de los *Hechos de los Apóstoles,* de donde deducen los comentaristas que el Escritor sagrado lo compuso en Roma durante el primer cautiverio de San Pablo (62-64).

Su silencio repentino después del cautiverio del Apóstol de las Gentes en Roma, hace suponer que recibiría de su maestro alguna misión especial que le obligó a ausentarse de la Ciudad Eterna. Las circunstancias no le permitieron terminar el relato de los trabajos apostólicos de San Pedro y de San Pablo.

No hay la menor duda que Lucas estuvo en Roma, durante el primer cautiverio de San Pablo y que voluntariamente prefirió verse privado de la libertad a separarse de él. Dan fe de ello las epístolas a los Colosenses (IV, 14) y a Filemón (24), en las que nombra el Apóstol a Lucas entre los que colaboraban con él en la propagación del Cristianismo.

Respecto a lo que fué de San Lucas después que su maestro recobró la libertad, no poseemos ningún documento alusivo. Tan sólo nos consta, por la segunda epístola a Timoteo (IV, 11) que se hallaba de nuevo en Roma cuando la segunda cautividad de San Pablo, el año 67, en tiempo de Nerón. Todos habían abandonado al intrépido adalid de la fe excepto el que fué

su fidelísimo compañero tanto en la adversidad como en los días de bonanza.

Antes que el admirable libro de los *Hechos de los Apóstoles,* había salido de la pluma de San Lucas el tercero de los sagrados *Evangelios.* Ignórase la fecha exacta en que lo escribió. Tal vez en los largos ratos que tenía libres mientras su maestro estuvo preso en Jerusalén y en Cesarea.

El sagrado Evangelista tenía entonces facilidades para comprobar cuanta documentación había recogido, oyendo de boca de testigos oculares, como Santiago el Menor, primer obispo de Jerusalén, llamado «el hermano del Señor», las santas mujeres y los discípulos que más habían seguido al Divino Maestro, y la Virgen María, cuyas íntimas confidencias nos dan la clave de esa viveza y realidad de colorido y pormenores con que este Evangelista —cual ningún otro— nos refiere la infancia de Jesús. Aun poniendo aparte lo de la aparición del ángel a Zacarías y la natividad de San Juan Bautista, en ningún autor sagrado más hallamos detalles semejantes a los que nos ha transmitido San Lucas acerca de la encarnación, nacimiento e infancia de nuestro divino Salvador. Este Evangelio vino a suplir importantes omisiones que se advertían en los de San Mateo y de San Marcos, en puntos interesantísimos de la vida de Jesucristo, y de los prodigios que precedieron a su nacimiento. Sólo él describe la escena de la Anunciación; sólo él nos edifica con el cántico del *Magníficat,* al hablar de la visita de la Virgen Nuestra Señora a su prima Santa Isabel; sólo él nos recrea con los interesantes pormenores de la Natividad del Niño Jesús en Belén, de la adoración de los pastores y los reyes; también es el único en hablar de la circuncisión, el único en referir la presentación del Niño en el Templo, la purificación de María Santísima, la pérdida de Jesús a los doce años y su hallazgo entre los doctores de la ley. Por esto, parece indudable que San Lucas debió de escuchar de labios de la Madre de Dios todo lo que se relaciona con el misterio de la Encarnación, nacimiento e infancia del Salvador, enseñanzas que tan fiel y amorosamente guardaba y ponderaba Ella en su corazón. De ahí que haya merecido ser llamado el *Evangelio de María Santísima.*

Destinó San Lucas su Evangelio principalmente a las Iglesias fundadas por su maestro San Pablo, deseosas de poseer en forma auténtica y duradera el Evangelio que oralmente se les había enseñado. Componían dichas Iglesias una minoría de judíos convertidos y una mayoría, cada día más numerosa, de cristianos venidos del paganismo. A unos y a otros complácese el sagrado Evangelista en mostrar en la persona de Jesucristo, al Hijo de Dios, y, sobre todo, al Salvador del mundo, al Dios misericordioso que ejercita con todos su inagotable bondad. En su relato, hallan cabida multitud de ejemplos, sucesos, dichos y parábolas que omitieron San Mateo y San Marcos; pero, conforme queda dicho, lo que más menudamente refiere son los misterios del nacimiento e infancia del Redentor.

ÚLTIMOS AÑOS

FUÉ San Lucas testigo del martirio de San Pablo, en Roma, en el año 67; y, si no derramó la sangre con su maestro, no fué por falta de voluntad, sino por especial disposición de Dios, que le tenía reservado para que siguiera evangelizando a diferentes pueblos. Conócese muy imperfectamente esta última parte de su vida. San Epifanio dice que predicó en Italia, en las Galias, en Dalmacia y en Macedonia. Metafrastes afirma que extendió su apostolado a las regiones de Egipto, la Libia y la Tebaida. Aseguran algunos que coronó su vida con el martirio, otros le hacen morir plácidamente en Bitinia, a una edad avanzada que San Jerónimo fija en ochenta y cuatro años. Parece lo más probable que permaneciese ejerciendo su ministerio en países de lengua griega.

Sus reliquias, que en el siglo IV se hallaban en Tebas de Beocia (Grecia), fueron trasladadas a Constantinopla, en 357, por requerimiento del emperador Constancio, hijo del gran Constantino, y depositadas, junto con las de San Andrés y de San Timoteo, en la iglesia de los Santos Apóstoles. Cuando el emperador Justiniano mandó restaurar este templo, los obreros descubrieron tres cofres de madera con los nombres respectivos de San Lucas, San Andrés y San Timoteo. El cardenal Baronio cuenta que San Gregorio Magno se llevó a Roma la cabeza de San Lucas, cuando volvió de su nunciatura de Constantinopla, y la depositó en la iglesia del monasterio de San Andrés en el monte Celio. Su sagrado cuerpo venérase hoy en Pavía.

Además de los gremios de pintores y miniaturistas, lo han tomado por patrono los de libreros, encuadernadores y médicos.

Celébrase su fiesta el 18 de octubre. La Iglesia le honra con el glorioso título de mártir, porque su vida fué como un prolongado martirio.

SANTORAL

Santos **Lucas, evangelista;** *Atenodoro, hermano de San Gregorio Taumaturgo, obispo y mártir;* Asclepíades, obispo de Antioquía, mártir; Mauronio, obispo de Marsella; **Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas** (véase en 28 de abril); *Julián, ermitaño en Mesopotamia; Justo, niño, mártir;* Menón, solitario y mártir; Lucas y Victorino, mártires en Ostia; Isaac Jogues y Juan de Lalande, jesuítas, mártires; Flaviano y noventa y un compañeros, mártires en Ulx; Bróteno, en Inglaterra. Santas Inés, mártir en Ostia; Trifonia, esposa del emperador Decio; Guendolina, en Inglaterra Honesta, mártir en Monchel, con dos hermanos suyos.



Doctor e inspirado penitente

Con Cristo crucificado

DÍA 19 DE OCTUBRE

SAN PEDRO DE ALCANTARA

REFORMADOR DE LA ORDEN FRANCISCANA (1499-1562)

A fines del siglo XV gobernaba la ciudad de Alcántara un magistrado llamado Pedro Garavito. Este nobilísimo varón era asimismo sabio jurisconsulto. Con la dignidad de su vida y excelente administración y gobierno, corrían parejas su caridad con los pobres y protección de sacerdotes y religiosos. Se casó con una virtuosa y noble doncella, doña María de Sanabria y Maldonado.

De tan ejemplar matrimonio nació, el año de 1499, un niño a quien llamaron Alonso. Otro hijo, llamado García, murió en la cuna, y a poco falleció también don Pedro Garavito. Alonso no tenía aún diez años. Su madre se casó entonces con un varón no menos noble, Alfonso Barrantes.

Ya en su niñez empezó Alfonso Garavito a dar señales de las eminentes virtudes que había de practicar durante toda su vida. Siendo de diez años de edad, rezaba largas oraciones mañana y tarde, hincado de rodillas en el oratorio de su casa. Su madre le supo infundir grande afecto a la Reina de los Ángeles. Merced a su natural manso y pacífico y a su raro y vivo ingenio, se ganó el cariño de cuantos le trataban. Era su mayor gozo rezar en las iglesias; cada tarde, al volver de la escuela, entraba en alguna para

cumplir sus devociones. En una de estas visitas quedó tan profundamente arrebatado en espíritu, que el criado que le buscaba no pudo ni con signos ni con palabras hacerle volver en sí.

ESTUDIANTE EJEMPLAR. — FRANCISCANO

VIENDO Alfonso Barrantes los notables progresos del niño en el estudio, determinó hacerle seguir cursos superiores, y así, el año de 1513 le envió a la Universidad de Salamanca.

Alonso se hospedó en casa de una honrada familia cerca de la iglesia. Se acostumbró a levantarse temprano y toda la mañana hasta la hora de ir a cátedra, la pasaba orando. En las comidas gustaba ya de observar la abstinencia y mortificación de que dará más tarde asombroso ejemplo. Con visitar a los enfermos de los hospitales y tratar con los eclesiásticos, tenía bastante recreo y descanso. Cada tarde examinaba su conciencia y, siendo estudiante, usaba ya a menudo cilicios, disciplinas y otras asperezas.

Huía con extremado cuidado de las malas compañías; evitaba escrupulosamente las conversasiones frívolas, y, sobre todo, se señalaba entre los estudiantes por su modestia y compostura, virtud ésta que practicó siempre con extraordinaria perfección.

Dos años llevó el virtuoso joven este modo de vida, pidiendo a Dios sin cesar que le mostrase el camino de su voluntad. Inspirado del cielo, determinó consagrar totalmente su vida al Señor. El año de 1515, siendo de dieciséis años de edad, entró en los Franciscanos Descalzos reformados por Juan de Guadalupe, y conocidos con el nombre de Frailes del Santo Evangelio o de la Capucha. No había, a la sazón, conventos donde se observase más rigurosamente la regla seráfica.

El Padre Miguel Rocco, pariente del Santo, era por entonces Guardián del Convento de los Manjarretes. El postulante dejó secretamente la casa paterna, sin otro alimento que la sagrada Eucaristía, que recibió al salir de Alcántara. Llegó en esto a orillas del río Tiétar, crecidísimo con las lluvias; ni había puente, ni podía vadearse con barca por la fuerza de la riada. Empezó el Santo a rogar a Dios, y, de repente, sin ver ni entender quién le llevaba, se halló a la otra orilla con los pies enjutos. Prosiguió el viaje en ayunas, y llegó al convento de los Manjarretes, situado en los escabrosos desfiladeros que separan a Castilla de Portugal.

El Padre Guardián tuvo aquello en un principio por una calaverada del muchacho; pero, sondeando la conciencia de su primo, se convenció de que aquella determinación estaba inspirada del cielo, y así le dió de muy buena gana el hábito franciscano. Desde ese día mudó su nombre por el de fray

Pedro, seguido del de su ciudad natal de Alcántara, como suele hacerse en la Orden. En el tiempo de su noviciado, le atormentó el demonio con tentaciones sin cuento; pero con las armas de su ardiente fe, encendido amor de Dios, oración y mortificación, logró salir victorioso de todas ellas.

SUPERIOR A LOS VEINTE AÑOS

DESDE el primer día resolvió no mirar a nada ni a nadie sin absoluta necesidad. Pasaba por todas partes con los ojos bajos y el espíritu enteramente absorto en Dios; empleaba la inteligencia para meditar cosas celestiales, y la memoria para recordar y considerar los divinos misterios. Pasado el año de noviciado, no sabía si el techo de su celda era de cielo raso o de teja vana; tampoco miró nunca la bóveda de la iglesia del convento. Vivió cuatro años en otra casa de la Orden sin ver un árbol plantado en el patio. Tenía tan prodigiosa memoria, que no necesitaba abrir los ojos para rezar el oficio, y se sabía de memoria la Sagrada Escritura. Desempeñó con extraordinario celo los humildes oficios del noviciado; fué sacristán y enfermero, y aun le ocuparon en tareas harto duras y pesadas; en todas se mostró ejemplar novicio.

Profesó al acabar el año y le enviaron al convento de Belvís; dos años permaneció allí viviendo como solitario en una choza que se arregló él mismo con ramas y hojas. Tanto resplandecía su virtud que, aun antes de recibir los sagrados órdenes, los superiores le empleaban en oficios y ministerios delicadísimos, y sus mismos compañeros le consultaban como a Padre espiritual. Por entonces empezó a trabar amistad con el conde de Oropesa, sobrino del Padre administrador del convento de Belvís y más adelante insigne bienhechor y fundador temporal de la reforma franciscana llamada de la Estrechísima Observancia.

Siendo de sólo veinte años, el Capítulo de la Custodia o provincia de Extremadura le nombró Guardián del recién fundado convento de Badajoz. Allí tuvo el primer éxtasis de su vida. Pronto se echó de ver el espíritu de profecía y la fuerza sobrenatural con que el Señor le había favorecido. De ello traen los historiadores testimonios irrecusables.

El año de 1522, le ordenaron de subdiácono con mucha repugnancia suya, por el bajo concepto que de sí tenía. A los dos años, no obstante su deseo de permanecer diácono a ejemplo de San Francisco, fray Pedro recibió el sacerdocio de manos del obispo de Badajoz. Cada vez que celebraba, lo hacía con mucha devoción, y, a menudo, quedaba arrebatado en éxtasis.

Mandóle el Provincial que predicase hallándose él presente, y fray Pedro lo hizo con tanto acierto, ingenio, espíritu y ortodoxia, que ya por aquel

primer sermón se echó de ver el maravilloso fruto que obraría con la predicación. Estas admirables prendas que sólo mostró por obediencia, fueron parte para que le nombrasen Guardián del convento de Nuestra Señora de los Ángeles de Robredillo. Era de los más pobres monasterios de la Orden, tanto que ni había claustro. Pero poco importaba esto al Guardián, que delante de todos los frailes recibía de mano de los ángeles el sustento de su comunidad, cuando faltaban las limosnas de los fieles.

MISIONERO. — DOCTOR MÍSTICO

TRES años después, el Padre Provincial le envió a predicar como misionero a la provincia de Extremadura. El Santo dejó el convento de Robredillo, llevando consigo sólo una cruz y los santos Evangelios. Allí renovó las prodigiosas conversiones de los primeros Apóstoles. Al oírle, se conmovían las gentes y las almas se convertían al Señor. Hacía fabricar cruces de madera y, llevándolas él sobre sus hombros, las colocaba en lugares eminentes y cumbres de los montes, adonde subía acompañado de mucha gente. El Capítulo general del año 1537 otorgó al celoso misionero lo que más deseaba: dióle licencia para retirarse y hacer vida eremítica en el convento de San Onofre de Lapa.

Aquí escribió más tarde el *Tratado de la Oración,* y recibió entre otras visitas, la del venerable y sin par escritor fray Luis de Granada. El *Tratado de la Oración* se publicó el año de 1561; la doctrina es tan sublime, que el papa Gregorio XV dijo al beatificar al autor el año de 1623: Fué «luz resplandeciente para llevar las almas al cielo, y poseía doctrina celestial dictada por el Espíritu Santo; es el doctor e ilustre maestro de la teología mística». Entre los libros ascéticos, el *Tratado de la Oración* es, efectivamente, uno de los más prácticos y excelentes.

Poco tiempo permaneció Pedro en su amada soledad. Los superiores le sacaron de ella para que defendiese, ante el obispo de Plasencia, una causa judicial importantísima para la nueva provincia de San Gabriel. Aquí, como luego en Alcántara, apaciguó los ánimos y convirtió los corazones con su sabiduría y elocuencia. Su vida fué un tejido de milagros de que dieron fe testigos oculares, y que aún siguieron después de su muerte.

El rey de Portugal, Juan III, deseó ver y hablar a tan eminente religioso. Por orden de los superiores, Pedro hubo de pasar a Lisboa; el monarca se deshizo en honras y agasajos, pero el Santo llevó en aquella corte vida tan penitente como en el convento; y aprovechó de su estancia en la capital para convertir a algunos señores principales y fundar el hospital de Nuestra Señora de la Luz.



SAN *Pedro de Alcántara ayuda denodadamente a la seráfica madre Santa Teresa en la reforma de su Religión. Aprueba su espíritu y le asegura que, si no era la fe, no podía haber cosa más verdadera. Desengañó a los que la tenían por engañada y la defendió de los que la perseguían.*

DA PRINCIPIO A LA REFORMA FRANCISCANA

EL Capítulo de los Observantes descalzos celebrado en Alburquerque el año de 1538, eligió Provincial a fray Pedro de Alcántara. Desempeñando este cargo, emprendió la fundación de la Reforma, añadiendo a la regla de los Franciscanos de la Observancia mayor severidad y algunos ejercicios que la dejaban mudada o poco menos, en nueva regla.

El papa Alejandro IV permitió fundar conventos de Recoletos, o frailes que podían darse a la contemplación y algo también a los ministerios sagrados, aunque con mayor reserva y recogimiento. El nuevo Provincial preparó el plan de la Reforma y lo presentó al Capítulo celebrado en Plasencia el año de 1540. Pronto pudo fundar tres conventos.

Tuvo que interrumpir, sin embargo, la obra de las fundaciones para asistir al nuevo Capítulo general convocado en la ciudad de Mantua. Partió el Santo a pie; pero obligado por una enfermedad, tuvo que pararse en Barcelona. El General de los Franciscanos accedió a la petición de fray Pedro, y nombró por entonces al Padre Luis Carvajal Visitador de la provincia de San Gabriel, con cargo de Comisario general.

Apenas curado, partió el Santo para el convento de Rabidos edificado cerca de Lisboa, en un paraje desierto y sobre una peña cortada a pico a orillas del mar. En él vivían algunos frailes que se habían propuesto volver a la primitiva observancia. El Comisario general fué el primer maestro de novicios. Aquí echaron de ver los frailes que realmente dormía el Santo apenas hora y media cada noche, sentado en los talones o del todo arrodillado, pero nunca acostado. La comida que tomaba, sólo cada dos o tres días, bastábale apenas para no morirse de hambre. También advirtieron que sólo tenía una túnica remendada, y que siempre andaba descalzo, sin sandalias y con la cabeza descubierta; nunca le vieron calentarse. Éste fué su modo de vida por espacio de cuarenta y cinco años.

Absoluta pobreza reinaba en los conventos reformados por Pedro de Alcántara, y aun los mismos edificios parecen hoy día incapaces para alojar personas. Era tan rigurosa la abstinencia, que sólo cocinaban un día cada semana. El cocinero solía cocer ese día buena calderada de hortalizas, y los demás días tomaba de la olla y calentaba la ración necesaria para la comida. Demasiado sabroso le parecía al santo reformador aquel frugal sustento; por eso, a lo que a él le daban, solía mezclar agua o ceniza para dejarlo insípido.

Entre tanto, seguía predicando con grande fruto de las almas. El emperador Carlos V, que vivía retirado en el monasterio de Yuste desde el año 1556, tuvo noticia de la santidad del siervo de Dios y le mandó llamar

para hacerle su confesor; pero el Santo no quería honras, sino desprecios, y así logró que el monarca desistiera de su propósito. Estaba a la sazón atareadísimo poniendo los fundamentos de una reforma todavía más austera con licencia del papa Julio III, a quien habló en Roma el año de 1555.

Levantáronse persecuciones, pero las venció fray Pedro con su humildad, paciencia y confianza en Dios. Merced a la liberalidad de un generoso bienhechor, pudo edificar su primer convento cerca del Pedroso, cuna de nuevas y muy preclaras glorias de la Orden Franciscana. El triunfo y progresos de aquella empresa quedaron asegurados cuando el General de la Orden nombró a fray Pedro Comisario general de la Reforma. Desde ese día, trabajó para que se fundasen en España conventos de Clarisas reformadas por Santa Coleta. Algunas religiosas vinieron de la ciudad de Gante, llamadas por la infanta doña Juana, hija de Carlos V.

Mas no sólo dentro de la familia franciscana, sino también fuera de ella, extendió este admirable siervo de Dios los beneficios de su celo y experiencia. Fué el colaborador de la seráfica madre Santa Teresa de Jesús, y verdadero Padre de la Reforma del Carmen, porque San Juan de la Cruz entró en la Orden, muerto ya San Pedro de Alcántara.

AYUDA A SANTA TERESA A LA REFORMA

EL año de 1560 y en Ávila, vió el Santo por vez primera a la futura reformadora: una virtuosa viuda llamada Guiomar de Ulloa, ofreció a la insigne Carmelita este inefable consuelo en medio de sus trabajos y sinsabores. El Franciscano conoció luego la santidad de aquella alma privilegiada. Habló al obispo de Ávila y le descubrió el tesoro que en ella tenía el Carmelo de su ciudad episcopal. Alentó a la santa Madre a la fundación de conventos de la Reforma; escribió prudentísimos avisos y consejos para ayudarle a llevar a cabo la empresa; defendió a la Reformadora ante los superiores eclesiásticos; en suma, lo llevó todo con tanta cordura y prudencia, que la Reforma del Carmen llegó a ser un hecho a los pocos años.

Muchas veces reveló Dios a la santa Madre la eminente santidad del Padre espiritual que le había dado; tuvo una aparición en la que vió a San Pedro de Alcántara diciendo misa: se la ayudaban San Francisco de Asís y San Antonio de Padua. Otra vez Santa Teresa y otras siervas de Dios vieron cómo Jesucristo en persona partía la comida que estaba en la mesa y se la daba al Santo.

El año de 1561 señaló el triunfo definitivo de la Reforma de la Estrechísima Observancia, que fué erigida en Provincia por el papa Pío IV, y cuyas Constituciones son tales que asustan con sólo leerlas. Reglas seve-

rísimas aseguran la práctica de la pobreza; el número de ornamentos y vasos sagrados, así como las dimensiones de las distintas partes de los conventos, estaban clara y cuidadosamente limitados.

La Reforma quedaba con esto fundada. En breve se dilató por España, América y por todo el mundo. Glorias de ella fueron San Pascual Bailón, patrón de las Obras eucarísticas; San Leonardo de Puerto Mauricio, insigne misionero y apóstol del *Vía Crucis;* San Juan José de la Cruz, los Beatos Andrés Hybernón y Gil de San José. Hijos de San Pedro de Alcántara son también cinco de los veintiséis gloriosos mártires crucificados en el Japón a 4 de febrero de 1597, el Beato Juan de Prado, quemado vivo en Marruecos a 24 de mayo de 1636, el Beato Buenaventura de Barcelona y el Venerable Juan Bautista de Borgoña.

Ésta fué la obra de San Pedro de Alcántara; en ella puso todo su empeño, y los frutos fueron tan extraordinarios y copiosos, que hasta ha sido considerado como fundador, puesto que en la basílica de San Pedro de Roma se halla su estatua entre las de los santos Fundadores de Órdenes.

La Reforma subsistió hasta el año de 1897, en que León XIII ordenó la unión de las distintas familias hijas de la Observancia franciscana, que se agruparon con el nombre de «Franciscanos».

No obstante sus enfermedades y achaques, fué el Santo varias veces a Toledo para consolar a algunas almas muy afligidas; también estuvo en Tiemblo para ayudar a la reforma del convento de Carmelitas, y en Ávila, por la misma causa. Emprendió después la visita general de sus monasterios y fundó otros dos conventos. En este viaje alcanzó con sus oraciones el término de la peste que diezmaba a la ciudad de Alburquerque.

MUERTE SANTÍSIMA

HALLÁNDOSE el Santo en la visita general de sus conventos, tuvo que interrumpir el viaje. Padecía tales dolores y estaba tan desfallecido, que fuéle menester viajar a caballo en vez de ir a pie, como lo había hecho siempre. Estaba entonces en el convento de San Juan Bautista de Viciosa. El conde de Oropesa le llamó a su palacio para que en él descansase; fray Pedro aceptó por no poder menos, y allí llegó montado en un pobre jamelgo.

No quiso acostarse en la cama que le tenían preparada, sino en una que le hicieron sobre una tablas; con todo, obedeció al médico que le asistía, y tomó los alimentos y remedios por él prescritos. Sin embargo de todos los cuidados se agravó su mal sobremanera, y, como el Santo deseaba morir entre sus religiosos, se hizo llevar a su convento de Arenas, a pesar de las

instancias del conde. El Guardián lo trasladó a una casita perteneciente a los frailes y distante una legua del convento. Era tan pobre aquella casucha, que no había en ella con qué decir misa.

El viernes 16 de octubre, lo pasó el santo enfermo en oración. Toda la noche estuvo meditando la Pasión y disponiéndose al Viático, que recibió de rodillas, por estar tan flaco y agotado. Luego quedó abstraído en altísima contemplación delante de su Crucifijo, A las cuatro de la madrugada del domingo pidió y recibió la Extremaunción. Ofreciéronle un vaso de agua para calmar algún tanto el ardor de la calentura que le consumía; el Santo lo aceptó, pero mirando al Crucifijo, devolvió el vaso sin haber bebido gota, diciendo: «¡Oh Dios mío! Vos también padecisteis sed en vuestra agonía».

Llegada ya la hora de su muerte, llamó a los religiosos y los exhortó a todas las virtudes. La Virgen María se le apareció y también San Juan Evangelista, a quien tuvo siempre afectuosa devoción. Finalmente, hincado de rodillas y puestos los brazos en cruz, expiró al tiempo que entonaba el salmo CXXI: «*Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Dómini ibimus.* Me alegré con lo que me dijeron: iremos a casa del Señor». Sucedió su muerte a las seis de la mañana del domingo 18 de octubre de 1562. A la hora que expiró, tuvo Santa Teresa, en Ávila, revelación de la muerte del Santo y de la grande gloria de que gozaba en el cielo.

El funeral fué una manifestación de triunfo. Obró el Señor infinitos milagros en el pobre sepulcro del Santo, que se halla en la capilla del convento de Arenas. Beatificó a este insigne Santo el papa Gregorio XV, a 14 de abril del año 1622, y le canonizó Clemente IX a 25 de abril de 1669. El mismo Sumo Pontífice señaló el día 19 de octubre para su fiesta en la Orden seráfica, y Clemente XI la extendió a la Iglesia entera a 16 de abril de 1701.

Se invoca especialmente a San Pedro de Alcántara como protector de los niños, por los muchos milagros que en ellos ha obrado. Para consagrar los pequeñuelos a este Santo, se les lee sobre la cabeza el Evangelio de San Juan: *In principio erat Verbum,* como solía él hacerlo.

SANTORAL

Santos Pedro de Alcántara, confesor; *Aquilino, obispo de Evreux;* Verano, obispo de Orleáns; Eusterio, obispo de Salerno; Sadoth, obispo de Persia, mártir; Eadnoco, obispo en Inglaterra, y mártir; Sabiniano y Potenciano, discípulos de San Pedro, apóstoles y mártires; *Tolomeo y Lucio, mártires;* Etbino, abad; Varo, soldado, y seis monjes a quienes auxiliaba, mártires; Verónico y cuarenta y nueve compañeros, mártires en Antioquía; Aquilón, confesor, venerado en Gerona. Santas *Fredesvinda, virgen;* Pelagia, virgen, mártir en Antioquía. Beata Cleopatra de Siria, viuda.



Decano de la Universidad y sacerdote humildísimo y penitente

DÍA 20 DE OCTUBRE

SAN JUAN CANCIO

PRESBÍTERO Y PROFESOR DE TEOLOGÍA (1397-1473)

JUAN nació el 24 de junio de 1397 en el pueblo de Kenty, situado al pie de los montes Tatra, no lejos de las fronteras de Silesia y a más de ocho millas de Cracovia, en el reino de Polonia. Su familia era de las más notables de la provincia: su padre se llamaba Estanislao y su madre Ana. Ambos eran católicos fervorosos. Dieron a su hijo el nombre de Juan, por haber nacido el día de San Juan Bautista, y pusiéronle desde el primer instante bajo la protección del santo Precursor, de quien sería, tiempo andando, imitador fiel.

Por cierto que constituyó para los padres de Juan una dicha grande, al propio tiempo que un deber muy grato, iniciarle desde la más tierna edad en el conocimiento de las virtudes cristianas, así como en la práctica de ejercicios devotos. En cuanto comenzó a hablar, enseñáronle el rezo del Padrenuestro, Avemaría y Credo. Juan crecía dócil y obediente, era inteligente y de carácter bondadoso. Poseía un natural serio, impropio de sus años.

Comenzó los estudios literarios en la casa paterna, bajo la vigilancia inmediata de sus padres. Los progresos que hizo dejaron entrever el éxito que iba a obtener mediante su aplicación y capacidad para el estudio. Posterior-

mente decidieron los padres que se trasladara a la Universidad de Cracovia, por parecerles que aquél era el centro más adecuado para que Juan terminara con el máximo brillo su carrera.

La Universidad de Cracovia, merced a la munificencia de Jagellón, gran duque de Lituania, era en aquel entonces célebre por el saber de sus maestros y el número de los alumnos. Juan Cancio trabajó con ardor, sostenido por el deseo de llegar a ser un sacerdote sabio y santo, aspiración noble no reñida con el trato amable que a sus compañeros dispensaba, y que le ganaba las simpatías de maestros y condiscípulos, a quienes edificaba con su humildad y recogimiento.

Terminadas las humanidades, estudió filosofía y teología, doctoróse en ambas disciplinas, y figuró poco después en el cuadro de profesores de la Universidad de Cracovia, donde había brillado como alumno distinguido.

SACERDOCIO Y PROFESORADO

ORDENADO sacerdote, el maestro de Teología dedicóse con ardor, no sólo a ilustrar las inteligencias, sino también a santificar las almas de sus discípulos; su enseñanza era una verdadera predicación. Fué dechado de toda virtud, anhelaba constantemente llegar a mayor perfección y ambicionaba ver a todos animados del mismo celo por la virtud y la santidad.

Con frecuencia durante, la celebración del Santo Sacrificio de la Misa, veíasele derramar abundantes lágrimas al considerar las iniquidades de los hombres; muchos pecadores mudaron de vida a la vista de tales demostraciones de horror a la culpa.

En alguna ocasión, el Señor puso de manifiesto la virtud de nuestro Santo otorgándole el don de presagiar acontecimientos futuros. En la ciudad de Cracovia, un formidable incendio amenazó cierto día destruir la población; ante la inminencia de la catástrofe, Juan acudió a la oración, y he aquí que un varón de aspecto venerable —que nuestro Santo tomó por San Estanislao, antiguo obispo de Cracovia— se le apareció y le hizo saber que el incendio cesaría si los habitantes prometían mudar sus malas costumbres, y que, por el contrario, la venganza divina se dejaría sentir terriblemente, si la población seguía en su vida licenciosa. Debido a las oraciones del Santo y a sus celosas amonestaciones, cesaron los desórdenes públicos y los castigos del cielo quedaron en suspenso; mas pronto, olvidados los pronósticos de mayores catástrofes si reincidían en sus pasadas viciosas costumbres, el castigo no se hizo esperar: un nuevo y más terrible incendio destruyó la mayor parte de la ciudad.

No lejos del Colegio en que el Santo sacerdote tenía su cátedra, se alzaba una especie de calvario sobre el que se erguía una cruz con la imagen de Jesús crucificado; frente a la cruz del Señor se hallaba una imagen de la Virgen María.

A este lugar, frecuentado por piadosos visitantes, acudía Juan en las altas horas de la noche; y allí permanecía hasta el amanecer meditando sobre la Pasión del Señor. En esas horas de oración y recogimiento, grandemente provechosas para su expansión espiritual, recibió el fervorosísimo profesor singulares y extraordinarias mercedes.

Varias veces la imagen del Señor se reanimó y con voz amorosa contestó a sus preguntas y peticiones; se refiere que este Crucifijo fué llevado más tarde a la iglesia de Santa Ana; pero pronto se restituyó milagrosamente al lugar santificado por las oraciones de Juan Cancio.

PÁRROCO DE ILKUSCH

DESEOSO el obispo de Cracovia de proporcionar más extenso campo al apostólico celo del santo sacerdote, le confió la parroquia de Ilkusch.

Juan se consagró de lleno al cuidado de su rebaño. Enseñanza, predicación, obras de caridad, nada escatimaba en beneficio de sus feligreses. Por la conversión de los pecadores se imponía rigurosas mortificaciones y penitencias, acompañadas de fervorosa oración.

Su caridad era inagotable; en las visitas que en virtud de su divino ministerio practicaba, se le ofrecían múltiples ocasiones de aliviar al necesitado, y vez hubo en que volvió con los pies desnudos por haber entregado su calzado a algún pobre en el camino.

Una mañana, al ir a la iglesia, vió a un pobre mendigo tendido sobre la nieve, medio desnudo, a punto de morir de frío y de miseria. El caritativo sacerdote se despojó al instante de su manteo, envolvió con él al desgraciado y lo condujo a su casa, donde fué solícitamente atendido por el Santo. Algún tiempo después, hallándose el siervo de Dios en oración, se le apareció la Santísima Virgen y, con muestras de extremada bondad, le devolvió el manteo prestado al pobre, y dejó su alma inundada de gozo.

No obstante el celo desplegado al frente de su parroquia, temió por la responsabildad grande a su cargo vinculada, y que, al no hacer lo suficiente para salvar las almas de los demás, viniese a perder la suya propia. Fuése, pues, a encontrar a su obispo y le expresó sus inquietudes con tanta humildad y vivas instancias, que consiguió verse libre de la dirección de la parroquia y reintegrado a su cátedra de la Universidad.

NUEVAMENTE PROFESOR EN CRACOVIA

La enseñanza al frente de su cátedra había de ser la ocupación de Juan hasta el fin de sus días. Por dos veces fué elegido decano de la Facultad de Filosofía; enseñó también la Sagrada Escritura y escribió tres volúmenes de *Comentarios* sobre el Evangelio de San Mateo.

La extraordinaria inteligencia del Santo aliábase con una profunda devoción. Tales virtudes acarreáronle la envidia de otros profesores, que le trataron de hipócrita y a menudo intentaron molestarle y humillarle. Mas la mansedumbre y humildad de Juan sabían sobreponerse a todas las contrariedades, y con aire apacible y sonriente permanecía imperturbable en medio de la tempestad.

Cuando algo desagradable le acontecía, Juan tenía la costumbre de decirse a sí mismo: «*Ut supra*» (como antes); es decir: No es cosa nueva, ¿por qué desanimarse? No es la primera vez que me acontece lo mismo. Y además, antes que yo, Jesucristo padeció cosas mayores.

A ejemplo de San Agustín, mostró siempre gran horror a la calumnia, la maledicencia y, en general, a cuanto tiende a ofender a la caridad con el prójimo.

Con frecuencia repetía la máxima que, a modo de proverbio, expresaba en los siguientes versos:

Conturbare cave, — non est placare suave;
Diffamare cave, — nam revocare grave.

Es decir:

Guárdate de molestar, — que es difícil aplacar,
Guárdate de difamar, — que es difícil reparar.

Señalóse siempre en la austeridad y mortificación, pues, como maestro de espíritu experimentado, sabía perfectamente que la carne no mortificada es manantial perenne de pecados.

Vestía pobre y modestamente, ayunaba con frecuencia, se acostaba en duro lecho, dormía lo indispensable y, a veces, pasaba las noches en fervorosa oración.

Por espíritu de mortificación, no probó la carne en los últimos treinta años de su vida. Un día en que experimentó deseos de comerla, tomó un pedazo, lo asó y, abrasando como estaba, lo aplicó a sus labios mientras decía: «Carne mía, ya que tanto apeteces estos alimentos, gózate con ellos». Desde aquel momento, Dios le libró de semejante tentación de gula.

El frío y los calores más rigurosos no afectaban para nada su estado de ánimo; siempre llevaba consigo un cilicio y se disciplinaba con frecuencia,



SAN *Juan Cancio llama a los bandoleros y les dice: «Me había olvidado de que en este bolsillo interior tenía estas monedas guardadas, y, como no quiero decir ninguna mentira, os llamo para que las toméis juntamente con las otras». Atónitos los bandoleros le devuelven todas y le piden perdón.*

PEREGRINACIONES A JERUSALÉN Y A ROMA.

LLEVADO no de vana curiosidad, sino de ardientes deseos de privaciones, fatigas y abatimientos, Juan solicitó de sus superiores una temporada de vacaciones para realizar, durante ellas, la peregrinación a Jerusalén. Este viaje no carecía de dificultades y peligros, incluso de la misma vida; por eso sus amigos vieron con inquietud tal resolución y le auguraron funestos resultados; pero él emprendió el camino a pie, muy animoso. Atravesó Hungría y Tracia, los territorios habitados por gentes cismáticas, hostiles a los latinos, las extensas provincias sometidas a los turcos y enemigas del cristianismo. Llegó al término de su viaje, en el que, con frecuencia, experimentó grandes ansias de inmolación y sacrificio en aras de su amor a Jesucristo. Ardientemente deseoso del martirio, se puso resueltamente a predicar a turcos y musulmanes; pero éstos, admirados de su extraordinaria devoción y caridad, respetaron su vida. Volvió, pues, a Polonia.

Después de Jerusalén, Juan Cancio quiso visitar la ciudad eterna, Roma, la capital del orbe católico, la ciudad de los Apóstoles y de los mártires, la sede del Vicario de Jesucristo, encargado por Dios de guardar incólume el depósito de la revelación. ¡Con qué admirable fe y humildad recibió el piadoso profesor la bendición del Sumo Pontífice, intérprete infalible de la Verdad! Oró fervorosamente ante el sepulcro de los santos Apóstoles, veneró las reliquias de los mártires y regresó a su patria colmado de alegría.

Cuatro veces durante su vida practicó el piadoso sacerdote la peregrinación a Roma, siempre a pie y cargado con las provisiones necesarias.

A uno de sus compatriotas, a quien sorprendían tales viajes, le dijo:

—Voy a Roma en esta guisa para satisfacer por las penas que debería pasar en el purgatorio y lucrar las innumerables indulgencias que se ganan visitando las basílicas. Espero verme libre de este modo de las penas debidas por mis pecados.

En una de las peregrinaciones fué sorprendido por unos salteadores, los cuales le despojaron de cuanto llevaba, a excepción del vestido.

—¿Tienes alguna cosa más? —le preguntaron.

—Nada más —respondió el peregrino.

Ya se alejaban los bandidos, cuando Juan recordó que le quedaban algunas monedas cosidas en los pliegues de su capa; y como temía hasta la sombra del pecado, temeroso de haberles mentido, corrió presuroso a darles alcance y mostróles el dinero que le quedaba.

Sorprendidos éstos de tanta sencillez, admiraron la santidad del desconocido caminante y le devolvieron cuanto le habían quitado.

UN HUÉSPED INESPERADO. — ÚLTIMOS DÍAS

De sus honorarios como profesor de la Universidad, Juan Cancio no reservaba para sus gastos más que una pequeña parte; lo demás lo distribuía en limosnas a los pobres. Entre los numerosos rasgos de caridad de que dió ejemplo, la Universidad de Cracovia conserva el recuerdo del hecho siguiente:

Hallábase un día el santo profesor a la mesa con varios de sus alumnos. Hecha la distribución de las raciones, no quedaba más porción que la suya, cuando en esto, un pobre llamó a la puerta y rogó le socorrieran con algún alimento. Al instante se levantó el profesor y le entregó su ración. Los alumnos, conmovidos, se preguntaban qué comería su maestro, cuyo plato veían vacío, cuando de pronto observaron en él una cantidad de alimento igual a la que tenía antes de servir al mendigo. La mano invisible de un ángel acababa de servir al hombre de Dios.

Como recuerdo de este prodigio, los profesores del colegio de Cracovia establecieron la caritativa costumbre de convidar a comer cada día a un pobre, al que consideraban como imagen de Jesucristo. Desde entonces, siempre que algún pobre llamaba a la puerta, un empleado debía comunicarlo del modo siguiente: «Ahí hay un pobre», a lo que se contestaba de dentro: «Ahí está Jesucristo», y le entregaban una limosna.

Algunos profesores, deseosos de imitar la caridad de su santo colega, reunieron fondos para vestir a cierto número de desvalidos.

«Una mañana —cuenta Adam Opatoff—, al ir a la iglesia de Santa Ana, Juan Cancio advirtió que la criada de una casa contigua había dejado caer el jarro de leche que llevaba, con lo que se hizo pedazos la vasija y derramóse la leche por el suelo. La muchacha, consternada, se deshacía en llanto, cuando se le acercó el Santo y le dijo:

»—Recoge los cascos.

»Obedeció la sirvienta y, conforme los juntaba, se iban milagrosamente pegando de modo que el jarro quedó entero como antes. La doncella, entre admirada y pesarosa, contemplaba la leche perdida por el suelo.

»—Ve ahora al río —dijo el sacerdote— y llena de agua la vasija.

»La criada bajó al río Dudawa, que corre junto a las murallas de Cracovia, llenó el jarro y, estupefacta, observó cómo el agua quedaba convertida en leche. Apresuróse a volver a su casa, y a cuantos hallaba al paso, les contaba el hecho maravilloso obrado por el siervo de Dios.»

Juan Cancio huía del trato del mundo; pero mantenía estrecha y santa amistad con los personajes más virtuosos de Cracovia, tales como el Beato

Sventolas, gran devoto de María; Simón de Lipnicka, hombre de extraordinaria caridad; el Beato Estanislao Casimiro, de los Canónigos Regulares de San Agustín, y el Beato Isaías, de la Orden de Ermitaños de San Agustín.

Fué excelente predicador. De sus sermones nos ha dejado un volumen lleno de la admirable doctrina que explicaba en su cátedra de la Universidad, y que nos da idea de su extraordinario fervor apostólico.

Por fin, quebrantado por la edad y las enfermedades, las penitencias y los trabajos, dejó todo lo que no fuera prepararse a una santa muerte. Ordenó que se distribuyeran entre los pobres los pocos bienes que le quedaban; confesóse, deshecho en lágrimas; recibió la Sagrada Eucaristía y la Extremaunción; y, en presencia de sus compañeros, los profesores de la Universidad, que rodeaban su lecho, entregó su bella alma al Señor el 24 de diciembre de 1473, a la edad de setenta y seis años.

Primeramente se le dió sepultura en la iglesia de Santa Ana, debajo del púlpito desde donde tantas veces había predicado la palabra divina; pero, más tarde, en vista de los milagros obrados por su intercesión, y aprobado ya su culto, se abrió el sepulcro, que exhaló suavísimo olor, y las sagradas reliquias fueron encerradas en una preciosa urna y expuestas a la veneración de los fieles en un magnífico monumento.

CULTO Y MILAGROS

LOS prodigios y gracias atribuídos a San Juan Cancio le han hecho célebre no sólo en su patria, sino en toda la Iglesia. Pocos años después de su muerte, por su intercesión, alcanzaron la curación muchos enfermos y desahuciados de los médicos y resucitaron varios muertos. Debiósele también la curación de cinco paralíticos, un loco, un endemoniado y otros muchos. Los Bolandistas relatan, con más o menos pormenores, hasta doscientos cincuenta prodigios análogos a los que a continuación se mencionan.

Cierta joven de Prodniko, de resultas de una enfermedad, quedó loca furiosa; llevāronla al sepulcro del Santo y obtuvo salud completa.

Al tener conocimiento de semejante curación, un padre de familia, cuyo hijo se hallaba a punto de morir, tomó al niño en sus brazos, lo llevó al mismo lugar, mandó celebrar una misa en honor del Santo y su hijo recobró plenamente la salud.

Una pobre viuda del pueblo de Ozyrin no poseía más fortuna que una vaca, cuya leche constituía el alimento cotidiano de ella y de sus hijos; pero un día la vaca, atacada de cierta enfermedad, estaba a punto de morir. La pobre viuda postróse de rodillas y suplicó al Santo de Cracovia que tuviera

piedad de sus hijos. A los pocos instantes el animal se levantó y se puso a comer hierba con voraz apetito.

Un religioso dominico, víctima de un accidente de trineo en una áspera pendiente, tuvo la desgracia de quebrarse una pierna por dos lugares diferentes; después de diez semanas de cuidados y agudos dolores, el mal iba empeorando, y el cirujano juzgó necesaria la amputación de la pierna. Hondamente afligido el religioso, hizo voto de celebrar una misa en acción de gracias sobre el sepulcro de San Juan, si se veía libre de este infortunio. Apenas hubo pronunciado tal promesa, sintió que los dolores se le iban calmando; la curación fué rápida y pronto pudo ir a la iglesia de Santa Ana a cumplir su voto.

Cierta dama noble, llamada Sofía de Rusce, natural del pueblecito de Zimma Woda, que, desde hacía tres años, sufría una grave enfermedad, había gastado inútilmente parte de su fortuna en médicos y medicinas. Cuando un día rogaba al Señor se apiadase de su desgracia, se le presentó de improviso un personaje con hábitos sacerdotales que le dijo: «Si quieres verte libre de tu enfermedad, promete a Dios ir en pergrinación a mi sepulcro en la iglesia de Santa Ana». Sofía reconoció en el sacerdote a Juan Cancio. Hizo la promesa que se le indicaba y al poco tiempo pudo ir a dar gracias al sepulcro del Santo por su total curación.

Juan Cancio fué inscrito en el número de los Santos por el papa Clemente XIII, el 17 de julio de 1767. Su fiesta se celebra el 20 de octubre con rito doble, según lo prescrito por Pío VI en 1782. A instancias de monseñor Martín Szyszkowski, obispo de Cracovia, esta ciudad lo eligió por patrono.

En la Universidad, se conservó durante muchos años su borla de doctor, que se imponía al decano de la Facultad de Filosofía en la fecha de su elección. Debía prometer, en aquel acto, ser imitador de las virtudes de su ilustre predecesor.

SANTORAL

Santos **Juan Cancio, presbítero y confesor;** Vital, obispo de Salzburgo; Fintano Corach, obispo en Irlanda; Juan III, obispo de Como; Feliciano, obispo de Minde, mártir; *Artemio, general romano, y Caprasio, mártires;* Máximo, diácono, mártir en Alba en tiempos de Decio; Dacio, Zósimo y Jenaro, mártires en Puzoles (Italia) Eutiquio, Promaco, Lucio, Marcelino y Bermiaco, mártires en Nicomedia, Alderaldo y Sindulfo, confesores. La traslación desde Roda a Zaragoza de un brazo de San Valero. Santas *Irene, virgen y mártir;* María y Saula, vírgenes y mártires, en Colonia; Dorotea, Susima y Jenara, mártires en Puzoles (Italia). Beata Isabel de Aguilar, cisterciense, en Lisboa.


Vencedor de las legiones infernales

DÍA 21 DE OCTUBRE

SAN HILARION

ABAD, PATRIARCA DE LOS SOLITARIOS EN PALESTINA (hacia 291-371)

LOS pormenores de la vida y milagros de San Hilarión han brotado en el campo de la leyenda. Felizmente se conserva todavía la vida del ermitaño, escrita por San Jerónimo, que quiso dar a conocer su eminente santidad al mundo cristiano. Prescindiendo, pues, de los detalles legendarios que han podido introducirse en la historia, y teniendo en cuenta el valor indiscutible del ilustre Doctor en esta materia, podemos decidir, con toda certeza, la existencia y santidad de la vida del célebre ermitaño.

San Hilarión, cabeza y patriarca de los religiosos cenobitas en Palestina, como San Antonio lo había sido en Egipto, y San Pacomio en la Tebaida, nació en Tabatha, aldea de Palestina, próxima a Gaza, por los años 291. Sus padres, gentiles y ricos, ambicionaban para su hijo la gloria del saber, y le enviaron muy joven a Alejandría para estudiar las humanas letras. No tardó en señalarse entre sus condiscípulos, corrompidos y ligeros, por su inteligencia viva y penetrante, realzada por un rico caudal de prendas naturales.

Uno de sus maestros, cristiano oculto y verdadero apóstol revestido con

la capa del filósofo, quiso rodear la inocencia de su discípulo de valla más firme que las máximas corruptoras del paganismo; descubrióle las bellezas de la fe cristiana, y su alma, no obscurecida aún por las pasiones, sometióse dócilmente a la verdad e influencia de la gracia.

Luego que recibió el bautismo, a los quince años, Hilarión avanzó rápidamente por la senda de la ciencia y la virtud, y llegó pronto a ser modelo acabado de todos sus condiscípulos. Aborrecía las diversiones frívolas y peligrosas del teatro y los juegos sanguinarios del circo; sólo conocía el camino de la iglesia y de la escuela, y su entretenimiento consistía en conversar con los verdaderos siervos de Dios.

DIOS LE DA A CONOCER SU VOCACIÓN

EN aquel tiempo, la fama repetía por doquiera el nombre del celebérrimo solitario San Antonio, traspasaba los confines del desierto, donde aquél hubiera querido sepultar sus admirables virtudes, y atraía en torno suyo a las muchedumbres, ávidas de imitar y contemplar aquel ser sobrehumano. Impulsado por la gracia, entró Hilarión en vivos deseos de conocer al patriarca del desierto. Al verle, conmovióse el corazón del neófito, y su espíritu, iluminado por la fe, comprendió que el mundo no es nada y Dios lo es todo: «Yo también seré ermitaño —exclamó—. ¡Dios lo quiere!»

Vistió luego el sayal monástico y durante dos meses observó cautelosa y atentamente la vida del patriarca de la Tebaida. La regularidad de San Antonio, su continuo recogimiento, su amor de la oración, su constante humildad en medio de las gentes que le visitaban, su firmeza suave en las reprensiones, su ardor en la predicación, y sus perpetuos ayunos, inflamaron el corazón de Hilarión, que ardía en vehementes deseos de luchar, a las órdenes de tan experto capitán, por la conquista del reino de Cristo.

Con todo, no pudo soportar por más tiempo la vista de aquella muchedumbre, atraída por el olor de santidad de su maestro espiritual. «¿He venido yo al desierto —díjose un día— para buscar el bullicio de las ciudades? ¿Es justo que tenga parte en los triunfos del héroe no habiendo sido su compañero de armas?» Cuando se disponía a internarse más adentro en el desierto, tuvo noticia de la muerte de sus padres. Si entonces regresó a su patria, sólo fué por dar a todos un alto ejemplo de desprendimiento: distribuyó sus bienes a los pobres, despidióse para siempre de sus parientes y retiróse a una isla pantanosa, distante siete millas de Gaza.

En el mismo lugar, pero con un fin muy distinto, habíase ya establecido una cuadrilla de salteadores, el terror de la comarca. Conocía Hilarión el peligro en que se hallaba, pero no le importaba la muerte del cuerpo, con

tal que pudiese evitar el pecado que mata al alma. Empero, sus terribles vecinos, indignados al ver la despreocupación de aquel jovenzuelo, que era casi niño, resolvieron escarmentarlo duramente.

Con tal propósito, encamináronse, durante la noche, hacia el hueco de la roca en que moraba Hilarión. Pero Dios hizo pasar ante sus ojos un velo espeso de tinieblas, por lo que erraron hasta el amanecer sin que pudieran dar con su víctima. Ante hecho tan sorprendente, desvanecióse su furor, y cuando, ya de día, vieron a poca distancia, al joven ermitaño rezando de rodillas, se acercaron a él sin malas intenciones y le dijeron: «¿No temes a los bandoleros que frecuentan estos parajes? —¿Por qué temerlos, puesto que no tengo nada? —¡Pero podrían matarte! —¿Y qué? Estoy dispuesto para morir. Mas, ¿qué sería de vuestra alma, desgraciados, si en este instante cayera en las manos de Dios Todopoderoso?... ¡Haced, pues, penitencia, si no queréis ir al fuego eterno!» Impresionados por estas palabras, volviéronse a Dios y procuraron reparar los perjuicios causados.

HILARIÓN LUCHA CONTRA SATANÁS

EL héroe que de este modo hablaba, era —según refiere el historiador— un pobre adolescente, de complexión delicada, que se resentía del más mínimo cambio de temperatura; los ardores del estío le abatían, y el frío del invierno paralizaba todos sus miembros. A pesar de esto, su vestido se reducía a un tosco cilicio y una túnica de piel de camello. Su alimento era, al principio, de solos quince higos, que tomaba después de puesto el sol; y, no obstante, el ferviente religioso seguía orando hasta muy entrada la noche.»

No podía el ángel soberbio y caído permanecer insensible ante el celo de la gloria de Dios que consumía a Hilarión, y le declaró la guerra. No tardó el joven y austero ermitaño en sentir el ardor de la concupiscencia. Su corazón, hasta entonces inflamado sólo en el fuego del amor divino, vióse asaltado por imaginaciones impuras. Indignábase contra sí mismo y dábase tremendos puñetazos en el pecho como para desechar pensamientos tan importunos. Oíasele a veces decir a su mismo cuerpo: «Con la ayuda de Dios, yo te haré, asnillo, que no tires coces; te mataré de hambre y de sed, te cargaré y te haré trabajar, de tal manera que sólo pienses en comer y descansar y no en brincar ni refocilarte.»

Cuando al fin de esas largas y fatigosas jornadas, el atleta de Cristo caía rendido por el cansancio y el ayuno, sobre la estera que le servía de cama, veía llegar hasta él a criaturas cuyos gestos y ofrecimientos su corazón inocente no podía comprender. Alzábase entonces, reiteraba sus plega-

rias y las torpes representaciones se desvanecían. Pero el espíritu del mal inventaba nuevos ardides para distraerle en la oración.

Oía Hilarión los aullidos de los lobos y de las zorras que se precipitaban sobre su celda como para derribarla. Cierto día, vió que se llegaba hacia él una lucidísima cuadriga, y al exclamar: «Señor Jesús» desapareció al instante. Estando en cierta ocasión ocupado en el canto de los salmos, con el semblante pegado contra el polvo, se distrajo algún tanto; ufano de su victoria, el demonio se le echó encima y le azotó cruelmente, diciéndole con tono burlón: «Vamos, hombre, ¿te duermes? ¡Toma un poco de cebada para que despiertes!», y al mismo tiempo redoblaba los golpes.

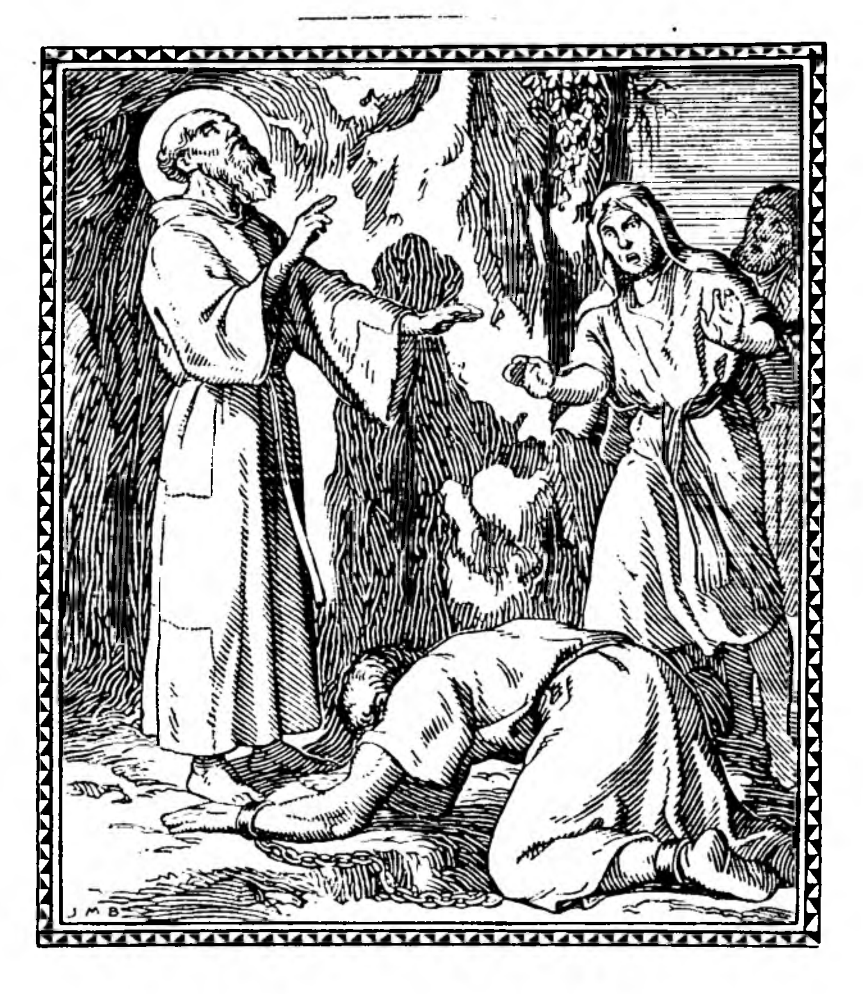
El santo ermitaño lloró su falta, pero consolóse al ver que el mismo demonio le ayudaba a hacer penitencia. Desde entonces estuvo tan sobre aviso, que su adversario hubo de recurrir a tentaciones de orgullo, y tendiole un lazo, encomiando sus propias virtudes; pero fué inútil la porfía.

EXPULSA A SATANÁS DEL CUERPO DE LOS POSESOS

A medida que crecía en edad, el joven anacoreta redoblaba sus austeridades. Desde los veintidós años, ya no se alimentó más que de raíces o legumbres remojadas. Su habitación era una celda de cuatro pies de alta y cinco de ancha, a manera de sepultura, en la que sólo podía estar sentado o recostado: su cuerpo se consumía, pero su alma recobraba nuevo vigor y vida.

«Cosa superflua es buscar la limpieza en un cilicio», decía el heroico penitente criado en medio del lujo; fiel a esta máxima, nunca lavó el tosco saco que le cubría, añadiendo así, voluntariamente, nueva causa de mortificación a muchas otras. Entregado por completo a la oración, aprendió de memoria la Sagrada Escritura, y se mantenía tan íntimamente unido con Dios como lo puede consentir la flaqueza humana.

Muy a pesar suyo, esparcióse a lo lejos la fama de sus virtudes, por lo que las gentes no tardaron en reverenciarle como el San Antonio de la Palestina. Al cabo de quince años de esterilidad, vióse una pobre mujer abandonada de su marido. El dolor le dió alientos para quebrantar por vez primera el retiro del santo ermitaño y se presentó ante él. Al verla turbóse Hilarión y apartó los ojos, mas la suplicante arrojóse a sus plantas, y con acento de dolor profundo, exclamó: «Perdona mi osadía; impulsada por la necesidad a ti acudo como enfermo al médico. ¿Tienes reparo en mirar a una mujer? ¿No fué una mujer quien dió a luz a Cristo Jesús? En nombre de este divino Salvador, atiende a mis ruegos». Con caritativa paciencia el santo ermitaño escuchó la cuenta de sus desgracias, y la despidió con estas



SAN *Hilarión cura a un mozo robustísimo, verdadero gigante, que está endemoniado y que ni con grillos, esposas ni cadenas han podido sujetar, porque todas las rompía. El Santo le hace desatar, y el endemoniado, humildemente, se postra a sus pies y se los lame como mansa oveja.*

palabras: «Ten confianza, pediré por ti, y el Señor te concederá lo que deseas.» Un año después, Hilarión bendecía al recién nacido que gozosa le presentaba la feliz madre.

Un nuevo milagro puso más de manifiesto la eminente santidad del gran siervo de Dios. Una mujer ilustre de Gaza, por nombre Aristeneta, rica de bienes y de virtudes, encaminóse al desierto con toda su familia para ver al patriarca de la Tebaida y recabar su bendición; mas, habiendo regresado a Gaza, fallecieron sus tres hijos. Afligida por el dolor, la desconsolada madre corrió a los pies de Hilarión y con acento desgarrador le dijo: «En nombre de nuestro clementísimo Salvador, en nombre de su santa Cruz y preciosísima Sangre, te suplico que vayas a Gaza y me devuelvas los hijos; al ver tu caridad se convertirán los paganos y los ídolos caerán hechos pedazos.

—Vete, yo desde aquí pediré lo que deseas, pero jamás entraré en vuestras corrompidas ciudades donde se corre tantos peligros de perderse.

—Siervo de Cristo, devuélveme los hijos» —replicó la desgraciada—; y, asiéndose al sayo del solitario, le dijo que no le dejaría en libertad mientras tanto no le prometiese ir a Gaza siquiera fuera durante la noche. Al amparo de las tinieblas, llegóse el ermitaño a la morada de Aristeneta, hizo la señal de la cruz sobre los cadáveres de los niños, y al punto se los devolvió a su madre llenos de vida.

Vivía en Jerusalén un gigante, poseído del demonio, verdadero terror de la comarca; cargado de cadenas y puesto en presencia de Hilarión postróse a sus plantas y, cual pudiera hacerlo un can, púsose a lamerle los pies. No pudo Satanás resistir a la autoridad del que tantas veces le había vencido en su propia persona, y tuvo que huir del cuerpo del poseso.

La misma suerte cupo a una legión infernal que atormentaba al ilustre y opulento Orión; al abandonar aquélla el cuerpo de la víctima, oyóse un clamor confuso semejante al de una muchedumbre inmensa. Hondamente agradecido, el enfermo ofreció a su bienhechor grandes riquezas. «Repártelas a los pobres —respondió el siervo de Dios—; tú que vives en el mundo los conoces mejor que yo; en otro tiempo di todos mis bienes para comprar la libertad, y por nada del mundo quiero ahora venderla.»

Obró Hilarión otros muchos milagros, pero resultaría demasiado prolijo referirlos todos: curó hasta los animales enfermos de los pobres labriegos. Desde lo más apartado de Germania y de las Galias, las gentes acudían a él en sus necesidades; y él, a su vez, las llevaba a Dios y conquistó a muchos de sus piadosos visitantes para la vida religiosa; en pocos años, pobláronse de ermitas los desiertos de Palestina, que fueron testigos de altos ejemplos de virtud. De esta suerte, llegó a ser, sin buscarlo, el jefe de una importante familia religiosa, sobre la cual ejercía gran ascendiente.

Desplegaba un celo incansable para mantener a los Hermanos en su primitivo fervor. Los continuos ayunos habían agotado sus fuerzas; mas no por esto dejaba de visitarlos a todos cada año, ni de sembrar los milagros para recompensar a los buenos, así como para castigar y convertir a los tibios y relajados. Negó un monje cierto día la entrada a la inmensa tropa de religiosos que acompañaban al santo patriarca: secáronse las uvas en la viña y el poco vino que pudo sacar se convirtió en vinagre. Otro, de más fe en la Providencia, púsolo todo a disposición de sus huéspedes, y su campo, fecundado por la bendición de Hilarión, rindióle cinco veces más que en años anteriores. Un codicioso y avariento ermitaño envió al venerable abad las primicias de su huerto, y al verlas el Santo, exclamó: «Apártalas de ahí, porque las manos del amo han dejado en ellas un hedor de avaricia tan insoportable que ni los brutos las podrían tolerar.» En efecto; habiéndoselas echado a los bueyes, espantáronse luego que las vieron, comenzaron a bramar extraordinariamente, y se enfurecieron tanto que rompieron las sogas que los sujetaban y echaron a correr campo adelante.

HILARIÓN TORNA A SER ERMITAÑO

ENTRETANTO, el venerable patriarca había llegado a la edad de sesenta y tres años, y, al verse rodeado de innumerables monjes, y como acosado por las gentes que de todas las partes del mundo le venían a buscar, temió por la salvación de su alma. «Estoy recibiendo la recompensa de mis trabajos acá en la tierra —dijo para sí—; tengo que ir a esconderme en la soledad para orar y sufrir si no quiero hacerme indigno de la misericordia de Dios.»

Los nobles, magistrados, príncipes y obispos acudían a él, contentos con recibir de su mano un poco de pan o una botellita de aceite bendecidos; mas él, hollando al demonio del orgullo, huía de toda demostración de estima y veneración.

Luego que se entendió su resolución de huir al desierto, congregáronse más de diez mil personas, y con sus clamores y lágrimas conjuraron al que ellos llamaban padre, auxilio único y providencia visible, que no los desamparase y dejase huérfanos. Hilarión se mantuvo firme en lo que tenía resuelto. «Nada me detendrá —dijo—; no comeré ni beberé mientras no salga de este lugar donde estoy expuesto a perderme para siempre.» Transcurrieron siete días, durante los cuales no probó bocado; ante decisión tan enérgica, viéronse precisados a condescender. Partió Hilarión, acompañado de cuarenta monjes capaces de ayunar cada día hasta la puesta del sol; fueron en primer lugar al monasterio de San Antonio, cuyo reciente y

bienaventurado tránsito le había revelado Dios en una visión; y fortalecido luego por esta peregrinación, hizo alto en el desierto. El venerable Padre entregóse a la abstinencia, al silencio y demás rigores de la penitencia, con tanto fervor cual si quisiese recuperar el tiempo perdido.

Después de la muerte de San Antonio, la alegría desapareció de la Tebaida; hubiérase dicho que hasta los elementos compartían el duelo general, pues, durante los tres años que siguieron, ni una gota de agua cayó en toda la comarca. Cierto día, unos desgraciados que iban en busca de raíces para alimentarse, descubrieron la morada de Hilarión. No tardó éste en verse acosado por una muchedumbre hambrienta que le suplicaba con lágrimas y sollozos les alcanzase del cielo la cesación del terrible azote. Púsose el ermitaño en oración, y pronto cayó una lluvia torrencial.

Cambio tan repentino favoreció la multiplicación de serpientes, que causaban muchas víctimas en los hombres y las plantas. Con su bendición, el siervo de Dios comunicó al aceite la virtud de dar muerte a los venenosos reptiles y curar a sus víctimas.

Al tener noticia de tantas maravillas, las muchedumbres se agolparon de nuevo en torno del taumaturgo ermitaño, el cual, huyendo de las honras que todos le tributaban, fuése en busca de un retiro al desierto cercano de Alejandría. Instado por algunos monjes, detúvose para descansar; mas por la tarde del primer día díjoles que iba a proseguir su camino. Arrojáronse a sus plantas, y suplicáronle que hiciese noche en aquel sitio. «No, de ninguna manera, vuestra hospitalidad os costaría demasiado cara, no quiero que por culpa mía sea derribado el convento».

Por la mañana del siguiente día, entendieron todos el sentido de sus palabras proféticas cuando vieron el monasterio invadido por los secuaces del más poderoso y cruel enemigo de los monjes, Juliano el Apóstata, q buscaban a Hilarión y a su fiel discípulo Hesiquio para darles muerte. El santo ermitaño pasó a la isla de Sicilia donde vivió oculto por espacio de un año, pero Dios le tenía reservada otra misión.

Un poseso, cuyos tormentos se habían agravado por causa de la proximidad con el hombre de Dios, exclamó cierto día en San Pedro de Roma: «El bienaventurado Hilarión está en Sicilia, y me curará». No mentía el demonio; pues, pasado cierto tiempo, el paciente volvió a la península completamente sano y robusto y pregonando por doquiera la eminente santidad de su bienhechor. Este milagro fué el preludio de muchos otros; por lo cual, el taumaturgo, acosado de nuevo por las gentes, huyó a otra soledad.

Hesiquio le llevó a Epidaura en Dalmacia; pero, la caridad de Hilarión para con el prójimo pudo más que su ambición de olvido y menosprecio. Viendo que era más honrado en Dalmacia que en Sicilia y Palestina, quiso sepultarse en la soledad de Pafos, en la isla de Chipre; fué en vano: aquí

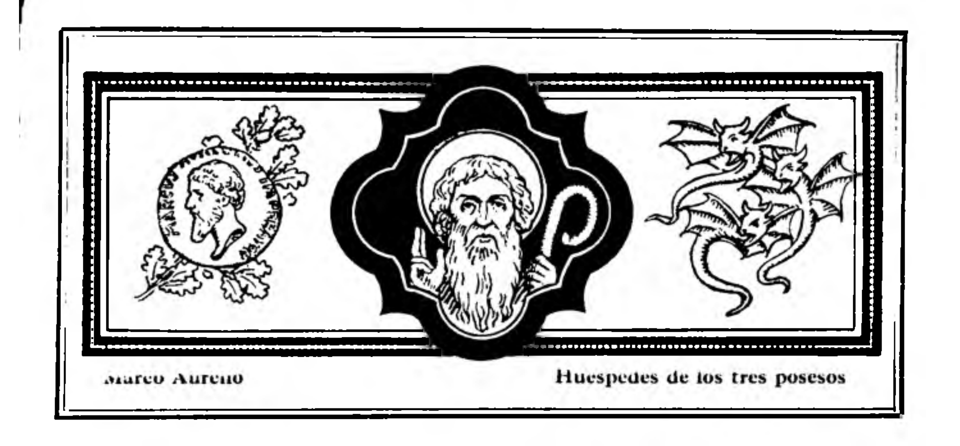
como en otras partes, recibía el humilde ermitaño las mismas muestras de admiración, las mismas atenciones que le infundían tan gran temor de perderse. «¡Omnipotente Dios y Salvador de las almas —exclamó cierto día—, ten piedad de mí!, indigno siervo tuyo, y concédeme tiempo para que me prevenga, con la penitencia y la oración, a comparecer ante tu formidable tribunal.» Establecióse luego en el seno de un país idólatra, en lugares casi inaccesibles, donde se mantuvo cinco años, saboreando las delicias de la maceración y de la oración continua, alejado de todos, hasta de su querido Hesiquio, a quien había encargado la visita de sus monjes de Palestina.

Cierto día en que bajaba de su celda, encontróse con un pobre paralítico, que trabajosamente se arrastraba. El hombre de Dios, movido a compasión, hizo el sacrificio de su descanso por el bienestar de este miembro paciente de Jesucristo. «¡En nombre de la Santísima Trinidad, levántate y anda!» ¡Oh poder maravilloso! Los labios de Hilarión murmuraban aún estas palabras, y ya el enfermo se había alzado, y saltaba de gozo. Nuevamente se vió el santo ermitaño acosado por las muchedumbres, y nuevamente temió; mas el Señor le tranquilizó anunciándole que se hallaba cercano el día en que pasaría de este valle de peligros y lágrimas a los goces puros de la eternidad.

Noticiosos de su próxima muerte, los peregrinos acudieron más numerosos que nunca, y pudieron contemplar al bienaventurado Hilarión, tendido sobre su estera y exhalando el último suspiro en un arranque de esperanza y amor: «¡Sal, alma mía, sal —exclamaba para animarse en sus últimas congojas—; rompe las últimas ataduras! ¿Qué te acobarda, qué esperas? Casi sesenta años ha que sirves a Jesucristo, ¿y temes morir?» Y rindió su espíritu en el año 371. Los habitantes del lugar enterraron su cuerpo con todo respeto; pero, poco tiempo después, su discípulo Hesiquio lo llevó secretamente a Palestina, donde obró los más portentosos milagros. También San Hesiquio figura en el Martirologio romano con fecha del 3 de octubre.

SANTORAL

Santos Hilarión y Fintano Moeldub, abades; *Asterio, presbítero, mártir;* Dasio, Cayo, Zótico y otros doce compañeros, soldados, mártires en Nicomedia; Modesto, Eutiquio, Mauro y Deseo, mártires en África; Modesto y doscientos setenta y dos compañeros, mártires en Nápoles; Jorge, Juan, Julián y compañeros, mártires, en Jerusalén; Viator, confesor; Malco, solitario; Bertoldo, ermitaño en Suiza. *Beato Gonzalo de Lagos, agustino.* Santas *Úrsula y compañeras, vírgenes y mártires;* Celina, virgen, muerta en 530; Celina, madre del obispo de Reims San Remigio; Constancia, virgen y mártir; *Columbina y Orofrigia, vírgenes y mártires, compañeras de Santa Úrsula.*


Marco Aurelio — Huespedes de los tres posesos

DÍA 22 DE OCTUBRE

SAN ABERCIO

OBISPO DE HIERÁPOLIS (fines del siglo II)

CONOCEMOS a San Abercio a través de una antigua *Vida* escrita hacia el siglo X por un autor griego, llamado Simeón, que debió de ser traductor y comentarista. Dicha vida se hallaba reproducida en los pasionarios griegos el 22 de octubre. El relato del referido autor fué publicado por Lipomanos y Surio, en una traducción latina. Ese texto, que el historiador Tilemont criticó severamente, contenía un diamante precioso rodeado aún de ganga —el epitafio del Santo—; pero en el siglo XIX, la Providencia permitió que se hallara y reconstituyera lo que es considerado como un monumento de los más célebres en la epigrafía cristiana. La última parte de su vida parece señalar el imperio de Marco Aurelio, que murió el año 181. Tal es la fecha adoptada por el Martirologio.

Reinando Marco Aurelio, publicóse para todo el Imperio un decreto que mandaba a los ciudadanos ofrecer sacrificios y libaciones a los falsos dioses. Las solemnidades paganas revistieron con tal motivo una pompa poco usual hasta entonces, y el pueblo llenaba los templos en cumplimiento de las órdenes del emperador.

En Hierápolis, ciudad de la *Frigia Salutaris* —que corresponde a la

actual Eski Kara Hissar—, y no en Hierápolis cerca de Licos, como se creyó mucho tiempo, radicaba la sede episcopal de Abercio. Al ver a los hombres coronados y a las mujeres vestidas de blanco dispuestas a ofrendar a los ídolos el culto y adoración que es debido sólo a Dios, huyó el Santo de la multitud de necios, profundamente acongojado, y, de rodillas en su oratorio, permaneció rezando largo tiempo. Habiéndose echado encima la noche, aparecióscle un joven, cuyas vestiduras brillaban con luz resplandeciente, entrególe una vara y le dijo:

—Levántate, ha llegado la hora; arroja con esta vara los vanos simulacros que engañan al pueblo.

Sin miedo ni flojedad, con la presteza de quien cumple una orden de lo alto, llegó al templo y, en medio de la quietud y soledad, sirviéndose de su larga vara, derribó a Hércules, a Apolo, a Diana y a Venus, convirtiéndolos en un montón de escombros. Los sacerdotes y guardianes del templo, ocupados aún en digerir los manjares del banquete anterior, desconcertados ante el ruido del derrumbamiento, acudieron con antorchas, y con gran sorpresa suya toparon con Abercio. Éste, aprovechando aquel primer momento de estupor, les dijo:

—Id y decid a los magistrados y al pueblo de Hierápolis que sus dioses, hartos de carne y embriagados de mosto, se han levantado unos contra otros, hasta quedar hechos añicos.

Y como los sacerdotes seguían sin articular palabra ante aquel insólito espectáculo, añadió el Santo:

—Recoged, si os parece, los restos, y echad las piedras en un horno; así resultará una cal de mediana calidad. Otra utilidad no creo que podáis sacar de vuestros dioses.

Y, diciendo esto, los dejó en medio del mayor asombro sin que osaran hacerle ni hablarle nada. Al día siguiente, apenas vinieron los primeros albores, se presentó una multitud compacta que, excitada por los sacerdotes, pedía a voz en grito venganza y sangre.

—¡Arda la casa de Abercio! —gritaban unos.

—¡Incendios, no! —decían otros—. El gobernador romano lo impedirá. Prendamos a Abercio y que expire entre los más atroces tormentos.

Entretanto, Abercio, sentado en medio de sus discípulos, los adoctrinaba como si para él no existiera peligro alguno. Se le advirtió que el tumulto crecía y que se acercaban para prenderle, a lo que respondió con tranquilidad: «Preciso es morir por Cristo. —Pero tenemos tiempo de salvarnos todos y está aconsejado y decretado evitar la persecución» —apuntó alguno.

A lo que respondió el Santo con calma: «Ya que lo juzgáis prudente, salgamos». Y fué a sentarse en el Foro, donde pudo muy fácilmente proseguir su enseñanza mientras le buscaban para matarle.

EXORCISMO DE TRES POSESOS. — ANTE MARCO AURELIO

CONTRARIADOS los paganos, pensaron encontrarlo realmente en el Foro y, en efecto, allí estaba rodeado de unos pocos discípulos, predicando con santa libertad al aire libre. Quisieron martirizarlo, pero un espectáculo sorprendente los detuvo. Tres jóvenes endemoniados, conocidos en la ciudad, se presentaron a su vista lanzando gritos espantosos en medio de convulsiones indescriptibles. «En nombre del Dios verdadero, Abercio, te conjuramos: cesa de atormentarnos antes de tiempo».

La multitud, detenida súbitamente por este cuadro inesperado, tenía los ojos fijos en Abercio, cuya nobleza mezclada de serenidad y mansedumbre, llenaba de admiración a los paganos, al propio tiempo que las contorsiones de los desgraciados les causaban horror. El obispo, levantando las manos, exclamó: «Dios Todopoderoso, Padre de Jesucristo, cuya misericordia sobrepasa infinitamente la malicia de los hombres, te suplico libres a estos tres desgraciados de las cadenas del demonio, a fin de que todo el pueblo reconozca que eres el Dios único y verdadero». Y, dándoles en la frente con la vara, vencedora ya de los ídolos, dijo:

—En el nombre de Cristo, mi Señor y Dios, demonios infernales, os ordeno que salgáis del cuerpo de estos mancebos y os prohibo que los atormentéis en adelante.

Apenas había terminado de decir èstas palabras, los diablos abandonaron a sus víctimas, lanzando alaridos horrendos. Los tres jóvenes, como si saliesen de un profundo sueño, alzáronse unos instantes, miraron en su derredor y cayeron luego exánimes a los pies del obispo. Éste los levantó y, vueltos en sí y avergonzados de verse medio desnudos, se cubrieron con las ropas que les ofrecieron, acercáronse a su bienhechor y juraron permanecer a su lado.

Abercio los abrazó afectuosamente.

A la vista de este milagro, la multitud tornadiza, que momentos antes quería martirizarle, alzando la voz unánime, exclamó:

—¡El Dios de Abercio es el solo Dios verdadero!

El milagro fué tan patente, que no hubo uno que se negase a recibir el bautismo. Pensando en su estado de ceguedad anterior, y en el furor satánico que pocos minutos antes los animaba, decían al taumaturgo:

—Pecadores somos; ¿cómo podremos obtener perdón y misericordia? ¡Temblamos ante la justicia divina; nuestras iniquidades nos asustan!

—Hermanos —respondió el Santo—, Dios, que os manifiesta hoy su misericordia, es el mismo que decía en Judea: «Venid a Mí todos los que sucumbís bajo el peso del trabajo y del sufrimiento, que yo os aliviaré».

Continuó hablándoles de las bondades del Señor, de la Encarnación del Verbo, de su misericordia y amor. Después extendió sus manos sobre el pueblo, bendíjole y quiso retirarse a su casa para continuar la oración. Pero, impelidos por la gracia, todos solicitaban el bautismo y perseveraron en sus súplicas hasta media noche. A esta hora hubo de abrir la iglesia, donde bautizó a unos 500 neófitos, a la hora misma en que la noche anterior había destrozado los ídolos del templo pagano.

Por entonces Marco Aurelio había determinado compartir el trono con su hermano Lucio Vero y pensaba casarlo con su hija mayor, Lucila, de dieciséis años de edad, en ocasión en que la futura heredera del imperio fué objeto de una obsesión demoníaca, no rara en el paganismo. La infeliz desgarraba sus carnes con las propias uñas y se roía las manos.

Sin embargo, todos esperaban la boda imperial. La ceremonia debía celebrarse con gran solemnidad en el templo de Diana, de Éfeso, que era una de las siete maravillas del mundo antiguo. Vero, vencedor de los partos, la esperaba allí para celebrar los desposorios. Ahora bien, mientras se consultaba a los falsos augures y arúspices en caso tan delicado, la joven, en medio de horribles convulsiones, repetía sin cesar: «No saldré de aquí hasta que me lo ordene Abercio, obispo de Hierápolis». La familia imperial, mientras tanto, consternada, envió al instante correos a Hierápolis. A las puertas de la ciudad, los emisarios pudieron ver a un anciano que terminaba su discurso ante numeroso auditorio, y acercáronse a preguntarle:

—¿Dónde está la residencia de Poplio, gobernador de la ciudad?

—Os conduciré a su palacio —contestó; y con gravedad y paso firme los acompañó el Santo ante el gobernador.

Apenas hubo leído la carta imperial, el gobernador la entregó a Abercio, con admiración de los embajadores, y le rogó que se presentase ante el emperador Marco Aurelio: «Iré gustoso —respondió el obispo—, tanto más cuanto que el mismo Jesús me ha manifestado ya su voluntad a este respecto».

CURACIÓN DE LUCILA, HIJA DEL EMPERADOR

DESPUÉS de cuarenta horas de camino, Abercio llegaba a Roma. En ausencia del emperador, que había salido para someter la sedición de los marcomanos en Germania, fué recibido por Faustina, hija de la otra Faustina que había deshonrado el trono de Antonino con sus crímenes y desmanes hasta presentarse con la aureola de diosa ante la multitud. A la vista del santo anciano, la emperatriz sintió por un momento el efecto de su influencia y, con voz entrecortada por la emoción, le dijo:

—Sé, por la fama que hasta aquí ha llegado y por el informe de [illegible]



EL *Señor dijo un día a San Abercio: «Ya te viene la hora en que tras tantos trabajos podrás descansar». El Santo manda entonces preparar su sepultura y el epitafio que con gran ánimo dicta él mismo al escultor En la inscripción cuenta las misericordias que Dios ha tenido con él.*

embajadores, las cosas maravillosas que por tu mano se han obrado, y que tu Dios es misericordioso y bueno e inmenso su poder. Salva a mi hija; estamos dispuestos a concederte bienes y honores cual corresponde a tus beneficios y bondades.

El taumaturgo respondió a su vez:

—Gracias, emperatriz, por las intenciones que me manifestáis, pero las riquezas y los honores de la tierra no satisfacen mi corazón; sabed, ¡oh emperatriz!, que el Dios infinitamente poderoso me otorga estos dones gratuitamente para que yo los conceda de la misma manera; ¿dónde está Lucila?

Faustina corrió al aposento de su hija para conducirla al obispo; pero el demonio que la obsesionaba se resistió; Lucila se arrojó al suelo en un acceso de rabia espantosa; unas veces aparecía con la rigidez del mármol; otras un temblor convulsivo agitaba todos sus miembros. El obispo ordenó que fuera llevada al patio contiguo al hipódromo, donde aparecían en formación oficiales y guardias. El demonio vomitaba mil injurias y seguía atormentando a su víctima. Entonces Abercio, tras haber orado breves instantes, clamó diciendo: «Espíritu del mal, sal de esta joven; Jesucristo mi Dios te lo ordena».

A estas palabras el demonio salió estremeciendo violentamente a la joven, que cayó sin movimiento a los pies de su libertador. Todos los asistentes creyéronla muerta y Faustina comenzó a gritar diciendo:

—¿Qué has heeho? ¡El demonio ha matado a mi hija!

Abercio tomó la mano de Lucila, que parecía salir de un profundo sueño; el santo obispo la entregó a su madre diciéndole:

—Vuestra hija está curada, y el demonio no volverá a su cuerpo.

La emperatriz entonces, deshecha en lágrimas, se precipitó sobre su hija y pasó largo rato abrazada cubriéndola de besos. Después rogó al siervo de Dios aceptara el testimonio de su gratitud.

—¿Qué podéis dar a quien nada necesita? Un trozo de pan y algunas gotas de agua me bastan.

Ella insistió. Entonces el obispo, pensando en los pobres de Hierápolis, pidió a la emperatriz una partida de trigo y la construcción de unos baños para los enfermos, aprovechando las aguas termales de la ciudad. La emperatriz dió inmediatamente la orden de inscribir a la ciudad de Hierápolis entre las ciudades que disfrutaban de rentas, y señalóle 3.000 medidas de trigo candeal. Esta muestra de agradecimiento se conservó fielmente hasta el reinado de Juliano el Apóstata, quien la suprimió por odio a los cristianos al suprimir sus privilegios y confiscar todos sus bienes. Mientras los correos comunicaban a Marco Aurelio y a Vero la feliz nueva de la curación de Lucila, Abercio permanecía en Roma edificando a las asambleas de los cristianos con la elocuencia de su palabra y el ejemplo de sus virtudes.

EN SIRIA. — CONTRA LOS HEREJES. — MUERTE DEL SANTO

LA emperatriz quiso retener a Abercio el mayor tiempo posible en Roma: temía que el demonio volviera a posesionarse nuevamente de Lucila. Pero por entonces el siervo de Dios tuvo una visión. «Abercio —le dijo el Señor—, debes pensar en las necesidades de tus hermanos de Siria». Al día siguiente, el santo obispo se presentó a Faustina y le dijo: «El demonio no volverá a molestar a Lucila; permíteme que vaya a mi patria». Y, como el Santo manifestara la intención de recorrer las provincias de Siria, Faustina puso a su disposición un barco que recaló en Seleucia; después fué el santo obispo a Antioquía. Visitó a Apamea y las ciudades próximas, arregló las disensiones que existían en las iglesias, y combatió la herejía que progresaba en Oriente. Atravesando el Éufrates, recorrió Mesopotamia, moró algún tiempo en Nisiba, y, en todas partes, confundió a los herejes y predicó la verdadera doctrina del Crucificado. Las iglesias quisieron recompensar su celo con abundantes colectas, pero el Santo les dijo:

—La esposa del César ha puesto a mi disposición los tesoros del imperio y no he querido aceptarlos; permitidme hacer ahora lo mismo.

—Hermanos, no queramos forzar la voluntad de nuestro huésped —dijo entonces Barksan, que ocupaba posición distinguida en la ciudad—; nuestro dinero es poca cosa a los ojos de Abercio; mas le será forzoso aceptar la distinción que le ofrecemos considerándole *igual a los Apóstoles*. De ahí su nombre de *Isapóstolos* con que se distingue al taumaturgo de Hierápolis.

Por Cilicia, Licaonia y Pisidia, entró Abercio en Frigia. Después de descansar durante algunos días en la ciudad de Sinada, metrópoli de la Frigia Salutaris, se dirigió hacia su ciudad episcopal. La noticia de su vuelta le había precedido. Una multitud inmensa corrió a las afueras de Hierápolis y le recibió con entusiasmo delirante. Abercio volvió a su antigua vida, predicando y administrando el bautismo entre los paganos, exorcizando a los endemoniados, curando enfermos y multiplicando los prodigios. Escribió para los sacerdotes un libro titulado *Doctrina*, para así, aun después de muerto, poder seguir instruyendo a su pueblo, por boca de sus sucesores.

Algún tiempo después, tuvo una visión: «Abercio —le dijo el Señor—, la hora del descanso se acerca, has trabajado como bueno». El anciano escogió el lugar de su sepultura e hizo grabar un epitafio que él mismo dictó. Reunió luego a los sacerdotes y diáconos y algunos fieles, para decirles:

—Hijitos míos, se acerca el término de mis días; rebaño de mi corazón, me separo de vosotros para presentarme ante aquel Señor que ha alegrado mi juventud. Voy a reunirme con Aquel cuyo amor llena mi alma.

Poco tiempo después voló al cielo su bendita alma.

EPITAFIO DE SAN ABERCIO

YA hemos aludido a este monumento histórico al comenzar nuestro relato. En el siglo XIX, el benedictino Dom Pitra, futuro cardenal, buscando documentos relativos al simbolismo del pez, estudió la vida de San Abercio. Le llamó la atención el epitafio, en el cual notó un «sabor de simbolismo primitivo, desconocido en los apócrifos». Lo supo ver y estudiar por entre la prosa en que se presentaba, y descubrió fácilmente un texto métrico. Algunos helenistas del siglo XIX probaron de reconstruirlo en toda su integridad; pero sus tentativas tenían carácter conjetural a causa de los errores que originaron las distintas manipulaciones que se habían hecho en el primitivo texto. Los compiladores bizantinos lo transcribieron, en efecto, sin preocuparse del metro de los versos, omitiendo aquí y allí, por descuido o ignorancia, partículas y aun palabras enteras que rompen la medida poética.

La arqueología prestó su concurso a los helenistas. En 1882 un viajero escocés, Mr. Ramsay, descubrió en Keleudres, cerca de Sinada, en la Frigia Salutaris, una estela cristiana que llevaba una inscripción fechada en el año 300 de Frigia, correspondiente al 216 de nuestra era. Duchesnes y Rossi anunciaron simultáneamente el descubrimiento y el interés que el mismo ofrecía para el epitafio de Abercio, puesto que la inscripción se adaptaba casi exactamente con los primeros y últimos versos del texto de Simeón —el traductor y comentador—, quedando la parte intermedia completamente dudosa.

El año siguiente, Mr. Ramsay volvió a Hierápolis y descubrió en el muro de un baño público dos fragmentos epigráficos que resultaron ser la parte central del epitafio de Abercio. Algunas lagunas, que no se adaptan exactamente al texto transmitido por Simeón, fueron objeto de profundas discusiones, que han ayudado ha establecer una versión actualmente aceptada como definitiva.

Véase la traducción:

«Yo, ciudadano de una ilustre ciudad, levanté este monumento en vida, con el fin de tener algún día un sitio para mi cuerpo. Mi nombre es Abercio; soy discípulo de un Pastor casto que apacienta su aprisco de ovejas en montañas y valles, que tiene grandes y hermosos ojos, y que todo lo observa con mirada apacible. Él me enseñó las escrituras verdaderamente santas. Él me ordenó que fuera a Roma para contemplar la majestad soberana y ver a una reina vestida de oro, calzada asimismo con broches de oro. Allí vi un pueblo que lleva en su frente un sello brillante. Contemplé también las llanuras de Siria y las ciudades hasta Nisiba, al otro lado del Éufrates. P

todas partes hallé hermanos de religión. Tenía a Pablo... la fe me conducía por doquier. Ella me ha alimentado con el pez de clara fuente, hermoso y puro, pescado por una virgen santa. Ella lo entregaba sin descanso a sus amigos; posee un vino delicioso que reparte junto con el pan. Hice escribir estas cosas, yo, Abercio, estando aún en vida, a la edad de setenta y dos años. Los hermanos que lean esto, recen por Abercio. No debe ponerse otra tumba encima de la mía, a menos de satisfacer en desagravio dos mil monedas de oro para el fisco romano y mil para mi querida patria Hierápolis.»

Este texto, para un pagano, aparecía envuelto en la mayor obscuridad; pero aparece perfectamente claro para un cristiano. El Pastor es el Divino Maestro; la reina es la Iglesia de Cristo; en el pez aparece el simbolismo representado por las cinco letras —*iktus*—, que en griego corresponden a las iniciales de la locución «Jesucristo, Hijo de Dios Salvador». Por último, en el pan y vino está representada la divina Eucaristía. En cuanto a la frase final, representa la fórmula tan corriente entonces, punto de legislación relativa a la protección de sepulcros. Puede creerse que esta notable inscripción es la fuente principal de la inspiración de Simeón al redactar la vida del Santo. Los episodios que refiere serían como el desenvolvimiento de la citada inscripción, a no ser que se los suministrara la tradición popular.

Uno de los fragmentos descubiertos por el citado Mr. Ramsay fué transportado por él mismo a Aberdeen. Por indicación del arqueólogo Rossi, el patriarca de los armenios católicos ofreció el otro a León XIII, con ocasión de su jubileo episcopal, y fué precisamente el sultán Abdul-Hamid II quien lo llevó en el mes de febrero de 1893. Duchesne intervino posteriormente cerca de Mr. Ramsay, y éste tuvo un gesto parecido, por lo cual los dos fragmentos se hallan actualmente en Roma, en el museo de Letrán.

SANTORAL

Santos **Abercio, obispo y confesor;** *Felipe, obispo de Heraclea, Severo, presbítero, Hermes o Hermeto, diácono, y Eusebio, mártires;* Marcos, obispo de Jerusalén, mártir; Melanio, arzobispo de Ruán; Alejandro, obispo, Heraclio, soldado, y compañeros, mártires en Grecia; Donato de Escocia, obispo de Fiésoli; Verecundo, obispo de Verona; Salario, obispo de Etruria Nepociano, obispo de Clermont, Moderano, de Rennes, y Eucario, de Nancy; Vandelino, Lupiano, Juan, Constantino y Simplicio, abades Meroveo, monje; Leocadio y Julio, mártires. Beato Gregorio Celli, agustino. Santas *María Salomé, madre de Santiago el Mayor* (25 de julio) *y de San Juan Evangelista* (27 de diciembre); *Nunilo o Nunilona y Alodia, hermanas, vírgenes y mártires; Florina, Valeria, Córdula y Flora, vírgenes y mártires, compañeras de Santa Ursula* (véase el día 21, pág. 522); y *Colagia, virgen.*



Insignias del patriarca y grillos del encarcelado — Bula del papa Nicolás I

DÍA 23 DE OCTUBRE

SAN IGNACIO DE CONSTANTINOPLA

PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA (799-877?)

La vida de San Ignacio, que fué patriarca de Constantinopla por espacio de treinta años, nos traslada a una época triste y calamitosa para la Iglesia; nos referimos a los orígenes del cisma griego, que, a pesar del tiempo transcurrido y de los esfuerzos hechos para vencerlo, perdura en tierras orientales para daño de tantas almas.

Ignacio vió la luz primera en Constantinopla, por el año del Señor 799, y podía creer, con cierto fundamento, que con el tiempo ceñiría la corona imperial que su abuelo y su padre ciñeran. Pero Dios, que con su providencia rige el mundo y sabe lo que conviene a sus elegidos, dispuso las cosas de otra forma. Miguel I Rhangabe, padre de nuestro Ignacio, llevaba ya cerca de dos años en el trono cuando el general imperial León el Armenio, provocó una sublevación palaciega: el emperador, para evitar la guerra civil, renunció al imperio y retiróse con su familia a las islas de los Príncipes, próximas a la capital.

Esta revuelta alejó a Ignacio de los peligros de todo género que le esperaban en la corte; tenía, al ocurrir estos sucesos, catorce años. Decidido a seguir la vida monacal en el convento de San Sátiro, dióse con todo el fervor

de su alma a los ejercicios de piedad, consagró su inteligencia al estudio de los Santos Padres y recreó su espíritu con la lectura de la Biblia: estas ocupaciones de intensa vida espiritual impidiéronle seguir el hilo de las revueltas del imperio y las vicisitudes que hicieron pasar rápidamente por el trono a León V el Armenio, Miguel II el Tartamudo, Teófilo, a la emperatriz Teodora y a Miguel III el Beodo.

Tuvo que afrontar y vencer el joven monje los peligros en que se vió su fe, por arte de un abad de carácter violento y partidario de los iconoclastas o «destructores de imágenes». Ni los halagos ni las amenazas de este malvado superior, hicieron mella en su alma, y su firmeza en la ortodoxia contra viento y marea, le atrajo en tal manera la estima de los demás monjes que, a la muerte del abad, le aclamaron todos unánimes para sucederle.

Su bondad, discreción y celo, hiciéronse más patentes en el desempeño del nuevo cargo. La fama de sus virtudes traspasó los límites del monasterio y fueron numerosos los que desearon ponerse bajo su dirección para sortear los escollos de la vida, dirigidos por tan hábil piloto. Como el primitivo y espacioso monasterio resultara pequeño para albergar tanto monje, resolvió el conflicto con la fundación de cuatro filiales en el continente y en las islas. Algunos obispos, perseguidos por los iconoclastas, tuvieron ocasión de conocer a Ignacio durante su destierro, y, previendo en él a un atleta del Señor y a un futuro campeón de la ortodoxia, instáronle a que recibiera los sagrados órdenes; Ignacio, no obstante considerarse indigno de tal gracia, sometióse al fin, y recibió la ordenación sacerdotal de manos de Basilio, obispo de Paros, que anteriormente había sufrido persecución por la buena causa.

PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA. — FOCIO

GOBERNANDO el imperio la emperatriz Teodora, durante la minoría de Miguel III, volvió a permitir, movida por razones políticas y religiosas, el culto de las imágenes; con lo que poco a poco amainó la disputa religiosa que tanto encono produjera en anteriores reinados. A la muerte del santo obispo Metodio, la emperatriz trató de poner en la silla patriarcal de Constantinopla a un digno sucesor del difunto prelado. Siendo esta dignidad la primera del imperio y la segunda del orbe católico, después de la del Pontífice romano, no escasearon los pretendientes. Teodora hizo caso omiso de toda intriga, y únicamente buscó al hombre que ocupara con dignidad la silla patriarcal. Consultó con un santo varón llamado Juan, ermitaño de Bitinia, quien por inspiración divina indicóle a Ignacio como elegido del Señor; los obispos, el clero y el Senado, movidos por el mismo espíritu, aplaudieron la elección. El abad Ignacio vióse obligado, muy a pesar

suyo, a dejar a sus hermanos y renunciar a la soledad para tomar solemnemente posesión de la silla constantinopolitana el 4 de julio de 846.

La regente, siguiendo antigua costumbre, envió, en nombre del emperador, una embajada a Roma para someter al Papa el decreto de elección y rogarle tuviera a bien ratificarlo.

Ignacio no defraudó las esperanzas que concibieron con su promoción los buenos católicos. Pero, desde el principio, vióse obligado a ponerse a la brecha para defender la sana doctrina.

Dirigió sus primeros golpes contra la corte. Ésta albergaba, al lado de la virtuosa Teodora, a depravados personajes: estaba en primer lugar su hijo, el emperador Miguel III, que parecía encerrar en sus venas la corrompida sangre de sus predecesores. No obstante haber velado la emperatriz con el mayor cuidado por su educación, apenas salido de la infancia, se entregó a las diversiones del circo, fraternizó con los aurigas y adquirió sus groseras costumbres. Más tarde, rebajando su dignidad, organizó con los aficionados del circo, manifestaciones grotescas e irreligiosas, en las que se hacía burla de las ceremonias eclesiásticas, de los cantos sagrados y de las procesiones; en cierta ocasión, hallándose Constantinopla repleta de forasteros llegados de todas partes para asistir a las fiestas que se celebraban, tuvo la desfachatez de recorrer las calles de la ciudad montado en un borrico, en compañía de una turba de bufones. Viendo estas bromas de mal gusto, podía benévolamente creerse que eran fruto de sus pocos años y que con la edad el emperador asentaría el juicio. Por desgracia, se equivocaron: este infeliz monarca no fué otra cosa que un auriga de circo y un libertino empedernido.

A su lado, con ambición desmesurada, vivía su tío el césar Bardas, hermano de Teodora. No era un hombre vulgar; entendía en asuntos de guerra y en los civiles del Estado, tenía suficiente instrucción y dominaba la elocuencia: de haber sido otras sus costumbres, hubiese podido regir admirablemente los asuntos del imperio. Con frecuencia sus actos estaban en pugna con la moral; pero el gran escándalo lo dió al abandonar a su legítima esposa para vivir con su nuera.

El santo patriarca no podía tolerar tamaño escándalo, tanto más odioso cuanto de más alto venía. Para reducirle, valióse de paternales exhortaciones; pero como viera que sus palabras no producían enmienda alguna, al notar el día de la Epifanía la presencia del patricio Bardas en la sagrada Mesa, dispuesto a recibir la Comunión a pesar de seguir con sus públicos desórdenes, cual nuevo Juan Bautista, recordóle sus obligaciones domésticas y, apartándose luego, lanzó contra él la excomunión.

A partir de aquel momento, Bardas concibió contra el patriarca un odio mortal. Para saciar su venganza, necesitaba, ante todo, deshacerse de la

princesa Teodora, cuya virtud era un obstáculo para realizar sus planes. Nada le arredró; obtuvo que el emperador le cortase el cabello y la encerrase en un monasterio; Miguel III, hijo desnaturalizado, no titubeó, y dió a su madre trato tan indigno como afrentoso; que cuando las pasiones ciegan al hombre, pierde éste el gobierno de la conciencia y se hace sordo a las voces del corazón y los llamamientos del deber.

Bardas, después de este atropello, valiéndose de la calumnia, y dominando por completo al voluble y perverso emperador, no encontró oposición para arrancar a Ignacio de la silla episcopal que con tanta gloria y celo ocupaba desde hacía once años, ni para confinarlo en el monasterio que anteriormente fundara en Terebinto (857).

El perverso déspota, aun no estaba satisfecho. Quería anular al santo obispo y hacer que el pueblo le olvidara; en su insensatez, abrigó la ilusión de que el patriarca, doblegándose a su voluntad, dimitiría voluntariamente; pero cuantas tentativas y esfuerzos hizo se estrellaron al chocar contra la firmeza de nuestro Santo. Sin esperar un consentimiento que nunca llegaba, el ministro, por su propia autoridad, completamente laica, dió un sucesor al patriarca Ignacio en la persona de Focio, secretario de Estado y primer caballerizo del emperador. Este sacrílego intruso era político sagaz y de gran ambición; una vez ganada la gracia del emperador, obtuvo que un obispo suspenso le confiriese los órdenes sagrados y el episcopado en seis días.

En este patriarca improvisado hallábanse reunidas brillantes cualidades con perversos instintos: era de gran ingenio, poseía amplios conocimientos en todas las ramas del saber, tenía verdadera pasión por el estudio, al que dedicaba largas vigilias para imponerse en las ciencias eclesiásticas; su flexibilidad era admirable; se adueñaba de los oyentes por sus insinuantes maneras, y de los lectores, por la fuerza sugestiva de su estilo; a esto unía una energía indomable. Estas excelencias veíanse afeadas por una ambición sin límites y un orgullo jamás domeñado. Tales eran las características de Focio, promotor del cisma griego.

Considerando su posición poco airosa, mientras el pontífice legítimo no se decidiera a dimitir espontáneamnte, trató de ganarle por la persuasión; a este efecto le envió unos obispos que, con falaces palabras, había ganado a su partido, con el fin de que lograran del santo patriarca una abdicación formal, como medio seguro de conjurar la tormenta iniciada. Sabiendo Ignacio que si cedía no solamente quedaba en entredicho su buen nombre, sino que peligraba el bien de su amada Iglesia, mantúvose firme y nada fué capaz de hacerle retroceder un solo paso.

Con todo, Focio no se consideró vencido. Con el apoyo de Bardas, su íntimo amigo, probó de presentar ante el emperador al venerable obispo como revoltoso y conspirador. Todo salía a pedir de boca. Hízose infor



SAN *Ignacio de Constantinopla sufre con admirable paciencia toda suerte de ultrajes, insultos y crueldades por permanecer fiel a la Iglesia de Roma. Entregado a unos hombres bárbaros, le atormentan indignamente y le dejan encarcelado en un establo de cabras.*

ción jurídica y fueron enviados agentes a Terebinto, para conseguir, aunque fuera a viva fuerza, de los familiares y domésticos del santo patriarca, una declaración contraria a él; pero, gracias a la protección del cielo, fué inútil aquel empeño. Desde entonces empezó para Ignacio, con el trato inhumano de sus perseguidores, el calvario de su vida.

Fué traslalado a la isla de Hiera —hoy llamada Vulcano—, donde estuvo algún tiempo sufriendo prisión en un establo de cabras; después, lleváronle al arrabal de Prometeo, cerca de Constantinopla, bajo la custodia de un déspota y brutal carcelero, que en cierta ocasión le rompió los dientes de un puñetazo. Luego fué conducido a Numere, más tarde a Mitilene, en la isla de Lesbos, donde permaneció seis meses (859). Cansados de tanta correría, volviéronle a Terebinto: estos cambios no aliviaron sus penas; tan sólo fueron modalidades y sucesivas fases de su largo y doloroso martirio.

No recibían mejor trato sus amigos y partidarios. Los obispos que permanecieron fieles a su metropolitano, al igual que los sacerdotes que admiraban a Ignacio y lo presentaban como perseguido por la fe, sufrían molestos interrogatorios, para luego, cargados de grillos y cadenas, ser arrojados en cárceles inmundas y confundidos con los criminales de peor laya.

Los habitantes de Constantinopla no permanecían impasibles ante tanta injusticia y se indignaban con estas persecuciones que recordaban los pretéritos tiempos del paganismo. El clero, los obispos, incluso los partidarios de Focio, empezaron a mostrar desconfianza y a reaccionar en favor de Ignacio. Reconociólo el usurpador, pero como no retrocedía ante ninguna idea, por audaz que fuese, imaginó ganar para su causa al Pontífice romano, que a la sazón lo era San Nicolás I el Grande; pretendió, aunque parezca increíble, hacerle ratificar su propia elección, contraria a todas las leyes canónicas, y la deposición del patriarca Ignacio, llevada a efecto por él contra toda razón y justicia.

NUEVOS MANEJOS CRIMINALES. — EL PAPA DESTITUYE A FOCIO Y RESTABLECE A IGNACIO

En esta nueva empresa hizo Focio derroche de ingenio, de falaz diplomacia y pérfidas intrigas, tan odiosas como los embustes que empleó para salir vencedor. Pero el Papa no cayó en el lazo del nuevo sofista, ni jamás consintió en lo que pretendía el intruso. Envió como legados especiales a dos obispos, Zacarías de Agnani y Rodoaldo de Porto, con la misión de examinar, en su nombre, asunto tan enmarañado.

Llegados los emisarios, en lugar de ser recibidos con los honores debidos a su categoría, tuviéronlos como secuestrados y completamente aislados du-

rante tres meses, de modo que no pudieron conocer la verdad; fueron de tal manera embaucados, que terminaron por venderse al enemigo. Olvidando por completo sus deberes, a los quince meses presidían un seudo Concilio formado por unos 320 obispos que, teniendo en cuenta las calumnias depuestas por 72 falsos testigos contra Ignacio, le condenaron y depusieron, considerando su elección, después de once años, nula y sin efecto. No contento Focio con este primer éxito, atrevióse a asignar a su víctima la tumba del infame emperador Constantino Coprónimo, para que le sirviera de cárcel. En esta mansión funeraria, de tan reducidas dimensiones que apenas tenía cabida para un hombre acostado, estuvo el venerable obispo por espacio de quince días sin poder dormir, con poco alimento y con toda suerte de incomodidades. Entonces, cuando se le creyó bastante debilitado, uno de sus carceleros le tomó la mano y le hizo trazar a la fuerza una cruz en la parte inferior de un pergamino en blanco. Era como su firma puesta de antemano a una fórmula abdicatoria redactada por Focio, para ser enviada al emperador.

A la vista del documento, Miguel III creyó de buena fe en su autenticidad y ordenó la libertad del prisionero; éste retiróse a descansar una temporada a una finca que su madre poseía en Pose; aprovechando la tranquilidad de su retiro y las facilidades de que disponía, hizo una relación verídica de los hechos arriba indicados, para informar al Papa acerca de las injusticias de que era objeto y de la defección de los legados pontificios.

La libertad del santo patriarca inquietaba grandemente a Focio; no creyéndose seguro en tan alto y tan mal logrado puesto, quiso anular completamente a su rival, valiéndose para ello de la injusticia y de la violencia más cruel: su plan consistía en apoderarse de Ignacio y exigirle públicamente, en la iglesia de los Santos Apóstoles, una renuncia formal.

Celebrábase la festividad de Pentecostés, cuando la casa habitada por Ignacio fué de improviso acordonada por una tropa de soldados, enviados por el intruso. Considerando su inminente peligro, Ignacio pensó en huir; llegada la noche, vistióse la indumentaria de un esclavo y, cual mozo de cuerda, cargó sobre sus hombros dos grandes cestos; ayudado de este disfraz, atravesó las filas de los guardas sin ser reconocido; más tarde fué trasladado a un islote, al otro lado de la Propóntide, en donde vivió como mendigo.

Focio encargó que lo buscaran inmediatamente: los monasterios vecinos a Constantinopla sufrieron minuciosa inspección; repetidas veces personáronse los emisarios en la isla que le servía de refugio, cruzándose frecuentemente con él sin reconocerlo. Es cierto que los malos tratos y privaciones le habían desfigurado, pero también es de admirar cómo la Providencia le guardaba.

Esta persecución coincidió con un terremoto: por espacio de cuarenta días bamboleáronse los edificios de Constantinopla y llenáronse de pánico sus moradores. El pueblo vió en ello un castigo por la persecución de que

era objeto el santo patriarca. Lo mismo el Emperador que el célebre Bardas y el funesto Focio, tuvieron miedo e inmediatamente publicaron un decreto por el que permitían a Ignacio volver a su monasterio. Así lo hizo el Santo, y, ¡admirable coincidencia!, los movimientos sísmicos terminaron con su llegada.

San Nicolás I llegó a conocer la verdad; su corazón paternal sufrió hondo pesar al enterarse de tamaña injusticia acompañada de tanto escándalo. Sin pérdida de tiempo, dispúsose a remediar tal situación. Por el año 861 convocó un Concilio en Roma para proceder, según justicia, con los legados prevaricadores, con Focio y con Ignacio. Se lanzó la excomunión contra los perseguidores de nuestro Santo; el intruso fué depuesto, excluído de todo honor eclesiástico y retiradas sus licencias sacerdotales; proclamóse la inocencia de la víctima y le fueron reconocidos cuantos derechos tenía.

Desde este momento quitóse Focio la máscara y se alzó frente a la Santa Iglesia. Sus violencias e impiedades no tuvieron límites: falsificó cartas procedentes de Roma e inventó otras de Ignacio para indisponerle del todo con el emperador; mientras, aplaudía e indignamente halagaba a Miguel en todas sus manías sacrílegas; éste, siguiendo sus malas costumbres, permanecía con la de parodiar la liturgia y querer administrar el sacramento del Orden Sagrado, a gente ruin y sin conciencia. Miguel nombróse un patriarca llamado Teófilo, y decía a cuantos querían oírle: «Teófilo es mi patriarca, Focio el de Bardas, e Ignacio es el de los cristianos».

TRIUNFO FINAL DE IGNACIO

EL césar Bardas, protector de Focio, pereció asesinado por orden del emperador Miguel el año 866, en una expedición contra los sarracenos de la isla de Creta. El mismo Miguel no tardó en seguirle a la tumba: estando en completo estado de embriaguez, fué muerto por su rival y sucesor, Basilio I el Macedónico, soldado afortunado y valeroso que hacía un año era su colega en el gobierno.

Con Basilio el Macedónico, la Iglesia de Constantinopla se dispuso a gozar de una era de paz y prosperidad. El nuevo emperador, conocedor de todas las bajezas de Focio, no estaba dispuesto a soportarle. Su primer acto fué recluir al intruso en el monasterio de Scepe y reintegrar, con todo el honor debido, al legítimo patriarca en su cargo. Con esta reparación tan acertada, agradó al pueblo, cansado ya de tanta injusticia. Por otra parte, la santidad de la víctima habíase hecho más patente con la persecución; sus primeros actos, dirigidos por la prudencia unida a la bondad de las palabras que salían de sus labios, contrastaban tanto con la falacia de Focio, que, sin dificultad alguna, ganóse el afecto de todos.

El primer cuidado de Ignacio fué remediar los pasados males. Usando de su pleno derecho, prohibió ejercer las funciones sacerdotales, no solamente al usurpador, sino a cuantos recibieran de sus manos la ordenación sacerdotal o episcopal, y a los que persistían en su comunión. En cambio, mostróse benévolo con los sacerdotes y obispos que, arrastrados por las falsas promesas de Focio u obligados por sus amenazas, habían caído en el engaño, y que ahora, contritos y humillados, solicitaban la penitencia que asignan los cánones a los prevaricadores.

El intruso compareció en varias ocasiones ante el cuarto Concilio constantinopolitano para defenderse: las más de las veces guardaba despectivo silencio; en otras, se consideraba víctima de la perfidia, y su orgullo hacía que se comparase «a Jesucristo presentado injustamente ante Herodes y Pilato». A pesar de tanta hipocresía, quedaron manifiestas todas sus iniquidades y fué condenado por la asamblea.

Lo que causa más admiración, es ver cómo Focio, debido a su singular perspicacia, se levantó pronto de semejante abatimiento, y, a despecho de los anatemas, atrevióse a reanudar públicamente sus funciones episcopales, se atrajo el favor de la corte y sedujo a todo el Oriente.

El santo patriarca gemía entretanto en su interior y deploraba no hallar remedio a tanto mal. Llegado a una edad muy avanzada y lleno de achaques, sufridos con admirable resignación, no cesaba de pedir a Dios, librase a su alma del cuerpo que la aprisionaba. El Señor oyó su plegaria el 23 de octubre del año 877, o mejor del 878. Grande fué la veneración que el pueblo le profesó desde el instante de su feliz tránsito: disputáronse y se dividieron, para guardarlos como preciosas reliquias, cuantos objetos le pertenecían o habían recibido el contacto de su cuerpo. Su postrer morada, en donde Dios manifestó la santidad de su siervo con multitud de prodigios, fué la iglesia del monasterio de San Miguel, fundada por él mismo a orillas del Bósforo.

SANTORAL

Santos **Ignacio, patriarca de Constantinopla;** *Román, arzobispo de Ruán;* Luglo, obispo en Irlanda, y Lugliano, hermanos, mártires; Benito, obispo de Samaria; Severino, obispo de Colonia; Vero, obispo de Salerno, y Octaviano, de Como; Rumón, obispo irlandés; *Teodoro, presbítero y mártir; Germán, Servando* y Graciano, mártires; Bertario, abad de Monte Casino y mártir; **Juan de Capistrano, confesor** (véase en 28 de marzo); Domicio, presbítero. Beatos **Antonio María Claret, fundador de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María** (véase en 24 de octubre); Bartolomé de Braganza, dominico, obispo de Vicenza. Santa Teodora, mártir en Nicea.



La caridad de Cristo nos apremia

Monasterio de Font-froide

DÍA 24 DE OCTUBRE

BTO. ANTONIO MARIA CLARET

ARZOBISPO DE SANTIAGO DE CUBA Y FUNDADOR (1807-1870)

PREZ y gala de la España del siglo XIX fué este «varón extraordinario», cuya portentosa vida nos proponemos compendiar. Encendida rosa de amor de pura estirpe cristiana, campeó gallarda y floreció aromosa sobre las exóticas y rastreras plantas del libre pensamiento, masonismo y liberalismo que invadieron con particular saña a la Península en aquel siglo nefasto y calamitoso. Humilde fué la cuna de nuestro bienaventurado. Pero si nació a la sombra de humilde telar, después «todo fué grande en la vida de este gran siervo de Dios» en frase de su provisor y más íntimo familiar.

Y a la verdad, que es muy acreedor a ese y más ponderativos juicios quien juntó en su persona tantas y tan diversas vocaciones. Porque fué *Apóstol de la palabra,* predicando innumerables sermones; *Apóstol de la pluma,* publicando muchísimos volúmenes; *Apóstol de la Prensa,* creando Academias, Librerías y Bibliotecas; *Apóstol de la Acción social católica y de los Ejercicios espirituales.* Fué catequista, misionero, formador del clero, director de almas, fundador de Congregaciones, pedagogo y «Ángel tutelar de la real familia», en frase de Pío XI; pero, sobre todo, eminentemente santo.

NACIMIENTO. — MODESTO TEJEDOR

EL Beato Padre Claret nació en la industriosa villa de Sallent, obispado de Vich en Cataluña, el 24 de diciembre del año 1807. En el santo bautismo, que recibió el día de Navidad, le llamaron Antonio Adjutorio Juan. «Yo, después —escribe—, por devoción a María Santísima, añadí el dulcísimo nombre de María, porque María Santísima es mi Madre, mi Madrina, mi Maestra, mi Directora y mi todo después de Jesús». *(Autobiografía,* escrita por mandato del R. P. Xifré, Superior de los Misioneros).

Sus padres, Juan Claret y Josefa Clará, eran muy honrados y virtuosos consortes. Vivían del trabajo de una pequeña fábrica de tejidos de algodón, de la que eran propietarios.

Ya en su tierna edad, sintió Antonio fuerte inclinación al sacerdocio. Díganoslo él mismo: «Siendo muy niño, cuando aun estaba en el Silabario, fuí preguntado por un gran señor que vino a visitar la escuela, qué quería ser. Yo le contesté que quería ser sacerdote». *(Autob.)* Comenzó a estudiar los rudimentos de la lengua latina y, cuando su padre le puso a trabajar en la fábrica, estudiaba gramática en los ratos libres. A los compañeros que de ello se admiraban, les decía: «Estudio porque quiero ser sacerdote».

Siendo de diecisiete años, pidió a sus padres que le enviaran a Barcelona, centro importantísimo de la industria textil. Y, a la verdad, Antonio mostraba tan raro talento y aplicación en aquel arte de tejer, que sus padres convinieron en que fuese a Barcelona. Sin dificultad logró que le admitiesen de capataz en una importante fábrica. Viniéronle por entonces los deseos de juntar a la práctica de aquel arte la teoría, y así, decidió asistir a las clases de dibujo de la «Casa Lonja», de donde salió tan aventajado en estos estudios, que logró los primeros premios en los exámenes públicos. Con esto hubiera podido establecerse ventajosamente, y aun llevar adelante y perfeccionar el taller de sus padres, si no le persiguiera continuamente la idea de consagrarse a la salvación de las almas. Esta preocupación no era en él reciente ni nueva. «Las primeras ideas de que tengo memoria son, que cuando tenía unos cinco años, estando en la cama, en lugar de dormir —yo siempre he sido muy dormilón—, pensaba en la eternidad, pensaba *siempre, siempre, siempre;* yo me figuraba unas distancias enormes; a éstas añadía otras y otras, y al ver que no alcanzaba el fin, me estremecía, y pensaba: Los que tengan la desgracia de ir a la eternidad de penas, ¿jamás acabarán el penar?; ¿*siempre* tendrán que sufrir? —¡Sí, siempre, siempre tendrán que penar...! Esto me daba mucha lástima...; esta misma idea es la que me hace trabajar mientras viva, en la conversión de los pecadores» *(Autobiografía.)*

Un accidente del que salió con vida por milagro, fué gran parte para hacerle entrar más en sí mismo respecto de su vocación. Bañábase cierto día en el mar por mandato de los médicos, cuando vino de improviso una ola fuerte que le arrastró lejos de la orilla. En trance tan apurado acudió a la Virgen María, y al punto se vió sano y salvo en la playa. De esta visible protección de la Madre de Dios se acordaría el Beato cuando, pocos años más tarde, estuvo en trance de naufragar su angelical virtud. También aquí le ayudó a vencer la «Virgen poderosa», que, después del triunfo, puso con su mano purísima corona de albas azucenas en las sienes del vencedor.

Entretanto, fué su padre a Barcelona para hablarle de negocios. Pretendía establecer una Sociedad por acciones, cuyos capitales servirían para ampliar la fábrica de Sallent. Antonio pensaba por entonces en retirarse a la Cartuja de Montalegre. Díjoselo a su padre, dándole la razón que le impulsaba a ello, que era el estar ya «desengañado, fastidiado y aburrido del mundo». *(Autob.)* Don Juan Claret, que era cristiano de fe roqueña, le contestó: «Dios me libre de quitarte la vocación...; si ésta es su divina voluntad, la acato y la adoro...; mas, me gustaría que fueras sacerdote secular. Con todo, hágase la voluntad de Dios». *(Autob.)*

PRINCIPIOS DE SU APOSTOLADO

EL año 1829, ingresó Antonio en el Seminario de Vich, donde estudió los cursos de Filosofía y Teología de la carrera completa. Fueron tales su virtud y ejemplar vida, que el obispo de Vich, a la sazón el Ilmo. don Pablo Corcuera, le confirió los sagrados órdenes antes de acabar la Teología. «Don Fortián —decía el prelado a su mayordomo—, quiero ordenar luego a Antonio, porque hay en él algo extraordinario.» El sábado de Témporas de Adviento del año 1833, le ordenó de Menores juntamente con Balmes, en la iglesia del Oratorio de San Felipe Neri. A 13 de junio de 1835, festividad de su santo patrono, fué ordenado presbítero en Solsona, y nombrado coadjutor de su pueblo natal.

España estaba asolada por entonces con la guerra civil. El siervo de Dios se hizo apóstol de los soldados que llenaban la villa de Sallent.

Por aquel tiempo le vino el apostólico pensamiento de dedicarse exclusivamente a misionar en los pueblos de Cataluña, faltos de pan espiritual desde la supresión de las Órdenes religiosas. Mas, antes, quiso consultar la oportunidad de aquel designio con un santo religioso del Oratorio. «Si el Padre me dice que no es oportuno —dijo Antonio a un amigo suyo—, me iré a las Misiones extranjeras, pues tengo sed de derramar mi sangre por Jesucristo». El parecer del Oratoriano fué negativo. Mosén Claret determinó trasladarse

a Roma, previa licencia de su prelado, y allí pedir ser admitido en la Congregación de las Misiones extranjeras.

A pie y con pobrísimo equipaje, vadeando mil dificultades, pasó la frontera y llegó a Marsella, donde se embarcó para Civitá Vecchia. Llegado a Roma, le fué dado tener ejercicios espirituales en la casa profesa de los Padres Jesuítas. Allí determinó entrar en la Compañía, pero a los pocos meses de noviciado, sobrevínole gravísimo dolor en una pierna y tuvo que volver a España. Mas adelante, el Padre General le escribía: «Dios le trajo a usted a la Compañía, no para que se quedase en ella, sino para que aprendiese a ganar almas para el cielo». *(Autob.)*

MISIONERO Y FUNDADOR DE MISIONEROS

Ya restablecido del todo de su dolencia, logró licencia del prelado para dar misiones en Cataluña y aun en las islas Canarias. En este ministerio fué realmente admirable. No se cansaba de predicar y confesar; viósele hablar hasta ocho y doce veces en un solo día. Por la noche, rezaba el breviario y pasaba largas horas en oración.

Y, en verdad, que casi no hubo pueblo del Principado donde Mosén Claret no predicase. Aludiendo a la multitud de gente que le acompañaba y seguía, escribió: «Si estamos en poblado nos rodean, si vamos al desierto allá nos siguen». ¿Quién al leer esta afirmación no piensa espontáneamente en parecidas escenas evangélicas? En muchas partes tuvo que mandar construir un vallado para que los numerosos oyentes no se le viniesen encima.

Como hacía los viajes a pie, al ir cierto día a una parroquia donde le aguardaban, topó con un torrente cuyas aguas, desbordadas con las recientes lluvias, rugían al precipitarse por entre las rocas. Tanteó el Beato con su bastón en busca de lugar vadeable, pero no lo halló. Oyó entonces la voz de un mancebo que le llamaba:

—¿Qué busca, Padre?

—Un vado para cruzar el torrente, porque me urge llegar al pueblo.

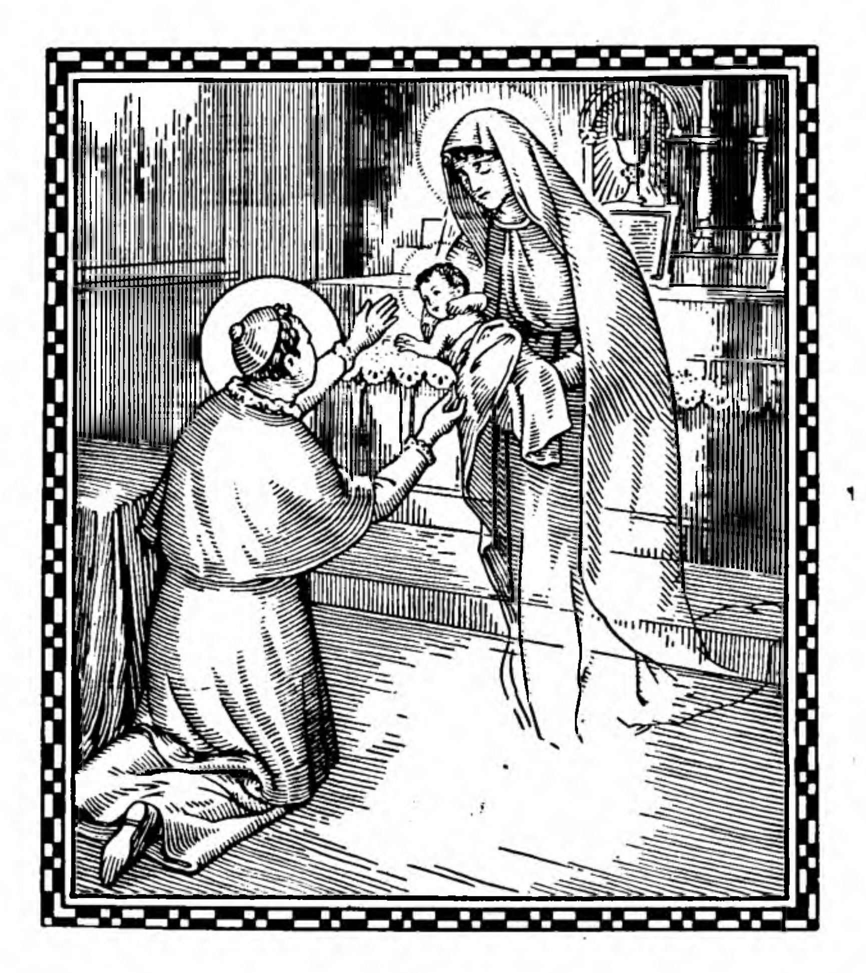
—No lo podrá cruzar —replicó el joven—, pero yo le ayudaré.

—¿Tú? Y ¿cómo podrás hacerlo?

—Ya lo verá.

En diciendo esto, tomó a cuestas al santo misionero, lo dejó en la orilla opuesta y desapareció. Siempre creyó el Beato que aquel mancebo había sido su ángel de la guarda, a quien tenía especialísima devoción.

Solía comenzar los ejercicios de las misiones con el rezo del santo rosario y, para hacer duradero el fruto de la misión, repartía al fin medallas, rosarios, escapularios y opúsculos piadosos. «Esto los alienta y enfervoriza



LA *Santísima Virgen pone al Niño Jesús en brazos del Beato Antonio María Claret mientras éste da gracias, después de haber celebrado la misa de Nochebuena en la iglesia de las Religiosas Adoratrices de Madrid. Así consolaba la Reina del Cielo a su siervo perseguido y calumniado.*

—decía—, y les da un piadoso recuerdo de la misión y de lo que han oído y practicado en ella».

Ni que decir tiene cuán necesaria era por entonces la obra de las misiones. Las Órdenes religiosas fueron suprimidas por leyes de 1835 y 1837. Más de novecientos conventos fueron cerrados el año 1837, los bienes del clero vendidos, y los religiosos expulsados.

A los pocos años de estos sucesos, el día 10 de julio de 1849, el Beato fundó una Congregación cuyos miembros serían auxiliares suyos en la obra de las misiones. Dióles el hermoso y significativo nombre de *Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María*, mostrando con ello cuánto amaba a la Inmaculada y cuánto esperaba para el Instituto de su maternal protección.

POBREZA, AUSTERIDAD Y VIDA DE SACRIFICIO

PARA comprender el desprendimiento y lo voluntario de la pobreza del misionero catalán, recuérdese que su familia hubiera podido prestarle algunos socorros y de buena gana lo habría hecho, si él los hubiese aceptado; considérese, además, que, de haber admitido estipendio por los sermones que predicaba o percibido intereses de los libros que daba a luz, esto sólo habría bastado para ponerlo en una situación desahogada; y que, a falta de estos réditos, los curas y personas piadosas habrían tenido a honor favorecerle. Sólo de este modo se comprenderá en parte el mérito de su pobreza. Jamás llevaba dinero para comprar de comer o beber ni provisión de ninguna clase; vivía materialmente de limosna muchas veces y llegaba en otras a sufrir verdadera necesidad.

No tenía sino un manteo y un balandrán, éste para los caminos, aquél para usar en las poblaciones, y una muda de ropa interior, lo cual, juntamente con el breviario, la Biblia y sus apuntes, llevaba en la mano atado con una cinta de algodón. El manteo y el balandrán fueron los mismos en todo el tiempo de las misiones; parecía que Dios se los conservaba de milagro.

Esta pobreza le obligaba a continuas y variadas mortificaciones. En la comida que hacía con los demás sacerdotes, no tomaba carne ni pescado, ni probaba vino o licores.

Apenas dormía cuatro horas cada día, y los más de éstos hacíalo sin acostarse. Usaba cilicio y se disciplinaba con frecuencia. En los viajes iba constantemente a pie, a no ser que por la premura del tiempo se le indicase que tomara diligencia.

Había hecho a Dios la promesa de no perder un momento; y era tan rígido en cumplirla que no se permitía ni un pequeño descanso durante el día; y cuando, después de largas y penosas fatigas de confesonario y púlpito, se

le instaba para tomar algún responso, contestaba: «Ya descansaré de una vez cuando vaya al cielo». Su paciencia e igualdad de ánimo eran la admiración de cuantos le trataban; nunca se le vió alterado, y, a pesar de que sus enemigos levantaron contra él tan gran polvareda de calumnias y persecuciones, no se oyó de sus labios una sola queja contra ellos.

ARZOBISPO DE SANTIAGO DE CUBA

LOS excelentes y abundantes frutos que Mosén Claret produjo en Cataluña (1840-1848) y en Canarias (1848-1849), fueron causa de que, por Real Orden de 4 de agosto de 1849, le nombrasen para la silla arzobispal de Santiago de Cuba. No quiso al principio aceptar aquel cargo, por juzgarse indigno de tan elevado puesto; pero, a instancias del papa Pío IX, se sometió, y fué consagrado a 6 de octubre de 1850. Contaba apenas cuarenta y tres años.

Antes de embarcarse dijo misa y veneró en la catedral de Barcelona el cuerpo de San Olegario. El muelle del puerto estaba, desde el amanecer, atestado de gente que quería rendir tributo de veneración y agradecimiento al santo y abnegado misionero. «¡Adiós, adiós, hijos míos! —les decía cuando le besaban el anillo—. ¡Encomendadme a Dios! ¡Nos veremos en el cielo!» Y la gente decía: «¡Qué cariñoso! ¡Qué humilde! ¡Qué santo! ¡Es el mismo de siempre! ¡Cuánto bien hará!»

Al llegar a Cuba el Ilmo. Sr. D. Antonio M.ª Claret, era la situación religiosa de aquella hermosa isla deplorable en extremo. Reinaban en ella la inmoralidad, el concubinato y la ignorancia total de las verdades religiosas en grado apenas creíble. Imposible parecía poder restaurar tanta ruina; pero: «La vida de los héroes de la santidad como el Beato Claret, llena está de imposibles realizados». Lo imposible es expresar con palabras el celo y ardor con que se dió a la reforma espiritual de su amada archidiócesis.

Empezó ordenando el Seminario de Santiago, y reformando algunos conventos religiosos. Entretanto, dió él mismo en su catedral una gran misión que duró toda la Cuaresma; durante ella obró conversiones sin cuento; la última comunión general duró seis horas. La ciudad quedó transformada.

Antes de los dos años de hallarse en la isla, había ya visitado toda la diócesis, obrando en los habitantes mudanza prodigiosa y casi increíble. Tres veces efectuó la visita pastoral en los seis años de arzobispo en Cuba. En cada localidad daba él mismo tres o cuatro misiones con repartición de objetos piadosos, como lo hacía en Cataluña. Con esto y con las providencias que tomó para establecer escuelas de niños y niñas, casas de caridad, hospitales y cajas de ahorros, mudó de todo en todo la faz de la diócesis. Tan sa-

tisfecho estaba del santo arzobispo el gobernador de Cuba, que solía decir: «Me bastarían algunos obispos como éste para reformar la isla». Y el Sumo Pontífice, Pío IX, a 27 de septiembre de 1854, le envió una carta muy laudatoria, en la que le alentaba a perseverar en sus obras de celo, a pesar del odio de las sociedades secretas. Al año siguiente, 1855, fundó el Beato la Congregación de Monjas de la Enseñanza.

ATENTADO. — RENUNCIA AL ARZOBISPADO

LA Masonería, muy influyente por entonces en Cuba, veía con malos ojos los excelentes frutos del apostolado del Beato. Ella, sin duda, armó el brazo del asesino que atentó contra la vida del insigne arzobispo, cuando éste salía de la iglesia de Holguín, donde había predicado durante hora y media para dar principio a la misión. Habiendo entrado el Beato en la calle Mayor, se le acercó, en ademán de besarle el anillo, un hombre cuya concubina se había convertido por las predicaciones del Arzobispo. Armado de una navaja de afeitar, descargóle un recio golpe en la cabeza. Afortunadamente falló en su intento y sólo le hirió levemente. El prelado perdonó a su agresor. En el tiempo en que no pudo predicar y ocuparse en otros ejercicios del ministerio pastoral, trazó el plan de la *Academia Católica de San Miguel,* compuesta de literatos, artistas y personas virtuosas, y dedicada a la propagación de buenos libros.

Ya antes del inicuo atentado había manifestado el santo arzobispo deseos de renunciar a su cargo, porque «...como no me es dado resistir a esas disposiciones legales que repugnan a mi conciencia —escribía—, creo de mi deber renunciar al arzobispado...» Pero ahora que el triste suceso había demostrado que las sociedades secretas intentaban quitarle la vida, aconsejáronle que dimitiese para evitar mayores males. Así lo hizo, deseoso de ser otra vez misionero de España. La Providencia le reservaba más altos destinos.

A su llegada a España el año de 1856, supo que acababa de ser nombrado confesor de la reina Isabel II y arzobispo *in pártibus* de Trajanópolis de Frigia. Después de trabajar para que no se pusiera sobre sus hombros carga tan delicada y para él tan nueva, aceptóla al fin, no sin antes imponer a la reina algunas condiciones, como la de no obligarle a vivir en palacio, y la de gozar de libertad para visitar los hospitales y predicar en Madrid.

Su amor a Jesús Sacramentado no tenía límites. El 26 de agosto de 1861 recibió del Señor, entre otros favores extraordinarios, el de conservar las especies sacramentales de una comunión a otra, de manera que su pecho era un tabernáculo viviente; favor tan singular se repitió todos los días durante los nueve últimos años de su vida.

EL DESTIERRO Y LA MUERTE

LLEGÓ la revolución de 1868, que destronó a doña Isabel. La desgraciada reina tuvo que expatriarse para ponerse a salvo de sus enemigos. Pasó a Francia con algunos vasallos fieles, y al destierro le acompañó también su confesor el Beato Claret, por juzgar ser ésa su obligación. Que obró bien en esta circunstancia, se lo dijo el mismo Pontífice Pío IX en abril de 1869, cuando el Beato acudió al Concilio Vaticano.

Estando en Roma enfermó de gravedad; allí fué a buscarle el Director General de los Padre Misioneros, para traerlo a Prades' (Pirineos Orientales), donde mejoró algún tanto. Pero aun allí le persiguieron sus enemigos de España, y lograron que el Gobierno francés internara al venerable anciano, el cual, de por sí, partió para el monasterio de Font-froide, distante como tres leguas de la ciudad de Narbona. Aquel lugar le tenía el Señor preparado para su descanso. No obstante los solícitos cuidados de sus Hijos los Misioneros y de los Padres Cistercienses, agravóse de tal modo la enfermedad que, a los dos meses de hallarse en el monasterio, a 24 de octubre de 1870, entregó su bienaventurado espíritu al Señor. No fué enterrado en la iglesia, por oponerse a ello el Gobierno francés, sino en la fosa común. De allí fueron trasladadas sus reliquias a la iglesia de los Padres del Corazón de María de Vich el año 1897. Ese mismo año obró el siervo de Dios el primero de los dos milagros aprobados para la beatificación. Mas luego ha venido favoreciendo a sus fieles y devotos con tantos y tan señalados prodigios, que la Iglesia, por boca de Pío XI, Papa de las Misiones, beatificó al insigne Misionero del siglo XIX, el 25 de febrero de 1934.

SANTORAL

Santos *Rafael, arcángel; Bernardo Calvó, obispo de Vich; Martirián, obispo y mártir, patrón de Bañolas;* Maglorio, primo hermano del santo obispo Sansón, y obispo en Bretaña; Proclo, patriarca de Constantinopla; Evergisto, obispo de Colonia y mártir; Félix, obispo de Tibara, en África, con Adaucto y Jenaro, presbíteros, y Fortunato y Séptimo, lectores, mártires; Eremberto, obispo de Tolosa; Aretas, príncipe árabe, y trescientos compañeros, mártires en el Yemen; Martín de Nantes y Senoco, abades; Marcos, solitario en Campania. **Beato Antonio María Claret, fundador de la Congregación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.** Santas Majencia y Rosebia, mártires.



Triunfador ante los hombres — Triunfador ante Dios

DÍA 25 DE OCTUBRE

SAN CRISANTO Y STA. DARIA

MÁRTIRES EN ROMA (siglo III)

CARECEMOS de datos precisos para determinar con exactitud la fecha de la muerte de estos dos santos mártires. El Martirologio romano, así como otros más antiguos, señalan su glorioso tránsito por los años 283 ó 284, durante el gobierno de Numeriano. A este mismo tiempo refieren la muerte de San Claudio y de su esposa esposa Santa Hilaria, cuya conversión se atribuye a San Crisanto. Sin embargo, algunos autores afirman que aconteció en tiempo del emperador Valeriano, el cual reinó veinte años antes. Sin pretender resolver la dificultad que entraña esta discrepancia, nos limitaremos a resumir el relato que consta en la antigua *Pasión* de San Crisanto y de Santa Daría.

En tiempo de Valeriano (253-260), Polemio, senador de Alejandría, visitaba a Roma en compañía de su hijo Crisanto. Hízose al ilustre personaje honrosísima recepción; el emperador le distinguió con su amistad y le concedió uno de los cargos más honoríficos del Senado romano.

Era Crisanto joven gallardo, agudísimo de ingenio, simpático y muy versado en las letras y en las ciencias. Dedicóse con gran empeño al estudio de la filosofía. Su viva inteligencia, no ofuscada por los vicios que suelen

corroer a la juventud, buscaba con pasión la verdad. Asistió a las lecciones de los eximios maestros de su tiempo y consultó las obras de los antiguos filósofos, notando, después de concienzudo estudio, un no sé qué de vacío en tanta diversidad de doctrinas que traían inquieto su corazón. En esto, el Señor, que gusta de mostrarse a los que le buscan con rectitud de intención, permitió que cayera ante sus ojos la fuente purísima de la verdadera sabiduría, los Santos Evangelios. Abriólos; los leyó con aplicación y, subyugado por la belleza y verdad que allí encontraba, exclamó entusiasmado:

—Mucho tiempo te has entretenido en hojear los libros en las tinieblas, pero por fin has hallado la verdad. ¿No sería necedad persistir en la mentira, y ceguera imperdonable apartar tu vista de este esplendoroso foco de verdad y de luz? Encontraste el oro y las piedras preciosas; guárdate de perderlas y de que te las roben.

CRISANTO, APÓSTOL. — LA PRISIÓN

LA Divina Providencia le llevó a la gruta de un santo presbítero llamado Carpóforo, a quien la persecución había obligado a buscar apartado retiro. En su compañía estudió con gran aprovechamiento las Sagradas Escrituras; y, obrando la gracia eficazmente en su dócil corazón, determinóle a purificar su alma en las aguas regeneradoras del santo bautismo. Desde este instante, no sólo fué intrépido discípulo, sino entusiasta apóstol; como tal, proclamó sin temor la locura e impiedad de las supersticiones gentílicas y la divinidad de Jesucristo. Pronto trascendió a sus relaciones y al pueblo en general el vuelco total de ideas y de conducta que se había verificado en Crisanto; previnieron, pues, a su padre de los graves perjuicios que tal conducta podría irrogar a la familia, ya que gozaba de la amistad del emperador.

El temor de disgustar a la primera autoridad del Imperio, hizo que Polemio sintiera hondamente el desvío de su hijo; para obtener la enmienda, tomó la enérgica resolución de encerrarle en una prisión y dió orden expresa de llevarle muy escaso alimento. Mas las arremetidas y golpes de la persecución nada pueden contra quien pone toda su confianza en Dios. Crisanto, feliz de participar en la Pasión de su divino Maestro, se gloriaba de su cautiverio. Pronto comprendió Polemio que los castigos no lograrían quebrantar fácilmente la firmeza y decisión extraordinarias que observaba en su hijo, y mudó radicalmente de táctica. Del mismo parecer fueron sus amigos: «Si quieres —le dijeron— que tu hijo abandone las nuevas doctrinas, haz que respire ambiente de placer y molicie; así olvidará que es cristiano». Pareciéndole eficaz el procedimiento, mandó que se adornara el salón de los

festines con los más ricos tapices y con muebles costosísimos, y que se sirvieran en la mesa los más exquisitos manjares. Vistió además a Crisanto con los trajes de más subido precio y trajo al magnífico salón buen número de cortesanas bellas y descocadas, ataviadas lujosísimamente con adornos incentivos y provocadores. Esta corte del diablo tenía el encargo de explotar todos los recursos de la seducción para corromper a Crisanto y apartarle de la santa doctrina que había abrazado. Violenta era la prueba; mas, por la gracia de Dios, el joven no cayó en las redes de esos mentidos placeres; su noble corazón pertenecía por entero a Cristo; el amor a las criaturas, sin la amable compañía del amor de Dios, ya no hallaba cabida en él.

Desvió la vista de los juegos y divertimientos que le ofrecían, y, reconociendo la debilidad del hombre ante la malicia del tentador, acudió —dicen las Actas de su vida— a la oración, como a escudo y coraza invulnerables: «Señor, ven presto a mi socorro —exclamó—. Sé que me es imposible ser casto sin tu gracia. Defiéndeme contra las asechanzas que me asedian». El Señor se dignó oír sus ruegos y obró en favor de su siervo un señalado milagro que desbarató los proyectos del malvado padre y deshizo los ardides de Satanás. Apenas hubo terminado la oración se apoderó de las licenciosas cortesanas un sueño tan profundo que fué preciso sacarlas de la pieza sin sentido o como muertas.

DARÍA: UNA VESTAL GANADA PARA CRISTO

EL demonio, vencido, mas no derrotado, preparó nuevos asaltos a nuestro valeroso atleta. Había entre las sacerdotisas de Minerva una doncella que a las gracias de su cuerpo unía las de su espíritu: despejo, vivo ingenio, elocuencia persuasiva y una finura de trato social tan exquisita que cautivaba a cuantos la trataban. Se llamaba Daría.

Polemio pudo ganar la voluntad de este hechizo para la realización de sus designios, prometiéndole la mano de su hijo. Muy gustosa aceptó tan ventajoso ofrecimiento, confiadísima, por otra parte, de lograr fácil éxito en su empresa. Presentóse ante Crisanto ataviada con arte y suntuosidad; sus vestidos eran magníficos y el brillo de sus joyas deslumbrador.

—No es la pasión lo que aquí me trae, Crisanto —dijo Daría, al saludarle—, sino las lágrimas de tu padre. Sólo pretendo servir para poner la concordia, el respeto y el amor que ha de haber en las relaciones familiares. Para eso, Crisanto, debes renunciar a las ideas nuevas que te han desviado de la antigua felicidad.

—Si logras convencerme con sólidos argumentos —respondió Crisanto—, accederé gustoso a los deseos de mi padre y a los tuyos.

DISCUSIÓN SOBRE LOS DIOSES PAGANOS

EMPIEZA Crisanto haciendo un rápido recorrido a los principales dioses del Imperio, y pregunta a Daría qué títulos de santidad y poder pueden presentar para merecer la humana adoración: «¿Voy a venerar como dioses lo que no son sino bloques de piedra o metal, labrados a cincel o fundidos? ¿No es ilógico, Daría, postrarse ante un Júpiter lujurioso, ante Mercurio, que es un ladrón, ante un asesino como Hércules, o ante una Venus impúdica? ¿Qué carácter divino puedes hallar en esos criminales?

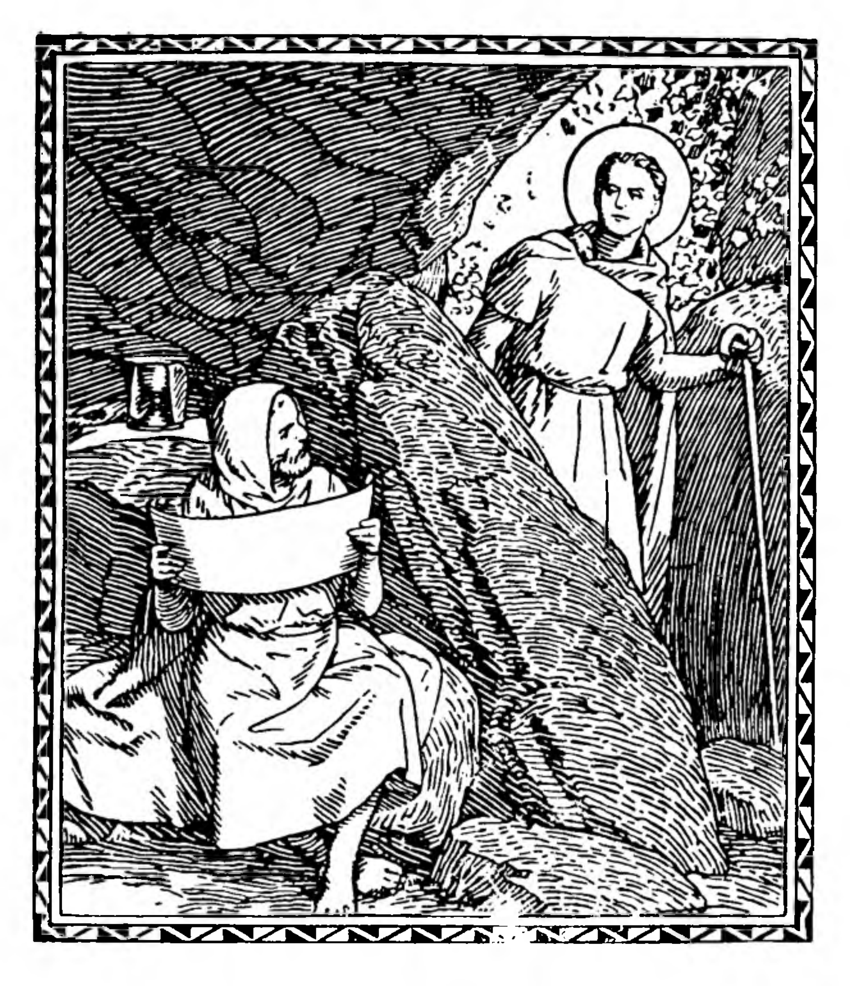
Mediaba en la discusión Daría con agudeza e ingenio, mas su argumentación se deshacía ante la fuerza y la emoción de las palabras de Crisanto.

—Veamos —decía él— qué valor tienen vuestros dioses; tu clara inteligencia convendrá conmigo en que sólo son dignos de veneración aquellos en quienes brillan la santidad perfecta y la gloria sin mancilla. Dime, pues, qué probidad encuentras en Saturno, que devora a sus propios hijos recién nacidos, y qué alabanza puede merecer Júpiter, traidor a su padre, asesino y usurpador, manchado con más crímenes que días contó de existencia? ¿Cómo se puede sostener que sea un dios? ¿Y qué diremos de la santidad de Juno, de Palas y de Venus? ¿No te parecen muy dignos de lástima cuantos ante ellos doblen sus rodillas y les ofrezcan sacrificios?

—Sabes tú muy bien —dijo Daría— que esto no son más que ficciones de poetas y no pueden merecer nuestra atención. Los dioses, según enseña la eminente ciencia de nuestros filósofos, han sido imaginados para explicar la organización y el gobierno del mundo. Interpretando alegóricamente los nombres de los dioses explican, por ejemplo, que Saturno es el tiempo; que Júpiter es la intensidad del calor; que Juno es el aire; Venus, el fuego; Neptuno, el mar; Ceres, la tierra, y así de los demás.

—¿A qué viene figurarse esas imágenes —replicó Crisanto— y qué ventaja puede haber en dar culto a esos fetiches? Si la tierra es una diosa, ¿por qué no prodiga espontáneamente sus bienes a sus devotos adoradores, sin que el pobre labrador la tenga que regar con sus sudores? El mar provee de peces al pescador experimentado que los saca de su seno, y no al que en la orilla se atiene solamente a ensalzar las magnificencias de Neptuno y a suplicar sus gracias y dones. De igual modo podría razonar con los demás elementos. Éstos han sido creados por la bondad divina, sólo para satisfacer nuestras necesidades y para que de ellos se eleve el alma al supremo Hacedor. Es locura, pues, adorar objetos que valen menos que nosotros; sólo el Creador de ellos merece nuestro amor y nuestra adoración.

Los razonamientos de Crisanto convencieron plenamente a Daría, mi-



PARA *mejor entender la doctrina de Jesucristo, San Crisanto se presenta a un cristiano llamado Carpóforo, hombre muy instruído, que vive escondido en una cueva. El anciano le recibe con gran voluntad, le adoctrina y le bautiza. A los pocos días, el Santo predica públicamente en Roma.*

tras la acción del Espíritu Santo iba trocando a la virgen vestal en amada esposa de Jesucristo. Para obedecer a Polemio, determinaron unirse con el vínculo matrimonial, pero prometiendo mutuamente guardar perpetua continencia. Daría recibió secretamente el santo bautismo y el velo de las vírgenes, con lo cual los dos esposos conocieron la felicidad que nace, no de los sentidos, sino de la íntima unión con Dios por una vida santa e inmaculada.

LOS PERSEGUIDORES DE CRISANTO

DÍCESE que el ejemplo arrastra, y así fué en el caso de Crisanto y Daría; muchos cristianos recién convertidos imitaron el nuevo género de vida de estos dos santos. Tan notable fué este feliz contagio que dió origen a cierta inquietud popular; los jóvenes de ambos sexos llegáronse al tribuno Claudio en queja de que Daría y Crisanto embaucaban a la juventud con sus nuevas doctrinas, apartándola de las diversiones y convirtiendo lo que es encanto de un pueblo y primavera de la vida en melancólico, frío y triste invierno.

Crisanto y Daría fueron presos por tal motivo; mandaron al primero que sacrificara a los dioses, y, como se negara rotundamente, lleváronle a la prisión, pusiéronle en los pies fuertes cepos de hierro que, al instante, se hicieron añicos como si fueran de cristal. En la creencia de que estos hechos eran efecto de hechicería, se le roció con agua lustral, que despidió suavísimo aroma. Cosieron entonces a su cuerpo una piel de toro recién desollado y le expusieron a los ardientes rayos del sol; pero el santo mártir no experimentó el menor daño. Otra vez le encerraron en un lóbrego calabozo y, apenas hubo entrado el Santo en él, se llenó de vivísima luz. La divina Providencia parecía burlar con todos estos prodigios la saña y malicia de los perseguidores. Se informó al tribuno de la ineficacia total de los diferentes tormentos que se habían aplicado al santo mártir, y mandó aquél que compareciese ante su tribunal.

Como última prueba, Claudio le hizo azotar con varas de hierro; pero apenas las tomaron los verdugos en sus manos, se reblandecieron cual si fueran delgados rollos de papiro.

Aquella larga serie de repetidos y sorprendentes milagros, abrió los ojos del tribuno a la verdadera fe, por lo que, postrándose ante el santo, proclamó que el Dios a quien predicaba era el Dios verdadero. Le suplicó que le instruye en la doctrina de Aquel a quien en adelante quería servir y amar; dirigióse luego a los soldados que estaban a sus órdenes y les habló patéticamente, haciéndoles ver que, sin duda, como él reconocerían en el siervo de Dios la mayor sinceridad, justicia y verdad en lo que predicaba; exho[illegible]

tólos a pedir perdón por las crueldades que con él habían cometido y, finalmente, los incitó a abandonar el culto de los falsos dioses y a seguir la verdadera doctrina, que era la que predicaba el glorioso mártir. A esta sincera y conmovedora invitación, respondieron unánimemente que todos querían ser cristianos. Con grande gozo de su alma, instruyólos Crisanto en las verdades fundamentales de la fe, y, en un mismo día, Claudio, su mujer Hilaria, sus dos hijos Jasón y Mauro, varios amigos con todos los de sus familias, y setenta soldados, recibieron el bautismo.

Muy pronto llegó a oídos de Valeriano la noticia de estas conversiones; y al saberlo, encendido en cólera, mandó que sin pérdida de tiempo ataran a Claudio una gran piedra al cuello y le arrojasen al mar.

Los soldados y todos los que con ellos había renegado del gentilismo, fueron decapitados. Unidos en el bautismo, todos lo fueron también en la gloria del martirio. El Martirologio romano hónrales el 3 de diciembre.

CRISANTO Y DARÍA. — DEFENDIDA POR UN LEÓN

NO dejó Daría de participar en los sucesos que acabamos de apuntar; con el fervor de sus plegarias, sostenía el valor de su esposo en el fragor de la terrible lucha, y atraía las gracias del cielo que habían de trocar los corazones de los verdugos; por otra parte, también ella tuvo ocasión de librar el buen combate y de confesar valerosamente la fe.

Ahora, ya juntos los dos esposos, por disposición del emperador fueron conducidos ante su tribunal; Valeriano los interrogó, mas no logró sacar palabra de sus labios; se limitaron a sostenerse mutuamente el ánimo para sufrir con denuedo por Cristo y merecer pronto la corona que les estaba preparada.

Sentenció Valeriano que Crisanto fuera encerrado en el hediondo calabozo conocido con el nombre de cárcel de Tulio. Se le bajó a un pozo de más de 20 pies de profundidad, que servía de letrina a los presos. Cuando Crisanto entró en aquel lugar inmundo, la hediondez se convirtió en suavísima fragancia y la espesa oscuridad en claridad más brillante que la del sol.

De esta manera premiábale el Señor por adelantado su generosidad.

Con su santa esposa procedióse de muy distinta manera. Según nos refieren las Actas, fué llevada a un lugar de pública vergüenza —castigo que autorizaban las leyes romanas—; pero Dios la defendió por medio de un león que permitió se escapara del anfiteatro y se dirigiera a la casa donde la virgen Daría estaba en oración, y que, en entrando, se tendió humildemente a sus pies. No tardó en presentarse un joven de los más libertinos de la ciudad; pero el león se lanzó sobre él, le derribó y sujetó con sus poderosas garras; luego miró de soslayo a la Santa, como preguntando lo que debía hacer con

aquella presa. «Te conjuro —le dijo Daría—, en nombre de Dios, que permitas que ese hombre pueda oír lo que voy a decirle». Soltó el león su presa y fuése a la puerta para guardar la entrada.

—¡Desgraciado! —dijo entonces Daría al libertino—, este león carece de inteligencia y de razón y, sin embargo, glorifica a su Creador. Tú, en cambio, dotado de facultades superiores, ofendes a ese mismo Dios con tus crímenes. Aléjate de aquí y sirve al Señor en adelante con generosidad; suelta las cadenas que te esclavizan al vicio.

Más muerto que vivo, oyó el joven la severa amonestación a la vez que piadosa exhortación de Daría, y suplicó que le permitiera salir sano y salvo, prometiéndole cambiar de vida. A una nueva orden de la Santa, el león dejó libre paso al mancebo, el cual, ya en la calle, empezó a dar grandes voces proclamando el milagro y la verdad de la religión de Cristo.

Mientras tanto, los encargados de las fieras llegaron para recoger al león; entraron y repitióse la misma escena de antes. Al verse salvados por el poder del Dios de los cristianos y por la virtud de su sierva, convirtiéronse todos, y trocáronse en intrépidos predicadores de la verdad. Furioso el prefecto Celerino por tales sucesos, quiso acabar con la mártir y con su guardián, y mandó prender fuego a la casa. Esta orden dió ocasión a nuevos milagros. Las llamas devoradoras no llegaron a tocar ni el pelo del vestido de Daría; y el león salió de entre las brasas ardientes y las imponentes llamas sano y salvo, y corrió a encerrarse en la jaula sin requerimiento de nadie.

UNIÓN EN LA MUERTE

DE nuevo intimó el prefecto, o tal vez el mismo emperador, a los dos esposos, a que sacrificaran a los dioses; mas, como viera que no lograba vencer su resistencia con la persuasión, echó mano de los castigos. Todo resultó en vano. Por su orden fueron colgados de un árbol y azotados brutalmente, y sus cuerpos no se resintieron lo más mínimo; las máquinas de tortura se quebraban, las ataduras se rompían, apagábanse las hogueras que debían abrasar sus cuerpos, contraíanse los nervios de las manos de los verdugos al pretender tocar a Daría. Dios los hacía invulnerables a todos los suplicios.

Desairado y avergonzado al verse vencido por los mártires, mandó el juez que fueran enterrados vivos en el arenal de Salaria; obedecía este decreto, tal vez, a una tradición secular, que disponía que las vírgenes vestales que hubieran renunciado a la virginidad, fueran sometidas a esta horrible pena. Así, la santa unión de estos esposos no se quebró ni en la vida, ni en la sepultura.

Saliendo de Roma por la vía Salaria, a una milla de distancia, se encuentra el cementerio de Trasón, célebre porque allí se encuentra la sepultura de San Saturnino; y, algo más adelante, el cementerio llamado de los «Jordani», en cuyo recinto fueron enterrados en tiempo de Marco Aurelio, Alejandro, Vidal y Marcial, hijos de Santa Felicidad.

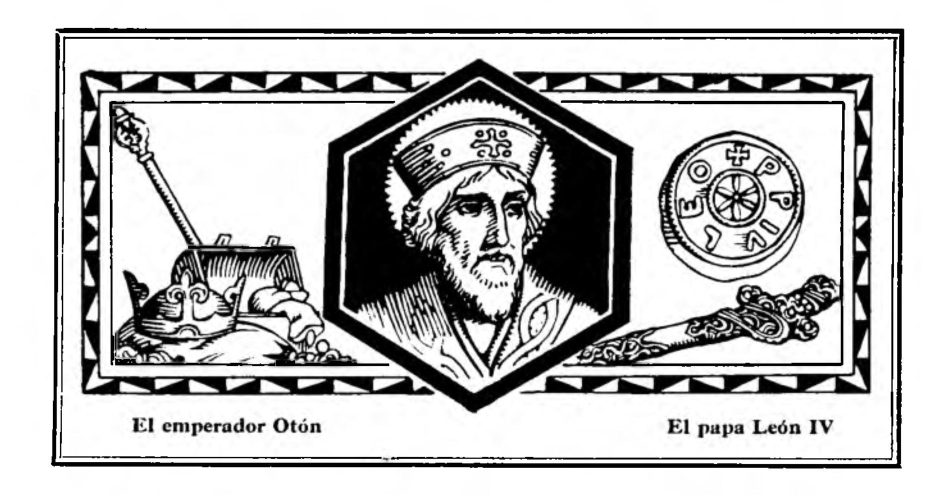
Entre estos dos cementerios se halla el arenal en que recibieron gloriosa muerte nuestros dos santos mártires, Crisanto y Daría.

Para consagrar su memoria, los cristianos socavaron este movedizo terreno y formaron galerías que iban a la sepultura de los dos santos. En estas nuevas catacumbas, colocaron los restos del tribuno Claudio, de los miembros de su familia y de los setenta soldados. A celebrar el aniversario de la muerte de San Crisanto y Santa Daría, afluyeron a este lugar gran multitud de fieles para venerar sus reliquias y ofrecer el santo sacrificio de la Misa. Se denunció al emperador esta reunión clandestina, y él mismo dió orden de que se obstruyeran a toda prisa las bocas de las galerías. Así se realizó la bárbara orden, lo que procuró gloriosa sepultura con la palma del martirio a aquella muchedumbre de fieles.

Este emperador y sus sucesores mantuvieron firme la prohibición de acercarse allí a los cristianos. Con el tiempo fué borrándose el recuerdo de estas catacumbas, hasta que se acabaron los días de prueba y lució la aurora de la libertad para la Iglesia. Al descubrirse nuevamente, encontróse la multitud de mujeres, niños y hombres de toda condición que se hallaba diseminada por las galerías. Los ministros del Señor tenían aún los cálices en sus manos en actitud de celebrar el santo sacrificio. El papa San Dámaso restauró estas catacumbas, pero dejó intacto el emocionante cuadro de una misa interrumpida por el martirio. Existieron en esta misma forma hasta el siglo VI, en que fueron devastadas por los godos.

SANTORAL

Santos *Bonifacio I, papa;* **Crisanto,** mártir; Gaudencio, obispo de Brescia; Frontón, consagrado obispo por el apóstol San Pedro, y Jorge, presbítero; Rufiniano, obispo de Bayeux; Hilario, obispo de Gevaudán; *Frutos, patrón de Segovia;* Valentín, hermano de San Frutos, mártir, *Crispín y Crispiniano, mártires;* Proto, presbítero, Jenaro, diácono, y Gabino, soldado, mártires en Torre de Cerdeña; Martirio, subdiácono, y Marciano, mártires Teodosio, Lucio, Marcos, Pedro y compañeros, mártires en Roma; Miniato, soldado, mártir en Florencia; Saturnino y su hijo Cralón. Beato Juan Bueno Mantuano, agustino. Santas **Daría, esposa de San Crisanto,** y Engracia, hermana de los santos Frutos y Valentín, mártires; Silisa, virgen Cana, esposa de San Saturnino y madre de San Cralón; Hildemarca, virgen y abadesa.



El emperador Otón — El papa León IV

DÍA 26 DE OCTUBRE

BEATO ALFREDO EL GRANDE

REY DE INGLATERRA (849-901)

LOS predecesores de Alfredo en el trono de Inglaterra más conocidos por sus hazañas, ocupan tan sólo unas páginas en los anales de la nación. Pero Alfredo, a las glorias militares, agregó la de protector de las letras y de las artes, legislador de su pueblo y restaurador del reino. Nada de particular tiene, pues, que los historiadores le hayan consagrado obras enteras y que el pueblo le haya apellidado *el Grande*. Por su parte, la leyenda todavía se ha complacido en adornar esta historia, pero la realidad es sobradamente hermosa para que le hagan falta abigarrados embellecimientos.

Alfredo era el más joven y el más amado de los cuatro hijos de Etelvulfo, rey de Inglaterra, y de Osburga, su primera mujer. Nació en Wantage, condado de Berkshire el año 849. Medio siglo hacía que Inglaterra se hallaba gobernada por un solo señor; los siete reinos que, por espacio de cuatrocientos años, formaran lo que se llamó la heptarquía, habíanse juntado al fin en uno solo en el reinado de Egberto, abuelo de Alfredo. Al morir este príncipe (836), dejó el trono a su hijo Etelvulfo, y la unidad de Inglaterra era ya un hecho.

Etelvulfo deseó ir a Roma para depositar su espada en el sepulcro de los Santos Apóstoles. La leyenda pretende que Alfredo contaba cuatro o cinco años cuando su padre le envió a la ciudad eterna, acompañado de numeroso séquito, para hacerle consagrar rey anticipadamente, por el Papa León IV, y que el niño permaneció al lado del Pontífice dos años. El historiador, amigo íntimo de Alfredo, el abad Juan Asser, más tarde obispo de Sherborne, refiere sencillamente que Etelvulfo partió para Roma en peregrinación el año 855 y que se llevó consigo a su hijo Alfredo, niño aun de corta edad. Etelvulfo casó en segundas nupcias con Judit, hija de Carlos el Calvo, que afortunadamente fué para los hijos de su marido como una segunda madre y cuidó con extraordinario esmero de su educación.

MOTIVOS DE DOLOR

ENGOLFADOS los nobles de aquellos tiempos en las bregas de la guerra y en los placeres de la caza, desdeñaban las pacíficas conquistas del saber, y en la educación de sus hijos tendían, ante todo, a lograr de ellos virilidad, destreza y arrojo. La reina Judit tuvo el mérito de despertar en el corazón de Alfredo la afición al estudio que tanto le distinguió entre sus contemporáneos.

Cuenta Asser que, cierto día, el joven príncipe y sus hermanos entraron en el aposento de la reina y vieron en sus manos un libro de oro adornado con preciosas miniaturas. Los niños quedaron maravillados de tanta belleza. «Se lo regalaré —dijo la reina— al primero de vosotros que sepa leerlo». Alfredo, espoleado por la promesa, empezó con ardor tan ardua tarea y en breve obtuvo la recompensa prometida.

Ese amor al estudio debía acompañarle toda la vida. Las circunstancias del momento limitaron su ciencia a la simple lectura de algunos poemas sajones y libros de piedad escritos en el idioma nacional.

Contaba Alfredo nueve años cuando perdió a su padre, en 858. Ocuparon sucesivamente el trono sus tres hermanos mayores. El primero, que fué Etelbaldo, sólo reinó dos años; cuatro gobernó Etelberto y Etelredo empuñó a su vez el cetro en 866. Éste, que siempre había sido decidido protector de Alfredo, continuó siéndolo y le sirvió de maestro sobre todo en el arte de las armas. Por aquella época (868) se desposó Alfredo con una hija de Etelredo, apellidado el *Mickle* (el Grande), que era *ealdorman* (príncipe) de los Gainas; de ese matrimonio nacieron dos varones y tres niñas.

Durante su reinado, Etelredo, aliado de los mercios, tuvo que rechazar la invasión de los daneses. Alfredo tomó parte activa en esta contienda y su biógrafo Asser le da el título de *secundarius,* algo así como virrey,

En 871 los anglosajones vencieron a los daneses en Reading y en Ashdonen.

Con todo, no perdieron éstos la esperanza ni el valor; volvieron a la carga, y en un combate habido en Merton, Etelredo debió el librarse de las garras del enemigo a la intrépida bravura de Alfredo, si bien no tardó en sucumbir a causa de las heridas. Los ingleses le veneran como a mártir.

ES ELEGIDO REY. — LUCHA CONTRA LOS DANESES

VEINTIDÓS años contaba Alfredo cuando ascendió al trono hallándose empeñada la nación en cruda guerra. Nada fué capaz de acobardarle. Hizo frente al enemigo con denodado esfuerzo y, antes de finalizar el año 871, consiguió una tregua de cinco años, ya sea por la fuerza de las armas, ya negociando con los invasores. Retiróse el enemigo, pero no disfrutó el país mucho tiempo los beneficios de la paz, pues faltando los daneses a la palabra empeñada, invadieron nuevamente a Inglaterra en 875, 876 y 877, arrasándolo todo a sangre y fuego y ensañándose con satánica furia contra las iglesias y monasterios. Rechazados, volvían siempre a la carga, violando sin rubor los tratados que solemnemente juraban guardar.

Al año siguiente, habiendo recibido esos bárbaros importantes refuerzos, surgieron inopinadamente durante el invierno al mando de un reputado caudillo por nombre Gutrum. Para colmo de desventura, Alfredo había licenciado ya sus tropas, por lo que durante unos meses sólo pudo presentar débil y desigual resistencia. Alfredo se retiró a Somersetshire, a un lugar llamado Ethelingey (isla del Príncipe), para allí reorganizar activamente su ejército, mientras atento vigilaba los movimientos del enemigo.

En torno a este período la leyenda ha publicado anécdotas, que en su mayor parte parecen un tanto sorprendentes.

Refiérese, por ejemplo, que el santo ermitaño Neot vaticinó al rey sus desventuras y el abandono de nobles y soldados en castigo de la flojedad de su conducta y del orgullo y dureza de corazón que tenía con sus vasallos. Agrega que, disfrazado de pescador, halló refugio en casa de un porquero, el cual al conocerlo, no le ocupó en las labores del campo. Cierto día, la mujer del porquero le encargó el cuidado de unos panes que se cocían en los ladrillos del hogar, y preocupado Alfredo de otros asuntos de mucha más importancia, olvidóse de los panes, los cuales quedaron hechos carbón. Al volver, la buena mujer le reprendió ásperamente:

—Amigo mío —le dijo—; si eres tan descuidado, jamás tendrás éxito en nada.

Verdaderamente todo esto carece de comprobación histórica; y también

lo de que, para cerciorarse del número y posición de los daneses, Alfredo penetró un día en el campo enemigo disfrazado de trovador.

No cabe duda de que la fantasía popular ha entrado en estas invenciones, en las que, por otra parte, no faltan apariencias de verosimilitud.

VICTORIA DEFINITIVA. — INDEPENDENCIA

NO tardó mucho Alfredo en verse auxiliado por algunos nobles, con lo que llegó a convertirse la isla en que se refugiara en verdadero centro de operaciones militares. Levantó a toda prisa una fortaleza e inició una guerra de escaramuzas. Era menester reconquistar de nuevo el territorio. Los principios fueron muy penosos; más de una vez se vieron sin víveres los guerreros, y, con frecuencia, la pesca y la caza hubieron de ser su único e indispensable alimento.

Pero no bastaban a desanimarles tales inconvenientes.

La reina fué a juntarse con su marido. En lo más crudo del invierno —sigue diciendo la leyenda—, mientras los soldados estaban cazando, presentóse un pobre en el castillo. La reina no disponía más que de un pan y Alfredo ordenó que se diera la mitad al pobre:

—El que con cinco panes y dos peces —dijo el rey— pudo alimentar a cinco mil personas, bien podrá, si quiere, alimentarnos a nosotros con medio pan.

Su caridad quedó recompensada, pues, habiendo logrado establecer comunicaciones con las ciudades vecinas, ya no faltaron los víveres. Para colmo de ventura, apareciósele en sueños San Cutberto y le anunció una próxima victoria. Entretanto, un caudillo sajón, Odún, consiguió apoderarse del estandarte en el cual tenían los bárbaros supersticiosa confianza. Ese triunfo reanimó las esperanzas de Alfredo, que expidió propios por todas partes convocando a sus guerreros en la selva de Selwood. Una vez preparado con todo cuidado su plan de batalla, el joven rey, aclamado por el ejército, cayó de improviso sobre el enemigo en Ethandune —hoy probablemente Edington— y, tras una lucha encarnizada, el ejército danés fué completamente destrozado, y el caudillo Gutrum forzado a entregarse.

Alfredo se mostró clemente y generoso: devolvió la libertad a los daneses que quisieron regresar a su tierra, y ofreció a Gutrum el gobierno de una provincia a condición de que abrazase el cristianismo. Alfredo en persona fué su padrino y le puso el nombre de Aldestan. En lo sucesivo, no tuvo Inglaterra defensor más leal que el nuevo convertido. La mayoría de los compañeros del caudillo imitaron su ejemplo, de suerte que bien pudo Alfredo gloriarse de haber conquistado tierras para su pueblo y almas para Dios.



EL *Beato Alfredo el Grande, abandonado de los nobles, de los barones y de los soldados, pide albergue y refugio a unos pobres campesinos. Otórganselo bondadosos, pero sin guardarle las deferencias que su dignidad merece. El Beato lo soporta todo con grande alegría y extremada humildad.*

ALFREDO, LEGISLADOR DE LOS INGLESES

GUERRAS tan prolijas tuvieron su fin, y Alfredo pudo dedicarse a organizar el reino y hacer florecer la justicia, la paz y la virtud: quince años de tranquilidad le permitieron realizarlo. Inglaterra no poseía todavía un código claro, uniforme y completo. Offa, rey de Mercia, y Etelberto, primer rey cristiano de Kent, habían dado a su pueblos leyes basadas en la justicia y la legalidad; de ellas tomó Alfredo lo mejor y logró codificarlas en un solo Cuerpo de Derecho Cristiano.

Encabezó su nuevo Código con los diez mandamientos de la ley de Dios; sobre esta base inmutable y divina asentó su nueva legislación. Ninguna rama de la administración pasó inadvertida. Las leyes concernientes a las iglesias fueron confrontadas con los decretos de los Concilios; los obispos tenían como inherente a su cargo el deber de velar por la ejecución de dichas leyes, a cuyo efecto el rey confería a los Prelados el derecho de apelar a la fuerza armada.

La organización civil y militar fué tomada de la del pueblo de Dios, y Alfredo parece haber resuelto ya el problema tan espinoso de los ejércitos permanentes: tan cierto es que la piedad, según expresión del apóstol Santiago, es útil para todo.

El país fué dividido en condados, los condados en distritos y éstos en centurias. El fundamento de esta división eran a la vez la población y el territorio. Los magistrados de cada demarcación, juzgaban los litigios bajo la inspección del obispo del condado; además, instituyó las avenencias amistosas como se ha venido practicando en los modernos consejos de arbitraje. El tribunal supremo del condado se congregaba dos veces al año y dictaminaba sobre los intereses comunes a toda la provincia.

Cada ciudadano estaba obligado a declarar a qué centuria pertenecía y de este modo la organización militar era mucho más fácil.

A ejemplo de lo que se estilaba en tiempo de Moisés, los hombres que se hallaban en situación de poder llevar las armas, eran convocados a la defensa de la patria, y se los ejercitaba para la guerra en las fortalezas y en los campos, sin obligarlos a permanecer largo tiempo fuera de sus hogares. De este modo desaparecían los inconvenientes de un ejército permanente, causa frecuente de corrupción de costumbres en los individuos y ruina económica del Estado, y se tenía la ventaja de poder poner rápidamente en pie de guerra un ejército tan numeroso como aguerrido.

Estableció un sistema de fortificaciones muy notable, y al propio tiempo organizó una poderosa flota para la que adoptó navíos de puente alto,

—más estables y más largos que los de los daneses o normandos—, tripulados por gente admirablemente adiestrada. De ese modo logró hacer invulnerables las costas de sus estados.

ALFREDO Y LAS ESCUELAS

OTRA labor no menos necesaria y fecunda se imponía, porque la invasión de los daneses había acelerado la decadencia de las letras en Inglaterra; los monasterios, que eran los centros tradicionales de estudios eclesiásticos y literarios, habían desaparecido, y faltaban maestros para las escuelas. Alfredo encaminó todo su esfuerzo a restaurar lo que había sido destruído y mandó venir de Mercia al arzobispo Plegmundo y al obispo Wetfrido. Inglaterra, que había enviado a Francia a Aloín, le pidió a su vez doctores; Hincmaro, arzobispo de Reims, envió al rey Alfredo dos monjes: Grimboldo de San Omer y Juan de Sajonia, los cuales hallaron en la corte al abad Asser.

Este último no se resignó a ir a la corte sino a condición de que volvería a su abadía con tanta frecuencia como fuera de su agrado; muy a pesar suyo, aceptó, más tarde, el obispado de Sherborne.

Como acudiesen gentes de todas partes a ponerse bajo la dirección de los nuevos maestros, no tardó el rey en abrir nuevas escuelas; equivocadamente, se le atribuye la fundación de la Universidad de Oxford.

Siguiendo el ejemplo que había dado Carlomagno un siglo antes, Alfredo inspeccionaba la marcha de los estudios, y, cosa rara, este hombre ocupado en la defensa y organización del Estado, era juntamente el más instruído y el más versado de su reino. Tradujo del latín la *Historia Eclesiástica* de San Beda, *El Consuelo filosófico* de Boecio, el *Pastoral* y los *Diálogos* de San Gregorio, y la *Historia del Mundo* de Orosio. A ruegos suyos, y aun siguiendo su propia orientación, fué escrita la *Crónica anglosajona,* que relata la historia de la raza inglesa desde los tiempos más remotos.

ALFREDO Y LOS MONASTERIOS

NO fué menor el celo que Alfredo desplegó para establecer monasterios que el ardor atestiguado al crear escuelas. Por un sentimiento a la vez de gratitud y de piedad, fundó un monasterio de monjes en la isla de Ethelingey, que le había servido de refugio en los días de peligro. Estos varones de Dios debían hacer subir de continuo al cielo acciones de gracias para el logro de la paz. Recibíanse en él niños de tierna

edad y todos se daban a los estudios literarios en un edificio separado del monasterio. El nombre del fundador uníase en los rezos al del Papa y al del Prelado.

El monasterio más grato al monarca juntamente con el de Ethelingey, era el destinado a santas vírgenes de Shaftesbury. A la cabeza de la abadía, colocó a la más joven de sus hijas, Etelgive. La mayor, Etelflide, llegó a ser reina de Mercia, pero esta corona real auxilió menos al rey que la corona virginal de Etelgive. No lo ignoraba Alfredo, por eso iba con frecuencia a visitar a la abadesa para pedirle la ayuda de sus oraciones.

EL PRESUPUESTO DE ALFREDO. — ÚLTIMAS HAZAÑAS

LAS limosnas de Alfredo no se limitaban a los términos de la Gran Bretaña. Refiere un historiador, que el santo rey había hecho cuatro partes de sus rentas anuales. La primera estaba adjudicada a los pobres, la segunda a los monasterios, otra a las escuelas y la cuarta a las misiones. Con el fin de socorrer a los misioneros, llegó hasta a enviar embajadas a las Indias.

También llegaban con frecuencia a Roma limosnas procedentes de Inglaterra; por eso el papa Marino I, para testimoniar su gratitud a Alfredo, le envió una reliquia de la Vera Cruz, que fué para el rey de Inglaterra la salvaguardia más augusta en las batallas y el más preciado tesoro de su vida.

Asser nos habla de un ingenioso plan inventado por el soberano para ordenar metódicamente las horas del día. Mandó colocar en su oratorio velas de igual longitud y volumen. Los capellanes informaban al rey cuando se terminaba una de ellas y empezaba a arder la siguiente. De ese modo podía Alfredo medir el tiempo que deseaba dedicar a los asuntos de gobierno o vacar a la oración.

El santo rey llevaba consigo de continuo un Salterio al que había mandado añadir papel en blanco —según cuenta Asser—, y no pasaba día sin transcribir algún pensamiento que más tarde gustaba de leer con calma, no siendo raro que añadiera algún comentario: ocupación que le servía a la vez de piadoso descanso y de examen de conciencia.

No desdeñaba tampoco ir con los monjes al rezo del Oficio divino y se impuso la norma de rezar diariamente las horas canónicas en palacio.

Los postreros años de su reinado viéronse turbados por una nueva invasión. El feroz Hastings, el más famoso de los reyes del mar, abordó a las costas inglesas con dos escuadras y un contingente considerable de tropas, remontó el Támesis y el Lea, sucesivamente, y desembarcó al norte de Londres. La siguiente audaz estratagema salvó a la ciudad y a la nación. Al

fredo mandó desviar el curso del río y se arrojó sobre el enemigo de improviso, no dándole tiempo para organizar la resistencia. Las tropas de Hastings quedaron destrozadas, capturadas sus embarcaciones, y el mismo caudillo se libró con dificultad de la muerte, pero logró huir y pasar a Francia.

Con esto desaparecía una amenaza que por mucho tiempo trajera inquietos al monarca y a su pueblo. Todos celebraron el suceso con gran regocijo y hacimiento de gracias, y aun se hizo más popular el santo rey.

Gran número de prisioneros quedó en poder de los ingleses; Alfredo los trató como padre más que como vencedor, de suerte que los enemigos de la víspera se trocaron pronto bajo su mando en defensores del mañana. Esta fué la última victoria que ganó el santo monarca. Murió en Winchester el 25 de octubre del año 901 a la edad de 52 años y fué inhumado por sus hijos en la catedral de dicha ciudad.

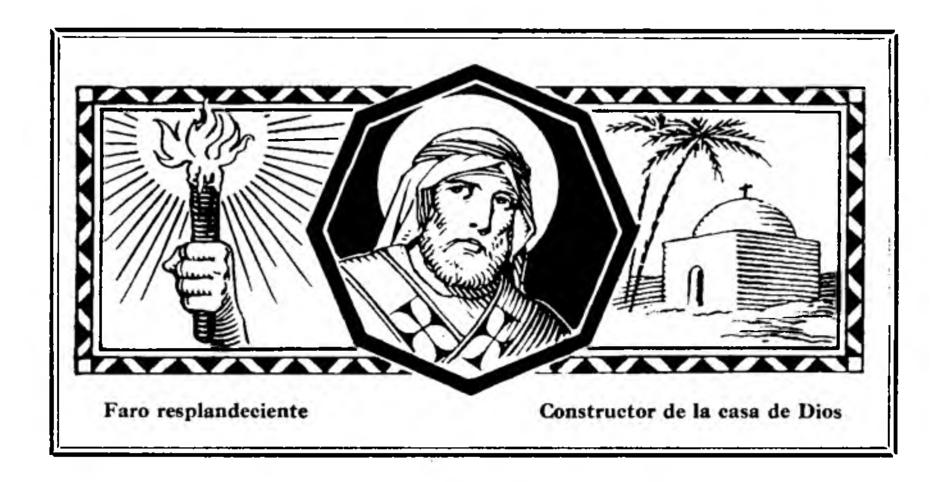
Alfredo no ha sido beatificado, ni canonizado; pero su memoria ha gozado siempre de gran veneración entre el pueblo inglés.

La Historia le denomina, en efecto, el Grande, y los historiadores, escritores y poetas le han ensalzado a porfía. Dice, por ejemplo, Spelmen en su obra sobre los concilios de Inglaterra: «¡Salve, oh Alfredo, maravilla y pasmo de los siglos! Si paramos mientes en su religión y en su piedad, creeremos que siempre ha vivido en el claustro; si en sus hazañas, que en los campos de batalla; si consideramos su ciencia y sus escritos, nos parecerá que ha pasado toda su vida en las escuelas; y, por fin, si paramos atención en la sabiduría y prudencia de su gobierno y en las leyes que ha publicado, quedaremos persuadidos de que no se pudo ocupar en otra cosa.»

Algunos calendarios de Inglaterra citan su nombre entre los Santos en la fecha apuntada. Por eso le damos el título de «Beato», aunque ninguna diócesis le tributa hoy día culto público.

SANTORAL

Santos *Evaristo, papa y mártir;* Bernardo o Bernuardo, obispo de Hildesheim, Alemania; Rústico, obispo de Narbona; Fulco, obispo de Plasencia, en Italia, y Gaudioso, de Salerno; Quodvultdeo, obispo de Cartago; Albino y Megigaldo, obispos; Eato, obispo de Hexham, en Inglaterra *Luciano y Marciano, mártires en Vich;* Álvaro, discípulo de San Victorián, venerado en Barbastro; Rogaciano, presbítero, y Felicísimo, mártires en Cartago; Luciano, Floro, y compañeros, mártires en Nicomedia, Atanasio, diácono, y Cuadragésimo, subdiácono; Nasadio, Besano, obispo y Melano, confesores, en Irlanda; Artemidoro, Basilio y Glicón, mártires. Beatos **Alfredo el Grande, rey de Inglaterra;** Raimundo de Capua, dominico; Andrés Medina, terciario franciscano. Santas *Ermelinda, virgen,* y Leptina, mártir.



DÍA 27 DE OCTUBRE

SAN FRUMENCIO DE TIRO

APÓSTOL DE ETIOPÍA († hacia 380)

EN los comienzos de la era cristiana, el reino de Etiopía —con este nombre gustan se denomine a su patria los naturales de aquel país, y no con el de Abisinia, que tomaron por afrenta, por significar *mezcla de razas*— era más extenso que en la actualidad, pues abarcaba no sólo las provincias de Amhara, Goyam, Xoa y Tigré, en que hoy se divide administrativamente, sino que llevaba sus límites, por el norte y este, hasta las riberas del mar Rojo, y, por el oeste y mediodía, hasta el Sudán y el océano Índico. La mayor parte de los habitantes de este país desciende de Cus —hijo de Cam—: de aquí el nombre de reino de los cusitas o tierra de Cus, que suele darse también a Etiopía.

Sin embargo, al correr de los siglos, algunas tribus árabes o sabeítas, y, sobre todo, algunas colonias de judíos que huían de la espada de Alejandro Magno y a las que se agregaron gentes de raza negra y amarilla, fueron a establecerse en el país, dando a su población un carácter harto heterogéneo. Las inmigraciones judaicas, particularmente numerosas, dejaron marcada huella de la influencia en las prácticas y ritos religiosos, cual la santificación del sábado, a la vez que la del domingo, los preceptos judaicos

sobre la comida, etc. Según una leyenda tradicional que arranca del siglo XV de nuestra era, la dinastía de los reyes etiópicos —cuya residencia estaba en Axum, hoy Addís Abeba— entroncaría en Menelick I, hijo de Salomón y de la reina de Sabá. La reina y su hijo, convertidos al judaísmo, introdujeron en sus estados el culto del verdadero Dios y la legislación mosaica. Hasta hoy no existe, sin embargo, prueba histórica alguna que confirme esta aserción.

En lo que no hay lugar a duda es que, en el tiempo de Tolomeo y de la dominación de Tebas, circuló en el país una gran corriente de helenismo que dejó importante sedimento en la religión (politeísmo), en la civilización y en la lengua, sedimento que penetró hasta el interior de este recóndito reino, sobre todo por los puertos de Adulis y Sassu. Éstos eran los puntos de mayor viabilidad para establecer comunicación con el Egipto y la India, y, seguramente por ese camino, llegó al país la religión cristiana.

DE QUIÉN SEA EL PRIMER APÓSTOL DE ETIOPÍA

MUCHOS autores convienen en que la Iglesia de Etiopía no se fundó antes del siglo IV, y que no alcanzaron propiamente a tal nación ni la propaganda evangélica del eunuco de la reina Candace, bautizado por el diácono San Felipe, ni las tareas apostólicas de San Mateo y San Bartolomé. Efectivamente, no queda ni en los anales de Etiopía, ni en sus tradiciones, resto alguno de estos hechos, que serían de tanta trascendencia en la historia de un pueblo. Antes de que San Frumencio pisara este suelo, la religión que generalmente seguían los etíopes era un conjunto heterogéneo de prácticas paganas, fetichistas, un tanto informadas por mixtificados principios de la religión judaica.

No pretendemos sostener con tal afirmación que la religión cristiana no se hubiera enseñado en alguna parte de este territorio hasta entonces; sólo queremos decir que no llegó a tomar cuerpo, formando comunidades cuya influencia se dejara sentir en la sociedad; antes bien, es muy verosímil que, por los puntos de más fácil acceso por donde este hermético país se comunicara con los más adelantados en la civiliazción, tales como el importante puerto de Adulis, fundado por los griegos y frecuentado por numerosos navíos de Bizancio y otras regiones, entraran no sólo cristianos, sino ministros del Señor. La semilla de la buena doctrina debió germinar ya con lozanía, en la primera mitad del siglo IV, en la ribera occidental del mar Rojo, pues en ese tiempo se había establecido una diócesis. Mas dejando de lado, con todo respeto, tales conjeturas y suposiciones, tratemos de un hecho enteramente histórico del que con razón se glorían los etíopes: de

la conversión a la verdadera fe de la familia real y del pueblo que siguió su ejemplo por virtud de las predicaciones de San Frumencio, al que llaman los etíopes su «Iluminador».

EN LA CORTE DEL REY DE AXUM

RUFINO, autor del principio del siglo V, nos relata en su *Historia Eclesiástica,* cómo Frumencio, natural de Tiro, introdujo la religión cristiana en la corte de Axum, «tierra no roturada aun por ningún apóstol del Evangelio». Consignan también este hecho Sócrates, Sozomeno y Teodoreto, autores del mismo siglo; de modo que podemos afirmar la verdad histórica de este acontecimiento en forma categórica e indiscutible. Rufino dice, además, que cuanto escribe sobre este particular, lo recogió de labios de Edesio, hermano y compañero de Frumencio.

Acabamos de consignar, de pasada, que algunos puertos del reino etíope, sitos en las riberas del mar Rojo, y otro de la parte opuesta, servían de escala o de centro comercial a los mercaderes romanos y bizantinos que trataban en los estimados productos de la India y del África Oriental: en especias particularmente. Hacia el año 341, un tal Meropio, natural de Tiro, comerciante de profesión, o médico según otros, quiso explorar la parte meridional de la costa del mar Rojo. Le acompañaban dos sobrinos suyos, llamados Edesio y Frumencio, mozos ambos y, como tales, intrépidos y valientes.

El navío que los conducía hizo escala en uno de los puertos de ese mar, que fué probablemente Adulis. A poco de llegar, cayeron los atrevidos exploradores en manos de los indígenas: Meropio y su tripulación fueron muertos alevosamente. A Edesio y Frumencio, en atención, tal vez, a su corta edad, les perdonaron la vida y los llevaron prisioneros a la corte de Axum. Por entonces, las águilas romanas no se habían posado aún sobre este oscuro territorio, ni habían herido con sus garras la sensibilidad de los etíopes, pero por instinto racial miraban a los extranjeros con profunda antipatía; lo cual explica la bárbara matanza que hicieron con aquellos nobles exploradores. Las prendas personales de los dos jóvenes, la perfecta fidelidad que ponían en el cumplimiento de sus obligaciones, despertaron la simpatía del rey, y, aunque vivieron en la corte en calidad de esclavos, se les distinguió con empleos de mucha confianza. Edesio fué copero o escanciador, y Frumencio, custodio y organizador del archivo real. A éste se le confió más tarde la superitendencia del palacio real y la administración del tesoro público del reino. Para premiar sus leales servicios, tras algunos años de permanencia en la corte, les concedió la libertad.

Al gozar de libertad, su primera intención fué encaminarse al país de origen; pero debieron ceder a las reiteradas súplicas de la reina viuda, regente del reino durante la menor edad de su hijo Tzahama, y se quedaron en la corte para ejercer la altísima función de preceptores del rey, y de consejeros de Estado. Frumencio ocupó diversos cargos de gran responsabilidad, con absoluta rectitud y éxito innegable. Como consecuencia adquirió en el país una autoridad sólidamente fundada, y marcada influencia ante el joven príncipe y la reina viuda, ascendiente y autoridad que supo emplear prudentemente en favor de la Religión cristiana, garantizando el libre ejercicio de las prácticas religiosas a los comerciantes romanos y bizantinos que visitaban o que residían en los puertos de Etiopía o a los mercaderes que se internaban en el territorio para las transacciones de sus productos.

A más llegó su celo apostólico; alentó a los cristianos a organizarse y a construir oratorios; él mismo, con sus haberes, y previa autorización benévola de la reina, mandó edificar una iglesia, aunque se ignora el lugar donde debió elevarse públicamente al verdadero Dios el primer templo importante en Abisinia. Es probable que fuera en algún puerto, por la decisiva razón de que allí era donde había comunidades cristianas algo organizadas. En Massaua existe hoy una mezquita que, según tradiciones muy antiguas, fué el templo de referencia.

PRIMER OBISPO DE AXUM Y DE ETIOPÍA

AL llegar el joven príncipe a la edad legal para dirigir la nave del Estado, los dos futuros santos entregaron el timón que con tanto acierto habían llevado, y, a fin de no estorbar la libertad de acción del nuevo rey, solicitaron autorización para dirigirse a Egipto. Desde este punto, Edesio tomó el camino de Tiro, su ciudad natal, en la que muy pronto se ordenó de sacerdote. Frumencio siguió el impulso divino que le llevaba a Alejandría, célebre ciudad en la que San Atanasio acababa de reintegrarse a su sede patriarcal. Se entrevistó con el glorioso defensor de la fe y, con gran satisfacción y consuelo, le refirió las peripecias de su estancia en el reino de Axum. Dióle cuenta de la excelente disposición de los príncipes y los progresos ya logrados por la fe en dicho país; le expuso la conveniencia de dar vida y organización a las comunidades cristianas y de enviar un pastor que las guiara, y abnegados colaboradores apostólicos. Esta misión correspondía naturalmente a la Iglesia de Alejandría por razón de su favorable situación.

Oyó Atanasio muy complacido estas tan alentadoras palabras de quien, siendo seglar, se había conducido como verdadero apóstol de la fe, y creyó



EL *obispo misionero San Frumencio, llamado por el pueblo «Padre de la Paz» y también «Iluminador», recibe el encargo de instruir a los dos príncipes de Etiopía que luego compartieron el gobierno de la nación y que, algún tiempo después, se convirtieron al cristianismo.*

que Frumencio era el más indicado para realizar tan hermosos proyectos; así pues, le aconsejó que se quedara en el palacio episcopal para recibir la instrucción teológica indispensable a todo ministro del Señor, y, algún tiempo después, le ordenó sucesivamente de sacerdote y de obispo y confió a su solicitud pastoral el gremio de fieles que ya conocía y amaba de corazón. Frumencio estableció su sede en Axum hacia el año 351.

Al regresar a Etiopía, el nuevo obispo misionero de la región norte del país, fué recibido por todos con el entusiasmo que es de suponer. En adelante le llamarían con los títulos de *Abba Salama* —padre de la paz o de la salvación— o de *Kessatié Berchán* —el Iluminador—. Por entonces, había dejado el trono el rey Tzahama, y había ocupado su lugar el príncipe Ela Sam o Aizanas. Los comienzos del reinado de Aizanas fueron bastante azarosos. La inquietud observada en los pueblos conquistados por sus predecesores, le obligó a tener la espada desenvainada, y la sublevación de la Nubia meridional originó cruenta y difícil guerra. Confió el mando de las tropas a dos hermanos suyos; en recompensa de la victoria alcanzada, el rey asoció a uno de ellos en la gobernación del Estado, en calidad de cosoberano. Referente a este hecho de armas, a principios del siglo pasado (1805), el paleólogo Salt descubrió en Axum una célebre inscripción, en griego y en lengua gheez, que relata sucintamente la famosa expedición y sus resultados victoriosos, agregando a modo de complemento las ofertas de oro, plata y bronce que dedicaron con tal motivo al dios Marte.

Mientras tanto, Frumencio se daba con gran celo a la conversión de los etíopes y concentraba sus esfuerzos en la corte, donde gozaba de extraordinario crédito. Al fin, con inmenso consuelo de su alma, por sus oraciones, predicaciones y ejemplos de santidad, ganó por completo el corazón de los príncipes que regían la nación.

Otra inscripción hallada por el epigrafista citado, nos refiere que el rey Aizanas, después de una nueva guerra, adoró «al Señor del cielo». Y ya al fin de su reinado las monedas llevaban como emblema la cruz. El bautismo de estos dos reyes es de la mayor trascendencia para la historia religiosa de Etiopía; su ejemplo decidió en seguida a los miembros de la corte. Sólo algunos valles profundos, muy sumidos aún en las prácticas paganas, y algunas regiones muy apartadas viéronse privadas, por entonces, de la divina luz y de los beneficios de la vida cristiana.

A estar en lo que consta en las crónicas nacionales y en la tradición eclesiástica adoptada y reconocida por la Iglesia de Etiopía, los dos reyes Aizanas y Saizanas son los mismos personajes que los dos santos conocidos por los nombres de El Abaha y El Atsbaha, cuya fiesta celebra la Iglesia copta el día 4 de octubre. En Aiba, cerca de Agula (Enderta), se construyó, en honor de estos dos santos, una iglesia que se conserva aún en la actualidad.

y cuya arquitectura habla de su origen remoto; está tallada en la roca [illegible] y consta de tres naves, tres altares y dos hileras de columnas monolíticas.

No están conformes con esta interpretación los redactores de las [illegible] *sanctorum,* porque creen que ha habido confusión. El hecho de haberse hallado dos reyes ocupando el mismo trono se ha repetido varias veces en la Historia Universal y se dió también varias veces en la de Abisinia. [illegible] reyes santos El Abaha y El Atsbaha son, en realidad, de otra época posterior a la de los dos que convirtió Frumencio, ya que, según los documentos que poseemos, estos príncipes empezaron a reinar en 425, y Frumencio había muerto hacía más de cuarenta y cinco años.

LA RELIGIÓN CATÓLICA EN LA ALTA ETIOPÍA

CON el apoyo de la corte, levantó Frumencio numerosos templos al Señor en todo el reino. Los mismos reyes —según opinión de algunos autores— mandaron construir uno nuevo en Axum para perpetuar la memoria de su conversión; según otros, aprovecharon un templo ya existente en honor de los dioses paganos, santificándolo con la [illegible] augusta presencia de Jesucristo en el altar. Lo cierto es que dicho santuario fué como templo nacional y relicario donde se depositaban las [illegible] ofrendas de las almas piadosas en honor de Edda Mariam —morada de María— o de Eddo Tsion —morada de Sión—. Esta célebre basílica, orgullo de Axum, fué destruída por un incendio en el siglo X; en la actualidad sólo quedan en pie algunas columnas.

La residencia episcopal, durante el gobierno de Frumencio, estuvo en Axum; desde este centro dirigía la incansable acción de sus misioneros, y tomaba también parte muy activa en la predicación. Fundó centros importantes sobre todo en la provincia de Tigré y en Adulis. Los milagros obrados por el gran apóstol corroboraban la verdad de sus enseñanzas.

De Tigré se extendió el movimiento religioso hacia el interior. En algunas partes, la conquista espiritual exigió muchos sudores, pues las costumbres y los usos idolátricos estaban muy arraigados. No podríamos afirmar que a la muerte de San Frumencio el país fuera del todo cristiano; no es la fe fruto que sazone en unos años; a veces necesita siglos enteros, más aún tratándose de un país con pocas vías de comunicación y tan abrupto; pero le cabe la gloria de haber dado a la Iglesia una nueva nación: era oficialmente católica y contaba con densos núcleos de excelentes cristianos. Buena prueba de la raigambre de sus convicciones es el haberse mantenido firmes en la fe, a pesar de las graves acometidas judaicas y musulmanas.

La evangelización de este reino, como todas las obras de Dios, pasó por

el crisol de duras pruebas, sobre todo para el encargado de promoverlas y dirigirlas. En grave riesgo estuvo de malograrse por la persecución arriana, que hizo terribles estragos en las provincias orientales del Imperio de Constantinopla durante el reinado de Constancio, decidido amparador de la herejía. Este mal aconsejado gobernante no se había contentado con desterrar al glorioso San Atanasio, azote de los arrianos, y sentar en la silla patriarcal de Alejandría a un obispo de la secta, sino que había llevado su atrevimiento hasta querer imponer el error a todas las Iglesias y misiones que del Patriarca dependían; entre ellas se contaba Etiopía.

Hacia el año 356, un monje arriano, llamado Teófilo de Dibus, que había recibido la unción episcopal, fué enviado con una misión religiosopolítica a las costas del mar Rojo y de la Alta Etiopía. Iba provisto de cartas del emperador para los reyes Aizanas y Saizanas; dábales en ellas el cariñoso trato de hermanos y les advertía que Frumencio, consagrado obispo por Atanasio, debía volver a Alejandría para ponerse a las órdenes del nuevo pastor y aprobar la ortodoxia de la fe arriana, y que así podría seguir de obispo de Axum; de lo contrario, procedería hacer valer la autoridad real para imponer el arrianismo.

Probablemente, cuando estas cartas fueron escritas los destinatarios no ocupaban ya el trono. No tuvieron resultado alguno. Frumencio, con el apoyo real, siguió velando con el mayor cuidado por la pureza de la fe.

El pobre embajador de Constancio tuvo que retirarse del país sin lograr ninguno de los objetivos de su viaje. Trató de sembrar la herejía en los puertos de la costa del mar Rojo; empero, su semilla cayó en suelo ingrato. El arrianismo, pese a todas las afirmaciones en contrario de sus apologistas, no logró cuajar nunca en Etiopía.

MUERTE DE FRUMENCIO. — LOS NUEVE SANTOS DE LA NUEVA ROMA

EL gran apóstol de Etiopía murió hacia el año 380, probablemente en Axum, a la edad de setenta años. En Mai Guagua —llamada también Fremona—, situada a algunas leguas de Axum, se le erigió un santuario. En el siglo XVIII establecieron los Padres Jesuítas, en este mismo lugar, una de sus residencias, que en la actualidad pertenece a la mitra primada de la Iglesia etiópica.

San Frumencio es honrado en toda la Iglesia romana el día 27 de octubre; el 23 de septiembre en la etiópica; el 30 de noviembre en la Iglesia griega y el 18 de diciembre en la Iglesia de Alejandría.

El sucesor inmediato en la silla episcopal de Axum, fundada por nuestro

ínclito apóstol, fué un monje llamado Salama II, hombre de gran reputación por su ciencia y santidad. Siguió con gran celo, y con el apoyo decidido del rey, la evangelización del país, con la que se beneficiaron las regiones interiores y aun las comarcas situadas allende las fronteras de Etiopía.

La reciente Iglesia, como dependiente del patriarcado de Alejandría, estuvo expuesta a resentirse dolorosamente de los trastornos y revueltas que en la metrópoli originaba la herejía, como el Egipto su vecino, por consecuencia de la defección del patriarca Dióscoro; pero la Providencia veló por la pureza de la fe entre los etíopes, enviando en la segunda mitad del siglo V valientes defensores de la fe en la persona de nueve monjes católicos. Con encendido celo empezaron su labor logrando opimos frutos: corrigieron abusos, reformaron las costumbres, habituaron al pueblo al ejercicio de la oración, a la observancia de los preceptos del Señor, y a la celebración de las fiestas religiosas. Vivieron en común, e introdujeron con tal ejemplo la vida monástica. Todos son honrados en el país como santos, y se les ha dedicado, especialmente en la provincia de Tigré, muchas iglesias.

Pero a pesar de tan excelente siembra, no tardó mucho en ir el enemigo y esparcir la cizaña de la herejía. Después de tres siglos de fidelidad a la fe pura, sucumbió al ser invadido el Egipto por los musulmanes. El patriarca jacobita Benjamín firmó un convenio con el califa Omar en el cual se estipulaba la separación de la Iglesia de Roma y de Constantinopla, y a esta nueva obediencia estaba sometida la diócesis de Axum. Muy a pesar suyo quedó la jurisdicción de Abisinia como feudo de la jacobita de Egipto.

En esta dependencia, que subsistió hasta 1948, se halla la causa de la estructura inorgánica de la Iglesia etiópica, y de que presente aún carácter de un país de misión. En los últimos tiempos de esa dependencia adviértese notable reacción. En 1929 los etíopes consiguieron que se nombrasen obispos entre el clero de su país. Por fin, en 1948 independizáronse del metropolitano copto de Egipto.

SANTORAL

Santos **Frumencio, obispo y confesor;** Ciríaco, patriarca de Constantinopla; Floro, Desiderio y Namacio, obispos; *Abanto, abad; Vicente, mártir en Avila;* Elesbaán, rey de Etiopía y monje; Neoto, solitario en Cornualles; Abrahán, ermitaño; Florencio, mártir, venerado en Borgoña. Beatos *Raimundo Lulio* (véase el 29 de marzo, página 300); y *Pedro de Gante,* confesores. Santas *Sabina y Cristeta, hermanas de San Vicente de Avila, vírgenes y mártires;* Capitolina y su criada Eroteida, mártires en Capadocia. Beatas Elena de los Valentinos, terciaria agustina, viuda; Antonieta de Brescia, de la Orden de Santo Domingo.



Instrumentos del martirio y gloriosa palma de los dos Apóstoles

DIA 28 DE OCTUBRE

SAN SIMON Y SAN JUDAS

APÓSTOLES (siglo I)

CELEBRA la Iglesia en el mismo día la festividad de estos dos santos Apóstoles, y no sin razón. Asociados están en las listas evangélicas que traen los nombres de los miembros del Colegio Apostólico, y juntos trabajaron en la viña del Señor en los postreros años de su laborioso apostolado. Juntos colaboraron en la conversión de los persas y, probablemente, el mismo día ciñeron la gloriosa corona del martirio, en la misma Persia o en Armenia. Muy natural parece, pues, que tampoco la Iglesia los separe de su liturgia, y que ofrezca a ambos el culto correspondiente en el aniversario de su nacimiento para el cielo. Los fieles gustan de invocarlos por separado, debido a diferentes motivos y circunstancias, por cuanto la devoción de los fieles ha asignado, en el correr de los siglos, un poder especial de intercesión a cada uno.

Poquísimas noticias hallamos en el *Evangelio* y en los *Hechos de los Apóstoles* referentes a nuestros dos Santos, y a ellas hemos de atenernos a lo largo de esta biografía.

Examinando la lista que de los doce Apóstoles traen los evangelistas San Mateo (X, 2-4) y San Marcos (III, 16-19), observaremos que el nombre

del apóstol Simón va acompañado, en el texto de la *Vulgata,* del sobrenombre de *Cananeo* (en griego, *Kananites).* Según San Jerónimo y otros exegetas de los primeros siglos, dicho epíteto de *Cananeo* vendría a significar que Simón era oriundo de Caná de Galilea. Pero no parece admisible, porque ese adjetivo tiene igual significado que la voz aramea *quanana,* de la que se deriva, y que significa «inflamado de celo» o *Celador.* San Lucas lo entendió perfectamente: por dos veces —en su *Evangelio* (VI, 15) y en los *Hechos de los Apóstoles* (1, 13)— le llama Simón *Zelotes* (celoso), y no Simón el Zelotes, si bien tiene esta palabra en hebreo ambos significados. Simón el Celoso o el Celador es, pues, según el Evangelio, el verdadero nombre de este santo Apóstol. El calificativo de Zelotes debe entenderse en el sentido de celo ardentísimo en pro de la causa de Dios, y no como sinónimo de afiliado a la secta de los Zelotes, apasionados por un celo feroz y desmedido en pro de la independencia absoluta de Israel.

El Evangelio junta el nombre de Simón con el de Judas, a quien San Mateo y San Marcos llaman «Tadeo», esto es: «hombre intrépido o animoso». Opinan algunos exegetas que el apóstol Simón es aquel de quien hace referencia San Mateo cuando dice (XIII, 55): «¿No son sus parientes (de Jesús) Santiago, José, Simón y Judas?» En este caso sería primo de Nuestro Señor y hermano de Santiago el Menor y de San Judas; tal parentesco nos parece, sin embargo, dudoso.

San Simón es, de los Doce, del que menos sabemos. Dícese que compuso el décimo artículo del Símbolo de los Apóstoles: «Creo en el perdón de los pecados.» No podemos afirmar con absoluta certidumbre cuál fué su campo de apostolado. Según la tradición que el Breviario romano acoge, predicó en Egipto y en Cirene, y, más tarde, asociado a San Judas, en Mesopotamia y en Persia, donde, según hemos dicho, conquistó la corona de mártir. Autores hay que lo presentan embarcándose en uno de los puertos africanos para la Gran Bretaña, antes de pasar al Asia; mas para los Bolandistas, es pura leyenda tal evangelización.

SAN JUDAS, PRIMO DEL SEÑOR

CONÓCESE a este santo Apóstol con varios nombres; el de Judas es el verdadero. Para distinguirlo de su homónimo, el traidor, San Lucas lo nombra de esta manera: «Judas, hermano de Santiago»; y San Juan de esta otra: «Judas, no el Iscariote» (XIV, 22). San Mateo y San Marcos no lo conocen más que por el de Tadeo, y en muchos manuscritos griegos se lee: «Lebeo, llamado Tadeo»; a lo que parece, *Lebeo* estaría en el original de San Mateo; estos dos sobrenombres vienen a ser sinónimos en

lengua hebrea, y dicen tanto como «hombre sabio y generoso». Con esto se ve a las claras que los Evangelistas quisieron evitar que hubiese confusión entre este santo Apóstol y el prevaricador, Judas Iscariote. Por esta causa, añadieron un determinativo al nombre que llevaba al entrar en el Colegio apostólico. Si hemos de dar crédito a las *Actas de Tadeo,* obra apócrifa de los primeros siglos, el nombre de Tadeo le fué dado por el santo Precursor cuando le bautizó. Según una obra griega del siglo V, San Judas es uno de los setenta y dos discípulos, llamado Tadeo o Adai.

Sea de ello lo que fuere, es cierto que este gloriosísimo Apóstol era hijo de Cleofás o Alfeo —hermano del bendito patriarca San José— y de María, hermana o parienta próxima de Nuestra Señora la Madre de Dios. Hermanos suyos, y primos hermanos de Jesucristo, eran Santiago el Menor, primer obispo de Jerusalén, José y Simón. El Evangelio de San Mateo los llama «hermanos» del Señor, pero hay que saber que entre los hebreos tiene esta palabra un significado muy amplio y puede referirse a grados de parentesco bastante lejanos. Lo cierto es que San Judas y Santiago el Menor eran parientes lejanos del Salvador y descendientes de la real familia de David.

Durante la persecución de Domiciano, hiciéronse pesquisas para hallar a los descendientes de San Judas, porque pertenecían a la familia del Cristo o ungido: así lo consignan los historiadores Eusebio y Hegesipo. Por último los dejaron en paz, pues, aunque descendiesen de sangre real, no los consideraron peligrosos para el imperio romano.

Antes de seguir a Cristo, era San Judas un honrado labriego, según se lee en un escrito de los siglos IV o V, intitulado *Constituciones Apostólicas:* «Que no haya nadie ocioso entre los fieles —dice—. Que si alguno no quiere trabajar, que no coma. Pedro y demás Apóstoles fueron pescadores; Judas, hermano de Santiago, fué agricultor.» Estaba casado y tuvo dos hijos; de sus descendientes trata Hegesipo, historiador de mediados del siglo II.

EN POS DEL MAESTRO. — ÚLTIMA CENA DEL SEÑOR

EN ningún pasaje de los Evangelios hallamos cuándo y cómo fué llamado San Judas al apostolado, y lo mismo podemos decir de sus hermanos. Este silencio ha sido interpretado por algunos autores de la siguiente manera: Los escritores sagrados creyeron ocioso hablar de lo que todos sabían, porque era muy natural que las frecuentes relaciones de los hijos de Cleofás con Jesús, desde mucho tiempo sostenidas, hiciesen de ellos los primeros discípulos del Salvador. Los evangelistas San Mateo y San Marcos dan a San Judas el décimo lugar entre los miembros del sacro Colegio y le nombran antes que a Simón; San Lucas, por el contrario, le asigna

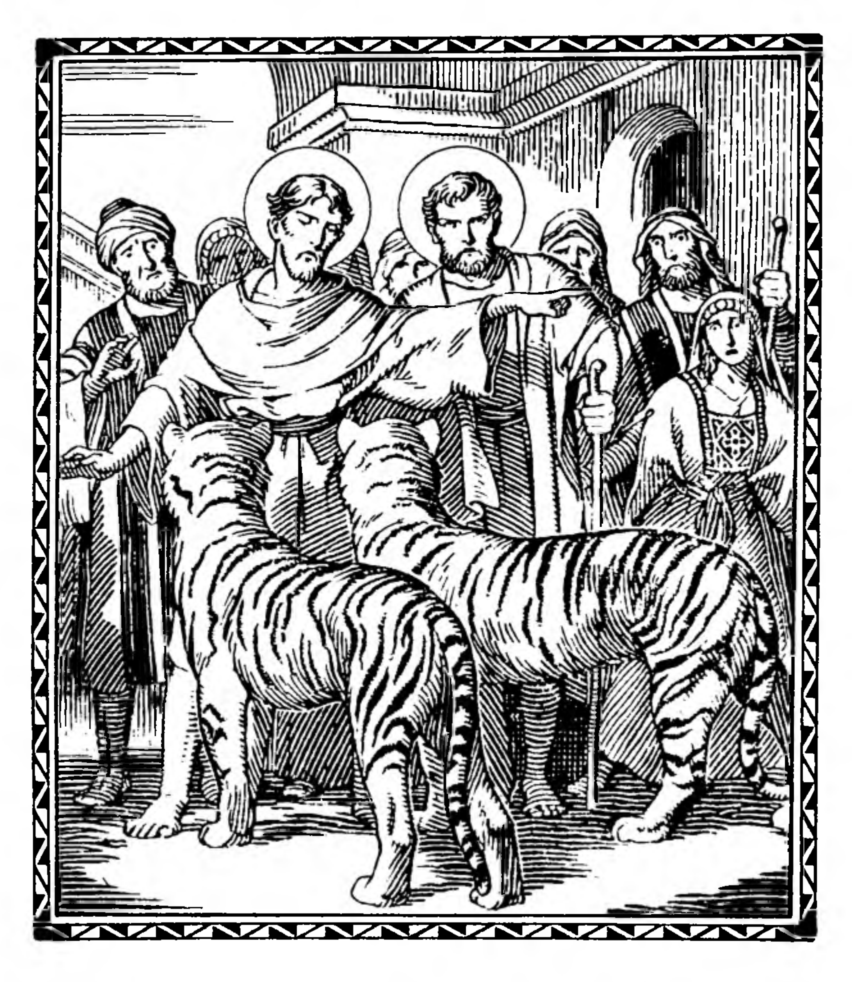
el penúltimo lugar y lo menciona antes del prevaricador. En estas listas, como en la del Canon de la misa, van siempre juntos los nombres de los santos apóstoles Simón y Judas, sin que se sepa de fijo por qué.

El primo hermano del Señor siguió a éste constantemente en sus correrías apostólicas, pero no se hace mención de él hasta la noche de la Cena, mientras pronunciaba Jesús su admirable sermón. Entremos en el Cenáculo y oigamos al Divino Maestro. Acaba de prometer a sus discípulos su propia asistencia y presencia, juntamente con la del Padre y la del Espíritu Santo. Él mismo permanecerá con ellos; el mundo no le verá, porque su vida será espiritual, pero sus discípulos sí le verán, porque vivirán esa misma vida espiritual, y entonces conocerán el secreto de esa unión con el Padre: «Conoceréis —dice— que Yo estoy en mi Padre, y que vosotros estáis en Mí, y Yo en vosotros»; pero esta unión no será tan sólo por la fe, sino principalmente por la caridad: «Quien ha recibido mis mandamientos y los observa, ése es el que me ama. Y el que me ama será amado de mi Padre, y Yo le amaré, y Yo mismo me manifestaré a él» *(Juan,* XIV, 21).

Aun cuando Jesús era muy claro en sus exposiciones, tropezaban éstas con la natural rudeza de sus discípulos, acostumbrados, por otra parte, al criterio tradicional del pueblo.

Así, pues, quedóse muy extrañado y sorprendido el bienaventurado primo del Señor, porque tanto él como los demás discípulos y todos los judíos, creían que el Mesías se presentaría con gran pompa y majestad, que iría de triunfo en triunfo conquistando todos los pueblos, y, por último, que todos vendrían a postrarse rendidos a sus pies. Y así, tomóse licencia de preguntar a Jesús: «Señor, ¿qué causa hay para que te hayas de manifestar a nosotros y no al mundo?» A lo que respondió el Divino Maestro: «Cualquiera que me ama observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él» *(Juan,* XIV, 23). Con palabras tan explícitas, quiso Jesús darle a entender que el Señor se manifiesta con luces interiores a las almas que le aman y guardan su palabra: entonces vienen a ellas las tres personas de la Santísima Trinidad, y en ellas establecen su morada permanente. Pero el mundo no ama a Jesús; de por sí es esencialmente enemigo de Dios y le aborrece; de ahí que Jesús no se puede manifestar a él, porque el amor es condición necesaria para que venga Dios al alma.

A nadie excluye de su reino el Señor, mas para entrar en él es necesario llevar el vestido nupcial de la caridad divina. Son de alabar los deseos de San Judas de que la gloria de Jesucristo brille como el sol esplendente en el mundo entero y su reino se extienda a toda la gran familia humana; pero esta gloria no es visible ni es eficaz más que para los justos, para los que son discípulos del Salvador en espíritu y en verdad, para los que le manifiestan su amor con la práctica de su doctrina y de sus mandamientos.



TRAEN *ante los santos apóstoles Simón y Judas dos tigres furiosos que desolaban el país y que ante ellos se portan como mansos corderos. Con ello se convierten a la fe de Cristo muchos paganos, que inmediatamente se hacen bautizar, con gran rabia de los sacerdotes de los ídolos.*

TRABAJOS APOSTÓLICOS

LOS autores eclesiásticos difieren bastante al transcribirnos las tradiciones referentes a la vida y al apostolado de San Judas. Según Nicéforo Calixto, debió de empezar sembrando la semilla evangélica en Judea, Samaria e Idumea. Otros dicen que predicó primero en África, y siguió después hasta la Libia; pero los más escriben que fué Mesopotamia su primer campo de apostolado, y que después del martirio de Santiago volvió a Jerusalén. Según San Agustín, este bienaventurado apóstol formuló el undécimo artículo del Credo: «Creo en la resurrección de la carne». Es de creer que después de haber recibido el Espíritu Santo, evangelizaría las comarcas o países vecinos de los que eran adoctrinados por el Príncipe de los Apóstoles, por cuanto en su epístola canónica combate San Judas a los mismos herejes que en su segunda epístola delata San Pedro. El Martirologio romano y el Breviario dicen que predicó el Evangelio en Mesopotamia. De allí, obedeciendo al impulso de su celo, se fué juntamente con San Simón a llevar la buena nueva al país de los persas.

LA EPÍSTOLA DE SAN JUDAS

NO se limitó nuestro bienaventurado Apóstol a la enseñanza oral del Evangelio, valióse también de la pluma para afianzar la santa doctrina. Entre las epístolas canónicas figura una, la última, que lleva el nombre de «Judas, siervo de Cristo y hermano de Santiago». Pertenece al grupo de las católicas, por haberla dirigido, no a una Iglesia particular, sino a todas en general; en ella habla especialmente a los judíos convertidos.

Debió de escribirla antes de su ida a Persia y también antes de la destrucción de Jerusalén por los romanos, pues no hace en ella alusión alguna a ese terrible castigo que, dado el texto de la misma y su objeto, hubiera mencionado necesariamente si hubiera acaecido ya cuando San Judas escribía. Supónese que la expediría probablemente hacia el año 70. Tradújose al latín en el siglo II y la citan repetidas veces los escritores eclesiásticos más antiguos, como Tertuliano, Clemente de Alejandría y otros. En la Iglesia romana y en la africana fué considerada como escrito divinamente inspirado.

Dirigióla a las Iglesias de su jurisdicción y a otras por las que tenía especial interés. En ella exhorta a los nuevos judíos conversos a combatir valerosamente por la fe. Adviérteles que se guarden de ciertos hombres impíos o falsos doctores que se han entrometido con disimulo en la grey del Señor,

y cambian la libertad que Dios nos da en desenfrenada licencia. A ejemplo de Sodoma y de Gomorra, entréganse al pecado nefando, reniegan de Jesucristo, nuestro único soberano y Señor, desprecian a la autoridad, blasfeman contra la majestad, muéstranse altaneros, vomita su boca injurias hablando de cosas que no entienden...; y así prosigue desenmascarando a los impostores que el mismo divino Maestro anunciara. Estos herejes, meteoros errantes, nubes sin agua, árboles otoñales e infructuosos, recibirán su castigo; Dios los confundirá como hizo con otros antepasados, según refieren el Antiguo Testamento y las tradiciones judaicas.

Por esta epístola hemos llegado a conocer un interesante pormenor que no consta en ninguno de los demás libros inspirados; y es que, como el demonio pretendiera apoderarse del cuerpo de Moisés, de cuyo sepulcro encargara el Señor a San Miguel, impidióselo el santo arcángel al tiempo que decía aquellas palabras que diariamente repiten los sacerdotes al final de la Misa: «¡Reprímate Dios!»

Esta epístola es, ante todo, una exhortación moral y no un tratado doctrinal. Sin embargo, encierra las verdades fundamentales de la fe cristiana, a saber: necesidad de creer en el Evangelio y en Jesucristo para salvarse, de guardar los mandamientos, y de no seguir las doctrinas y ejemplos de hombres corrompidos y perversos.

EVANGELIZACIÓN DE BABILONIA Y PERSIA

COMÚNMENTE se cree que los dos santos apóstoles Simón y Judas se encontraron en Persia. Allí trajeron juntos gran muchedumbre de pueblos al Señor, acudiendo Dios en su auxilio con muy señalados milagros; juntos también fueron coronados por el martirio. De su apostolado y de su muerte se leen detalles más o menos auténticos en un escrito del siglo VI, intitulado *Historias Apostólicas,* que viene a ser una recopilación de leyendas referentes a los Apóstoles. Algunas tienen sabor antiguo, y, aunque apócrifas, no dejan de contener cosas verdaderas. La leyenda de San Simón y San Judas habla de un tal Abdías, hebreo, y compañero de los dos Apóstoles, a quien éstos consagraron obispo de Babilonia, y que luego escribió los prodigiosos trabajos que realizaron los dos Santos en el reino de Persia.

Según el falso Abdías, los misioneros evangélicos entraron en Persia cuando Baradac, general de los ejércitos babilónicos, salía en guerra contra los indios invasores. Quiso Baradac saber de sus dioses el fin que había de tener la empresa; consultó, al efecto, a los sacerdotes paganos, adivinos y magos que le acompañaban, mas fué en vano, porque luego que llegaron al campamento persa los santos Apóstoles, enmudecieron los demonios que

antes daban respuestas a los magos y adivinos. Maravillado de esto, quiso saber la causa, la cual, según declaró un ídolo muy venerado, no era otra que la presencia de los dos extranjeros recién llegados, y añadió ser tan formidable el poder de esos hombres de Dios que ningún demonio podía hablar en su presencia.

Mandó Baradac traer a los santos Apóstoles, pero se convenció de que eran hombres de bien. Dieron éstos licencia a los demonios para que respondiesen, y, por boca de sus ministros, aseguraron que la guerra sería larga y sangrienta. Dijeron entonces los Santos a Baradac: «No tienes por qué temer, porque todo esto es pura mentira; mañana a hora de tercia vendrán embajadores de los indios a pedirte paz y ponerse en tus manos, y harán cuanto quisieres.» Cumplióse puntualmente la predicción de los discípulos de Cristo, y Baradac quiso matar a los sacerdotes paganos; mas nuestros bienaventurados intercedieron por ellos diciendo: «No hemos venido a este reino a quitar la vida a nadie, sino a darla a muchos.»

Impresionaron grandemente a Baradac y al rey tales sucesos, a consecuencia de lo cual recibieron los misioneros del Evangelio entera libertad para predicar y organizar la religión cristiana en Babilonia. Con su predicación, vida ejemplarísima y grandes milagros —entre otros, el de volver mansos como corderos a dos tigres ferocísimos—, obtuvieron innumerables conversiones; el propio rey, toda la corte y Baradac recibieron también el bautismo.

Ya organizada la Iglesia en la ciudad de Babilonia, anduvieron predicando por las ciudades principales de Persia, donde, con grandes trabajos y no pocas penalidades y privaciones, ganaron para Dios a muchísimas almas. Mas acercábaseles la hora de ir a recibir el premio prometido por el divino Maestro a los siervos buenos, a los testigos fieles de su misión divina.

MARTIRIO DE LOS DOS APÓSTOLES

SI hemos de dar fe a las Actas apócrifas, ya mencionadas, su martirio se verificó de la siguiente manera: Llegado que hubieron a la ciudad de Suanir, dos magos, sacerdotes del Sol y de la Luna, amotinaron al populacho contra ellos con engaños y calumnias, y casi arrastrando llevaron a Simón al templo del Sol, y a Judas Tadeo al de la Luna para que adorasen a los ídolos. Negáronse ellos, como no podía menos de suceder; hicieron oración, y para probar a los idólatras que Jesucristo era el único verdadero Dios mandaron a los demonios que saliesen de las estatuas y del templo. Al punto sobrevino un terremoto, cayeron los ídolos y se hicieron añicos.

Fué tan grande la saña que recibieron de esto los sacerdotes y el populacho, que arremetieron contra los Santos con ímpetu y furor, y los despe-

dazaron. Es tradición que a San Simón le aserraron el cuerpo por la mitad, y de ahí el que en la iconografía cristiana se le represente con una sierra en la mano. En cuanto al santo primo del Señor, parece que fué crucificado y luego muerto a flechazos y golpes de clava. Ordinariamente se le representa con una cruz invertida, o también con una lanza o machete, y una clava; a veces lleva una imagen de Jesucristo.

No se conoce el año de su martirio, pero ciertamente fué antes de la persecución de Domiciano. El Martirologio romano fija su nacimiento para el cielo a 28 de octubre.

Cuenta la historia de Abdías, primer obispo de Babilonia, que el rey de esta ciudad, que era cristiano, en sabiendo la muerte de los santos Apóstoles, hizo llevar sus sagrados cuerpos a la capital, y les edificó un suntuoso templo, donde estuvieron hasta que fueron trasladados a Roma, probablemente cuando los mahometanos conquistaron a Persia. Hoy día se veneran en la basílica de San Pedro.

San Judas Tadeo es patrono de Magdeburgo y de otras localidades. A San Simón le toman por protector de aserradores; y en Auvernia (Francia) es patrono de los zurradores, lo que se debe a la homonimia de su nombre con el del zurrador de Jope, que hospedó en su casa al Príncipe de los Apóstoles. A San Judas se le invoca sobre todo en casos urgentes y desesperados; patrocinio extraño del que se han dado muchas y encontradas explicaciones; una de las más aceptables es la oportunidad inesperada con que él y su compañero sacaron de crítica situación al ejército de Baradac.

El oficio de estos Apóstoles, como el de los demás, figura en los antiguos sacramentarios. Si sólo uno de los dos es titular de iglesia, se festeja a los dos separadamente.

SANTORAL

Santos **Simón y Judas, apóstoles;** *Gaudioso, obispo en Africa; Farón, obispo de Meaux,* y Angebramno, de Metz; Honorato, obispo de Vercelli; Firmiliano, obispo de Cesarea de Capadocia; Decencio, obispo, y Germán, diácono, mártires; Neófito, obispo y mártir; Sigolino, Godvino, Anglino, Alberico y Odilón, abades benedictinos en Bélgica; *Cirilo* y Fidel, mártires; Tadeo, discípulo de Nuestro Señor Jesucristo; Melquión, presbítero; Esteban el Sibaíta, solitario; Terencio, mártir juntamente con su esposa y sus siete hijos; Esmaragdo y Mariano, mártires en Antioquía; Diomedes, mártir en Leucópolis; Ferrucio, mártir en Maguncia; Sofroniano, Amaranto, Quinto y Lucio, mártires en Cartago. Santas *Anastasia, virgen y mártir;* Cirila, hija de Santa Trifonia, virgen; Arquelaida, mártir en Antioquía; Neonila, mártir juntamente con su marido, San Terencio, y sus siete hijos.



DÍA 29 DE OCTUBRE

SAN NARCISO

OBISPO Y MÁRTIR, PATRONO DE GERONA († 306 ó 307)

GERONA, la tantas veces invicta e inmortal ciudad española, avanzada y atalaya del alma nacional en las luchas contra el invasor extranjero, saca a relucir en el día de hoy sus mejores galas. La *Gerunda* de los escritores latinos está de fiesta mayor. Y así debe ser. Porque hoy celebra el natalicio para el cielo, que es el triunfo más glorioso y la corona inmarcesible, de su Padre, Defensor y Abogado. Difícil sería tejer la historia civil y militar de esta vetusta ciudad, gloria y prez de España, si se omitiera el nombre no menos insigne del santo Obispo que, a imitación de Jesús, la engendró para el Señor de cielos y tierras con la luz de la buena doctrina y con la sangre de sus propias venas. Destacará siempre en el jardín de virtudes cívicas gerundenses este fragante Narciso, que es flor de cielo.

A través de los tiempos y en todo momento, ha movido a los estudiosos de Gerona un muy grande y natural afán de investigar y recoger todos los datos relacionados con la vida apostólica y cruento martirio de su excelso protector. Siempre, sin embargo, se estrellan sus devotos esfuerzos ante la lamentable nueva que el obispo de Gerona, Berenguer Wifredo (1051-1093),

dejó escrita en una carta al abad Sigardo, del Monasterio de San Udalrico y Santa Afra de la ciudad de Augsburgo (Alemania): «De San Narciso os decimos lo único que sabemos, puesto que el libro de su martirio y el día cierto de su muerte, con la irrupción de los paganos (moros), que han devastado nuestras iglesias y despoblado nuestros lugares, los hemos perdido sin esperanza de recobrarlos. No obstante, celebramos anualmente con gran solemnidad la fiesta de su muerte el día cuatro de las calendas de noviembre (29 de octubre).»

Por eso la fecha de hoy, teniendo a su favor una tan venerable antigüedad, muy digna de conservarse, fué respetada por la Sagrada Congregación de Ritos en contra la fecha del 18 de marzo, consignada en los Martirologios Romanos, en algunos siglos posteriores al preciado documento del siglo XI.

Precisamente para conformarse con el día señalado en el Martirologio romano, el obispo D. Jaime Casador, a petición de los Jurados y Consejo de Gerona, la trasladó al 18 de marzo; pero habiendo disminuído en gran manera la devoción, efecto de este cambio, el señor obispo Arévalo de Zuazo, a instancia de los mismos Jurados, la restituyó a la antiquísima fecha del 29 de octubre, previo el consentimiento de la Santa Sede.

Verdad es que, en atención a los deseos de Su Santidad, manifestados por el célebre Cardenal César Baronio en carta italiana, adjunta a dicha concesión, se hizo en Gerona y continúa haciéndose especial y particular memoria del Santo en el día 18 de marzo de cada año, cuya celebración es conocida popularmente con el nombre de *Voto de San Narciso*.

CUNA Y LINAJE DEL SANTO

NUESTRO preclaro Mártir nació entrado ya el siglo II. En la baraúnda de datos inciertos y de conjeturas más o menos probables acerca de la cuna que le vió nacer, así como sobre la primera etapa de su vida, no faltan quienes, apoyándose en cronicones, críticamente muy sospechosos, aseguran no sólo que Gerona es la patria chica de Narciso, sino que también nos dan noticias de su linaje. Según ellos, sus padres se llamaron Lucio y Serena; eran de noble estirpe, tenían cercano parentesco con Pomponio Paulato, arzobispo de Toledo, y descendían de una esclarecida familia patricia de Roma. En aquel tiempo —añaden— existía en Gerona una famosa universidad, sostenida a expensas del erario público, en la que podía la juventud dedicarse al estudio de las letras humanas y de la filosofía, bajo la dirección de maestros tan notables como los celebrados oradores Rufo y Cayo Paulato, y el no menos famoso Lucio, orador español de la Bética, que fué profesor en Zaragoza, Gerona y Roma; de donde de-

ducen que San Narciso debió dedicarse al estudio de la literatura y de las ciencias naturales, para emprender luego el de las Divinas Escrituras, llegando en sus mejores años a una altura tal, que con el prestigio de verdadero oráculo convertía a la fe cristiana a cuantos tenían la dicha de oír su predicación admirable.

Otros, en cambio, queriendo compaginar su natural deseo de tenerle por paisano con la rectitud de la crítica histórica, dejan por fabulosas estas noticias, y se contentan con señalar a Gerona como lugar de origen de San Narciso, aunque se lamentan de las tinieblas que rodean la infancia y adolescencia de su Padre en la fe.

No deja de tener fundamento la opinión de algunos que ven en el Santo a uno de aquellos obispos católicos que, sin sede fija ni determinada, recorrían los pueblos ejerciendo en ellos el ministerio de la predicación evangélica.

Finalmente hay quienes tienen por más verosímil que San Narciso, venido de Augsburgo, tomó entonces a Gerona por sede fija y permanente, y que en ella, después de unos tres años de esforzados trabajos en pro de la extensión de la doctrina de Cristo entre los habitantes de esta ciudad, confiados a su apostólico celo, un buen día para él, pero de tristísimo recuerdo para su grey, que quedaba abandonada, terminó su carrera, gloriosa y felizmente.

POR TIERRAS DE ALEMANIA. — CONVERSIÓN DE SANTA AFRA Y SUS FAMILIARES

CORRÍA el año 303. De nuevo quiso el Señor probar en el crisol de la persecución la fidelidad de sus seguidores. Valióse esta vez del voluble emperador Diocleciano, que la decretó general en el mundo de Roma. Ésta es la causa —según nos refieren las actas del martirio de Santa Afra— de ver al obispo Narciso, acompañado de su diácono Félix por territorio germano, menos batido sin duda que las tierras cercanas a la capital del imperio romano. Llegan a la ciudad de Augsburgo, antes Augusta, y, no sabiendo dónde meterse, llaman a las puertas de una casa, que resultó ser de una pecadora pública, conocida con el nombre de Afra. Acogiólos con la mayor galantería y el más fino agrado, sin comprender que aquellos santos varones llegaban a su morada por amorosa providencia del Señor. Dispuso una regalada cena en obsequio de sus inesperados comensales. Pero al ponerse éstos a la mesa, depuesto todo respeto humano, hecha la señal de la Cruz, empezaron a rezar oraciones y salmos. Admirada Afra de aquella novedad, que nunca había visto, observó atentamente sus acciones y, con un comedimiento algo extraño a sus costumbres, preguntó quiénes eran. Entre maravillada y atónita, escuchó las palabras del santo Obispo, lenguaje muy

nuevo para ella, y como eran muy persuasivas las razones del intrépido apóstol, comenzó luego a sentir el influjo de la divina gracia; y, en cuanto entendió que el que así le hablaba era un obispo de los cristianos, poseída de respetuoso temor y midiendo de una ojeada el abismo de torpeza en que se hallaba sumida, postróse humildemente a los pies del Santo, y exclamó:

—Señor, indigna soy de estar en vuestra presencia, como que no es posible hallar en esta ciudad otra mujer más pecadora que yo.

Comprendió Narciso que la divina Providencia acababa de ponerlo en el camino de aquella alma para hacer de ella un vaso de elección, y así comenzó en seguida a catequizarla. Gozosa Afra por aquel inesperado acontecimiento, llamó a sus criadas Digna, Eunomia y Eutropia o Euprepia, las cuales se prestaron con noble entusiasmo a escuchar la buena nueva.

Entretanto, como sospecharan los paganos de aquellos forasteros, habían acudido a prenderles. Supo ocultarlos Afra; pero, temerosa de que volvieran, llevólos durante la noche a casa de Hilaria, su madre, ya prevenida del caso.

Fué grande el gozo y la complacencia con que Hilaria recibió a los dos santos, y habiéndoles manifestado también sus deseos de obtener la limpieza de sus pecados, ordenó el Obispo que se empezase con un ayuno de siete días; mientras, se las catequizaría, y al octavo, serían bautizadas.

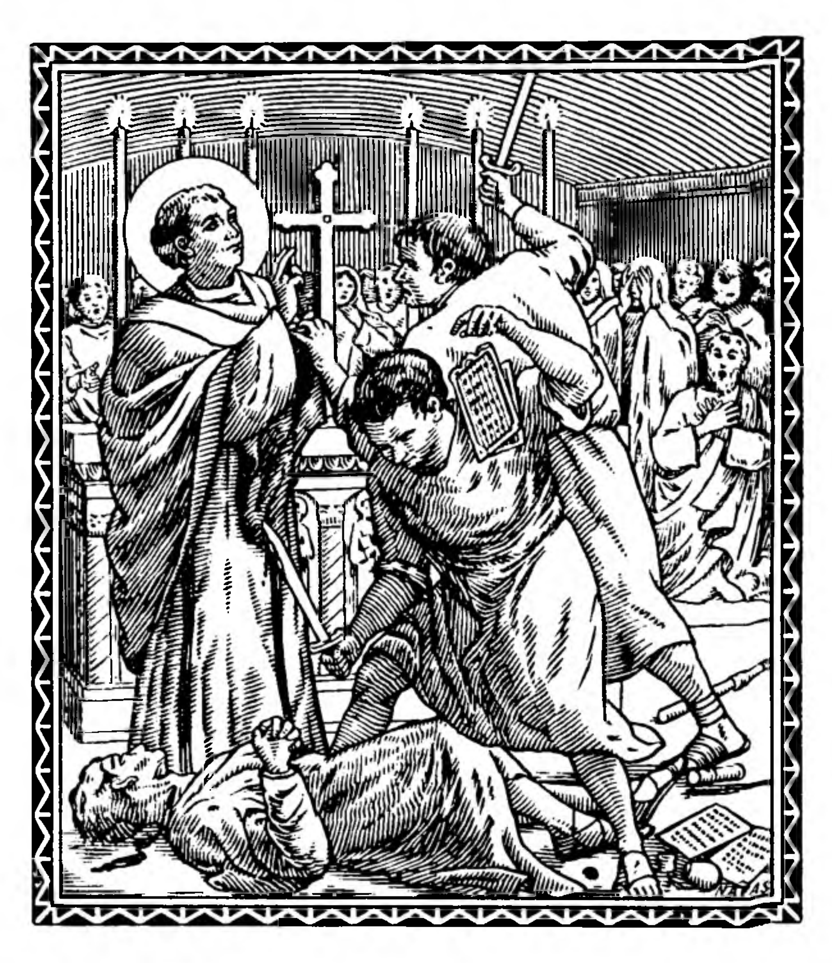
Efectivamente, después de haberlos pasado en oración, acompañada de hechos prodigiosos con la derrota del maligno, fueron bautizadas Afra y sus sirvientas, su madre Hilaria y su tío Zósimo o Dionisio.

Continuó el santo Obispo enseñando por muchos días la divina palabra. Hizo iglesia de la casa de Hilaria, y a Dionisio le ordenó de presbítero. No muchos años después, recibieron casi todos ellos la palma del martirio.

CAMINO DE GERONA. — GLORIOSO MARTIRIO

DESPUÉS de nueve meses de mansión en aquellas tierras que había ganado para Cristo, trató de emprender su viaje a Gerona. Dispuso cuanto estimó necesario para que se perpetuase allí el ministerio sacerdotal, indispensable para el régimen y dirección del pueblo fiel; y despidiéndose para siempre de la nueva grey que dejaba instruída, tomó, en compañía de Félix, el largo y trabajoso camino que media entre Alemania y España, y tras un viaje de seis o siete meses a pie y sufriendo todo género de incomodidades y privaciones, llegaron a Gerona.

Sus calles estaban aún salpicadas con la sangre de mártires recientes, entre ellos el intrépido diácono Félix, conocido con el nombre de «El Africano». El bárbaro Rufino cebábase en el pueblo gerundense como lobo hambriento entre un rebaño de tímidas ovejas.



DECÍA *Misa San Narciso en presencia de los fieles, cuando irrumpieron los paganos en la cripta y, después de dar muerte a él y al diácono asistente, se arrojaron sobre los cristianos e hicieron entre ellos horrible carnicería. Así coronaba el santo obispo su larga y apostólica carrera.*

No es de extrañar, pues, que encontrara a la iglesia gerundense bastante quebrantada por tan horrible tempestad, en términos que eran muchos los que vacilaban en la fe. El Santo procuró confortarlos, exhortando a todos a seguir constantes y con mayor firmeza los caminos de Cristo.

Reunió luego a los fieles de ambos sexos y les refirió cómo Jesucristo, por su gracia y gran misericordia, había obrado en Augsburgo la conversión de insignes pecadoras y multitud de vindelicios, para ejemplo de penitencia en todos, y para que la virtud se viese ensalzada entre los gentiles. Oyéronlo los gerundenses derramando copiosas lágrimas y dando gracias al Señor, que no permite que ninguno se pierda, sino que desea que todos abracen la penitencia y consigan el perdón de los pecados.

Entretanto, habiendo abandonado estas tierras el cruel prefecto Daciano y su delegado Rufino, a consecuencia de la abdicación de los emperadores Diocleciano y Maximiano Hercúleo, pudo nuestro Santo desplegar su celo apostólico, no sólo en el ámbito de Gerona y Ampurias, sino que lo extendió también por otras tierras de España.

Dos o tres años pasó en estas santas correrías. Y a la par que engendraba nuevos hijos para la Iglesia Católica, aumentaba el número de sus enemigos declarados o encubiertos, en quienes no acababa de extinguirse el odio al Cristianismo. Habiendo, pues, cesado la persecución, que podríamos llamar oficial, no faltaban conatos de persecución popular, sostenida con aquiescencia de las autoridades imperiales por el fanatismo de los gentiles.

Y así fué como éstos se pusieron de acuerdo para tramar la muerte del Santo, cuando estaba en Gerona dedicado al cuidado y solícita instrucción de los gerundenses, cuyo estado no dejaba de ser bastante triste, a causa de estos resabios de persecución.

Llegado el día en que se resolvió llevarla a cabo, apostáronse algunos en las sombras de la noche para espiar el momento oportuno de realizarla. San Narciso entró como de costumbre en una cripta o subterráneo, fuera de los muros de la ciudad, pues es verosímil que, en tales casos, éste fuera el lugar de reunión y refugio de los fieles para la celebración de los ritos sagrados, sepulcro asimismo de todos ellos. (Probablemente donde está enclavada la ex-colegiata de San Félix, en cuya parte lateral derecha tiene el santo Obispo dedicada una monumental capilla.) No bien se hubo preparado lo conveniente para el santo sacrificio de la Misa, y cuando se disponía a celebrarla, asistido por su diácono Félix, invadieron los asesinos el cementerio, forzando sus puertas, y dirigiéndose a la capilla, se precipitaron en ella con estrepitoso tumulto y llenaron de insultos a cuantos oraban ante el sagrado altar, prorrumpiendo en horribles blasfemias y dirigieron al Santo los más injuriosos dicterios. En medio de tal confusión, los malvados se abalanzaron sobre él, y, arrebatándole del altar, le infirieron tres profun-

das heridas, de las cuales falleció; degollaron bárbaramente al diácono, y sembraron la desolación y la muerte entre los fieles allí congregados.

De esta manera coronó el Señor al esforzado atleta del Cristianismo, al intrépido confesor de Jesucristo.

EL CUERPO DEL SANTO. — MILAGRO DE LAS MOSCAS

ES muy natural que los cristianos, tan pronto como les fué posible, dieran a su glorioso cuerpo decente sepultura, bien que procurarían esconderle en sitio seguro, con objeto de preservarlo de la profanación de los despechados enemigos hasta cuando pudieran tributarle el honor debido. Es lógico también que en la invasión árabe del siglo VIII permaneciera escondido su cuerpo sagrado, puesto que no ignoraban los habitantes del país los vejámenes cometidos por los musulmanes en su irrupción; sabían, aun antes de la conquista de Gerona por ellos, lo que la suerte les reservaría ante el fanatismo e instintos brutales de los seguidores de Mahoma.

Libertada Gerona en 785 por los ejércitos francos, es de suponer que se reanudaría el culto al santo Mártir, si bien históricamente no tenemos noticias hasta el siglo X, en tiempos del obispo gerundense Mirón (970-984), en que fué hallado prodigiosamente íntegro. Así da a entenderlo también unos años más tarde, en 1022, el famoso obispo de Vich y abad de Ripoll, Oliva, en un admirable sermón panegírico que pronunció en la iglesia de San Félix con motivo de la fiesta del Santo. No deja lugar a dudas el testimonio irrefutable (1087) del obispo Berenguer Wifredo, contestando a la piadosa petición de reliquias de San Narciso, que le hicieron los de la ciudad de Augsburgo: «Os mandamos algo del vestido y estola con que está cubierto en el sepulcro nuestro gloriosísimo Padre y Obispo San Narciso, Mártir de Cristo. Pero de su santo cuerpo nada podemos enviaros, porque hasta hoy está, por la gracia de Dios, tan entero e incorrupto como en el día en que su alma voló de este siglo miserable a la paz eterna del Señor».

Hasta dos siglos más tarde, año de 1285, con motivo precisamente de la profanación monstruosa del cuerpo del Mártir por los soldados del rey de Francia, Felipe «El Atrevido», no aparecen noticias de carácter cierto e indubitable sobre las reliquias del Santo. En este año, sitiada Gerona y finalmente tomada (5 de septiembre), no por la fuerza de las armas, sino por causa del hambre espantosa que reinaba en la ciudad, el ejército franco, a las órdenes de dicho rey, en lucha abierta con el de Aragón, don Pedro III, entró en Gerona. Los soldados se dedicaron durante varios días al saqueo de la ciudad, «profanando con sus animales los templos para hospedarse en ellos, llegando hasta ultrajar el sepulcro de San Narciso, cuyo sagrado cuer-

po fué arrojado al suelo y arrastrado vilmente hasta fuera del templo. Tuvo lugar entonces un insigne y famoso milagro, pues apareció de improviso una multitud de moscas que con sus picadas les mató muchísimos caballos».

Lo cierto es que el poderoso ejército invasor, adueñado de la ciudad y de sus feraces comarcas, la abandonaba a los dos meses, retirándose a marchas forzadas y con aire de vergonzosa derrota.

El hecho vuelve a repetirse en sucesivos sitios, como lo atestiguan bajo juramento, en 27 de septiembre de 1653, unos ilustres soldados franceses, denunciando que «estando ellos juntos en Santa Eugenia Sobrehorta de Gerona, donde el rey de Francia o sus ministros tenían puesto sitio contra dicha ciudad de Gerona, se echaron contra ellos gran multitud de extraordinarias moscas verdes y azules, las cuales mataron más de dos mil caballos franceses, que, al picarles dichas moscas, se tornaban rabiosos y morían rabiando». No faltan datos de los sitios de 1675, 1684 y 1710, hasta el memorable hecho acaecido en 1809 durante la guerra de la Independencia.

Por la tarde del día 29 de octubre de este año se celebró la acostumbrada procesión en honor del Santo «sin el menor desorden, como si no estuviese la ciudad rodeada de baterías y enemigos, y, sin embargo, desde la montaña de Montjuich estuvieron haciendo los franceses todo el día vivo fuego de fusil que enfilaba algunas calles por donde hacía curso la procesión. Varias veces durante su recorrido, en medio de un silencio solemne e impresionante, vióse caer muertos o heridos, pero sin un grito, sin un lamento, a varios de los piadosos asistentes, los cuales eran, sin ruido alguno, inmediatamente retirados, mientras la procesión seguía su curso.

PATRONO DE LA CIUDAD Y OBISPADO DE GERONA, GENERALÍSIMO Y ESPECIAL PROTECTOR DE CATALUÑA

QUIÉN extrañará, pues, que sea tantas veces secular la devoción de los gerundenses hacia San Narciso? ¿Quién se maravillará de verle ya invocado en 1387 como Patrono de la ciudad, y que más tarde Su Majestad el Rey Carlos II, que «tenía particular devoción y veneración al Santo y un gran deseo de que se aumentara en sus dominios y señoríos, lograse de la Sagrada Congregación extender la fiesta de San Narciso en todos los reinos sujetos a la Corona de España? ¿Quién negará que es altamente emocionante el relato de las súplicas de los Jurados de la ciudad ante la imagen del Santo con motivo del sitio de Gerona de 1684, así como notabilísimo el testimonio de gratitud expresado en un acta capitular del mismo año? ¿Quién, finalmente, no rubricaría el acuerdo de la Junta Superior del Principado de Cataluña, reunida en congreso en la ciudad

de Manresa, con todos los representantes de los Corregimientos y partidos de Cataluña, por el que acordaron con unánime voto, en sesión celebrada el 24 de noviembre de 1809, no sólo aprobar el nombramiento que había hecho Gerona en julio del año anterior, de Generalísimo y Protector de la misma, sino también nombrarle Generalísimo y especial Protector de todo el Principado, o quién no suscribiría la petición que hizo el obispo de la Diócesis en el pontificado de Pío IX, por el que fué declarado San Narciso, Patrón principal del obispado?

Ningún español dejaría de admirar con gran aplauso, en la ex-colegiata de San Félix de Gerona, la magnífica y grandiosa capilla de San Narciso, de severos mármoles y jaspes toda ella, presidida por el altar-sepulcro del Santo, cubierto de plata en sustitución de los otros de piedra que todavía se conservan, levantado todo por el fervor del pueblo con las autoridades al frente. Entrar en ella es entrar en un relicario de fe y patriotismo, puesto que a uno y otro lado de la misma hay, como centinelas siempre en guardia, el sepulcro del invicto Álvarez de Castro, devotísimo, por cierto, del Santo, y el de las gloriosas heroínas de Santa Bárbara, mártires todos de su propio honor y del honor de España.

Por todo ello, devoto lector, si alguna vez te cabe la suerte de postrar tus rodillas ante la imagen del Obispo Mártir, remate del sagrado sepulcro que en 1936 los sin Dios y sin Patria dejaron vacío de reliquias, no olvides el estribillo de la letrilla popular:

Mártir de invicto valor,
Honor de este Principado,
Narciso, amable abogado,
Atended nuestro clamor...

que es una oración por nuestra Madre la Iglesia católica y por la católica España.

SANTORAL

Santos **Narciso, obispo de Gerona y mártir;** *Narciso, obispo de Jerusalén;* Maximiliano, obispo y mártir; Terencio, obispo de Metz; Jaime, obispo en Mesopotamia; Juan, obispo de Autún, y Salvio, de Amiéns; Apiano, obispo en África; Remigio I, obispo de Lyón; Teodoro y Dodón, abades; Cenobio, presbítero y mártir; Germán de Monforte, Valentín y Donato, confesores; Jacinto, Quinto, Feliciano y Luciano, mártires en Lucania. Beatos Tomás Belacio, franciscano, Pedro de Gubbio, agustino, y Francisco Díaz, mártir. Santas Eusebia y compañeras, vírgenes y mártires; Queneria, virgen escocesa. *Beata Paula Montaldi, virgen clarisa.*



Los dos amores del Santo

DÍA 30 DE OCTUBRE

SAN ALFONSO RODRIGUEZ

HERMANO COADJUTOR JESUÍTA (1531-1617)

LA antigua ciudad de Segovia, en pasados tiempos lugar de recreo, durante la conquista romana, convirtióse en ciudad floreciente mientras dominaron los musulmanes, pues en los extensos declives del Guadarrama, pacían blancos rebaños cuya lana abastecía a la industria de paños. En esta ciudad nació, el 25 de julio de 1531, Alfonso Rodríguez, quien llegaría a grande santidad siendo hermano coadjutor jesuíta.

Junto a los muros de la ciudad, al pie de los arcos del monumental acueducto romano, vivía en la parroquia de Santa Coloma, un hábil tejedor llamado Diego Rodríguez. Estaba casado con una virtuosa mujer, María Gómez de Alvarado, y Dios había bendecido este matrimonio concediéndole siete varones y cuatro niñas. Alfonso era el tercero.

Ya desde sus primeros años, era Alfonso un niño piadoso, reflexivo y movido de aspiraciones sobrenaturales. Distinguióse muy principalmente por su tierna devoción a la Santísima Virgen María. Cierto día en que estaba comr absorto en éxtasis ante una imagen de María, se le oyó musitar:

—¡Oh, Señora mía! ¡Si supierais cuánto os amo! Os amo tanto, que Vos no podríais nunca llegar a amarme más.

—Te engañas, hijo mío —le respondió la Virgen Inmaculada, que le apareció visiblemente—, porque te amo mucho más que tú puedes amarme.

Esta respuesta inesperada dejó mudo de sorpresa y confusión al santo niño, y desde aquel instante se acrecentó aún más en su alma el amor y la devoción que profesaba a la Virgen María.

LA VIDA DE ALFONSO EN EL MUNDO

SIENDO muy jovencito ingresó en la escuela de los Franciscanos, que estaba muy próxima a su casa. Cuando tenía diez años, dos Padres Jesuítas dieron una misión en Segovia y se hospedaron en la casa de campo de Diego, padre de nuestro Santo. Designado para servirlos, Alfonso puso tal diligencia en ello, que los misioneros, para recompensarle, le enseñaron el catecismo y el modo de rezar el rosario. Este primer roce con la Compañía de Jesús, grabó en su corazón huella profunda, que influiría más tarde en su decisión de abandonar el mundo.

En 1543, acababa de llegar a Alcalá Francisco de Villanueva, enviado por San Ignacio para fundar un colegio. No bien tuvo Diego noticia de esta fundación, se apresuró a enviar allá a sus dos hijos mayores, Diego y Alfonso. Pero, apenas transcurrido un año, los dos estudiantes hubieron de dejar el colegio; su padre acababa de fallecer y la madre tenía necesidad de su presencia para dirigir los negocios de la familia. Como el hermano mayor tenía ya muy adelantados los estudios y daba buenas esperanzas, permitiéronle continuarlos; pero Alfonso hubo de resignarse a tomar la dirección del comercio de su padre.

Las almas escogidas, atraídas por las cosas divinas, son a menudo inhábiles para los negocios humanos. Alfonso pronto vió que bajo su dirección se multiplicaban las dificultades y los trastornos; la educación de Diego, la división de las tierras después del fallecimiento del padre, las guerras en las que Carlos I empeñó por entonces a España, la prohibición de la exportación de tejidos, hicieron que el negocio familiar fuera de mal en peor. Por deferencia a los deseos de su madre y de sus parientes, y esperando que la dote de una mujer le ayudaría a equilibrar la fortuna de su casa, Alfonso contrajo matrimonio en 1557 con María Suárez, hija de un ganadero de buena fama, en la villa vecina de Pedraza; contaba a la sazón veintiséis años. El joven matrimonio se estableció en Segovia, en la calle del Mercado.

Dos años más tarde se abría en Segovia un colegio de Jesuítas, del cual el padre Luis Santander fué nombrado Rector. La palabra ardiente de este predicador incansable y director consumado de almas, atrajo hacia sí la simpatía y afecto de todas las familias cristianas de Segovia. Alfonso Rodrí-

guez era uno de sus más asiduos oyentes y auxiliar de los más efectivos, según sus cortos recursos se lo permitían. Había escogido para vivienda una casa en la vecindad de la iglesia de San Justo, y allí se instaló con su familia, que se compañía de ambos esposos, dos niños y una niña. Reiteradas pérdidas que Alfonso no pudo superar, sumiéronlos en tal peligro, que su hermano mayor Diego tuvo que abandonar los estudios de Derecho y vino a asociarse con él.

LAS PRIMERAS PRUEBAS

DIOS, que tenía sobre Alfonso sus designios, como los tiene sobre todas las almas, quiso formarle y purificarle en el crisol del sufrimiento, y multiplicó las pruebas. La pequeña María, la hija que tanto amaba. fuéle arrebatada repentinamente en el mismo momento en que su mujer caía enferma. Ésta, a su vez, falleció, tras larga y costosa enfermedad, poco después del nacimiento de su segundo hijo. El mayor, Gaspar, siguió de cerca en la muerte a su madre y a su hermana, y de este modo Alfonso quedó viudo a los treinta y un años, con un tierno hijo que educar. Creyendo que estas sucesivas desgracias eran enviadas por Dios como castigo de sus pecados, se llenó de ansiedad acerca de la salvación de su alma. El horror al pecado mortal se hizo en él tan obsesionante, que pidió generosamente a Dios el favor de sufrir en esta vida todos los tormentos del infierno antes que caer en un solo pecado. Después de haber formulado este heroico anhelo, ofrecióse a Dios con una primera consagración total. Habiendo hecho confesión general, se obligó a ayunar los viernes y los sábados, empezó a darse disciplinas y a llevar cilicio, y se entregó a prolongada meditación.

Un año después de la muerte de su mujer, Alfonso perdió a su madre. El último de sus hijos, Alfonso, no tardó en volar a unírsele en el cielo.

PRECEPTOR. — ENSAYO DE VIDA EREMÍTICA

ROTO así todo lazo de afecto humano, le vino el pensamiento de la vida religiosa. Por haber sido trasladado el padre Santander de Segovia a Valencia, fué el padre Martínez quien le dirigió en el camino del espíritu. Al espanto de los escrúpulos sobre la indignidad de su alma, siguióse la suavidad de un generoso y confiado amor de Dios.

A pesar de todos sus propósitos, seis años habían transcurrido desde que en realidad abandonara el mundo, y el negocio de su vocación seguía sin resolver. Tras muchas vacilaciones fundadas en su humildad, se animó y soli-

citó su admisión en la Compañía de Jesús. La edad de treinta y ocho años y su escasa instrucción, eran impedimento para ser admitido como escolar. es decir, como religioso que se prepara para el sacerdocio. Su salud, muy quebrantada por las austeridades excesivas a que se entregaba, fué también un obstáculo a su admisión como hermano coadjutor, a pesar del informe favorable del padre Martínez. Éste, ante la negativa, dió al postulante el consejo de ir a Valencia a entrevistarse con el padre Santander.

Sin vacilar, Alfonso entregó a sus dos hermanos todo lo que poseía, y tomó el camino de Valencia, adonde llegó a fines del 1568. Vióse obligado, durante el largo trayecto, a pedir humildemente hospedaje en diferentes casas religiosas, pues sus recursos se agotaron pronto. Para darse tiempo de dirigirle de nuevo y tomar sobre el asunto una determinación, el padre Santander le colocó como portero en casa de un comerciante llamado Fernando Chemillos. Mientras tanto, Alfonso, a pesar de sus treinta y nueve años, estudiaba los primeros rudimentos de latín. Pasado algún tiempo, el postulante entró en casa del marqués de Terranova para encargarse del cuidado de su hijo Luis de Mendoza.

Por consejo de su confesor, Alfonso resolvió reiterar su solicitud de admisión en la Compañía de Jesús, si no como escolar, al menos como hermano coadjutor. A punto estaba de ver cumplido su deseo, cuando el diablo le tendió un lazo en el que estuvo a punto de aventurar su vocación. Un amigo de su misma edad, al que había conocido en el colegio de Valencia, quiso llevarle a un eremitorio que había en un pueblo cercano. Alfonso cedió y fué durante algún tiempo compañero del ermitaño. Las impertinencias de éste y sus rarezas de vida y de vestido le cansaron, y volvió a su vida anterior. Apenas salió del eremitorio, fué a encontrar a su confesor, el cual le reprendió ásperamente. Alfonso prometió a su director sumisión completa. Los acontecimientos probaron que aquel ermitaño era un falso devoto.

SU VIDA DE RELIGIOSO

EN esto vino a Valencia el padre Cordeses, provincial, el cual, a instancias del rector del Colegio, acabó, a pesar de nuevas objeciones respecto a la escasa instrucción y a la salud del postulante, por aceptar a Alfonso como hermano coadjutor.

Siete años hacía que estaba fundada la Compañía de Jesús, cuando San Ignacio de Loyola creyó llegada la hora de asociar definitivamente a los Padres y Hermanos escolares, hermanos coadjutores o legos, a ejemplo de lo que practicaban desde hacía tiempo las Órdenes antiguas. En la mañana del 31 de enero de 1571, Alfonso Rodríguez fué admitido como novicio. Acertada-



EL *demonio combatió desaforadamente a San Alfonso Rodríguez con toda suerte de tentaciones, rudas y pertinaces. El Santo le venció siempre llamando en su auxilio a Jesucristo y a su Santísima Madre. Furioso el demonio al verse vencido, le maltrató de obra y, cierta vez, le tiró escaleras abajo.*

mente juzgaron que los años de penitencia y de retiro voluntario que había pasado en medio del mundo, suplían el postulantado. La casa de noviciado que provisionalmente se estableció en Valencia y después en Gandía, cerca del santo duque Francisco de Borja, se fijó más tarde en Zaragoza; pero el Hermano Alfonso no fué enviado a ella, sino que siguió en Valencia. Habiendo sus superiores disminuído las penitencias exageradas que se había impuesto, con riesgo para su salud, entregóse con verdadero gozo y gran diligencia a los trabajos más pesados y humildes; abandonó su alma enteramente a la intimidad de Jesús y particularmente de Jesús doliente.

La mejor prueba de los progresos del Hermano Alfonso en la vida espiritual, es que, tras seis meses de noviciado, le enviaron los superiores a Mallorca, a la casa de Montesión, en donde iba a establecerse un colegio. Allí, cuando el buen Hermano terminaba sus rezos y devociones, ayudaba a los albañiles en la construcción de la capilla o acompañaba a algún Padre en las obras de apostolado de la ciudad o de las cercanías.

A fines de enero de 1573, los dos años de noviciado tocaban a término, pero no hizo los votos hasta el 5 de abril. Después de la profesión, por orden del padre Torrens, empezó Alfonso a escribir su autobiografía que es un documento precioso para los historiadores de su vida.

COMO EL ORO EN EL CRISOL

PRONTO comenzaron las pruebas. A los fáciles comienzos sucedió la verdadera señal de los elegidos: la tentación, tortura moral, la peor de todas, que agota las fuerzas, que acrisola, que eleva el alma, dejándola jadeante en el Corazón divino. Las alegrías y satisfacciones que Alfonso había tenido en el matrimonio le seguían con recuerdo obsesionante y de acuciadora tenacidad; las inclinaciones más molestas de la naturaleza, que él creía adormecidas y domadas por la penitencia, se despertaron implacables e imperiosas en el mediodía de sus años. Y le causaron una turbación continua. En la tormenta, Alfonso se refugió junto a Jesús y María. Los demonios, para vengarse de su derrota, le maltrataron con rabia infernal; dos veces —refiere su biógrafo— le precipitaron de lo alto de la escalera.

Otra prueba, no menos espantosa, pero también señal de predestinación, es la sequedad espiritual que experimentan los dados a la oración. De ella no se vió libre el Hermano Alfonso. Supo de sus tormentos, pero la obediencia a sus directores le alcanzó la victoria. Esas luchas morales, muy agotadoras, habían alterado su salud, por lo que fué nombrado portero del colegio de Montesión, cargo que habría de desempeñar durante más de treinta años. En este empleo delicado y absorbente, no dió nunca señal de la menor impa-

ciencia, por mucho que le se importunase. El secreto de su paciencia estribaba en la fidelidad con que respondía en todo a los llamamientos divinos. El sonido de la campana, la llamada de un visitante, eran para él la *voz de Dios*. La oscuridad de su empleo no era obstáculo para que ejercitase su ingenioso celo por la santificación de las almas de sus prójimos; procuraba, por ejemplo, que los alumnos del Colegio se inscribiesen en la Congregación recientemente fundada, catequizaba a los pobres y vagabundos que acudían en demanda de limosna material, y hablaba de Dios y de la otra vida a cuantos allí se dirigían por diversos menesteres.

A las torturas morales de que hemos hablado, sumáronse los dolores físicos. Dolores de estómago, de espalda y pecho le ahogaban, y en su lengua y otros miembros aparecieron forúnculos abrasadores que, durante catorce años, debían sumirle en una especie de purgatorio anticipado. En marzo de 1585, el padre Alfonso Román fué como visitador a Montesión, y en sus manos pronunció Alfonso los últimos votos. Este acto fué para él ocasión de afianzarse más en el espíritu de renunciamiento y de confianza ilimitada en la bondad divina. En 1591, el Hermano Rodríguez cumplió los sesenta años. Su salud, minada por continuas austeridades, empezó a declinar. Recibió orden de dormir en adelante en cama, pues hasta entonces habíalo hecho durante algunas horas en una mesa o silla. Como en otro tiempo se interesó por la Cofradía de estudiantes, así trabajó ahora, sin miramiento a sus fuerzas, por la de caballeros, establecida en Mallorca en 1596.

Los superiores decidieron relevarle de sus funciones de portero, para emplearle en ligeros trabajos del interior de la casa. No pudiendo ya ayudar a misa en la iglesia pública, hacíalo aún en la capilla privada y empleaba además una parte de la mañana oyendo las misas tardías celebradas por Padres achacosos o por sacerdotes visitantes. El padre Álvarez le mandó que prosiguiera escribiendo su *Memorial* y relatara todo lo que pudiera recordar de su vida interior en el pasado. Muy a pesar suyo, obedeció Alfonso, y, a partir de mayo de 1604, comenzó a redactar las primeras notas.

ALFONSO RODRÍGUEZ Y SAN PEDRO CLAVER

UN año después de haber recibido esta orden, llegó a Montesión un joven religioso catalán, cuyo nombre quedará en adelante inseparablemente unido al del santo Hermano Rodríguez; era San Pedro Claver, que acababa de terminar los estudios de teología moral. Habiendo oído hablar de las virtudes del antiguo portero del colegio, pidióle una entrevista y suplicóle fuera su guía espiritual. Por inspiración divina, instó Alfonso a Pedro Claver que pidiera ir a las misiones de América. La hora de la sepa-

ración llegó, y el anciano Hermano converso prometió al joven y ardiente apóstol la ayuda de sus oraciones, el mérito de sus penitencias y sufrimientos y le dió un librito escrito de su puño intitulado *La perfección religiosa.*

El Señor le favoreció no pocas veces con el don de profecía. En una ocasión, debían de embarcarse doce religiosos del colegio de Mallorca para Valencia. El rector ordenó al Hermano Alfonso que consultara al Señor cuál fuera la suerte del viaje, y una voz interior respondió al Santo que el viaje sería «de oro». Emprendióse la navegación y sus principios fueron prósperos, pero cuando el navío estaba ya cerca de las costas de la Península fué apresado por los piratas que se llevaron a todos los pasajeros cautivos a Argel.

Cuando llegaron a Mallorca las nuevas del desastre, todo fué consternación y desconsuelo, y recriminaron duramente al Hermano Alfonso su equivocación; pero el tiempo salió en su defensa sin mucho tardar y demostró que realmente la navegación había sido de «oro», pues los Padres cautivos convirtieron a muchos turcos, dieron pruebas heroicas de fortaleza, y, un año después, fueron rescatados y volvieron a España dando gracias a Dios que tan admirablemente los había favorecido durante su cautiverio.

MUERTE DEL SANTO

AUN esperaban al Santo las últimas amarguras, las pruebas decisivas. Alfonso fué víctima de la humana flaqueza. Los milagros que ya en vida obraba el Señor por su virtud, sus méritos y mortificaciones, parecieron hacer sombra a ciertos espíritus. El nuevo provincial, padre José José de Villegas, al que se había predispuesto en contra del que ya consideraban como taumaturgo poderoso, se entregó a minuciosa información del carácter y de la vida interior del Hermano Alfonso.

Con tacto y prudencia, prohibió que se tuviera ya como reliquias lo que pertenecía al religioso. Le pareció exagerado el valor que se daba a sus escritos espirituales, y para probar al buen Hermano, hízole reproches públicos. El anciano no experimentó sino alegría y fortaleza.

Con el alma inundada de antemano de celestes resplandores, y el cuerpo purificado por sufrimientos expiatorios, Alfonso Rodríguez podía comparecer ante el Juez que, con una mirada, escudriña lo más recóndito del pensamiento y del corazón. Tras nuevas tentaciones de desaliento, asaltos reiterados de todas clases, enfermedades humillantes y dolorosas, la hora de la liberación sonó por fin. Recibió el santo Viático y la Extremaunción. Tan débil se encontraba, que se le hubo de sostener mientras recibía la Sagrada Comunión. Los días que siguieron a estos actos, semejaba estar en éxtasis y no abría

los labios más que para pronunciar los santos nombres de Jesús y de María.

El 31 de octubre, hacia media noche, exclamó como si despertara de un profundo sueño: «He aquí el Esposo que viene»; y, sosegándose, expiró poco después mientras pronunciaba en alta voz el nombre de Jesús. Contaba ochenta y seis años.

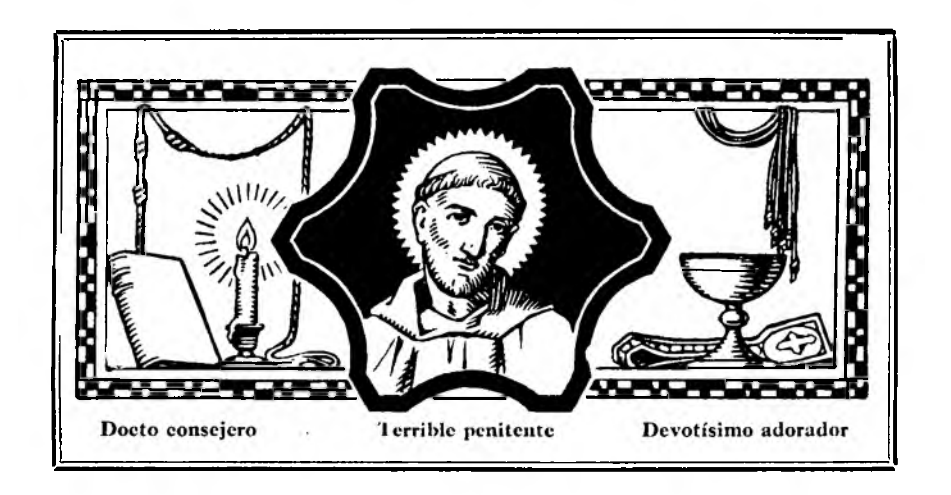
La noticia de su muerte produjo en toda la ciudad un sentimiento de profundo dolor, que se manifestó por la afluencia de gentes de todas las clases sociales, todas ellas con las señales de la más viva aflicción en sus semblantes, bañados en lágrimas los ojos y dejando asomar a ellos el luto que llevaban en sus corazones.

Los funerales fueron magníficos; a ellos asistieron el virrey y todas las autoridades civiles de la Isla; querían, de este modo, honrar la memoria de aquel humilde portero que cifraba su mayor ventura en ser menospreciado. Asistieron también al solemne acto el prelado, cabildo, clero y comunidades religiosas, y cerraba el fúnebre cortejo una muchedumbre de pueblo, que, con voces plañideras, pregonaba las heroicas virtudes de nuestro bienaventurado.

Gran número de milagros obrados por Dios junto a la sepultura, dieron testimonio elocuente de su santidad. Hechas las correspondientes diligencias canónicas, fué beatificado por el papa León XII en 1825, y el 8 de enero de 1888 el Sumo Pontífice León XIII, durante las fiestas de su jubileo sacerdotal, decretó la canonización de diez grandes siervos de Dios: los siete fundadores de los Servitas y tres Jesuítas: Pedro Claver, Juan Berchmans y Alfonso Rodríguez. La fiesta de San Alfonso se fijó en el día 30 de octubre.

SANTORAL

Santos **Alfonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús;** Aquelnoto, arzobispo de Cantórbery; Germán, obispo de Capua; Cenobio, obispo en Cilicia y mártir; Teonesto, obispo de Altino, mártir de los arrianos; Gerardo, obispo de Potenza; Serapión, obispo de Antioquía, y Asterio, de Amasea, en Bitinia; *Marcelo, centurión, y Casiano, notario, mártires; Claudio, Lupercio y Victorio, hijos de San Marcelo, mártires;* Julián, Euno, Macario y trece compañeros, martirizados bajo Decio en Antioquía; Saturnino, mártir en Cerdeña; Máximo, mártir en Frigia cuando imperaba Diocleciano; Lucano, mártir en París. Conmemoración del tránsito de doscientos mártires, en África; Teógenes, confesor. Beato Juan Calero, franciscano. Santas *Nonia o Noria —esposa de San Marcelo y madre de doce mártires—, viuda;* Eutropia, mártir en Alejandría en tiempos de Decio; Cenobia, hermana del obispo San Cenobio y mártir.



DÍA 31 DE OCTUBRE

BEATO ANGEL DE ACRI

DE LA ORDEN DE FRAILES MENORES CAPUCHINOS (1669-1739)

EL bienaventurado Ángel nació el 19 de octubre de 1669 en Acri, pequeña ciudad de Calabria, en el antiguo reino de Nápoles. Llamáronse sus afortunados padres Francisco Falcone y Diana Henrico o Errico. Fué bautizado al día siguiente, y recibió los nombres de Lucas Antonio. A los tres años, o tal vez antes, el obispo de Bisignano le administró el sacramento de la confirmación.

Muy pronto se vió que aquel niño no estaba hecho para el mundo. Cuando apenas contaba cinco años, sorprendióle su madre rezando con fervor angelical, arrodillado sobre unas molestas piedrecillas ante una imagen de María Santísima. En otra circunstancia, quedó agradablemente sorprendida al ver que de la imagen de la celestial Señora salían unos rayos resplandecientes que iban a iluminar el rostro de su hijo, el cual parecía arrobado en la contemplación de la venerada imagen.

Contra lo que es común en los niños de corta edad, sentía profundo desvío por los juegos de la infancia, y únicamente hallaba gusto en hacer altares, en los que colocaba imágenes de Santos que luego adornaba con las flores más galanas que podía hallar. Pasaba la mayor parte del día entregado a la

oración y meditación, y, a veces, salía furtivamente de la casa paterna para irse a la puerta de la iglesia, donde permanecía muchas veces hasta bien entrada la noche elevando a Dios sus tiernas plegarias. Cuando lograba salir de su casa por la mañana, entraba en el templo para ayudar a misa y escuchar la divina palabra. Tan manifiestas disposiciones para la piedad regocijaban a sus padres y los movieron a dedicarle a estudios que le hicieran apto para en su día abrazar el estado eclesiástico.

VOCACIÓN DE LUCAS ANTONIO. — SU ORDENACIÓN

POR aquel tiempo, dió una misión en la ciudad de Acri, el padre Antonio de Olivati, famoso predicador capuchino; sus patéticos sermones movieron a Lucas a hacer confesión general de su vida y a manifestar deseos de entrar en la Orden de Hermanos Menores Capuchinos. Encantado quedó el padre Antonio de los buenos propósitos y excelentes disposiciones del penitente; pero, pareciéndole demasiado joven para ingresar en el noviciado, le recomendó un poco de paciencia, y que, mientras llegaba el tiempo de poner por obra su determinación, meditase con asiduidad la Pasión de Nuestro Señor y comulgase todos los domingos. Siguió Lucas estos sabios consejos y por ello obtuvo de Dios la fortaleza necesaria para abandonar el mundo y abrazar la austeridad de la vida capuchina.

Entró en el noviciado en 1687. Pero, cosa extraña y que, al poner de manifiesto la veleidad humana, nos dice que estemos siempre en guardia sobre nosotros mismos sin considerar las buenas inclinaciones y santidad de vida como garantía de perseverancia, antes miremos nuestra propia flaqueza y confiemos sólo en la gracia. Dos veces logró el común enemigo de las almas vencer al piadoso joven. En una de ellas, simulando la voz de su madre, le dijo: «Lucas Antonio, ven, que estoy enferma». Representábale al mismo tiempo los halagadores placeres del mundo por un lado, y, por otro, las prolongadas austeridades de la vida religiosa. El asalto fué tan tremendo que el inexperto novicio estrenó las primeras armas con una derrota, pues abandonó el convento para lanzarse en el torbellino del mundo.

Avergonzado de su cobardía y para calmar los remordimientos de su conciencia, volvió al noviciado en 1689, pero para abandonarlo al poco tiempo por segunda vez. Dios, sin embargo, le preservó, y aunque un tío suyo quiso decidirle a contraer un ventajoso matrimonio, el joven Lucas Antonio se negó a ello resueltamente, sintiendo renacer en su corazón el deseo de volver a abrazar la vida religiosa.

Esta victoria sobre el mundo le atrajo nuevas gracias y bendiciones del cielo, porque al año siguiente (1690) entró en el noviciado capuchino de

Beldevere y vistió el hábito por tercera vez el 12 de noviembre. El tentador volvió a presentar batalla exagerándole los rigores de la vida monástica, pero el aleccionado novicio, corrió a postrarse a los pies de un crucifijo y exclamó con sollozos y lágrimas: «¡Sálvame, Señor, que perezco!» Oyó entonces una voz que le decía: «Imita al Hermano Bernardo de Corleón». Era éste un santo lego, capuchino como él, fallecido en 1667. A ejemplo suyo, nuestro novicio castigó severamente su cuerpo todas las mañanas. Así fortificado con la oración y la penitencia, el Hermano Ángel —que por tal trocó el nombre de Lucas Antonio— permaneció inquebrantable; y, una vez terminado el noviciado, pronunció los votos solemnes en 1691.

En cuanto hubo profesado, enviáronle los superiores a diferentes conventos para cursar filosofía y teología, en cuyas ciencias hizo rapidísimos progresos. En cierta ocasión observaron los religiosos con natural sorpresa, que la celda del Hermano Ángel se iluminaba con maravilloso resplandor y que aquella luz llenaba la casa. Con ello entendieron todos que Dios había escuchado las humildes y fervorosas plegarias de su siervo, encaminadas a obtener la verdadera sabiduría y la ciencia de los santos.

«Si alguien quiere venir en pos de Mí —dijo el Señor—, tome su cruz y sígame». Ángel abrazóse a la cruz resueltamente, sin parar mientes en las austeridades que asustan al cuerpo, pero que tanto benefician al alma. Todos los viernes se frotaba la lengua con hiel y acíbar, para sentir amargor durante el día. Diariamente se disciplinaba sin compasión hasta desgarrarse las carnes, y entre éstas y el hábito, introducía, a guisa de calmantes, gran número de ortigas, amén del cilicio que constantemente llevaba. Estas mortificaciones no le impedían estar siempre sonriente y satisfecho; hubiérase dicho que su habitual alegría era efecto de sus austeridades.

Tras una preparación de once años de estudios y mortificaciones, fray Ángel fué llamado al sacerdocio; ordenóse de presbítero a fines de 1701. Conocedor de los terribles deberes del sacerdocio, dió este paso con temor y temblor, después de haberse preparado con muchas oraciones y lágrimas y prometiendo trabajar con todas sus fuerzas en la difusión del reino de Dios.

Su amor a Jesucristo se alimentaba diariamente en los ardores del hogar inextinguible de la Sagrada Eucaristía; tan íntima llegó a ser su unión con el Cordero Celestial, que era frecuente verle arrobado en éxtasis después de la consagración; entonces su cuerpo aparecía como inflamado y sus facciones presentaban belleza angelical. No subía al altar sin haberse entregado antes a la oración y a la penitencia por espacio de una hora; para él no había cosa más dulce que hablar del Santísimo Sacramento; bastábale decir unas palabras sobre la Sagrada Eucaristía para caer en éxtasis.

El amor es por su naturaleza expansivo; y como encontrara estrechos los límites del corazón del padre Ángel, amenazaba salir de él rompiendo las

paredes que le encerraban, dándose repetidas veces el caso de tener que derramar agua fría sobre su pecho para templar los ardores que le abrasaban. Sus palabras y sus actos estaban impregnados todos del amor que le consumía, amor no distinto del que en otro tiempo consumiera el corazón del Serafín de Asís. «¡Qué dulce es amar a Dios! ¡Oh Amor no amado!», exclamaba a veces. Jesús, en cambio, favoreció a su siervo con varias apariciones, especialmente en 1701 en el convento de Rossano, y en 1722 en Paterno. Aparecía en forma de niño y conversaba familiarmente con él. Sin embargo, en cierta ocasión observó el santo religioso que del semblante del Niño Jesús salían rayos de majestad que le hacían estremecer. «¡Dios mío, Dios mío!» —exclamaba—, si, con ser tan grande vuestro amor, os mostráis tan terrible, ¿cómo seréis cuando, sentado en vuestro tribunal, nos juzguéis?»

Al amor a Nuestro Señor, juntó el padre Ángel una ternísima devoción a la Santísima Virgen, por la que el Hijo de Dios —como canta Santo Tomás en el himno *Verbum Supernum*— se hizo «nuestro hermano, nuestro alimento, nuestro rescate y nuestra recompensa». Cuando oía el nombre de la bendita Madre, o veía alguna de sus imágenes, hacía una profunda reverencia. Sentía particular placer en hablar de la Purísima Concepción, doctrina carísima para la Orden Franciscana desde su fundación.

La vida del padre Ángel era una oración continua; acudía antes que nadie al oficio divino y salía el último del coro; en los caminos, en las plazas públicas, en las casas particulares, en todas partes oraba. De su corazón salían, a manera de dardos, inflamados suspiros de abrasado amor. Como le preguntasen cierto día la razón de aquellos suspiros, respondió: «No puedo pensar en Dios sin que sienta mi corazón a punto de romperse».

MISIONES DEL BEATO. — AVISO DE DIOS

HUBIERA querido el siervo de Dios no tener más ocupación que rezar, y no salir de su celda más que para ir a la iglesia; pero los superiores, que conocían sus virtudes y talentos, le dedicaron al ejercicio de la predicación. Comenzó su labor apostólica en la Cuaresma de 1702, en San Jorge; preparóse con gran esmero para salir airoso de su cometido, y escribió puntualmente todos sus sermones; pero, a pesar de su prodigiosa memoria, a poco de subir al púlpito advirtió que perdía el hilo de sus ideas, y aun llegó al extremo de tener que descender de la sagrada cátedra sin acabar su sermón. Como es de suponer, regresó a su convento lleno de tristeza; rogó a Nuestro Señor le diera a conocer la causa de aquella repentina incapacidad, que juzgaba ser grave obstáculo para obrar el bien en las almas. «Nada temas —le respondió una voz de lo alto—, yo te daré el don de la



AL *pasar el Beato Ángel de Acri por la plaza pública, un hombre grosero le dice a voz en grito: «¡Fraile ignorantón!» Los circunstantes ven entonces con gran asombro cómo el hombre de Dios va tranquilamente a donde está el villano, se postra ante él y le besa los pies.*

palabra. —¿Quién sois? —preguntó el misionero. En aquel momento se conmovieron las paredes de su celda a impulsos de un misterioso temblor, y cual otro Moisés en el monte, oyó esta respuesta: «*Yo soy el que soy,* y te ordeno que prediques en estilo sencillo para que todos puedan entenderte».

En aquel mismo punto el padre Ángel de Acri destruyó los sermones que con tanta elegancia de estilo había escrito, y se prometió no consultar en adelante otros libros que la Biblia y el Crucifijo. No tuvo que arrepentirse de su determinación, porque poniendo a contribución el don de sabiduría que había recibido del cielo, sacaba de la Sagrada Escritura tan sabias enseñanzas y aplicaciones tan oportunas que uno de los hombres más sabios de su época, Monseñor Perimezzi, obispo de Oppido, decía lleno de admiración: «No sería yo quien me atreviera a explicar un texto de la Biblia delante del padre Ángel».

Con estos antecedentes, casi huelga decir que los frutos que obtuvo nuestro bienaventurado de su predicación fueron admirables. Asombra el número de las conversiones que logró; pero aun son más asombrosas las circunstancias que a muchas de aquellas conversiones acompañaron: La marquesa de Bisignano, dama de vida demasiado mundana, conmovióse de tal manera oyendo predicar al padre Ángel, que se disciplinó en público para expiar sus pasados extravíos. Los más terribles blasfemos, al oírle exponer la malicia del pecado, se postraban en tierra pidiendo misericordia, y los disolutos se presentaban a él cubiertos de ceniza y en hábito de penitentes. El padre Ángel los acogía con bondad y los despedía con la gracia de Dios en el alma y la alegría en el corazón.

Entre las obras apostólicas del padre Ángel, conviene mencionar sus predicaciones en Nápoles el año 1711, señaladas por un providencial incidente que contribuyó a multiplicar los frutos de salvación. El cardenal arzobispo llamó al célebre capuchino para la predicación cuaresmal en la iglesia de San Eloy. El lenguaje llano y sencillo del misionero decepcionó a los napolitanos, que esperaban de él mayor elocuencia, por lo cual poco a poco dejaron de acudir a las pláticas; la iglesia quedó casi desierta desde el tercer día. Poco satisfecho el cura del escaso éxito del orador, le despidió con mucha política. El siervo de Dios tomó su bastón de viajero y salió de Nápoles sin decir una palabra; mas enterado el cardenal de su partida, despachó a un mensajero para que le hiciera volver a la ciudad, orden que fué obedecida por el santo predicador con la misma prontitud con que había deferido a las corteses insinuaciones del párroco.

Por mandato del cardenal subió de nuevo al púlpito, y esta vez la iglesia se hallaba llena de fieles, quizá porque la noticia de su inesperada partida y el empeño que mostraba el cardenal en que siguiera predicando, picó la curiosidad de las gentes, si es que no se arrepintieron de su descortesía. Hay

que decir que no pocos acudieron al templo saboreando también el insano placer de burlarse del predicador. Éste, sin dar muestras de acordarse de su fracaso, predicó en el estilo llano que acostumbraba, y cuando acabó el sermón, hizo a su auditorio la recomendación siguiente: «Pídoos, hermanos míos, que recéis un *Padrenuestro* y un *Avemaría* por el alma del que al salir de la iglesia ha de ser víctima de un terrible accidente».

—¡Qué fanático! —exclamaron unos.

—¡Es un visionario! —dijeron otros. Algunos, muy pocos, dieron fe a la amenaza del misionero. Entretanto comenzó el público a salir del templo, y todos vieron caer a un hombre en medio de la plaza como herido por un rayo. Súpose en seguida que era uno de los que, alardeando de despreocupación, se había entretenido en glosar con groseras burlas los sermones del padre Ángel, y que había ido a la iglesia para mofarse del predicador.

El efecto que produjo en los espíritus fué decisivo, porque a partir de aquel día, toda la ciudad acudió en masa a los sermones con muestras de gran compunción. Las conversiones fueron entonces muchísimas.

LA CIUDAD REBELDE. — LA ESPADA DE DOLOR

EN 1738 recibió el encargo de predicar en San Germano, territorio de la abadía del monte Casino. La ciudad daba a la sazón el repugnante espectáculo de la más desenfrenada lujuria. En vano el misionero habla de Dios, apela a su justicia, recuerda la fealdad del vicio y amenaza con los tormentos del infierno, porque nadie le escucha. Ante un endurecimiento tan pertinaz, nuestro Beato exclama al trasponer sus muros: «¡Oh ciudad maldita! ¡No quieres convertirte, pero en castigo de tu contumacia, perecerás esta noche como Sodoma y Gomorra!» Y así fué, efectivamente, pues la aurora del siguiente día alumbró los escombros de la ciudad, destruída en pocas horas por un violento incendio. El padre Ángel obtuvo de Dios el fin de aquel azote acudiendo a la oración fervorosa y a sangrientas disciplinas; presenciaron el milagro el abad y numerosos testigos.

La devoción ardiente que profesaba a la Pasión del Redentor, le hacía siempre tomarla como tema de todas sus meditaciones. Nuestro Señor recompensó este culto que el Beato tributaba a los dolores y tribulaciones que había pasado para salvar a los hombres, apareciéndosele algunas veces cubierto de heridas y sangre, como se encontraba en el santo madero de la cruz. Cierto día, hallándose en el convento de Acri meditando en la Pasión de Jesucristo, sintió repentinamente en el corazón un dolor agudísimo, como si se lo hubieran atravesado con una espada, y no pudo reprimir los sollozos mientras sus ojos se bañaban en lágrimas. En aquel mismo instante se le

apareció Nuestro Señor Jesucristo con el cuerpo ensangrentado y desgarrado por la cruel flagelación. A la vista de tan doloroso espectáculo, no sólo reprimió el Beato Ángel sus sollozos, sino que ofreció al Señor sus sentimientos en prendas de su amor.

—¿Qué deseas? —le preguntó entonces el Divino Maestro.

—Señor, mi voluntad es la vuestra —respondió el discípulo.

Desapareció la visión, pero desde entonces nuestro Beato sintió con variaciones de intensidad el mismo agudo dolor en su corazón.

EL BEATO ÁNGEL, PROVINCIAL. — SUS MILAGROS

De 1717 a 1720, el padre Ángel fué ministro provincial de Cosenza. Regla viva de sus inferiores, en todo daba ejemplo de la más completa abnegación. Barría la cocina, hacía las camas de los enfermos, curaba sus llagas, y servía a los huéspedes del convento. Sobre todo, exhortaba a sus hijos espirituales a entregarse confiados en brazos de la Divina Providencia; y, para que mejor entendieran sus enseñanzas, daba a los pobres cuanto le parecía superfluo sin que el porvenir le preocupara lo más mínimo.

Se creía obligado a servir a los Hermanos; llamábase a sí propio «el último de todos, el más ignorante de los hombres, y un miserable, dos veces desertor del convento». Aceptaba las afrentas con la mayor alegría. Como un villano le insultara en la plaza pública llamándole «ignorante», no acertó a vengarse de otra manera que besándole los pies. Y si alguna vez le apedreaban, daba gracias a Dios. De 1727 a 1729 vivió el padre Ángel, con el consentimiento del papa Benedicto XIII, en casa del príncipe de Bisignano, y cuando éste le daba alguna muestra de respeto, decía el humilde capuchino: «Acuérdese que soy hijo de un cabrero».

Pero cuanto más se humillaba a sí mismo, tanto más le engrandecía Dios. De todas partes, incluso del extranjero, acudía la gente a pedirle consejo; los obispos se encomendaban en sus oraciones; las muchedumbres besaban sus manos y cortaban las franjas de sus vestidos para guardarlas como preciosas reliquias.

Dios le otorgó el don de milagros y puede decirse de él que es uno de los santos que los ha repartido sin cuento. Nada resistía a su fervorosa oración: ni el demonio, ni el fuego, ni el agua, ni los insectos dañinos, ni las enfermedades cualesquiera que fueran. Libró del demonio a muchos posesos, entre otros a una persona atormentada del espíritu maligno desde hacía diez años.

Dotóle también el Señor del don de profecía, y fueron muchas las per-

sonas a quienes la muerte cogió en gracia de Dios por haber dado fe a las palabras con que el padre Ángel les anunciaba su próximo fin.

El mismo día en que las tropas del príncipe Eugenio de Saboya —16 de agosto de 1717— libraban del dominio turco la ciudad de Belgrado, salió el Padre de su celda exclamando: «Echad las campanas a vuelo, cantemos el *Te Deum,* demos gracias a Dios, que merced a la intercesión de la Santísima Virgen, los cristianos han derrotado a los turcos en Belgrado». Tomóse nota del día y hora, y pronto se confirmó la realidad del hecho.

MUERTE DEL BEATO ÁNGEL

SEIS meses antes de su muerte le sobrevino la ceguera; pero, por un milagro singular, recobraba la vista para rezar el Oficio divino y celebrar el santo sacrificio de la Misa. Finalmente, unos días antes de entregar su bendita alma al Criador, dijo al religioso lego que le servía: «Hermano, saldré de este mundo el viernes por la mañana al despuntar el alba». El día 24 de octubre de 1739 cayó enfermo y recibió la Extremaunción. Intentó Satanás un supremo esfuerzo para vencerle, pero vióse también derrotado, porque el moribundo, sacando fuerzas de su debilidad, exclamó con severo acento: «Retírate, Satanás». Expiró el 30 de octubre, sellando sus labios los dulces nombres de Jesús y de María.

Su cuerpo, que exhalaba suave olor, fué inhumado el 1.° de noviembre en la iglesia del convento. León XII le beatificó el 18 de diciembre de 1825; el oficio, aprobado en 1833, insertóse en el Breviario de los Hermanos Menores Capuchinos.

SANTORAL

Santos *Volfango, obispo de Ratisbona;* Froilán, obispo de Brabante y mártir; Eustaquio, consagrado por el apóstol San Andrés como primer obispo de Constantinopla; Antonino, obispo de Milán; Epigmenio, obispo de Autún; *Nicolás y Leonardo, presbíteros, Nicolás, niño, Quintín* y Teodoto, mártires; Nemesio, diácono, mártir en Roma; Narciso, Ampliato o Ampliado y Urbano —discípulos de San Pablo—, obispos y mártires; Aziriano y Epímaco, mártires en Etiopía; Victorino y compañeros, mártires en Macedonia. Beatos **Ángel de Acri, capuchino;** ***Cristóbal, franciscano***; y Santiago de Cerquetto, agustino. Santas Bega y Nortburga, vírgenes; Lucía, hija del mártir San Nemesio, virgen y mártir. Conmemoración de la victoria del Salado, conseguida por los españoles contra los mahometanos gracias a la ayuda divina.